

El Fundador del Opus Dei

Peter Berglar

Índice:

Tradición y progreso en la vida de la iglesia. Un ejemplo: el Opus Dei	4
Huellas en la nieve.....	12
Vocación.....	12
Orígenes.....	13
Niñez en Barbastro	16
El sí al sacerdocio	20
La oración en la noche.....	25
Seminarista en Zaragoza.....	25
Muerte de un Prelado.....	27
«¿Cuál es la identidad del sacerdote?»	30
Párroco del pueblo	34
La carrera de Derecho en Zaragoza	36
Las campanas.....	40
Un hermano de los pobres de Madrid.....	40
El nacimiento del Opus Dei.....	44
Invisible a los ojos de los hombres.....	50
Dios quiere que haya mujeres en el Opus Dei.....	55
La obediencia, sello de autenticidad.....	60
La primera carta.....	63
La última carta	68
Conquistadores y granos de trigo	71
Cristóbal Colón y Josemaría Escrivá de Balaguer	72
«Fundamentos de piedra y granito».....	77
El Opus Dei es familia.....	84
Las obras de los Arcángeles	92
La semilla va creciendo	96
Guerra en España.....	103
La prehistoria de la Guerra	103
Sin fanatismo y sin neutralismo.....	108
Vivir en peligro.....	113
La huida: de España a España	121
Burgos o la preparación para tiempos de paz.....	129
La pesca milagrosa	136
«Somos para la masa»	136
Con juventud y entusiasmo por Cristo	142
«Alma sacerdotal» y «mentalidad laical» (39)	149
Incomprensiones.....	154
Romano y mariano	165
La revolución aprobada	165
Amor a Pedro.....	171
Aspectos de la humildad.....	176
«Yo no gobierno solo»	182
La persecución arrecia	185
La vida cotidiana	190
Un día cualquiera en Roma	191
De viaje, como San Pablo.....	195
El Opus Dei y el Concilio.....	205

Trabajo y santidad	214
Retrato	228
Notas	254
Bibliografía.....	308

Tradición y progreso en la vida de la iglesia. Un ejemplo: el Opus Dei

El Opus Dei trabaja desde hace tres decenios en aquellos países de habla alemana que pertenecen a Europa occidental, es decir, en la República Federal de Alemania, en Austria y en Suiza. Sin embargo, entre este hecho y lo que la opinión pública sabe de la «Obra de Dios» y de su Fundador, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, se da una evidente desproporción: basta recordar ciertos artículos de prensa, algunas controversias que se suelen publicar en la sección de «Cartas al Director» o, sencillamente, algunas conversaciones de entre las muchas que surgen en la convivencia diaria, en la vida profesional y privada. A la falta de conocimientos no siempre sigue el silencio, signo de modestia, o el intento sincero por superar esa ignorancia. A menudo el interesado ni siquiera se da cuenta de que le falta algo: cree haberse formado un juicio fundado cuando en realidad no dispone de otra cosa que de una mezcla de emociones, opiniones, medias verdades y prejuicios, cuyos orígenes y motivos se pierden en lo desconocido.

Este libro desea cumplir tres fines: en primer lugar -y es el más fácil-, pretendo que muchos que comparten conmigo el ser ciudadanos y cristianos corrientes (y muchos, también, el habla alemana, a quienes en primer lugar se dirige este libro) conozcan a Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei; espero, en segundo lugar, dársele a conocer de manera que ellos (y quizá alguno mejor informado también) lleguen a una comprensión más profunda que les lleve a actuar en consecuencia. Finalmente, mi exposición quiere contribuir a deshacer prejuicios, ideas falsas y opiniones infundadas; a corregir falsedades.

Aunque un libro de este tipo nunca será más que una pequeña ayuda para una empresa tan grande, me ha parecido tan importante prestarla que -con alegría- he empleado varios años en escribirlo. El motivo que me ha inspirado es muy sencillo: mi convicción de que Mons. Escrivá de Balaguer es uno de los grandes reformadores de la vida cristiana, una de esas personalidades que Dios regala a la Iglesia, y también a la humanidad, en el momento, del modo y con las características que el Pueblo de Dios necesita en su caminar por la Historia, para bien propio y de todos los hombres.

Cuando, el 2 de octubre de 1928, aquel sacerdote aragonés de veintiséis años fundaba en Madrid el Opus Dei, no estaba plasmando una idea suya, proponiéndose «un programa» o cumpliendo «un plan». No estaba haciendo algo que previamente hubiera «concebido» o que se hubiera «imaginado. No era un inventor, un imitador, un genio original o un epígono. Sencillamente, había acogido en su alma una llamada de Dios, un mandato claro, concreto y comprensible, un «mandato de amor», o -lo que es lo mismo- un ruego divino. Y lo cumplió desde ese momento hasta su fallecimiento, el 26 de junio de 1975. Cuando se le preguntaba por aquellos primeros momentos de la Obra, solía contestar que entonces no tenía más que juventud, buen humor y gracia de Dios. Y esta gracia divina constituyó un rayo de luz, una visión profunda y definitiva y, a la vez, la capacidad de encarnarla en su misma vida. Ese conocimiento fue realmente una luz, pues algo que durante largo tiempo había permanecido en la oscuridad aparecía de pronto de forma nueva y clarísima: la vida de Jesús entre los hombres no se limitaba a

los tres años de vida pública; comprendía también, plenamente, y con valor propio, los treinta años de vida callada, discreta, totalmente «normal», en Nazaret; una vida cotidiana de trabajo y de familia en el hogar de José y de María... La obra salvífica del Señor no se, ciñe sólo a su doctrina, a su vida pública y sus milagros; no acaba con la institución de los Sacramentos, la muerte de Cruz y la Resurrección: está constituida por la unidad de todo ello. La Redención forma un todo inseparable desde el momento en que María acepta la llamada divina hasta ese otro momento en el que los discípulos hallan la tumba vacía en la mañana de Pascua; dentro de esta unidad, la vida dura y austera de largos años de trabajo en el taller de José ocupa una parte fundamental, incluso la principal, por su duración. Jesucristo, «perfectus Deus, perfectus homo», ha dado ejemplo a sus hermanos, los hombres, de cuál es la tarea que les corresponde: el trabajo.

«Hemos venido -declaraba en 1966 Mons. Escrivá de Balaguer a un corresponsal del «New York Times"- a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazaret trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación» (1).

«El espíritu del Opus Dei -según diciendo el Fundador al periodista- recoge la realidad hermosísima -olvidada durante siglos por muchos cristianos- de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un quehacer divino», por lo que, «en el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría». Y el Fundador del Opus Dei continuaba: «Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas» (2).

De una parte, el estar en el mundo, la normalidad de una vida de trabajo en medio del mundo, la existencia corriente en el seno de una familia y de la sociedad, la «vida laical», en suma; de otra, el abandono del mundo, la intensa vida de oración, el camino de dedicación exclusiva al Señor, es decir, el camino de los clérigos y de los religiosos: dos vías, dos caminos que, durante siglos, han discurrido paralelos y, en algunos casos, incluso en sentido contrario... Un hecho que ha agobiado penosamente a innumerables cristianos, planteándoles a menudo falsas alternativas que desembocaban en conflictos o incluso -al pretender superar esa dicotomía- en una dirección equivocada, haciendo, por ejemplo, que los laicos cristianos encaminaran su empeño, con gran esfuerzo espiritual o ascético, hacia una vida de «semi-sacerdocio» o «cuasi-religiosa», y que los clérigos se empeñaran en «actividades sociales» y profanas.

Indudablemente, esta división de los cristianos en una «primera clase» -los que viven una entrega total a Cristo-, y una «segunda clase» -los que mantienen una relación mínima con Dios y con la Iglesia-, ha influido de forma negativa, en ocasiones, sobre el curso de la Historia de la Iglesia y del mundo; tanto es así, que sería interesante estudiar la historia del mundo occidental desde este punto de vista. En nuestros tiempos, empezamos a entenderlo poco a poco, pero todavía estamos lejos de llegar a una comprensión profunda. La mayoría de la gente tampoco ha llegado a comprender que la

superación de esta situación -que, de una vez para siempre, quedará unida al nombre de Josemaría Escrivá de Balaguer- supone una revolución (es, en realidad, enlazar con el espíritu de los primeros cristianos) de gran trascendencia para la historia.

El Concilio Vaticano II ha promulgado solemnemente lo que Monseñor Escrivá de Balaguer y el Opus Dei ya enseñaban y practicaban, con su espiritualidad y con su vida, desde hacía varios decenios: la plenitud de la vocación cristiana de todos los bautizados; es decir, también de esa gran mayoría formada por los laicos, sin que con ello se ponga en duda la constitución jerárquica de la Iglesia y sin que se traten de confundir las competencias y las tareas específicas de sacerdotes, religiosos y laicos. La realización práctica de esta exigencia fundamental, ahora redescubierta, está todavía en los comienzos. Pero es un hecho histórico que su realización concreta en nuestro tiempo ha sido -y continúa siendo- promovida decisivamente por la fundación y la rápida expansión del Opus Dei.

Como casi todo lo grande, en el fondo, suele ser muy sencillo, también es muy sencilla esta verdad fundamental sobre la que se apoya, como fundamento sólido, el Opus Dei: todos los hombres están llamados a una participación plena en la obra redentora de Cristo, es decir, están llamados a la santidad. Pero como han sido creados como seres libres deben aceptar y querer la llamada. Y esta aceptación sólo es posible si con la gracia y con la ayuda de otros cristianos se les acerca a la verdad y al amor de Cristo. Esa llamada, que se acoge en el alma con un sí que lleva a seguir a Cristo, se desarrolla dentro de la normalidad de la vida cotidiana, en el trabajo profesional, en el cumplimiento de los deberes familiares y las relaciones sociales. Ya no cabe la disyuntiva: «como Marta» o «como María»; ni una distribución de la vida y de la conducta en nueve partes de «laboriosidad de Marta» y una parte de «contemplación de María». Monseñor Escrivá de Balaguer vivió y predicó la unidad de vida y la hizo asequible a innumerables personas; una unidad de vida que, como él mismo decía, consiste en hacer el trabajo de Marta con el espíritu de María; es decir, en trabajar bien, a conciencia -como Marta- y mantener en ese trabajo un diálogo divino, que lleva a escuchar a Dios y vivir cerca de Él, como María. Monseñor Escrivá de Balaguer predicó y mostró que una persona corriente puede comprender que la entrega a Dios y la vida cotidiana no se excluyen entre sí, sino que, por Voluntad de Dios, se integran y penetran mutuamente.

Ahora bien, el que sea posible corresponder a la vocación cristiana con una entrega total en medio del mundo y que esa correspondencia sea la consecuencia natural de la gracia bautismal no quiere decir que sea fácil y llegue como caída del cielo. Reconocer que el Señor quiere la unidad de vida, y ser capaz de ver, además, que su Voluntad nos propone una meta asequible, constituye un gran regalo de la Gracia del Señor. Pero entre el entender y el vivir se alzan a menudo obstáculos que parecen insuperables. Por eso, Dios no sólo concedió a Mons. Escrivá de Balaguer los conocimientos necesarios y la facultad para comunicarlos de palabra y por escrito, sino que también le confió la fundación de una familia de lazos espirituales que fuese capaz de aplicar esos conocimientos a la vida, enseñando, además, a innumerables personas, a hacerlos vida de su vida.

Una característica peculiar de la Iglesia Católica consiste en que se sabe Cuerpo Místico de Cristo -y Cristo sigue viviendo así, en la historia- y, a la vez, Institución divina, con personalidad jurídica dentro de la sociedad humana y de su historia. La raíz de este convencimiento está en que las normas jurídicas no sólo se refieren a las relaciones interpersonales, sino que también expresan cualidades concretas de la relación entre Dios y el hombre. El deseo de conocer a Dios y de adorarle forma parte también del contenido genuino de una conciencia jurídica.

Con la existencia misma comienza una «relación jurídica» entre el Creador, Conservador y Providente Ordenador de esa existencia, y la creatura. En la realización del plan divino de salvación, esa relación jurídica se va desvelando paulatinamente como un aspecto de la relación amorosa entre Dios y el hombre. En la sociedad civil no basta con fundamentar exclusivamente sobre la caridad cristiana las garantías para la vida y la libertad, para la propiedad y el buen nombre: es necesario, además, proteger estos valores con leyes y normas. Del mismo modo, en la Iglesia, la fe, incluso la consecución de la salvación, no pueden permanecer al margen de la ordenación jurídica; una ordenación que es como la barandilla que coloca la caridad para proteger a los débiles y a los que sienten vértigo -o sea, a todos nosotros-. Aun cuando ni él mismo se hubiese dado cuenta, de seguro que no fue una casualidad que Monseñor Escrivá de Balaguer tuviera, junto a su formación como sacerdote, una sólida formación jurídica ya antes de la fundación del Opus Dei. Desde el 2 de octubre de 1928 supo que la Obra no sería una asociación pasajera y de vida corta, capaz de reunir a un grupo de personas piadosas, de ideas o sentimientos afines, sino que se convertiría en una institución propia de la Iglesia, con un estatuto jurídico que debería corresponder a la misión propia del Opus Dei. La luz clara del 2 de octubre, aquel «ver lo que todavía era invisible», comprendía también, según sabemos hoy, las características fundamentales que la forma jurídica de la Obra habría de tener en el futuro.

En la Iglesia no existía ningún modelo jurídico para un camino cuyo fin era la santificación de los laicos cristianos en y a través de su vida cotidiana, o sea, para una vocación específica a algo no especificado. El Opus Dei, vivido realmente por muchas personas en todo el mundo, ha ido creando paulatinamente un hecho eclesial para el que, después, ha tenido que surgir la forma jurídica adecuada, tal como corresponde a los principios vitales y orgánicos de la Iglesia. Este proceso ha durado muchos años -cincuenta y cuatro-; ha pasado por varias etapas, de las que hablaremos en este libro, y culminó con la erección del Opus Dei en Prelatura personal el 28 de noviembre de 1982.

Este término todavía no nos resulta familiar: se basa -como toda la figura jurídica- en el «Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros», del Concilio Vaticano II. En el número 10 de este documento, promulgado por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, se dice: «Donde motivos apostólicos lo exijan, háganse más fáciles, no sólo la distribución conveniente de los presbíteros, sino también las obras específicas que, para los diferentes grupos sociales, han de llevarse a cabo en una región o en un país, o en todas las partes del mundo. Para esto puede ser útil establecer seminarios internacionales, diócesis peculiares o prelaturas personales y otras instituciones de este género, a las que puedan adscribirse o incardinarse los Presbíteros _para el bien común de toda la Iglesia, según las modalidades que se establezcan en cada uno de estos casos y salvos siempre los derechos de los Ordinarios de los lugares».

Si no se conoce la situación actual del derecho canónico, la comprensión de este texto resulta difícil. La Iglesia Católica está estructurada fundamentalmente según principios territoriales (3): los miembros de la Iglesia viven en territorios que se denominan diócesis, regidas por los Obispos. Ésta es la norma, la regla surgida a través de la historia. Un complemento -o, si se quiere, una ruptura- se produjo con el desarrollo de las órdenes y Congregaciones dentro de la Iglesia. Todas las que pasaban a ser congregaciones suprarregionales tendían a quedar exentas de la jurisdicción de los Obispos diocesanos. Esto ha provocado a veces graves tensiones en el curso de la historia de la Iglesia. Casi siempre, las Órdenes y Congregaciones han alcanzado la independencia jurídica, la «dependencia directa de Roma»; es decir, lo que en términos técnicos se llama exención. Todas las órdenes importantes han ido adoptando esta forma jurídica. También en otros sectores se encuentran huellas de estructuras extra o transdiocesanas, o bien de estructuras personales: en la jurisdicción militar que depende de un ordinario propio, o en la atención pastoral de extranjeros, presos o sordomudos. Teniendo en cuenta este trasfondo histórico, ¿por qué surgió el problema jurídico del Opus Dei? Porque el núcleo fundamental de su espíritu, de su espiritualidad, era conseguir que los cristianos corrientes hagan de su vida cotidiana el lugar y el medio para seguir a Jesucristo. Por lo tanto, tenía que prescindir, por principio, de cualquier privilegio canónico: sería absurdo proclamar la «santificación de la normalidad» y, a la vez, fundamentarla sobre unas normas jurídicas excepcionales dentro de la Iglesia. En ningún momento se le ocurrió a Mons. Escrivá de Balaguer separar a los miembros del Opus Dei de la jurisdicción de los Obispos diocesanos. Quien afirma lo contrario propalaría falsedades.

Pero, unida a esta condición sine qua non, había un segundo requisito: era necesario asegurar plenamente que los miembros del Opus Dei pudieran vivir realmente su vocación; que fuesen fieles leales en sus diócesis, fieles a sus Obispos, y, con igual fidelidad, cumpliesen las exigencias que su vocación trae consigo: las normas de oración y de piedad, los medios de formación, las iniciativas apostólicas del Opus Dei; es decir, que en todo esto siguiesen a aquel que es el pastor del Opus Dei. Esto ha sido así desde el principio, con toda normalidad, y lo seguirá siendo. Los sacerdotes procedentes del Opus Dei forman el clero de la Prelatura personal Opus Dei, cuyo Prelado -entendido como Ordinario propio ejerce jurisdicción sobre ellos (4). El laico que es miembro del Opus Dei sigue, desde el punto de vista espiritual, una vocación interior; desde el punto de vista jurídico, con su admisión en la Obra se convierte en fiel de la Prelatura sin dejar de serlo de su propia diócesis. Su pertenencia a la Obra se funda, por lo tanto, de una parte, en la aceptación de la llamada a una entrega total a Cristo, en un compromiso, aceptado ante el Señor, de querer vivir todas las virtudes cristianas; por otra, constituye un acuerdo contractual; el fiel no hace votos de ningún tipo, sino que cierra un contrato de carácter canónico. No hay que imaginarse un trámite complicado con papeles timbrados, pólizas, tribunales competentes y un largo aparato burocrático. Es un compromiso mutuo de fidelidad, con las características propias de la vocación laical, que se realiza con la sencillez propia del espíritu del Opus Dei.

Los laicos que pertenecen al Opus Dei están sometidos, como todos los demás fieles, a sus Obispos diocesanos, y de otra parte al Prelado de la Prelatura; a éste, en todo lo que la vocación al Opus Dei implica. Los sacerdotes diocesanos que se asocian a la Obra permanecen, sin merma alguna, bajo la jurisdicción de sus Ordinarios; pertenecen a la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz», unida inseparablemente a la

Prelatura Opus Dei; en ella reciben la formación espiritual y el apoyo pastoral de acuerdo con el espíritu del Opus Dei.

Todas estas normas constituyen una novedad en el derecho de la Iglesia, porque, por primera vez en la historia, se ha creado una fórmula jurídica para los laicos corrientes que quieran seguir consecuentemente un camino de entrega a Jesucristo; una fórmula que les permite recibir una formación espiritual específica sin que ello suponga que tengan que cambiar de sitio en la Iglesia: es decir, siguen siendo fieles diocesanos normales.

La fecha del 28 de noviembre de 1982 supone, por eso, un hito de gran alcance en la historia de la Iglesia, de esa Iglesia que se está preparando para entrar en el tercer milenio. Y una parte de esa preparación es, también como fruto del Concilio, la creación y desarrollo de nuevos instrumentos apostólicos como éste; sólo así se puede comprender esta nueva ordenación jurídica.

No queremos extendernos ahora describiendo su larga y difícil historia. En otras partes del libro hablaremos de ello. El Subsecretario de la Congregación para los Obispos, Mons. Costalunga, expuso con amplitud este tema en el *L'Osservatore Romano* del 28-XI-1982. Ya en 1962, Monseñor Escrivá había abogado ante la Santa Sede por la solución que ahora se ha hecho realidad. Pablo VI reconocía la importancia del Opus Dei cuando escribía al Fundador, el 1 de octubre de 1963, que consideraba la Obra como una «viva expresión de la perenne juventud de la Iglesia, abierta con sensibilidad a las exigencias de un apostolado moderno» (5). Pero tuvieron que transcurrir dos decenios hasta que se pudiera llegar a un ordenamiento canónico definitivo de este nuevo fenómeno teológico y pastoral.

En Roma se ha tenido conciencia de la importancia capital de este precedente para el futuro: basta observar con qué enorme cuidado y meticulosidad se ha llevado a cabo. Desde 1969 hasta 1982, los Directores de la Obra y los correspondientes Dicasterios del Vaticano han estudiado montañas de borradores, informes y documentos con objeto de tener debidamente en cuenta todos los aspectos y analizar exhaustivamente todas las implicaciones.

Durante todo ese tiempo, y hasta el final de los trabajos, se contó con la colaboración del episcopado mundial. Se informó a más de dos mil Obispos de los países en los que trabaja la Obra; todos tuvieron ocasión de dar su parecer; muchos de ellos lo hicieron, asintiendo y expresando sus simpatías; 38 Prelados hicieron llegar a la Santa Sede propuestas de variaciones o mejoras que fueron estudiadas cuidadosamente. La erección de la Prelatura personal Opus Dei, promulgada por el Papa Juan Pablo II el 23 de agosto de 1982 y publicada el primer domingo de Adviento, al comienzo del nuevo año litúrgico, no ha sido una decisión del Papa en solitario, sino un ejemplo especialmente representativo del principio de colegialidad existente entre el Sucesor de Pedro y el episcopado; un principio que constituye una característica sobresaliente del pontificado de Juan Pablo II.

Toda biografía sobre Mons. Escrivá de Balaguer no tiene más remedio que referirse necesariamente al Opus Dei: la fundación, las características y el crecimiento del Opus Dei han constituido el sentido y el contenido de la vida de don Josemaría, una vida en la que no hay nada que no guarde relación con la fundación y el desarrollo de la «Obra de Dios». Con esta «Obra», Dios ha querido abrir una nueva página en el libro de la historia de la Iglesia -una página refrendada por el Concilio Vaticano II- y ha dado vida a un nuevo «instrumento» de la Iglesia para que ésta cumpla su misión redentora de empapar el mundo, hasta el fin de los tiempos, con el Amor de Cristo. Para lograrlo se sirvió de un «tornero» que «fabricó el instrumento»: un joven sacerdote al que dotó de todos los dones naturales y sobrenaturales necesarios para cumplir su misión, haciendo que su vida, desde el primer hasta el último aliento, se fundiera con la misión que le había encomendado.

Monseñor Escrivá de Balaguer no fundó el Opus Dei como camino y hogar para otros: en primer lugar, lo hizo vida de su vida. Desde el 9 de enero de 1902, fecha de nacimiento del pequeño Josemaría (el nombre se escribía todavía separado), hasta el 2 de octubre de 1928, fecha de nacimiento de la Obra, era ya «Opus Dei» en los designios de la Providencia divina, sin que se dieran cuenta ni él mismo ni los demás. El 2 de octubre de 1928, el joven sacerdote vio lo que Dios quería de él para bien de su Iglesia y de la humanidad entera y supo, con gran conmoción, que él mismo constituía «las primicias» de esa Voluntad. El Opus Dei inició su camino en el mundo y a través de la historia con un paso decisivo: su Fundador era Opus Dei; lo sabía y podía transmitirlo a los demás. El desarrollo y la expansión de la Obra hasta el fallecimiento de su Fundador -y también después- no es otra cosa que la multiplicación de aquel carisma del Fundador, de su «primogenitura». Estamos casi ante una variante del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, tal como Dios la ha previsto en su plan salvífico.

Desde el momento en que abrigué la idea de escribir este libro me enfrenté con dos dificultades: no conocí personalmente a Monseñor Escrivá de Balaguer, nunca le traté en vida; por otra parte, su vida terrena finalizó hace tan sólo unos pocos años, es decir, todavía no puede ser un «monumentum historiae» y ni siquiera un tema para una investigación histórica completa. Estas dos dificultades, que podríamos resumir como «excesiva distancia subjetiva del autor respecto a un héroe demasiado cercano objetivamente», me causaron al principio dudas y titubeos; una vez superadas, han quedado una serie de renunciaciones y limitaciones. La superación, o por lo menos la disminución de las dudas, fue posible gracias a numerosas conversaciones mantenidas con miembros del Opus Dei y, sobre todo, gracias a la opinión del Prelado de la Obra, don Alvaro del Portillo, el primer sucesor del Fundador desde el fallecimiento de éste en 1975. Mons. Alvaro del Portillo me alentó en esta tarea y me prestó toda clase de facilidades, aunque la Causa de Beatificación de Monseñor Escrivá, introducida el 19 de febrero de 1981 en Roma, haya hecho que todavía no sea posible poner a disposición de los investigadores gran cantidad de material que ha sido preciso revisar, reunir y ordenar para el proceso. Por otra parte, todavía viven muchas de las personas que mantuvieron muy diversas relaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer y cuyos derechos personales deben ser respetados, al igual que los de personas fallecidas hace pocos años.

Sin embargo, debo decir que he contado con un rico material de fuentes históricas, que comprenden (junto con los escritos del Fundador y aquellas publicaciones sobre su persona y sobre el Opus Dei que son asequibles para el público en general) gran número de documentos y cartas de Mons. Escrivá que permanecen aún inéditos en la Postulación, a disposición de la Causa de Beatificación y de Canonización.

He podido conversar largamente en España con muchos de los primeros miembros, con personas que trataron en su juventud al Siervo de Dios, que conocieron los primeros años de la Obra y que se pueden contar entre las personas más cercanas y más fieles al Fundador. He tenido ocasión de visitar varias veces la Universidad de Navarra en Pamplona, donde he obtenido muchas y muy valiosas sugerencias para mi trabajo.

A pesar de todo, este libro no puede ser una labor definitiva de historiografía sobre Josemaría Escrivá de Balaguer y sobre el Opus Dei. Entonces, ¿qué es...? Puedo contestar diciendo que es un libro espiritual con carácter biográfico e interés histórico; un libro que tiene como finalidad dar a conocer al Fundador del Opus Dei y, con ello, la Obra por él fundada, con objeto de que se les comprenda más profundamente y mejor y que se les pueda enjuiciar con más justicia. El lector, al final del libro, verá por lo menos una cosa: que Mons. Escrivá de Balaguer mostró a la luz del día, de manera nueva y en algunos casos incluso por primera vez, aquellas dimensiones del cristianismo que tienen vigencia intemporal. Del Opus Dei decía que es «viejo como el Evangelio, y como el Evangelio, nuevo». De este modo ha dado comienzo a una nueva etapa en el seguimiento de Cristo.

Huellas en la nieve

Vocación

La palabra y el concepto de «vocación» plantean ciertas dificultades; la palabra indica una categoría especial -y también una génesis especial- de una situación vital o de una capacidad; el concepto incluye tanto el aspecto natural como el sobrenatural de este algo «especial». Su etimología latina guarda relación con «vocare» -llamar-, es decir, conseguir algo, no por el esfuerzo propio, sino porque se «es llamado». En este sentido, se dan en la vida civil situaciones similares a una vocación: las de todas aquellas personas que son «nombradas», «llamadas» para ser, por ejemplo, catedráticos de Universidad, miembros del Consejo directivo de una empresa o de una asociación, de un patronato científico de renombre... o director titular de una orquesta famosa o director de escena en un teatro de relieve. Son personas a las que no se elige por votación, ni se las contrata: se las nombra, se las llama. Y, para que la llamada dé origen a una nueva realidad, es necesario que esa persona dé su respuesta, acepte la llamada, el nombramiento: sólo así se establece la nueva relación.

Existe, además, en la vida civil otra acepción del término «vocación»: decimos que hay personas que tienen vocación de músicos o pintores, de educadores o médicos. También hablamos de vocación de un grupo, de un pueblo o de una nación llamados a cumplir una misión histórica determinada: queremos decir entonces que las personas o grupos en cuestión desarrollan ciertas capacidades o actividades no por impulso propio, sino por que les vienen dadas como un don, como un regalo de alguien que tiene la capacidad de repartir tales dones. Cuando hablamos de «vocación profesional», encerramos en este concepto una parte de nuestra experiencia que nos dice que cualquier actividad que tiene un sentido, y se orienta a un servicio, se fundamenta en una llamada que se ha aceptado.

Todas las facultades, capacidades y condiciones naturales del hombre, también todas las «vocaciones naturales» que pueda haber recibido, encierran un aspecto sobrenatural; esto es así porque Dios es el Creador y Señor del universo y de cada ser. Pero hay también «vocaciones sobrenaturales» (y al decirlo damos al concepto «vocación» un significado totalmente nuevo), por las cuales Dios llama a determinadas personas a un camino específico, a una obra precisa, a una forma especial de entrega. En general, cualquier vida humana, desde el momento en que comienza, está «llamada» a participar en la vida sobrenatural de Dios, está llamada a la salvación; pero la historia de la salvación consiste precisamente en que esa «vocación general» se va concretando y especificando escalonadamente: con el Bautismo, que nos abre las puertas del Cuerpo Místico de Cristo; con la Confirmación, que nos prepara para la lucha espiritual; con la creciente identificación con Jesucristo en los diversos estados de vida: en el sacerdocio, el episcopado, el papado, el estado religioso, etc. Cada uno de estos pasos supone una vocación sobrenatural específica, o sea, una gradación, variación o diferenciación de la vocación sobrenatural general.

Desde esta perspectiva se entiende la vocación sobrenatural al sacerdocio y a la realización del Opus Dei que recibió de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer. No tuvo dos vocaciones, sino una vocación indivisible, en la que la gracia fundacional iba unida al sacerdocio; éste era como la envoltura de aquélla, que el 2 de octubre de 1928 desveló su profundo y radical sentido. Ese día, el joven sacerdote vio con nitidez y sin posibilidad de dudas aquello que antes, a pesar de su empeño, sólo había acertado a barruntar, sin precisión y sin perfiles claros. «Vio» lo que más tarde se llamaría Opus Dei; percibió y comprendió el encargo divino de realizarlo, como comentaremos extensamente. Con otras palabras: la vocación como Fundador de la Obra se hizo patente primero para él mismo y poco después, en círculos concéntricos cada vez más amplios, también para las personas de su entorno.

El momento en el que se proyectó ese rayo de luz sobre la vocación específica fue similar, con su ausencia de estrépito externo, a un silencioso florecimiento. Pero para que el fruto madure y nazca la flor se requiere una buena tierra, unas raíces, un crecimiento. Cualquier vocación divina existe desde la eternidad. Antes de que se «manifieste» y se desarrollen sus efectos permanece oculta, sobre todo en la Providencia de Dios, pero también en un tiempo más o menos largo de preparación del que ha de recibirla; a veces se da también un estado intermedio: todo está preparado para emprender el camino, pero todavía no se ha comunicado la meta ni la dirección. La entrega y la obediencia han extendido ya un cheque en blanco a nombre de Dios. Es seguro que el cheque será rellenado y saldado, pero todavía permanecen en la oscuridad el cómo y el cuándo.

Así fue la vocación de Josemaría Escrivá de Balaguer. Esta fase de su camino fue una fase larga, de más de diez años de duración; un período de ímpetu indefinido, de vivos barruntos y de atenta espera; una etapa intermedia entre el no saber y el conocer exactamente lo que Dios había previsto para él. Solía evocar, en años posteriores, este tiempo; en especial se refería a su vocación al sacerdocio, que siempre reconoció como parte integral de otra vocación de más alcance y «más específica», pero que durante años no pudo definir adecuadamente. En cierta ocasión decía que se había sentido «medio ciego, siempre esperando el porqué: ¿por qué me hago sacerdote? El Señor quiere algo, ¿qué es? Y en un latín de baja latinidad, con las palabras del ciego de Jericó, repetía: "Domine, ut videam! Ut sit! Ut sit!" Que sea eso que Tú quieres, y que yo ignoro» (1). Una exposición de la vida y de la obra de Escrivá necesariamente tiene que comenzar, por tanto, con los años de la vocación oculta, pasando por los años de la vocación barruntada, antes de desembocar en los años de la vocación desvelada.

Orígenes

La pequeña ciudad de Barbastro, que en 1900 tenía unos siete mil habitantes, ha quedado hoy algo a trasmano, en un punto muerto entre dos capitales de provincia, Huesca y Lérida, y la capital de Aragón, Zaragoza. Pero parece que se está anunciando un cambio gracias al Santuario mariano de Torreciudad, situado a sólo veintinueve kilómetros de distancia: un lugar que, por la belleza del paisaje, la admirable expresión arquitectónica y la riqueza de su vida espiritual, se está convirtiendo en uno de los grandes santuarios marianos de España. Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, pocas semanas antes de su fallecimiento, consagró el altar mayor del nuevo Santuario,

que se inauguraría el 7 de julio de 1975, precisamente con la celebración de la Misa funeral en sufragio de su alma. Hoy, la mayoría de los peregrinos que van a Torreciudad pasan por Barbastro.

En 1065, el rey Sancho Ramírez reconquistó Barbastro de los árabes, aunque se volvió a perder en 1076, para ser recobrada definitivamente por el rey Pedro I de Aragón, hijo de don Sancho Ramírez, en el año 1100. El 22 de agosto de 1137 se realizaría en Barbastro la unión de Aragón y Cataluña por medio del enlace nupcial de Berenguer IV de Barcelona con doña Petronila, hija de Ramiro II el Monje. A partir de esta fecha, la ciudad se fue convirtiendo en importante centro económico y administrativo para toda la región del Somontano oriental.

Barbastro fue sede episcopal ya en el siglo XII, inmediatamente después de su reconquista definitiva, pero sufriría alguna interrupción hasta su restablecimiento, por el Papa Pío V, en 1571. Actualmente es una diócesis sufragánea de Zaragoza. Tiene una importante catedral gótico-renacentista del siglo XVI, y la vida comercial de la ciudad gira alrededor de la Plaza del Mercado, una plaza de planta rectangular, rodeada de pórticos con pequeños comercios. Cuando la visité en junio de 1981 la estaban adornando para la procesión del Corpus con un altar, una alfombra roja y muchas flores. Los jóvenes y los viejos colaboraban. Mi impresión era que si se prescindía de los coches, de los anuncios y la moda de nuestra época, aquel lugar se mantenía igual que hace setenta u ochenta años.

Aquí, en el centro de la pequeña ciudad, nació Josemaría el 9 de enero de 1902. Muchas personas en todo el mundo conocen el nombre de Barbastro precisamente por este hecho. La casa natal, situada en la parte más estrecha de la plaza, ya no existe: se tiró en los años setenta (y Mons. Escrivá de Balaguer, por cierto, se alegró al saberlo: no quería que se iniciara un culto museal alrededor de su persona) y se sustituyó por un edificio nuevo que actualmente alberga un centro del Opus Dei. A pesar de todo, no es difícil imaginarse la casa y la tienda de José Escrivá, su padre, porque quedan en pie todavía muchos edificios de principios de siglo.

Ningún intento biográfico, por modesto que sea, es factible si se dejan de lado los antepasados y la familia. También nosotros vamos a dedicarles algún espacio, a pesar de que a los alemanes los árboles genealógicos procedentes de España nos resulten algo complicados, porque los nombres españoles nos desconciertan: los hombres añaden al apellido paterno el de su madre, y las mujeres anteponen el suyo de solteras al del marido.

La familia Escrivá procedía originariamente de la pequeña localidad de Balaguer, situada a unos treinta kilómetros al noreste de la ciudad de Lérida. El bisabuelo de Josemaría, José Escrivá, nació allí, fue médico y contrajo matrimonio con Victoriana Zaydín, hija de un terrateniente del cercano lugar de Perarrúa. También nació allí José Escrivá Zaydín, que se casó, en 1854, con Constanza Corzán, procedente de Fonz, un pueblo próximo a Barbastro. Este José Escrivá sería el abuelo del Fundador del Opus Dei. Sabemos más bien poco de la familia Corzán: pertenecía a esa capa relativamente amplia en Aragón de los terratenientes de clase media. La abuela Constanza, a quien

Josemaría llegó a conocer, fue una mujer piadosa, activa y abnegada; falleció en 1912. El matrimonio Escrivá-Corzán tuvo seis hijos: dos mujeres y cuatro varones; el primero murió siendo niño; el segundo, Teodoro, fue sacerdote y vivió en Fonz, donde falleció en 1933; el tercero, Jorge, estudiante de Medicina, falleció en el año 1885 a la edad de veinte años; el más joven, José, nacido en 1867, contrajo matrimonio, en 1898, con María Dolores Albás, de Barbastro, y fue el padre de Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás.

Los antepasados por parte materna son especialmente interesantes para la genealogía: llama la atención el gran número de hijos y la profusión de vocaciones religiosas. La base económica de esta familia eran las tierras que poseían; pero como casi nunca resultaban suficientes para mantener a todos los hijos, los más jóvenes emigraban a las ciudades y pueblos cercanos, donde ejercían un oficio. Algunos consiguieron «dar el salto» y establecerse en profesiones académicas. El orgullo de la familia eran los sacerdotes; y el elevado número de hijos suponía la mejor garantía de vocaciones sacerdotales. Dolores Albás tenía doce hermanos, entre ellos una hermana gemela. Estaba en la cola de una larga fila: eran veinte años menores que la hermana mayor; detrás de las gemelas tan sólo venía un hermano pequeño, Florencio. Los Albás se habían establecido en Barbastro tres generaciones antes: el bisabuelo de Josemaría por parte materna, Manuel Albás, había contraído matrimonio con Simona Navarro, que procedía de esta ciudad. Su hijo Pascual, o sea, el abuelo materno de Josemaría, tenía un comercio en Barbastro, vivía en una gran casa, era rico y estaba bien considerado (2).

El hermano mayor de Pascual, Simón, era sacerdote; el que le seguía, Juan, tenía nueve hijos, entre otros Rosario, que fue monja, y Mariano, que habiendo enviudado recibió la vocación al sacerdocio. El Fundador del Opus Dei recibió en el bautismo, como cuarto nombre, el de Mariano, en recuerdo de este tíoabuelo suyo, que fue su padrino de bautizo, y usaría el nombre a menudo, como manifestación de su amor a la Virgen.

La mujer de Pascual, Florencia Blanc, cuyo hermano llegó a ser Obispo de Ávila, también procedía de Barbastro. Entre los trece hijos de este matrimonio también encontramos a dos monjas y a dos clérigos: Vicente y Carlos Albás; los dos alcanzaron una edad de más de ochenta años y fallecieron hacia mediados de nuestro siglo. Es decir, un total de nueve vocaciones religiosas sólo por parte materna, contando a Josemaría; son aún más si se tiene en cuenta la línea paterna. Llama la atención un especial parecido con aquel tío-abuelo por parte materna que llegó a ser obispo; un parecido también externo, amén de otras cualidades: una amplia y profunda formación, facultades como escritor y como orador, una mentalidad jurídica tan clara como creadora, unida armónicamente a la formación teológica, la experiencia pastoral y la piedad personal.

Casi todos los aspectos realmente importantes sobre los padres del Fundador (sobre José y Dolores Escrivá), todo lo que, en su vida y en la familia que fundaron, tuvo relevancia para el camino de su hijo, lo que influyó decisivamente sobre él y le preparó para su misión, lo sabemos por él mismo. No porque describiera, «a la manera autobiográfica» -como por ejemplo lo hiciera Goethe-, con un solo trazo, a sus padres y

a su hogar, sino porque las muchas frases sueltas, repartidas a lo largo de toda su vida y, algunas, varias veces repetidas -pequeñas anécdotas, menciones como de pasada, expresiones de agradecimiento-, han ido perfilando una imagen no sólo de los padres, sino también de la vida familiar y de toda la infancia; una imagen parecida a un dibujo a tinta china, luego coloreado: con perfiles que limitan y que, a la vez, abren un panorama; con colores que acentúan y, a la vez, diluyen: imágenes de la infancia que se ofrecen como en un caleidoscopio; imágenes que revelan y, a la vez, silencian.

Lo que nos revelan sobre los comienzos del siglo XX no es fácilmente comprensible para un espectador de finales de siglo: ¿Cómo se le puede explicar a un alemán que ahora vive en una gran ciudad cómo era la vida en una pequeña ciudad aragonesa en 1902 o en 1912? El escritor danés Hans Christian Andersen escribió un cuento titulado «Los chanclos de la fortuna»; estos zapatos (o más bien zuecos) llevan a su dueño con la velocidad del pensamiento a cualquier lugar y a cualquier tiempo que quiera alcanzar. Si nos los pusiéramos y, con su fuerza mágica, nos trasladáramos al Barbastro de comienzos de siglo, en primer lugar se extrañarían nuestros oídos y nuestra nariz: falta el ruido de los motores, el rumor apagado del tráfico, el duro traqueteo de las motos; los aviones que sobrevuelan, como aullando, los tejados; y también faltan los teléfonos y las melodías de los aparatos de radio. No hay más ruidos que los que producen los animales, los hombres y los oficios: en la acústica no hay diferencias con respecto a la Edad Media. ¡Y los olores! Faltan los gases de escape, los olores típicos de la industria (goma, sopletes, aceite de maquinaria y humo de carbón), hay más sudor y tabaco y un perfume algo dulzón...

Seguramente, a nuestros ojos les costaría menos adaptarse: no encontraríamos vehículos, gasolineras, postes de telégrafos, cables de alta tensión y cabinas telefónicas; pero el corazón de Barbastro sería poco distinto del Barbastro de nuestros días. Y ¿qué decir de la moda? El traje de los señores, es curioso, no ha cambiado sustancialmente en los últimos cien años; se ven menos sombreros, pero los que se ven son del mismo tipo, y casi han desaparecido los bastones de paseo. En las señoras nos llamarían la atención las faldas largas, los apretados corpiños, los colores oscuros. En general, supongo que nos daríamos cuenta de que las diferencias sociales son mucho más marcadas hacia fuera, en el tono y en la forma de vestir, que en nuestros días. Y -esto es seguro- los niños nos causarían gran impresión: hacen travesuras, como los niños de todas las épocas, pero son más formales: obedecen a los padres, a los maestros, a los párrocos; saludan a los mayores, hablan cuando se les pregunta y comen, con ganas o sin ellas, lo que se les pone delante. Y lo que se solía poner sobre la mesa de una familia de clase media nos parecería realmente muy poco apetitoso...

Niñez en Barbastro

Tomemos un año cualquiera, por ejemplo 1912. Josemaría tiene diez años. Su nombre completo es José María Julián Mariano: así se lo impusieron en el Bautismo, celebrado en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción -la Catedral de Barbastro-, cuatro días después de su nacimiento, el 9 de enero de 1902. Por entonces, José y Dolores Escrivá formaban un matrimonio joven en edad y como esposos: él tenía treinta y cuatro años, ella veinticuatro; se habían casado en 1898. Su primera hija, Carmen,

nacida en 1899, viviría hasta 1957 y, sin pertenecer al Opus Dei, cumpliría la misión de ayudar de manera singular a su hermano en la tarea que Dios le había encomendado.

La familia crecía con rapidez... y con la misma rapidez volvía a empequeñecer. Hoy en día, por lo menos en nuestros países occidentales, casi no podemos imaginarnos lo que significa una elevada mortalidad infantil; pero entonces casi no había familia en la que la muerte no entrara en el cuarto de los niños; en ocasiones, repetidas veces. Después de Josemaría, habían nacido tres niñas: en 1905, María Asunción, que no llegaría a cumplir los nueve años; en 1907, María Dolores, que murió en 1912, y en 1909, María del Rosario, que sólo vivió nueve meses. Dios exigió no sólo de los padres dolor y entrega a su Voluntad en grado máximo; de seguro que a Josemaría también se le grabó en lo más profundo de su alma este temprano encuentro con el dolor y con la muerte, que acompañaron su niñez entre los ocho y los once años. «Como las hermanas habían ido falleciendo por edades -de menor a mayor-, Josemaría decía que entonces le tocaba a él» (3). Una impresión comprensible en un chico de once años, pero que debía rasgar el corazón de su madre, quien le contó que, a la edad de dos años, ya había estado enfermo de muerte y desahuciado por los médicos, y que ella y su padre, en su angustia, le habían ofrecido a la Virgen de Torreciudad; le había dicho también que, después de su curación, habían hecho una romería llevándole en brazos a la antigua y querida ermita en la que se veneraba su imagen, por lo que estaba bajo su especial protección. Años más tarde, en cierta ocasión, añadió: «Para algo grande te ha: dejado en este mundo la Virgen, porque estabas más muerto que vivo» (4).

José Escrivá era comerciante: copropietario de la casa «Sucesores de Cirilo Latorre», una sociedad que se había constituido en 1894; se dedicaba al negocio textil y marchaba bastante bien.

En 1902 se liquidó el negocio en su forma originaria, es decir, como «Sucesores de Cirilo Latorre», y se constituyó una nueva sociedad llamada «Juncosa y Escrivá. Sucesores de Cirilo Latorre». Sus copropietarios eran don Juan Juncosa y don José Escrivá, que un decenio más tarde se encontraban prácticamente en bancarrota.

Esta situación repercutió con toda su fuerza sobre José Escrivá, porque era una persona confiada, sin segundas intenciones, profundamente íntegra, incapaz de imaginar cualquier argucia o comportamiento dudoso en los negocios y también de cualquier tipo de astucia personal. Todas estas cualidades se reflejaban en su cara: las fotos nos muestran un señor de mediana estatura y aspecto distinguido, en el que llaman la atención la frente clara y alta, y la nariz fina y recta. El atrevido bigote con sus puntas hacia arriba y un aire de bondad y de humor en los ojos y en la boca le dan un aspecto juvenil y abierto. «Era un hombre emprendedor, trabajador y muy honrado; lleno de bondad, de paciencia y de rectitud; alegre, elegante, sincero, generoso -"era muy limosnero", solía decir el Fundador del Opus Dei refiriéndose a su padre-; cariñoso y atento con todos, se mostraba especialmente amable con sus dependientes; vivía una recia piedad a la Eucaristía, al Señor Crucificado, a la Virgen Santísima; era muy devoto del rezo del Santo Rosario» (5). Su absoluta corrección y una confianza casi infantil en la honradez (para él un supuesto absoluto) de cualquier persona hacía que, aunque fuera un comerciante laborioso, careciera de defensa contra personas calculadoras y astutos

comerciantes. Si a esta condición se unen circunstancias desfavorables, como unas letras vencidas o un retroceso en las ventas, la catástrofe en los negocios puede surgir con gran rapidez. Y en 1913-14 se llegó a esta situación: la bancarrota y la liquidación del comercio «Juncosa y Escrivá», con todas las consecuencias negativas que la sola palabra comporta y que tan bien conocemos por las novelas de Balzac: se produce primero un descenso repentino del nivel de vida, relativamente fácil de soportar si afecta a todos, pero muy amargo si recae, digamos que «selectivamente», en uno solo. Luego viene el hundimiento en el ambiente social; el «fracasado» cae en el aislamiento y muchos conocidos y amigos se distancian: ya no les interesa el trato con «personas arruinadas».

Todo esto lo tuvieron que soportar los padres de Josemaría Escrivá: la situación humillante de un revés en el negocio, la pobreza personal, la necesidad de despedir a los empleados y a los criados, la liquidación del comercio y el traslado de Barbastro... El quinquenio entre el fallecimiento de la pequeña María del Rosario, en 1910, y el traslado de la familia, ya sólo con dos hijos, a Logroño, fue un continuo calvario. Y tampoco en años sucesivos la suerte externa favoreció a los padres de Josemaría.

En medio de esta época de dolores internos y de preocupaciones económicas se celebró la Primera Comunión del pequeño Josemaría; la recibió el 23 de abril de 1912, fiesta de San Jorgel' que era la fecha acostumbrada en la región. Con sus diez años, era uno de los más jóvenes, pues aunque el Papa Pío X había impulsado, con los decretos correspondientes, que los niños recibieran la Comunión a los siete años, estas medidas se iban estableciendo lentamente. Los padres de Josemaría, sin embargo, se dieron cuenta del gran provecho que suponían las nuevas normas y quisieron que su hijo recibiera lo antes posible el Santísimo Sacramento.

Los hijos de los Escrivá iban creciendo en un ambiente de piedad natural y de normalidad. Sus padres les habían enseñado a acudir con confianza al Señor, a la Santísima Virgen y a los Santos: en ellos encontraban auxilio, fortaleza y esa protección que también le daban sus padres, que constituían su mejor ejemplo en el trato con Dios. Todo esto se desarrollaba en un ambiente de fe y de paz, sin ningún ribete de exageración o de envaramiento, porque sus padres sabían algo que hoy tendemos a olvidar: que las manos del niño que saben sostener el primer biberón también son capaces de unirse para orar. El pequeño Josemaría había aprendido las oraciones propias de los niños, el Rosario y la «Salve», y, de vez en cuando, había podido acompañar a sus padres a Misa, con su hermana Carmen. A los seis o siete años había ido por primera vez a confesarse; su madre, que le había preparado, le llevó a su propio confesor, un buen escolapio (6), y le acompañó hasta el misal, o confesonario. «Me quedé muy contento -recordaba el Fundador del Opus Dei a sus setenta años de edad-, y siempre me da alegría recordarlo» (7). Monseñor Escrivá no se cansó nunca de hablar de la importancia capital del Sacramento de la Penitencia para todos los cristianos, también para los niños. Cuando, en 1975 estando en Venezuela, le preguntaron por la Confesión de los niños, que hoy en día, como la Confesión en general, no es que, tenga muy buena prensa, contestó: «Llevad a los niños a Dios antes de que se meta en ellos el demonio. Creedme, les haréis un gran bien. Yo lo digo por experiencia de miles y miles de almas, y por experiencia mía personal» (8). Y poco después, en Roma, se refirió de nuevo a este punto: «¡Qué indignación siente mi alma de sacerdote cuando dicen ahora

que los niños no deben confesarse mientras son pequeños! ¡No es verdad! Tienen que hacer su confesión personal, auricular y secreta, como los demás.

¡Y qué bien, qué alegría! Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más» (9).

Como preparación al gran día de la Primera Comunión, aprendió, con ayuda de su madre, el catecismo para niños. También este punto es de importancia capital para una vida cristiana. Sin conocer el contenido de la fe, sin saber cuáles son sus fundamentos intemporales, eternamente válidos, y sus principios fundamentales, es imposible vivirla, seguir a Jesucristo y ganar a otros hombres para la fe. Durante toda su vida, el Fundador del el Opus Dei subrayó la necesidad del conocimiento de la doctrina de la fe para la salvación, de aceptarla «ex auctoritate Ecclesiae» y de transmitirla a todos los hombres. «También nosotros -escribía en 1953- encontramos a nuestro paso, en tantas ocasiones, la más desoladora ignorancia religiosa, que nos exige un profundo y continuado apostolado de la doctrina. Y esto no sólo entre los paganos de nuestro tiempo, sino aun entre no pocos que se ofenderían si no se les llamara católicos» (10). Le preparó para hacer la Primera Comunión un viejo escolapio, «hombre piadoso, sencillo y bueno», según recordaba Mons. Escrivá. «Él me enseñó la oración de la comunión espiritual: Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibí vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos» (11). Es difícil imaginarse que se pueda perder un hombre que tenga impresas en su corazón estas palabras, aun cuando haya olvidado y perdido todo lo demás.

Los testigos concuerdan en que el pequeño Josemaría era un niño alegre, normal, de desarrollo armónico, ni «mimado» ni «libre de dolores». No hay niñez sin dolor; cualquier crecimiento lo produce. ¿Qué sucede en el interior de un chico de once años que, por tres veces en tres años, tiene que pasar por el fallecimiento de una hermanita, el dolor de los padres, las terribles horas y los días de la muerte, las lacerantes visitas al cementerio? De Lenin sabemos que, a la edad de diecisiete años y bajo la impresión del fusilamiento de su hermano mayor, que había participado en un complot para asesinar al Zar Alejandro III, perdió la fe cristiana. «Al caer en la cuenta de que Dios no existía - escribe su amigo' Lepeschinski-, se arrancó la cruz del cuello, la escupió con desprecio y la arrojó lejos de sí» (12). Estamos ante un profundo misterio. Un hombre, al ver en la muerte de su hermano la adversidad del destino, empieza a recorrer el camino del odio, un camino que acarreará terribles consecuencias: para sí mismo y para miles de hombres. Otro hombre, ante la dureza de una tragedia familiar, se fortalece en su amor a Dios y a los hombres, y los frutos serán, en este caso, frutos admirables y magníficos para la humanidad. Ignoramos el sentido profundo de estos hechos: es el misterio de la libertad para el bien y para el mal. Pero da mucho que pensar un pequeño episodio que recuerda la Baronesa de Valdeolivos: Entre los juegos de niños, les gustaba especialmente hacer castillos con naipes. Una tarde -debió ser entre julio de 1912 y octubre de 1913, pues ya habían muerto dos de las hermanitas-, «absortos en torno a la mesa, conteníamos la respiración al colocar la última carta de uno de aquellos castillos, cuando Josemaría, que no acostumbraba a hacer cosas así, lo tiró con la mano. Nos quedamos medio llorando, y Josemaría, muy serio, nos dijo: "Eso mismo hace Dios con las personas: construyes un castillo y, cuando casi está terminado, Dios te lo tira"» (13). Esta frase deja entrever que el alma del pequeño se encontraba al borde del precipicio:

había experimentado la imposibilidad de comprender a Dios y, sin darse perfecta cuenta, temblaba ante la posibilidad de tener que aceptar una fría arbitrariedad. Pero el alma, estremecida, se apartó de esta posibilidad. El pequeño Josemaría se apartó del terrible «abismo negro» al que se lanzó el joven Lenin. Una y otra, innumerables veces, el Fundador del Opus Dei alabó luego la Cruz como instrumento de salvación, como camino que tiene que andar -y que desea andar- el que tiene amor a Dios y a los hombres, porque no hay otro camino para encontrar la raíz de la alegría. Para él, el dolor era «la piedra de toque del Amor» (14); y en una meditación del año .. 1967, decía: «Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las majos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos, a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y' que nos tomen por necios» (15).

Años más tarde limpió la capa del polvo y de azúcar con la que habían recubierto esa Cruz: y la mostró a miles y miles de cristianos corrientes en su integridad, con el madero duro y con aristas. =~Una Cruz que vuelve a ser visible y por ello atrayente. Una Cruz que se enraizó en el corazón de Josemaría cuando aún era un niño.

El joven Josemaría recibió los fundamentos de su formación en el colegio de los Escolapios. Allí enseñaban unos diez religiosos y gozaba de buena fama, aunque no lo frecuentaran muchos chicos, ya que por aquel entonces eran relativamente pocos los que llegaban a la enseñanza superior, sobre todo en una localidad pequeña como Barbastro. Estos colegios privados estaban bajo la supervisión estatal, por lo que cada curso era necesario que los alumnos hicieran los exámenes finales en un Instituto. En este caso, tenían que viajar a la capital de la Provincia, a Huesca, y más tarde a Lérida. Josemaría cursó los tres primeros años del bachillerato en Barbastro, entre 1912 y 1915. Se le describe como sereno y poco revoltoso, muy «estudioso y reflexivo»; «ni bullicioso ni hosco y muy bien educado» (16). La edición local del semanario «Juventud» de marzo y de junio de 1914 nos da algunas informaciones sobre sus calificaciones escolares: obtuvo notas especialmente buenas en Aritmética y Geometría, en Geografía de España, en Latín y en Religión. Según comentaría a menudo, en su juventud se había sentido vivamente atraído por las Matemáticas, el Dibujo y la Arquitectura (17). Y hay que decir que, en el curso de los años cuarenta a setenta, más de un edificio recibiría «su impronta arquitectónica»; basta pensar en los edificios de la sede central del Opus Dei en Roma o en el Santuario mariano de Torreciudad. Los restantes años del bachillerato, o sea el cuarto, quinto y sexto, los cursó en el Instituto Nacional de Logroño, ciudad a la que la familia Escrivá se trasladó en 1915.

El sí al sacerdocio

Al contrario que Barbastro, Logroño es una ciudad que se nombra en las enciclopedias alemanas: hoy en día cuenta con unos 80.000 habitantes y es la capital de La Rioja; está situada a orillas del Ebro, en su curso alto, y forma el centro de aquella región, que se conoce por sus buenos vinos y que, además, tiene industria de conservas y algo de textiles. Y fue precisamente en el comercio textil donde José Escrivá encontró trabajo: en la empresa de Antonio Garrigosa y Borrell, una tienda con el pomposo nombre de «La Gran Ciudad de Londres». Después de la quiebra económica en

Barbastro, esto significaba volver a empezar desde cero; y don José tenía cuarenta y ocho años: no era ya un jovencito. El ejemplo de sus padres, que en la vida cotidiana siguieron con serenidad y naturalidad el consejo de San Pablo de ser «alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rom XII, 12), conmovió a Josemaría y marcó decisivamente su carácter. En 1971 escribía: «Así preparó el Señor mi alma, con esos ejemplos empapados de dignidad cristiana y de heroísmo escondido, siempre subrayados por una sonrisa, para que más tarde le fuera pobre instrumento, con la gracia de Dios, en la realización de una Providencia suya» (18).

Los comienzos en Logroño fueron duros. Los Escrivá no conocían a casi nadie en la ciudad; los primeros meses vivieron como inquilinos en el cuarto piso de una casa muy modesta, calurosa en verano y fría en invierno. La vivienda a la que se mudaron bastante más tarde, situada también en un cuarto piso, tampoco se puede decir que fuera confortable. A pesar de todo, siempre que don Josemaría Escrivá de Balaguer, en años posteriores, hablaba del «hogar luminoso y alegre» que deberían ser el Opus Dei y todos sus Centros, así como los hogares de cada uno de sus miembros, pensaba en el ejemplo de su casa paterna, cuya luminosidad y calor no procedían del lujo y de los medios materiales, sino del cariño, de la naturalidad y del buen humor con que los padres trataban a los hijos.

En las biografías de grandes personajes se suele destacar con cierto gusto (y ellos mismos suelen coquetear con este dato) que han sido malos estudiantes en el colegio. Este dato biográfico (destinado a tranquilizar al lector, sugiriendo que las malas calificaciones en el colegio y en la Universidad son casi una garantía de un cambio radical hacia un futuro lleno de éxitos) sería totalmente falso en el caso de Josemaría. Fue, por el contrario, un estudiante brillante, que obtuvo notas excelentes: «sobresalientes» y «notables», e incluso, en dos ocasiones, matrícula de honor: en «Preceptiva y Composición», a los catorce años, y en «Ética y Rudimentos de Derecho», a los dieciséis; lo cual no fue ninguna casualidad, sino que correspondía exactamente a sus hábitos y capacidades intelectuales. Se trataba, pues, de resultados normales, si partimos de la base de que trabajaría con diligencia y concentración. Sobre todo en los últimos años de colegio, Josemaría se convirtió en un lector empedernido, como se suele decir, y adquirió las bases de aquella formación intelectual y cultural que sirven para toda la vida y que sólo se pueden asentar en la juventud. Se concentró sobre todo en los clásicos y en los libros de historia, algo que es común a muchas personas de su generación y la mía. En años posteriores sería capaz de citar, con naturalidad y precisión, autores y textos concretos. Fue una constante de su vida, tanto de joven como de adulto, en sus años de estudiante y en la época en la que fue Presidente General del Opus Dei: se esforzaba por leer con profundidad todos los escritos. Era un hábito adquirido en su temprana juventud. Se fijaba en su contenido y atendía a la forma. Tenía, como don natural, un sentido del idioma muy desarrollado y poseía el arte de contar los detalles y el de la sugerencia sin caer en la vaguedad o la indefinición. Su estilo, tanto hablado como escrito, era claro y fuerte, totalmente coherente en lo racional, pero lleno de vida, porque nacía también del corazón (19).

El tiempo de maduración de muchas personas jóvenes (la pubertad en sentido estricto y el decenio posterior) suele estar marcado por ciertos «temblorés» religiosos,

por estremecimientos que suelen conducir no sólo a la revolución, al enfriamiento o incluso al distanciamiento, sino a veces también a conversiones repentinas, como la de Claudel a sus dieciocho años (20) o la de Frossard en plena juventud (21). Esas conversiones suelen desembocar en una ansia de Dios más profunda, en una llamada a la entrega. En la mayoría de los santos la orientación consciente hacia Dios ha tenido lugar durante la juventud, aunque no siempre acompañada de una «crisis existencial de la fe». Por lo que sabemos, parece que Josemaría Escrivá de Balaguer no la sufrió. El joven «guapo, alto y corpulento», según le describe una anciana de Logroño que todavía lo recuerda, estaba siempre alegre y de buen humor (22). Este es un rasgo que se destaca una y otra vez con respecto a toda la familia y que se completa con la observación de que en casa de los Escrivá se notaba claramente que era un hogar cristiano, pero sin cosas raras. Estos testimonios ponen de relieve una realidad poco frecuente: vivía con una gran naturalidad. Su vida, llena de autenticidad, constituía una refutación a esa falsa imagen del cristiano como un beato mojigato y caritriste. El joven Josemaría, en cuyo camino no faltaría la murmuración, nunca cayó bajo esta sospecha. Ni siquiera entre sus compañeros de colegio, quienes, aunque a veces se deleitaban con frases ambiguas o chistes de mal gusto, tomaban como algo casi natural que Josemaría no participara en este tipo de bromas. Tal vez, hasta adivinaban que sufría por ellas. El Fundador del Opus Dei contaría muchos años después a sus más íntimos colaboradores, Alvaro del Portillo y Javier Echevarría (23), que en más de una ocasión le había vencido el sueño, mientras por la noche rezaba el Rosario, pidiendo perdón al Señor por aquellos chicos (24).

Antes de que, en el verano de 1918, Josemaría terminara su bachillerato en el Instituto Nacional de Logroño, había sucedido, sin que nadie lo advirtiese, algo muy especial: su vocación, que hasta entonces le era desconocida y permanecía oculta, había empezado a desvelarse; por primera vez había comenzado a barruntar, muy vagamente, que Dios, un buen día (quién sabe cuándo), le iba a exigir algo (quién sabe qué). Una mañana especialmente fría del invierno de 1917-18, seguramente entre Navidad y Reyes -desconocemos la fecha exacta vio en Logroño las huellas de las pisadas de un carmelita descalzo en la nieve (25). Este signo, poco llamativo, pero visible, de una humilde entrega a Jesucristo, le conmovió profundamente; en su corazón se despertó una profunda inquietud que le llenó de un deseo ardiente de alcanzar un gran Amor, mejor, el gran Amor.

Huellas de pies descalzos en la nieve... ¿Qué querían decir, qué significaban? Nada que se pueda comprender con la razón o bajo un punto de vista utilitario. Es cierto: en ninguna parte está dicho que no se deba llevar zapatos o que... Las personas «prudentes» saben de muchas «locuras» de este tipo; y realmente son locuras, locuras de Amor que quieren expresar sólo esto: Señor, yo no quiero gozar mientras Tú sufres; y como soy un pobre hombre, no creo que sea capaz de grandes hazañas; y como soy un cobarde, tampoco seré capaz de heroicidades; entonces, ¿qué otro remedio me queda que mostrarte, por medio de pequeñeces, que te amo de verdad? Ante la Cruz real y ensangrentada siento un miedo terrible; pero andar descalzo, dormir sobre el duro suelo, ser pobre y beber agua en vez de vino..., de eso sí que soy capaz. El Fundador del Opus Dei no se hizo religioso, pero las huellas del carmelita en la nieve se convirtieron, para él, en huellas hacia Dios, en huellas en las que reconoció los pasos de Cristo.

Aquella experiencia le llevó hacia una vida de piedad aún más intensa. A los dieciséis años empezó a asistir a diario a la Santa Misa, a recibir cada día la Sagrada Comunión y a confesarse con frecuencia y regularidad; y una oración continua, una oración de penitencia, de agradecimiento, de desagravio y de reparación, fue llenando cada vez más todo su día. A partir de entonces esta decisión permanecería inalterable; pero con los años y los decenios fue creciendo la profundidad de su oración. Sus colaboradores y las personas que le conocieron advertían pronto que don Josemaría, hiciera lo que hiciera, siempre estaba como metido en Dios, dialogando con Él. «Santidad personal -decía-, santidad personal; no tengo otra receta. Estamos aquí para hacernos santos» (26). Éste es el núcleo de aquel mensaje que había visto grabado en las huellas en la nieve.

El joven Josemaría buscó un director espiritual «para que le orientaran y le exigieran» (27), y durante los primeros meses de 1918 pidió consejo sobre este tema y sobre su futuro a un Padre Carmelita, que le aconsejó ingresar en la Orden del Carmen. Pero Josemaría se daba cuenta (y recibía confirmación en la oración) de que Dios le había preparado otro camino. Decidió hacerse sacerdote para estar más disponible al querer de Dios (28). Y abandonó su antigua idea de estudiar Arquitectura. Aunque todavía no conocía el contenido de su futura vocación, adivinaba que, fuera cual fuese, para cumplirla le haría falta el sacerdocio. Pero ¿cómo podemos entender, entonces, una frase que Monseñor Escrivá de Balaguer solía repetir, también en los últimos años de su vida, en la que daba a entender que él siempre se había resistido primero a la vocación sacerdotal, luego a fundar el Opus Dei y después la Sección de mujeres de la Obra? Estamos ante una contradicción, tan sólo aparente, que él mismo explicaba. En 1974, un año antes de su muerte, decía en Buenos Aires: «Yo..., me resistí lo que pude (...) Me resistí. Yo distingo dos llamadas de Dios: una al principio sin saber a qué, y yo me resistía. Después..., después ya no me resistí, cuando supe para qué» (29). O, dicho de otra manera: la débil naturaleza del hombre se rebela ante el yugo y la Cruz; pero, por la gracia, muchas veces vence la libertad y el hombre se entrega por amor. «A mí -decía a menudo Mons. Escrivá de Balaguer, y' también en 1974 en Santiago de Chile- Jesucristo no me pidió permiso para meterse en mi vida. Si a mí me dicen, en ciertos tiempos, que iba a ser cura... ¡Y aquí estoy !» (30).

Cuando su hijo le comunicó que quería ser sacerdote, don José Escrivá lloró; una biografía cursi diría que derramó «lágrimas de alegría», y quizá lo fueran, pero indudablemente no se trataba sólo de eso... No es que don José no supiera que la vocación al sacerdocio es la mayor gracia que Dios puede conceder a un cristiano, pero también sabía lo que ello lleva consigo: «Los sacerdotes tienen que ser santos... Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra» (31). Si se quiere, éste es un razonamiento «burgués», pero lo que don José quería decir está bien claro: ¿serás capaz de perseverar, estás seguro de que ése es tu camino? Además, la decisión de Josemaría parecía implicar el final biológico de los Escrivá, lo cual explica también parte de su conmoción. El fin de la rama masculina de una familia siempre se ha considerado como una desgracia, a veces incluso como un duro golpe de fortuna. Así se comprende que Josemaría empezara a rezar para que Dios concediera a sus padres otro hijo varón; y rezó sin que en ningún momento dudara que Dios le iba a conceder esta petición (32). El 28 de febrero de 1919 nació Santiago Escrivá, quien hoy en día vive en Madrid, ejerce como abogado y es padre de familia numerosa. Para su hermano,

diecisiete años mayor que él, el nacimiento del «continuador» del apellido supuso un refrendo de su propia decisión.

Su padre, don José, como hombre piadoso y juicioso que era, no se opuso a la vocación de su hijo, pero se preocupó de que hablara con algunos clérigos de Logroño para que le aconsejaran y así pudiera confirmar y profundizar su vocación. Los sacerdotes animaron a Josemaría a seguir la llamada al sacerdocio, e incluso hicieron más: le dieron clases de Filosofía y de Latín, dos asignaturas que había tenido en el colegio, pero que no había cuidado excesivamente; así le ayudaron a cursar, como alumno externo, los dos primeros años del Seminario, en Logroño. En septiembre de 1920 se trasladó a la Universidad Pontificia de Zaragoza para continuar allí sus estudios de Teología. Tenía ya dieciocho años y la infancia quedaba atrás. Las huellas en la nieve que, tres años antes, habían llevado al muchacho hacia el sacerdocio no se habían borrado en su alma, pero parecían perderse en lo desconocido.

La oración en la noche

Seminarista en Zaragoza

Las diferencias entre la vida ciudadana de los años veinte y la de nuestros días carecen de importancia si se comparan con las existentes entre un Seminario de aquella época y uno de hoy. Y no sólo en España, sino también en los demás países europeos y americanos donde se forman sacerdotes, Alemania incluida. Los que comenzaban a andar entonces por el camino que les llevaría a la ordenación sacerdotal se apartaban durante varios años de la vida civil y laical de los de «fuera», con sus comodidades, libertades, preocupaciones y peligros.

Cuando un joven recibe la llamada al sacerdocio sabe que, en el futuro, gracias a un especial resello divino -el Sacramento del Orden-, actuará in persona Christi. Sabe que cuando celebre la Santa Misa -centro y raíz de la vida cristiana, como enseña la fe católica- revivirá lo esencial del sacerdocio de Cristo: la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario. Ésa es la razón última por la que ese futuro sacerdote decide identificarse, mediante el celibato, con Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. El seminario se preocupaba de proporcionarle un ambiente adecuado para alcanzar ese fin: una vida de piedad con frecuentes prácticas ascéticas, cierta disciplina interna y externa, oración, estudio, orden...

Josemaría vivía en el Seminario de San Francisco de Paula, que estaba en el gran edificio del Seminario Sacerdotal de San Carlos (1), y acudía diariamente, con los otros seminaristas del San Francisco, a las clases de la Universidad Pontificia, que estaba en la plaza de La Seo, en el Seminario de San Valero y San Braulio.

Los seminaristas del San Francisco vestían sotana, sobre la que llevaban una túnica negra, sin magas, y una beca roja con el escudo metálico del Seminario. Tras levantarse, hacían media hora de oración y asistían a la Santa Misa en la iglesia del Seminario de San Carlos.

Después del desayuno salían para asistir a las clases. Iban por algunas calles interiores, más o menos paralelas al Coso, hasta salir a la plaza de La Seo, por detrás de la Catedral. Al terminar las clases de la mañana, volvían al Seminario para la comida.

Por la tarde, tras un rato de recreo o de descanso, volvían a la Universidad Pontificia y, al regresar, merendaban y tenían un largo rato para el estudio, que se partía para rezar el Santo Rosario y hacer un rato de lectura espiritual. A eso de las nueve de la noche cenaban y, antes de acostarse, rezaban unas preces y hacían el examen de conciencia.

Los jueves por la tarde salían de paseo, juntos, en dos filas, acompañados por el Inspector. Los domingos salían los que tenían parientes en Zaragoza. Josemaría iría tal

vez a la casa de don Carlos Albás, un hermano de su madre, que era entonces canónigo arcediano de la diócesis, aunque quizá mantuviese cierta distancia con él, porque no había aceptado bien el fracaso económico de su cuñado, el padre de: Josemaría. De hecho, no acudió a su entierro en Logroño, en 1924, y tampoco asistió a la primera Misa que su sobrino celebraría en 1925.

Todos los meses tenían un retiro espiritual en el Seminario y anualmente hacían ejercicios espirituales (2).

¿Cómo hemos de imaginarnos a Josemaría, joven seminarista en Zaragoza? ¿Cómo era el ambiente en el que vivía? No podemos separar los dos aspectos. Al clero diocesano llegaban, en primer lugar, jóvenes procedentes de familias numerosas y, entre éstas, sobre todo, de origen campesino. La mayoría de los seminaristas que estudiaban con Josemaría procedían de algún pueblo o pequeña ciudad; eran personas sencillas, en su mayoría hijos de alguna familia campesina aragonesa. Por una parte, eran muchachos no deformados, sanos, fuertes, piadosos y creyentes, sin más, llanamente; pero, por otra, eran personas de escasa formación, poco refinadas, ruda, con ideas sencillas respecto a su futuro y a veces descuidadas en su aspecto exterior. Josemaría se salía de lo corriente, no porque se lo propusiera, sino porque sin quererlo, poseía sus propias costumbres. Cada día se lavaba de pies a cabeza, lo que llamaba la atención y hacía que entre los seminaristas surgieran dudas sobre si llegaría a ser clérigo, porque, según parecía, «tenía cualidades» para otras profesiones (3). Además, gozaba de una buena formación, era ingenioso y de humor chispeante y dominaba el lenguaje, por lo que sorprendía a sus colegas con epigramas serios o satíricos en los que vertía sus comentarios. La buena educación que había recibido y su seguridad natural para comportarse en público se unía con una piedad sencilla y sincera, con unos profundos, conocimientos teológicos y jurídicos y con un gran calor humano. Todo esto le otorgaría en el futuro una gran autoridad natural, en el trato con altos representantes del Estado y de la Iglesia, con personalidades de la aristocracia, de la economía y de la financia; en esto los testimonios son unánimes.

Es patente que Josemaría, ya a sus veinte años, tenía esta capacidad de irradiación. Si se considera su vida, es fácil darse cuenta de que era muy difícil permanecer indiferente o neutral cuando se le trataba. Poseía en modo extraordinario el don de atraer a las personas y de conducir las hacia Dios a través del camino de la amistad, una amistad que nunca dejaba enfriar y que nunca daba por perdida. Ese acercamiento a los demás a Dios podía producirse en cosa de pocas horas e incluso de minutos. Se han dado casos de decisiones instantáneas de entrega plena. Algunos permanecieron durante mucho tiempo o para siempre en posiciones más alejadas (4). Otros, y también esto es natural, se separaron de él y se marcharon, en uso legítimo de su libertad. Pero hay una actitud que no se daba nunca: permanecer a su lado con indiferencia.

«Chocas con el carácter de aquél o del otro... -se lee en "Camino"- . Necesariamente ha de ser así: no eres moneda de cinco duros que a todos gusta» (5). Tampoco Josemaría lo era o, mejor dicho, no todos reconocían su valor, porque no todos saben distinguir a simple vista el oro del latón o del metal dorado. Sus calificaciones seguían siendo, como en el bachillerato, excelentes; la mayoría de los

profesores le estimaba; y el que alguno se equivocara alguna vez al dar su opinión sobre él, ¿qué importancia tiene? «Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues no te santificarías» (6). Los demás seminaristas le apreciaban: veracidad, humor, deseos de ayudar... son características que citan con frecuencia en sus recuerdos. Se le quería y, en secreto, también se le admiraba, lo cual no quiere decir que no hubiera lugar para la envidia o para la repentina crispación de alguno. En cierta ocasión Josemaría tuvo una disputa con otro seminarista, que le había ofendido; llegaron a las manos; el otro «empezó». No conocemos más detalles: sólo sabemos que a Escrivá se le impuso un castigo, que lo aceptó, y que su contrincante, treinta años más tarde, siendo capellán de un hospital en Jaén, le escribió una emotiva carta pidiéndole perdón.

El hecho no produjo ninguna merma en la consideración general hacia Josemaría. Al comienzo del tercer curso en Zaragoza, en el otoño de 1922, se le confió uno de los dos cargos de Superior. Esto suponía un cambio de situación: habitación propia, un fámulo (lo que en el ejército se llamaría un «ordenanza»), más libertad personal para entrar o salir. Aunque seguía siendo un estudiante como los otros, según el reglamento era un Superior con derecho a dar indicaciones y con el deber de supervisar los trabajos de los demás, de acompañar a los seminaristas en el camino de la Universidad o en los paseos y de cuidar que se guardara la disciplina del Seminario. Evidentemente, esto acarrea ciertas dificultades y exige la tacto y prudencia. De repente, un joven estudiante pasa a ser un «superior»; come en una mesa especial, se le sirve, se le recoge la habitación, se le hace la cama, y tiene que conseguir que esos compañeros cumplan sus órdenes, sin dejar por eso de ser su compañero.

En Zaragoza, Josemaría aprendió no sólo Teología y Derecho, sino también el arte de dirigir a los hombres. El tiempo que pasó como Superior en el Seminario de San Francisco fue para él un tiempo en el que aprendió a, usar de la autoridad. Desde el principio comprendió que se basa en la honradez, en la ecuanimidad de una actitud recia, en el dominio de sí mismo y en el justo medio entre la rigidez y la elasticidad; y, sobre todo, en el propio ejemplo, la abnegación personal y callada y la humildad interior. Todas estas cualidades formaban parte de su propia naturaleza, pero sólo gracias al trato continuo con Dios, a la oración, a la penitencia, a la Eucaristía, llegaron a desarrollarse plenamente. Zaragoza se convirtió en un paso decisivo en este camino. El nuevo Superior no se dejaba «mimar», «no daba... importancia a lo que hacía, ni alardeaba de nada: con naturalidad, hacía lo posible para pasar inadvertido» (7).

Muerte de un Prelado

En Zaragoza, Josemaría estableció también sus primeros contactos con una gran ciudad que era, además, uno de los puntos cruciales de la historia de España y un centro económico y cultural. La ciudad había tenido importancia tanto para los romanos como para los visigodos y los árabes, a quienes el rey Alfonso I de Aragón se la había arrebatado en el año 1118.

Se convirtió así en capital del reino, y lo fue durante unos cuatrocientos años. Sin embargo, con la unificación (primero dinástica y después también constitucional) de

Castilla y Aragón, y con la erección de Madrid como residencia y capital de la Monarquía española en el siglo XVI, Zaragoza perdió parte de su importancia política, lo que compensó con su elevación económica y cultural. Poseía una importante industria de la seda y, desde 1542, albergaba una de las universidades más renombradas de España, en la que, en octubre de 1960, se concedió al Fundador y Presidente General del Opus Dei el doctorado honoris causa de la Facultad de Filosofía y Letras.

Zaragoza es diócesis desde 1118 y archidiócesis desde 1318; es también la sede metropolitana de la provincia eclesiástica del mismo nombre, que comprende las diócesis sufragáneas de Barbastro, Huesca, Tarazona y Teruel; tiene, como dato curioso, dos iglesias episcopales con el mismo rango: la famosa Basílica mariana de Nuestra Señora del Pilar -un edificio barroco, cuya silueta, con las cuatro torres en las esquinas y sus once cúpulas, es famosa en todo el mundo- y la vieja Catedral gótica de La Seo, construida en los siglos XIV-XV, tras derribar la primitiva iglesia románica, edificada en el lugar que hasta entonces ocupara la mezquita mayor. En estas dos iglesias pasó Monseñor Escrivá muchas horas de oración, especialmente ante la imagen de la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, muy venerada en España, a la que amaba con filial devoción. A Ella se encomendó cuando, en junio de 1946, partió para Roma con el fin de obtener la aprobación pontificia del Opus Dei, y al Pilar retornó una y otra vez; por ejemplo, en 1951, cuando peligraba la existencia de la Obra: el Fundador, en una situación casi desesperada, ponía toda su confianza en la Virgen, a la que ya había, acudido en Loreto y en Lourdes.

Desconocemos la fecha de las circunstancias exactas en las que el Cardenal Juan Soldevila y Romero, Arzobispo de Zaragoza, fijó su atención en Josemaría. Es de suponer que fuera en 1921 ó 1922: por esas fechas el Rector del Seminario ya había advertido que el «nuevo» seminarista, procedente de Logroño, destacaba entre sus compañeros, y es de suponer que en los informes que destinaba a Su Eminencia subrayara las cualidades humanas del joven Escrivá, su profunda piedad, sus resultados en los estudios y, en general, su influjo positivo en el ambiente del Seminario de San

Francisco de Paula. En diversas circunstancias, cuando el Cardenal visitaba el Seminario o se encontraba con seminaristas en la Catedral, se dirigía a Josemaría preguntándole por su trabajo y por su situación; incluso, en algunas ocasiones, le invitó a visitarle, lo cual suponía un honor desacostumbrado (8). Además, no era corriente que el nombramiento como Superior tuviera lugar -como en el caso de Josemaría- antes de recibir las órdenes menores (9). Y como sólo un clérigo podía ser Superior, el Cardenal-Arzobispo confirió personalmente la tonsura al joven seminarista (10) en la capilla del palacio arzobispal, el 28 de septiembre de 1922.

Este Prelado, que entonces contaba ya casi ochenta años de edad, es una de esas figuras señeras que tanto abundan en la Iglesia en España; en Alemania se le podría comparar con un Cardenal Faulhabér o un Cardenal von Galen. Soldevila (11) nació en 1843, se ordenó sacerdote en 1867 y, desde 1875, fue Secretario del Obispo de Valladolid. En el entierro de la Reina María Cristina, en 1878, llamó la atención de su nieto, el Rey Alfonso XII, quien, aquel mismo, año, le nombró Predicador de Su Majestad. En 1889 pasó a ser Obispo de Tarazona y doce años después fue nombrado

Arzobispo de Zaragoza; en 1919 recibió la púrpura cardenalicia. Más de veinte años permaneció al frente de la provincia eclesiástica aragonesa; en ese tiempo se convirtió en uno de los representantes más insignes de la jerarquía en España. Uno de sus grandes amores era su patria chica adoptiva, cuya historia, arte y literatura hizo que sea investigaran; otro gran amor, unido inseparablemente al primero, era la Virgen del Pilar; con todos los medios a su alcance, difundió su devoción por toda España, consiguiendo que la basílica fuese erigida «Monumento Nacional» y se convirtiera en centro de culto para todo el país. Los disparos anarquistas que segaron en plena calle la vida del Cardenal, el 4 de junio de 1923, iban dirigidos contra un hombre que, como Obispo y como Senador, había trabajado incansablemente, durante más de veinte años, por el bien de la Iglesia, por los derechos de los obispos, por el fortalecimiento de la formación religiosa; un hombre que había luchado contra el anarquismo, el terrorismo y la debilidad del Gobierno, atrayendo hacia sí el odio de los sectores liberales y socialistas, ambos de tendencia anticlerical. Su asesinato no fue un acontecimiento aislado, sino un paso más en la larga cadena de hechos delictivos cometidos contra los contrincantes políticos o ideológicos; una cadena que se prolongaría durante un largo período de la Historia de España.

Aunque no sabemos las cosas concretas que pensó o dijo el joven seminarista a raíz de este asesinato, es de suponer que adoptara la misma postura que, como Fundador del Opus Dei, habría de mantener durante toda su vida. Es obvio que, ante el asesinato, su reacción debió ser de total desaprobación y repulsa, por lo que significaba de ofensa a Dios, ataque a la Iglesia y violencia, ya que siempre analizaba la esencia de los acontecimientos y de las tendencias, por ejemplo la justicia o la falta de justicia que expresaban. Por otra parte, Mons. Escrivá de Balaguer repetiría a menudo que él sólo era «un pobre sacerdote» que «no quería ni podía hablar más que de Dios». Este criterio -que fue un principio de su actuar- no significa en modo alguno indolencia respecto a los problemas y conflictos temporales, como me explicó en cierta ocasión su sucesor, Alvaro del Portillo: «Monseñor Escrivá de Balaguer era una persona que seguía siempre todo lo que pasaba en el mundo no sólo con interés, sino muy de cerca, participando en los hechos con alegría o con dolor, e incluso apasionadamente, cuando se referían a ciertos temas de relevancia para la Iglesia. Y de estas cuestiones hablaba con gran claridad. Sin embargo, nunca se expresaba en público respecto a los aspectos meramente temporales de los acontecimientos actuales, no porque no tuviera interés, sino porque hubiera deshecho el Opus Dei, cuya naturaleza es meramente espiritual» (12). Además, dando de lado los hechos opinables, y en especial la política, quería evitar cualquier sospecha de intentar influir de alguna manera sobre las opiniones personales en asuntos temporales de los miembros del Opus Dei. Su preocupación por la libertad personal le llevaba a callar (13). A este delicado respeto a la libertad en cuestiones políticas opinables sabía unir, sin embargo, un gran afán de urgir a los cristianos para que en la vida social fueran coherentes con su fe; para que, por ejemplo, defendieran la libertad (la de los demás y la suya propia) en todos los sectores (la libertad religiosa, la libertad de enseñanza y de prensa, etc.), la santidad del matrimonio y de la familia, el derecho a la vida desde su concepción y tantos otros valores de raigambre cristiana (y de ley natural) y de gran repercusión social. Al referirse a estos temas, Josemaría Escrivá de Balaguer decía con gran fuerza que hablar de ellos no era «meterse en política», sino mostrarse coherente con la ley de Dios y con el Magisterio de la Iglesia. Esa misma coherencia hacía que tuviera una gran sensibilidad para estigmatizar todo género de violencias, de lucha de clases, de siembra de odios.

«¿Cuál es la identidad del sacerdote?»

Cuando, el 19 de junio de 1981, estuve en la capilla del Seminario de San Carlos, sentí, en un determinado momento, una extraña emoción: fue al mirar hacia el lugar donde se encuentra aquel balcón lateral en el que el joven Josemaría había rezado tantas veces y con tanta devoción. Pasó allí muchas horas de la noche rezando ante el Sagrario (14).

Cuando le concedieron el doctorado honoris causa, en la Universidad de Zaragoza evocó estos momentos de intimidad con Dios. Una vez y otra recurría al Señor, a Jesús Sacramentado, rogándole que le diera luces y pidiéndole fuerza y generosidad para cumplir lo que Él quería, una vez que sedo hubiera hecho ver. Que Dios le preparara: éste era el cantus firmus de su oración; que Dios le preparara para servirle «en lo que Él quisiera, como El quisiera y cuando Él quisiera» (15).

Se puede rezar en todas partes y a todas horas. Esa fue la enseñanza constante del Fundador del Opus Dei: es posible mantener un diálogo continuo con Dios en la calle, en el lugar de trabajo y, en caso de guerra, incluso en las trincheras del frente de batalla... Ahora bien, la noche tiene un algo especial: en la oscuridad y en el silencio, sin distracciones externas, el alma se serena, escucha más sutilmente y ve más claramente. Todo esto ya se sabía en tiempos antiguos, cuando se adoraba en el templo por la noche; muchos salmos hablan de esta experiencia; y los románticos alemanes, Novalis sobre todo, alaban la noche como el reino del amor y del olvido de sí. Los Evangelios, por su parte, nos narran que Jesús, antes de llamar a los apóstoles, pasó la noche en el monte, en oración (Luc 6,12); que, en los últimos días, antes de la Pasión, pasaba la noche en el Monte de los Olivos (Luc 21,37), y que fue de noche cuando, en el Huerto de Getsemaní, pronunció la oración más conmovedora en la historia de la humanidad: «Abba, Padre, todo te es posible; aparta de mí este cáliz, pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc 14,36).

El punto 104 de «Camino» reza: «Pernoctans in oratione Dei -pasó la noche en oración. -Esto nos dice San Lucas, del Señor. Tú, ¿cuántas veces has perseverado así? -Entonces...». Estas palabras las escribió un joven sacerdote que sabía muy bien de qué hablaba. La palabra, algo misteriosa, pero sin duda más importante de este punto es ese «entonces...». Es como una respuesta incoada, la contestación a alguien (al menos así me lo imagino) que se ha quejado de que su oración no ha sido escuchada y se da cuenta de que le faltan las fuerzas... Su confesor, Josemaría Escrivá, le da con esta breve palabra el consejo decisivo: ponte ante Jesucristo, ponte a Su lado y persevera con El, persevera en la oración, en el recogimiento y en el fervor de la conversación nocturna con Dios; inténtalo, aunque a veces se te cierren los ojos; tampoco los apóstoles lograron evitarlo...

La noche es larga; el lugar, incómodo; el frío y el cansancio llegan como arrastrándose, y los pensamientos, muchas veces, son como un enjambre de mariposas atraídas por la luz de la lamparilla. Aunque habitualmente el joven Josemaría no solía pasar las noches en oración, lo cierto es que a una vida que nunca ha tenido esa

experiencia le falta algo grande, algo maravilloso. «Dios quiere ser rogado -escribe el Papa Gregorio Magno-, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad» (16), por la ingenua audacia de quien se sabe muy querido; y San Agustín: «Rogué una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y no recibí nada. No ceses, hermano, hasta que recibas; el fin de la petición es el don recibido. Cesa cuando recibas; más aún, ni siquiera entonces ceses, sino persevera todavía. Si no recibes, pide para que recibas; cuando recibas, da gracias por haber recibido» (17). Josemaría Escrivá, además, entendió y vivió siempre la oración como diálogo con Dios. El que reza no debe mantener un monólogo, tiene que saber callar y escuchar. Pues, según nos dice el Fundador del Opus Dei, «Dios tiene derecho a decirnos: ¿Piensas en mí? ¿Tienes presencia mía? ¿Me tienes presente? ¿Me buscas como apoyo tuyo? ¿Me buscas como luz de tu vida, como fortaleza, como coraza, como todo?» (18). Y como parte de una experiencia propia, una experiencia ya de muchos años, añade: «¡Cuántas tonterías, cuántas contrariedades que desaparecen inmediatamente, si nos acercamos a Dios en la oración! Ir a hablar con Jesús, que nos pregunta: ¿Qué te pasa? -Me pasa..., y enseguida, luz» (19).

Nadie conoce el «diálogo silencioso» de un alma con Dios. Pero el contenido del diálogo nocturno de Josemaría con el Señor, con Jesús Sacramentado, en aquella capilla de San Carlos no hace falta adivinarlo. ¿De qué hablará con Dios, con Jesucristo una persona que quiere ser sacerdote? De seguro que de su vocación, de lo que constituye su naturaleza y su centro, su carácter indeleble. Para que Josemaría Escrivá de Balaguer pudiera fundar el Opus Dei, antes tenía que ser sacerdote. Para que el Opus Dei pudiera nacer y crecer y tomar cuerpo y arraigar en muchos hombres de todos los tiempos, él mismo tenía que ser Opus Dei; y puesto que la Obra, por Voluntad de Dios, debería contar con varones y con mujeres, en los estados cristianos de los laicos célibes por amor a Jesucristo, de los sacerdotes, de los casados, es lógico que el «modelo» de todos tuviera que darse en la persona del Fundador. Éste es el secreto de su personalidad y de su irradiación: fue sacerdote cien por cien, con mentalidad laical y con el carisma del perfecto padre de familia. No es fácil comprender esta frase; pero de que se comprenda o no puede depender el camino de ida o de retorno de muchas almas a Dios; por ello es necesario comprenderla. Y para esto se ha escrito este libro.

Sacerdote cien por cien: sabemos lo que significaba esto para el Fundador del Opus Dei por muchas palabras suyas de años posteriores; y seguro que no nos equivocamos si buscamos las raíces de esa expresión en la vida de oración de aquellos años de estudio en Zaragoza; partiendo de sus palabras podemos sacar conclusiones sobre aquellos años. «¿Cuál es la identidad del sacerdote?», se preguntaba el Presidente General del Opus Dei en una homilía del año 1973. Y respondía: «La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya alter Christus, sino ipse Christus: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» (20). ¿Cuál es, pues, la base de su incomparable dignidad? Y Mons. Escrivá de Balaguer contesta: el sacerdote es «instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado. Si se comprende esto, si se ha meditado en el activo silencio de la oración, ¿cómo considerar el sacerdocio una renuncia» (21). Y ¿cuál es su función? O, dicho de otra manera: ¿por qué hay sacerdotes?

«No comprendo -dice Mons. Escrivá de Balaguer, y está hablando alguien que es sacerdote desde hace cuarenta y ocho años- los afanes de algunos sacerdotes por confundirse con los demás cristianos, olvidando o descuidando su específica misión en la Iglesia, aquella para la que han sido ordenados. Piensan que los cristianos desean ver, en el sacerdote, un hombre más. No es verdad. En el sacerdote, quieren admirar las virtudes propias de cualquier cristiano, y aun de cualquier hombre honrado: la comprensión, la justicia, la vida de trabajo -labor sacerdotal en este caso-, la caridad, la educación, la delicadeza en el trato. Pero, junto a eso, los fieles pretenden que se destaque claramente el carácter sacerdotal: esperan que el sacerdote rece, que no se niegue a administrar los Sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean; que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente en el confesonario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios y no cualquier tipo de ciencia humana que... no sería la ciencia que salva y lleva a la vida eterna; que tenga consejo y caridad con los necesitados. En una palabra: se pide al sacerdote que aprenda a no estorbar la presencia de Cristo en él, especialmente en aquellos momentos en los que realiza el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre y cuando, en nombre de Dios, en la Confesión sacramental auricular y secreta, perdona los pecados. La administración de estos dos Sacramentos es tan capital en la misión del sacerdote, que todo lo demás debe girar alrededor» (22).

Esta cita nos presenta la magna carta del sacerdocio católico, una magna carta que Jesucristo mismo ha promulgado y comunicado a Su Iglesia por el Espíritu Santo; la Iglesia, por su parte, en un proceso de elaboración que mantiene inalterada su esencia a lo largo de los siglos, la ha ido explicitando e interpretando auténticamente, y lo seguirá haciendo hasta el fin de los tiempos. Todo esto era algo indiscutible para el Fundador del Opus Dei, algo que acogía sin ningún tipo de reservas. Hay que insistir en este punto, ya que esta enseñanza de la Iglesia, como otras tantas verdades de la doctrina cristiana, es convertida hoy por algunos en objeto de «discusión» teológica, periodística e incluso «popular».

Si el Sacramento del Orden, como afirma la fe católica, establece una identificación personal y real con Jesucristo del sujeto que lo recibe (una identificación definitiva e irreversible, distinta esencialmente del sacerdocio común de todos los fieles y no sólo por razón de grado), es evidente que el sacerdote no debe contradecir con palabras o con hechos, al menos consciente y libremente, al modelo del Sumo y Eterno Sacerdote. No puede vivir aburguesadamente; tiene que prescindir del ejercicio de la sexualidad y de la vida matrimonial y vivir la obediencia y el espíritu de penitencia en grado mayor que un hermano en la fe que no esté consagrado. Y todo esto por el único motivo de que Jesucristo, de quien el sacerdote es un alter ego, vivió en pobreza y celibato, se entregó plenamente como holocausto de amor, no en sentido figurado, simbólico o alegórico, sino plenamente textual: fue víctima cruenta sobre el Altar de la Cruz. El que el sacerdote sea un pecador, el que por su debilidad, en mayor o menor grado, pero siempre, quede por debajo de las exigencias de su vocación, es, para él y para todos los cristianos, motivo de humildad y de oración, pero nunca puede conducir a que se «rebajen» las exigencias o se nieguen por principio: al final de este camino se produciría una atrofia del sacerdocio ministerial y de su servicio salvífico, tan importante para la Iglesia.

Monseñor Escrivá de Balaguer tuvo siempre una concepción muy alta y libre de la virtud humana y cristiana de la pureza, pero nunca quiso que se fijara excesivamente la atención en este tema: el sexto mandamiento es el sexto y no el primero, solía decir. Siempre hablaba de la pureza y de la castidad como virtudes positivas, de plenitud y de naturalidad. Esas virtudes comprenden también la continencia sexual, pero la rebasan ampliamente, pues rigen también, de forma específica y sin componendas, para los casados: «Al recordaros ahora -leemos en una homilía de 1954 que el cristiano ha de guardar una castidad perfecta, me estoy refiriendo a todos: a los solteros, que han de atenerse a una completa continencia; y a los casados, que viven castamente cumpliendo las obligaciones propias de su estado (...) Para ser castos -y no simplemente continentes u honestos-, hemos de someter las pasiones a la razón, pero por un motivo alto, por un impulso de Amor» (23). Este impulso de Amor es el que lleva al sacerdote a vivir el celibato y a permanecer fiel en él; es más, a verlo como una piedra preciosa, que estima especialmente porque da brillo y fuego a su vocación. «El amor humano -decía Monseñor Escrivá en aquella homilía-, cuando es limpio, me produce un inmenso respeto, una veneración indecible. ¿Cómo no vamos a estimar esos cariños santos, nobles, de nuestros padres, a quienes debemos una gran parte de nuestra amistad con Dios? Yo bendigo ese amor con las dos manos (...) Pero a mí el Señor me ha pedido más. Y, esto lo afirma la teología católica, entregarse por amor del Reino de los cielos sólo a Jesús y, por Jesús, a todos los hombres, es algo más sublime que el amor matrimonial, aunque el matrimonio sea un sacramento y sacramentum magnum (Eph 5,32)» (24). Palabras claras que no inventó Monseñor Escrivá de Balaguer: recordaba lo que es doctrina de la Iglesia.

Todo esto lo comprende cualquier cristiano, si no padece una especie de «envidia espiritual». Nadie pierde su dignidad porque otro tenga una dignidad aún mayor. El desarrollo, la profundización y el avivamiento de cualquier virtud humana supone una lucha continua; y quizá en nuestros días esta lucha tiene que ser más resuelta y clara en el terreno de la pureza, que, al fin y al cabo, tiene que ver con nuestro cuerpo. En este punto, como en los demás, el Fundador del Opus Dei siempre fue muy realista. Los «pecados carnales», que en la conciencia de muchas personas de nuestro tiempo han perdido el carácter de pecado, pueden ser muy corrientes y quizá menos «abismales» que los pecados de frialdad, de soberbia, de abuso de poder, pero forman parte de las «pequeñas raposas» que asolan de forma fatal la viña; además, de ellos pueden surgir, como salen los conejos de la chistera del prestidigitador, todo tipo de aberraciones; es más, si no se evitan, a la larga no se podrán evitar aberraciones como la brutalidad, la mentira, la falta de responsabilidad y, finalmente, la apatía, el tedio y un hastío que lleva a odiarse a sí mismo y al mundo. Con un conocimiento claro de la naturaleza humana, Mons. Escrivá de Balaguer daba el siguiente consejo, que hoy en día algunos pueden tener por anticuado y superado, pero que siempre será cierto: ¡Hay que evitar la ocasión! «No tengas la cobardía de ser "valiente": ¡huye!», dice el punto 132 de «Camino». Y, con la misma experiencia de la vida, se lee en el punto 131: «Nunca hables, ni para lamentarte, de cosas o sucesos impuros. -Mira que es materia más pegajosa que la pez...».

Es sabido que hay mujeres para las que nada es tan atractivo como los hombres que quieren vivir el celibato, que quieren ser sacerdotes o que ya lo son. No vamos a profundizar ahora en el tema. Sólo diremos que tampoco el joven Josemaría estuvo libre de tales acechanzas. Como cualquier persona joven, tuvo que superar las tentaciones.

«Los santos -así escribiría más tarde en el punto 133 de "Camino"- no han sido seres deformes; casos para que los estudie un médico modernista. Fueron, son normales: de carne, como la tuya. -Y vencieron». También Josemaría venció. En este terreno no hay nada sensacional que valga la pena mencionar. Tampoco en su vida posterior. «Nuestra castidad -confirmaría el sacerdote experimentado y maduro- es una afirmación gozosa, un triunfo, que nos da una paternidad maravillosa, muy superior a la de la carne. Y no tengamos miedo de decir que tenemos defectos. Las malas inclinaciones de nuestra naturaleza se sienten lo mismo a los veinte años que a los cincuenta» (25).

Párroco del pueblo

En junio de 1923, Josemaría terminó el cuarto curso de sus estudios teológicos, y doce meses después los cursos monográficos de doctorado correspondientes al quinto de carrera (26). Sin embargo, sus ocupaciones como Fundador del Opus Dei le impidieron realizar su doctorado en Teología hasta el año 1955, en la Universidad Lateranense de Roma. Don Miguel de los Santos Díaz Gómara, que había sido Obispo Auxiliar del Cardenal Soldevila y era Presidente del Seminario Sacerdotal de San Carlos, confirió a Josemaría el Subdiaconado el 14 de junio de 1924 y el Diaconado el 20 de diciembre de ese mismo año. Un testimonio asegura que «ayudando al preste en una Bendición solemne con el Santísimo Sacramento y dando la Santa Comunión a su madre..., fueron las primeras ocasiones en que el Siervo de Dios tocó con sus manos el Santísimo Sacramento» (27). Debió de ser un momento emocionante, pues tan sólo tres semanas antes, el 27 de noviembre, había fallecido en Logroño, de forma totalmente inesperada, don José, a causa de un paro cardíaco. El hijo, a quien se avisó telegráficamente, no alcanzó a ver con vida a su padre. Llevó el dolor de esta despedida con serenidad, a pesar del gran sufrimiento, y sin perder el ánimo, puesto que estaba convencido de que su padre ya estaba para siempre con Dios. «Tengo -decía medio siglo después a un grupo de padres en Buenos Aires- un recuerdo encantador de mi padre, que se hizo amigo mío. Y por eso yo aconsejo lo que he vivido: haceos amigos de vuestros hijos» (28). El Fundador del Opus Dei no se cansó de repetir que la serenidad interior, la fortaleza ante los reveses, la alegría cuando se está cerca de la Cruz y también el espíritu de pobreza, los había aprendido de sus padres y especialmente de don José.

Si partimos de la base de que Josemaría Escrivá de Balaguer tenía que cumplir una misión divina, nos damos cuenta de que todos los sucesos de su vida son piezas elegidas para construir el edificio del Opus Dei tal como lo quería Dios; todo lo que hacía referencia a su persona, ya fuera bueno o pareciera malo, contribuía directa o indirectamente a crear las condiciones ideales para el desarrollo y el crecimiento de la Obra. Aquella muerte repentina supuso, para su padre, el fin de una vida dura y el comienzo del merecido premio; y posibilitó, además, que doña Dolores «quedara libre» para ocuparse, del papel fundamental previsto para ella por Dios en la historia del Opus Dei. Desde entonces -tenía cuarenta y siete años- pudo ir asimilándolo paulatinamente: como su hijo, también ella tenía que irse preparando para su tarea, que consistiría en ayudar a perfilar uno de los rasgos específicos y más importantes en la fisonomía espiritual del Opus Dei: el espíritu de familia, de una familia que, en este caso, debería abarcar más de lo que suele indicar el uso normal de esta palabra. Para poder prestar este servicio de alcance histórico serían necesarios aquellos años en los que tendría un hogar junto a su hijo Josemaría, ya sacerdote, a su hija Carmen y al pequeño Santiago; un hogar del que, de alguna manera, participarían los primeros miembros del Opus Dei.

A comienzos del año 1925, doña Dolores, con sus otros hijos, se trasladó a Zaragoza, a una modesta vivienda de una casa sencilla. El 28 de marzo, sábado de tómporas, Josemaría Escrivá de Balaguer recibió la ordenación sacerdotal en la capilla del Seminario de San Carlos, también de manos de don Miguel de los Santos. En aquella época estaba vigente en la Iglesia universal el Misal Romano de San Pío V, que al decurso del Concilio Vaticano II y de las reformas posconciliares fue sustituido por el de Pablo VI. Partiendo de estos datos, sabemos qué textos litúrgicos se utilizaron en la ceremonia de ordenación sacerdotal, así como en la Primera Misa solemne que el joven sacerdote celebró dos días después en la capilla de la Virgen del Pilar. Se encontraban presentes sólo una docena de personas acompañando a su madre y sus hermanos; el joven sacerdote ofreció la Santa Misa por su padre, recientemente fallecido. El Evangelio de ese día, lunes de Pasión, tomado de San Juan (7, 32-39), contiene el siguiente pasaje: «El último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y clamó: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva».

Ésta es una invitación que sacude el alma y una promesa clara y firme. Quizá ningún otro cristiano del siglo XX haya seguido esta invitación a beber el agua de las fuentes de salvación con más sed, sed de amor, que este sacerdote aragonés. Vivió realmente su fe; creyó sin reservas y su fe fue premiada con impetuosos «ríos de agua viva», ríos que nacían de su seno; cincuenta años más tarde, al celebrar en Roma sus bodas de oro sacerdotales, podía dirigir su mirada a una familia espiritual con sesenta mil miembros en todo el mundo, entre ellos casi mil hombres que había conducido al sacerdocio.

Al día siguiente de su Primera Misa marchó al pueblecito de Perdiguera, que dista unos veinticinco kilómetros de Zaragoza, en sustitución del párroco, que estaba ausente. En, nuestros días casi no podemos imaginarnos la pobreza de un pueblecito rural como Perdiguera; las fotografías que se conservan recuerdan los míseros grupos de casas que suelen verse en algunos valles de la zona montañosa de los Balcanes.

Durante las siete semanas que Josemaría permaneció allí, vivió en casa de una familia campesina: padre, madre e hijo; los tres han fallecido ya. La familia le trató con mucho cariño y puso a su disposición «la mejor habitación de la casa». Algunas veces, en años posteriores, el Fundador del Opus Dei habló de ellos: sobre todo del chico, que durante el día cuidaba las cabras; le daba pena por su falta de formación. Por eso empezó a instruirle en el Catecismo, preparándole para la Primera Comunión. Al preguntarle en cierta ocasión qué le gustaría hacer si un día fuera rico, y después de haberle explicado el significado de la palabra «riqueza», que desconocía, el muchacho respondió: «Me comería ¡cada plato de sopas con vino!». Nunca olvidó Escrivá este resumen intemporal de esos deseos de felicidad temporal, material y sensible, que incluso muchos cristianos no consiguen superar: «Todas las ambiciones son eso -éstos fueron sus pensamientos-; no vale la pena nada». Y recuerda: «Me quedé muy serio, y pensé: Josemaría, está hablando el Espíritu Santo. Esto lo hizo la Sabiduría de Dios, para enseñarme que todo lo de la tierra era eso: bien poca cosa» (29). Las sopas de vino del pastorcito de cabras..., el sueño del «gordo» de la lotería, la loca fantasía de «dar la vuelta al mundo»..., ¿cuál es la diferencia?

Su breve estancia en Perdiguera tuvo gran importancia para Josemaría Escrivá de Balaguer: de cerca, muy de cerca, y en la práctica, se pudo dar cuenta de cuán dura y pobre era la vida de estos humildes labriegos, y también la del párroco rural entre ellos. Ya por aquel entonces debió de tomar cuerpo en su alma la convicción de que esta población rural necesitaba urgentemente una ayuda eficaz para mejorar su nivel profesional, es decir, agrario, y también para elevar las condiciones de vida de sus familias, así como su formación moral y religiosa. Era necesario igualmente mejorar la atención espiritual y formativa del clero diocesano, y especialmente de los curas rurales, que tantas veces se podrían sentir abandonados. Numerosas escuelas para la formación profesional, cultural y religiosa de las familias de agricultores en España y en América Latina, a menudo en las zonas más pobres y aisladas, deben su existencia al Fundador del Opus Dei. O dicho de forma más exacta: la espiritualidad del trabajo y el ambiente familiar que él vivió y enseñó a vivir ha cristalizado en diversas iniciativas de los miembros de la Obra en este sentido. Podemos suponer que los primeros impulsos para tales labores se dieron en aquellas semanas de la primavera de 1925, en las que el joven sacerdote, a sus veintitrés años, se dedicaba a su primera tarea pastoral en la «planta baja» de la sociedad española. En Madrid tendría ocasión de conocer el «sótano».

La carrera de Derecho en Zaragoza

El 18 de mayo Josemaría regresó a Zaragoza y reanudó los estudios de Derecho que había comenzado durante el verano de 1923, con la aprobación de su padre, quien quizá viera en ellos una garantía de mayor seguridad para el futuro. El mismo pensamiento, aunque con otro motivo, lo encontramos en el hijo: antes de conocer el contenido de aquel encargo divino que barruntaba, sabía, casi con la seguridad de un sonámbulo, qué condiciones imprescindibles y qué cualidades personales habría de reunir para cumplirlo: la vida interior de unión con Dios (esto era natural), el sacerdocio (tampoco esto era difícil de comprender) y, además, la formación jurídica... Ahora bien, lo que su padre consideraba aconsejable, Josemaría intuyó que sería necesario. Algo en verdad sorprendente, pues en 1923 estaba totalmente fuera de cualquier previsión lógica que muchos años más tarde surgirían cuestiones jurídicas de capital importancia, especialmente el problema canónico de definir adecuadamente el Opus Dei, su naturaleza, su «especie», su situación dentro de la Iglesia.

Por otra parte, sabemos que Monseñor Escrivá de Balaguer nunca tuvo la intención de llegar a ser cura párroco o de «hacer carrera» en la Iglesia. «Que sea eso que Tú quieres, y que yo ignoro» (30), rezaba día y noche; pero si no sabía lo que Dios quería de él, sí conocía claramente lo que Dios no quería. El que estudiara Derecho manifiesta, a mi juicio, una convicción que Josemaría tenía ya a los veintiún años: Dios le había elegido para una misión con profundas y amplias implicaciones jurídicas. Y este convencimiento personal se unía a una actitud de raíz profundamente católica que, a menudo, se olvida o malentiende en nuestros días: el derecho y el orden jurídico hacen referencia no sólo a las relaciones interpersonales en el Estado y la sociedad, sino también a la relación entre Dios y el hombre; son cualidades significativas de la Iglesia, de la comunidad salvífica querida por Dios; incluso el designio de salvación y la obra de redención tienen un carácter jurídico. Pues el Amor de Dios no se dirige a seres pasivos, sino a seres libres, a hombres creados de tal manera que puedan responder en libertad a los designios salvíficos de Dios.

La relación jurídica expresa, pues, un aspecto de la relación amorosa entre Dios y el hombre. Y precisamente porque la Iglesia es una «Iglesia de Amor», tiene que ser también una «Iglesia de Derecho»; el derecho canónico es, por eso, la concreción del amor a Dios y al prójimo en una de esas formas determinadas a las que no escapa nuestra pobre naturaleza.

No podemos adivinar si el joven seminarista que empezó a estudiar Derecho veía las cosas de esta manera, pero, en cualquier caso, actuaba de acuerdo con esta convicción: lo que el Señor le iba a pedir que realizara en el mundo tendría carácter jurídico. Y por eso se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, donde estudió -y es importante reseñarlo- no sólo Derecho Canónico, sino una carrera civil, una licenciatura en Derecho que comprendía Economía Política, Derecho Natural, Historia del Derecho, Derecho Civil y Penal, Derecho Internacional Privado, Derecho Tributario, Administrativo y Mercantil, etc.

Al regresar de Perdiguera dedicó especiales esfuerzos a las asignaturas que hemos nombrado en último lugar, haciendo durante los cursos 1925-26 y 1926-27 los exámenes previstos y consiguiendo buenas calificaciones. En enero de 1927 recibió el título de Licenciado en Derecho.

Cuando, en el verano de 1981, estuve en Zaragoza pude conversar con un jurista, Juan Antonio Cremades Royo, que había conocido al Fundador del Opus Dei en 1925. Tenía 15 años por aquel entonces y recuerda que vio por primera vez a Mons. Escrivá de Balaguer cuando celebraba la Santa Misa en la iglesia de San Pedro Nolasco, que regían los jesuitas. Más tarde, en los suburbios de Zaragoza, participó en las catequesis para niños y jóvenes con aquel sacerdote de aspecto simpático. «Causaba una gran impresión a los jóvenes -afirma Cremades-; tenía una cierta tendencia a engordar, poseía un acusado sentido del humor y también capacidad de adaptación.» Sobre esto último recuerda una anécdota: «En la Facultad de Derecho de Zaragoza había un Catedrático al que los alumnos aplaudían en sus clases y le animaban con gritos y aclamaciones; en vez de permanecer sentados en sus bancos, rodeaban la mesa del profesor, quien explicaba accionando vivamente con sus brazos y manos, teniendo con frecuencia extendido el dedo índice. A veces alguno le cogía el dedo, lo que no era obstáculo para que el profesor siguiera explicando con el dedo cogido, hasta que violentamente lo retiraba, escuchando vivas y aplausos. Josemaría, con humor, se adaptaba a este estilo, entre otras cosas porque si no lo hubiera hecho hubiese encontrado dificultades para aprobar la asignatura» (31).

Por entonces, don Josemaría empezó a dar clases de latín a algunos compañeros de curso, porque el Catedrático de Derecho Canónico exigía en el examen saber traducir los cánones del Codex Iuris Canonici. Además, ganaba dinero para el sustento de la familia -tenía que mantener a su madre y sus hermanos- gracias a su actividad como profesor en el «Instituto Amado», donde era profesor de Derecho Romano y Derecho Canónico. Este Instituto preparaba a los alumnos para muchas carreras universitarias y para los exámenes de ingreso en las Academias Militares y en otros cuerpos o dependencias del Estado. El fundador y director de este Instituto (un Capitán de Infantería y Licenciado en Ciencias Exactas, Santiago Amado Lóriga) gozaba de

prestigio gracias a la calidad de su plantel de profesores. He tenido en mis manos el cuaderno número 3 del primer año de la revista «Alfa-Beta» (marzo de 1927), que el Instituto publicaba cada mes. En la portada se anuncian los cursos de preparación para el examen de admisión a oficial del Ejército y de la Marina; en la contraportada se publica una lista de todos los profesores (treinta y tres en total, entre ellos muchos profesores mercantiles, licenciados en Ciencias Naturales e ingenieros, y un solo sacerdote, Josemaría Escrivá), así como una lista de todos los cursos previstos, unos cincuenta en total. El buen Capitán Amado Lóriga había pensado realmente en todas las posibilidades, desde el cuerpo de Correos y el cuerpo general de la Compañía Arrendataria de Tabacos, hasta la dedicación a tiempo parcial o completo en el cuerpo de Prisiones, en los Ferrocarriles o en el Banco de España. Además, se anuncian cursos de francés, inglés e incluso alemán. Este número 3 de «Alfa-Beta» contiene también una curiosidad bibliográfica: la primera publicación de Josemaría Escrivá de Balaguer, que lleva el título de «La forma del matrimonio en la actual legislación española» (32). El artículo, firmado por «José María Escrivá y Albás, Presbítero y Abogado, Profesor de los cursos de Derecho Canónico y Romano en el Instituto Amado», trata el problema de la admisión, validez y aplicación del matrimonio civil en la España de aquel tiempo. Y es que los intentos de conmovir los fundamentos del matrimonio como sacramento de origen divino y de hacer desaparecer esta convicción de la conciencia general, presentando el matrimonio como un mero contrato de carácter civil, no habían cesado a lo largo de todo el siglo XIX y se habían visto coronados por el éxito en casi toda Europa. Ni siquiera en los estados en los que la Iglesia estaba fuertemente arraigada en la sociedad, como en España, Italia o Bélgica, fue posible, a la larga, mantenerse al margen de esta evolución, aun cuando se produjera con más lentitud y se intentara detenerla en varias ocasiones. Sin querer abundar aquí en el complicado tema, se puede constatar que el artículo de Mons. Escrivá de Balaguer llama la atención por su precisión dogmática y jurídica y por sus vastos conocimientos de la legislación civil y eclesiástica. No se queda corto en su crítica a la «expansión» del matrimonio civil, o sea, a su introducción por la puerta trasera de la legislación, a través de los intrincados senderos de ciertas disposiciones legales. Subraya, además, el carácter iusnaturalista del matrimonio y su institución de carácter divino para todos los hombres, y no sólo para los cristianos. Por ello, cierra sus consideraciones con estas palabras: «Debe quedar el matrimonio civil en España reservado, si ha de producir un lazo legítimo y de legítimos efectos, para aquellos no bautizados que quieran formar una familia conforme a las divinas prescripciones» (33).

Nada más obtener la licenciatura en Derecho, presentó una solicitud al entonces Arzobispo de Zaragoza, Mons. Rigoberto Doménech, pidiendo permiso para trasladarse a Madrid, pues el doctorado en Derecho Civil sólo podía obtenerse en la Universidad Central. Con fecha del 17 de marzo de 1927 se le comunicó que se accedía a su petición: podría residir durante dos años en Madrid para preparar la tesis doctoral y obtener el título correspondiente.

El 28 de abril de 1927, ya en Madrid, se inscribió en la Facultad de Derecho y se presentó a varios exámenes complementarios, por ejemplo Historia del Derecho Internacional y Filosofía del Derecho. Empezó a orientar sus investigaciones hacia los campos del desarrollo de la literatura jurídica en España y hacia la política social. Pero a partir de octubre de 1928 el nacimiento del Opus Dei y su desarrollo posterior absorbió por completo su vida.

Mejor dicho: se fundió en una unidad absoluta con su vida. Sin embargo -y también esto le caracteriza-, mantuvo durante largos años su propósito de hacer el doctorado. El P. José López Ortiz, agustino (que luego sería Obispo de Tuy-Vigo y, más tarde, Arzobispo Titular de Grado y Vicario General Castrense), comenta que, cuando en 1939, después de la Guerra, encontró al Fundador del Opus Dei en Madrid (lo había conocido en el verano de 1924), éste le comentó, entre otras cosas, que estaba trabajando en su tesis doctoral sobre «La Abadesa de las Huelgas» (34). Es decir, perseveraba en su propósito, aunque habían pasado doce años desde que comenzó a prepararse para el doctorado y había tenido que abandonar su primer tema, relacionado con la ordenación sacerdotal de mestizos y cuarterones en los siglos XVI y XVII, porque en la guerra se habían perdido las fichas de investigación y su biblioteca privada.

En diciembre de 1939 leyó, por fin, su tesis doctoral. Todavía tendrían que transcurrir otros cinco años hasta que se pudiera publicar como libro aquel amplio trabajo teológico-jurídico (35). Pero se publicó... como fruto de la perseverancia.

El último capítulo de «Camino» está dedicado al tema de la «Perseverancia», esa humilde hija del amor, hermana pequeña de la fidelidad, «corredora de fondo» entre las virtudes. Sin ella, en ningún campo de la actividad humana hay frutos: ni en la agricultura, ni en el propio camino, ni en el apostolado cristiano. Sin ella, ni se puede ganar algo de valor ni se puede conservar lo ganado. Algo que tiene validez tanto para el cuidado de un césped inglés como para la salvación de las almas. Muchos motivos que habrían sido lógicos hubieran justificado que se interrumpiera el trabajo y que nunca se publicara el libro. Pero el espíritu del Opus Dei, el espíritu de ese seguimiento de Cristo que se concreta en el cumplimiento perseverante de todas las tareas humanas, exige que se termine un trabajo que se ha comenzado: «Comenzar -escribe el Fundador en "Camino"- es de todos; perseverar, de santos...» (36). Y esto vale también para los que escriben tesis doctorales u otra clase de libros.

Las campanas

Un hermano de los pobres de Madrid

Tenía previsto permanecer en Madrid sólo dos años. Llegaría a vivir hasta dieciocho. Josemaría Escrivá de Balaguer vivió y trabajó en la capital de España desde abril de 1927 hasta octubre de 1937 -cuando inició la fuga de la llamada «zona republicana» a la «zona nacional» (1)- y desde marzo de 1939 hasta noviembre de 1946, cuando se trasladó definitivamente a Roma. Esta época de su vida se funde con el «nacimiento» y la «infancia» del Opus Dei. Monseñor Escrivá de Balaguer fue -ya lo dijimos, pero conviene repetirlo- el Opus Dei, y al principio lo fue él solo; y lo fue como sacerdote, como maestro, como «padre de familia», y todo en un sentido muy amplio.

Cualquier biografía tiene que romper, para describirla, lo que en realidad constituye una unidad: la unidad de una vida. El estudiante daba clases, el investigador rezaba, el joven sacerdote se movía en el ambiente académico y, a la vez, se sometía, como sacerdote que por algún tiempo había sido destinado por su Obispo a otra diócesis, a todos los exámenes previstos para clérigos extradiocesanos en la diócesis de Madrid-Alcalá, con el fin de poder celebrar la Santa Misa, administrar los Sacramentos, predicar y dar ejercicios espirituales (2). Todo esto constituía «material» -por decirlo así- de su sacerdocio. Y el profesor, cuando había terminado de dar sus clases, se ponía en camino (casi siempre a pie) para atender -en expresión de Victor Hugo- a los «miserables» en los lejanos y grandes suburbios de la ciudad: administrarles la Unción de los Enfermos y la Comunión y asistirles en cualquier necesidad, también a la hora de la muerte. Luego iba a la catequesis con los niños y jóvenes que preparaba para la Confesión y la Primera Comunión; más tarde acudía a uno de los varios hospitales en los que prestaba su labor como sacerdote y a veces también casi como enfermero. Una vez acabado todo esto, le quedaba el camino de vuelta a casa: un camino de muchos kilómetros, para volver a inclinarse sobre los libros, seguir trabajando en la tesis doctoral o preparar las clases del día siguiente. Podía cambiar a veces el orden de sus actividades, pero éstas no concluían nunca.

En el capítulo anterior hemos comentado que don Josemaría había conocido en Perdiguera la «planta baja» de la sociedad española, pero que todavía le esperaba «el sótano». Y así era: la pobreza material de aquellos pequeños campesinos y su estado de abandono en cuanto a formación humana eran grandes, pero todavía había esperanza; normalmente no padecían hambre y aún existían lazos familiares y de parentesco; la cercanía a la naturaleza (una naturaleza, todo hay que decirlo, a menudo extremadamente ruda, austera, casi enemiga) les protegía contra la miseria total. Desde el punto de vista cuantitativo era más fácil hacerse una idea del proletariado campesino; era más factible que los intentos de reforma surtieran allí efecto. Lo que hacía falta era patente y realizable, si había quien lo iniciara y si el Estado lo apoyaba. Eran pobres que vivían «a la luz del día», como en el foco de una sociedad que los conocía, de una opinión pública que les prestaba atención y de una administración que estaba dispuesta a ayudarles.

Totalmente distinta era la situación en los suburbios de Madrid -y también en los de la mayoría de las grandes ciudades del mundo-, pues allí todavía reinaba la noche. Los que nacían y vivían en aquellos suburbios se veían condenados a una vida «bajo tierra»; una vida cuyas convulsiones no originaban ninguna señal en los instrumentos de medición de la sociedad. Eran existencias que no despertaban la atención de las encuestas, de los sociólogos, ni de los registros civiles, ni casi de la policía; ni, por supuesto, de la organización parroquial de la Iglesia. Este submundo estaba muerto incluso para las estadísticas: la muerte más total que cabe en una sociedad civilizada.

De todas formas, tenemos que matizar. Del mismo modo que nunca ha existido una «nobleza» o una «burguesía» estáticas, claramente definidas (pues estas denominaciones han aglutinado siempre una amplia variedad sociológica, cuyos «numeradores» diferentes son más fáciles de describir que el «común denominador»), tampoco ha existido una «capa baja» permanente, un «proletariado», si bajo este concepto se entiende una masa compacta e inamovible. Siempre ha sido un conglomerado con un núcleo más o menos estable y con márgenes en continuo movimiento. Tomemos el ejemplo de Madrid: entre 1860, cuando comenzó la industrialización en España, y 1970 la población se había multiplicado por diez, pasando de 300.000 a tres millones de habitantes. En 1900 vivían allí algo más de medio millón de personas; en los años veinte (cuando Mons. Escrivá fue a vivir allí), unas 800.000, y en 1940, o sea poco después de terminada la Guerra Civil, casi 1,1 millones. La clase trabajadora que había surgido del «proletariado» inicial del siglo pasado vivía en barrios periféricos o en suburbios surgidos sin plan alguno; tenía un nivel de vida muy bajo que dependía de las alteraciones del mercado laboral y a menudo estaba expuesto al desastre del paro; en muchos casos este nivel de vida era el mínimo para subsistir y a veces ni siquiera eso. A pesar de todo, seguían llegando inmigrantes procedentes del campo; desde comienzos del siglo se mantenía este flujo migratorio, y alrededor de la ciudad iba creciendo una zona de chabolas a las que iban a parar los «despojos» de la sociedad, personas aún más pobres y míseras que la clase trabajadora ya asentada.

Aun cuando Madrid contaba en 1927-28 tan sólo con la cuarta parte de la población actual, de seguro que el abandono de sus grupos marginales era mayor que hoy. Allí Mons. Josemaría Escrivá conoció la miseria extrema del hombre en su totalidad, el oscurecimiento y la degradación de la imagen del hombre; y a este desierto fue, como «buen pastor», a la búsqueda no sólo de una «oveja perdida», sino de todo un rebaño descarriado. Esta tarea se la facilitó el hecho de ser nombrado capellán del Patronato de Enfermos de las «Damas Apostólicas del Sagrado Corazón». Se trataba de una institución de caridad llevada por esta congregación femenina, que había sido fundada pocos años antes por doña Luz Rodríguez Casanova; su fin era atender a los enfermos y a los pobres, sobre todo en los suburbios de Madrid; en 1927 había sido aprobada por la Santa Sede. El Patronato atendía a unos cuatro mil enfermos al año: se les visitaba en sus casas llevándoles alimentos, medicamentos y ropa, y cuidando también su atención pastoral. Era ésta tan sólo una entre las múltiples actividades sociales y caritativas que realizaba la institución, ya que en 1928 mantenía, además, sesenta y un colegios y comedores. Tenían también una residencia sacerdotal, precisamente la residencia en la que vivió don Josemaría Escrivá de Balaguer en los primeros meses de su estancia en Madrid.

Había sido nombrado capellán del Patronato de Enfermos, pero, llevado de su celo apostólico, puso empeño, además, en ayudar a las variadas y urgentes iniciativas de las «Damas Apostólicas» con su propia e incansable labor, aunque no formaba parte de sus deberes estrictos de Capellán. Era su manera de entender la caridad fraterna, tal como la debe vivir un sacerdote.

Nunca se ponderará bastante la importancia de esta labor sacerdotal en Madrid, íntimamente ligada al nacimiento y a los primeros años (llamémosles de nacimiento y niñez) del Opus Dei. La Obra no tuvo mejor suerte que su Señor, que Aquel que le dio vida, a quien pertenece y sirve: nació y creció en pobreza y entre peligros. El Fundador nunca ocultó (es más, en los últimos años de su vida le gustaba especialmente evocar aquel tiempo) que los más pobres y miserables, los abandonados, enfermos y moribundos que visitaba, o mejor que buscaba como quien busca un tesoro, habían ayudado a nacer al Opus Dei. Entre ellos, entre los mendigos, mendigaba él la limosna de la oración; y los que no tenían nada le daban todo lo que tenían: su oración y el ofrecimiento de su sacrificio por sus intenciones; y lo hacían no porque comprendieran, aprobaran o enjuiciaran cuáles eran aquellas intenciones, sino porque querían a aquel sacerdote joven y tenían confianza en él..., aunque quizá desde hacía años no habían visto ni habían permitido que se les acercara «un cura». En 1975, pocos meses antes de su muerte, Monseñor Escrivá de Balaguer recordaba aquellos tiempos: «Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios (...) Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis. De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios en todos esos sitios (...) La fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas (...) Éstas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor» (3).

Hacia once años que Josemaría, siendo todavía un estudiante de bachillerato, había descubierto que aquellas huellas en la nieve eran las huellas de los pies de Jesucristo y había comenzado a barruntar que suponían una llamada personal; una llamada suave y callada al principio, una llamada a mantenerse alerta; para qué, eso todavía no lo sabía. Sucumbir a la tentación de imaginarse algo por cuenta propia -si se hubiese presentado- hubiera supuesto perder el compás de la pedagogía divina. Había superado los largos años de inseguridad sobre su propio camino; y los había superado gracias a su confianza humilde e incommovible en que Dios le iba preparando, paso a paso y día a día, para la hora de la claridad en la que caería el velo de sus ojos y quedarían bañados en nítida luz los perfiles de su vocación. De importancia capital para la naturaleza, el desarrollo y el futuro del Opus Dei es el hecho de que Jesucristo, en la última parte del camino antes y en la primera parte del camino después del nacimiento de la Obra, se mostró al Fundador como el Crucificado.

Terminó su aprendizaje como sacerdote cuando empezó a descubrir, entre los que malvivían y morían en los tugurios de los barrios extremos y en las salas y pasillos de los hospitales de Madrid, a Jesucristo en la Cruz. Al arrodillarse junto a los enfermos y los moribundos se estaba arrodillando sobre el fundamento del Opus Dei, cuyos cimientos tienen ya, para todos los tiempos, forma de Cruz.

Es imposible ser cristiano y, a la vez, aborrecer la Cruz o huir de ella, es decir, de los sufrimientos de cualquier tipo y de su consecuencia, el dolor. Es un punto capital de la fe cristiana la convicción de que sólo a través de la Cruz podemos llegar a Dios, a la bienaventuranza, a la salvación. Este camino, al que se resiste nuestra naturaleza, es el camino de la felicidad, hacia el cual, sin saberlo, cualquier alma se siente atraída. Decía el Fundador del Opus Dei que, para algunos, el Amor a la Cruz ha podido ser motivo de escándalo, pero «es que no saben que cuando se camina por donde camina Cristo, cuando ya no hay resignación, sino que el alma se conforma con la Cruz -se hace a la forma de la Cruz-, cuando se ama la voluntad de Dios, cuando se quiere la Cruz; entonces ya la Cruz no pesa, ya la Cruz no es mía, sino que es de Él, y Él la lleva conmigo... Encontrar la Cruz es encontrar a Cristo» (4). Este mismo pensamiento lo resumía en 1935 con las siguientes palabras: «No hay señal más cierta de haber encontrado a Cristo que sentirse cargado con su bendita Cruz» (5). Aun cuando la Cruz produzca dolor, es la fuente de la alegría, porque Dios la eligió como «instrumentum salutis». Cuando el Fundador del Opus Dei recordaba las amarguras de los años treinta, en los que la muerte se llevó a los primeros miembros de la Obra, y otros que habían oído la llamada «se le escapaban como las anguilas», comentaba que entonces no había comprendido qué sentido podría tener aquel dolor; pero añadía: «Ahora lo veo con una luz nueva (...) Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón -lo veo con más claridad que nunca- es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo» (6).

La consecuencia es perfectamente lógica y nunca se cansó de repetirla: «¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en Él! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo» (7). Y transmitiéndoles este convencimiento era precisamente como consolaba a aquellas «ruinas humanas» en Madrid. El amor sacerdotal, hecho a la medida de Cristo, elevaba a los pobres entre los pobres y a los desheredados a la dignidad inigualable de Cristo paciente (8).

Las palabras que susurraba al oído de aquellos moribundos, a los que pedía que ofrecieran sus sufrimientos por el crecimiento de la Obra de Dios, quedan recogidas en el punto 208 de «Camino»: «Bendito sea el dolor. -Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!» No sé de ninguna frase que contradiga tanto al espíritu de nuestro siglo XX, y sobre todo de los últimos tres decenios, como esta «bienaventuranza del dolor». Es fácil denunciarla como «masoquista», como escandalosa o sencillamente como «anormal»; lo que podríamos llamar «una naturaleza sana» siempre ha estado aliada con el rechazo y el desprecio de la Cruz, que -como escribía San Pablo- era (y sigue siendo) «escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (1 Cor 1,23). El misterio de la Cruz es idéntico al misterio del amor de Dios a los hombres; y este misterio, a su vez, incluye aquel otro de la libertad, sin la que no se podría corresponder al amor de Dios, es decir, sin la que no se podría alcanzar el fin de

la creación. Ahora bien, suponer que pueda existir un «fin de la creación» que sea «irrealizable» carece de sentido. Por lo tanto, el único planteamiento posible, aunque resulte incomprensible, es que la Cruz es el camino del Amor de Dios, el camino que da la felicidad a los hombres libres; sólo este Amor puede integrar y superar la Cruz. En este punto no caben las «discusiones». Jesucristo no dijo: «Venid y discutid conmigo», sino: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34). Y el Fundador del Opus Dei enumeró qué es lo que encuentra quien sigue esta llamada de Dios: «Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...» (9). Muchas de estas cosas las experimentó personalmente; sin olvidar que, para el que ama, va desapareciendo la diferencia entre el sufrimiento propio y el sufrimiento ajeno. Monseñor Escrivá de Balaguer solía decir que saber sufrir es una prueba de que alguien sabe amar, que tiene corazón.

El nacimiento del Opus Dei

Además de los escritos, las cartas, los textos que el Fundador daba para su publicación en las revistas internas del Opus Dei y los documentos filmicos de los últimos años de su vida, contamos con una fuente de la mayor importancia: el voluminoso escrito de postulación de la Causa de Beatificación, en el que se han tenido en cuenta los textos mencionados, así como las amplias declaraciones de numerosos testigos. Este escrito de postulación comienza con un breve resumen de la biografía de Monseñor Escrivá de Balaguer; la descripción se ciñe concisamente a los hechos que se conocen con absoluta seguridad. Precisamente por este motivo me apoyo en esas páginas para hablar de la «fundación del Opus Dei», sobre la que leemos allí: «El 2 de octubre de 1928, mientras el Siervo de Dios (10) se hallaba recogido en su habitación, participando en unos ejercicios espirituales en la Residencia de los PP. Paúles (11) de Madrid, en la calle García de Paredes, Dios se dignó iluminarle: vio el Opus Dei, tal como el Señor lo quería y como debería ser a lo largo de los siglos» (12).

Durante once años, desde aquel día de invierno en Logroño, había pedido ver. Cierta día su atención se había fijado en aquella escena del Evangelio de San Marcos que narra la curación del ciego Bartimeo. Como tenía por costumbre meditar la Sagrada Escritura participando como un testigo más en las situaciones narradas por los evangelistas, revivió en su espíritu la escena conmovedora en la que el Señor preguntaba al ciego de nacimiento: «¿Qué quieres que te haga?». Y Bartimeo responde: «Señor, que vea». «Yo no puedo dejar de recordar -dirá el Fundador de la Obra en una homilía del año 1947- que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí -¡algo que yo no sabía qué era!-, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y el Rabboni, ut videam! -Maestro, que vea- me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla» (13). Esta jaculatoria, repetida innumerables veces y cada vez con mayor urgencia, la cercanía de Dios continuamente buscada, el espíritu ascético de penitencia y de reparación, la intensa labor pastoral y las obras de misericordia desembocaban en el Santo Sacrificio, ofrecido a diario con completa entrega, también de sí mismo; y la Santa Misa era a la vez la raíz de todo lo demás. Por eso, aquellos tres años y medio que transcurrieron entre la ordenación sacerdotal en 1925 y la «introducción», por decirlo así, a la vocación específica que la Providencia divina le había reservado desde la eternidad (la fundación del Opus Dei el 2 de octubre

de 1928) tienen una importancia capital: en esta última fase de preparación, el sacerdote Josemaría Escrivá de Balaguer iba a ser preparado por Dios para comprender la misión histórica que se le iba a revelar y para poder cumplirla de la mano de Aquel que le hacía el encargo.

El 2 de octubre sería el día en el que, por Voluntad de Dios, terminaba el «aprendizaje», se comunicaba el encargo y comenzaba su cumplimiento. Del proceso que suele llamarse «fundación» o «nacimiento» del Opus Dei conocemos las fases que hemos citado y poco más. Ahora bien, ese «poco más» merece nuestra atención: porque en el silencio de la habitación que ocupaba durante los ejercicios en la Residencia de los PP. Paúles se oían «a lo lejos» las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles (14). El que las campanas se oyeran «a lo lejos» y, a la vez, la iglesia estuviese cerca de la Residencia de los Paúles, puede parecer una contradicción. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, aunque el camino se recorre en unos diez minutos (en línea recta alrededor de un kilómetro), a esa distancia las campanas realmente suenan «a lo lejos», siempre y cuando el terreno no esté edificado, como lo está hoy. En 1928 no lo estaba y por eso se oían perfectamente. En la actualidad, aunque uno esté en medio de la calle García de Paredes, ya no se oyen.

Siento la necesidad de hacer hincapié en aquellas campanas que, el día de los Ángeles Custodios, sonaban desde una iglesia dedicada a la Reina de los Ángeles. Mi punto de referencia son unas palabras del actual Prelado del Opus Dei, Alvaro del Portillo, que confirman el carácter místico de la fundación de la Obra (15)-por lo que realmente podemos hablar de «nacimiento», de «ver la luz del día»-, aun cuando ni él ni el Fundador hayan utilizado nunca el término «místico». Sin embargo, Monseñor Escrivá de Balaguer afirmó siempre, sin sombra de duda, que el Opus Dei no lo había inventado él, que no lo había fundado como consecuencia de una serie de elucubraciones, análisis, discusiones y experiencias, que no era en absoluto el resultado de intenciones buenas o piadosas; dejó entrever claramente que el «fundador» era Dios mismo y que la transmisión a aquel «joven sacerdote» de aquel encargo había sido un hecho sobrenatural, una gracia divina. Por eso, cuando muchos años después decía que nunca habían dejado de sonar en sus oídos aquellas campanas (16), no hablaba sólo en metáfora: expresaba exactamente el estado permanente de aquel que ha percibido realmente una vocación, una llamada.

Fueron la humildad y la prudencia las que llevaron a Josemaría Escrivá de Balaguer a guardar silencio total durante largos años sobre lo que había recibido el 2 de octubre de 1928. Era extremadamente parco cuando hablaba de las gracias místicas o carismáticas que el Señor le concedía, y que no se agotaron en aquel día de octubre. El que actuara así no sólo era algo completamente natural en él, sino también un síntoma seguro de ser fidedigno. Cualquier comunicación expresa de un encuentro con Dios que haya tenido carácter místico y extraordinario suscita dudas sobre su autenticidad. Muchos santos (Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola y Felipe Neri, Catalina de Siena y Teresa de Jesús, el Cura de Ars y Don Bosco) recibieron gracias místicas: pero no sabemos de ninguno que hiciera de esas gracias tema de su conversación, por motivos de caridad o de curiosidad. Y es que, como se trata de muestras especiales de cariño por parte del Señor, de una relación de intimidad entre el

alma y su Creador, el mismo pudor prohíbe, como en las relaciones amorosas humanas, cualquier tipo de espectáculo o publicidad.

El día en que se cumplían los cuarenta años de la fundación de la Obra, el 2 de octubre de 1968, Mons. Escrivá de Balaguer se encontraba en Pozoalbero, una casa de retiros situada cerca de Jerez de la Frontera. A la pregunta de un miembro del Opus Dei sobre qué sucedió exactamente en aquel día y por qué se sabía tan poco sobre ello, el Fundador le contestó, entre otras cosas, que callaba para que a nadie (y especialmente a ninguno de sus hijos) se le viniera a la cabeza que él, un pobre pecador, era algo extraordinario; y, por otra parte, callaba (y esto es más importante todavía) porque realmente había habido cosas extraordinarias en el camino de la Obra. Y añadía: «Lo «nuestro" es la santificación de las cosas ordinarias» (17). Con otras palabras: aquellos hechos que en el lenguaje normal de la Iglesia se llaman «milagros» y que Mons. Escrivá de Balaguer no negaba, son gracias especiales de Dios que no tienen como fin el que se admire a quien las recibe; Dios las concede para confirmarle en su servicio. Nadie debía sentirse atraído hacia el Fundador del Opus Dei por tener fama de haber recibido gracias, inspiraciones o apariciones «milagrosas». Quien se acercara a él o al Opus Dei había de hacerlo para seguir a Cristo en la vida cotidiana, la vida de la profesión y de la familia, con toda normalidad y con la sincera disposición de identificarse con Él de acuerdo con el espíritu y con la espiritualidad que el Fundador recibió el 2 de octubre de 1928. Pues en ese día no sólo vio el campo donde habrían de recolectarse muchos frutos en el futuro, sino también el modo de roturar siempre ese campo.

La fiesta de los Santos Ángeles Custodios... Un joven sacerdote, que hace un curso de retiro y está rezando en su habitación... El repique de las campanas, que llega a sus oídos desde una iglesia dedicada a la Reina de los Angeles... La repentina aparición del Opus Dei ante sus ojos... Todo esto constituye una unidad; nada carece de sentido, nada es casual -ni el tiempo ni el lugar ni las circunstancias-; todo forma parte de la unidad del misterio de una inspiración divina. Mons. Josemaría Escrivá, medio ciego e ignorante, «barruntando» no más, pero por amor, había extendido ya un «cheque en blanco» a Dios, un cheque de entrega total, pero en ese momento supo qué era lo que había firmado y para qué servía ese cheque que acababa de ser canjeado.

El que este esclarecimiento, el «nacimiento» del Opus Dei, sucediera en la fiesta de los Ángeles Custodios tiene una gran importancia que es necesario explicar en una época en la que el edificio de la doctrina católica ha quedado oscurecido en muchos aspectos, como abandonado en otros, o incluso en peligro de ser derruido. La devoción a los Santos Ángeles Custodios es posiblemente una de las prácticas de piedad más descuidadas en nuestro tiempo. Y, sin embargo, muchos católicos se quedarían sorprendidos si leyeran en el Catecismo Romano de los Papas Pío V y Clemente XIII (18) (que, por cierto, no han perdido actualidad) todo aquello que, respecto a este tema, es doctrina cierta de la Iglesia. Allí se lee que «Dios creó de la nada, para que le sirviesen y asistiesen, la naturaleza espiritual de innumerables ángeles, a los que después enriqueció y hermoseó con el don admirable de su gracia y poderío» (19). También leemos que «con su protección nos libramos diariamente de muy grandes peligros, así espirituales como corporales, aunque no se manifiesten a nuestra vista» (20); se especifica que los ángeles «aventajan en dignidad a los reyes mismos», y se habla de «la

caridad con que nos aman y que, movidos por ella, ruegan... por aquellos de quienes son sus guardas, puesto que ofrecen a Dios nuestras oraciones y nuestras lágrimas» (21). El Arcángel Rafael protegió y guió al joven Tobías (22); un Ángel liberó a Pedro de la cárcel en Jerusalén (23) y Cristo mismo habló en numerosas ocasiones sobre los ángeles; quizá la escena más conmovedora sea aquella en la que previene ante el escándalo de los pequeñuelos, «pues os digo que sus ángeles en el Cielo están viendo siempre el rostro de mi Padre, que está en los Cielos» (Mt XVIII, 10). El Opus Dei, por Voluntad de Dios, fue «entregado» en el alma de Josemaría Escrivá (o sea, «nació», «vio la luz del día») precisamente en la fiesta de los Ángeles Custodios (comenzando en este día su camino como fuerza vivificante del mundo), y podemos deducir tres cosas de este hecho:

1ª. Que no sólo las «primicias de la Obra» -su Fundador-, sino toda la Obra, habría de estar, desde su nacimiento y en el futuro, bajo la protección de los Ángeles, como cualquier persona humana. «Aumentemos nuestra amistad -dice Monseñor Escrivá de Balaguer- con los Santos Ángeles Custodios. Todos necesitamos mucha compañía: compañía del Cielo y de la tierra. ¡Sed devotos de los Santos Ángeles! » (24). Como comentaremos más ampliamente, el Opus Dei ha puesto bajo la protección de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael los apostolados que sus miembros realizan con todo tipo de personas de toda condición social, casados, solteros, jóvenes, adultos.

2ª. Que el nacimiento de la Obra en el día de los Ángeles, mientras sonaban las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, manifiesta admirablemente el profundo espíritu mariano del Opus Dei, que enseña a vivir muy cerca de la Virgen.

3ª. Que la fiesta de los Santos Ángeles es una fiesta de la humildad, porque ellos cumplen en todo la Voluntad de Dios con amorosa humildad y sólo una humildad filial puede llevar a los hombres a confiarse a su custodia. Se puede decir que el Opus Dei vino al mundo el 2 de octubre de 1928 con el sello de la humildad colectiva. En su primera carta a los miembros de la Obra escribía el Fundador: «Esa ha sido y será siempre la aspiración de la Obra: vivir sin gloria humana; y no olvidéis que, en un primer momento, me hubiera gustado incluso que la Obra no tuviera ni nombre, para que su historia la conociera sólo Dios» (25); y dos años más tarde: «Debéis trabajar... con una humildad personal tan honda, que os lleve necesariamente a vivir la humildad colectiva, a no querer recibir cada uno la estimación y el aprecio que merece la Obra de Dios y la vida santa de sus hermanos» (26).

El 2 de octubre de 1977, cuando la Obra comenzaba el quincuagésimo cuagésimo año de su vida, el primer sucesor del Fundador, Alvaro del Portillo, contó a algunos miembros del Opus Dei, en Roma, que el «nacimiento» en 1928 había estado precedido en el alma del Padre -así le llamaron desde los comienzos sus hijos en la Obra- (27) de muchos barruntos del querer de Dios, de abundantes luces e inspiraciones divinas que él iba anotando celosamente. En la mañana del 2 de octubre, después de la Misa, se retiró a su habitación para ordenar, leer y meditar en la oración todas las fichas que había ido escribiendo: «Y ese día no vio las anotaciones que tenía delante de los ojos, sino que Dios Nuestro Señor quiso que viese la Obra tal como había de ser al cabo de los siglos»

(28). Aquel velo, que cada vez se había ido haciendo más delgado y transparente, se rasgó y mostró lo que guardaba el repique de aquellas campanas.

¿Qué es lo que vio el Fundador en su oración? Lo ignoro. La visión mística que Dios concede puede abarcar espacios y tiempos sin depender del mapa o del calendario. Dios regala «golpes de vista», con los que se puede contemplar, concentrado en la visión de un solo segundo, el curso de los siglos. El «ojo» del alma puede quedar capacitado de forma milagrosa para ver lo abstracto: conceptos, cualidades y destinos, así como el soplo del Espíritu; y puede ver todo esto en imágenes que no son fotográficas, que no recogen, sino que re-producen subjetivamente, pero con fidelidad y veracidad, lo que está objetivamente producido desde la eternidad. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, el 2 de octubre de 1928, no vio la Sección de mujeres del Opus Dei, ni la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, y supongo que tampoco vio los rostros de los futuros miembros o los edificios de los futuros Centros en todo el mundo, pero vio -compréndalo quien pueda- la santidad de los cristianos corrientes, la santificación del trabajo, los caminos, los medios y los frutos del apostolado de hombre a hombre en toda la tierra y en todo tiempo; vio lo esencial de la vocación a esta Obra divina, vio su universalidad y un «campo de trigo humano» inabarcable, formado por los que serían llamados a formar parte de ella; y vio, sobre todo, que el Opus Dei era el incansable caminar de Cristo por el mundo...

«Desde ese momento -diría el Fundador años más tarde- tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada» (29). Esta afirmación nos deja perplejos. El 2 de octubre, cuando Dios le hizo ver lo que quería -la santidad de los cristianos corrientes en su vida cotidiana-, ¿no unió a ello un encargo concreto, el encargo de realizar esa su voluntad por medio de aquel camino que luego se llamaría Opus Dei? Solemos pensar con modelos demasiado simples y con categorías meramente humanas. Pero cuando Dios quiere realizar algo, no lo hace por medio de la publicación de un decreto en el «Boletín Oficial del Estado» o de una orden del día en el parte militar; Dios es Amor y valora cada alma; cuenta con su independencia, y le pide su entrega filial. A los santos se les reconoce porque empeñan su libertad (su voluntad, su inteligencia y su iniciativa) en obedecer y servir a Dios, prescindiendo, con humildad casi infantil, de cualquier intento de ponerse en primer plano (no se les ocurriría hacer tal cosa). Y llegan a tal extremo, que parecen querer y hacer locuras y cosas incongruentes. San Francisco de Asís, por ejemplo, al percibir la voz de Dios que le llamaba a renovar la Iglesia, empieza por reconstruir una capilla derruida...

La disponibilidad y la humildad del joven Josemaría eran tales que, sin dudar de la verdad de lo que había visto, sin dudar de su llamada a realizar la Obra de Dios tal como Él se la había mostrado, puso todo su empeño en realizarla, a ser posible, pasando inadvertido, casi ocultándose. Un empeño que nos parece, desde el punto de vista lógico, completamente irreal, pero que, precisamente por eso, certifica la veracidad de su vocación. Empezó pidiendo información para comprobar si ya existían en alguna parte, sobre todo en Europa central y en Italia, asociaciones o iniciativas cuyo fin fuera el mismo que Dios le pedía a él. En ese caso hubiera querido pedir la admisión, «ser el último y servir» (30). Sabemos que su empeño por ocultarse y quedar fuera de las candilejas de la historia no se cumplió. No se podía cumplir porque contradecía a su

misión. Como su vida se fue identificando plenamente con esta misión y como esta misión tenía que ir siendo conocida, también el que la realizaba tenía que ir atrayendo las miradas del interés público.

Esto no significa que la divisa «ocultarse y desaparecer», que Josemaría Escrivá había elegido para su vida sacerdotal, y especialmente para su vocación de hacer el Opus Dei (divisa que al principio intentó practicar al pie de la letra), perdiera vigencia o se resquebrajara. Las palabras exactas de este lema son: «Ocultarse y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca» (31). El Fundador del Opus Dei fue entendiendo poco a poco el sentido profundo de estas palabras suyas y sólo hacia el final de su vida lo comprendió de modo completo. Esa frase, tantas veces repetida, implica la entrega total de la propia personalidad, del propio yo, a Dios, a Cristo. Supone la entrega de todos los planes y proyectos, deseos e inclinaciones. Y el que se entrega va viendo lo que significa esto en sus últimas consecuencias de una manera paulatina. Dios se lo va comunicando de una forma que podríamos denominar «a plazos», con arreglo a una pedagogía del Amor divino, porque quien ha sido llamado -simple creatura-, no es capaz de comprender o incluso de realizar de una vez todo lo que su vocación trae consigo. «Si hubiera sabido todo lo que habría de venir -solía decir el Fundador en años posteriores-, me habría muerto» (32).

«Ocultarse y desaparecer» (33): un lema de humildad. Y un lema que encierra muchos aspectos, como comprobaría el Fundador del Opus Dei durante su vida: de una parte, la faceta normal y corriente de prescindir de todos los deseos personales (que con tanta sutileza se pueden introducir en el corazón, presentándose como servicios «desinteresados» o «necesarios») para dedicarse exclusivamente a hacer el Opus Dei, a cuyo espíritu pertenece también la abnegación. Contiene, por otra parte, un aspecto ascético: no ponerse en primer plano, ni siquiera en los casos en los que podría parecer muy útil o incluso necesario. «Desde 1946, en que la sede central de la Obra se trasladó a Roma -me contaba en Pamplona don Amadeo de Fuenmayor, que conoció a Monseñor Escrivá de Balaguer en 1939 (34)-, el Padre permaneció allí durante largas temporadas, sobre todo entre los años 1950 y 1954, trabajando en silencio y retirado; en los años sesenta, el número de visitantes de todo el mundo que acudían a Roma a visitar al Padre creció de modo extraordinario.» Cuando, en 1944, recibieron la ordenación sacerdotal en Madrid los tres primeros sacerdotes del Opus Dei no estuvo presente en la ceremonia. Al Padre le debían su vocación a la Obra y, posteriormente, al sacerdocio. Por eso no quiso asistir: no quería ser el centro; quería mostrar que no era él, sino Dios, el que había promovido el Opus Dei. Y así se comportó siempre en casos similares; a comienzos de los años cincuenta, cuando se inició la labor de la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz» -fundada por Monseñor Escrivá de Balaguer como una Asociación inseparable, propia del Opus Dei-, tuvo lugar una Convivencia en la Casa de retiros de Molinoviejo, junto a Segovia, a la que asistieron las primeras vocaciones de sacerdotes diocesanos. «El Padre no quiso estar presente, a pesar de nuestra insistencia -recuerda don Amadeo de Fuenmayor-. Nos envió unas notas, que leímos y comentamos con particular emoción... De intento no participó en la Convivencia, para forzarnos a superar nuestra timidez. Así se hacía realidad un criterio formativo que empleaba con sus hijos de modo habitual... A los patitos se les echa al agua y por fuerza tienen que nadar... Teniendo en cuenta que era muy sociable y que tenía tanto interés como facilidad para comunicarse con los hombres y que, además, hubiera tenido innumerables ocasiones para ponerla en práctica, hay que decir que realmente permanecía muy en segundo

plano. Este era su programa personal y también una parte de la educación de sus hijos» (35).

También los muchos viajes de catequesis que el Fundador del Opus Dei emprendió por Europa y, en mayor escala, por América a lo largo de los años 1970, 1974 y 1975 (viajes en los que se reunió con decenas de miles de personas) fueron actos de humildad, que hay que ver en relación con la situación de la Iglesia durante ese período. «Tenía que dar testimonio -con estas palabras lo comenta el profesor español que citamos-, ésta era su profesión. La misma humildad que le había hecho callar cuando otros hablaban, por ejemplo en épocas de persecución de la Obra, ahora le hacía hablar, cuando tantos permanecían mudos, por ejemplo ante la aflicción interna y externa de la Iglesia» (36). Cuanto menos se podía librar de las cámaras, de los micrófonos y de los altavoces, cuanto más honores y distinciones recibía, cuanto más interés periodístico despertaba, cuanto más iba estando en el centro del «interés público», tanto más iba realizando su lema; y lo realizaba precisamente a través de todo aquello, porque se iba refugiando con tal profundidad en la sombra de la Cruz de Cristo que él mismo casi se hacía invisible. Y Cristo le premió hablando por su boca, bendiciendo por sus manos y trabajando en su labor. Así lo confirman todos, tanto los que estaban muy cerca de él como los que le trataron breve y circunstancialmente. También se aprecia en las películas tomadas durante los viajes de los últimos años de su vida.

Invisible a los ojos de los hombres

En la tarde del 2 de octubre de 1928 el Opus Dei contaba con una sola persona: un sacerdote de veintiséis años al que se le había dado una luz que ya nunca palidecería y un impulso para «materializarla» que ya nunca perdería su vigor. Se puede decir, pues, que, en sentido estricto, Monseñor Escrivá de Balaguer fue Fundador del Opus Dei sólo desde el momento en que los primeros perseveraron junto a él. Es decir, que aún tenía que transmitir a otros lo que él había recibido. Ahora bien, ¿en qué consistía...? Es imposible expresarlo con más fuerza, claridad y concisión que el escrito de la postulación para la Causa de Beatificación, en el cual se dice: «Le pidió Dios que dedicara su vida entera a promover, en servicio de la Iglesia Santa, esta tarea sobrenatural -a la que más adelante llamaría Opus Dei-, cuyo fin consiste en que personas de toda condición social -comenzando por los intelectuales, para llegar después a todos-, con una específica llamada de Dios y conscientes de la grandeza de la vocación cristiana, se esfuercen por buscar la santidad y ejerciten el apostolado entre sus compañeros y amigos, cada uno en su propio ambiente, profesión y trabajo en el mundo, sin cambiar de estado» (37).

Esta definición, tan concisa, de lo que es el Opus Dei incluye un núcleo que el sucesor del Fundador, Alvaro del Portillo, resumía con las siguientes palabras en el primer aniversario de la muerte del Fundador: «La convicción básica, la raíz de todo el mensaje espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer era la urgente necesidad de buscar la santidad personal en medio del mundo» (38). Desde el principio, y hasta nuestros días, el no poder (o no querer) comprender las últimas once palabras de esta cita ha sido el obstáculo principal, no sólo para apreciar debidamente y enjuiciar justamente el Opus Dei, sino para un renacer espiritual de muchas personas. Esa incomprensión se

manifiesta en muchos casos -especialmente por parte de esos cristianos aburguesados que consideran que la santidad no es más que una palabra de un vocabulario eclesiástico «pasado de moda»- en la cándida respuesta: «Pero ¡si eso no es nada nuevo, si es algo totalmente normal y corriente!» Indudablemente, el exigir que los bautizados sean santos no es nada nuevo; es tan viejo y tan nuevo como la exigencia del Señor: «Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt 5,48); o como la afirmación de San Pablo en su Epístola a los tesalonicenses: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tes 4,3). Pero cuando los cristianos corrientes, o sea, no los religiosos (que han recibido la llamada específica a apartarse del mundo), ni aquellos sacerdotes y laicos que, ex officio, tienen que servir a la Iglesia, sino los cristianos que podríamos llamar (permítaseme una imagen militar) la «clase de tropa de Cristo»; cuando éstos se toman en serio la vocación a la santidad (es decir, a la identificación con Cristo en medio de su vida cotidiana, convirtiendo precisamente esa vida cotidiana en un servicio continuo al Señor), entonces esa «verdad tan sabida» tiene una fuerza capaz de renovar el mundo y la humanidad entera. El pulso de la presencia de Dios en su vida se comunicará también a otros precisamente a través del trabajo que los une, un trabajo que es, a la vez, medio y expresión de la santidad personal: «Pienso -decía Mons. Escrivá de Balaguer en 1968 a dos periodistas italianos- que la santidad llama a la santidad (...) Mi única receta es ésta: ser santos, querer ser santos, con santidad personal» (39). Pero la concreción de esta santidad personal (y con ello se cierra el círculo) se da, para los laicos normales y corrientes, en el trabajo profesional y a través de ese trabajo. Un trabajo «santificado» de esta manera «santifica», es decir, lleva a una presencia creciente de Cristo en el mundo, también porque es contagioso: es camino y medio para acercar a Dios a los que serán sus cooperadores; dicho con una sola palabra: es apostólico.

«Renovad el mundo -escribía el Fundador de la Obra en 1932- en el espíritu de Jesucristo, colocad a Cristo en lo alto y en la entraña de todas las cosas. Venimos a santificar cualquier fatiga humana honesta: el trabajo ordinario, precisamente en el mundo, de manera laical y secular, en servicio de la Iglesia Santa, del Romano Pontífice y de todas las almas» (40). Y ocho años más tarde, en 1940, advierte a los miembros del Opus Dei: «Quiere el Señor que solos, con el apostolado personal de cada uno, o unidos a otras gentes -quiza alejadas de Dios, o aún no católicas, ni cristianas-, planeéis y llevéis a cabo en el mundo toda clase de serenas y hermosas iniciativas, tan variadas como la faz de la tierra y como el sentir y el querer de los hombres que la habitan, que contribuyan al bien espiritual y material de la sociedad y puedan convertirse para todos en ocasión de encuentro con Cristo, en ocasión de santidad... Por eso os he repetido tantas veces que la vocación profesional de cada uno de nosotros es parte importante de la vocación divina; por eso también el apostolado que la Obra realiza en el mundo será siempre actual, moderno, necesario; porque mientras haya hombres sobre la tierra, habrá hombres y mujeres que trabajen, que tengan una determinada profesión u oficio - intelectual o manual-, que estarán llamados a santificar, y a servirse de su labor para santificarse y para llevar a los demás a tratar con sencillez a Dios » (41).

Josemaría Escrivá de Balaguer se refirió constantemente, a lo largo de su vida, a esa unidad inseparable: santidad-trabajo-apostolado; unidad que expresa para cada bautizado su situación básica en el mundo, una situación que Jesucristo mismo ha instaurado. Tener una conciencia clara de esta unidad es condición sine qua non para los cristianos que quieren vivir en el mundo sin ser mundanos y sin mentalidad de ghetto

separado. Monseñor Escrivá lo expresaba con energía: «Pensar que esa toma de conciencia significa dejar la vida normal, es una idea legítima sólo para quienes reciben de Dios la vocación religiosa, con su contemptus mundi, con el desprecio o la desestima de las cosas del mundo; pero querer hacer de este abandono del mundo la esencia o la culminación del Cristianismo es claramente una enormidad» (42).

Cuando el Fundador del Opus Dei decía estas palabras, la Obra tenía ya cuarenta años, estaba presente en varias docenas de países, había superado graves peligros - incluso la posibilidad de ser destruida o deformada- y se hallaba en momentos de irrefrenable expansión. Las dos cosas, tanto las apreciaciones falsas y la persecución como la multiplicación de focos apostólicos en todo el mundo, son consecuencia inmediata del mensaje central de Monseñor Escrivá de Balaguer: el lugar para la santidad y la santificación es, para la inmensa mayoría de los cristianos, el mundo (entendiendo por «mundo» la complejidad de la vida humana sobre la tierra). Los bautizados están integrados en él; desde, dentro, ellos mismos, cuando intentan «hacerse semejantes a Cristo» -«cristificarse»-, «cristifican» también el mundo: en esto consiste la vocación laical, universal. Por el contrario, una vocación particular, especial, lleva a retirarse de la tarea que compete a todo bautizado -la santificación de la materia mundi- y del duro trabajo en medio de la calle y los afanes cotidianos. La vocación religiosa es una vocación especial, reservada siempre a unos pocos, que requiere una gracia particular y tiene un sentido específico. Lo diré de un modo metafórico: se esfuerza por recubrir el cuerpo de la humanidad con una fina red de vasos sanguíneos por los que puede circular la gracia divina, aun cuando el cuerpo sufra bajo hipotermia o bajo trastornos del riego sanguíneo. El estado religioso es -y seguirá siendo- un bastión de la Iglesia, un reducto que garantiza que nunca dejará de haber entrega total a Cristo, ni siquiera cuando en lo que se suele llamar el «pueblo fiel» se extiende la frialdad de los corazones y se adoren diversos becerros de oro bajo cualquiera de sus múltiples denominaciones. No cabe duda de que estos reductos deben permanecer intactos (esto es importante, y sería ceguera el debilitarlos o demolerlos como se hizo en la época del protestantismo), porque han sido, a menudo, origen de renovaciones efectivas e incluso salvadoras para toda la Iglesia.

El nacimiento del Opus Dei supuso un gran paso para traspasar ese umbral de la nueva etapa que iniciaba la Iglesia: la cristianización del mundo desde dentro. Pero si Monseñor Escrivá de Balaguer se hubiera limitado a poner sus pensamientos por escrito, por ejemplo en un libro titulado «Secularidad y santidad», seguramente hubiera alcanzado amplio renombre como escritor teológico y ascético; en escritos de otros autores se hubiera expresado asentimiento o desacuerdo, o se hubieran modificado sus ideas; quizá se hubiera iniciado «una interesante controversia» o una «notable discusión» de fin y efectos imprecisos... Ahora bien, la novedad no consistía realmente en transformar la frase «aunque tan sólo eres un laico en el mundo puedes santificarte» en esta otra: «Porque eres un laico en medio del mundo puedes y debes santificar el mundo y santificarte tú mismo en él»; la verdadera novedad -casi una provocación- consistía en reunir a su alrededor «hombres del mundo», enseñándoles -¡con su propia vida!- cómo se realiza esto en la práctica.

Hay que aclarar todavía un punto: la existencia del Opus Dei, el hecho de que viera la luz del mundo el 2 de octubre de 1928, es algo que, al principio, permaneció

oculto (43); fue nada más que un estímulo interior en el alma de un sacerdote, una semilla espiritual de la que tan sólo se percató quien la había recibido (al principio, ni siquiera él mismo encontraba un nombre para ese fenómeno), un crecimiento en él, una preparación de la siembra y de la búsqueda de los primeros... Y todo esto se desarrolló sin llamar la atención, en la vida cotidiana y profesional de don Josemaría. Todo sucedía en el seno del anonimato, muy por debajo del nivel que suele ser necesario para suscitar el interés público. Hacia fuera, al principio, no cambió absolutamente nada. Monseñor Josemaría Escrivá no actuó como suelen hacerlo los «fundadores» de iniciativas humanas de cualquier tipo. Éstos suelen hacer declaraciones y presentar programas, explicando los motivos, los fines, los medios y las actividades previstas; luego hacen propaganda, publican anuncios y se preocupan de su presencia pública... El nacimiento y el desarrollo del Opus Dei no tuvo lugar de esa manera. Su Fundador no emitió un «escrito programático» en el que expusiera, por ejemplo, la situación del cristianismo en general, el de la Iglesia Romana en particular y las medidas que se deberían tomar para promover una entrega total de los laicos, sobre todo teniendo en cuenta la situación especial en España y considerando también los consejos evangélicos.

Tampoco fundó enseguida una «Asociación» que practicara estos «principios», ni redactó unos estatutos que le permitieran empezar a captar miembros. Aunque siempre ha habido y habrá fundadores y fundaciones de este tipo (porque es algo perfectamente legítimo), el Fundador del Opus Dei no actuó así. La Obra nació y empezó a crecer como todo lo que tiene vida propia, como todo lo que no se ha edificado artificialmente ni se ha construido con arreglo a un plan; es decir, como una planta que crece en silencio, con calma, a partir de una simiente diminuta...

«El Señor -así se expresaba Mons. Escrivá de Balaguer años más tarde- quiso poner esta semilla maravillosa de su obra en el corazón de aquel pobre sacerdote para que comenzara en la oscuridad, sin ruido, pero decididamente, tozudamente» (44).

Además de atender el Patronato de Enfermos de las Damas Apostólicas, don Josemaría ejercía actividades docentes en la «Academia Cicuéndez», donde, durante los años 1927-31 (y quizá también en 1931-32), dio cursos de Derecho Romano y de Derecho Canónico. Este tipo de institución, desconocido en Alemania, es comparable a las escuelas de Derecho inglesas, surgidas ya en el siglo XV. La Academia, que servía para completar y profundizar los estudios universitarios, había sido fundada por el sacerdote, abogado y teólogo José Cicuéndez, quien la dirigió hasta 1930. El profesorado lo formaban doctores y licenciados en Derecho o en Filosofía y Letras, laicos en su mayor parte. Normalmente, las clases tenían lugar por la tarde; la mayoría de los asistentes eran estudiantes de Derecho que querían hacer los exámenes en la Universidad como alumnos libres, aunque también acudían alumnos de otras carreras. Por término medio, participaban unos diez o quince estudiantes en cada curso. Llama la atención el que muchos alumnos de esta Academia llegaran a ocupar posiciones notables en la vida profesional. Salvador Bernal, en sus «Apuntes biográficos», narra la sorpresa de los universitarios al enterarse de que aquel sacerdote que les daba clase y les impresionaba por su aspecto cuidado, su cultura y sus dotes intelectuales era a la vez un sacerdote que se ocupaba incansablemente de los pobres; les pareció tan extraño que decidieron asegurarse, por lo que algunos le siguieron, para cerciorarse de que era verdad (45). El que realmente aquello constituyese una sorpresa y les causara

«sensación» deja entrever que, por aquel entonces, la vida cristiana y el concepto que se tenía de ella debía estar bastante anquilosada.

Lo que a los demás les parecía extraordinario, para el Fundador del Opus Dei era lo normal en un sacerdote, y era, además, absolutamente necesario para el desarrollo del Opus Dei, tal como Dios se lo había mostrado. Cuando, años después, hablaba de los «fundamentos» que había empezado a poner, se refería a su servicio sacerdotal entre los pobres y enfermos de Madrid, un servicio que también siguió prestando después del 2 de octubre y, si cabe, con una intensidad aún mayor. Este servicio, prestado por amor, es el que dio el alimento necesario al Opus Dei en esa primera época. El alimento consistía en las oraciones de los que sufrían, en el ofrecimiento de sus dolores y penas por una «obra de Dios» que no conocían; y el ofrecimiento no era otra cosa que la respuesta a la entrega de un sacerdote que se lo pedía. Gracias a un informe de las «Damas Apostólicas» que hace referencia al año 1927, sabemos que visitaron a unos cinco mil enfermos; que más de tres mil de ellos recibieron los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y unos quinientos el de la Unción de los Enfermos; que se bautizaron más de cien y se casaron unas ochocientas parejas (46). Cuando don Josemaría llegaba al Patronato, encontraba encima de su mesa un montón de notas que le indicaban a qué parte de las barriadas extremas tenía que ir para visitar a los enfermos o para atenderles en sus últimas horas. Se conservan cientos de estas fichas, en algunas de las cuales se pueden leer todavía los números que don Josemaría escribía para poder preparar el itinerario (47). Eran caminos nada cómodos y visitas nada agradables. En los años veinte y treinta, en España, y sobre todo en las ciudades industrializadas, iba creciendo la pérdida de la fe, el desprecio por la Iglesia y el odio a los sacerdotes (en otros capítulos nos referiremos a las causas de estos fenómenos). Era frecuente que a los sacerdotes y religiosos -fácilmente reconocibles por la vestimenta- se les insultara y se les amenazara. En algunos casos incluso se llegaba a escupirles o apedrearles y las blasfemias estaban a la orden del día: y todo esto fue cobrando mayor virulencia hasta la Guerra Civil. Hacía falta mucha valentía para realizar una labor caritativa y pastoral en las barriadas obreras y en las zonas pobres de Madrid (48). Fueran sacerdotes, religiosos o laicos, iban no porque alguien les llamara, sino casi siempre contra la voluntad del enfermo, moribundo o persona hundida moral o socialmente. Venían por iniciativa propia o porque algún alma misericordiosa había intercedido: quizá una abuela piadosa o la mujer a la que le quedaba un resto de fe o que sencillamente tenía miedo ante la muerte. Pero se les recibía tal como se les consideraba: como enemigos.

Don Josemaría consiguió superar la desconfianza casi siempre. Los corazones endurecidos se le abrían: muy pocos eran los que se resistían ante su actitud, extremadamente cariñosa y natural, sin un solo deje de afectación. «Cuando teníamos un enfermo que se nos iba a morir lejos de la gracia -comenta una de las primeras "Damas Apostólicas"- se lo confiábamos a don Josemaría, en la seguridad de que estaría atendido. No recuerdo un solo caso en el que fracasáramos en nuestro intento» (49).

Como el Fundador del Opus Dei se entregaba plenamente a Dios, era capaz de gastarse absolutamente por los hombres; como no quería reunir o edificar nada propio, podía repartir todo lo que recibía; y así lo hizo durante toda su vida. Como era humilde en extremo, mendigó constantemente, pues mendigar es parte de la humildad, como regalar es parte de la alegría; dos cosas que son típicas de los niños y, por eso,

agradables a los ojos de Dios. Y recibió muchas limosnas, sobre todo «la limosna de la oración», que es la que más le interesaba. Don Casimiro Morcillo, entonces un joven sacerdote que luego haría una brillante carrera eclesiástica (fue Obispo de Bilbao y Arzobispo de Zaragoza y luego de Madrid), cuenta que un buen día de 1929, muy de mañana, hacia las seis, cuando iba por la calle, le paró un clérigo de aspecto joven a quien había visto ya varias veces: «¿Va usted a decir Misa? ¿Quiere rezar por una intención mía?», le preguntó. Es comprensible que se quedara muy sorprendido, ya que aquel sacerdote no le dijo de qué se trataba esa intención. Pero don Casimiro prometió hacerlo y, efectivamente, lo cumplió. Después, con el correr del tiempo, don Josemaría y él llegaron a ser buenos amigos (50). No fue éste un caso aislado, pues el Fundador del Opus Dei solía dirigirse a personas que no conocía, pero en cuya expresión veía que llevaban una vida limpia y que se esforzaban sinceramente por vivir su cristianismo. En este punto gozaba de una especial intuición que iría creciendo con los años: era capaz de ver en las almas en toda su profundidad, y casi nunca se equivocaba. Quizá alguno se quedara sorprendido cuando le pedía que rezara por una intención muy importante que daría mucha gloria a Dios. Pero algo había en él que hacía que los demás, efectivamente, rezaran. «Niño, cuando lo seas de verdad --dice el punto 863 de «Camino»-, serás omnipotente.» Los que le daban la limosna de su oración parece que se daban cuenta de que, en su vida, este punto era una realidad.

Dios quiere que haya mujeres en el Opus Dei

«Yo no quería fundar ni la Sección de varones ni la Sección femenina del Opus Dei. En la Sección femenina no había pensado nunca. Os aseguro con una seguridad física -así, física-, que sois hijas de Dios» (51). «La fundación del Opus Dei salió sin mí; la Sección de mujeres, contra mi opinión personal» (52). Con estas y parecidas palabras, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer ratificó, en el transcurso de los años, que la Obra no es una fundación humana ni una «iniciativa de la Iglesia», sino un instrumento en y para la Iglesia, un instrumento que procede directamente de Dios.

El Fundador, en aquel día de octubre de 1928, «vio» la Obra; la vio, claro está, de acuerdo con lo que entonces podía comprender. Es, en el fondo, lo que sucede al ver un objeto: se reconoce lo que es, aunque sea imposible abarcar todos sus aspectos con una sola mirada. Quedaba totalmente claro que, para ir comprendiendo paulatinamente todas las dimensiones de lo que Dios le había hecho ver, seguía necesitado de la inspiración y de las luces sobrenaturales. En todos los casos en los que, con respecto al nacimiento del Opus Dei, pensó «por su cuenta», se equivocó y anduvo a tientas. Dios se lo iba demostrando: «Nunca habrá mujeres -ni de broma- en el Opus Dei» (53), escribía a comienzos de febrero de 1930. Pero el 14 de febrero, Dios le hacía una «corrección divina», haciéndole saber que quería que hubiese mujeres en la Obra de Dios. Sucedió, según cuenta el mismo Fundador, durante la Santa Misa que ese día celebró en el pequeño oratorio de la Marquesa de Oteiro (54), en la madrileña calle de Alcalá Galiano, 1-3. Después de la Comunión, estaba ante los ojos de su alma la presencia de mujeres en el Opus Dei, tal como había estado la Obra dieciséis meses antes. Eso era lo que quería decir cuando hablaba de «seguridad física»; no se trata, pues, de que don Josemaría, por consideraciones personales, «ampliara el Opus Dei añadiendo la Sección de mujeres», sino que Dios, con quien se había unido sacramentalmente en la Comunión, se lo había mandado, se lo había puesto ante los ojos del alma... «Por voluntad de Dios -así escribía en 1965-, el Opus Dei consta de dos Secciones diferentes,

completamente separadas, como dos obras distintas, una de hombres y otra de mujeres; sin interferencia alguna, ni de gobierno, ni de régimen económico, ni de apostolado, ni de hecho» (55).

Como éste es un punto que ha dado ocasión a preguntas y a veces también a incomprendimientos o críticas, el Fundador lo explicó hace ya muchos años: «En la Obra las dos Secciones son como dos borriquillos, que tiran de un mismo carro, en la misma dirección» (56). No se trata, por tanto, de dos fuerzas contrarias, sino de dos fuerzas que se suman, precisamente por ser paralelas; dos fuerzas que se unen en el corazón del Padre (que es Padre de las dos Secciones) y en el Amor de Dios (57).

En una época como la nuestra, en la que reinan conceptos en parte equivocados sobre la naturaleza, la misión y la colaboración de los sexos, es necesario estudiar las convicciones fundamentales y claras de Mons. Escrivá de Balaguer a este respecto. Porque, además, en caso contrario, puede muy bien ser que, al acercarse a la Obra e intentar comprenderla, se choque con barreras que en realidad no lo son.

El Fundador del Opus Dei creció en el seno de una familia normal y cristiana. «Normalidad», en este caso, no quiere decir «término medio», porque lo que se entiende por «término medio» (en una vida cristiana «encarnada» y vivida en la realidad cotidiana, en la profesión, en la familia, en el «mundo») suele quedarse por debajo de aquella norma que instituyó Jesucristo; una norma que, en el curso de los siglos, parecía ir decreciendo o siendo rebajada (y en muchos casos realmente lo fue), hasta convertirse en un término medio minimalista que bastaría para el «cristiano corriente».

Muchos pensaban además que, por mucho que lo intentara, si ese cristiano corriente se quedaba en el mundo, no lograría superar ese término medio. La realización plena del mandato de santificación de Cristo quedaría reservada para algunos estados especiales dentro de la Iglesia, es decir, para los religiosos y los clérigos. Esta evolución amenazaba con conducir a la cristiandad a un callejón sin salida, sobre todo bajo los ataques del espíritu del «Siglo de las Luces» y del proceso de secularización de los últimos tiempos. Si hubiera seguido esa evolución, la Iglesia se hubiera conformado tal vez con aceptar la tesis de que sólo un pequeño grupo, el de los «elegidos», estaría llamado a y capacitado para la entrega total a Cristo, mientras que la gran mayoría de sus miembros, por su «vinculación al mundo», sólo podría vivir un cristianismo minimalista, es decir, de mínimos o de término medio. Algo semejante a un cuerpo en el que la sangre circula sólo por unas pocas arterias, mientras que el resto del sistema circulatorio permanece estrangulado, casi sin riego sanguíneo, mientras el cuerpo languidece y muere.

Una Iglesia que hubiese llegado a ese extremo no estaría en condiciones de actuar apostólicamente en medio de un mundo cada vez más secularizado, no podría extenderse ni penetrar en todos los ambientes y ni siquiera podría defenderse contra los ataques de los enemigos. Para contribuir a evitar que la Iglesia se deje arrinconar en ese callejón sin salida o para que vuelva a salir de él, si llegara a ese extremo, Dios fundó el Opus Dei en y a través de Monseñor Escrivá de Balaguer; y con el Opus Dei mostró a los cristianos los medios concretos que hay que utilizar para lograr que comience a

cerrarse una antinomia que cada vez se ha ido acentuando más: la antinomia entre la norma de Cristo y el término medio de su cumplimiento y realización en la vida cotidiana. El «cristiano medio» no es un cristiano «a medias»; es, por Voluntad de Dios, aquel cristiano que allí donde esté, y en la situación o estado en que se encuentre, quiere identificarse con la norma que Cristo nos ha dado, con esa norma que es Cristo mismo; así pues, el «cristiano medio» no es otro que aquel que lucha por alcanzar este fin: sólo así llega a ser un «cristiano normal», un «cristiano corriente».

El joven Josemaría había visto en casa de sus padres la normalidad cristiana, o sea, la realización fiel de lo que Cristo exige del hombre y de la mujer como esposos y como padres. Este cumplimiento fiel de la Voluntad divina se basa en el reconocimiento de la distribución de tareas entre hombre y mujer, dada ya en el comienzo del género humano. Hombre y mujer son iguales en cuanto a su naturaleza humana, en cuanto al hecho de que han sido creados, queridos y redimidos por Dios; en todo lo demás, son, obviamente, distintos. Ambos colaboran de manera plena y con igual valor a la conservación y al desarrollo de la humanidad, a la edificación del mundo y a la realización de la historia de la salvación. Pero no colaboran de manera idéntica, sino con formas que, aun estando muy relacionadas entre sí, son, de acuerdo con los planes divinos, muy diferentes para cada sexo. Josemaría había visto en el ejemplo de sus padres cómo los casados han de seguir a Jesucristo en la vida cotidiana y en el ambiente social y profesional, cómo deben esforzarse por alcanzar la santidad y cómo han de tener conciencia de que el matrimonio es una vocación divina a la santidad y a la santificación de los hijos y del mundo. Es imposible impregnar la sociedad con el espíritu y con la realidad de la santificación por el trabajo y de la santificación del trabajo sin contar con esposos que, los dos juntos y cada uno por separado, vayan por este camino y muestren el camino a seguir a los que vengan más tarde.

En cierta ocasión, alguien me preguntó por qué el Fundador del Opus Dei no reconoció de inmediato que la renovación de la «normalidad cristiana», la cristianización de la vida cotidiana, no sería factible sin contar con las mujeres y con los matrimonios. Mi contestación fue la siguiente: a mi juicio, una de las razones es que Mons. Escrivá de Balaguer, con toda su grandeza, fue un hombre de su tiempo. Si su capacidad de comprensión se elevó por encima de la mentalidad de su época fue por la gracia de Dios, como él mismo reconoció en innumerables ocasiones. Otra razón es que la plenitud de lo que iba a ser el Opus Dei sólo podía realizarse poco a poco. Dios le fue encomendando que diese, en cada momento, un paso determinado: el paso exacto y en el tiempo preciso, tal y como era necesario para el desarrollo de la Obra. Tomemos el ejemplo de las mujeres en el Opus Dei. ¿Por qué el Fundador estuvo convencido, durante más de un año, de que no había lugar para ellas en la Obra? El 2 de octubre de 1928, Dios le había hecho ver lo que el Opus Dei significa para la santificación del mundo desde dentro; Dios le había presentado el Opus Dei como la unidad de los que andarían ese camino formando una familia espiritual reunida alrededor del Padre, es decir, de él mismo. Y, finalmente, le había mostrado el primer núcleo de esta gran familia que estaba naciendo: un numeroso grupo de hombres, laicos en su gran mayoría, que vivían conforme a su condición de ciudadanos de pleno derecho en la vida civil. Ese grupo fue el de los pioneros: los primeros en recibir la llamada divina de abrir este camino de santificación en todas las actividades humanas. Serían hombres a los que su amor a Cristo y a los demás les llevaría a prescindir generosamente del matrimonio, con una disponibilidad plena para realizar este ideal de santidad. Hoy como ayer, estas

personas son absolutamente necesarias para sacar adelante el Opus Dei. Pero entonces la Obra era una planta pequeñita en la que casi no asomaban los primeros tallos verdes... No es de extrañar que en esos primeros momentos viera esos primeros «pioneros» entre aquellos jóvenes estudiantes o profesionales que estuviesen dispuestos a una entrega total y gozasen de una disponibilidad absoluta, que incluía el celibato.

Este primer núcleo de la familia del Opus Dei, a la que luego se añadirían otros (en capítulos posteriores nos referiremos a la estructura interna de la Obra en su totalidad, con sus diferenciaciones orgánicas), fue y seguirá siendo, según expresión de su Fundador, «el fundamento, la fuerza que sostiene toda nuestra familia, la fuerza que impulsa a vivir cristianamente a muchas otras personas: a esos jóvenes que procuramos acercar al Opus Dei, a nuestros parientes lejanos o cercanos, a los colegas, a los compañeros de oficio o profesión, a los amigos de cada uno» (58). El hecho de que el Fundador pensara, hasta que Dios le «corrigió», que ese fundamento se refería exclusivamente a los varones, se debe a que la concepción de cualquier entrega total en celibato, al margen de una consagración religiosa (es decir, una entrega laical, cien por cien secular), era ya, respecto a los varones, algo nuevo, revolucionario; pero respecto a las mujeres parecía un imposible.

Hay que tener en cuenta que en aquellos años muy pocas mujeres ejercían una profesión y cursaban una carrera; por lo general, permanecían ausentes de la vida pública. La mentalidad común era que las mujeres que no se casaban tenían dos posibilidades: o ingresar en una orden u otra comunidad religiosa o conformarse con ser «la tía soltera» dentro de una familia. Eso hacía que la vocación de las mujeres a la virginidad en formas laicales y seculares pareciese, en aquel entonces, una osadía casi incomprensible: desde luego mucho más incomprensible que la misma vocación para los varones.

Hace falta esforzarse un poco para imaginarse la situación de don Josemaría después del 14 de febrero de 1930: era la única persona del Opus Dei; él solo tenía que encontrar modos y maneras de conocer personas, de procurarse o aprovecharse contactos, para llegar a aquellos que podrían entender su mensaje. Y, además, tenía que aprender, partiendo desde cero, a transmitir, con palabra y con el ejemplo, el contenido de ese mensaje de manera clara e inequívoca, hablando a los hombres de forma que empezaran a pensar y que quizá se sintieran atraídos y dispuestos a seguir ese camino... «Se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua -recordaba más tarde-. Además, había la incomprensión más brutal: porque lo que hoy (en los años sesenta) ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad» (59). Sección de varones-Sección de mujeres: en la primavera de 1930 esto no era más que un encargo, una luz, un proyecto divino; en él se incluía también la idea de la unidad de la Obra, un concepto que entonces sólo conocía y entendía él: algo tan sencillo que mucha gente tiene dificultades para comprenderlo. La unidad consiste en que todos los miembros de la Obra responden por igual a una vocación, a la vocación de «atarse» a Cristo en el mundo y de conducir a los demás hacia Dios; de hacer del mundo, desde dentro, una oblación que Cristo presente ante su Padre Dios. Es parte de la vocación que cada uno luche por realizarla en unión con el Presidente General (como se denominaba hasta noviembre de 1982), que para los miembros se llama y es «el Padre»; en su persona toma cuerpo la unidad y la

autenticidad del Opus Dei. Puesto que los sacerdotes de la Obra, como es natural, ejercitan su ministerio tanto con varones como con mujeres son un elemento esencial y constituyente de la unidad del Opus Dei. La vocación -la llamada de Dios en el alma y la respuesta aceptándola- es siempre algo personal; e igualmente personal es la lucha por ser fiel a la vocación, una lucha que sólo puede ser personal, nunca «colectiva», porque atañe a la vida espiritual de cada alma. Un matrimonio, por muy armónico que sea y muy lleno de amor que esté, no puede ser operado conjuntamente si uno de ellos padece apendicitis; no puede confesarse colectivamente o recibir la Comunión en una boca; y él y ella tienen que morir cada uno por su cuenta, aun en el caso de que caiga a tierra el avión en el que viajan juntos: son una comunidad, no un conglomerado. Nada podría herir o quizá incluso destruir su unidad tanto como el desprecio por su dualidad.

De este modo se entiende la afirmación del Fundador del Opus Dei: «¡No me rompáis la unidad de la Obra! ¡Amadla, defendedla, fomentadla! No en vano ha querido el Señor que coincidan estas dos manifestaciones de su bondad en una misma fecha (60). Porque así mis hijos y mis hijas, viviendo siempre a cinco mil kilómetros de distancia, se sienten formando parte de un solo hogar (...). Pedid al Señor que os enseñe a amar la unidad de la Obra como Él la quiso desde el primer momento» (61).

Esos «cinco mil kilómetros» que separan a los apostolados de los varones de los de las mujeres sólo pueden sorprender a aquellos que confunden la igualdad entre los sexos con la promiscuidad. Algunos señalan que, en la sociedad industrial de nuestros días, el hombre y la mujer lo hacen todo juntos: en el trabajo, en el deporte, en la política y en la Iglesia. Y se preguntan: ¿Por qué se les separa en el Opus Dei? La respuesta es sencilla: precisamente por eso, ya que el Opus Dei es una familia espiritual con fines exclusivamente espirituales; ésa es la base de su unidad. Su camino en el mundo y a través de los tiempos es camino de salvación y de felicidad, pero no es ni fácil ni cómodo. La columna vertebral en ambos casos está formada por aquellas personas que reciben la llamada a la Obra con vocación al celibato, a prescindir del matrimonio «por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12). En medio de un ambiente sexualizado, las personas que, como los miembros célibes de la Obra, no están protegidas, ni en grado mínimo, por los muros de un convento o por un hábito religioso, necesitan mucha gracia, fortaleza y fidelidad para mantenerse firmes en su vocación. Es una exigencia de la prudencia y del cariño facilitárselo cuanto sea posible, porque cualquier familia intenta ayudar a cada uno de sus miembros en vez de crearles nuevas cargas a causa de unas relaciones internas equivocadas o imprudentes.

Mons. Escrivá de Balaguer acercó a la Obra hijas espirituales con el mismo espíritu de oración y de sacrificio con el que trató a sus hijos, y las fue formando y protegiendo con el mismo cariño paterno indiviso. Puso ante su mirada todos los aspectos y sectores del trabajo de la mujer en el mundo. Era una panorámica de los campos en los que podrían servir a Cristo y a los hombres, la «materia sanctitatis et sanctificationis»: la materia específica de santidad y de santificación. La separación entre las dos Secciones del Opus Dei no impide que se complementen y ayuden de la mejor manera posible a la hora de realizar su encargo apostólico en el mundo. Por otra parte, a las mujeres compete -junto a muchas otras tareas- el cuidado material de todos los centros, la creación y conservación del ambiente externo propio de una familia, es decir, la tarea de convertir cada Centro del Opus Dei en un hogar acogedor para los que

viven en él. Por otra parte, cuando las mujeres de la Obra empiezan su labor en un nuevo país, encuentran el terreno ya roturado: «Hijas mías -decía el Fundador en 1964-, tenéis una suerte muy grande con la unidad de la Obra, porque cuando vosotras vais a un país, vuestros hermanos ya han levantado la Cruz del suelo; ya la han llevado sobre sus espaldas una buena temporada, y ya la han alzado sobre la tierra» (62).

En el libro «Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer», el Fundador del Opus Dei se expresaba hace unos años con claridad y fuerza acerca de la situación de la mujer en el mundo moderno y en la sociedad futura. No se dejó seducir por las caricaturas al uso sobre la mujer: no alabó a esa ingenua «mujer metidita en su casa», ni utilizaba slogans como la «autorrealización», «emancipación», «coeducación» u otros similares. Sus opiniones partían de una base más profunda. En una entrevista que concedió en 1968 a una de las revistas para la mujer más conocidas en España (63) le plantearon una pregunta que partía del hecho de que la mujer cada vez se va separando más del ámbito familiar, dada su presencia creciente en la vida social. La periodista quería saber cuáles serían, en opinión de Mons. Escrivá de Balaguer, los rasgos generales que la mujer habría de tener en cuenta para cumplir la misión que le estaba asignada. Contestó diciendo, en primer lugar, que habría que matizar más esa supuesta alternativa entre los dos ámbitos. Prevenía contra «la contraposición sistemática» que, «cambiando sólo el acento, llevaría fácilmente, desde el punto de vista social, a una equivocación mayor que la que se trata de corregir». El cuidado y el cariño al marido y a los hijos, la creación de un ambiente cristiano de familia, lleno de calor, siempre será tarea primordial de la mujer y ocupará un papel importantísimo en su vida, pero «eso no se opone a la participación en otros aspectos de la vida social y aun de la política, por ejemplo. También en esos sectores puede dar la mujer una valiosa contribución, como persona, siempre con las peculiaridades de su condición femenina»; una contribución que la sociedad necesita tanto como cada familia. La vida y el obrar de la mujer «serán realmente constructivos y fecundos, llenos de sentido, lo mismo si pasa el día dedicada a su marido y a sus hijos que si, habiendo renunciado al matrimonio por alguna razón noble, se ha entregado de lleno a otras tareas. Cada una en su propio camino, siendo fiel a la vocación humana y divina, puede realizar y realiza de hecho la plenitud de la personalidad femenina» (64).

La obediencia, sello de autenticidad

Hace cincuenta años existían en Alemania, y también en otros países europeos, los últimos impulsos de un movimiento juvenil que intentaba desarrollar un estilo de vida propio, genuino y sincero que se apartara de la podredumbre de la civilización industrial de masas y que, a la vez, se separara consecuentemente del mundo de las «personas mayores». No era un movimiento de adultos que hiciera propaganda entre los jóvenes para ganarlos, tratando de captarse sus simpatías, porque en aquellos tiempos no existía ese culto a la juventud por parte de los mayores que se da ahora. En todas partes se aconsejaba más bien «un porte grave», una seriedad y dignidad visibles.

La juventud de Mons. Escrivá de Balaguer era un don de Dios necesario ante la magnitud de la empresa que tenía ante los ojos. Siempre, hasta sus últimos días, mantuvo esa juventud por dentro, entendida como no-anquilosamiento, como flexibilidad interior, como capacidad del alma para amar, y vio en esta actitud casi un

criterio para la vocación al Opus Dei. Por otra parte, había recibido de Dios el encargo de poner en marcha dentro de la Iglesia un movimiento espiritual de grandes dimensiones; para ello necesitaba irradiar dignidad y autoridad. Estas cualidades -que sin duda tenía ya en su juventud- llevaban aparejadas ciertas formas exteriores de comportamiento. Por este motivo, y por ningún otro, solía pedir en su oración «ochenta años de gravedad». Por este motivo llevó también, durante bastante tiempo, un amplio solideo negro que le cubría casi toda la cabeza y del que, más tarde, solía decir, en broma, que era «como un cilicio». Y también por la misma razón procuraba que su andar fuera especialmente digno y pausado. Teniendo en cuenta que tenía un temperamento muy vivo, hay que suponer que esto le costaría un esfuerzo considerable. El actual Prelado del Opus Dei recuerda que, en 1935, se sorprendió «cuando un día le vio ir más deprisa, con paso ligero» (65), por el largo pasillo de la primera Residencia universitaria de la Obra en Madrid. Estaba en casa y no necesitaba moderar su vitalidad natural. Casi treinta años más tarde, durante su viaje a América en 1974, el Fundador volvió a hablar de los motivos por los que actuó así en aquellos tiempos: «Tenía veintiséis años, y pedía al Señor (...) aquella gravedad sacerdotal que era ordinaria en los sacerdotes de aquella época. Además tuve miedo de mí mismo, y pedí al Señor otra cosa: ocultarme y desaparecer (...) Yo necesitaba vejez, años; y el Señor me empujaba a comprender: mira, la vejez debes buscarla por otro lado. Super senes intellexi quia mandata tua quaesivi! (Ps 118, 100). Busca, cumple los mandamientos míos, sé fiel a mis inspiraciones, y la vejez, la gravedad que te interesa, te la daré Yo. Porque si por viejos vamos a ser doctos y sabios y prudentes, todos los carcamales serían los siete sabios de Grecia. De otro lado, ¿por un solideo iba yo a parecer más respetable y persona de más edad? Era una tontería» (66).

Uno puede sonreírse con el relato de estas pequeñeces, pero no dejan de tener su importancia: el que desea ganar almas para Cristo procura apartar de su camino cualquier obstáculo, por pequeño que sea, que impida avanzar a esas almas en sus primeros pasos; lo contrario sería una falta de caridad y de prudencia. Si las costumbres, en una época determinada, exigen que el sacerdote, también fuera de las funciones litúrgicas, marche acompasadamente, ¿por qué no va a marchar acompasadamente? Lo que en último término se exige siempre es una sincera humildad que, por amor, sabe prescindir gustosamente de ver en el propio yo la norma y en las propias inclinaciones la medida de las cosas. Y don Josemaría se dejó guiar, en lo grande y en lo pequeño, por esta humildad. «Nuestra vida de entrega -escribía en 1930-, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad... La soberbia y la vanidad pueden presentar como atrayente la vocación de farol de fiesta popular... Aspirad más bien a quemaros en un rincón, como esas lámparas que acompañan al Sagrario en la penumbra de un oratorio...; y, sin hacer alarde, acompañad a los hombres -vuestrós amigos, vuestrós colegas, vuestrós parientes, ¡vuestrós hermanos (en la Obra)!- con vuestro ejemplo, con vuestra doctrina, con vuestro trabajo y con vuestra serenidad y con vuestra alegría» (67). Y esto no sólo lo predicó, sino que lo vivió.

Don Pedro Casciaro, que se dedica en la actualidad a su ministerio sacerdotal en México, recuerda cómo, en 1935 -siendo un joven estudiante de arquitectura-, conoció a don Josemaría en el primer Centro del Opus Dei, una Residencia de estudiantes en Madrid: «Recuerdo haber visto al Padre... preparar en la cocina el desayuno para los residentes, lavar los platos, sacar brillo a las manzanas con un paño y muchos otros servicios humildes, pero los residentes no suponían quiénes hacían esos trabajos» (68).

Y otro, que también era estudiante por aquel entonces, añade que el Fundador del Opus Dei limpiaba los suelos -eran doce habitaciones-, hacía las camas (veintitantas) o se preocupaba de preparar la comida, sin que los estudiantes, que en su mayoría no pertenecían al Opus Dei, lo advirtiesen (69).

La humildad tiene una hermana gemela: la obediencia. Y se puede probar muy fácilmente si ambas actitudes son genuinas cuando se materializan y concretan. Si uno, absorto en sus pensamientos, exclama: «Oh, ¡cuán pequeño se siente el hombre cuando contempla el cielo estrellado!», no está haciendo un acto de humildad, sino de cursilería; y si dice lapidariamente: «¡Sólo a mi Dios y Señor sigo!», o (en una versión más popular): «Yo sigo sólo a mi conciencia», no está sometándose a la obediencia, sino huyendo de ella.

En una carta del año 1954, Monseñor Escrivá decía que «nos sentimos libres y comprendidos a la hora de obedecer, con la espiritualidad de la Obra: porque nos mandan, teniendo en cuenta que somos gente con inteligencia, con mayoría de edad, con responsabilidad personal, que han de poner en la obediencia activamente su entendimiento y su voluntad, y que aceptan la responsabilidad consiguiente en cada acto de obediencia» (70). «La obediencia en la Obra -así había escrito nueve años antes- favorece el desarrollo de todos vuestros valores individuales y hace que, sin perder vuestra personalidad, viváis, crezcáis y adquiráis una mayor madurez, siendo la misma persona a los dos años que a los ochenta y dos» (71).

Un síntoma absolutamente seguro de que una persona lleva una vida santa es su humildad y su obediencia precisamente en los puntos en los que, vistas las cosas de modo humano, no serían estrictamente necesarias, o en aquellos otros que cuestan especialmente. Todos los santos de la Iglesia tienen en común que, en lo disciplinar y en lo doctrinal, vivieron sujetos a sus pastores, a veces en medio de duras luchas interiores y amargos sufrimientos. A menudo aventajaban en mucho a sus superiores o a sus directores espirituales (en gracia, en conocimientos, en virtudes), pero precisamente por eso su obediencia y su humildad fueron especialmente gratas a Dios. Conocemos a este respecto detalles preciosos de la vida de Santa Isabel de Hungría, de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz y de muchos otros.

De seguro que don Josemaría Escrivá se sabía instrumento de Dios, pues, en muchas ocasiones, el Señor le concedió su luz directamente. Ahora bien, en ningún momento de su vida, desde que alcanzó uso de razón, dejó de tener un director espiritual; y en sus decisiones procuró contar siempre con la autoridad de la Jerarquía de la Iglesia (72).

En Logroño primero, cuando todavía era estudiante de bachillerato, y después en Zaragoza y en Madrid, Josemaría se confió a la dirección espiritual de un sacerdote. Esto significaba no sólo que se confesaba con regularidad, sino que, en una charla confidencial, no le ocultaba al confesor nada de lo que le movía: le hablaba de las gracias místicas y de las inspiraciones divinas y las sometía a su juicio; no tenía rincones ocultos en su corazón. Un religioso fue el primero que supo del «nacimiento de la Obra», reconociendo y confirmando que era de Dios. Cuando Josemaría comunicó a

su confesor que en la Santa Misa del 14 de febrero de 1930 el Señor le había encargado la fundación de la Sección de mujeres del Opus Dei, éste le contestó: «Esto es tan de Dios como lo demás» (73).

Fue precisamente en 1930 cuando su confesor, refiriéndose a su actividad sacerdotal, le preguntó: «¿Cómo va esa obra de Dios?»... ¡Obra de Dios! Esa era la denominación más breve y más exacta: el nombre. Un nombre no buscado, ni pensado: ofrecido, como un don. El buen confesor ni siquiera se pudo dar cuenta de que, con su pregunta, había introducido en la historia de la Iglesia y del cristianismo, como de pasada, un nombre que ya no volvería a desaparecer; dos palabras que eran como el grave sonido de una campana que se escucharía en todo el mundo y a la que se podría aplicar la inscripción de aquella campana que canta Schiller: «Vivos voco - mortuos plango - fulgura frango» - «Llamo a los vivos - lloro a los muertos - rompo los rayos» (74).

La primera carta

A la edad de casi dos años, la «criatura» recibió su nombre: entonces es cuando realmente entra en la historia. El vástago surgido el 2 de octubre de 1928 espuntaba ya, muy pequeñito todavía, pero visible: se podía señar con el dedo y decir: «¡Es el Opus Dei!». Puesto que Dios había mostrado al Fundador la grandiosa cosecha de futuro, no le inquietaba que todavía no se vieran más que algunos brotes en el campo. Aunque el Opus Dei cuantitativamente casi no existía todavía, su Fundador lo impulsaba del mismo modo y con los mismos medios con los que lo haría después, cuando ya pertenecían a la Obra decenas de miles de personas en todo el mundo; medios que seguirían siendo válidos también después de su muerte, y siempre.

Uno de esos medios, que utilizó desde el principio, fue la exposición, de palabra y por escrito, de lo que es el Opus Dei, y la aclaración de cómo se ha de realizar, de cómo se ha de vivir personalmente y en concreto. Muchas de sus innumerables exposiciones orales en homilías, conversaciones, tertulias familiares más o menos numerosas, viajes de catequesis, etc., han sido puestas también por escrito y, en parte, se han publicado. Muchas otras todavía están esperando el momento de su publicación. Además tenemos sus cartas, llenas de cariño parterno, que, por una vez, me atrevería a llamar «cartas doctrinales»; cartas que fue escribiendo para sus hijos en el Opus Dei con objeto de irles adoctrinando en ese camino de «santificación de la vida corriente» que habrían de recorrer, y, al mismo tiempo, de exhortarles, animarles, consolarles, fortalecerles y llenarles de optimismo y alegría. La primera de esas cartas (seguro que no es una casualidad) lleva la fecha del 24 de marzo de 1930, fiesta del Arcángel San Gabriel, y la última está fechada el 14 de febrero de 1974, «cumpleaños» de la Sección de mujeres. La primera es, si queremos ver las cosas humanamente, una santa y magnífica quijotada, pues se dirigía a personas que todavía no existían; la última estaba escrita para más de sesenta mil miembros de la Obra.

Con el objeto de archivar estas cartas, que tienen una gran importancia no sólo espiritual, sino también para la historia de la Iglesia, la mayor parte de ellas se han traducido al latín, idioma de la Iglesia. Como es normal en estos casos, se suelen

designar y citar por las primeras palabras. Por ejemplo, aquella primera carta, dirigida a personas que sólo Dios conocía, se llama «Singuli dies». Es patente que tiene una importancia muy especial para comprender a Monseñor Escrivá de Balaguer y a la Obra: en esta carta tenemos el documento más temprano del Opus Dei, la primera «objetivación», en la historia, del carisma vocacional concedido al Fundador el 2 de octubre de 1928. Al leerla, llama inmediatamente la atención la sencillez y claridad de la exposición: cualquiera puede entenderla, tanto un indito con escasa formación como un científico de alto rango; quizá el indito la entienda con mayor facilidad, porque es más como un niño; aunque también el intelectual, si está dispuesto, podrá captar la gran profundidad de las sencillas frases.

«Nuestra entrega -así comienza la Carta- al servicio de las almas, es una manifestación de esa misericordia del Señor no sólo hacia nosotros, sino hacia la humanidad toda. Porque nos ha llamado a santificarnos en la vida corriente, diaria; y a que enseñemos a los demás -providentes, non coacte, sed spontane secundum Deum (I Petr V,2), prudentemente, sin coacción; espontáneamente, según la voluntad de Dios- el camino para santificarse cada uno en su estado, en medio del mundo» (75)... «Nos interesan todos, porque todos tienen un alma que salvar, porque a todos podemos llevar, en nombre de Dios, una invitación para que busquen en el mundo la perfección cristiana, repitiéndoles: estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est (Matth V,48); sed perfectos, como lo es nuestro Padre celestial» (76).

El desconocimiento de su realidad ha llevado a alguno a tildar de elitista al espíritu del Opus Dei. Dejando de lado que esta expresión, con tanta carga de envidia, no parece muy adecuada para reflejar objetivamente un hecho, habría que decir lo siguiente: si partimos de la base de que es «elitista» cualquier asociación a la que sólo puede pertenecer quien es nombrado personalmente y acepta el nombramiento, entonces tenemos que reconocer que instituciones como la Academia Francesa, por ejemplo, son «elitistas». En el lenguaje religioso, sin embargo, se utilizan los términos «elección», «elegido» y otros similares para indicar que Dios ha llamado a alguien a su servicio por un don y una gracia que siempre necesitan el complemento del sí personal. Así ha sucedido con los patriarcas y profetas, con algunos jueces y reyes del Antiguo Testamento (no con todos); con la Virgen, con los Apóstoles y sus sucesores, con los sacerdotes y los religiosos y, también, con todos los bautizados. Sólo en este sentido el Opus Dei es «elitista»: el camino a la Obra pasa por la vocación. Pero ahí comienza y acaba todo lo que hay de «elitismo». No conozco ninguna asociación de cristianos que sea más igualitarista que la Obra: la «élite» del Opus Dei se basa en la igualdad de los hijos de Dios.

«La misión sobrenatural que hemos recibido -dice Monseñor Escrivá de Balaguer en la carta "Singuli dies"- no nos lleva a distinguarnos y a separarnos de los demás; nos lleva a unirnos a todos, porque somos iguales que los otros ciudadanos de nuestra patria. Somos, repito, iguales a los demás -no como los demás- tenemos en común con ellos las preocupaciones de ciudadano, de la profesión o del oficio que nos es propio, las otras ocupaciones, el ambiente, el modo externo de vestir y de obrar. Somos hombres o mujeres corrientes, que en nada nos diferenciamos de nuestros compañeros y colegas, de los que conviven con nosotros en nuestro ambiente y en nuestra condición» (77).

Puesto que el Opus Dei ha nacido en el mundo para santificarlo desde dentro, haciendo que los cristianos normales y corrientes santifiquen la vida cotidiana y se santifiquen ellos mismos en ella y por ella (respondiendo así, como «cristianos corrientes», a la norma que es Cristo), es de capital importancia comprender realmente lo que significa la igualdad, es decir, la actitud de no discriminar a nadie ni de separarse de los demás, la convivencia habitual del «cristiano en medio del mundo» con sus iguales. «Nuestro camino -dice el Fundador- no es de mártires -si el martirio viene, lo recibiremos como un tesoro-, sino de confesores de la fe: confesar nuestra fe, manifestar nuestra fe en nuestra vida diaria... Pero en el trabajo ordinario hemos de manifestar siempre la caridad ordenada, el deseo y la realidad de hacer perfecta, por amor, nuestra tarea; la convivencia con todos, para llevarlos oportune et importune, con la ayuda del Señor y con garbo humano, a la vida cristiana, y aun a la perfección cristiana en el mundo; el desprendimiento de las cosas de la tierra, la pobreza personal amada y vivida» (78).

Quizá sea necesario releer varias veces estas frases para comprenderlas realmente. Parecen «inocentes», pero suponen el inicio de una nueva era en la vida cristiana. «Ser del mundo», sí, pero no ser mundanos, «hijos de este mundo», sino hijos de Dios en este mundo; amar el mundo como obra de Dios y trabajar en él como colaboradores suyos, pero sin querer acaparar los frutos de ese trabajo, presentándolos, como Abel, al Señor de la tierra, al «empresario» divino: ésta es la única posibilidad de disfrutar realmente de ellos, calmando a la vez el hambre y la sed del alma.

Luego, el Fundador del Opus Dei da un paso decisivo, pues el descubrimiento de que Dios quiere que los hombres, y especialmente los cristianos, se identifiquen con Cristo en la vida cotidiana en medio del mundo, quedaría difuso si no se precisara este concepto. Esa «vida cotidiana en medio del mundo» fue, para Jesucristo, la que pasó en Nazaret, o sea, aquellos decenios de labor profesional normal y discreta, ni brillante ni «importante». Sería absurdo partir de la base de que aquellos años carecieron de importancia para su tarea mesiánica, para la historia de la salvación, para nuestra redención. La vida terrena de Jesucristo nos proporciona como un «patrón» de la santidad: la mayor parte de esa vida (que transcurrió en una comunicación tal con la voluntad del Padre que ni siquiera podemos imaginárnosla) fue un simple artesano en una aldea de Palestina, ocupado en las cien mil pequeñas cosas propias de la actividad de un carpintero que tiene que ocuparse de su madre, cumplir los encargos que le hacen los clientes, ser un vecino más entre sus convecinos, etc. En esos años no realizó milagros, ni predicó una nueva doctrina. No llamó la atención. Y, sin embargo, no hace falta una especial fantasía para imaginarse que sería un artesano excelente y habilidoso, trabajador y cumplidor, un hijo y un pariente cariñoso, un vecino apreciado y querido, sobre todo por los niños; y que, seguramente, en la aldea habría también algunos que no le tendrían simpatía, se reírían de él o quizá incluso tratarían de hacerle la vida imposible...

Ahora bien, en esos treinta años de normalidad absoluta, de vida callada y desconocida, fue implantando en el mundo aquella Cruz que en el Calvario se haría visible para todos. El Sacrificio cruento del Calvario no es un «episodio biográfico» aislado, sino parte de una unidad, culminación de un sacrificio que comenzó con la Encarnación en el seno de María, continuó en los decenios de vida de trabajo y en los

años de vida pública y terminó con la Pasión y Muerte. El Niño en el pesebre, el Carpintero de Nazaret, el Maestro de salvación y el Crucificado son una misma Víctima que se ofrece sobre el altar del mundo; así como el Sacrificio se realizó de modo sacramental sólo una vez, en el Cenáculo, quedando instituido para siempre como fuente de salud y de santificación para la flaqueza humana, así también ese mismo Sacrificio se preparó en los tres decenios de Nazaret, con objeto de mostrarnos que el camino de salvación, para cada hombre y para todos juntos, discurre de este modo. Nadie que quiera seguir a Cristo en el mundo puede, por principio, recorrer un camino distinto al que recorrió el Señor.

El núcleo del mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer (que podríamos expresar con las palabras «santificar la vida cotidiana y santificarse en y por la vida cotidiana») no quiere decir otra cosa que vivir en el mundo tal y como Jesucristo vivió en Nazaret. El «Nazaret» de cada cristiano es la tierra; por eso el Fundador llamaba al Opus Dei «un rinconcito en el hogar de Nazaret». Nada hay allí que llame la atención: no hay hechos sensacionales ni espectaculares. La vida consiste más bien en la fidelidad en las cosas pequeñas de un día cualquiera, esas cosas que a veces pueden parecer monótonas, sin importancia, agotadoras. Pero apartarse de ellas, para seguir la llamada de lo que se cree que es «el gran teatro del mundo», equivaldría a distanciarse del carpintero de Nazaret, del Señor... «Si alguna vez viniera la tentación -escribe el Fundador de la Obra- de hacer cosas raras y extraordinarias, vengedla: porque, para nosotros, ese modo de obrar es equivocación, descamino» (79). Explica este consejo mediante un ejemplo: un buen día vamos a un restaurante y pedimos una pescadilla. Y el camarero nos trae una serpiente. ¿Qué debemos hacer? Comenta con humor las diversas reacciones: «... uno de esos grandes taumaturgos, que admiro y cuya vida está llena de milagros, hubiera reaccionado dando una bendición y convirtiendo el reptil en una merluza bien guisada. Esa actitud me merece todo el respeto, pero no es la nuestra. Lo nuestro es llamar al camarero y decirle claramente: esto es una porquería, lléveselo y tráigame lo que le he pedido. O también, si hay razones que lo aconsejen, podemos hacer un acto de mortificación y comernos la culebra, sabiendo que es culebra, ofreciéndolo a Dios. En realidad cabe una tercera postura: llamar al camarero y darle un par de bofetadas; pero ésa tampoco es una solución nuestra, porque sería una falta de caridad» (80).

En algunas conversaciones he topado con una interpretación falsa -que yo mismo compartí durante algún tiempo-, según la cual Mons. Escrivá de Balaguer, al rechazar tan taxativamente las «cosas raras y extraordinarias», habría postulado la mediocridad como «ideal». En el verano de 1981 hablé sobre este tema con un sacerdote, miembro de la Obra, que conocía al Fundador desde 1939. Su respuesta ha tenido una gran importancia para mí: «El Padre -me explicó- utilizaba la expresión "cosas raras" para indicar un comportamiento extraño o excéntrico, es decir, todo lo contrario de un comportamiento natural, genuino y normal. No le gustaban las extravagancias. Con "extraordinario" se refería a lo contrario de la vida cotidiana, de la vida corriente; quería decir que la búsqueda de cosas extraordinarias no puede convertirse en un obstáculo para tomar en serio y cumplir lo que es normal.

Ahora bien, lo "normal", para una determinada persona, puede ser, si se parte del término medio, algo "extraordinario", pues está por encima de ese término medio. A quien puede dar como diez no se le permite que dé como cinco... Es decir, los frutos

deben corresponder a los dones recibidos. Si éstos son extraordinarios, lo ordinario, para quien los ha recibido, será corresponder a ellos. Por eso el Opus Dei sólo conoce una vocación igual para todos, independientemente de que cada uno haya recibido uno, tres, cinco o diez talentos ... » (81).

La carta «Singuli dies» es algo así como una «declaración de principios» del Opus Dei. Todos los escritos posteriores son como su desarrollo, ampliación, explicación y diferenciación. Es una carta llena de juventud y de frescor, redactada con palabras vigorosas, nada pedantes ni propias de una jerga pía, sino claras y transparentes como las palabras de los Apóstoles; cristalinas y, a la vez, para quien se adentra en ellas, profundas como el mar. «Nos ha llamado el Señor a su obra para que seamos santos; y no seremos santos si no nos unimos a Cristo en la Cruz: no hay santidad sin Cruz, sin mortificación. Donde más fácilmente encontraremos la mortificación es en las cosas ordinarias y corrientes: en el trabajo intenso, constante y ordenado; sabiendo que el mejor espíritu de sacrificio es la perseverancia en acabar con perfección la labor comenzada; en la puntualidad, llenando de minutos heroicos el día (82); en el cuidado de las cosas, que tenemos y usamos; en el afán de servicio, que nos hace cumplir con exactitud los deberes más pequeños; y en los detalles de caridad, para hacer amable a todos el camino de santidad en el mundo: una sonrisa puede ser, a veces, la mejor muestra de nuestro espíritu de penitencia. En cambio, hijos míos, no es espíritu de penitencia el de aquel que hace unos días grandes sacrificios y deja de mortificarse los siguientes. Tiene espíritu de penitencia el que sabe vencerse todos los días, ofreciendo al Señor, sin espectáculo, mil cosas pequeñas. Ése es el amor sacrificado que espera Dios de nosotros» (83).

Este sacerdote de veintiocho años, que escribe para la historia y con la mirada puesta en el futuro, sabe que para recorrer este camino, un camino de sencillez y naturalidad, se requieren ayudas espirituales muy concretas: «Cada día debe haber algún rato dedicado especialmente al trato con Dios, pero sin olvidar que nuestra oración ha de ser constante, como el latir del corazón: jaculatorias, actos de amor, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Al caminar por la calle, al cerrar o abrir una puerta, al divisar en la lejanía el campanario de una iglesia, al comenzar nuestros quehaceres, al hacerlos y al terminarlos, todo lo referimos al Señor». «Hijos míos, os lo repito una vez más: habríamos errado el camino si despreciáramos las cosas pequeñas. En este mundo todo lo grande es una suma de cosas pequeñas... No es obsesión, no es manía: es cariño, amor virginal, sentido sobrenatural en todo momento, y caridad. Sed siempre fieles en las cosas pequeñas por Amor, con rectitud de intención, sin esperar en la tierra una sonrisa, ni una mirada de agradecimiento.» «Hijos míos, tenemos mucho que hacer en el mundo: el Señor nos ha dado una misión divina. Desde el primer día os he invitado a agradecer esta muestra de predilección soberana, esta llamada divina en servicio de todos los hombres: Dios nos pide que el afán apostólico llene nuestros corazones, que nos olvidemos de nosotros mismos, para ocuparnos -con gustoso sacrificio- de la humanidad entera. La mayor parte de los que tienen problemas personales, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. ¡Darse, darse, darse! Darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: ése es el camino» (84).

La última carta

Fueron las campanas del 2 de octubre de 1928 las que alentaron a don Josemaría a ponerse en marcha hacia el futuro, hacia una nueva época de gracia para la Iglesia. Y al son de las campanas terminó su viaje. Esta frase puede entenderse en sentido literal y metafórico. Fue al filo de las doce del mediodía, la hora en que las campanas tocan el Ángelus, cuando el 26 de junio de 1975 terminó el camino en la tierra del Fundador del Opus Dei. Su corazón dejó de latir. Fueron inútiles todos los intentos de reanimación. Quería que sus tres últimas cartas, escritas a los miembros de la Obra entre marzo de 1973 y febrero de 1974, fueran como «tres campanadas», y que sus tañidos despertaran y convocaran, invitaran y animaran a los hombres: «Las gentes, al oír el repique ya familiar -dice Mons. Escrivá de Balaguer en la última de estas cartas, que lleva fecha del 14 de febrero de 1974-, aceleraban definitivamente el paso (al oír la tercera campanada), corrían hacia la casa del Señor. Esta carta es como una tercera invitación, en menos de un año, para urgir vuestras almas con las exigencias de la vocación nuestra, en medio de la dura prueba que soporta la Iglesia. Quisiera que esta campanada metiera en vuestros corazones, para siempre, la misma alegría e igual vigilia de espíritu que dejaron en mi alma -ha transcurrido ya casi medio siglo- aquellas campanas de Nuestra Señora de los Ángeles. Una campana, pues, de gozos divinos, un silbido de buen pastor, que a nadie puede molestar. Sin embargo, hijos míos, habrá de moveros a contrición y, si es necesario, suscitará un deseo de profunda reforma interior: una nueva ascensión del alma, más oración, más mortificación, más espíritu de penitencia, más empeño -si caben ser buenos hijos de la Iglesia».

Durante cuarenta y seis años, Josemaría Escrivá de Balaguer había hecho que en toda la Iglesia -más, entre los hombres todos- se oyeran aquellas campanas de la fiesta de los Ángeles Custodios: Vivos voco!, a los vivos llamo... Y la llamada no había quedado sin respuesta. Muchos bautizados habían despertado del sueño, habían dejado de lado su cansancio y habían descubierto la plenitud de la vocación cristiana. Toda la iglesia, en el Concilio Vaticano II, se había apropiado de ese descubrimiento, convirtiéndolo en el núcleo de uno de esos rejuvenecimientos que Cristo va regalando continuamente a su Iglesia. De este tema se habla en las Constituciones y decretos del Concilio, como la «Lumen gentium», la «Gaudium et Spes» o la «Apostolicam actuositatem» (85), documentos que confirman como camino de la Iglesia, de cara al futuro, aquel sendero que Mons. Escrivá había señalado unos decenios antes y que, desde entonces, había enseñado a vivir a decenas de miles de cristianos.

El núcleo de esta renovación ha sido y será siempre el mismo: la santidad de todos los miembros de la Iglesia. No se trata de la «emancipación» de los laicos, sino de su santidad, que nace de su libertad, y la asume. Para que los laicos, para bien de toda la humanidad, puedan realizar dignamente su nueva (¡y vieja!) tarea de ser «portadores de Cristo», tienen que ser sobre todo piadosos, deben rezar, no parlotear incansablemente; intentar llevar una vida humilde, obediente y limpia, lo que supone recibir el Sacramento de la Penitencia; obedecer al Papa y a los Obispos en lo que se refiere a la doctrina de fe y a las costumbres; apartarse del libertinaje sexual... Lo que el redescubrimiento del sacerdocio común de todos los bautizados no quiere decir en absoluto es que los laicos traten de conquistar las sacristías y apoderarse de funciones sacerdotales, ni que los sacerdotes pongan a disposición esas funciones, casi como

«premios de consolación», y se afanen por «aseglarse», por asemejarse a los laicos. Es imposible querer dar al matrimonio y a la familia cristiana una nueva dignidad y una nueva belleza y, a la par, poner en ridículo y dismantelar el celibato y la virginidad. Nada tiene una relación tan íntima entre sí como el Sacramento del Matrimonio y el Sacramento del Orden. Y como el Enemigo -así solía llamarlo Monseñor Escrivá- nunca duerme ni se toma vacaciones y reúne la mayor cosecha precisamente en las épocas en las que se niega su existencia (en la teoría o en la práctica), ya durante el Concilio, y aún más en los años posteriores, nacieron perversiones amparándose en las buenas intenciones conciliares. El cornezuelo del centeno y la adormidera crecieron con profusión entre el trigo. Por eso, con más de setenta años, un año antes de su muerte, el «campanero» Josemaría Escrivá de Balaguer tuvo que volver a tocar a rebato la campana: el peligro era inminente, el enemigo estaba ante los muros, e incluso dentro de la Ciudad de Dios; ahora bien: fulgura frango; los rayos serán desviados con esta campana...

El Fundador del Opus Dei sufría porque se estaba tratando de oscurecer este nuevo amanecer del catolicismo; un amanecer en el que él había creído siempre y por el que, durante tantos años, había trabajado con todas sus fuerzas, con la entrega de toda su vida. Sufría, sí, pero sin perder ni la esperanza ni la alegría. No conocía la «resignación», una palabra propia de los débiles en la fe, de los que pierden la confianza en Dios. La carta del 14 de febrero de 1974 no tocaba a muerto, sino que era una campana alegre, que animaba a luchar con confianza; una campana que se unía a aquellas otras que habían sonado casi medio siglo antes: las campanas de Nuestra Señora de los Ángeles. «Dios nos necesita con una descarada carga apostólica, para que hablemos de Él a las gentes»: pero para que hablemos no con el índice alzado de un predicador, sino como personas corrientes. Eso «nos lleva a engarzar el apostolado en las incidencias de la labor profesional, en la tarea ordinaria de cada jornada, sin tapujos ni falsas discreciones -hace años que enterré esa palabra, discreción, para que no hubiera lugar a equívocos-»; así se puede dar a conocer la vida y la doctrina de Jesucristo de la forma más natural, en medio de la calle.

Pero la «vida y la doctrina» no como la piensan, en sus elucubraciones académicas, ciertos teólogos «progresistas» que quieren hacerlas «modernas» y «agradables» y «más fáciles de aceptar», sino tal y como la Cátedra de Pedro y de sus sucesores, la Iglesia dirigida por el Espíritu Santo, las han predicado desde el primer Pentecostés hasta nuestros días: con continuidad y constancia, y con una creciente profundización en su comprensión. «El cristiano -así termina la última gran carta doctrinal de Monseñor Escrivá de Balaguer- debe superar cualquier temor a que su fe contraste con las ideologías o valores que, en un determinado momento, traten de imponerse... Hijas e hijos míos, son años estos para vivir más piadosamente que nunca, con más sinceridad que nunca, con más obediencia que nunca, más apostólicos que nunca. Dios nos ha bendecido mucho: agradecédselo muy de veras. Sintamos, junto con nuestra personal indignidad, una confianza inmensa en la misericordia de su Sacratísimo Corazón, urgido por el dulcísimo Corazón de Nuestra Madre Santa María. Con esta confiada piedad nunca dejaremos de comportarnos con completa adhesión al Señor, a su Iglesia y al Romano Pontífice, y gozaremos de la alegría de los hijos recios de esta Iglesia Santa.»

Josemaría Escrivá de Balaguer multiplicó por mil el sonido de las campanas del 2 de octubre de 1928; su tañido se extendió por toda la tierra, y hoy en día pueden escucharlo todos los cristianos. Esas campanas ya no dejarán de sonar y quienes las escuchen percibirán su llamada.

Conquistadores y granos de trigo

Un joven sacerdote del Opus Dei, recién ordenado, estaba dando una meditación en el oratorio de un Centro del Opus Dei. Sin que los demás se diesen cuenta, entró el Fundador y se sentó en el último banco. Cuando el sacerdote comentó que el fundamento de la vocación al Opus Dei es la humildad, Mons. Escrivá de Balaguer, en contra de su costumbre, le interrumpió diciendo: «No, hijo mío, la filiación divina».

Todos los hombres son hijos de Dios, su Creador. Los cristianos, además, lo saben -o deberían saberlo-, y no sólo en teoría, sino de forma existencial: Jesucristo les ha mostrado que Dios es Padre, y se lo ha mostrado no «en imágenes», sino en carne y hueso, en Sí mismo. En un libro dedicado a establecer las concordancias del Nuevo Testamento (1) se citan, referidos sólo a los cuatro Evangelios, ciento treinta y un lugares en los que el Señor da testimonio de la paternidad de Dios y, por lo tanto, también da la filiación divina del hombre; y se da testimonio de este hecho considerándolo como la realidad fundamental y central de la vida, como «el principio de Amor» de toda la Creación; Dios es Amor, y lo es como Padre que nos hace hermanos de su Hijo, quien, siendo consustancial a Él, se ha hecho hombre. Éste es el núcleo central de la religión cristiana. La Revelación de Jesucristo como «Hijo del Padre», igual a Él en su esencia, es algo sobrecogedor..., y postular que la Sagrada Escritura no afirma nada sobre la Divinidad de Jesús, sino que esta afirmación sería tan sólo una «interpretación» posterior, es una afirmación sin fundamento. En mi opinión, aquella conversación de Jesús con Tomás, Felipe en la noche anterior a la Pasión, que recoge el Evangelista Juan Un 14, 5-11), es una de las pruebas más conmovedoras, y a la vez más lógicas, de que Jesucristo es Dios y Hombre, una prueba que ningún «escritor piadoso» hubiera podido inventar. «Tomás le dijo: Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podremos saber el camino? Le respondió Jesús: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le contestó: Felipe, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mí mismo. El Padre, estando en mí, realiza sus obras. Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí.» Éste es el pasaje del Evangelio que, a mis diecinueve años, me hizo pasar de forma instantánea, en pocos segundos, de la fría situación marginal de una «religión» liberal-humanística al calor de la fe.

Ahora bien, entre el darse cuenta de que se es hijo de Dios porque se es «hermano pequeño» de Cristo y el realizarlo realmente en la vida hay una enorme diferencia. La palabra «filiación divina» es uno de esos vocablos religiosos que se expresan muy fácilmente; parece sencillo, normal, quizá incluso un poco «simple». Pero ¡cuántas veces lo más sencillo es lo más difícil! La filiación divina, que Cristo explicó y vivió con la mayor perfección y autoridad posibles, es para cada cristiano la «programación» que la gracia hace en su alma por el Bautismo; pero, como el hombre es libre, es un programa que no «funciona» automáticamente, sino que tiene que ser elegido y querido como camino de Amor. Evidentemente, Mons. Escrivá de Balaguer no «descubrió» este camino, que es la esencia de toda vocación cristiana, pero lo predicó y lo vivió de

nuevo, sentando las bases para que otras personas pudieran vivirlo; fue él quien predicó con palabras y con obras que esa «normalidad sobrenatural» de la filiación divina se tiene que vivir en la normalidad natural de la vida en el mundo. De una filiación divina realmente vivida se desprende todo lo demás: la humildad que aquel joven sacerdote había situado, con razón, en tan eminente lugar; la confianza, llena de fe; la alegría, la serenidad, la pureza, la sinceridad y el afán de servicio; el amor al Padre y a Jesucristo, hermano y Señor nuestro: un amor que se expresa en un trato continuo del alma con la Trinidad Beatísima, con la Virgen, con los santos, y se pone de manifiesto en la fidelidad a la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, y en la constante atención al prójimo, lo que también incluye el abrazar la Cruz. Y todo esto constituye una unidad que se proyecta en la vida, porque una filiación divina que realmente se vive, origina la unidad de vida; una unidad de vida que consiste precisamente en vivir realmente la filiación divina.

Éste fue el mensaje de Monseñor Escrivá; el Opus Dei es el camino para llegar a esa unidad de vida, un camino que Dios mostró al joven de Barbastro, haciéndole así «Fundador» y mandándole que abriera, ensanchara e hiciera transitable un camino que habrían de andar innumerables personas en el futuro. El Opus Dei es, pues, la familia de los que se esfuerzan realmente por recorrer este camino. A los primeros que vinieron a esa familia, que tanto habría de crecer en el futuro, los llamó Dios a través de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Lo cual quiere decir que los llamó «a través» de su filiación divina vivida en plenitud; es decir, a través de su oración, de su trabajo, de su lucha ascética; en una palabra: de su Amor; de un Amor que despertaba Amor en muchas otras personas.

Cristóbal Colón y Josemaría Escrivá de Balaguer

Todo esto se daba dentro del marco de las actividades profesionales propias de don Josemaría, que para nada cambiaron a partir del 2 de octubre; es decir, se manifestaba como ejercicio de la profesión. Por lo tanto, si consideramos su plan de vida en un día cualquiera, obtenemos una impresión de primera mano de lo que es el Opus Dei en la práctica, pues la Obra es vida cotidiana, la vida cotidiana de Cristo: a Él se le ofrece, a Él pertenece. Don Josemaría Escrivá de Balaguer sigue cumpliendo sus tareas sacerdotales, que ya describimos, y, a través de ellas, conoce a muchas personas. A todas las trata con cariñoso afecto, con un optimismo contagioso, dándoles ánimos e interesándose por sus cosas; allí donde va, enseguida surge un ambiente de confianza. Desde un punto de vista humano, impresiona por su gran simpatía. El conocimiento lleva a la conversación; la conversación a la confesión; y, todo junto, a la dirección espiritual. Don Josemaría va desplegando poco a poco, ante aquellos que se le abren con confianza, toda la plenitud grandiosa de lo que significa «vocación cristiana» para un laico, enseñándoles, a la vez, a llenarse de esa plenitud gracias a cortos pasos que paulatinamente van siendo más largos. No les puede entregar un manual y decirles: «¡Tomad! Leed esto y sabréis lo que es el Opus Dei y cómo se hace...» Sólo puede mostrarlo a través de su propia vida y del ejemplo: sólo así puede invitar a sus amigos a seguirle y a intentar ejercitarse en la lucha por la santidad de la vida cotidiana. «A la vuelta de tantos siglos -escribe en 1932-, quiere el Señor servirse de nosotros para que todos los cristianos descubran, al fin, el valor santificador y santificante de la vida ordinaria -del trabajo profesional- y la eficacia del apostolado de la doctrina con el ejemplo, la amistad y la confidencia» (2).

Monseñor Escrivá de Balaguer y los primeros que le siguieron me recuerdan en cierto modo a los descubridores. Fueron jóvenes con una gran capacidad de entusiasmo, con una sed espiritual de aventuras y con un corazón generosamente dispuesto para un camino rico en descubrimientos espirituales. Se reunieron con confianza en torno al Padre, que los guiaba, a su lado, hacia regiones desconocidas. Los caminos aún no existían: había que abrirlos. Acechaban peligros, que alguno no superaría. Esas regiones de conquista no se pierden en la niebla de lo lejano ni son islas de leyenda, sino que están muy cerca: en el suelo que se pisa, en los alrededores donde viven los vecinos y los colegas y los conciudadanos. Sin embargo, sigue siendo terra incognita, tierra por descubrir.

Aunque la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo con sus millones de miembros, vive y actúa desde hace mil novecientos noventa años en la Historia de la humanidad, ahora se ha recibido un nuevo impulso, definitivo y lleno de vida, para poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas. La Iglesia ha conocido, a lo largo de su historia -también la contemporánea-, muchos de estos grandes impulsos «renovadores» e «innovadores». Gran fuerza espiritual y docente tuvo el Concilio Tridentino y los años posteriores. ¡Qué imponente el número de santos en la época de la Contrarreforma y también en los siglos XIII y XIX! Y el romanticismo europeo, ¿no fue en buena parte también una «renovatio catholica»? Sin embargo, hemos de reconocer un hecho innegable: los últimos quinientos años, con el Renacimiento, el Humanismo, el Protestantismo, el Siglo de las Luces, los diversos socialismos -sin entrar en juicios y dejando de lado el papel que puedan tener en el plan divino de salvación-, han mostrado y demostrado que la «impregnación del mundo con el espíritu cristiano» fue mucho menor de lo que se tiende a creer al ver tantos testimonios de la cultura cristiana. Entre las convicciones más duras, pero más necesarias, que el siglo xx ha traído a los cristianos que no quieren seguir durmiendo, sino despertar del sueño, se cuenta la de que la «cultura cristiana», con sus catedrales y conventos, sus esculturas, cuadros y libros, sus costumbres y usos, es una cosa, y otra muy distinta la santidad personal de los cristianos, su identificación con Cristo. Esas dos cosas no van necesariamente unidas; incluso podríamos decir que la grandeza y la belleza de la cultura cristiana pueden servir como excusa o como coartada, provocando un insuficiente seguimiento personal de Cristo, encarnado individualmente: la «cultura cristiana» puede ahogar la «santidad», sin que la conciencia del hombre de la calle sea capaz de distinguir entre los dos conceptos.

A la luz de estas consideraciones, la figura de Monseñor Escrivá de Balaguer, su mensaje y el Opus Dei adquieren su verdadera dimensión histórica y salvífica, pues de ese mensaje se desprende que la belleza y la riqueza de los caminos y de las obras cristianas caracterizadas por lo especial, lo extraordinario (que glorifica a Dios y que, por eso, podemos y debemos admirar y querer), no debe excluir el impregnar el mundo con el fermento de Cristo por medio de personas corrientes que aspiran a alcanzar la santidad en la vida ordinaria, que es, para ellos, lugar y medio de santificación. «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tes 4,3). En este punto -hoy como ayer- estamos comenzando... y no sólo eso, sino que tenemos mucho terreno que recuperar.

Explicaba el Fundador del Opus Dei el significado de todo esto en una homilía que se ha hecho famosa; fue pronunciada el 8 de octubre de 1967 ante los estudiantes,

profesores, empleados y amigos de la Universidad de Navarra, reunidos en Pamplona: «Debéis comprender ahora -con una nueva claridad- que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir» (3). Cuando no lo descubrimos, entonces -digámoslo con palabras de Mons. Escrivá de Balaguer- «el templo se convierte en el lugar por antonomasia de la vida cristiana; y ser cristiano es, entonces, ir al templo, participar en sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesial, en una especie de mundo segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del Cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreteado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él » (4).

Es el mismo Fundador del Opus Dei quien nos dice que esto, y nada más que esto, era el núcleo de lo que había predicado ya treinta y nueve años antes: «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarles así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser -en el alma y en el cuerpo- santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales. No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca» (5).

Este encuentro, este descubrimiento, tiene sus particularidades: nadie puede realizarlo por los demás, cada uno tiene que hacerlo por sí mismo. Cuando Cristóbal Colón llegó a América buscando el camino occidental hacia las Indias, realizó un descubrimiento único en lo subjetivo y de validez universal en lo objetivo. Ese Nuevo Mundo aportaba una masa ingente de «materia prima» para el esfuerzo humano, para la lucha y el sacrificio, para victorias y derrotas; un tesoro en bruto en el que todo estaba por hacer, sin excluir trabajos, sufrimientos, heroicidades y crímenes..., pero excluyendo, eso sí, una sola cosa: ncp podía ser descubierta otra vez; desde el 12 de octubre de 1492, América existía para todos los hombres; también antes había existido, pero sólo a partir de ese momento empezaban a tener conciencia de ello.

Ahora bien, para tener esa conciencia no hace falta emprender personalmente el viaje e investigar si Colón ha tenido razón con su descubrimiento. Esta es la diferencia, notable diferencia, respecto al descubrimiento espiritual que realizó Mons. Escrivá de Balaguer: Dios espera a los hombres en medio del mundo; Dios quiere que el hombre le encuentre en la vida cotidiana, en la vida de ese hombre de la calle, que quiere dar forma al mundo; Dios quiere que el hombre sea su colaborador a la hora de cristianizar el mundo, y desde el principio de la creación ha previsto que debe colaborar mediante el ejercicio normal de todas las actividades humanas, personales o sociales, que no son pecaminosas... Y todas esas tareas deben ser realizadas en unión con Cristo, para poder

ofrecerlas a Dios. Pero este descubrimiento no es transferible; sólo se hace realidad cuando cada cual, personalmente, lo realiza. Por eso, para todo aquel que no se pone en camino y trata de encontrar a Cristo (al Cristo vivo, es decir, también al Cristo con la Cruz) en las «cosas pequeñas» de cada día, identificándose así con Él, la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer y su mensaje no son más que una especie de fantasía.

Si se establecen bien los términos, la comparación entre Cristóbal Colón y Mons. Escrivá de Balaguer (que no es, en principio, más que una ocurrencia mía) tiene consecuencias tan sugerentes, que me voy a permitir profundizar algo más en ella. Sabemos que América, antes del «Descubrimiento», ya había sido «encontrada» varias veces por pueblos provenientes de Europa. Pero la llegada de quién sabe qué barcos vikingos en los siglos x y xi no tuvo consecuencia alguna: la escasa o nula toma de conciencia de aquellos navegantes, así como el contexto global de la época (en lo intelectual y religioso, en lo económico y social), impidieron que aquel suceso se convirtiera en un hecho de resonancia universal. Y es que, en la humanidad y en la cristiandad, todavía no existía «demanda» de un Nuevo Mundo; no había llegado la hora, el «kairós». Por eso, todo el asunto volvió a caer en el olvido o, por lo menos, en el claroscuro de la leyenda, tal y como había caído el saber que antaño se tuviera de que la tierra es redonda.

No es que los hombres, antes del descubrimiento de América, hubieran permanecido inactivos en lo que se refiere a la exploración y la conquista del mundo; lo que sucedía era que miraban en otra dirección; se centraban en Europa y en los países mediterráneos o se dirigían hacia el oriente; sólo relativamente tarde empezaron a interesarse también por el África central o meridional. Para que Cristóbal Colón pudiera entrever y realizar su misión de cara a la historia universal fue preciso que, a finales del siglo xv, se produjera, junto a un desarrollo multiseccular de Europa en la historia de las ideas, una conjunción muy singular de factores políticos y económicos, especialmente en el mundo ibérico, con su especial desarrollo del poder real gracias a la unión de Castilla y Aragón y su situación geográfica. Por otra parte, la biografía del navegante genovés fue, entre su nacimiento en 1451 y aquel viernes 12 de octubre de 1492, en el que a las dos de la mañana vio la tierra que habría de ser como la avanzadilla del «Nuevo Mundo» (la costa de la isla Guanahaní, que más tarde se denominaría San Salvador), como una larga preparación para llevar a cabo su misión. Sabemos, además, que, al otro lado del Atlántico, las culturas precolombinas estaban sumidas en la decadencia. En definitiva: había llegado la hora.

Pues bien, lo que quiero ostrar con esta comparación entre estos dos descubridores de un mundo nuevo -geográfico o espiritual- es que también aquello que Dios mostró a Josemaría Escrivá de Balaguer el 2 de octubre de 1928 (lo que luego se convirtió en el contenido de su mensaje y en la realidad del Opus Dei) era «conocido», y más que conocido, pues en los tres primeros siglos del cristianismo había sido lo normal y corriente. Mucho antes de que hubiera «padres del desierto» y «eremitas», órdenes religiosas y conventos, en las ciudades del inmenso imperio romano multitud de cristianos habían llevado una vida completamente normal como ciudadanos del imperio, cada uno en su estado, como solteros, casados o viudos, como terratenientes o funcionarios, como militares o civiles, como libres o esclavos, como niños, hombres o mujeres... Para ellos no existía otra cosa que esa vida normal, y por eso estaban

convencidos de que en ella habían de santificarse y hacer apostolado para que así aumentara el número de los cristianos. ¿Dónde habrían de hacerlo, sino en la vida corriente? ¿Cómo habrían de hacerlo, sino por la santificación de la vida ordinaria? Los primeros mártires y la gran mayoría de los cristianos que fueron asesinados por su fe no eran personas en una situación especial, sino miembros normales y corrientes de las comunidades cristianas, del «pueblo»... Fue más tarde, a lo largo del multiseccular desarrollo histórico de la cristiandad y de la Iglesia, cuando se fue oscureciendo la conciencia de que hay que «empapar» el mundo con el espíritu cristiano, algo que, normalmente, sólo pueden realizar los que viven en el mundo y que sólo excepcionalmente se puede llevar a cabo desde fuera, actuando ab externo. Es indudable que en y a través de los conventos se han dado -y se siguen dando- estupendas floraciones de vida cristiana y un tesoro inabarcable de santidad, muy digno de veneración, en y a través de los conventos, y a nadie se le ocurrirá querer prescindir de la herencia monástica de milenio y medio, o negar o despreciar su importancia; ahora bien, precisamente quien ama ese tesoro y quiere conservarlo y tomarlo como punto de partida para un nuevo futuro de la Iglesia sabe que sólo será posible cuando se reconozca de nuevo como norma habitual de la existencia cristiana la santidad de los primeros cristianos, una santidad que Mons. Escrivá redescubrió, concretó y puso como fundamento de la misión cristiana en el mundo; santidad que el Concilio Vaticano II presentó ante la cristiandad como norma universal, válida en todo tiempo.

Y, como en el caso de Colón, la misión de Mons. Escrivá de Balaguer -aquel redescubrimiento espiritual- requería una preparación, un largo desarrollo en la historia de la Iglesia y una evolución de las ideas, así como las duras pruebas que la Iglesia ha tenido que superar en los últimos quinientos años. Necesitaba que se produjeran esas situaciones históricas tan especiales que se han dado en el primer y segundo tercio de nuestro siglo en España, en Europa, en el mundo y también dentro de la Iglesia. Y, sobre todo, precisaba la preparación del «descubridor», de la que ya hemos hablado. Del año 1928 se puede decir lo mismo que del año 1492: había llegado la hora...

Cristóbal Colón-Josemaría Escrivá de Balaguer: dos descubridores; sirviendo a España el uno, español el otro. Los dos habían tenido antecesores: varias veces se habían hecho los navegantes a la mar rumbo al occidente, pero los vientos contrarios y las circunstancias adversas les habían obligado a volver sobre sus pasos... El que el apostolado a los laicos es necesario, el que es preciso activar al «pueblo de Dios», el que se debe y se puede santificar la vida corriente, ya habían sido expresados antes de la fundación del Opus Dei. Se habían expuesto esas ideas y se había tratado de realizarlas: basta nombrar a San Francisco de Sales (6), a San Vicente Palotti (7), al Movimiento de Oxford y al Cardenal Newman (8), a las declaraciones de los Papas Pablo III, Pío VII, Pío IX, León XIII y Pío X (9). Sin embargo, estas iniciativas no abordaban el problema con toda su hondura y radicalidad, porque su punto de partida no era la vida del laico en su propio estado, con una llamada específica a la santidad. Intentaban acercar el estado del laico al del religioso, con una consecuencia casi inevitable: la de prestarle al hombre corriente de la calle una espiritualidad cuasi-religiosa, extraña a su propio estado.

Colón y Mons. Escrivá de Balaguer: hombres atrevidos, sin miedo, totalmente convencidos de la existencia de una providencia divina, perseverantes, dispuestos y capaces para los mayores sacrificios y esfuerzos... Ambos realizaron lo que se les había

encomendado. Tuvieron que poner en movimiento una vigorosa activación de la potencialidad humana que parecía olvidada. Realizaron una revolución de gran alcance que paulatinamente se fue haciendo visible en todas sus dimensiones y consecuencias. A ninguno de los dos les faltaron enemigos: el descubridor del Nuevo Mundo retornó en 1500 de su tercer viaje a América... encadenado. Al Fundador del Opus Dei se le calumnió tanto a comienzos de los años cuarenta en España, y sobre todo en Madrid y Barcelona (le llamaban hereje y masón), que en más de una ocasión temió verse encarcelado, por lo que tuvo que esconderse o disimular su propio nombre. Pero aquí terminan los puntos de comparación que parten del concepto común de «descubrimiento». Pues mientras que Cristóbal Colón casi no tuvo ninguna influencia sobre las consecuencias de su hecho ni sobre su desarrollo, porque no era necesario, la naturaleza del «descubrimiento» de Monseñor Escrivá implicaba el que él mismo tuviera que extenderlo y profundizarlo hasta que llegara a formar parte del tesoro de la Iglesia en tiempos futuros y de la conciencia de la humanidad. Cristóbal Colón murió convencido de haber descubierto el camino occidental hacia las «Indias»: otros hicieron de aquellos países «América». Mons. Escrivá de Balaguer no sólo fue el primero en pisar las nuevas «tierras» de la santidad laical, sino que además, con la gracia de Dios, fue formando el pueblo que habría de habitar, cultivar y extender aquellas «tierras».

«Fundamentos de piedra y granito»

Durante el mes de junio de 1981 hice un viaje por España. Pensaba que una «inspección ocular» enriquecería los trabajos preliminares de este libro. Deseaba ver la tierra, el paisaje, los lugares en los que había vivido el Fundador del Opus Dei. Me detuve primero en Roma; y allí, en Villa Tevere, puedo decir que casi aspiré el ambiente de la vida cotidiana, de Mons. Escrivá de Balaguer. Había vivido allí durante treinta años: resultaba fácil evocar su presencia física al recorrer los pasillos, las salas de estar en las que se reunía con sus hijos, su mesa de trabajo, su oratorio... Pero yo buscaba los comienzos: por eso pasé de la cripta silenciosa en la que reposa su cuerpo, bajo' el oratorio de Santa María de la Paz, a las calles ruidosas y llenas de luz de Madrid, en las que había desgastado muchos pares de zapatos con el ir y venir de sus afanes apostólicos. Quería visitar aquellos lugares en los que había crecido el Opus Dei. Mis amigos comprendieron este deseo, retrasaron un poquito el reloj del tiempo (¿qué es medio siglo en la historia de la humanidad?) y me acompañaron en su recorrido por los años treinta, siguiendo las huellas de don Josemaría.

En el capítulo anterior hemos hablado ya de los hospitales en los que atendió espiritualmente a innumerables pacientes. Eran, por lo general, personas pobres, que vivían en la miseria y sin ayuda de ningún tipo. Muchos sufrían enfermedades incurables y don Josemaría los atendió no sólo como sacerdote, administrándoles los Sacramentos, consolándoles y queriendo reconciliarles con Dios, sino también como hermano: les prestaba los servicios más humildes, que no resultaban precisamente ni «estéticos» ni agradables. No solía hacer estas labores solo: a partir de 1931, por lo menos, le acompañaban -sobre todo los domingos por la tarde- algunos jóvenes que había ido conociendo a través de sus variadas actividades profesionales (como sacerdote, como estudiante y docente, como catequista, renovando viejas amistades o reuniendo nombres entre sus alumnos o entre las personas que se confesaban con él), jóvenes a los que había «contagiado» su amor a Dios y al prójimo. No les daba conferencias sobre «Problemas sociales en los hospitales de Madrid» o sobre «Mejoras

en la estructura de la atención médica a las clases pobres»; sencillamente, les decía: acompañadme, que el domingo vamos al Hospital General a ayudar; en esta sala hay que cortar las uñas a los pacientes, lavarles el pelo, peinarles y hacerles las camas, y en aquella otra hay que volver a limpiar las escupideras, los vasos de noche y las bañeras...

Esta preocupación por los enfermos no es ninguna «novedad»; su atención y la de los pobres ha sido, desde siempre, una de las actitudes básicas del espíritu cristiano; las órdenes hospitalarias y caritativas, por ejemplo, han actuado benéficamente en este sector, y lo siguen haciendo, aunque, en nuestros días, el cuidado de los enfermos y de los pobres se ha especializado, profesionalizado y comercializado, con su jornada laboral de ocho horas, su pago según convenio, su explosión de gastos y su falta de personal: un problema social y médico de primera magnitud. Nada tenemos que objetar contra la profesionalización, pero sería fatal que ésta llevara a los hombres, y especialmente a los cristianos, a dispensarse internamente de los deberes fundamentales de la caridad. Y como el Fundador del Opus Dei tenía que volver a traer al mundo, de forma nueva, la conciencia de la unidad de una vida cotidiana de identificación con Cristo, tenía también que enseñar a los primeros a vivir esta unidad de trabajo profesional, vida interior y obras de misericordia; es decir: tenía que vivirla con ellos. Nadie llega a la Obra sin haber conocido esta unidad tridimensional de la vida cristiana.

Siempre recordó el Fundador de la Obra que, entre las muy diferentes actividades que pueden ponerse en práctica para la formación de la juventud, «dos son obligatorias: la catequesis y la visita a los pobres»; la eficacia de las demás dependerá de su entraña apostólica (10). «Empezamos a llamar pobres de la Virgen a las personas que íbamos a visitar -contaría más tarde-. Al chico que no tenía ninguna preocupación de apostolado le reventaba ir, y no iba. De este modo se hacía ya una selección»(11). Destacaba siempre que la visita a los pobres o enfermos era más importante para el que la hacía que para el que la recibía: era un medio de formación imprescindible en la vida cristiana. Don Josemaría Escrivá de Balaguer no quería que se utilizara en este contexto la palabra «social», que le parecía rimbombante y exagerada. «Con estas sencillas visitas -escribió en 1942- no vamos a resolver ningún problema social. Explicadlo así a los chicos: se trata de llevar un pequeño regalo extraordinario que conforte a un pobre, a un enfermo, a alguno que está solo; hacer que pase un rato agradable, prestarle quizá un pequeño servicio, nada más... Lo entenderán enseguida, si van teniendo vida interior; y si además saben que hacemos esto también para honrar a Nuestra Señora» (12). «No tratamos tampoco con estas visitas de despertar superficiales inquietudes sociales. Se trata -ya os lo he dicho- de acercar esta gente joven al prójimo necesitado. Nuestros chicos de San Rafael ven -de una manera práctica- a Jesucristo en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el que padece la soledad, en el que sufre, en el niño» (13). Y lo que valía para aquellos primeros que acompañaban al Fundador, siempre seguirá siendo válido: «Este contacto con la miseria o con la humana debilidad es una ocasión de la que suele valerse el Señor para encender en un alma quién sabe qué deseos de generosas y divinas aventuras» -por algo he hablado antes de los «descubridores» de Escrivá-. «A la vez, sensibiliza a los más jóvenes, para que tengan siempre entrañas de justicia y de caridad» (14).

Recordaba estas palabras al recorrer las estancias del Hospital General de Madrid, que se encuentra en la calle de Santa Isabel.

Estábamos en pleno verano madrileño: la mañana era calurosa y deslumbrante. Aunque no vi más que un inmenso edificio vacío, que se encontraba en obras para dedicarlo a otra finalidad, me produjo la impresión de un viejo coloso algo fantasmagórico. En Alemania ya casi no quedan hospitales así: éste me recordaba mi época de estudiante de medicina, y no me resultaba difícil imaginarme los pasillos interminables, las salas abarrotadas de camas -casi cien-, los altos ventanales por donde se filtraba con dificultad la luz del sol, las lánguidas bombillas colgando del techo, sin pantallas, las pertenencias del enfermo sobre un taburete junto a la cama... Así sería, más o menos, el Hospital General de la Diputación Provincial de Madrid hacia 1930.

Tuve la misma sensación al pasar por el lugar donde estuvo el Hospital de la Princesa y, sobre todo, ante los pabellones del Hospital del Rey, inaugurado en 1925 y destinado a los enfermos infecciosos (con tifus, viruela, disentería o, principalmente en aquel tiempo, tuberculosis).

Como consecuencia de la legislación anticlerical de 1931, se había suprimido del presupuesto de este hospital el dinero destinado a la capellanía, y los gastos derivados de la atención sacerdotal corrían a cargo de las religiosas que lo atendían. En esta situación, don Josemaría Escrivá se prestó a colaborar gratuitamente.

En el verano de 1931 había dejado la Capellanía del «Patronato de Enfermos» para dedicarse más plenamente a la labor que Dios le había señalado cuando le hizo ver la Obra, que, recién nacida todavía, ya crecía y se iba desarrollando.

El Hospital del Rey estuvo atendido por un joven sacerdote asturiano, don José María Somoano Verdasco, hasta 1932, año en que falleció. Era un buen amigo del Fundador y pertenecía al Opus Dei. Hombre de ardiente amor a Cristo y con profunda preocupación por las almas, tenía un gran cariño a don Josemaría, y había comprendido el Opus Dei con tal profundidad que había visto claro que también un sacerdote diocesano podía recibir la llamada a la santidad, propia de todos los miembros del Opus Dei. En el poco tiempo que pudo estar junto al Fundador, Somoano fue un precursor de algo que sólo se haría una realidad jurídica muchos años más tarde, cuando los sacerdotes diocesanos pudieron pedir la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Todavía era muy joven cuando murió el 16 de julio de 1932, envenenado, quizá, por algún fanático del odio. En la breve nota necrológica (15) que don Josemaría Escrivá dedicó a su amigo indica que, antes de que supiera nada del Opus Dei, un día le descubrió -creyéndose solo- en el oratorio, ofreciéndose a Jesús en voz alta como víctima «por esta pobre España», en la que se iba extendiendo el odio a Dios y a su Iglesia y en la que, precisamente en los años 1931 y 1932, aumentaban la persecución religiosa y las quemadas de iglesias y conventos. «Nuestro Señor Jesús -se sigue leyendo en ese documento- aceptó el holocausto y, con una doble predilección, predilección por la Obra de Dios y por José María, nos lo envió: para que nuestro hermano redondeara su vida espiritual, encendiéndose más y más su corazón en hogueras de Fe y Amor; y para que la Obra tuviera junto a la Trinidad Beatísima y junto a María Inmaculada quien de continuo se preocupe de nosotros» ... «Yo sé -así termina el Fundador- que harán mucha fuerza sus instancias en el Corazón Misericordioso de Jesús, cuando pida por nosotros,

locos -locos como él, y... ¡como Él!-, y que obtendremos las gracias abundantes que hemos de necesitar para cumplir la Voluntad de Dios.»

Este texto deja entrever algo muy importante: la Obra de Dios había recibido su nombre con pleno derecho; el nombre significa que no puede faltar la Cruz, una Cruz que llega hasta el testimonio cruento. El Opus Dei no sólo se preparó y nació con ayuda de los sufrimientos que ofrecieron los pobres, enfermos y moribundos; para que la Obra echara raíces perdurables en la sociedad humana y para que creciera era además necesario el martirio de algunos de los primeros miembros; sin el martirio no se puede establecer en el mundo nada que sea santo; por eso, los fundamentos de la Obra tenían que contener también la entrega de la vida (no en sentido «metafórico», sino en sentido real, físico) de algunos de los primeros que don Josemaría había reunido y que Dios escogió para esta entrega de su vida, una entrega aceptada con amor y con alegría. Pero, de acuerdo con el espíritu de la Obra, habría de ser un martirio callado, discreto y escondido, no un martirio «ante los bastidores de la historia».

También otro sacerdote que, como Somoano, quiso unirse a la Obra llegó a ser, como él, un «mártir silencioso»: don Lino Veja-Murguía, asesinado en Madrid durante la guerra (16).

Unos cuatro meses después del fallecimiento de Somoano, el 5 de noviembre de 1932 moría el ingeniero Luis Gordon, uno de los primeros laicos del Opus Dei. Tenía más o menos la misma edad que don Josemaría y era uno de los que le ayudaban en sus visitas a los hospitales. «Ya tenemos dos santos: un sacerdote y un seglar», escribía poco después el Fundador (17), que, a continuación, diseñaba, con trazos sucintos, una biografía del fallecido y, a la vez, una versión breve de lo que se espera de un miembro de la Obra: «Buen modelo: obediente, discretísimo, caritativo hasta el despilfarro, humilde, mortificado y penitente..., hombre de Eucaristía y de oración, devotísimo de Santa María y de Teresita (del Niño Jesús)..., padre de los obreros de su fábrica, que le han llorado sentidamente a su muerte». En esta nota necrológica de «nuestro hermano Luis», el Fundador expresaba su firme convicción de que los miembros y amigos del Opus Dei que han fallecido siguen apoyando la Obra con su intercesión constante desde el purgatorio o desde el Cielo, formando así como la «columna vertebral» -sobrenatural y santa- de sus hermanos que luchan en la tierra.

Tan sólo diez meses más tarde, el 13 de septiembre de 1933, víspera de la Exaltación de la Santa Cruz, moría en el Hospital del Rey María Ignacia García Escobar, una de las primeras mujeres del Opus Dei.

Don Josemaría le había explicado algunas cosas, pero María Ignacia había sido introducida en profundidad en el espíritu de la Obra por el capellán del Hospital del Rey, José María Somoano, de quien ya hemos hablado. «María -le dijo ya en 1931-, hay que pedir mucho por una intención, que es para bien de todos. Esta petición no es de días: es un bien universal que necesita oraciones y sacrificios, ahora, mañana y siempre» (18). En la primavera de 1932, María, que ya estaba enferma, pidió la admisión en la Obra; poco después se le diagnosticó una tuberculosis intestinal que haría necesarias varias operaciones; comenzó así un largo camino de dolor. María

Ignacia García Escobar tuvo conciencia cierta de estar haciendo la Obra de Dios desde su cama en el Hospital: «Hay que cimentarla bien -escribe en su diario-. Para ello, procuremos que los cimientos sean de piedra de granito, no nos ocurra lo que-a aquel edificio de que habla el Evangelio, que fue edificado en la arena. Los cimientos, ante todo; luego vendrá lo demás» (19). «La oración y el sufrimiento -escribió don Josemaría inmediatamente después de su fallecimiento- han sido las ruedas del carro de triunfo de esta hermana nuestra. No la hemos perdido: la hemos ganado. Al conocer su muerte, queremos que la pena natural se trueque pronto en la sobrenatural alegría de saber ciertamente que ya tenemos más poder en el cielo» (20).

En septiembre de 1931 el Fundador había aceptado el puesto de capellán en el Patronato de Santa Isabel. Este Real Patronato (como se llamaba antes) comprendía un colegio que llevaban las monjas de la Asunción y un convento de Agustinas Recoletas fundado en 1589 por el Beato Alonso de Orozco (21), con el apoyo del Rey Felipe II. Los dos conventos tenían en común la iglesia de Santa Isabel. Aquí era donde don Josemaría celebraba Misa y confesaba. A partir de 1934 pasó a ser Rector del Patronato y a vivir en la casa rectoral, situada junto al convento. Este cargo lo mantendría hasta 1946, en que trasladó su residencia a Roma.

No han cambiado el aspecto exterior de la Iglesia ni el del convento; siguen teniendo una fachada amarillenta o gris, sin adorno alguno: no llaman la atención en medio de una lisa hilera de casas. El interior es más bien pobre; a la izquierda del sencillo altar está la reja que separa el coro de las monjas del resto de la iglesia. No existe ya en España casi ningún otro lugar tan íntimamente unido a la historia de la fundación y de la «infancia» del Opus Dei como este Patronato de Santa Isabel. Ignoro si posee valiosas obras de arte, como afirma una postal de «El Niño de Monseñor Escrivá». Para el historiador el verdadero tesoro del convento es precisamente esa imagen del Niño Jesús en madera barnizada. Una simpática monjita nos la enseñó en el locutorio; es una figura de unos treinta centímetros, tallada seguramente en el siglo XVII: un niño de unos cinco meses, desnudo y tumbado, que cruza gentilmente sus piernecitas y sus bracitos; la cabeza está vuelta hacia la derecha; la cara está enmarcada por el pelo, que llama la atención porque parece muy de persona mayor. La expresión de los ojos semicerrados, de las delgadas cejas, de la nariz ya marcada y de la pequeña boca, alrededor de la cual parece jugar una levísima sonrisa, es, curiosamente, de alguien que sabe y se entrega; una expresión que, cuanto más se mira, tanto más parece reflejar todavía el paso del cielo a la tierra. La buena religiosa nos explicó (y la postal también lo dice) que esta imagen se venera por los fieles, tradicionalmente y hasta nuestros días, durante la Navidad. Pero ¿por qué se llama «el Niño de Monseñor Escrivá»? Nos dice la monja que el Fundador del Opus Dei, aquel joven sacerdote que amaba con locura la Eucaristía y vivía entregado a la oración, según se recuerda todavía, seguramente recibió del Niño divino muchas gracias para su vida interior. «Se cree que le concedió una gracia muy extraordinaria...» Según atestigua la religiosa, don Josemaría, con permiso de la Madre Priora, llevaba a menudo la imagen a su casa y siempre que la devolvía estaba profundamente conmovido y radiante de felicidad.

Desde hace dos mil años, millones de cristianos han repetido estas palabras: «Padre nuestro...», pero eso es una cosa, y otra muy distinta experimentar, en la propia vida, que esa relación filial con Dios, tratándole como Padre, que pasa a través de la

Humanidad de Cristo, es tan concreta, tan real, que comprende todas las demás relaciones que puede haber sobre la tierra, y las eleva a la plenitud que les corresponde. Posiblemente, como tantos otros cristianos de todos los tiempos, algunos lectores de este libro sabrán ya, en mayor o menor medida, lo que supone, en su propia existencia, ese vivir sabiéndose «hijo de Dios». Porque no basta con saberlo «en teoría». Hay muchos que se esfuerzan por mantener y profundizar esa filiación por medio de la oración, de los Sacramentos, de la lectura del Evangelio, del fortalecimiento de la vida interior; pero sólo la gracia concede al alma esa luz interior que le hace ver el sentido último de esa filiación. El Fundador del Opus Dei recibió esa gracia de modo muy singular, adecuada para la misión que Dios le había confiado. No hay que pensar, por esto, en situaciones espectaculares: su profundo sentido de la filiación divina le llevaba al completo abandono en las manos paternales de Dios precisamente en esas situaciones que, consideradas en sí mismas, parecen insignificantes. Lo que sobre la filiación divina narran los Artículos del Postulador puede servir de ejemplo: A comienzos del verano de 1931 -se lee allí- «advirtió con una luz muy viva el sentido de la filiación divina, que constituye el fundamento de la espiritualidad del Opus Dei» (22). Él mismo habló de ello: se encontraba «en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible -de lo que hoy contempláis hecho realidad-» (23). En esa situación, humanamente tan poco esperanzadora, según recuerda, «sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba! Pater! Estaba yo en la calle, en un tranvía; la calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración» (24).

Ese espíritu de filiación divina suele encontrar un obstáculo en el alma: esa incapacidad -tan comprensible humanamente- para ver la relación que existe entre ese confiado abandono en las manos de nuestro Padre Dios y la realidad dolorosa de la Cruz. Muchos hombres -incluso cristianos- llegan a echarle la culpa a Dios de las crueldades, los atropellos y las injusticias humanas. Y algunos, en sus protestas, llegan a hacerle reproches a Dios: «Cómo puedes permitir que me suceda esto y lo de más allá si eres mi Padre y me quieres...». Y sigue una larga retahíla de amarguras y de sufrimientos. Realmente, no se puede decir que esta actitud no sea la de un niño, porque los niños, a veces, son un poco tontos y se enfadan y patalean absurdamente... Además, la existencia del dolor, sus causas, su sentido y sus consecuencias nos resultan tan incomprensibles como su enormidad. Pero si no luchamos, esa actitud puede llevarnos a la pérdida del Amor y de la fe. Los teólogos y los escritores eclesiásticos de todos los siglos (empezando por San Pablo) han librado verdaderas batallas en su interior para aceptar el insondable misterio de la Cruz, que es el misterio del amor paternal de Dios. Para Mons. Escrivá de Balaguer la filiación divina, la santificación del trabajo, el apostolado y la aceptación de la Cruz (mejor dicho, el amor a la Cruz) forman una unidad en la que todo depende de todo, en la que todo se condiciona y se presupone mutuamente.

No sabemos de qué tipo fue la cercanía mística del Niño Jesús que proporcionó a Mons. Escrivá de Balaguer la imagen del convento de Santa Isabel. Pero yo me imagino que el que llega amorosamente a la contemplación del Niño Jesús (que el arte ha representado tantas veces) empieza a ver con el tiempo una corona casi imperceptible sobre su cabeza, en la que apuntan ya unas pequeñas y tiernas espinas. Una corona que se convertirá, en los días de su Pasión, en terrible instrumento de martirio, con sus

espinas punzantes y dolorosas... En ese verano de 1931, en el que se dio cuenta, de forma casi física, de que la filiación divina está en el centro de la vida de cada hombre, comprendió también, con la misma fuerza, que la Cruz es el corazón de la existencia humana. Durante la Santa Misa, en la festividad de la Transfiguración del Señor, que en la diócesis de Madrid se celebraba el 7 de agosto, «recibió otra luz clara del Cielo y desde entonces predicó con más fuerza y con incansable insistencia la necesidad apostólica de "poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas", mediante un trabajo santificado, santificante y santificador, realizado por personas que se unen a Cristo Crucificado con una sólida vida interior de oración y de penitencia» (25).

Ese engarce entre la filiación divina y el sufrimiento humano es un tema sobre el que el Fundador del Opus Dei habló muchas veces. Las páginas más bellas, en este sentido, se encuentran, quizá, en el «Vía Crucis» que se publicó en 1981 como obra póstuma. «Dios es mi Padre -leemos en la meditación sobre la primera estación: "Condenan a muerte a Jesús"-, aunque me envíe sufrimiento. Me ama con ternura, aun hiriéndome. Jesús sufre, por cumplir la Voluntad del Padre... Y yo, que quiero también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento? Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo» (26). Considerando la séptima estación: «Jesús cae por segunda vez», Mons. Escrivá advierte: «Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida» (27). Y en la novena estación, «Jesús cae por tercera vez», lo vuelve a recordar: «¿Me has vuelto a olvidar que Dios es tu Padre?: omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso. Él no puede enviarte nada malo. Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos» (28).

Si la filiación divina es la forma de la relación entre Dios y el hombre, y si el corazón de esa relación no es otro que la Cruz, su irradiación, lo que los hombres deben advertir de esa relación, debe ser la alegría. «Nuestro camino -decía el Fundador- es de alegría, de fidelidad amorosa al servicio de Dios. Alegría que no es el cascabeleo de la risa tonta, puramente animal. Tiene raíces muy hondas... Pero es compatible con el cansancio físico, con el dolor -porque tenemos corazón-, con las dificultades en nuestra vida interior, en nuestra labor apostólica. Aunque alguna vez parezca que todo se viene abajo, no se viene abajo nada, porque Dios no pierde batallas. La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sabernos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge, nos ayuda y nos perdona siempre» (29).

La alegría de Mons. Escrivá de Balaguer: eso es lo que las monjas de Santa Isabel recordarán durante decenios; esa alegría es la que hizo mella en los hombres que encontró en su camino: una alegría totalmente contagiosa, el signo distintivo más inconfundible de la Obra; allí donde falte, quizá se esté haciendo algo muy bueno y provechoso, pero indudablemente no se tratará del Opus Dei.

El Opus Dei es familia

No recuerdo ya las calles por las que fuimos caminando después de haber visitado el convento de las Agustinas Recoletas; además, sus nombres no serían muy elocuentes para quien no conozca bien Madrid. Lo que sí sé es que fueron las calles por las que el Fundador recorrió kilómetros y kilómetros, cuando, con prisa, iba de uno de sus lugares de trabajo a otro. En esos recorridos, tan largos a veces, iba descubriendo imágenes de la Virgen, por muy escondidas que estuvieran o por muy inadvertidas que pasaran al transeúnte, como, por ejemplo, aquel mosaico en la parte alta de una fachada en la calle Atocha, un mosaico que yo nunca hubiera descubierto si no me lo hubieran indicado. Y supongo que también hubiera pasado de largo ante la estatua de la Virgen de la Almudena, en una hornacina incrustada en una parte de la antigua muralla de Madrid, cercana al Palacio Real (30), una imagen ante la que el Fundador, en ocasiones, pasó una hora de rodillas sobre el suelo, rezando... (¡los transeúntes le tomarían por loco!).

Estas calles no fueron sólo vías de comunicación entre los diversos lugares de trabajo de don Josemaría; también fueron lugares de trabajo; porque el Opus Dei creció en la calle, como crecen los niños más fuertes. A las mujeres sólo podía dirigir las y formarlas en confesión, pero con los jóvenes que se confiaban a su dirección espiritual, que sentían crecer en su interior una vocación o que ya habían dicho que sí - un «sí» sin condiciones- a la Obra de Dios, se veía a menudo en plazas, calles y parques. Cada vez más «Padre» de los suyos, se reunía con los jóvenes, en pequeños grupos o con uno solo. Mientras paseaba con ellos les iba explicando el espíritu del Opus Dei: porque aquellos estudiantes, trabajadores y empleados solían tener una actitud cristiana basada en el convencimiento de que la piedad y la Iglesia eran una cosa y «la vida» otra, y de que, quien se sintiera atraído «más de lo corriente» por Dios y por la Iglesia, tenía que hacerse fraile o sacerdote. Tenía que ayudarles a entender que el Opus Dei, viejo y nuevo a la vez, venía a romper aquel esquema tradicional; era preciso explicárselo bien, con fundamentación teológica, y, sobre todo, había que aclararles en concreto y con detalle el cómo del nuevo camino, el cómo de la unidad de la vida.

Hoy como ayer, y especialmente en épocas de cambio como la que atravesamos, resulta poco eficaz el simple uso de los términos especializados -viejo o nuevos- de la Teología o de la espiritualidad, y a veces resulta incluso contraproducente. Se parte de ese caso del principio -falso- de que esos términos «los conoce todo el mundo». Por esa razón, el Fundador del Opus Dei nunca se contentaba con dar consejos genéricos, al estilo de: «mejora en tu vida de oración», «santifica el trabajo» o «considera tu filiación divina». Don Josemaría enseñaba a sus hijos, con su palabra y con su ejemplo, a materializar la vida espiritual: es decir, les mostraba cómo se hace todo eso. Les hacía ver la necesidad de dedicar todos los días un tiempo fijo a la oración y, si es posible, en una hora concreta, sin dejarse llevar por el capricho o por los estados de ánimo. Les recordaba que el verdadero espíritu de mortificación lleva, en la práctica, a hacer cada día pequeños -o grandes- sacrificios de los sentidos, de los caprichos y de los propios gustos, y hacerlos sin desfallecer, sin llamar la atención y con alegría. Ese espíritu de mortificación en las cosas pequeñas de la jornada no nace de un oscuro odio al mundo o hacia uno mismo, sino del amor a Cristo que lleva a querer identificarse con Él. Y esa identificación supone desear vivir como Él vivió. Sabemos que el Señor se alegraba con los demás y que tomaba parte en algunos banquetes, pero que lo hizo siempre con una

sobriedad absoluta y con una entrega plena hacia los hombres. Por tanto, esa entrega que se quiere imitar presupone la mortificación del propio yo, como Cristo la vivió.

Ésta era la constante enseñanza del Fundador del Opus Dei: se puede rezar, dialogar con Dios, en todo momento y en todo lugar, porque la oración es como el latir del corazón. Ese trato con Dios no puede limitarse al tiempo previsto para la meditación personal. Pero para alcanzar este diálogo continuo con el Señor hay que ejercitarse: con jaculatorias, con el rezo del Rosario, con visitas al Santísimo, con el saludo a las imágenes de la Virgen...

Todo esto no es más que una pequeña parte de lo que el Fundador enseñaba a los primeros: con sencillez, con naturalidad, como «de pasada», en un sentido absolutamente literal del término.

A veces entraban en algún café. Me enseñaron, por ejemplo, el edificio en el que estuvo, hasta los años cincuenta, «El Sotanillo», una chocolatería típica que se encontraba cerca de Correos, en la calle de Alcalá. Una de las primeras advertencias que hacía don Josemaría a las personas que trataba era que no debían ir a su lado por la calle, por lo que suponía de falta de secularidad. Sin embargo, como tenía un gran sentido práctico, en ocasiones hacía una excepción y dejaba que le acompañaran. Lo hacía porque veía la necesidad de reunirse en una tertulia familiar con ellos, y quería facilitarles que le presentaran a sus amigos.

Desde finales de 1932, el Padre empezó a reunirse con sus jóvenes amigos en la vivienda de la familia Escrivá, ya que, cuando don Josemaría se trasladó de Zaragoza a Madrid, su madre, su hermana Carmen y el pequeño Santiago no habían tardado en seguirle. Entre diciembre de 1932 y febrero de 1934 (año en que se instaló en la vivienda rectoral de Santa Isabel), el Fundador vivió con su familia en la calle Martínez Campos, 4, en un piso acogedor, montado con buen gusto en todos los detalles, en contraste con la escasez de medios económicos. Puede decirse que esta vivienda fue el primer centro de la Obra, pues en ella encontramos ya la célula primitiva del futuro espíritu de familia del Opus Dei. Quien allí acudía por primera vez a visitar al Fundador, vislumbraba el espíritu de la Obra a través de la charla con un sacerdote que vivía en una familia enteramente normal. Por eso puede decirse que la familia del Fundador -sus padres y hermanos- cimentó la «estructura» de la Obra. El Opus Dei no es ni una asociación, ni una peña de amigos, ni una orden religiosa; es una familia. La dificultad que a veces se encuentra para comprender esto se basa en que no se trata de una «familia» en sentido alegórico o figurado, sino de una familia en sentido real y esencial; una familia espiritual, ciertamente (puesto que no está basada en unos «lazos de sangre», sino en una espiritualidad común, consecuencia de la vocación divina), pero familia al fin y al cabo: una familia en el sentido real de la palabra, puesto que los llamados son hombres de carne y hueso, unidos por el Espíritu Santo, que mantienen entre sí una lealtad y fidelidad naturales (como entre personas de una misma familia de sangre), llenas de cariño y de confianza.

¿Cuál es el origen de una familia? El matrimonio, del que nacen los hijos, que son un regalo de Dios. En este sentido, el «matrimonio» del que nació el Opus Dei fue la

unión espiritual del Fundador con Jesucristo en el Sacramento del Orden Sacerdotal y la plena realización de esta unión en la entrega total. También el Opus Dei fue un regalo de Dios y, por lo tanto, fruto de esa unión. Es la gracia la que hace que, sin mérito alguno por su parte, los miembros del Opus Dei nazcan a su vocación: es un don gratuito de Dios. Pero su paternidad espiritual pertenece -también a los que vendrán al Opus Dei en el futuro- a aquel sacerdote que Dios había llamado para ser Padre mediante su oración, su sacrificio, su obediencia y su amor, es decir, su identificación plena con Cristo y con el encargo recibido. «No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor -escribía Monseñor Escrivá de Balaguer en 1945-..., por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla. Por eso os quiero con corazón de padre y de madre» (31). Y algunos años más tarde lo expresaba con las siguientes palabras: «Hijos míos, yo os he engendrado como las madres, con dolor como las madres» (32).

El que el Fundador sea Padre hace que los miembros de la Obra sean hermanos entre sí, que la Obra sea una familia. Este punto es de una importancia tan capital para poder entender el Opus Dei que tenemos que hacer un alto para considerarlo, pues del concepto de familia como forma de vida se deduce todo lo demás. Un padre quiere a sus hijos y quiere que sean felices. En este caso, quiere, también, que alcancen la felicidad eterna; que, con alegría, sigan a Cristo en la vida cotidiana en medio del mundo y logren que muchas otras personas emprendan ese mismo seguimiento alegre, «iluminando los caminos de la tierra» (33). Es lógico que un padre quiera que los hermanos se tengan cariño entre sí y se ayuden mutuamente, y un padre también quiere que la ropa que usan esté limpia y con todos los botones, que vivan con decoro... Pero la paternidad no es una «calle de dirección única», sino que, como contrapartida, tiene (y produce) la filiación. «Tenéis que rezar por mí -¡cuántas veces lo dijo Mons. Escrivá de Balaguer!-; rezad por mí mucho. Yo rezo por vosotros, y esto sería correspondencia; pero correspondencia es poco. Por piedad, necesito que me ganéis, que me ayudéis, que me sostengáis. Rezad por mí para que sea niño ante Dios, fuerte en el trabajo -ya soy viejo y se me hace de noche-, para que sepa recibir con alegría la llamada definitiva, camino del amor que barrunto» (34) ... «Y si algo os cuesta, ofrecedlo por mí, para que sea bueno y fiel y alegre. ¡Cuántas cosas ofrezco yo durante el día por mis hijos !» (35).

Pero una «familia» es algo más; comprende también, por ejemplo, un hogar, tanto en el sentido material como en el sentido espiritual-afectivo del término. La palabra «hogar» indica ambiente, calor de familia, responsabilidad personal, cuidado por los demás: si resulta que hay un miembro de la familia que se convierte en «la oveja negra», como dice la expresión popular, todos sufren por él e intentan ayudarlo. No se conforman, en esos casos, con la mentarse por su situación. Se preguntan si no habrán sido culpables, en cierto modo, por no atajar el mal a tiempo, por no haberle dado mejores ejemplos o haberle corregido con más cariño o con más severidad. Por eso decía el Fundador del Opus Dei que «el proselitismo más fino es hacer que no se pierda ningún hermano tuyo» (36). Todos deben trabajar para sostener la familia cada uno en su ambiente -en el que debe poner a Cristo- ha de velar por el honor de su familia y, además, tiene que poner todo su empeño para que muchas personas se acerquen a ese hogar de amistad y de alegría. Dice el Fundador: «Que aprendan los hijos míos que querrían vivir encerrados en casa a abrirse en abanico, acudiendo a todos los ambientes. Es un deber nuestro, de primera categoría, sustancial, ir a buscar las almas donde estén, para traerlas luego a la barca -dice, haciendo alusión a la pesca milagrosa que narra San

Juan Un 21,6)-, heridas de amor, de compunción, de entrega, de deseos de entrega al menos» (37).

Y, finalmente, la salud de una familia se muestra en la voluntad de crecer en calidad y en cantidad. El Fundador no vacilaba en prever la posibilidad de cualquier debilidad humana, y siempre estaba dispuesto a perdonar cada falta de sus hijos, siempre y cuando pudiera estar seguro de que no dejaban de luchar. Sin embargo, había un tipo de comportamiento que le indicaba que la vocación corría un peligro grave: la indiferencia o la negativa a colaborar en el crecimiento de la propia familia. «El hijo mío que no es proselitista... hace mal. Algo en él no anda bien. Porque el que ama de verdad su camino, siente la ambición de traer otras criaturas a su felicidad, porque el bien es difusivo. ¡Pobre del hijo mío que no tuviera este afán de traer otras almas!» (38).

Las familias grandes suelen tener la costumbre de celebrar de vez en cuando reuniones de toda la familia -abuelos, tíos, nietos, biznietos...- y conservan con cariño sus propias fiestas, sus costumbres y sus tradiciones familiares. Conozco a algunas especialmente numerosas que confeccionan incluso una especie de «boletín» o revista con el fin de informar y fomentar la unión entre sus miembros. Lo que a ninguna persona normal se le ocurriría es ponerse un botón con la inscripción «Miembro de la Asociación familiar de los Meyer» o de presentarse diciendo: «Me llamo Karl, pertenezco a la familia Meyer y, como tal, vengo a arreglar su lavadora». Es cosa esencial en cualquier familia que cada uno de sus miembros actúe en el contexto social con independencia y de acuerdo con su situación personal; por eso es imposible hacer justicia al Opus Dei si no se entiende este aspecto. La Obra es, en verdad, una familia laical y secular, aun cuando algunos de sus miembros sean clérigos. En ocasiones se oye comentar que el Opus Dei es «poco cooperativo», que no envía «una representación» a este encuentro o a aquella reunión, que no actúa como grupo, no presenta soluciones, no hace propaganda, no lleva insignias ni tiene bandera... Todo esto el Opus Dei no puede hacerlo, pues, como cualquier otra familia, cada uno de sus miembros tiene el derecho y el deber de actuar en la vida civil (en esa vida civil en la que está integrado), según su propio parecer y criterio. Los límites para esta libertad -como para cualquier cristiano- los señala tan sólo la obediencia debida al magisterio y a los mandamientos de la Iglesia. Ya en mayo de 1935 decía el Fundador en una «Instrucción» a la que daría forma definitiva quince años más tarde: «No olvidéis que solteros, casados, viudos o clérigos continúan (después de su vinculación al Opus Dei) siendo miembros de su propio hogar, con dependencia plena de su familia de sangre y con los deberes y derechos que de ahí se siguen» (39). Y más tarde, el entonces Secretario General y actual Prelado del Opus Dei, Alvaro del Portillo, escribía el siguiente comentario a estas palabras: «Su vinculación a la propia familia de sangre sigue siendo la de antes de pertenecer a la Obra: pero la llamada de Dios les ha trazado un nuevo camino divino en la tierra. Porque, al elevar y sobrenaturalizar todos sus sentimientos y afectos, todos los derechos y deberes, que les competen en la propia familia, se abren horizontes insospechados de alegría y de paz, se transforma todo con la gracia inherente a la vocación y se produce el encuentro con Dios. Como procuran que su hogar sea cristiano, luminoso y alegre, "contagian" fácilmente la gracia divina de la vocación, y las familias se convierten en fecundos focos de santidad» (40).

Queda aún por aclarar la íntima conexión entre entrega y desprendimiento. Sobre la pertenencia al contexto biológico-social de la familia y sobre los lazos de sangre que de ella se desprenden, Jesucristo mismo adoptó una actitud clara y tajante, con palabras que no sólo suenan «duras», sino que en cierto modo lo son. Cuando habla de la «espada» que ha venido a traer (Mt 10,34), se refiere a ese filo cortante que rompe todas las ataduras que pueden retener a aquellos que Dios llama a su seguimiento y que dicen que sí a la llamada. Es la espada del amor supremo, que libera de las cadenas que atenazan el corazón e impiden que se entregue totalmente. Ahora bien, en un corazón que ha sido liberado de este modo, todos los demás afectos subordinados encuentran también su lugar; es más, se hacen mucho más profundos, ricos y fecundos. Jesucristo no exige que no se ame a los padres o a los hijos, sino que no se les ame más que a Él, al Dios hecho Hombre. Y esto no supone un debilitamiento o una devaluación de los lazos y de las inclinaciones naturales, sino más bien una intensificación al integrarlos en ese amor perfecto, el amor de Jesucristo.

En aquel hogar de la calle Martínez Campos, el ama de casa era doña Dolores Escrivá, a quien ayudaba su hija Carmen. Se preocupaba de que los jóvenes que se reunían en torno a su hijo comprendieran, desde el primer momento, que formaban una familia; no como un «concepto abstracto» o como un «símbolo», sino experimentándola como una realidad, siendo ellos mismos familia, bajo la paternidad espiritual de don Josemaría, «el Padre».

La primera impresión que tuve al ver el retrato de doña Dolores fue el de una dignidad natural sin rigideces; llama la atención su frente alta, clara tenaz, que me hace sospechar que aquella «tozudez aragonesa», de la que el Fundador tantas veces hacía gala, provenía de ella; da la impresión de gran serenidad, y alrededor de la boca parece insinuarse una leve sonrisa. Sabemos que, con su marido, llevó sin quejas y sin amargura las duras pruebas de las que ya hablamos; todos los testimonios concuerdan en que tenía un carácter muy recio, que era muy laboriosa y nunca estaba mano sobre mano; una mujer, además, muy cariñosa y con sentido del humor. El hijo también había heredado de su madre esta última cualidad (41). Aquella amonestación al pequeño Josemaría que, como suele suceder con los niños, se avergonzaba cuando venían visitas («Josemaría, vergüenza sólo para pecar»), se convirtió en un lema que influyó sobre toda la vida del Fundador del Opus Dei (42).

Ese ambiente de familia que, al principio, se basó en la familia de sangre del Fundador se convirtió después en un principio general para todos los centros del Opus Dei. La Sección de mujeres de la Obra hace posible que el espíritu de familia se viva realmente, pues se ocupa de la «administración es decir, del cuidado de las habitaciones, de la comida, de la atención de los que vienen, de la ropa personal, de las pequeñas fiestas familiares, de la ropa destinada al culto, etc. Doña Dolores Escrivá realizó estos trabajos hasta su fallecimiento en 1941 y, además, se preocupó de formar a las mujeres del Opus Dei para estas tareas. Luego, Carmen Escrivá fue la organización y el alma de la administración de los primeros centros, que, como es natural, se fueron multiplicando a la par que se extendía la Obra.

«Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto» Un 12,24); aquellos primeros años treinta trajeron para la Obra no sólo «granos de trigo» que murieron físicamente, sino también aquellos otros cuya vida, más o menos larga (algunos siguen trabajando con la misma fuerza por el Opus Dei), ha sido aquel «morir» al que se refiere San Juan Evangelista, un morir al egocentrismo, que tanto fruto ha traído. Quisiera referirme a dos de estos primeros hijos espirituales del Fundador, no para «destacarlos» de entre los demás, sino para explicar cómo suelen comportarse todos los que se esfuerzan por andar por el sendero del Opus Dei.

Uno de ellos es Isidoro Zorzano. Vivió entre 1902 y 1943 y fue, con Luis Gordon, uno de los primeros en recibir la vocación al Opus Dei. Fuera de la Obra, su nombre será conocido en cuanto concluya la Causa de Beatificación, iniciada en 1945. Nació en Buenos Aires, como hijo de españoles residentes en Argentina (el que gozase de la nacionalidad argentina llegó a tener gran importancia para la Obra durante la Guerra Civil) y creció en España, a donde la familia había venido en 1905, con ánimo de regresar al Nuevo Mundo una vez que los niños hubieran salido del colegio. Josemaría e Isidoro se habían conocido cuando cursaban el bachillerato en Logroño. Después, sus caminos se habían separado. Zorzano había terminado la carrera de ingeniero, había trabajado una temporada en unos astilleros de Cádiz y en 1928 había encontrado un nuevo puesto de trabajo en la «Compañía de Ferrocarriles Andaluces». «Es un trabajo monótono», se lee en su biografía (43).

Una mañana de agosto, en 1930, los dos compañeros de colegio se encontraron «casualmente» en Madrid. Ese día, por excepción, don Josemaría había tomado un camino distinto del acostumbrado para regresar a su domicilio, presintiendo -con un presentimiento de origen sobrenatural- un encuentro que reavivó la antigua amistad. Isidoro descubrió muy pronto su vocación a la Obra, que entonces no llegaba a los dos años de existencia, y, de acuerdo con la esencia misma de la vocación al Opus Dei, siguió trabajando como antes en su «prosaica» labor, pero «buscando al mismo tiempo hacer del trabajo un instrumento de santificación y apostolado» (44). Había comprendido al Fundador. Ahora bien, estaba claro que la Obra crecería y que, en su día, habría Residencias de estudiantes, Centros diversos y Cursos de formación; se necesitarían entonces personas que ayudaran y cargaran con el peso de la labor, pues el Padre estaba todavía completamente solo. ¿No convendría que estuviera plenamente disponible? «Si el Señor me llama -solía decir-, conviene que le diga que sí» (45). Pero todavía no era necesario; Dios quería que, de momento, siguiera donde estaba, en su trabajo, pero lleno de un nuevo amor a Cristo, un amor que impulsa al que ama a querer ser santo y a ayudar a los demás a que también lo sean.

Isidoro constituyó un primer ejemplo de unión con el Padre: vivía en perfecta sintonía con el Fundador y se iba formando, a pesar de la lejanía física que los separaba, en el espíritu del Opus Dei. Mons. Escrivá de Balaguer le escribía con frecuencia, e Isidoro hacía con regularidad viajes breves a Madrid para ir profundizando en la formación espiritual y en la comprensión del espíritu y de la vida del Opus Dei. Pero su lugar de trabajo, hasta 1936, siguió siendo Málaga, la «ciudad roja».

La fortaleza humana de la Obra -como recordaba el Fundador al hablar de los comienzos- fueron los enfermos de los hospitales de Madrid. Isidoro entendió esta lección; en Málaga practicó obras de misericordia, principalmente con muchachos sin hogar, realizando así un magnífico apostolado entre la juventud, un apostolado que recuerda al de San Juan Bosco (46): les proporcionaba alojamiento en el internado para chicos abandonados que dirigía el jesuita padre Aricarda, les servía la mesa, comía con ellos y los acompañaba a jugar al fútbol. «No les llevaba en procesiones, ni les obligaba a arrodillarse para rezar; pero cuando les exhortaba a que estudiaran o trabajaran, a que se debía jugar al fútbol con corrección, repetía con energía: «No sirves si no cambias"... Los chicos no entendían fácilmente esta frase; tampoco Isidoro la había entendido cuando la oyó decir por primera vez a Mons. Escrivá de Balaguer. Pero los muchachos entendían la obligación de hacer las cosas bien, conscientemente, y advertían que algo crecía lentamente en sus corazones, acercándoles a Dios. Lo que no entendía nadie era que Isidoro encontrara tiempo para todo» (47).

Poco antes de que estallara la Guerra Civil lo destinaron a Madrid. En el próximo capítulo tendremos ocasión de volver a hablar de él.

De entre los más de setenta mil miembros con que cuenta la Obra, Juan Jiménez Vargas es quien pertenece a ella desde hace más tiempo: a principios de 1933, aproximadamente en las mismas fechas que González Barredo. A comienzo de 1932, siendo un joven estudiante de diecinueve años, conoció al Fundador. Cuando en el verano de 1981 hablé con él (actualmente es catedrático de Fisiología en la Universidad de Navarra, en Pamplona), se refirió a ello: «En mi pandilla de amigos, en su mayor parte estudiantes de Medicina, se encontraban dos que conocían a don Josemaría y decían que era su confesor. Nosotros admirábamos a aquel sacerdote sin haberle visto nunca y sin saber exactamente qué era aquella labor de apostolado que, según ellos, realizaba. Le admirábamos, pero no mostrábamos el menor interés en conocerle. Sólo les oíamos hablar de apostolado, de dirección espiritual y también de visitas a pobres y enfermos de hospitales, y por eso algunos de nosotros decíamos que no nos interesaba "la mística" de don Josemaría... A principios de 1932 tuve ocasión de conocerle, en un encuentro casual en la calle Martínez Campos, a la salida del Metro. Hablamos muy poco rato, aunque lo suficiente para que me quedara una impresión inolvidable, pero seguí sin tener demasiado interés en volver a verle» (48). En los recuerdos que Jiménez Vargas escribió con ocasión de la apertura de la Causa de Beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer explica también por qué: España se encontraba en una situación de efervescencia febril, las tensiones religiosas, políticas y sociales crecían constantemente, el país comenzaba a disgregarse en dos bloques enfrentados... En este ambiente -dice Jiménez Vargas- «se comprende que la actitud exclusivamente religiosa de don Josemaría no resultase demasiado atractiva para gentes de pocos años que consideraban la situación de España como un grave problema religioso (...), pero que no veían otra solución que la política, y por eso estaban metidos de lleno en un activismo orientado a la solución violenta de todo» (49).

El 10 de agosto de 1932 se produjo en Sevilla, protagonizado por el general Sanjurjo, un intento de sublevación militar que quedó sofocado en menos de veinticuatro horas. Los más destacados de entre los jóvenes «rebeldes» (estudiantes en gran parte), que habían actuado movidos por motivos ideológicos y políticos muy

variados, fueron a parar a la cárcel (50). Don Josemaría fue a visitarles con frecuencia, casi a diario; no le preocupaba que visitar a los detenidos supusiese «significarse» - mucho más tratándose de un sacerdote- y fuese motivo suficiente para quedar fichado por la policía; con la valentía y la fortaleza de raíz sobrenatural que no le faltó nunca, hacía lo que pensaba que tenía que hacer.

En sus conversaciones (siempre a través de la reja del locutorio de presos políticos) no hacía distinciones entre personas «de derechas» y «de izquierdas»: charlaba con algunos en grupos, mantenía conversaciones más personales con otros, les confesaba... En charlas de circunstancias, y en medio de comentarios sobre las cosas del momento, aun de lo más intrascendentes, brotaba su empuje sobrenatural con alguna sugerencia penetrante o una frase que impresionaba de modo más directo. Además se ofrecía a hacerles encargos personales, aun de cosas materiales, como llevar un paquete de ropa a su casa, lo que era motivo de profundo agradecimiento. No hablaba de la Obra, pero lo que decía formaba parte del espíritu de la Obra. Hablaba de trabajo y estudio, cosa que en aquel momento, y en tan extrañas circunstancias, hasta podría desentonar; además, intentaba conseguirles libros; les aconsejaba dejar de lado la rivalidad política. Como consecuencia de estas conversaciones decidieron jugar al fútbol en equipos «mixtos» con los anarcosindicalistas encerrados también en la cárcel Modelo de Madrid; y jugar con ilusión y con corrección, lo que, desde el punto de vista humano, daría mejores resultados que largas discusiones en un ambiente de disputa (50 a). En contra de las tendencias reinantes que pretendían obligar «en conciencia» a todos los católicos a apoyar un determinado partido, ponía de relieve que también los católicos tienen derecho a la libertad política, siempre y cuando permanezcan fieles a la doctrina de la Iglesia (50 b).

Siempre y en todo lugar se comportaba como sacerdote; un sacerdote que, como no se cansaba de repetir, no podía -ni quería- hablar más que de Dios. A la distancia de casi cincuenta años, Jiménez Vargas recuerda que, por aquel entonces, lo que más le impresionó fue cómo hablaba el Fundador del Sacramento de la Penitencia -al que más tarde a menudo llamaría el «Sacramento de la alegría»-, y también con qué naturalidad, con qué cariño profundamente humano se refería a la Virgen. Nunca daba la impresión de ser una persona ajena al mundo, esotérica o extravagante. Todas sus palabras se fundaban en el cariño de un verdadero padre; además, ponían de manifiesto una gran cultura general, unos conocimientos muy exactos; estaba perfectamente al tanto de los hechos de actualidad en España, pero no se quedaba encerrado en ellos como en una jaula, sino que -como expresa Jiménez Vargas- siempre «era evidente el carácter espiritual de las conversaciones».

Durante toda su vida Mons. Escrivá de Balaguer estuvo ligado a la Universidad. Para todos los hombres, de cualquier proveniencia, encontró siempre la palabra justa, específica, capaz de hacer mella en su corazón y su cabeza, pero entre los estudiantes se encontraba «como en su casa». Ellos se daban cuenta y se lo agradecían con confianza y franqueza (50 c). En la «entraña» del Opus Dei, por decirlo así, estuvieron siempre los estudiantes, y durante los primeros veinte años la mayor parte de las vocaciones surgieron entre ellos. Esto -lo veremos con más detalle- no tenía nada que ver con un supuesto «elitismo», sino que correspondía a las necesidades de desarrollo y de crecimiento; la Obra sólo podía arraigar en la sociedad, en la vida corriente, por medio

de aquellos que todavía eran jóvenes y capaces de aceptar cosas nuevas y, a la vez, de entender la Obra con tal profundidad y realizarla con tal autenticidad que, más tarde, en su madurez y actuando con eficacia en las diversas profesiones, serían capaces también de convertirse en «multiplicadores», de ser cada uno de ellos un «foco de irradiación» del amor de Cristo, un «foco» que contagiase por un motivo muy sencillo: su propia felicidad.

A principios de enero de 1933, Juan Jiménez Vargas pidió la admisión en el Opus Dei, después de una conversación con el Fundador (50 d), que éste había preparado con una novena al Espíritu Santo. En esa conversación mostró a aquel joven estudiante el panorama de la belleza y grandeza del nuevo camino, es decir, los fundamentos de la Obra (51). Le contó lo que el 2 de octubre de 1928 había «visto» y cómo, antes, había pasado muchos años queriendo conocer la Voluntad de Dios y pidiendo por aquello que no conocía, pero presentía. «Todo, por supuesto, sin la menor nota de sensacionalismo, ni mucho menos con detalles personales incompatibles con su profunda humildad. Pero quedaba bien patente su correspondencia a la gracia -recuerda Jiménez Vargas-. En medio de aquella naturalidad y sencillez con que hablaba, resultaba evidente que don Josemaría era la persona que Dios había elegido para hacer la Obra, y que se había entregado de tal manera que su decidida voluntad de realizar aquella misión divina era algo que había llegado a constituir la característica más decisiva de su propia personalidad. Esto era así de claro para todos los que le conocieron entonces. Había visto la Obra, y, con palabras verdaderamente inspiradas, lo contaba de tal modo que después de oírle no era posible dudar que la Obra, que entonces no era nada, llegaría a ser todo eso que él sabía. Por otra parte, resultaba muy claro -y en este punto concreto procuraba remachar las ideas que en el conocimiento que tenía de la Obra no había nada que pudiera considerarse como inspirado en ninguna otra cosa conocida, ni remotamente. Se procuró información acerca de organizaciones que se pudieran parecer a lo que él sabía que tenía que ser la Obra, pero eso sólo sirvió para confirmar que todo era radicalmente distinto.»

Las obras de los Arcángeles

Aún se conserva el inmueble de la calle Martínez Campos, 4, donde vivió la familia Escrivá, y la casa -el número 33 de la cercana calle de Luchana- en cuyo primer piso se instaló, en diciembre de 1933, la Academia DYA, la primera «obra corporativa» del Opus Dei. Bajo esta denominación se comprenden las labores cuya orientación cristiana garantiza el Opus Dei como tal, como corporación; son labores a las que han dado vida los miembros de la Obra, que también las dirigen y atienden en lo espiritual: universidades, colegios, talleres para aprendices, residencias de estudiantes, centros de formación para campesinos y trabajadores, clubs juveniles y tantas cosas más. Existe hoy una variedad muy diversificada de actividades apostólicas florecientes en docenas de países; todas ellas tratan de ayudar a preparar y a capacitar a personas en todas las condiciones para que conviertan el lugar que ocupan y su entorno en «terra firma Christi», en tierra firme de una fe vivida, a la que puedan inmigrar cada vez más «colonos». Los principios de estas labores corporativas han quedado definitivamente fijados desde el establecimiento de la Academia DYA; definitivamente, decimos, porque esos principios expresan el espíritu del Opus Dei (52): no se trata de iniciativas eclesíásticas, sino seculares, de carácter civil, cuya estructura es totalmente laical; para las personas que las dirigen, ésa es su tarea profesional normal.

La abreviatura DYA tiene un doble significado: las tres letras significan «Derecho y Arquitectura», y se refieren a las materias a las que se dedicaba mayor atención en las clases de la Academia. Pero también se pueden interpretar como «Dios y audacia», y entonces expresan un lema que el Fundador había formulado ya en 1928 y que iba a caracterizar toda su vida. La Academia ofrecía clases especializadas en las materias indicadas, y seminarios y charlas sobre doctrina católica. Junto a la formación cristiana y apostólica de los miembros de la Obra, que seguían siendo muy pocos, se daba formación y atención religiosa a muchos jóvenes que no pertenecían a la Obra, pero que eran amigos, se sentían atraídos por ella y tenían gran confianza en don Josemaría.

La puesta en marcha y el mantenimiento de la Academia, a pesar de funcionar en un marco muy modesto, traía consigo considerables dificultades materiales y económicas. Y poco ha cambiado, desde entonces hasta nuestros días, en lo que se refiere a esas dificultades (la palabra es un simple eufemismo para descubrir los apuros económicos que a veces cobraban tintes dramáticos). Don Josemaría era y siguió siendo pobre, en el sentido más exacto de la palabra, y el Opus Dei, igual. El hecho de que se procure que los centros de la Obra estén cuidados e instalados con gusto, no es consecuencia de la riqueza, sino de la pobreza personal de sus miembros, que se esfuerzan por dar a su familia espiritual lo que está al alcance de sus posibilidades. De este modo logran un ambiente familiar y confortable en las diversas sedes donde se realiza la labor apostólica. Ese ambiente es fruto del trabajo esforzado de los miembros del Opus Dei, de su sacrificio y sus privaciones personales. En ese esfuerzo colaboran, con generosidad ejemplar, muchos amigos, y en ocasiones no falta la ayuda de algún mecenas o bienhechor, como suelen designarse habitualmente en la tradición cristiana. La familia del Fundador vendió todo lo que le quedaba (y no era mucho, unas cuantas tierras) y puso el importe de la venta a disposición de la Obra para colaborar así en la instalación de los primeros centros.

Los problemas económicos nunca han dejado de existir, y seguirán existiendo siempre, porque en todos los lugares en los que comienza su labor el Opus Dei se empieza prácticamente desde cero, también en lo económico; la Obra no cuenta con patrimonio propio y no amontona capital alguno. De acuerdo con su carácter laical y secular, cada miembro, con responsabilidad personal y por cuenta propia, tiene que reunir los medios, con su labor profesional, buscando y aprovechando las posibilidades locales y regionales. El «pedir limosna» forma parte de cualquier labor apostólica cristiana, y no sólo en el Opus Dei. Es una escuela de humildad y no se refiere tan sólo al dinero. El Fundador pidió siempre «la limosna de la oración». Hay millones de personas hambrientas o enfermas que piden, hoy como al comienzo de la humanidad; son incontables los que, de forma más o menos abierta, están pidiendo la limosna de un poco de caridad. Quien nunca ha pedido no ha seguido las huellas de Cristo; a quien nunca se le ha pedido, no ha encontrado a Cristo.

Cualquier cosa grande que viene al mundo como un ideal lleno de pureza y, sobre todo, cualquier cosa de Dios, encuentra de inmediato incomprensión, ceguera y malicia (y tiene que encontrarlas, porque Cristo mismo no tuvo otras experiencias). Tampoco el Fundador y su fundación quedaron dispensados de estos sufrimientos. Desde el principio o, por lo menos, desde el día en que se colocó la primera placa con el nombre de la primera labor del Opus Dei, se produjo en algunos sectores rechazo e

incomprensión, actitudes que fueron creciendo a la par que la Obra, aunque, en último término, mucho más lentamente que ésta.

En 1933, sin embargo, y hasta la explosión de la Guerra Civil, no hubo que inquietarse por ello, pues eran otras las preocupaciones. La más importante consistía en encontrar gente joven. Por supuesto que, desde el principio, el Opus Dei estuvo abierto a personas de todas las edades; ahora bien, para poder cumplir esa misión universal que venía a realizar hacía falta un buen núcleo de miembros jóvenes, sanos en cuerpo y alma y con la vida por delante, dispuestos a poner esa vida al servicio de la Obra de Dios para ser, como le gustaba decir al Fundador, «apóstoles de apóstoles», sillares en los cimientos. «Cuando el cristiano -escribía en 1933- comprende y vive la catolicidad de la Iglesia, cuando advierte la urgencia de anunciar la nueva de salvación a todas las criaturas, sabe que ha de hacerse todo para todos, para salvarlos a todos» (I Cor IX, 22) (53). Y un poco antes había escrito que, «al querernos en su Obra, también nos ha dado un modo apostólico de trabajar, que nos mueve a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todas las almas» (54).

Es un ideal para el que muchas personas están dispuestas naturalmente, pero que se va perdiendo a lo largo de la vida si no se refuerza día tras día. En aquella época había que encenderlo progresivamente en las almas de aquellos jóvenes. El profesor Jiménez Vargas me contó que el Padre vio pronto, con toda claridad, que Dios quería que comenzara con los jóvenes, como primer paso en el desarrollo de la Obra. Había que empezar con la labor que pondría bajo el patrocinio de San Rafael (54 a). Después vendrían los casados, las madres y los padres de familia, labor que se encomendaría a San Gabriel. (Ya hemos dicho que la estructura, el soporte del Opus Dei, debían ser los miembros que se comprometían a vivir el celibato, cuya disponibilidad total estaría confiada a la protección especial del Arcángel San Miguel.) Dicho con otras palabras: la «obra de San Rafael» abarcaría toda la labor con la juventud, esa fase en el desarrollo y crecimiento de cada persona previa a una integración plena en la vida profesional y a la importante opción personal -siempre por amor a Cristo- entre el matrimonio y el celibato. A la «obra de San Miguel» o a la «obra de San Gabriel» pertenecerían justamente los que ya habían realizado esa opción. Más adelante, los miembros del Opus Dei que viven el celibato se denominarían Numerarios o Agregados, y aquellos otros que tienen previsto casarse y fundar una familia, o que ya lo han hecho, se llamarían Supernumerarios. Pero en los años treinta, de los que estamos ahora hablando, no existía aún esta nomenclatura.

Incluso desde un punto de vista meramente pragmático y organizativo se comprende enseguida que lo primero que necesitaba el Opus Dei para poder crecer y extenderse era un núcleo de miembros Numerarios que sacara adelante e impulsara el apostolado, sobre todo entre los jóvenes, en estrecho contacto con el Fundador. Entre éstos deberían salir más vocaciones para la «obra de San Miguel». Los que querían casarse o ya lo habían hecho, así como los sacerdotes seculares que sentían en su alma la llamada al Opus Dei, permanecerían en estrecho contacto humano y espiritual con el Fundador, vinculados a la pequeña familia de la Obra, pero, de momento, no podrían integrarse todavía en ella. Era necesario, en primer lugar, que el Opus Dei encontrara un lugar jurídico adecuado dentro de la Iglesia Católica: es decir, que la autoridad eclesiástica reconociera su estructura interna.

La «labor de San Rafael»: empeño apostólico por entusiasmar a la juventud en un seguimiento laical de Cristo, hasta la entrega plena en los afanes de la vida cotidiana. Era eso lo que venía enseñando desde 1928. Algo que en 1934 ya «estaba claro» para aquel pequeño grupo que ayudaba al Fundador, un grupo fiel, maduro para el sacrificio por Cristo cualquiera que fuera.

Así fue posible abrir la Academia DYA y, un año después, en el otoño de 1934, la primera Residencia de estudiantes del Opus Dei. Es evidente, sin embargo, que el apostolado entre la juventud y el apostolado entre los adultos están entrelazados y concatenados entre sí, como lo están las diversas edades. Donde los padres encuentran a Cristo también lo encontrarán sus hijos. Donde le siguen profesores, maestros, jefes, también lo seguirán sus alumnos, discípulos y colaboradores. Y donde los niños y los jóvenes se acercan a Cristo y se ponen a su servicio, arrastrarán también a sus padres, educadores y amigos mayores. «Os he hecho considerar -decía el Fundador en 1960- que en nuestra tarea apostólica no se puede hacer como en un laboratorio: sacar una fibra, y decir: ¡ésta es la obra de San Rafael!... No; tiene que ser un solo tejido. Si hay obra de San Rafael, hay obra de San Gabriel y hay todo tipo de vocaciones para nuestra Familia y, por tanto, hay obra de San Miguel y obras corporativas » (55).

Sin restar validez en absoluto a esta afirmación fundamental, ya entonces y muchas veces más en años sucesivos, Mons. Escrivá de Balaguer destacó también la importancia excepcional de la labor de la Obra «entre la juventud», por utilizar una expresión moderna. Una de las leyes vitales de cualquier asociación que quiera influir sobre el mundo es que no puede existir sin que tenga siempre sangre joven. La vocación al Opus Dei, por ser cosa de Dios, no conoce fronteras de edad; el Señor, si quiere, puede llamar también a una persona de ochenta años para servirle en su viña; pero no hay que olvidar que, normalmente, una persona joven que comienza su andadura en la vida se deja encontrar, «contratar» y enviar a trabajar en la viña con más facilidad que un jubilado cargado de años; y, además, por muy maravilloso que sea que una persona pueda trabajar para el Señor la última hora o media hora de su vida, antes de que el sol se ponga para él, el Reino de Dios necesita sobre todo aquellas personas que desde el amanecer aguantan el peso y el calor de todo el día...

En cierta ocasión, el Fundador se preguntaba si no vendrían al Opus Dei muchas vocaciones al margen de la «labor de San Rafael», y se contestó: «Sí, hijos míos. Las habrá siempre. Pero el caudal más numeroso debe venir de ahí. Ése es el camino y no hay otro» (56). A comienzos de los años setenta, en cierta ocasión, estaba hablando en Roma de los primeros años. Cuando alguien planteó la cuestión de cómo se puede iniciar un apostolado así, le replicó: «¿Y cómo se comienza esta labor? ¡Como se puede! ¿Y dónde se comienza? ¡Donde se puede! Hijos míos, estamos cansados de hacer la obra de San Rafael en casas de amigos, en hoteles, en dos habitaciones que se alquilan..., de cualquier forma. ¡Pero se hace! Es para nosotros tan imprescindible como respirar (...) ¿Cómo creéis que comencé yo? Comencé en casa de mi madre con tres chicos, hace ya cuarenta años ...» (57).

Mons. Escrivá de Balaguer dejó establecidos, hasta en los menores detalles, el espíritu y la práctica de este apostolado con la juventud; un apostolado que se

fundamenta (por lo menos así me parece) en cinco columnas: la catequesis, que afianza y profundiza (y a veces incluso facilita por vez primera) los conocimientos de la religión; la vida de piedad, que no es otra cosa que el trato personal con Jesucristo en la oración, en los Sacramentos, en la devoción eucarística, en la lucha ascética; el enseñar a santificar el estudio y el trabajo; el servicio a los pobres y enfermos como muestra práctica de caridad y como obra de misericordia, y, finalmente, el trato alegre, amistoso, familiar, que ayuda a trabajar, a compartir, a festejar y a estar siempre de buen humor. Estos puntos son intocables. «No está en nuestras manos -escribía el Fundador ya en 1934- ceder, cortar o variar nada de lo que al espíritu y organización de la Obra de Dios se refiera» (58). Alienta de un modo y otro, constantemente: ¡No perdáis los ánimos! ¡Dad la clase de formación o la meditación prevista aun cuando venga una sola persona en vez de las ocho o nueve que se esperaban! Recordando el comienzo de la labor de San Rafael en 1935, comentaría más tarde que, en aquella ocasión, «al dar la bendición con el Santísimo, no vio solamente tres muchachos, sino tres mil, trescientos mil, tres millones...; blancos, negros, cobrizos, amarillos, de todas las lenguas y de todas las latitudes» (59).

Nunca faltarán dificultades de diversos tipos, ataques de fuera, preocupaciones materiales, fallos personales, decepciones. Nunca faltará la Cruz, no puede ni debe faltar. Pero el que las dificultades, al final, supongan una victoria o una derrota, lo deciden tan sólo la vida interior del alma y la medida de la santidad de cada uno y de todos.

La semilla va creciendo

En septiembre de 1934 la Academia DYA se trasladó al tercer piso de la calle Ferraz, 50; en el segundo se instaló una Residencia universitaria, la primera del Opus Dei. El ordinal «primero, primera» se repite muchas veces en estas páginas, y es natural: el primer Círculo de San Rafael, la primera vocación para la Sección de mujeres, el primer centro... y ahora el primer oratorio y el primer Sagrario de la Obra.

El Fundador obtuvo permiso del Obispo de Madrid para instalar en la Residencia un oratorio en el que quedara reservado el Santísimo. Si se tiene en cuenta que las prescripciones a este respecto eran rigurosas en extremo, hay que ver en el permiso episcopal un importante paso para la Obra: no suponía, es cierto, un reconocimiento canónico del Opus Dei, pero era una expresión pública de la confianza de un Obispo en don Josemaría Escrivá y en sus hijos. Desde el primer momento de la existencia de la Obra, el Fundador quiso mantener una estrecha unión con la Iglesia toda, con la jerarquía y con los Obispos diocesanos, y no lo hizo por «táctica», sino como consecuencia de su concepción de la Iglesia, de su actitud llena de amor para con la Iglesia Católica y Romana, instituida por Jesucristo; una obra de renovación cristiana - lo que por Voluntad de Dios había de ser el Opus Dei-, separada o distanciada de la Iglesia y de su jerarquía y Magisterio, ni siquiera le habría cabido en la cabeza.

Es natural que no siempre resultara fácil que las autoridades eclesiásticas comprendieran la naturaleza del fenómeno del Opus Dei y que, a veces, no se dieran cuenta de que valía la pena apoyarlo y estimarlo. También los Obispos son hombres,

anclados en el espíritu de su tiempo y apegados a ciertas concepciones sobre el clero, los religiosos y los laicos que, en parte, tienen una tradición multiseular; por eso, quizá, algunos, al principio, tuvieron ciertas reservas o no comprendieron bien de qué se trataba. Ahora bien, al Opus Dei nunca le han faltado amigos y bienhechores entre los Obispos españoles y, más tarde, entre los de todo el mundo. Monseñor Escrivá mantuvo contactos personales, casi siempre sumamente cordiales, con todos los Obispos de España. El que, ya a los seis años de su muerte, se abriera su Causa de Beatificación, con la aprobación del Papa y por deseo expreso de gran parte del episcopado mundial, se debe, en parte, a los lazos de sincera y perdurable amistad que, desde los primeros años del Opus Dei, unían a don Josemaría con una multitud de religiosos y sacerdotes seculares, muchos de los cuales hicieron luego una brillante carrera eclesiástica. De entre los impresionantes testimonios sobre el Fundador puestos por escrito y reunidos para la Causa de Beatificación, muchos proceden de amigos de su juventud, de los años treinta y cuarenta, que luego llegaron a ser Obispos. Entre sus mejores amigos se contaban el que sería Arzobispo de Madrid, Casimiro Morcillo, y el Obispo Administrador Apostólico de Vitoria, Xavier Lauzurica Torralba, que escribió el prólogo a la primera edición de «Camino» (Valencia, 1939). Se pueden nombrar más ejemplos: el Cardenal José María Bueno y Monreal, Arzobispo dimisionario de Sevilla; el Arzobispo dimisionario de Valencia, José María García Lahiguera; su antecesor Marcelino Olaechea, que también había sido Obispo de Pamplona; el Arzobispo titular de Grado, José López Ortiz; el ya fallecido Pedro Cantero Cuadrado, que fue Arzobispo de Zaragoza; el Obispo dimisionario de Sigüenza-Guadalajara, Laureano Castán Lacoma, y Juan Hervás Bonet, fallecido, que fue Obispo de Ciudad Real. Todos ellos conocieron al Fundador entre 1924 (López Ortiz) y 1934 (Hervás) y mantuvieron contacto con él durante toda la vida; por lo tanto, sus testimonios tienen un valor documental de primera importancia. Laureano Castán Lacoma, que fue Obispo de Sigüenza-Guadalajara, por ejemplo, es algo más joven que Monseñor Escrivá; en 1926-27 era seminarista; en algunas ocasiones ayudó a Misa a don Josemaría en Fonz, el lugar natal de Castán, donde vivía y ejercía su ministerio sacerdotal don Teodoro Escrivá, tío de don Josemaría, a quien éste en ocasiones hacía breves visitas. Don Laureano recuerda ciertas conversaciones mantenidas a solas con don Josemaría en los años 1931 a 1935. «Me habló de la Fundación que le pedía el Señor, refiriéndose a ella como a la "Obra de Dios", y aunque me decía que estaba trabajando para realizarla, la daba ya como cosa hecha: con tal claridad la veía, ayudado evidentemente por el Señor, proyectada en el futuro ...» (60).

Le comentaba Mons. Escrivá de Balaguer que, en su día, conocería a los miembros de la Obra, «jóvenes que parecen unos "pollos peras", con elegancia y distinción», pero que vivían la mortificación y el espíritu de penitencia, que tenían «una profesión o un oficio bien remunerado, del que podrían vivir holgadamente», y que, con total libertad, vivían una pobreza total. «Refiriéndose a determinados mentores de la juventud católica española, se dolió con frase gráfica de que cortaran los vuelos de no pocos jóvenes, al no proponer a los que tenían capacidad para ello una entrega plena al apostolado, que, para que fuese eficaz, tenía que ser consecuencia de una intensa vida interior» (61).

Un testimonio especialmente interesante sobre los años treinta es el de don Pedro Cantero, que fue Arzobispo de Zaragoza y falleció en diciembre de 1978. Conoció a Monseñor Escrivá en el otoño de 1930, en la Universidad de Madrid. Con el primer

encuentro -escribe Cantero- «empezó una amistad que duraría toda la vida»; una afirmación que se repite muchas veces y que confirma el «carisma de la amistad» del Fundador. Como tantos otros españoles en aquella revuelta época anterior a la Guerra, también Cantero estaba comprometido en política y con deseos de «hacer carrera»; «pensaba incluso -recuerda- que podía llegar un día en que se me presentase la oportunidad de ganar una cátedra». Es fácil imaginárselo: un sacerdote joven y capaz, no sin ambiciones y concentrado en su propio futuro; y si bien es cierto que don Josemaría le animó a trabajar intensamente, la amistad con él también le transformó; con «su ejemplo -escribe el Arzobispo a la vuelta de cuarenta y cinco años- me fue preparando (...) para el encuentro con que me hizo ver la necesidad de un cambio total en el enfoque de mi vida». Y esto sucedió durante una visita en agosto de 1931, en la que Mons. Escrivá de Balaguer le comentó con toda claridad: «Mira, Pedro, estás hecho un egoísta: fijate cómo está la Iglesia en España hoy y cómo está España misma. No piensas más que en ti mismo. Hemos de pensar en la Iglesia y darnos cuenta de la situación en que se encuentra el catolicismo en nuestro país. Hemos de pensar en lo que podemos hacer personalmente en servicio de la Iglesia» (62). Don Pedro Cantero fue uno de los que acompañaban al Padre en sus visitas a los hospitales (por lo que conocía también a Somoano) y hace alusión a que el Fundador nunca le habló de vocación a la Obra: «Respetaba siempre la libertad para que cada cual eligiese su propio camino y siguiese su personal vocación. Mejor dicho, no sólo la respetaba, sino que sinceramente alababa todo cuanto se promoviese en servicio de Jesucristo y de su Iglesia» (63).

No contradice esto el afán natural de ganar miembros para la Obra: «Estamos designados por Dios -escribía un residente de Ferraz en mayo de 1936, recogiendo las ideas de Monseñor Escrivá de Balaguer- para extendernos rapidísimamente...» (64); pero este «extenderse» sólo conoce un método: Dios llama a quien quiere, y aquellos a los que llama deben dar su libre consentimiento. Ahora bien, Dios se sirve también de otras personas como «instrumentos» libres para llamar a los hombres a su servicio. Durante toda su vida, Monseñor Escrivá de Balaguer destacó la prioridad de la amistad personal como marco natural del apostolado y de encuentro con personas que se entregaran libremente al servicio de Cristo en el Opus Dei. Lo que no admitía era que se instrumentalizara la amistad, es decir, que se redujera a un simple medio para alcanzar ciertos fines, porque el único fin de la amistad es el bien del amigo. Puede ser, desde luego, un medio divino cuando el amigo es capaz de amar desinteresadamente, con honradez y sacrificio. A veces es imposible saber cuál es ese bien, que, en ocasiones, no tiene por qué ser la vocación al Opus Dei.

Junto con una mirada que calibraba cada personalidad y su verdadera vocación, el Fundador de la Obra tenía en grado máximo una capacidad natural para acercar libremente cada alma al querer de Dios. Y actuaba, en consecuencia, confiando en los demás y ganándose su confianza. Así se explica que en una persona descubriera y fomentara la vocación a la Obra, con otra persona esperara años para hacerlo y con una tercera nunca hablara de este tema; o bien, que a uno le recomendara el camino de la profesión religiosa y a otro el del matrimonio. Y la amistad nunca sufría por eso.

Ya no se conservan los lugares vinculados a la historia del Opus Dei en la calle Ferraz de Madrid. La casa número 50 es otra, y también tiene nueva construcción la número 16, a la que se trasladó la Residencia DYA en julio de 1936 y que fue destruida

durante la Guerra Civil. El solar donde estuvo situado el Cuartel de la Montaña, con cuyo asalto por las milicias republicanas se inició el 19 de julio de 1936 la época de terror comunista en Madrid, lo ocupan ahora unos bellos jardines. Y, sin embargo, mientras paseábamos con calma por esa calle me resultaba fácil imaginar la situación de entonces: la agravación del enfrentamiento político, ideológico y social que, entre 1930 y 1936, había llevado a la amarga enemistad entre la España tradicional y católica y la revolucionaria, anarquista, comunista o socialista; los profundos abismos llenos de odio que abrían zanjas en toda la sociedad, separando regiones y provincias, la ciudad y el campo, los estamentos y las clases... ¡Qué seguridad sobrenatural de estar cumpliendo la Voluntad de Dios necesitaba Josemaría Escrivá para seguir trabajando en la edificación del Opus Dei; y lo hacía sin nerviosismos y sin intranquilidades, con optimismo y buen humor constantes, pero con sentido de la realidad y sin hacerse ilusiones; esto es, con una profunda preocupación por la paz interior del país, que se deterioraba rápidamente. Aun cuando iba encontrando personas que le ayudaban (y a veces también algún bienhechor generoso), en el fondo todo dependía de él, por lo menos en cuanto a la «iniciativa»: él tenía que ir buscando el dinero, como un mendigo; él tenía que ocuparse de la instalación y acondicionamiento de los centros; él tenía que dar los Círculos de estudio (varios al día), las meditaciones y las clases de formación... Cientos de estudiantes durante los años 1934, 1935 y 1936, hasta el estallido de la Guerra, recibieron de sus manos una profunda formación cristiana, que suponía también la formación humana y espiritual. No le gustaban las largas discusiones que se acostumbraba tener en las sedes de los partidos y organizaciones (también en las eclesíásticas). Lo que le interesaba, siempre y en todo lugar, era concretar (65); no se trataba de discutir sobre la virtud de la humildad o sobre la conveniencia del rezo del Rosario, sino de ser humilde, de rezar el Rosario... Un residente de la calle Ferraz, 50, que, muchos años después, siendo ya padre de familia, llegó a ser miembro de la Obra, recuerda al cabo de decenios que el Padre conseguía ir «comunicando su vibración simplemente con dos palabras: ¡hijo mío!» (66); dos palabras que no eran una fórmula de cortesía, sino que transmitían un contenido existencial.

Con piedad filial, el Padre, ante los interminables agobios económicos, se dirigía a San Nicolás: «Sancte Nicolae, curam domus age!» («San Nicolás, ¡cuida de esta casa!»). Dejando de lado todas las dificultades y los densos nubarrones que se cernían sobre España, el Fundador iba preparando ya la expansión de la Obra a Valencia e incluso, rebasando las fronteras nacionales, a París.

El 31 de marzo de 1935 había podido celebrar por primera vez la Santa Misa en un centro del Opus Dei y dejar al Señor - reservado en el Sagrario. Este primer oratorio de la Obra era sencillo, pero digno; el Tabernáculo, de madera dorada, lo habían prestado unas religiosas. En realidad, estaba previsto que aquella primera Misa tuviera lugar en la festividad de San José, el 19 de marzo, pero en esa fecha todavía faltaba parte de lo necesario: los candeleros, las vinajeras, el atril, etc. Días más tarde, un desconocido entregaba al portero un gran paquete que contenía exactamente lo que faltaba. Nunca se pudo saber quién trajo aquel paquete; la procedencia de los regalos quedó para siempre en la sombra (67).

Con clara luminosidad, sin embargo, se ve todo lo que el Fundador y el Opus Dei deben al Obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo y Garay. No sólo permitió la instalación

del primer oratorio de la Obra, sino que, en los años posteriores a la Guerra, cuando el Opus Dei tenía que luchar con graves dificultades y resistencias en España, fue su promotor y protector. Desde el principio tuvo un gran cariño a don Josemaría. Con él comienza la larga lista de los amigos y bienhechores de la Obra entre los Obispos de todo el mundo; a él le corresponde ante la historia el mérito de haber sido el pionero en el camino del Opus Dei hacia la aprobación eclesiástica. Eijo y Garay, que antes había sido Obispo de Vitoria, llegó a la sede de Madrid-Alcalá en 1923; fue el séptimo Obispo de esta diócesis, que se había creado muy tardíamente, en 1885 (68). La dirigió durante cuarenta años, hasta su muerte en 1963. Formaba parte de una generación de Obispos que veían su función no sólo como la de un padre y pastor, sino también como la de un regente, y se comportaba de acuerdo con esta concepción de su cargo. En este punto se parecía al Cardenal Soldevila y también a muchos Obispos alemanes anteriores al Concilio. Pero a la irradiación y al ejercicio de la autoridad se unía, como se dice hoy, «la cercanía a la base». Eijo y Garay convocó sínodos diocesanos, amplió la capacidad de los seminarios, erigió nuevas parroquias y construyó iglesias en los barrios extremos de Madrid, que iban creciendo a gran ritmo. Aun cuando ocupó numerosos e importantes cargos en el sector de la educación y de la ciencia (69), siguió siendo un hombre de la Iglesia, un Obispo para el que la responsabilidad pastoral era la pauta fundamental de su actuar. Y precisamente esta responsabilidad pastoral fue la que le llevó a comprender tan pronto al Opus Dei y a apoyarlo con decisión.

Si el oratorio estaba instalado en la mejor habitación de la Residencia de estudiantes, el Fundador ocupaba la más modesta: tenía pocos metros cuadrados y la luz entraba únicamente por una pequeña ventana que daba a un estrecho patio interior; estaba amueblada con un escritorio, una pequeña mesa con una silla, una «cama turca» y un armario para la ropa litúrgica, pues a la vez servía como sacristía. Don Josemaría - todos los testigos lo afirman- tenía una «jornada laboral» de dieciocho horas diarias; fuera de las brevísimas comidas, no le quedaba momento de descanso alguno. Y, aun así, es casi inexplicable cómo conseguía atender a todo: sus deberes como Rector de Santa Isabel, las visitas a los enfermos, las catequesis, las clases en la Academia DYA, la responsabilidad por la marcha de la Residencia, los esfuerzos por conseguir los medios económicos, una labor apostólica de dimensiones casi inimaginables basada en la amistad, la conversación, el paseo, la correspondencia con cada uno (es decir, con cientos y, en toda su vida, con miles de «cada uno»)... Además, estaba la formación humana y espiritual de los miembros de la Obra, una Obra cuya fisonomía familiar, espiritualidad específica y situación canónica había que ir perfilando día a día, sin descuidar por eso su propio desarrollo y el de las labores corporativas; tareas que, a pesar de la excelente disposición y del empeño desinteresado de los miembros de la Obra, recaía en último término sólo sobre don Josemaría. Y eso que la enumeración que hemos hecho no es exhaustiva, ni mucho menos, pues especialmente en aquellos años desarrolló una importante actividad como escritor, no sólo con sus «cartas doctrinales» y con una correspondencia personal que iba aumentando continuamente, sino con otros escritos; fue en aquella época cuando también surgieron algunos de sus libros más significativos, como las «Consideraciones espirituales», editadas en 1934 y publicadas de nuevo en 1939, notablemente ampliadas, con el título de «Camino». En ese mismo año de 1934, un día, después de celebrar la Santa Misa en la iglesia del Patronato de Santa Isabel, el Fundador escribió, «de un tirón», «Santo Rosario», una obra de la literatura religiosa profundamente poética e intimista.

Junto a un máximo de disciplina, que le llevaba tanto a aprovechar el tiempo lo mejor posible como a luchar contra el cansancio y el agotamiento, hubo en su vida algo así como un «milagro de la multiplicación de las horas», pues nunca había concesiones respecto a los tiempos fijos dedicados a la oración, la lectura espiritual y otras normas de piedad, que jamás acortaba o suprimía, como tampoco prescindía de la obligación de formarse continuamente y de seguir leyendo textos científicos. Todos los que le conocieron concuerdan en que nunca parecía apurado, inquieto, nervioso o distraído al escuchar, sin mirar al reloj descaradamente o a hurtadillas (entre otras cosas porque, a partir de 1946, dejó de llevarlo, pues -decía- «no lo necesito; cuando termino una cosa, comienzo otra, y en paz» (70). No conocía esa fórmula, carente de contenido, del «no tengo tiempo», fórmula que suelen utilizar sobre todo aquellos que se dedican a «matar el tiempo» o a perderlo con un absurdo activismo; él tenía tiempo, mucho tiempo (algo casi inimaginable, milagroso), porque Dios le había otorgado el don de saber aprovecharlo y en sus manos era como un tesoro que parecía aumentar cuanto más se gastaba. «No nos debe sobrar el tiempo -decía en 1956-, ni un segundo: y no exagero. Trabajo hay; el mundo es grande y son millones las almas que no han oído aún con claridad la doctrina de Cristo. Me dirijo a cada uno de vosotros. Si te sobra tiempo, recapacita un poco (...) Me dirás, quizá: ¿y por qué habría de esforzarme? No te contesto yo, sino San Pablo: el amor de Cristo nos urge (II Cor V, 14). Todo el espacio de una existencia es poco, para ensanchar las fronteras de tu caridad» (71).

Sólo así se comprende que en el comienzo del verano de 1936, cuando toda España vivía como atenazada por el presentimiento de una catástrofe, el Fundador, en vez de cruzarse de brazos y esperar, se dedicara, con grandes sacrificios y esfuerzos, al traslado de la Residencia a su nueva sede. No conocía ni la medrosa cautela ante el futuro ni la resignación paralizante ante las consecuencias de lo pasado. Al final de la Guerra la Residencia de la calle Ferraz, 16, se encontraba en ruinas y tenía que volver a empezar prácticamente desde cero en cuanto a medios materiales para el desarrollo de la Obra. Pero no derrochó ni un solo suspiro por ello, como tampoco se amedrentó antes de comenzar la labor en cualquiera de los numerosos países a los que envió a sus hijos a lo largo de su vida, aunque indudablemente se podría haber dicho que era demasiado pronto, demasiado difícil o incluso imprudente o carente de perspectivas... Con serenidad, sin titubeos, fue recorriendo su camino en el «tiempo aritmético», fue envejeciendo hasta que Dios le llevó a su lado y en el «tiempo histórico» que le tocó vivir. Un tiempo en el que nunca faltaron guerras, catástrofes, revoluciones y crisis, en el teatro del mundo y en muchos corazones. Pero, en medio de todo, inmutables, fijos desde la eternidad, tenía siempre presentes el encargo y la meta: «Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos permanecer pasivos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de Él los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor XII, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, misioneros con misión -sin llamaros misioneros-, que tenéis el mandato concreto de negociar hasta la venida del Señor con vuestro trabajo responsable -vocacional- del que Cristo os pedirá cuenta» (72).

En mayo de 1935 don Josemaría hizo, con dos de sus hijos, una romería a la ermita de la Virgen de Sonsoles, cerca de Ávila. En febrero de 1974 recordaba el esfuerzo del camino: «Íbamos a campo traviesa, para llegar antes a la pequeña colina sobre la que se alza el Santuario de la Virgen de Sonsoles. Veíamos la ermita durante

todo el trayecto hasta que de pronto, cuando ya estábamos muy cerca, desapareció de nuestra mirada. Pero no se nos ocurrió pensar: si no la vemos, hemos perdido el camino...». Era como una imagen de la propia vida interior, de la lucha, de las ansias del alma por estar junto a Dios: «Algunos días después -siguió diciendo al recordar aquella romería- escribí una ficha (...): cuando perdemos la luz de Dios, la visión sobrenatural de las cosas, hay que recordar que en otras ocasiones la tuvimos, y seguir adelante, sin desmayos, aunque sea cuesta arriba y a ciegas» (73). Sólo una cosa es necesaria: seguir andando camino arriba, con firmeza y fidelidad, sin flaquear ante un repentino repecho, sin ceder a la tentación de tumbarse sobre un buen prado.

2 de octubre de 1962: el Opus Dei cumple treinta y cuatro años, un tiempo en el que el camino del Fundador ha sido mucho más empinado y pedregoso y lleno de peligros que aquel camino de Sonsoles. «No os podéis imaginar -dice a los miembros del Opus Dei que están reunidos con él en Roma para celebrar ese día- lo que ha costado sacar adelante la Obra. Pero ¡qué aventura más maravillosa!» (74). Y sigue hablando en presente, el tiempo del hoy que permanece siempre: «Es como cultivar un terreno selvático: primero hay que talar los árboles, arrancar la maleza, apartar las piedras..., para después arar la tierra a fondo, echar el abono (...). Una vez roturada, hay que dejar reposar la tierra, para que se airee bien. Luego viene la siembra, y los mil cuidados que exigen las plantas: prevenir las plagas; el temor a que descargue una tormenta... Es necesario esperar mucho, trabajar mucho y sufrir mucho, hasta que el trigo se encierra en los graneros.» Y tras una breve pausa agrega: «Granos de trigo apretados en las manos llagadas de Cristo: eso somos nosotros».

Guerra en España

La prehistoria de la Guerra

Una superficial visión de conjunto de la historia de España basta para comprobar que en ella las tendencias de fusión nacional y de centralización estatal, de una parte, y las del autonomismo que defiende la variedad regional por medio de un sistema particularista o incluso separatista, de otra, permanecen en tensión continua, sin que, en general, logre dominar una de ellas. La lucha multiseccular contra los árabes, que terminó en 1492 con la conquista de Granada y con la destrucción del reino moro del mismo nombre, había sido, en su origen y en su finalidad, una lucha motivada esencialmente por causas religiosas: se trataba de restablecer la unidad de una España cristiana, es decir, católica. Esta lucha había cimentado la catolicidad con más fuerza que en otros países europeos, en los que la fe del pueblo no había estado sometida a una presión tan larga y tan fuerte a la hora de mantener y de afirmar su identidad. Si embargo, la integración de las diversas regiones y de sus habitantes en una sola nación española fue mucho menor de lo que reflejaba hacia fuera el sistema de gobierno monárquico-absolutista instaurado por Felipe II y mantenido, a pesar de todas sus transformaciones y conmociones, hasta finales del siglo XIX.

La emigración, necesaria para la hispanización y cristianización de América del Sur y Central y de la zona meridional de América del Norte, alteró y debilitó la sustancia de la nación española: fueron, sobre todo, las personas de naturaleza más vital y dinámica las que se encargaron de colonizar y poblar las tierras de ultramar, y más tarde, también, de provocar el movimiento de emancipación. En la época de los últimos Austrias, que sucedieron a Felipe II (estamos en el siglo XVII), España fue cayendo en un marasmo progresivo. Su triste figura-símbolo podría ser el último vástago ibérico de la «Casa de Austria», el pobre degenerado Carlos II. El final de la Guerra de Sucesión española, en 1713, puso a los Borbones en el trono; bajo su gobierno se fue elevando lentamente el nivel social y se consiguió un cierto saneamiento estatal: disminuyó la corrupción y mejoró la administración pública. Pero fue precisamente durante el largo reinado de Carlos III (1759-1788) cuando comenzaron a formarse las «dos Españas»: la tradicionalista, aferrada a la ortodoxia católica, y la ilustrada, proclive a un «catolicismo liberal». Cada una evolucionaría con una dinámica propia; la distancia que separaba a esas dos Españas fue aumentando progresivamente, hasta convertirse, en el primer tercio de nuestro siglo, en un verdadero abismo. Los dos bandos que habían surgido así se enfrentaron, el 18 de julio de 1936, en una sangrienta lucha a vida o muerte.

A finales del siglo XVIII, la corriente de ideas del llamado «Siglo de las Luces» empezó a traspasar los Pirineos; una corriente capaz de remover los espíritus «ilustrados», pero incapaz de originar una liberalización orgánica y creciente del Estado, como en Inglaterra, o una revolución burguesa coronada por el éxito, como en Francia. La firmeza en la fe de las capas altas de la sociedad comenzó a convertirse en escepticismo, pero los «nuevos ideales» no fueron capaces de encarnarse en ellas. No se consiguió una reconciliación o, por lo menos, un equilibrio entre la Iglesia y el espíritu racionalista y laicista en boga, ni entre el tozudo feudalismo tradicional y unas

tendencias anarquistas y socialistas que, desde el principio, fueron explosivas. Es preciso constatar estos hechos para poder comprender todo lo que sigue.

El impulso nacional que supuso la lucha contra Napoleón, en quien se veía no sólo un enemigo del país, sino también de la religión y de la Iglesia, dejó paso, poco después de la expulsión de los franceses, a una profunda división interna que duraría todo el siglo XIX y que se expresaría en las numerosas revoluciones, en los «pronunciamientos». Sólo puedo referirme aquí a algunos puntos capitales. Bastará con decir que, en último término, la disputa se refería a la transformación de España, es decir, al intento de conseguir que de una sociedad feudal y agraria y de un Estado absolutista con un catolicismo monolítico surgieran una sociedad industrial igualitaria y una democracia parlamentaria con neutralidad ideológica. Esta transformación, que pretendía adaptar España a los cambios experimentados por algunos países de la Europa occidental y central, hubiera supuesto la ruptura de los lazos tradicionales entre Iglesia y Estado, el fin de la posición singular de la Iglesia católica, la drástica limitación de los privilegios de la aristocracia y la transformación, de acuerdo con el modelo británico, del papel de la Corona, es decir, la limitación de su poder. Por diferentes motivos -entre ellos ciertos residuos de fanatismo y un «sentido común» poco desarrollado-, todo esto no pudo hacerse realidad, y el proceso de transformación resultó un fracaso (1).

A lo largo del siglo XIX, en España, como en Rusia, no se produjo esa «revolución industrial» que, de la mano del capitalismo liberal, creó una nueva burguesía y trajo a Europa una nueva era. Eso hizo que el abismo que se iba abriendo entre un conservadurismo «enquistado» -por decirlo así- y un progresismo cada vez más radicalizado fuera cada vez más profundo y el choque resultara inevitable. Como en Rusia, la capa social democrática y liberal, formada por una burguesía acomodada y una «intelligentsia» burguesa, era debilísima y no pudo crear un punto de equilibrio entre esos dos extremos. La Segunda República, surgida de las elecciones de 1931, careció por eso de soporte sociológico, es decir, de unas clases medias amplias capaces de servir de «colchón» entre las clases privilegiadas, por una parte, y las clases bajas, por otra, representadas por un campesinado atrasado e inculto y un proletariado de orientación anarquista o marxista (en sus dos versiones, socialista y comunista). Faltaba, en suma, un factor indispensable para lograr que fueran disminuyendo las tensiones y se alcanzara un auténtico Estado de Derecho, democrático y parlamentario (2).

Hoy en día no cabe duda alguna de que la democracia española sencillamente no funcionó: ni en la Primera República, en 1873-74, ni en la Segunda de 1931; y no podía funcionar, porque aquella contradicción tan profundamente anclada en el alma española, que se expresaba en la polarización entre «católico-conservador» y «socialista-revolucionario», hizo saltar el delgado barniz de un republicanismo formal que mantenía unidas dos fuerzas que, de por sí, tendían a un conflicto violento.

Un año después de que Alfonso XIII despidiera al Dictador Miguel Primo de Rivera, que había dirigido el país entre 1923 y enero de 1930, también sucumbió la Monarquía. Mejor dicho: capituló sin lucha, acuciada más por imaginarios temores que por apuros reales. La mayoría de votos que los republicanos consiguieron en las grandes ciudades durante las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 (3) hicieron que el

gobierno pensara que estaba todo perdido y que el Rey abandonara el país. Los republicanos, integrados en el «Pacto de San Sebastián», formaron un gobierno provisional. En mayo de 1931 numerosas iglesias y conventos en Madrid sufrieron incendios provocados y saqueos; los hechos pronto se reprodujeron en provincias, sobre todo de Andalucía. Hay que reconocer que tanto intelectuales de corte liberal (por ejemplo, Ortega y Gasset o Marañón) como el partido socialista condenaron estas acciones, pero no por amor a la Iglesia, sino más bien por motivos «estéticos» o estratégicos. En las elecciones de junio para las Cortes Constituyentes -en las que los monárquicos, incomprensiblemente, aconsejaron la abstención-, los socialistas se convirtieron en el partido más potente, al conquistar 117 escaños, mientras que los partidos de la izquierda republicana sólo conseguían 80. Así se llegó a una coalición que disponía de la mayoría. A ella se oponía un grupo muy heterogéneo, formado por 80 republicanos conservadores y 100 radicales antisocialistas y anticlericales. El 9 de diciembre de 1931 se aprobó la Constitución de la Segunda República, con 368 votos a favor y 68 en contra.

No hay duda de que la Constitución no fue una obra maestra. Su tendencia era más bien «liberal-progresista»; no era una Constitución socialista, pero sentaba las bases para una evolución del país en dirección socialista-izquierdista. La Constitución alemana de Weimar, del año 1919, había servido de modelo en algunos puntos, en especial en lo referente al sistema de una sola Cámara, a la gran importancia que se daba a la figura del Presidente de la República y a las normas para establecer el «estado de excepción».

Es indudable que el gobierno republicano tuvo buena voluntad y procuró dar pasos eficaces para mejorar la situación de la población agraria, que, en gran parte, vivía en la miseria, sobre todo los trabajadores en los latifundios andaluces y la del proletariado industrial de las ciudades. Pero se dieron tres circunstancias que resultaron fatales para el gobierno y para la República: a) el crecimiento de la izquierda radical, anarcosindicalista y marxista o comunista, cuyo fin era instaurar, por la violencia, si fuera necesario, una sociedad socialista, marcada por la «dictadura del proletariado»; b) la debilidad (una debilidad anclada en la Constitución) del poder ejecutivo y la incapacidad y lentitud de la administración pública a todos los niveles, también en el sector municipal; c) el conflicto, que se fue haciendo cada vez más agudo, entre el Estado y la Iglesia, o, dicho con más precisión, la persecución de la Iglesia por parte del Estado. Manuel Azaña, Presidente del Gobierno entre 1931 y 1933 y de la República entre 1936 y 1939, había proclamado, ya durante los debates parlamentarios en los que se elaboró la nueva Constitución, que España había dejado de ser católica. El problema político, por lo tanto, consistía, según él, en organizar el Estado de forma que correspondiera a esta nueva fase histórica -acatólica, o mejor, anticatólica- del pueblo español (4). Esta fórmula, tan absolutamente torpe -además de sectaria e incorrecta-, así como las consecuencias que se derivaban de ella, provocó una resistencia creciente, sobre todo a partir de 1933. Richard Konetzke, el mejor conocedor alemán de la historia de España, escribe: «Las leyes anticlericales dieron origen a una contraofensiva católica. Los círculos opositoristas de derechas comenzaron a formarse políticamente. Partiendo de la "Acción Nacional" de Ángel Herrera, José María Gil Robles constituyó la "Acción Popular"; en febrero de 1933 la modificó, fusionándola con algunos grupos republicanos de derechas; así surgió la "Confederación Española de Derechas Autónomas" (C.E.D.A.). La divisa del nuevo partido consistía en la defensa de Dios y

de la patria, considerando la forma de gobierno como una cuestión secundaria, es decir, dejando abierta la posibilidad de una colaboración parlamentaria en el marco de la República. La C.E.D.A. profesaba los principios de un catolicismo social» (5).

Un movimiento totalmente distinto respecto a los citados hasta ahora era la «Falange». Es imposible, por motivos de espacio, entrar aquí en una descripción de su complicada prehistoria, que comprende una mezcla de ideas y actitudes nacionalistas, católicas y corporativas con otras propias de un fascismo nacionalsindicalista. Desde 1934, el jefe de «Falange Española» fue José Antonio Primo de Rivera, hijo del ex dictador. El uniforme consistía en una camisa azul sobre la que se veían el yugo y las flechas, tomados del viejo escudo de los Reyes Católicos.

La coalición de las izquierdas republicanas se desintegró en septiembre de 1933; en las nuevas elecciones, que tuvieron lugar en noviembre, salieron vencedores los grupos de derechas (con 217 escaños por 163 del centro y 93 de las izquierdas), pero no fue posible formar una clara mayoría. Muchos aspectos de la situación política en el país dos años y medio antes del estallido de la Guerra Civil recuerdan la situación de Alemania antes del gobierno de Hitler: el crecimiento y la radicalización de la extrema derecha y de la extrema izquierda, entre las que el centro quedó casi aplastado y condenado a una incapacidad cada vez mayor de actuar políticamente, y la impotencia física de un Estado que, en realidad, nadie había querido y, sobre todo, nadie había querido tal y como era; un Estado que ya no podía dominar las «milicias» de los partidos y las actividades terroristas, y que, al final, ni siquiera quería dominarlas...

Después de varios confusos y fugaces vaivenes políticos en los años 1934 y 1935, las elecciones de febrero de 1936 trajeron una victoria de las izquierdas, que reunieron unos 4,7 millones de votos, mientras que las fuerzas de derecha crecieron hasta acaparar unos 3,9 millones; el centro obtuvo sólo medio millón de votos, lo que supuso su colapso total. La victoria de Hitler y, por otra parte, el Gobierno del Frente Popular bajo León Blum, en Francia, ejercieron un influjo estimulante y fanatizante sobre el clima político de España, un clima que, ya medio año antes de la sublevación de parte del Ejército, hay que calificar como de casi-guerra civil.

La Junta militar creada por los sublevados se consideró a sí misma como la salvadora de la España nacional y católica, pues la posible instauración de una dictadura marxista-socialista, y finalmente comunista-soviética, en España no era tan sólo un espantapájaros inventado por las fuerzas de derechas, sino también una meta declarada de Moscú y de todos sus adeptos más o menos conscientes; una meta que -esto también es seguro- rechazaba por lo menos la mitad de los españoles.

Sobre este telón de fondo, el historiador no español hará bien en responder con cierta reserva a cualquier pregunta que se haga sobre la «culpabilidad» con respecto a la Guerra de España. Un solo culpable no suele existir, ni en asuntos privados ni ante la historia. El asesinato de un teniente de la Guardia de Asalto (una especie de fuerza de protección de la República) por los falangistas y el asesinato del diputado monárquico conservador Calvo Sotelo (que, por cierto, no pertenecía a la Falange) por policías republicanos en la noche del 12 al 13 de julio de 1936 actuaron como detonantes en un

ambiente público envenenado por el odio; un ambiente que desde hacía años iba exigiendo cada vez más víctimas. Nadie puede decir con seguridad hasta qué punto el Gobierno fue o no corresponsable del asesinato de Calvo Sotelo, por saber lo que se tramaba e incluso estar implicado en ello; lo único seguro es que los dirigentes del partido comunista conocían el plan (6).

El historiador (y no sólo él), siempre, y en especial en un asunto como la Guerra de España y el subsiguiente régimen de Franco, debe tener cuidado de no dejarse llevar por simpatías o antipatías más de lo que es inevitable para la naturaleza humana; debe, pues, preocuparse de averiguar la verdad con objetividad. Si bien es cierto que una buena parte del Ejército y las fuerzas con él aliadas habían preparado desde hacía algún tiempo una sublevación como «última ratio», también es cierto que sus deseos de dar fin a una república liberal y democrática no eran mayores que los de diversos grupos socialistas y comunistas. Éstos pusieron por lo menos tanto empeño en convertir España en un estado al estilo de la Unión Soviética como lo pusieron Franco y sus seguidores en hacer de España una dictadura fascistoide. Y decimos «fascistoide» porque ni siquiera la Falange, sobre la que Franco se apoyó en sus primeros años de poder, fue un movimiento fascista en el sentido estricto de la palabra. Se distinguía netamente del movimiento de masas nacionalsocialista, pero también del fascismo italiano. La España de Franco nunca fue un país totalitario como Alemania o la Unión Soviética.

Al escoger los testigos y al analizar sus testimonios es necesario hacerlo con especial cautela. Tanto los de los soldados y emigrantes republicanos como los de los soldados y vencedores nacionales son partidistas. Teniendo en cuenta todos los datos, he llegado, cum grano salís, a las siguientes conclusiones:

1. A comienzos de los años treinta, tras un proceso de distanciamiento que duró unos ciento cincuenta años, el odio y el miedo habían separado al pueblo español en dos bloques enemigos, de tal manera que no existía la posibilidad de un entendimiento, por lo que parecía inevitable que el volcán explotara pronto. Estaba claro que el camino que iba a seguir España en el futuro ya no se podía resolver con «discusiones» o «acuerdos», sino sólo por una vía sangrienta. Es de lamentar que se den estas catástrofes en la vida de un pueblo, pero parece fuera de lugar el «aprobarlas» o «reprobarlas», sobre todo si se hace desde fuera, y más aún desde Alemania.

2. El curso de la Guerra se caracterizó por dos circunstancias: la crueldad y la intervención extranjera en general. La historia nos muestra que las guerras fratricidas suelen dirimirse con especial rigor y con encarnizada brutalidad. En nuestros días, a más de cuarenta años de distancia de los hechos, debemos valorar la intervención internacional con objetividad. Una cosa es segura: la intervención de tropas alemanas e italianas, de un lado, y de tropas rusas y de otros países, del otro, no fue tan sólo una maniobra de preparación para la Segunda Guerra Mundial.

3. Es posible que jugara un papel importante el que Hitler quisiera «probar» nuevas armas y soldados, pero no se debe exagerar la importancia que un motivo de este tipo puede tener para un «jugador de azar» como lo era Hitler. Para Hitler y para Mussolini, además del afán de notoriedad típico de los dictadores, un argumento tuvo

gran importancia: el pensar qué consecuencias podría tener la victoria de una o de la otra parte. Es natural que regímenes étnico-nacionalistas, como los de Berlín y Roma, se inclinaron a tomar partido por el Franco antisocialista y antidemocrático, mientras la Rusia de Stalin apoyaba a la República izquierdista. Los dos bloques de poder -el bolchevique y el nazi-fascista-, al pretender que España se convirtiera en una dictadura roja o fascista, actuaban con una lógica que correspondía a sus intereses. Y los dos bloques podían apoyarse en fuerzas y en potenciales realmente existentes dentro del pueblo español.

4. Con total desacierto político, sin embargo, actuaron las democracias occidentales -Inglaterra y sobre todo Francia cuando intentaron defender, además, con medios totalmente insuficientes, algo que ni siquiera existía: una República parlamentaria libre e intacta. España no lo era. La decisión que se había de adoptar no se refería a una democracia como la del año 1776 ó 1789, sino que tenía que ver, sobre todo una vez comenzada la contienda militar, con la siguiente cuestión: ¿Una España soviética, sí o no? La derrota de Franco -hay motivos para suponerlo hubiera traído consigo una república soviético-socialista en España; cuando las democracias «verdaderas» empezaron a apoyar, con excesiva tibieza y demasiado tarde, la «falsa» democracia de Madrid, ya no estaban sirviendo ni a sí mismas ni a la causa de la libertad, sino tan sólo a Stalin y a sus fines.

5. Aunque fuera cierto -como suele afirmarse- que la ayuda de Hitler y de Mussolini hizo posible la victoria de Franco, este hecho no haría mejores a aquéllos ni peor a éste. Pero durante decenios dificultó la situación de la España de Franco en Europa, siendo la causa de que los «maestrillos de la historia» lo descalificaran. Sin embargo, podemos partir de la base de que, después de la Segunda Guerra Mundial, en Alemania, Francia e Inglaterra (y más aún en los Estados Unidos) no había casi nadie que quisiera que la Península Ibérica se hubiese convertido en una avanzadilla soviética (7).

6. Cuando terminó la Guerra con la entrada de los tropas «nacionales» en Madrid (una guerra que había durado tres años), la tierra de la patria común había acogido a más de un cuarto de millón de muertos. Konetzke escribe: «Son más las víctimas -en ambos bandos- de actos terroristas y de juicios sumarios que de los caídos en los campos de batalla» (8).

Un juicio histórico sobre Franco, sobre el Estado que él concibió y realizó y sobre los casi cuarenta años de su gobierno no son ni pueden ser tema de este libro; además, aún no es posible analizar esa época con la necesaria objetividad.

Sin fanatismo y sin neutralismo

Muchas veces se suelen plantear preguntas sobre la actitud de Mons. Escrivá de Balaguer con respecto a la tragedia española, consistente, sobre todo, en la existencia de dos bloques enemigos enfrentados a muerte entre los que parecía no existir una «tercera vía», lo que hacía que cualquier tipo de neutralidad resultara imposible.

No es preciso destacar que el Fundador quería que en su país, al que amaba intensamente, se mantuviera la tradición cristiana -católica- y que la Iglesia gozara de libertad para poder dar al pueblo una formación cristiana permanente y profunda. Deseaba, también, un orden estatal y social que garantizara todo eso, por lo que es natural que no pudiera estar a favor de un Estado decididamente ateo y marxista, que perseguía a la Iglesia y a los sacerdotes, o que, por lo menos, aprobaba o no evitaba su persecución. Era lógico que viera la victoria de Franco como un mal menor. Me parece que estas palabras, «mal menor», dan con la fórmula exacta. Monseñor Escrivá de Balaguer, al margen de sus posibles simpatías personales hacia algún tipo de gobierno determinado, fue siempre un ciudadano leal que nunca se dejó atrapar por los lazos de las ideologías políticas. Nunca fue lo que se suele llamar un «partidario de Franco», y la cuestión «República o Monarquía», que en los años posteriores, tanto en España como en Italia, exaltó de tal manera los ánimos, le preocupó muy poco.

El hecho de que nunca expresara su opinión sobre temas políticos no significa -lo hemos señalado ya- indolencia respecto a cuestiones fundamentales. Para el católico, y especialmente para el sacerdote, rigen criterios claros: nunca puede aceptar algo que va contra los mandamientos del Señor y contra la doctrina de la Iglesia, como, por ejemplo, cualquier tipo de socialismo marxista, por muy humano que se presente. «La realidad del comunismo -hoy como ayer- es de persecución contra la Iglesia -escribía en 1965 el Fundador del Opus Dei-, de atentados continuos a los derechos más elementales de la persona. Algunos hacen declaraciones contrarias a la violencia, pero a las palabras no siguen los hechos: y la Iglesia es maltratada de común acuerdo por unos y por otros» (9). Hay numerosas declaraciones tuyas de este tenor, siempre claras, comprensibles para cualquiera. Pero lo que algunas personas difícilmente entendían -y parece que siguen sin entender- era su convicción de que el peso de la lucha para defender la fe católica tiene que descansar, en primer lugar, sobre la imitación de Cristo que cada cristiano realiza en su vida cotidiana, una imitación que abarca todos los aspectos de la vida. Las «organizaciones» y los «instrumentos» pueden resultar una ayuda, pero también un peligro, en cuanto que el seguimiento personal y responsable de Cristo se puede diluir, sin mala voluntad y a menudo inconscientemente, en un activismo colectivo. Actuando en grupo, se atrofia fácilmente la disponibilidad personal y la capacidad de un encuentro con Dios «de tú a tú». «Me parece mucho mejor -opinaba Monseñor Escrivá en cierta ocasión- que haya muchos católicos bien preparados que, desde los puestos de responsabilidad, trabajen con esos instrumentos -aunque no se adornen con el nombre de católicos- y hagan de ese modo una verdadera labor católica, con sincero afecto por todos los hombres con los que trabajan» (10). Como realista que era, el Fundador del Opus Dei sabía que siempre ha habido y habrá conflictos políticos, sociales e ideológicos, ya que forman parte de la naturaleza del mundo secular; el cristiano no puede desentenderse de ellos y flotar en el aire sin tomar partido, declarándose «neutral». Forma parte de su vocación el ser testigo de Cristo, siempre y en todo lugar, y también (o mejor: precisamente) cuando los conflictos parecen querer desembocar en un «point de violence». En este camino, los pasos y el comportamiento de cada uno pueden ser diferentes; lo único que tiene que permanecer siempre igual es la fidelidad a la Iglesia y a su Fundador y Cabeza. Mons. Escrivá de Balaguer nunca se apartó de estos principios; incluso en el ambiente recalentado y fanatizado del verano de 1936 procuró que sirvieran de orientación a los suyos.

«Los suyos»: una docena de hombres jóvenes, de unos veinte años, casi todos estudiantes; entre ellos estaban Isidoro Zorzano -que era un poco mayor- y Juan Jiménez Vargas (de quienes ya hemos hablado) y Alvaro del Portillo, futuro Prelado de la Obra.

Además de Zorzano, había, entre los miembros del Opus Dei, otro «mayor», de la misma edad que el Padre (o sea, de treinta y cuatro años, lo cual no quiere decir que fuera «viejo»), que trabajaba ya profesionalmente y era un prestigioso investigador y profesor universitario: José María Albareda. Había nacido en 1902 y era químico y farmacéutico; sus investigaciones fueron innovadoras en el sector de la química del suelo; gracias a su prestigio científico y a sus experiencias internacionales (había estado en Alemania, Francia e Inglaterra), en 1939 llegó a ser Secretario General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (11) y más tarde primer Rector de la Universidad de Navarra. A la edad de cincuenta y siete años fue ordenado sacerdote; murió en 1966. Su biografía es una importante fuente de conocimientos para la vida y la actividad del Fundador, también durante los años de la Guerra de España (12).

Albareda pidió la admisión en el Opus Dei en 1937. Desde ese momento se uniría a aquellas personas como Alvaro del Portillo o Pedro Casciaro, entre otros, cuya vida quedaría inseparablemente unida a la de Josemaría Escrivá de Balaguer. Albareda poseía una personalidad acusada -más aún, eminente-, capaz de aglutinar amigos y discípulos. Como a Zorzano, el Fundador le había hecho ver que su situación específica, vital y profesional era la materia sanctitatis que Dios le había otorgado: «Tú eres un científico, hombre de laboratorio; eres profesor. Ése es tu sitio: el laboratorio y la cátedra son los lugares de tu encuentro con Cristo» (13).

En la biografía de Albareda se recoge una meditación que don Josemaría Escrivá de Balaguer, «el Padre», dio en mayo de 1936 en el oratorio de Ferraz, 50. ¿Qué quiere decir «dar una meditación»? El sacerdote toma como punto de partida un pasaje del Evangelio o, a veces, de otro libro de espiritualidad, conduciendo a los oyentes a «contemplar» su contenido de forma que se sientan personalmente aludidos e involucrados, animados así a que algo de lo que están oyendo se convierta en realidad, es decir, a ponerlo en práctica, a hacerlo parte de su vida. No es el análisis intelectual lo que figura en primer plano, sino la sencilla disposición para oír la Palabra de Dios y querer vivir de acuerdo con ella. Las meditaciones de Monseñor Escrivá -algunas de las cuales se han reunido en dos libros- han recibido el título de «Homilías», con lo que se las ha integrado en una de las categorías tradicionales de la literatura espiritual; ahora bien, en sentido estricto no son «homilías», aun cuando en ellas se trate de predicar e instruir, comentar y explicar; lo específico -lo propio de estas meditaciones- consiste en el encuentro real entre el que oye y medita y Cristo, en un diálogo callado, de tú a tú. Una «homilía», tal como la entendía Mons. Escrivá, es oración: oración común del sacerdote que habla y de los fieles que escuchan. Cada uno puede y debe mantener esa meditación en soledad, ante el Santísimo, en casa o donde sea; en el tren, en la sala de espera del médico, paseando... Y aun cuando siempre sea posible hacer esa meditación sin apoyo de ningún tipo, el Fundador del Opus Dei señaló muchas veces que el Evangelio o un libro de espiritualidad pueden suponer una ayuda que facilite el prevenir la distracción o el superar un «vacío» temporal. Por otra parte, las meditaciones que los sacerdotes de la Obra dan a los fieles son una expresión esencial de la piedad en el Opus

Dei. Y como el Fundador fijó su forma característica para los miembros de la Obra -una forma que cualquiera que tenga contacto con el Opus Dei conocerá-, la descripción de una meditación de hace muchos años tiene un valor histórico documental.

«Antes de la Misa, don Josemaría Escrivá de Balaguer pronunció una plática. Estaba sentado ante una mesita con tapete granate, a un lado del altar. Una pequeña lámpara de pantalla opaca ponía un círculo de luz sobre la mesa; allí había un crucifijo, que sacó del bolsillo, y su reloj; a un lado, un pequeño tomo de los Evangelios; delante, en medias cuartillas, el guión de la plática. Luz de dos cirios a los lados del sagrario; el resto, en penumbra. Allí sólo había sagrario y palabra. Hablaba de santificación del trabajo ordinario. Con mucha frecuencia abría los Evangelios por lugares señalados por tiras de papel y leía despacio, como delectándose, un texto. Todo giraba en torno al Evangelio. Y dirigía miradas y frases encendidas, directas, al sagrario: la plática se hacía oración» (14).

En esa ocasión, don Josemaría expuso verdades claras y sencillas que no se cansaría de repetir hasta el fin de su vida; habló también del mensaje del Opus Dei y de su naturaleza, cosas que se fueron grabando indeleblemente en el corazón de Albareda: «Tenemos que convertir -decía el Fundador- en servicio de Dios nuestra vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa. En la besana, en el taller, en el estudio, en la actuación pública, debemos permanecer fieles al medio habitual de vida; convertirlo todo en instrumento de santificación y en ejemplo apostólico» (15). Pero para poder santificar el trabajo corriente de cada día, los deberes familiares, la educación de los hijos, la participación en la vida ciudadana y en la vida de la Iglesia, la multitud de cosas pequeñas de las que consta cada día, y la vida entera de la gran mayoría; para poder santificar todo esto (santificándose también con ello) y para poder ver en cada persona al «prójimo» y en el prójimo a Jesucristo, tratándole por eso como si fuera «otro Cristo» (así decía el Fundador en aquel día de mayo), es necesario amar la libertad. «Evitad -seguía diciendo, ocho semanas antes de que se desatara la furia de la guerra en España y tres años antes de que se ciñera sobre todo el mundo- ese abuso que parece exasperado en nuestros tiempos (está patente y se sigue manifestando de hecho en naciones de todo el mundo), que revela el deseo, contrario a la lícita independencia de los hombres, de obligar a todos a formar un solo grupo en lo que es opinable, a crear como dogmas doctrinales temporales y a defender ese falso criterio, con intentos y propaganda de naturaleza y sustancia escandalosa, contra los que tienen la nobleza de no sujetarse» (16).

La voz de don Josemaría Escrivá sonaba con apasionamiento al exhortar a sus jóvenes oyentes: «¡Sois libérrimos! Oídme bien: ¡Sois libérrimos!» (17). Y les explicaba cómo se expresa esta libertad: en el deber de defender la libertad de los demás, de forma concreta, en la vida cotidiana, «en medio de la calle» y, sobre todo, en el amor que sabe aceptar a los demás como se acepta uno a sí mismo, con sus debilidades y con sus errores -de los que nadie está exento-, pero ayudándoles, con la gracia de Dios y con bondad humana, a que los vayan superando, para que, finalmente, todos sean dignos del nombre de «cristianos». Si se entiende así la libertad, ésta lleva a ser tolerante en todo lo que Dios ha dejado al libre juicio de cada uno: «Respetad la libertad de los demás -así lo resumía el Fundador-; defended la vuestra» (18).

Ante cualquier empeño de renovación cristiana, surge una dificultad capital: el retorcimiento, el orgullo intelectual, que se extiende como una zona pantanosa entre el alma del hombre moderno y la verdad. Si no se supera personalmente, no se puede llegar hasta Jesucristo; y si no se consigue secar metro a metro esa zona pantanosa, no hay posibilidad de edificar un mundo mejor. «La inteligencia -son palabras de Albareda que cita su biógrafo Gutiérrez Ríos- ha de servir para algo más que para exhibir engreimientos, para lucir agilidades, para suscitar inquietudes, para organizar catástrofes, para acotar parcelas exentas de contribución al bienestar social» (19). Estas palabras, acuñadas para la situación de España en 1936, siguen siendo válidas para todo el mundo occidental. «Aunque no moviesen el dolor y la ruina, bastarían las veleidades intelectuales (...) para sentir cansancio ante ese vaivén de exhibiciones, ante ese intelectualismo que exige comparecer a los ojos de la pública atención admiradora, para lucir su agilidad en un toreo sin toro» (20). En el recuerdo de muchos españoles, el primer tercio de nuestro siglo aparece como «una época emponzoñada por los frutos amargos y tóxicos del diletantismo intelectual y por (...) los frutos del odio» (21). Frutos que, en aquella primavera de 1936, eran tangibles en todo el país y, especialmente, en Madrid: cada día había disturbios, manifestaciones, batallas callejeras, jóvenes fanáticos con pañuelos rojos y puños alzados en el «saludo proletario»... Madrid era la ciudad de las masas endurecidas en la miseria y enfurecidas por el odio, de las miradas turbias en las que, bajo la superficie, ardía la violencia esperando su hora... Era un barril de pólvora al que ya se había aplicado la mecha.

Todos los testigos concuerdan en afirmar que don Josemaría, tanto en los años anteriores a la Guerra como durante ésta, permaneció al margen de todo fanatismo, de cualquier gesto de amargura o incluso de odio o de miedo; no caía en el desánimo o la desesperación, ni se daba a ilusiones; no dudaba ni de que la lucha sería larga y cruel ni de que el Opus Dei la superaría y, después, se extendería con más vigor. Opus Dei, opus divinum: ya no era posible borrarlo del mapa. La conciencia de este hecho es una parte fundamental del realismo que siempre distinguió a Mons. Escrivá de Balaguer y que confirman todos los que entraron en contacto con él en aquella época: «El Padre -escribe Jiménez Vargas- (22) veía como todo el mundo la gravedad de la lucha que estaba planteada (...) Pero nunca perdió la serenidad ni consintió que la alarma por lo que estaba ocurriendo, ni la expectación por lo que se veía venir, pudiera perturbar, lo más mínimo, las actividades de apostolado, la labor de la Residencia, la regularidad de los medios de formación, etc.» Sólo una cosa tenía importancia: «mantener el curso normal de la vida de la Obra» y «hacer la voluntad de Dios (...) sin sombra de pesimismo, pasara lo que pasara. Nosotros, naturalmente, no hacíamos más que intentar seguirle». La unidad de la Obra tenía prioridad; por eso «se hacía lo que había que hacer -por ejemplo, participar normalmente en unas elecciones-, pero con mucha vista y mucha prudencia para no intervenir en ninguna actuación que pudiera perjudicar a la Obra o que pudiera dar motivo a que nos confundieran con algún grupo político» (23).

El Fundador sabía que para aquellos jóvenes suponía una gran tentación el caer en un activismo político apasionado y que era muy fácil sucumbir a la tendencia a exagerar los aspectos naturales y humanos de las cosas; caer en eso hubiese supuesto, quizá, descuidar la vida interior, alejarse de Dios, relegar la espiritualidad de esa Obra que aún se estaba desarrollando... Al fin y al cabo, era grande el peligro de dejarse llevar por el amor propio.

Jiménez Vargas comenta que ellos no siempre comprendieron esta preocupación, sobre todo cuando se trataba de cosas muy personales. Por ejemplo, al Padre no le gustaba que participasen en manifestaciones políticas o hechos similares. No se trataba de limitar su libertad, sino de actuar con prudencia: eran todavía tan pocos, que resultaban inadecuadas ciertas actividades que, en el futuro, por formar parte de la normalidad ciudadana, quedarían al libre arbitrio de cada uno.

Vivir en peligro

La Guerra de España comenzó como una revolución; como una revolución roja, para ser más exactos. El asesinato del parlamentario Calvo Sotelo hizo que sobre el Gobierno republicano recayera incluso la sospecha de estar implicado en el crimen. «A la indignación por este hecho -escribe Dahms- se unía la preocupación y el miedo ante la posibilidad de nuevos desmanes. Personalidades de renombre comenzaron a abandonar el país, intelectuales de corte liberal como Marañón, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal...» (24).

Es una falsedad histórica afirmar que todos estos intelectuales huyeron de la «dictadura fascista»; en realidad huyeron de la anarquía, de los horrores de una guerra fratricida, de un régimen que, cada vez más, se deslizaba hacia el caos. Ya varios días antes del levantamiento de los generales, las milicias revolucionarias habían tomado posición ante edificios oficiales de Madrid y Barcelona; mezclados con los trabajadores del campo, asolaron en muchos lugares conventos e iglesias, y saquearon también edificios oficiales, quemando actas y documentos. Sindicatos anarquistas, socialistas y comunistas -CNT (Confederación Nacional del Trabajo), FAI (Federación Anarquista Ibérica) y POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista)- comenzaron a expropiar terrenos por cuenta propia. Inmediatamente después del asesinato de Calvo Sotelo se empezó a apresar a muchos falangistas; el Primer Ministro, el liberal Santiago Casares Quiroga, que también tenía, como suele suceder a menudo cuando se malentiende la «liberalidad», parte de culpa en la desintegración de la autoridad estatal, prohibió dos importantes diarios, «Ya» y «La Época», que habían informado (correctamente por cierto) sobre el asesinato del diputado. Así pues, el «alzamiento nacional», en sus causas, fue la respuesta (una respuesta preparada de antemano, en previsión de lo que pudiera pasar) a un intento de subversión marxista del que nadie podía dudar, puesto que estaba prevista la movilización de unos 250.000 milicianos. Es importante destacar estos datos, pues la opinión pública en Alemania -y en general en todas las democracias occidentales- está siendo víctima, desde hace bastantes años, de una falsificación de la historia de aquellos sucesos (una falsificación de cariz ideológico izquierdista), aunque las causas y los hechos reales son hoy en día perfectamente conocidos por todos los historiadores serios.

El 17 de julio empezó el «alzamiento nacional» en el Marruecos español; Franco, que al principio no era el jefe reconocido por todos, estaba en Tenerife; el 18 de julio se trasladó a Las Palmas y el 19 llegó a Tetuán y tomó el mando del ejército de África. En unas pocas horas, el 18 de julio, se fueron sublevando contra el gobierno de Madrid nuevas guarniciones, apoyadas por gran parte de la población. La primera ciudad grande de la que se apoderaron los rebeldes fue Sevilla. El Frente Popular, en la capital, reaccionó rápidamente, proclamando la huelga general; las milicias y los «guardias de

asalto» construyeron barricadas en las calles y empezaron a encarcelar a muchas personas; si conseguían detener a oficiales del ejército, les fusilaban enseguida; también empezaron a asesinar a muchos católicos y a personas «ricas» o «distinguidas». Los sacerdotes pasaron a ser casi «piezas» de caza sobre las que se ha levantado la veda. Con extraordinaria rapidez, el país quedó dividido en esas «dos Españas» que durante tantos años habían vivido ya en muchos corazones. A lo largo de más de un siglo habían luchado bajo el delgado manto, tantas veces roto y tantas veces reparado, de la unidad nacional: ahora se lanzaban una contra otra llenas de odio, quedando separadas durante treinta meses incluso desde el punto de vista territorial.

Para el 1.º de septiembre se había alcanzado una cierta consolidación (inestable, por supuesto) que dividió el suelo español, hablando en términos generales, en una zona este y una zona oeste. El gobierno de Madrid mantenía toda la parte oriental del país, además de una gran «lengua de tierra» hacia el oeste, que llegaba más allá de la mitad de la Península (alzando casi la ciudad de Badajoz), así como la costa cantábrica desde Oviedo, ciudad dominada por los nacionales, hasta la frontera francesa. Las tropas nacionales ocupaban la mitad occidental, también con una «lengua de tierra» voluminosa hacia el noreste: junto a Teruel estaban casi tan cerca del Mediterráneo como los republicanos lo estaban de la frontera con Portugal junto al Guadiana. En el corto espacio comprendido entre el lunes 13 y el domingo 19 de julio de 1936 la revolución roja se había convertido en una guerra civil.

La revuelta militar fracasó en Barcelona y Valencia, segunda y tercera ciudades del país, y también en Madrid. El nuevo centro del Opus Dei, en la calle Ferraz, 16, de esta última ciudad, que se había instalado pocos días antes, se encontraba frente al punto donde se desarrolló la lucha entre los militares sublevados y las milicias populares: el Cuartel de la Montaña. Don Josemaría y los suyos pudieron seguir los sangrientos sucesos desde la ventana. Lo que verían se puede describir con palabras de Dahms: «En la tarde del 18 de julio, varios miles de milicianos cercaron el Cuartel de la Montaña, donde esperaban ser aprovisionados con cerrojos para cincuenta mil fusiles. La guardia del cuartel no les permitió el acceso; ya entonces se anunciaba un conflicto sangriento. El general Joaquín Fanjul (...) hizo un llamamiento a la sublevación, reuniendo voluntarios que comenzaron a disparar contra los milicianos. Pero su intento de abandonar el cuartel fracasó, pues se iba acercando a las puertas una masa que crecía por momentos; además, en las primeras filas se empujaba a muchas mujeres y niños (...) En la mañana del 19 de julio, las milicias hicieron que sus cañones y carros blindados tomaran posición ante el cuartel. Un bombardeo de cinco horas de duración (en el que también intervino la aviación) demolió la moral de aquella parte de los soldados entre los que los "activistas de las células rojas" habían tomado el mando. Otros siguieron luchando. Por fin, al amanecer del 20 de julio, comenzó el asalto del Cuartel de la Montaña por los piquetes de milicianos. Los "activistas de las células" les mostraron el mejor camino, segregando -de acuerdo con la orden del 6 de junio (25)- a los "enemigos del pueblo", a los que fueron reuniendo en el patio: allí esperaban los pelotones de fusilamiento que fueron asesinando a todos los detenidos (...) Los oficiales, despojados de sus armas, fueron arrojados desde la galería más alta del edificio...» (26).

Por deseo expreso del Fundador, los que tenían familia en Madrid abandonaron el centro de la calle Ferraz el domingo 19 de julio, hacia la diez de la noche. Entre ellos se

encontraban Alvaro del Portillo, Juan Jiménez Vargas y José María Hernández Garnica, luego sacerdote y, en los años sesenta, uno de los directores del Opus Dei en Alemania. Con el triunfo de las milicias populares se aseguró no sólo la victoria de la República en la capital, sino también la continuación de la lucha. Aquel 20 de julio de 1936 comenzó una época en la vida de Monseñor Escrivá que, con sus cuatrocientos noventa y ocho días, es muy breve respecto a los setenta y tres años que vivió, pero también infinitamente larga, porque en ella corrió continuamente peligro de muerte.

En la España republicana hubo ciertas zonas en las que no se llegó a graves excesos de crueldad, pero en Madrid, en las semanas y meses siguientes, se desarrolló un verdadero régimen de terror. Ya un día después de la matanza en el Cuartel de la Montaña, Jiménez Vargas, que quiso hacerse una idea de la situación, pudo ver cómo en el depósito de cadáveres se amontonaban los muertos (27). En la mañana del 20 de julio, el Fundador, vestido con un mono (si le hubieran reconocido como sacerdote le habrían asesinado), había abandonado el centro de la Obra, acompañado por los pocos que habían pasado allí la noche, entre ellos Isidoro Zorzano. La tonsura, que no tapaba ningún sombrero, hubiese podido delatarle, pero nadie se dio cuenta de ella, y así pudo encontrar un primer refugio en casa de su madre. Allí tuvo que permanecer escondido, sin poder salir a la calle, porque todo el mundo, en aquel barrio, sabía que era sacerdote; de inmediato le habrían detenido o quizá una patrulla de milicianos le hubiera asesinado. Todo esto no son exageraciones: cerca de la casa de su madre ahorcaron a un hombre al que habían confundido con don Josemaría; desde el punto de vista humano, un error con consecuencias mortales; a los ojos de Dios, un mártir. Desde el mismo momento en que se enteró de la terrible noticia y hasta el fin de sus días, el Fundador del Opus Dei rezó y ofreció sufragios por él... (28).

El 25 de julio fue confiscada la casa de Ferraz, 16. Los documentos referentes a la Obra los había sacado de allí el Fundador, dándoselos a su madre para que los custodiara; ella consiguió salvarlos durante toda la guerra, escondiendo una parte en el colchón de su cama.

¿Cómo proseguir ahora el camino? (29) -se preguntaba don Josemaría-. Si la victoria definitiva correspondía a los comunistas y a sus correligionarios, el Opus Dei no podría seguir trabajando en España... Sería necesario salir al extranjero. «Pero si Dios -así pensaban Juan Jiménez Vargas y Alvaro del Portillo mientras deambulaban por las calles de la capital- ha querido que la Obra empezara en Madrid, y ya tiene un cierto desarrollo, no es probable que esto sea para volver a empezar. Por eso hay que esperar que todo acabará bien y continuarán con normalidad las labores que ya están empezadas» (30). Estas consideraciones, tan escuetas como llenas de fe, las apuntó Juan en su diario. «Nosotros no dudamos en ningún momento -escribe cuarenta años más tarde que al Padre no le pasaría nada. Sabíamos que el Padre tenía que hacer la Obra y la consecuencia lógica más elemental era la seguridad de que todo aquello saldría bien. Con esta idea bien clara, sin embargo, comprendíamos la necesidad de hacer todo lo posible para su seguridad personal» (31). La fuente de esta confianza era don Josemaría. Aunque él mismo sufría -y mucho más de lo que nadie pueda imaginar- porque no podía celebrar Misa ni rezar ante el Santísimo (todas las iglesias estaban cerradas), no se veía en él abatimiento ni tristeza, y mucho menos depresión, aunque no le hubieran faltado motivos: la labor apostólica estaba paralizada, el «pequeño rebaño» disperso en todas

direcciones, cada uno tratando de esconderse cómo y dónde podía... Eso, sin tener en cuenta que hablar de «esconderse» era casi una ironía, porque ningún escondite resultaba seguro a la larga. Cada uno vivía al día, en el sentido estricto de la palabra; eran constantes los registros en las casas y los controles en las calles; cada casa, cada habitación eran inspeccionadas; cada persona tenía que llevar una tarjeta de identidad que indicara su profesión y lugar de trabajo... Quien nunca ha pasado por una situación similar, no se lo puede imaginar: cada golpe a la puerta, cada timbrazo, cada paso en las escaleras es un motivo de alarma; la desconfianza del portero, el odio de alguna persona enemistada por motivos personales, la locuacidad de una vecina, la sordera de un viejo, el ruido inocente que mete un niño o el ladrido de un perro, pueden acarrear la detención, la tortura y la muerte.

A don Josemaría no sólo le llamaban «Padre», sino que lo era de verdad; cada uno de sus hijos le preocupaba con toda el alma, y no sólo en cuanto a su seguridad física, sino también su crecimiento y maduración en la vida interior, en el trato con Dios: «No descuidéis la oración; no abandonéis el plan de vida; acudid al Señor constantemente, pidiéndole que acorte este período tan duro de prueba» (32). El que Isidoro Zorzano tuviera nacionalidad argentina fue una circunstancia muy favorable, ya que podía moverse con cierta libertad; así se pudo mantener la comunicación entre don Josemaría y los miembros de la Obra, sobre todo por medio de cartas; además, Zorzano ganaba dinero: un punto importante, pues el Fundador no tenía absolutamente nada. Durante toda la Guerra, Isidoro permaneció en Madrid. Allí, además, ayudó a la familia de don Josemaría, que permaneció en la capital.

El peligro de que don Josemaría fuera descubierto en casa de su madre -lo cual podía acarrear la muerte de todos- iba creciendo de día en día. El 9 de agosto (33) pudo abandonar aquella casa para irse a la de un amigo, en la calle de Sagasta, donde permaneció escondido hasta final de mes. En la casa había una sirvienta mayor que era muy sorda, lo que fue providencial, porque el 30 de agosto se presentaron unos milicianos para registrar el piso, pero tuvieron que gritar tanto a la buena mujer para hacerse entender que don Josemaría y Juan Jiménez Vargas los oyeron y pudieron escaparse por una escalera de servicio (34).

Durante el mes de septiembre les sirvió de escondite la casa de unos amigos de la familia de Alvaro del Portillo en la que habían puesto un papel con la bandera argentina, de modo que parecía estar bajo la protección de ese país (35). El Fundador del Opus Dei tuvo que abandonar este asilo el 1.º de octubre, porque les avisaron de que les amenazaba un peligro inminente (36). Siguió algunos días y noches en los que se fue escondiendo en casas de diversos amigos, porque sólo podía permanecer unas pocas horas en cada sitio. No poseía ningún documento en regla y la frecuencia de los controles iba en aumento. Cualquier control por la calle o registro en la casa podía suponer el fin.

Cada día traía nuevas noticias sobre detenciones, encarcelamientos, fusilamientos o rumores de matanzas... Por mucha confianza en Dios que se tuviera y por muy seguro que se estuviera de la vocación, habría que encontrar una solución para que el Padre

sobreviviese: era imposible vivir por mucho tiempo como un fugitivo acorralado, escondiéndose hoy aquí y mañana quién sabe dónde...

La solución que se encontró fue curiosa, macabra y grotesca a la vez. El Dr. A. Suils, hijo de una familia de Logroño, que se había especializado en psiquiatría, dirigía un pequeño manicomio en lo que hoy es el madrileño barrio de Ciudad Lineal. Este médico sería, de momento, la salvación que se buscaba, porque, sin dudarle mucho, admitió a don Josemaría en su clínica como «enfermo mental». Allí permaneció unos cinco meses. La clínica estaba colectivizada y controlada por el sindicato socialista (UGT), por lo que era un lugar relativamente seguro. Durante estos meses en la clínica, don Josemaría no debía llamar la atención por «demasiado normal» o como «paciente especial». Un día, una enfermera sospechó que no era un enfermo mental y no le quedó más remedio que hacer el papel de loco. Si le hubieran descubierto, seguramente le hubiera costado la vida y habría comprometido seriamente al Dr. Suils.

El invierno de 1936-37, en Madrid, fue muy duro para todos. Se hacía sentir el hambre, el frío y el miedo. Para don Josemaría lo fue de manera especial. Estaba separado de su familia de sangre y de su familia espiritual. Sólo le acompañaba su hermano Santiago, a quien el Dr. Suils también había admitido en el manicomio. Estaban los dos prácticamente presos, manteniendo relación con el mundo exterior sólo por medio de Isidoro Zorzano, quien, por su nacimiento en Argentina, podía visitarles con cierta regularidad. El único consuelo verdadero que tuvo fue que comenzó a celebrar la Santa Misa en secreto, lo cual no había podido hacer desde el comienzo de la guerra.

En la clínica del Dr. Suils se resintió su salud. Tuvo que ser tratado de una poliartritis reumática y, ya fuese por la enfermedad o por efecto de la medicación, permaneció en cama durante varias semanas.

A medida que pasaba el tiempo, se iba viendo más claro que las cosas no podían seguir así. No era previsible un fin próximo de la guerra. El frente de Madrid se había estabilizado y el gobierno había conseguido afianzarse, a la par que crecía más y más su radicalismo comunista.

La protección relativa que le daba a don Josemaría su «enfermedad mental» se reducía cada vez más (37). Además, ninguna persona sana puede soportar, a la larga, una vida como paciente en una clínica psiquiátrica. Había que procurar que la abandonase cuanto antes.

Desde el principio del régimen de terror en Madrid, algunos habían encontrado refugio en diversas representaciones diplomáticas extranjeras, como las de los Países Bajos, Portugal, Noruega o Panamá. Entre los posibles lugares de asilo diplomático, aunque no fuera uno de los más seguros, estaba la «Legación de Honduras», que tenía a su frente un genérico «Cónsul honorario». Su rango no era ni siquiera el de embajada. Venía a ser un simple consulado que representaba los intereses del pequeño estado centroamericano. A pesar de eso, había conseguido la protección de una guardia en el

portal de la casa y que se respetase su extraterritorialidad. Un miembro del Opus Dei, Jose María González Barredo, consiguió, a través de un amigo, que se le admitiera en la Legación y que también pudieran refugiarse don Josemaría y su hermano Santiago, que se trasladaron allí en los primeros días de marzo de 1937.

Comenzó así una nueva época de su vida como fugitivo, que habría de durar casi medio año. Don Josemaría podía celebrar diariamente la Santa Misa, con falta de medios -sin ornamentos, etc.-, pero con corrección y con gran dignidad. Además, se le pudieron unir Alvaro del Portillo, Juan Jiménez Vargas y algún otro. El piso de la Legación de Honduras, en la Castellana, suponía una seguridad relativa, pero a la vez era una prisión. Sin una documentación adecuada, era imposible abandonarlo, ya que la menor salida podía tener consecuencias gravísimas.

La forma de vida en aquella casa llena a rebosar era totalmente anormal y bastante deprimente. «Encerrados en un mismo piso -cuenta Jiménez Vargas- vivíamos unas treinta personas de lo más heterogéneo: matrimonios con algunos niños, tipos de vida nada limpia dispuestos siempre a hablar de sus cosas, chicas jóvenes, algún religioso, etc. Toda esta mezcla, en un clima de ansiedad que facilitaba la relajación (38). Es fácil imaginarse que, bajo estas condiciones, el Fundador del Opus Dei y los que le acompañaban suponían, para algunos de los que estaban allí, casi una provocación, y para otros quizá un apoyo o incluso un ejemplo atrayente. El punto 687 de «Camino» se refiere a ello: «Jesús: por dondequiera que has pasado no quedó un corazón indiferente. -O se te ama o se te odia. Cuando un varón-apóstol te sigue, cumpliendo su deber, ¿podrá extrañarme -¡si es otro Cristo!- que levante parecidos murmullos de aversión o de afecto?».

El Fundador del Opus Dei sabía, y cualquiera que haya sido prisionero de guerra puede confirmarlo, que en esas situaciones la condición más importante para no desmoralizarse es trazarse un plan disciplinado para cada día, sin dejar horas muertas ni lugar para el aburrimiento. Por eso su primera preocupación se refería al cumplimiento exacto de ese plan diario, tal como es corriente en la vida personal y familiar de los miembros del Opus Dei: oración a horas fijas, Santa Misa, Rosario, lectura del Evangelio y, si es posible, de otro libro de espiritualidad; trabajo y tertulia (más breve al mediodía y de mayor duración por la noche). El trabajo comprendía también pequeños arreglos, el cuidado de la ropa y de las habitaciones, además del estudio y la formación, la correspondencia y el aprendizaje de idiomas. El Fundador animaba sobre todo a cuidar este último punto, pues pensaba en la expansión de la Obra en el futuro, un tema sobre el que no dudaba lo más mínimo. No dejaba por eso de mantener un trato normal con los demás refugiados, pero, a pesar de ciertos comentarios malintencionados, no se apartaba de su horario.

Su contacto con el mundo exterior siguió siendo Isidoro Zorzano; así, don Josemaría intentaba mantener en lo posible la conexión con los miembros de la Obra para garantizar su unidad espiritual y humana. Una parte de los que habían quedado en la llamada zona republicana estaban lejos de Madrid. A todos les escribía con regularidad; fue ésta una decisión nada fácil para el Padre, porque sabía el riesgo que suponía, ya que la censura, por la que pasaban todas las cartas, podía percatarse de algo;

le podía llamar la atención el número de cartas o las direcciones que se repetían, y esto podía acarrear graves consecuencias. Pero era absolutamente imprescindible mantener un mínimo de unión y de intercambio en la joven familia espiritual, y no existía otro medio de lograrlo que las cartas. Por eso el Fundador confiaba, con la fuerza de su fe, que todo saldría bien y escribía a menudo largas cartas a cada uno de sus hijos que estaban lejos y quizá en peligro...

Mientras tanto, don Josemaría continuaba planteándose una cuestión acuciante: ¿Cómo seguir adelante?... No parecía que la guerra fuera a terminar pronto; cualquier actividad sacerdotal o apostólica era prácticamente imposible; el encierro que a la larga, sin duda, traería consecuencias negativas, se iba haciendo cada vez más penoso. ¿Tendrían que permanecer durante largo tiempo, años quizá, acorralados en este encierro, cuya seguridad tenía fundamentos bastante frágiles?

En abril de 1937 se planteó por primera vez la idea de abandonar la Legación de Honduras y ganar la otra zona huyendo a través del frente. Hubiera existido tal vez una posibilidad, ya que varios miembros de la Obra eran soldados en el ejército republicano, unos porque habían sido reclutados y otros para evitar males peores. Al final se abandonó el plan, por irrealizable. Entonces, don Josemaría, que carecía de cualquier tarjeta de identidad, puso todo su empeño en conseguir un «documento» que le permitiera salir a la calle con un mínimo de seguridad. Después de muchos esfuerzos consiguió por fin un certificado que le acreditaba como «intendente general» de la Legación de Honduras y abandonó su encierro. Así, al cabo de trece meses pudo volver a salir a la calle con un riesgo que, si no era nulo, por lo menos era menor que el de antes.

Fue a vivir a un pequeño ático en la calle de Ayala, una zona donde nadie le conocía de vista. Había adelgazado mucho y, con su traje de calle gris, aunque le estaba algo grande, y su corbata, no tenía aspecto de sacerdote disfrazado. De inmediato volvió a su vida acostumbrada. Con increíble rapidez empezó a desarrollar una intensa actividad apostólica, hablando con muchas personas de amigo a amigo y como consejero espiritual, celebrando Misa (en casas privadas, por supuesto, en secreto y con graves peligros), administrando los Sacramentos e incluso dando ejercicios espirituales. Gutiérrez Ríos ha descrito unos que duraron tres días; participaron unas cinco o seis personas jóvenes, Zorzano y Albareda entre ellas. Llegaban por separado. Escuchaban una meditación y enseguida se iban, cada uno por su lado. Por la calle meditaban sobre lo que habían escuchado y rezaban en silencio el Rosario; luego se reunían para la segunda meditación en otra casa, para la Misa en una tercera (39).

En esas circunstancias, cada día que transcurría sin percances era un regalo de Dios. Don Josemaría y los que le rodeaban pensaban que, al final, la victoria sería de los llamados «nacionales» y con ello la persecución de la Iglesia llegaría a su fin: Dios había salvado a su Iglesia a través de las persecuciones de los emperadores romanos, de los árabes y los turcos, de las revoluciones francesas y rusa, y Él haría que también sobreviviera a esta guerra... Ahora bien, la seguridad que les proporcionaba la fe y la experiencia histórica no daba respuesta clara a la pregunta de cómo debe comportarse cada cristiano en una situación concreta; no daba respuesta a la alternativa que se le

planteaba a don Josemaría: permanecer en Madrid o salir de allí; ¿debería huir?... ¿podría irse?... ¿tendría que hacerlo?

Dios quiere nuestra confianza, no nuestra pasividad. En aquellas circunstancias difíciles el Fundador del Opus Dei se mantuvo con fe firme y confiada como la de un niño, obediente siempre al querer de Dios; pero esa fe estaba siempre unida al oído más atento a las inspiraciones del Espíritu Santo. Y la cuestión que ahora se planteaba era: ¿Cuál es la Voluntad de Dios en esta situación especial de comienzos del otoño de 1937? De seguro que Dios esperaba, en primer lugar, que pusiera todos los medios: entre ellos, el juicio sereno, la valoración de las propias fuerzas físicas y psíquicas. Don Josemaría podía argumentar diciendo: «Si Dios quiere realizar el Opus Dei a través de mí, entonces me protegerá y me salvará donde estoy ahora, y me salvaría incluso en el calabozo de una checa». Ese razonamiento parece humilde y lleno de confianza... pero, de haberlo aplicado, hubiera sido temerario e incluso impertinente; algo así como si un hijo que estuviera en dificultades le dijese a su padre: «A ver qué haces, tú me has traído al mundo; ahora tienes que sacarme de apuros, al fin y al cabo es tu deber; yo no hago nada, espero a ver qué haces tú ... » Esto sería absurdo; un hijo tiene que intentar resolver por sí mismo las dificultades, y buscar el camino para arreglárselas por su cuenta. Su padre le quiere, pero precisamente por eso no le quita la libertad en sus decisiones. Y la decisión, en este caso, era enormemente difícil: por una parte, la supervivencia y el desarrollo de la Obra exigían que el Fundador abandonara la zona republicana, pues permanecer allí y exponerse cada día y cada hora al riesgo de encarcelamiento o de la muerte suponía tentar a Dios, querer forzarle... Por otra, en la capital quedaban su madre, su hermana y su hermano de dieciocho años, así como Isidoro, Alvaro y todos los que no podrían huir. Irse ¿no significaba dejarlos en la estacada? ¿No se podría pensar que era miedo o falta de audacia? Con fuerza inaudita se planteaba el problema de la «rectitud de intención», que obligaba al Padre a examinar lo más profundo de su corazón: ¿Qué respondería mejor a la caridad: quedarse o huir? Fue una lucha en la oración, una lucha que fue creciendo hasta convertirse en un tormento, pero, al final, la decisión estaba tomada: huir. Sin duda fue aquella una de las situaciones más difíciles de su vida, pues en las semanas y meses que siguieron, casi hasta el último día de la aventura, cuando pensaba en los que se habían quedado, renacían las dolorosas dudas, y en más de una ocasión faltó poco para que se volviera atrás (40). El mes de septiembre transcurrió haciendo planes y estudiando posibilidades. Por fin se decidió que se intentaría la fuga a través de los Pirineos, un camino que habían recorrido ya muchas expediciones con mejor o peor suerte.

En primer lugar había que ir a Barcelona, para tratar de establecer contacto con alguno de los guías que, de cuando en cuando, conducían grupos de fugitivos a Andorra. Eran hombres jóvenes, duros y atrevidos que conocían las rutas escondidas en las montañas como la palma de su mano, contrabandistas que llevaban «mercancía humana». La peligrosa profesión había surgido en aquellas circunstancias anormales, y peligro era también seguirles por aquellas rutas intrincadas. En bastantes ocasiones, los guardias fronterizos descubrían a grupos de fugitivos que eran fusilados de inmediato.

De Madrid no partían trenes, porque la ciudad estaba casi sitiada. La única salida era la carretera de Valencia. Conseguir un coche y la gasolina necesaria no era fácil, pero por fin se arregló todo y llegó la hora difícil de la despedida: de la madre y de los

hermanos, de Isidoro Zorzano y Alvaro del Portillo, de todos los que tenían que quedarse en Madrid.

El 7 de octubre partieron hacia Valencia. Acompañaban a don Josemaría, Juan Jiménez Vargas, José María Albareda, Manolo Sainz de los Terreros -en cuya casa de la calle Sagasta había pasado el mes de agosto de 1936- y Tomás Alvira, un profesor de Instituto, amigo de José María Albareda, al que había conocido hacía pocos días (41).

En Valencia se encontraron con Pedro Casciaro y Francisco Botella, dos estudiantes de arquitectura que pertenecían a la Obra. Los dos estaban dispuestos a acompañar al Padre, aunque en aquel momento no se veía la forma de hacerlo. Estaban movilizados y destinados a servicios auxiliares en el ejército republicano. Pedro trabajaba en la oficina de la Dirección General de los Servicios de la Remonta.

Pedro Casciaro rememora una conversación que tuvo con su compañero de estudios, que refleja bien las disposiciones interiores de aquellos dos jóvenes: «Desde esa tarde habíamos pasado a ser de los "mayores" de la Obra, de los que el Padre necesitaba para sacar adelante lo que era voluntad de Dios. Recuerdo que hasta hicimos un comentario con buen humor: "Convéncete –dijo uno- que hoy hemos dejado de ser un par de jovencuelos inconscientes y que no hay más remedio que comenzar a ser hombres responsable? » (42).

Estaba previsto que Pedro Casciaro y Francisco Botella se quedaran en Valencia hasta que recibieran nuevas noticias e indicaciones desde Barcelona. Mons. Escrivá y sus acompañantes recorrieron los trescientos cincuenta kilómetros que separan Valencia de Barcelona en tren... en compañía del Señor, pues el Fundador llevaba sobre el pecho las Hostias consagradas, en una pitillera de plata que metía en una bolsita rectangular con los colores de la bandera hondureña. Aquella pitillera era entonces el único Sagrario del Opus Dei. Por el camino, el Padre estuvo continuamente rezando en voz baja, sin nerviosismo alguno, pero con preocupación y pesar por los que había dejado en Madrid y en Valencia. Al oír las blasfemias que algunos viajeros pronunciaban continuamente, el Padre decidió consumir las Sagradas Formas. No tuvo más remedio que hacerlo en el lavabo del vagón. Alguna vez, en años posteriores, habló, siempre con el mismo dolor y con el mismo amor a Jesús Sacramento, de esta Comunión nocturna que se había quedado muy grabada en su memoria (43)

La huida: de España a España

En Barcelona estuvieron seis semanas, que se convirtieron en una dura prueba para los nervios de todos. Había que conseguir tomar contacto con posibles guías para pasar el Pirineo. Eso, además de no ser fácil, costaba dinero. Del dinero dependía todo; sin dinero no habría admisión en un grupo de fugitivos... Los guías exigían que se pagara en billetes del Banco de España expedidos antes del 18 de julio de 1936. Con esta actitud daban a conocer qué victoria preveían: la junta de Defensa Nacional, formada en Burgos, había declarado por radio que una vez terminada la guerra no reconocería el dinero acuñado posteriormente en Madrid por el gobierno republicano.

La estancia en Barcelona también costaba dinero, por mucho que trataran de ahorrar pasando hambre. Buscaron diversos alojamientos. Don Josemaría, Juan Jiménez Vargas, Tomás Alvira y Manolo Sainz de los Terreros se alojaron al principio en un hotel, pero a los pocos días el Padre y Juan se trasladaron a la pensión de una señora, viuda de un Coronel. Tomás y Manolo encontraron otra pensión (44).

Superando graves riesgos, Juan Jiménez Vargas, que se estaba convirtiendo en motor y organizador de la empresa, logró traer a Barcelona a Pedro Casciaro, Paco Botella y Miguel Fisac, un estudiante que desde el principio de la guerra había permanecido escondido en el desván de una casa en La Mancha. Los tres jóvenes, desertores del ejército republicano, no sólo se encontraban continuamente en peligro de muerte, sino que, además, constituían un grave riesgo para todo el grupo, por ser los primeros que podrían llamar la atención. Habían encontrado alojamiento en una casa en la que reinaba una absoluta distinción... y un hambre absoluta; incluso el pobre perro pasaba tanta hambre que, en su desesperación, llegó a devorar un cinturón de cuero de Pedro, los calcetines que Paco había colgado a secar e incluso un pedazo de jabón, por lo que durante días estuvo soltando espuma...

José María Albareda vivía en casa de su madre. Estaban allí también dos sobrinos de cinco y siete años de edad, que pasaban horas haciendo cola para conseguir una ración de tabaco para un soldado, que se lo premiaba con un pedazo de pan. La suerte (aunque las había más crueles) de los dos chiquillos hambrientos, cuyos padres habían tenido que huir a Francia, le partía el alma a don Josemaría. «Juega con ellos -solía decir a Pedro-, entreténlos un rato.» En cierta ocasión, Pedro les preguntó si querían que les dibujara algo. Le pidieron, unánimes, «que les pintara un plato con un par de huevos fritos», lo que Pedro hizo, sin pensarlo más, y añadiendo por su cuenta unas salchichas. Cuando el Padre vio la escena, dijo a Pedro, sin que los niños lo oyeran: «¿Pero no te das cuenta, hijo mío, que es una crueldad mental dibujarle eso a estos niños hambrientos?» (45).

Tras largos esfuerzos y bajo enormes dificultades, finalmente habían podido tomar contacto, a través de intermediarios, con los guías. Pero en la segunda mitad de octubre, un grupo bastante numeroso de fugitivos que se encontraba ya en territorio andorrano había sido descubierto por las tropas republicanas en un descampado visible desde territorio español y habían acribillado a balazos a todos los componentes de la expedición. La prensa informaba con júbilo sobre el hecho. De inmediato, los intermediarios desaparecieron, a la vez que se reforzaba enormemente la vigilancia en la frontera y en el camino hacia los Pirineos. De golpe todo el empeño de fuga parecía peligrar. Sin embargo, no se desalentaron y siguieron esperando que se presentase la ocasión oportuna.

Como la espera se prolongaba, el Fundador fue a visitar a un viejo amigo, compañero de estudios en la Universidad de Zaragoza, que ocupaba un importante cargo como Magistrado al servicio de la Generalidad de Cataluña. El Padre, que, según se ve, sabía leer en los corazones, le confió que pensaba pasar a Francia con algunos jóvenes. El juez le ofreció su ayuda, pero don Josemaría rechazó la oferta para no comprometerle. Entonces, aquel hombre, que apreciaba mucho a su antiguo compañero

de estudios, le hizo ver lo arriesgado de su plan y le propuso proporcionarle un trabajo como abogado en Barcelona, pero don Josemaría no quiso aceptar. A continuación el juez le invitó a la Audiencia para que presenciara el juicio de unos que habían intentado fugarse y que fueron condenados a muerte. Aunque esto le conmovió profundamente, permaneció fiel a su decisión. Al final, el juez, aunque sabía que con ello se ponía a sí mismo y a su familia en peligro, le dijo que, si les capturaban y no les fusilaban en el acto, dijera que era hermano suyo; quién sabe si de este modo abriría una remotísima posibilidad de salvarle... Aquel hombre no era creyente; estaba, por decirlo así, «de parte del enemigo»... pero tenía corazón y gran cariño por aquel sacerdote. Más tarde, el Fundador comentaría muchas veces que le recordaba y rezaba por él.

Era como si cada día que pasara no tuviera fin. Un verdadero tormento. El Padre celebraba todos los días la Misa en la pensión en la que vivía, aun cuando no todos pudieran asistir, porque no era prudente tener una reunión de tantas personas. A diversas horas acudían a la pensión para comulgar. La consigna más importante era no llamar la atención. Tenían que pasar por personas que habían sido evacuadas, como tantas otras que habían abandonado sus hogares por causa de la guerra, y que tenían una ocupación regular en la ciudad. Siempre y en todas partes se les podía descubrir, claro está, pero en la calle era donde más posibilidades tenían de pasar inadvertidos. Por eso pasaban prácticamente todo el día paseando, rezando el Rosario o sumidos en una oración sin palabras; horas y horas caminando, sin dinero en el bolsillo y siempre con hambre... El hecho de sentarse en un banco de cualquier calle para descansar un poco podía despertar sospechas y suponía un riesgo. Cada policía que veían, hacía que el corazón les latiera más fuerte; cada hoja del calendario que se arrancaba recordaba la urgencia de salir de allí, porque corría ya el mes de noviembre, se acercaba el invierno y pronto los Pirineos se harían intransitables para los fugitivos.

Por fin, el intermediario con quien el Padre había establecido contacto dio señales de vida. Todo sucedió con gran rapidez y pronto les llegaron indicaciones precisas sobre la fecha, el modo y el lugar donde se reuniría el grupo.

Quien haga en coche ahora el recorrido entre Barcelona y Andorra le costará hacerse idea de lo que era hacerlo en aquellos tiempos de la guerra. Hoy encontrará una buena carretera, a pesar de que en la segunda mitad atraviesa una zona montañosa, siguiendo el curso del río Segre.

Los fugitivos debían alcanzar el pequeño Principado por caminos muy diferentes. La primera etapa desde Barcelona la hicieron en autobús. Después, la única posibilidad era marchar a pie hacia el norte, caminando únicamente de noche, para no ser vistos, por agotadores senderos de montaña que sólo los guías conocían.

Podemos distinguir tres fases en la peligrosa expedición. Primero, el viaje desde Barcelona hasta el punto de reunión acordado, en el que se formaría el grupo, fase que cubrieron entre el 19 y 22 de noviembre. Después, una estancia de cinco días, del 22 al 27, esperando el momento oportuno. Finalmente, el paso del Pirineo, caminando cinco noches consecutivas, entre el 27 de noviembre y el 2 de diciembre, hasta conseguir llegar a la frontera con Andorra y pasarla sin ser descubiertos.

Don Josemaría, José María Albareda, Juan Jiménez Vargas, Francisco Botella, Pedro Casciaro y Miguel Fisac partieron de Barcelona el 19 de noviembre (46). Estaba previsto que los otros dos, Tomás Alvira y Manuel Sainz de los Terreros, les siguieran algunos días más tarde y se reunieran con ellos por el camino. Para no llamar la atención, subieron al autobús de Seo de Urgel en dos grupos de tres personas; Albareda, que era quien mejor podía hacerlo, había conseguido los billetes; en un momento determinado casi se le paró el corazón cuando, en la larga cola, un señor mayor, correctamente vestido, le preguntó muy cortés e inocentemente, pero en voz alta: «Por favor, señor: ¿es éste el autobús que va a Andorra?» (47). Los seis que estaban en el autobús no viajaron juntos hasta el pueblecito de Peramola, primer punto de reunión, sino que, por motivos de seguridad, Pedro Casciaro, Francisco Botella y Miguel Fisac se bajaron antes para recorrer a pie el resto del camino. Pero no llegaron al tiempo convenido a Peramola, por lo que el Padre pasó momentos de gran preocupación, a la que se añadía la inseguridad respecto a los dos «rezagados», Tomás Alvira y Manolo Sainz de los Terreros.

La consigna era caminar de noche y mantenerse escondidos durante el día. Y nada de iniciativas personales; de la obediencia incondicional a las indicaciones de los guías dependía el éxito.

Estos guías eran, en su mayoría, jóvenes atrevidos, acostumbrados a penas y fatigas; conocían la zona como los rincones de su casa y ejercían una «profesión» tan arriesgada para sus vidas por una serie de motivos, entremezclados entre sí: a la aversión contra el régimen republicano se unía sin duda el aprovechamiento material de una situación de emergencia. Esto no era tan indigno como puede parecer. Se trataba de personas que habían llevado una vida dura, llena de privaciones, a menudo al borde del mínimo necesario para subsistir: ¿se podía esperar o exigir de personas así que pusieran su vida en juego sólo «por caridad»? El primero de los guías, que condujo a don Josemaría, Albareda y Jiménez Vargas desde la carretera donde había parado el autobús hasta Peramola, respondía al nombre de Tonillo, tenía unos cuarenta y cinco años y era algo así como el «factotum» del pueblo: cartero, sacristán, ayudante del alcalde, relojero... O sea, una persona imprescindible. Enseguida entabló conversación con el Fundador. Le impresionó que no escondiera su condición sacerdotal. Muchos años después recordaría su encuentro con él: «Era jovial, decidido, valiente. Se le veía muy listo. Le dije: "Si usted sale de ésta, hará carrera"» (48).

La primera noche, del 19 al 20 de noviembre, la pasaron en un pajar de Peramola. La segunda, en la masía de Vilaró; iba creciendo la inquietud, porque los tres estudiantes no aparecían. Por fin, en la mañana del 21, llegaron; el Fundador les estaba esperando para celebrar la Misa (49). Al anochecer del 21 de noviembre salieron de la masía. Hacía un frío intenso. La ropa y el calzado eran absolutamente inadecuados. Les condujeron a Pallerols, situado a media hora escasa de camino. Junto a la pequeña iglesia parroquial estaba la casa que había sido del cura. Estaba todo abandonado y desmantelado. Encontraron un viejo horno; tenía en el suelo, para proteger del frío, algo de paja que alguien había extendido. Como pudieron, los seis intentaron acomodarse en su «vivienda».

«Entre las sombras que proyectaba dentro del horno una mugrienta candela - escribe Casciaro- pude vislumbrar el rostro abatido del Padre: nunca lo había visto así. Conversaba con Juan como discutiendo en voz baja. De pronto oí decir a Juan una frase que me desconcertó aún más: "¡Usted va adelante vivo o muerto!"». El joven Casciaro no podía creer lo que oía. Ninguno de ellos había hablado nunca en ese tono con el Padre, a quien ahora estremecían sollozos convulsivos. Y, sin embargo, esa forma de hablar no había sido una falta de respeto, sino una muestra del cariño que Juan Jiménez Vargas le tenía: estaba convencido de que en ese momento lo único que podía ayudar al Padre era una palabra enérgica. Pues parecía claro que se encontraba en una grave crisis respecto a su decisión. Las dudas le asaltaban: ¿estaba actuando bien al abandonar a algunos de sus hijos? Por eso quería regresar a Madrid, de inmediato, ahora mismo (50).

Mientras que los demás, agotados, pronto cayeron en un profundo sueño, el Fundador pasó las largas horas hasta el amanecer en vela, rezando. Desde lo más profundo de su corazón pedía a Dios y a su Madre una señal, una señal de que estaban de acuerdo, de que decían que sí a esta su decisión, que comprendía también la responsabilidad por la suerte de sus acompañantes y por el Opus Dei, aún tan frágil. Al hacerse de día se levantó para hacer oración, como acostumbraba cada mañana; bajó a la iglesia por una escalera interior. Estaba totalmente vacía, porque todo -el altar, las imágenes...- había sido destruido y quemado. Al cabo de una media hora regresó, absolutamente cambiado. La angustia de la noche pasada había cesado. Ahora irradiaba paz, alegría y serenidad. En la mano traía una rosa de madera: una rosa de la Virgen. Quizá procedía del altar o de una imagen de la Virgen del Rosario que había estado en la iglesia y que habían quemado. Aquella rosa había quedado intacta y el Padre la había descubierto allí, entre los restos de los escombros y cenizas que quedaban. Era el 22 de noviembre de 1937. Conservó la rosa con gran cuidado. En la actualidad se encuentra en la Sede central de la Obra, en Roma, y su imagen adorna muchos altares del Opus Dei en todo el mundo. Era y es una prenda del amor de Dios... y también de la respuesta a ese Amor (51).

Cinco días permanecieron los fugitivos en los extensos bosques de la baronía de Rialp. Estaban casi encerrados en una inmensa prisión natural; había transcurrido una semana y seguían en los alrededores de Peramola, es decir, en la primera etapa. Hacía falta esperar a que el grupo de fugitivos fuese suficientemente numeroso, pues aquello también era un negocio. Acechaba el peligro, porque aunque los campesinos, en general, apoyaban los planes de fuga, en ocasiones también había traidores.

No se podía decir que los que guiaban a los fugitivos fueran personas especialmente idealistas. En caso de ser descubiertos, seguirían el lema del «sálvese quien pueda»: se darían a la fuga y abandonarían a los demás a su suerte; no veían ningún motivo razonable para dejarse asesinar junto con los demás. No tomaban en consideración ni el cansancio, ni la enfermedad, ni un accidente. Quien no podía seguir estaba perdido. Por otra parte, como siempre en situaciones extremas, entre estas figuras atrevidas -a veces tipos bizarros y románticos que parecían haber salido de una ópera como «Carmen»-, había también verdaderos héroes, personas sin miedo y capaces de grandes sacrificios, con nervios de acero y a veces muy jóvenes. Josemaría y los suyos tuvieron suerte, porque los tres guías que se sucedieron eran gente de esta índole.

En los bosques de Rialp se alojaron en una cabaña que casi no sobresalía del nivel del suelo; el Fundador la denominó enseguida «La Cabaña de San Rafael», el Arcángel protector de los viajeros (52). El día 22 llegaron los dos rezagados: Tomás Alvira y Manolo Sainz de los Terreros. En aquella cabaña, en medio de una situación realmente anormal, trataron de vivir con normalidad. Por la mañana, el Padre dirigía la meditación y luego decía la Santa Misa, que celebraba sobre el altar que construyeron con grandes piedras y troncos de pino silvestre. El día estaba exactamente distribuido con arreglo a un plan de vida. Cada uno tenía su encargo; Juan Jiménez Vargas y Francisco Botella, por ejemplo, se ocupaban de la comida. El menú consistía en setas, trigo y ardilla asada. Nadie permanecía inactivo: los estudiantes de arquitectura dibujaban, Albareda estudiaba ruso con una gramática y todos daban conferencias sobre temas profesionales. Hacían juntos un rato de oración y la lectura del Evangelio. No todos pertenecían a la Obra, pero no importaba, porque estas «normas» del Plan de vida eran válidas para una vida de piedad en medio del trabajo cotidiano y de gran utilidad para cualquier buen cristiano. La situación excepcional en la que se encontraban confirmó que la espiritualidad y la forma de vida del joven Opus Dei era realista y apta para superar cualquier crisis; no era una «chifladura» de unos cuantos extravagantes, sino algo sumamente eficaz para aquellos cristianos que quieren ser de verdad lo que su nombre indica.

El Padre y sus acompañantes no eran los únicos refugiados en el bosque. Había un gran número de personas esperando, en diversos escondites. A una hora de camino, en otra cabaña, vivían algunos sacerdotes de pueblos cercanos que habían escapado allí al comenzar la Guerra. Don Josemaría les hizo una fraternal visita; fue la «tertulia sacerdotal» más extraña que imaginarse pueda. Les dio ánimos e intentó que pasaran unas horas alegres en medio de aquella difícil situación, que ya duraba largo tiempo.

Al mediodía del 27 de noviembre comenzó el ascenso a los montes, la etapa decisiva de la fuga. Se reunieron varios grupos de fugitivos. Eran unas veinticinco personas, todos ellos campesinos catalanes, con excepción de un estudiante (53). Por la noche llegaron a una cueva donde pudieron dormir algunas horas; después continuaron hasta la siguiente parada: Ribalera, al pie del Aubens (1.583 metros), a donde llegaron al amanecer. Era el domingo 28 de noviembre, y el Padre celebró Misa. El altar, una piedra sobre la que colocaron un pañuelo blanco. El cáliz, un vaso pequeño de vidrio. Hasta Andorra no le sería posible volver a celebrar Misa... Y sólo Dios sabía si llegaría a hacerlo. Se les unió otro grupo de diez personas, fugitivos también. Durante el día permanecieron escondidos en aquel lugar, y por la tarde, con luz todavía, se pusieron en marcha.

Antes de hacerse de noche llegó Antonio, el guía de la última parte que aún les quedaba por recorrer «del camino de la muerte»... ¡Una persona increíble! Era muy joven todavía (no llegaría a los veinte), fuerte como un toro, raudo e indómito como las escabrosas rocas por entre las que tenían que trepar. Se ganó enseguida las simpatías de todos y, además, les infundió una gran seguridad. «Aquí mando yo -dijo-; los demás, a obedecer, pase lo que pase.» Empezó a dar instrucciones con rapidez: marchar en fila india y en silencio, pasar todas las indicaciones en voz baja al siguiente...

Hacía frío y la subida era muy empinada. Tomás Alvira tuvo un desfallecimiento y se tuvo que sentar. Antonio dio orden de abandonarlo... Al darse cuenta de la

resistencia pasiva de los demás, les explicó que, antes de que se hiciera de noche, tenían que alcanzar la cima, y trató de hacerles comprender que quien ya ahora no podía seguir, con más motivo sería incapaz de superar los obstáculos de los próximos días. Pero don Josemaría habló a solas con Antonio, y el duro guía se ablandó. Tomás se alzó trabajosamente y pudo seguir, bien que mal, la ascensión.

Antes de que se hiciera de día -el 29 de noviembre-, el grupo pudo alcanzar una solitaria masía. Un establo caliente les brindó alojamiento. Agotados por las horas de marcha, se tumbaron sobre la paja. No todos consiguieron dormir; les dolían todos los huesos, pero la fantasía y los nervios estaban activísimos. En la masía vivían algunas mujeres que, al mediodía, les prepararon la comida. Los fugitivos trataron de arreglar como mejor pudieron la ropa y sobre todo los zapatos. Al llegar la noche se reanudó la marcha. En esta etapa tenían que coronar dos montes -Santa Fe y Ares- de 1.200 y 1.500 metros de altitud, respectivamente. Entre uno y otro se extendía un valle que estaba sólo a unos 700 metros. Era una etapa muy dura, como la anterior, en que habían pasado el Aubens.

Lo más peligroso fue el paso del valle, porque, además de ser el lugar de más fácil vigilancia, las personas de las masías podían alertar a los de un pueblo cercano. La subida del monte Ares fue agotadora para todos, porque la pendiente era muy empinada, quizá más empinada aún que la de la noche anterior; a veces se soltaban piedras y ponían en peligro a los que venían detrás. Al Padre comenzaron a fallarle las fuerzas; su respiración se hizo irregular, y varias veces cayó al suelo: «Le ayudaban Paco y Miguel -dice Juan Jiménez Vargas-, que a ratos lo llevaban casi sin poner los pies en el suelo» (54). Además, Antonio empezó a ponerse nervioso... y con motivo, pues el éxito de la expedición dependía de que se cumpliera el minucioso plan que preveía exactamente las horas de marcha y de descanso. Pero tuvo cierta comprensión. Así, llegaron, todavía de noche, a un corral de ganado que parecía estar aislado en medio del campo. Era el martes 30 de noviembre.

Apenas oscureció, comenzó la nueva etapa: la cuarta marcha nocturna desde que salieron de los montes de Rialp. En ésta no fue preciso subir ningún monte, pero encontraron otras dificultades: la humedad y el frío, pues gran parte del tiempo tuvieron que caminar chapoteando en los ríos. La primera parte de la etapa transcurrió con relativo desahogo: primero, un largo descenso, y luego, una caminata por el llano. La segunda parte seguía el río Arabell: «Lo atravesábamos y volvíamos a atravesarlo; a ratos caminábamos dentro del agua, cerca de la ribera» (55). Una docena de veces tuvieron que cruzar sus heladas aguas. Los pantalones y los zapatos, empapados, pesaban cada vez más.

Al amanecer del 1 de diciembre divisaron, lejanas, las luces de Seo de Urgel. Quedaban menos de diez kilómetros hasta la frontera, los más peligrosos. Pasaron el día -un día muy frío- ocultos en un lugar de piedras y matorrales. Casi no les quedaban vituallas y consumieron lo poco que tenían. Durante el día se espesaron las nubes y empezó a nevar, pero por suerte pasó pronto.

Al anochecer comenzaron a caminar de nuevo. Era la decimotercera noche desde que salieron de Barcelona, la última etapa del camino. Aparecieron nuevas figuras sombrías: catorce o quince personas, con carabinas y enormes mochilas a la espalda, de las que se desprendía un intenso olor a perfume: contrabandistas. Dos o tres horas después, un valle; y la expedición se detuvo cerca del río. Antonio y los contrabandistas les hicieron guardar silencio y les dejaron solos. Los fugitivos tuvieron que permanecer en un lugar húmedo y frío que calaba hasta los huesos. Fue un parón de dos horas. Mons. Escrivá de Balaguer parecía encontrarse ya al final de sus fuerzas, pero los otros no estaban mucho mejor. Tenía los miembros entumecidos y los dientes le castañeaban. Juan intentó ayudar al Padre con un masaje en las piernas y en los brazos. En aquel momento nadie debía desplomarse, porque entonces todo hubiera sido en vano y la catástrofe, inevitable.

Por fin regresaron los guías, después de haber explorado el terreno. Cruzaron el río por una pasarela hecha con troncos; luego, un camino. Había llegado el momento de correr, sin preocuparse del miedo, pero iban cuesta arriba y la pendiente era muy fuerte.

Pronto pararon en medio del bosque y el guía indicó, de nuevo, que se ocultasen bien entre los matorrales y el arbolado. Se imponía otra pausa de espera. El silencio era total. Se veía cerca la luz de una casa y el resplandor de una hoguera. Por los ruidos que llegaban podían suponer que no estaba lejos alguna patrulla de soldados.

Después de una espera de media hora les dieron la orden de avanzar. Comenzaron a moverse. Treinta hombres encorvados, caminando en hilera en medio de un silencio absoluto. De repente, unos perros comenzaron a ladrar furiosamente. Todos se asustaron, pero los guías no hicieron caso, seguros ya de que el terreno estaba libre. Cruzaron un arroyo y atacaron una subida muy fuerte. Al poco tiempo, los guías les avisaron que se encontraban ya en Andorra. Era el jueves 2 de diciembre de 1937, poco antes del amanecer, todavía noche cerrada. Gritos de alegría, júbilo, risas, vivas y abrazos. El pequeño grupo rodeó a don Josemaría y él, de repente, comenzó a rezar la Salve. Una oración de acción de gracias subía al cielo, un cielo aún nocturno, pero que ya anunciaba el alba.

Los guías indicaron claramente la dirección que habían de seguir. El camino estaba bien señalizado. Algunos fugitivos se pusieron en marcha, pero el grupo de don Josemaría prefirió esperar a que fuese de día.

Cuando comenzó a clarear, siguieron caminando hasta Sant Juliá de Loria, a donde llegaron algo pasadas las nueve de la mañana. Tomaron un café caliente y entraron en la iglesia: el primer templo no profanado que veían desde hacía año y medio.

Poco después reanudaron la marcha, a pie, hasta Andora la Vella, capital del Principado. Encontraron alojamiento en un hotel de Les Escaldes. El 3 de diciembre, por fin, don Josemaría Escrivá pudo celebrar la Santa Misa en una iglesia, en un verdadero altar y revestido con ornamentos sagrados, después de dieciséis meses de

hacerlo en la clandestinidad. Durante la noche había caído una nevada tan fuerte e intensa que era impensable reanudar el camino. Los ocho se tuvieron que quedar una semana en Andorra.

Por fin dejó de nevar, pero las carreteras estaban intransitables y para ir a Francia había que pasar un puerto a 2.400 ó 2.500 metros de altitud. Sin embargo, era urgente partir. A don Josemaría le apremiaba llegar enseguida a la otra zona de España; además, la cuenta del hotel -aunque fuese modesto- aumentaba, y no tenían dinero.

El día 9 de diciembre hicieron los preparativos y el 10 salieron, después de haber celebrado muy temprano la Misa en Andorra la Vella. La expedición la formaban unas 25 personas, que viajaron en un camión con cadenas hasta donde fue posible llegar. Después continuaron a pie; tras una dura caminata que duró hasta las dos de la tarde, llegaron a la frontera francesa.

Un hermano de José María Albareda, al que habían avisado por teléfono, les envió dos taxis. Una vez obtenido el visado de tránsito, partieron hacia Saint Gaudens, donde hicieron noche. En la mañana del día 11 pudieron hacer una romería de acción de gracias en Lourdes, donde el Padre celebró la Santa Misa. Por la noche llegaron a Hendaya, en la frontera hispano-francesa. Gracias al aval del Obispo de Pamplona, pasaron la frontera de Irún sin complicaciones, y llegaron a San Sebastián.

A los pocos días, el Padre marchó a Pamplona, invitado por el Obispo, su viejo amigo Marcelino Olaechea. En el palacio episcopal estuvo unos días de retiro para dar gracias por los dones recibidos en las semanas y meses pasados y para disponerse a la labor que le esperaba en los próximos meses en la «zona nacional», que tampoco serían nada fáciles.

Burgos o la preparación para tiempos de paz

La castellana ciudad junto al Arlanzón, famosa por su Catedral (una joya gótica de renombre europeo), tiene, precisamente en ella, un punto de contacto con Alemania: dos alemanes, padre e hijo, contribuyeron decisivamente, en el siglo XV, a terminar la edificación comenzada en el XIII: Juan y Simón de Colonia. En los años treinta de nuestro siglo, la ciudad del Cid contaba con unos treinta mil habitantes. Burgos, que en 1808 había sido tomada por los franceses y liberada en 1813 por Wellington, se puso de lado del general Mola el 20 de julio de 1936. Allí se constituyó, el 26 de julio, una junta de Defensa Nacional y allí se proclamó, el 1 de octubre de 1936, a Francisco Franco como nuevo Jefe del Estado español. Burgos fue, hasta el final de la guerra, la sede del gobierno de la España «nacional».

Había motivos claros para que don Josemaría Escrivá de Balaguer fuera a vivir a esa capital provisional; allí podía ponerse en relación con el Obispo de Madrid y esperaba encontrar unas condiciones relativamente favorables para continuar su labor apostólica y la del Opus Dei, por lo menos en esa media España nacionalista. A comienzos de febrero llegó a la ciudad, procedente de Pamplona. Se alojó en una pobre

pensión de la calle de Santa Clara, donde ya vivía Albareda, que trabajaba en las oficinas de un organismo oficial, y más tarde se mudaron al modesto hotel Sabadell. Todos los jóvenes que habían escapado de la zona roja, muchos de ellos desertores del ejército republicano, habían sido alistados inmediatamente en el «otro» ejército. Por eso, hacia el final de la Guerra, la mayoría de los miembros y amigos de la Obra formaban parte del ejército «nacional», y muchos estaban en los frentes. Y como en esta guerra fratricida casi no se hacían prisioneros y un desertor a quien se apresara no quedaba con vida, nos podemos imaginar qué preocupación suponía para el Fundador la suerte de cada uno de sus hijos.

Francisco Botella, Paco, y Pedro Casciaro, los compañeros de fatigas de los Pirineos, cumplían el servicio militar en Burgos y podían acompañar al Padre. Pasaron a ser así sus colaboradores más inmediatos. Los recuerdos que han escrito para la Causa de Beatificación son un testimonio precioso -y también amenosobre aquel tiempo en Burgos. Muestran, en una densa concentración referida al año 1938, el perfil humano de Mons. Escrivá de Balaguer en todas sus facetas: su enorme capacidad de trabajo; su heroico espíritu de pobreza, que entonces -y en muchas ocasiones futuras- comprendía el soportar gustosamente, con humor y sin quejas, la falta de lo más elemental; su serenidad y prudencia en las más difíciles situaciones; su pedagogía, que sabía combinar cariño y autoridad sin pedantería, con amor al sacrificio, fortaleza de ánimo y buen humor.

Pedro Casciaro brinda ejemplos elocuentes de todas estas actitudes (56). Por él sabemos que en la historia de la Obra ha habido no sólo personas santas y audaces que consiguieron cosas extraordinarias, sino también... algún que otro «jaimito». Este papel lo compartían, a conciencia, Paco y él mismo. Un ejemplo: el Fundador había recibido un regalo de su amigo, el Obispo de Pamplona: un sombrero negro, ya usado, pero que por lo menos serviría hasta que se pudiera comprar uno nuevo. Sin embargo, la compra se demoraba, pues el dinero apenas llegaba para pagar el hotel y la comida, y el pobre sombrero cada vez estaba más gastado y deslucido, de tal forma que llegó a tener un brillo verdoso. Con gran realismo se dieron cuenta de que tendrían que obligar al Padre... Pero ¿cómo? Hablar con él no servía de nada. «Decidimos -escribe Casciaro- "actuar"... En ese momento estábamos acabando de preparar el envío de un número de "Noticias"... De pronto se nos ocurrió una idea que nos pareció luminosa: ¿Y si recortáramos el sombrero en trocitos y los enviáramos de recuerdo a los que estaban fuera? Ellos se llevarían una alegría y el Padre..., al no tener sombrero que ponerse, no tendría más remedio que comprarse uno nuevo. Dicho y hecho. Creo que fui yo quien se decidió a cortar el primer trozo de fieltro. Una vez comenzado el desaguisado, no había más remedio que continuar, colaborando Paco con gran entusiasmo. Los recortes fueron lo suficientemente pequeños para no tener que aumentar la franquicia postal, que ya estaba puesta. Echamos al Correo inmediatamente los sobres, de modo que cuando volvió el Padre al Hotel ya no había cuerpo alguno del delito» (57).

Bien está lo que termina bien: tras una severa reprimenda, quieras que no, sombrero nuevo. Sin embargo, una segunda coacción de ese estilo, esta vez con respecto a una nueva sotana, fracasó plenamente. Dicho y hecho: rasgaron de arriba abajo y a conciencia, ris-ras, la parte de atrás de la vieja y gastada sotana, reluciente ya por el uso..., pero se equivocaron en las consecuencias: cuando volvieron a la habitación, don

Josemaría estaba allí, sentado y cosiendo, con paciencia y sin decir una palabra, su «funda de paraguas», como llamaba a veces a su sotana. Y siguió llevándola durante mucho tiempo..., pero ahora con un aspecto todavía mucho peor (58).

Durante el día, mientras Albareda y los dos soldados iban a sus quehaceres, el Padre trabajaba muchas horas solo. En esos meses completó las «Consideraciones espirituales» del año 1934, que recibieron así su forma definitiva, publicada en 1939 bajo el título de «Camino». La mayoría de los puntos estaban escritos a mano, y prácticamente todos eran el resultado de su propia experiencia espiritual y del trato sacerdotal con hombres de carne y hueso, con personas que vivían en situaciones concretas de la vida real. El Fundador tenía por costumbre ir anotando en pocas palabras pensamientos, ideas y experiencias que le parecían dignas de ser fijadas por escrito. Para ello llevaba unas hojas sueltas en el bolsillo izquierdo de la sotana; cuando hablaba con una persona o cuando estaba con un grupo, en cosa de segundos -casi nadie se percataba- tomaba unas notas. Al principio las iba pasando a limpio usando una vieja máquina de escribir con bastante esfuerzo, pues para algunas cosas tenía poca habilidad manual; al afeitarse, se cortaba, y más de una vez, al querer borrar alguna cosa, raspando con una hoja de afeitar, hizo un agujero en el papel. Más tarde se acostumbró a dictar en cinta y a corregir el borrador (59).

También en Burgos dio forma al libro «La Abadesa de las Huelgas», del que ya hemos hablado. Muchas mañanas las pasaba en el archivo de ese monasterio de monjas cistercienses situado en las afueras de la ciudad, a donde se llega dando un pequeño paseo. Allí se dedicaba a estudiar unos documentos que tenían más de siete siglos (60).

El Padre dedicaba muchas horas del día al apostolado epistolar, que seguía siendo la única posibilidad para mantener el contacto con los miembros de la Obra y con los demás amigos. Pero las cartas, para él, no eran un sucedáneo, sino una expresión con valor propio de mutua simpatía humana; fue un apasionado escritor de cartas y, tanto en las muchas que durante su vida dirigió a todos los miembros de la Obra como en las cartas personales, sabía unir una naturalidad humana llena de cariño a un afán muy sobrenatural de dar testimonio del Amor de Dios. «Del "apostolado epistolar" -se lee en «Camino»- me haces un buen panegírico. -Escribes: "No sé cómo emborronar papel hablando de cosas que puedan ser útiles al que recibe la carta. Cuando empiezo, le digo a mi Custodio que si escribo es con el fin de que sirva para algo. Y, aunque no diga más que bobadas, nadie puede quitarme -ni quitarle- el rato que he pasado pidiendo lo que sé que más necesita el alma a quien va dirigida mi carta" » (61).

Cada mes salía de Burgos una carta circular. Se enviaba a todos los frentes de guerra: al de Madrid, al de Teruel, al del Norte, al de Andalucía... Contenían comunicaciones del Padre, consejos y estímulo, consuelo y asistencia espiritual, así como copia de cartas que habían llegado a Burgos, pues no se trataba de una corriente epistolar de dirección única, que partía de Burgos, sino que muchos miembros y amigos de la Obra escribían con profusión; lo que era interesante para todos se recogía en las circulares. Así surgió una red de comunicación epistolar que funcionaba bien y que constituiría un factor importante para, al final de la guerra, recomenzar enseguida la labor.

El Opus Dei iba a cumplir diez años y parecía haber retrocedido enormemente. Pero las apariencias engañaban: como demostraría la enorme «explosión apostólica» en su segundo decenio, había crecido para dentro. «Seguimos trabajando -escribía el Fundador en marzo de 1938- con el mismo empeño de siempre. ¡Diez años de trabajo! Dentro del undécimo, que comenzará pronto, Jesús y yo esperamos mucho de vosotros. Ahora mismo en el cuartel, en la trinchera, en el parapeto, en el forzoso descanso del hospital, con vuestra oración y vuestra vida limpia, con vuestras contradicciones y vuestros éxitos, ¡cuánto podéis influir en el impulso de nuestra Obra! Vivamos una particular comunión de los santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora de la pelea con las armas, la alegría y la fuerza de no estar solo» (62).

Escribir era sólo una parte de su actividad burgalesa, y ni siquiera la más importante. El Fundador pensaba continuamente en el futuro de la Obra, en su fortalecimiento interno y en su expansión, que, sin duda, comenzarían en España en cuanto callaran las armas y se extenderían pronto a todo el mundo (63). Es decir, ahora era fundamental ganar a más «apóstoles de apóstoles» y seguir formando espiritualmente a los que ya habían dicho que sí. Pues para éstos la Guerra tampoco pasaba sin dejar huellas; aquellos hombres jóvenes estaban expuestos a todos los peligros del embrutecimiento, de la confusión sentimental y moral que puede traer consigo una guerra de larga duración y aún más una guerra civil. Hacía falta una gran firmeza interior, además de prudencia y tacto, para mantener y profundizar, en un ambiente militar, la vida de piedad y la actitud moral de un cristiano entregado. Las visitas que hacía a los hijos suyos que estaban en el frente suponían una gran ayuda; servían, entre otras cosas, para afianzarles en su vocación e impulsar su formación espiritual y ascética en el espíritu del Opus Dei, que también puede ser vivido entre soldados, como les aclaraba el Fundador. A veces, alguno sentía que le faltaban las fuerzas para seguir el camino de la vocación, y el Padre, entonces, iba a verle para tomarle de la mano y levantarlo de nuevo. No fueron pocas las ocasiones en las que se sometió a viajes largos, incómodos y extenuantes, para apoyar a algunos de sus hijos, en cualquier sitio que estuviera, a veces cerca del frente. En este sentido, nunca le pareció excesivo ningún esfuerzo. Pero también hay que decir que su cariño era correspondido: los jóvenes soldados no escatimaban esfuerzos para, con sacrificio, ir a visitarle; muchos pasaban en Burgos gran parte del permiso -que solía ser muy breve- para poder estar con el Padre, o realizaban un viaje de veinte horas para poder hablar una sola vez con él.

Además del apostolado personal, realizaba, siempre que se lo pedía algún Obispo, una auténtica labor pastoral y de formación espiritual en bien de la Iglesia y de las almas: catequesis, retiros, ejercicios espirituales en el mismo Burgos y en Vitoria, en Avila, en Salamanca... Don Josemaría sabía transmitir a los que le escuchaban el convencimiento de lo que era más importante para ellos; no lo que les parecía más importante, sino lo que, bajo la luz del Espíritu Santo y con los ojos del Maestro, realmente lo era. En sus recuerdos, Casciari (64) cuenta que un domingo el Fundador predicó un retiro en una iglesia burgalesa, a la cual concurrió un gran número de «intelectuales»: académicos, científicos, personalidades de relieve en la vida pública. Al ver a este público, comentó que le parecía ser un relojero que se encuentra en su taller, donde hay una enorme cantidad de valiosas piezas sueltas: ruedecillas dentadas de platino, puntos de apoyo de zafiro, etc. Esas piezas son para construir un reloj, pero si se

intenta hacerlo, quizá se constate que no encajan bien unas con otras, con lo cual se tendría un reloj al que no se le podría dar cuerda o que, al cabo de pocos minutos, se pararía (65). «El reloj no funciona: ¡no me sirve! (diría el dueño) ¡Prefiero un despertador de cinco pesetas, de los que venden en Sepu!» Quizá a alguno le molestara la comparación, pero don Josemaría siguió diciendo que lo fundamental no es ser de platino, de oro o de zafiro, sino servir para un reloj que funcione bien, porque los mejores talentos, las capacidades más brillantes, el «material» más valioso adquieren valor sólo por el Amor y la rectitud con que se emplean en servicio de Dios y de los hombres.

Ya en otra ocasión había dicho que la cultura no podía ser un fin en sí misma, que la investigación científica no podía limitarse a «círculos cerrados» ni organizarse sobre la base de «sociedades de bombos mutuos»; que sería inadecuado «fabricar» intelectuales construyéndoles pedestales falsos, dirigir un instituto de investigación como un coto cerrado o utilizar una cátedra como arma de poder (66). «No se trata -así terminó aquella homilía en Burgos- de estar en alto o en bajo, sino de servir a Dios y a los demás: de poner en alto a Dios, no de ponerse uno en alto; si lo hacéis así, ese trabajo vuestro sería entonces santo y santificador» (67).

Durante los dieciséis meses que don Josemaría permaneció en la zona nacional, desde diciembre de 1937 hasta el fin de la guerra, mantuvo relación con la «otra» España, principalmente a través de Isidoro Zorzano. Por medio de un amigo que vivía en Francia, podía mantener correspondencia frecuente. Su madre, sus hermanos y los miembros del Opus Dei que habían quedado en Madrid sufrían muchas dificultades, pero estaban bien.

En el verano de 1938 Alvaro del Portillo y algún otro pudieron salir de sus escondites e incorporarse al ejército republicano para intentar pasar también a la zona nacional, tal como había hecho Ricardo Fernández Vallespín unos meses antes que el Padre. El 12 de octubre consiguieron escapar por el frente de Guadalajara, que estaba estabilizado desde hacía mucho tiempo. El 14 de octubre llegaron a Burgos.

La guerra iba llegando a su fin. El territorio dominado por el gobierno de la República iba disminuyendo paulatinamente. Entre marzo y julio de 1938, las tropas franquistas consiguieron introducir una extensa cuña que llegó hasta el Mediterráneo, rompiendo en dos partes el territorio que aún tenían los republicanos: Cataluña quedó aislada del resto. Tras una cruenta batalla en el Ebro -la más sangrienta de la guerra-, comenzó la campaña de Cataluña, que sería muy rápida: el 26 de enero de 1939 caía Barcelona.

Las tropas nacionales entraron en Madrid el 28 de marzo, sin ninguna lucha, y al día siguiente las operaciones cesaron en todos los frentes (68). El 1 de abril de 1939, el cuartel general del Generalísimo dio el último parte: «la guerra ha terminado». Había durado dos años, ocho meses y catorce días y había costado la vida a más de un cuarto de millón de personas.

Josemaría Escrivá de Balaguer regresó a Madrid el mismo día 28 de marzo. En la calle Ferraz se encontró con las ruinas de la Residencia. Entre los escombros, lo único que halló fue un pergamino con unas palabras del Evangelio de San Juan que había hecho poner, enmarcado, en una habitación de la casa: «Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem; sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia me discipuli estis: si dilectionem habueritis ad invicem». «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros» (~,o 13, 34-35). Muy conmovido, lo recogió; seis meses más tarde 'encontraba su sitio en el nuevo Centro del Opus Dei en la calle Jenner, de Madrid.

La pesca milagrosa

«Somos para la masa»

Mi viaje -demasiado corto- siguiendo las huellas de Monseñor Escrivá de Balaguer en España había comenzado en Madrid, en la calle Diego de León, 14, sede de la Vicaría regional del Opus Dei. Y allí terminó también.

El edificio no causa en absoluto la impresión de un museo, sino que está lleno de vida, como corresponde al centro de dirección de una familia de varios miles de personas. Sentí especialmente el *genius loci*, la presencia palpable del Fundador. Allí vivió desde 1940 hasta 1946, año en el que se trasladó a Roma. En esta casa solía residir cuando regresaba a Madrid. En esta casa le encontré en los recuerdos de mis interlocutores, en la impronta que habían recibido de él, y a cada paso, en las habitaciones, en los muebles, en los recuerdos; y especialmente en el oratorio, en su modesto cuarto de trabajo y dormitorio y, también, de forma emocionante, en la cripta donde descansan sus padres.

Allí se conservan también una reproducción y algunos objetos pertenecientes a un vaporcito bastante pobretón, el «J. J. Sister», un barco correo que, en 1946, recién terminada la guerra, era la única comunicación marítima regular entre España e Italia: una vez por semana hacía la travesía entre Barcelona y Génova. Este vaporcito fue el que sirvió al Fundador para su primer viaje a Roma, que, además (si se exceptúa algún viaje a Andorra, las treinta horas en Francia durante la fuga y los viajes a Portugal), fue su primera salida al extranjero. Fue un viaje realmente fundacional y de gran importancia para el Opus Dei y para la Iglesia. La Obra, que cumplía dieciocho años, iba a adquirir la «mayoría de edad» para ponerse al servicio de la Iglesia universal. Don Josemaría partía así no sólo de Madrid a Roma, sino también de España al mundo.

Lo hizo en barco, atravesando la mar: y ante aquellas reliquias del vaporcito desguazado muchos años antes me di cuenta de que este hecho encerraba un profundo simbolismo. ¡Cuánto amaba el Fundador aquellas escenas del Evangelio en las que se habla del mar y de barcas, de pescadores y de redes! ¡Cuántas veces comparó el apostolado con un «mar sin orillas»!... *Duc in altum!*: ésta era una de las jaculatorias que más repetía. Evocaba aquellas palabras que el Señor había dirigido a Pedro: «Guía mar adentro y echad vuestras redes para pescar» (Lc 5,4). Y comentaba: «Pierde tu tranquilidad y tu egoísmo. Complicate la vida. Métete en las aguas del mundo, en nombre de Cristo» (1). Él fue el primero en cumplir esta exhortación, también en aquel viaje: lo hizo porque no se permitía demoras, porque Alvaro del Portillo, que ya había realizado gestiones en Roma, le pidió que lo hiciera, porque su presencia era necesaria para conseguir que la Santa Sede aprobara canónicamente la Obra; y lo hizo a pesar de que desde 1944 padecía diabetes (una enfermedad cuya terapia presentaba entonces muchas más incomodidades que ahora), a pesar de que estaba muy enfermo y de que hacía el viaje en contra del parecer de los médicos. La travesía en aquel vapor (un veterano de cincuenta años y 1.500 toneladas, uno de esos barcos que los marinos llaman un «viejo cascarón» y en Alemania, más gráficamente aún, un «vendedor de

almas») duró más de veinte horas y tuvo lugar en medio de una fuerte tormenta, desacostumbrada para el verano: una verdadera pesadilla.

El aspecto de Alvaro del Portillo, que esperaba al Fundador en el muelle de Génova, era otro desde hacía algún tiempo; ahora llevaba alzacuello y sombrero de teja. Hacía dos años, el 25 de junio de 1944, había sido ordenado sacerdote, junto con otros dos miembros de la Obra, por el Obispo de Madrid don Leopoldo Eijo y Garay, en la capilla del palacio episcopal. La ordenación se había hecho necesaria porque el Padre ya no podía atender sacerdotalmente él solo al número creciente de miembros del Opus Dei y al aumento de la labor apostólica; y había sido posible porque, por tercera vez, Dios le había concedido una gracia fundacional: el 14 de febrero de 1943, la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz» entraba en la historia de la Obra y de la Iglesia, más o menos como un cable que Dios lanzaba al Fundador para que pudiera amarrar la barca del Opus Dei a la roca de Pedro.

Todo ello era consecuencia natural de un desarrollo sobrenatural, del «milagro» que había traído, al terminar la guerra civil, un verdadero alud de vocaciones.

En el otoño de 1939, y en un piso de Madrid, la Obra había reanudado con normalidad su labor apostólica; es decir, en la misma ciudad en que había quedado interrumpida en el verano de 1936; pues bien, cuando don Josemaría Escrivá, casi siete años más tarde, se trasladó a Roma, existían ya centros del Opus Dei en Madrid y en Barcelona, en Bilbao, Granada, Santiago de Compostela, Zaragoza, Sevilla, Valencia y Valladolid. En 1945 abría sus puertas la primera casa de retiros y convivencias: Molinoviejo, cerca de Segovia. En 1946 se instalaba el primer centro fuera de las fronteras españolas, en la ciudad universitaria de Coimbra, en Portugal (2).

Poco después de su regreso a Madrid, al final de la guerra, el Padre había vuelto a ocupar la Rectoría del Patronato de Santa Isabel. Así como existen enfermedades contagiosas, también hay curaciones y estados de salud contagiosos. España seguía sangrando de las mil heridas que le había producido la guerra fratricida; grande era la pobreza y el agotamiento después de la lucha, pero había esperanza, voluntad y afán por sanar el país. Muchos españoles tenían deseos de reconciliación y de renovación cristiana. Entre los jóvenes de las «dos Españas» crecía el número de los que se daban cuenta de que el destino (de cada uno, del país, de la humanidad) no depende, en último término, de los sistemas estatales, de las ideologías y estructuras sociales, sino de que todo esto se impregne del espíritu, de Cristo. Las últimas consecuencias de cada situación dependen, en último término, de que siempre haya esos «diez justos» con los que Abraham, regateando, habría conseguido, de la bondad de Dios, la salvación de Sodoma (Gén 18, 23-33); «justos» que, en la era del Nuevo Testamento, tras la venida salvífica de Cristo, se han de encontrar sobre todo entre los cristianos.

Y precisamente cuando estallaba la Segunda Guerra Mundial el Opus Dei recomenzaba su labor en un país que había sufrido el horroroso preludio de la gran contienda, pero que ahora no quedaría implicado en ella. Esta Guerra, que habría de durar cinco años y ocho meses, cambiaría la faz de Europa y del mundo, en una transformación que es cada vez más patente, que ha causado verdaderas montañas de

papel y dé debates, y cuyas consecuencias (y las consecuencias de las consecuencias) experimentamos todos.

Un proceso callado y nada espectacular, casi oculto: la «metanoia», la conversión en los corazones de algunos cientos de hombres y su caminar con Cristo por el mundo («mundo», esa suma de los asuntos de la tierra que se ha encomendado a los hombres), es una revolución que no llama la atención: pero puede producir transformaciones más profundas que una guerra; tiene mayor alcance y puede dar incluso una nueva dirección a la historia de la humanidad. Es ésta una idea que quizá nos resulte desacostumbrada e incluso chocante. Pero es cierta: los bautizados, que han elegido la identificación con Jesucristo porque han sentido, entendido y aceptado una vocación, una llamada, compensan todas las cabezas atómicas en los arsenales de las grandes potencias.

En los años posteriores a la Guerra de España, Monseñor Escrivá dirigió espiritualmente a cientos de personas: hombres y mujeres, solteros y casados, profesores y estudiantes, académicos y artesanos. Y muchos de ellos pidieron la admisión en la Obra. Como una gracia fundacional especial, don Josemaría poseía la capacidad de descubrir hasta la menor chispa del amor de Dios en un alma, por muy escondida que estuviera bajo la ceniza. Y casi siempre conseguía que volviera a arder en llama viva.

Normalmente una vocación al Opus Dei, hasta pedir la admisión, se va desarrollando en el alma muy despacio, a veces durante años; pero en aquel entonces este proceso interior a menudo se acortaba, como con una «cámara rápida» sobrenatural, y se daba en pocas semanas, y en algunos casos incluso en pocos días u horas. Aun cuando éstos fueron casos extremos (pero que sucedían con cierta frecuencia), la cosecha apostólica en la España de los años cuarenta iba madurando con gran rapidez y en plenitud poco común.

Mons. Escrivá de Balaguer transmitió constantemente, incansable, el mensaje de la Obra, pero nunca intentó que llegaran vocaciones por otros medios que por la oración, el sacrificio y la atención llena de cariño. Poseía un carisma que sin duda necesitaba para cumplir la enorme tarea que le había sido encomendada; un carisma que consistía en reconocer inmediatamente en las personas su «disposición» para una entrega de acuerdo con el espíritu del Opus Dei. Se daba cuenta enseguida si una persona estaba llamada para este o para otro camino, si podría «ir rápido» o necesitaría tiempo. Algo que, sin embargo, no modificaba en absoluto la amistad y estima que sentía hacia cada uno. Dios llama a quien quiere. Nadie puede hacer más que esto: ir delante de quien Él llama, tocando la campanilla. Y Monseñor Escrivá tocaba una campana perfectamente perceptible, que hizo que muchos dormilones se levantaran de la cama, abrieran la ventana y asomaran la cabeza para poder ver ya, de lejos, al pregonero divino... También se pueden entender en este sentido las palabras del Fundador: «Somos gente de la calle. En medio del mundo, iguales entre nosotros iguales, entre todo tipo de personas, con los brazos abiertos a todas las almas, siendo luz y sal, sin ningún distintivo externo, que no tenemos por qué llevar: sólo hay una diferencia, que es interior, del alma: la vocación, que el Señor nos ha dado» (3). Para

contagiar a los demás -y no sólo para eso, sino también para «contagiarse» a sí mismo- hay que salir de las cuatro paredes que, a menudo, le aprisionan a uno.

El «apostolado del viaje», del «despliegue»: ya el sentido común lo dictaba como lo más natural... y la experiencia de dos mil años de labor misionera de la Iglesia lo confirmaba como lo más adecuado y aconsejable. Don Josemaría, incansable, viajó a todas las grandes ciudades, y a algunas menos grandes de España. Esos viajes no suponían precisamente una diversión: había que prescindir de cualquier comodidad, de conceptos como «descanso», «tiempo libre», «fin de semana» y otros que han pasado a ser los ídolos de la sociedad occidental y casi su único, su último consenso. Tras una semana de noventa horas, que era lo «normal», el Fundador viajaba en tren, casi siempre en la tarde del sábado y haciendo noche en el viaje, a la ciudad en cuestión; el domingo por la noche utilizaba el mismo medio de transporte para regresar a Madrid, donde proseguía el trabajo con toda normalidad el lunes por la mañana. Y no hay que pensar en los trenes de lujo que conocemos hoy, sino en viejos vagones con duros bancos de madera, avanzando parsimoniosamente, a sacudidas, entre vahos de vapor. Y España es grande: como dos veces la República Federal de Alemania. Diez o doce horas de viaje no eran nada extraordinario. Y cuando, de mañana, llegaba a la ciudad, no le esperaba un centro del Opus Dei: las meditaciones tenía que darlas en la habitación de algún hotel (y de un «hotel» tampoco se podía esperar gran cosa en aquella época), y las conversaciones con las personas que iba a ver tenía que tenerlas en el banco de un parque, en un rincón de un pequeño café o paseando...

Nada ha cambiado respecto a este modo apostólico. En todos los países a los que ha llegado la Obra y en todos a los que llegará, la labor empieza siempre así: con confianza en Dios, con laboriosidad y buen humor; y nunca falta el compañero más fiel: la pobreza. Es importante comprender que se trata de una pobreza en sentido literal: comidas muy sencillas (a veces sólo una comida fuerte al día), vida en condiciones muy modestas, viajes en los medios de transporte más baratos... Aun así, muchas veces hubo problemas para pagar los billetes de aquellos «viajes de apostolado». Una vez -contaba Mons. Escrivá de Balaguer-, en plena guerra, se encontró sin dinero suficiente para el viaje de regreso de Córdoba a Burgos; entonces vació sus bolsillos, puso todo el dinero que tenía en la taquilla y pidió un billete en dirección a Burgos, hasta donde llegara con aquel dinero... Supongo que el empleado le miraría algo perplejo, pero el Padre consiguió llegar hasta cerca de Salamanca, a unos doscientos cincuenta kilómetros de la meta de su viaje (4).

«No basta querer ser pobre -dice el Fundador-. Hay que aprender a ser pobre» (5). Y él mismo dominó a la perfección el arte de la pobreza: cuando estaba solo, comía muy poco y con gran rapidez, pero si tenía un huésped se desvivía por tratarle bien, aunque se gastara la última peseta y tuviera luego que ayunar; recorrió muchísimos kilómetros a pie por las calles de Madrid, pero cuando invitaba a comer a un sacerdote que se encontraba muy solo y algo desanimado hacía que se le recogiera y llevara luego a su casa en taxi; ¡cuántas noches, cuando en Roma se estaban haciendo obras en la sede central del Opus Dei, en Villa Tevere, durmió en el suelo! ¡Cuántos años palo sin colcha para su cama! Su dormitorio era tan sobrio, que en él querría vivir poca gente de nuestro país; y, sin embargo, los que le visitaban se admiraban del buen gusto de las salas de visita y de la belleza de los oratorios.

No hay un solo centro del Opus Dei de entre los cientos que existen que se haya instalado con holgura, o al menos con los medios necesarios; siempre y en todo lugar se han dado los signos precisos para reconocer, sin posibilidad de error, que se trata de una cosa de Dios; el trabajo profesional es la primera fuente de ingresos y, como nunca basta, se procura reunir dinero o -digámoslo claramente- pedir limosna, se buscan contactos, se piden citas, se hace antesala, se camina bajo el viento, el frío y la lluvia o bajo el sofoco del calor; se advierte que el otro sólo quiere deshacerse cortésmente de uno, se experimenta lo que supone que le echen a uno, que no le den nada o que le despachen con un pequeño donativo para que deje de «dar la lata»... Siempre y en todo lugar se ha repetido esta historia, y también la historia contraria: ayuda, generosidad y comprensión por parte de muchas personas de carácter y condición muy diversos. Sí: siempre y en todo lugar se ha dado este fenómeno contrario, porque Dios no se deja ganar en generosidad y a las pequeñas renunciadas por amor responde con la abundancia de su gracia.

Es característico del Opus Dei el que dos cosas vayan siempre muy unidas: los esfuerzos de cada uno por conducir a otros a la entrega total a Cristo en medio del mundo (es decir, el preparar a las personas para responder a su vocación) y la propia formación religiosa y espiritual que capacita para ello. Si se quiere invitar a alguien a buscar la santidad y la imitación de Cristo en la vida cotidiana, y si se quiere que la invitación surta efecto, es necesario querer crecer personalmente en esa santidad. Con el desarrollo de la Obra, esta doble actividad, el apostolado en el mundo y la mejora de la propia vida interior y del espíritu de familia (que en realidad constituye una unidad), se fue distribuyendo sobre más espaldas. Pero al principio el peso recaía exclusiva o casi exclusivamente sobre el Fundador. Viajaba por toda España, de norte a sur y de este a oeste, para ir extendiendo el Opus Dei. Preparaba la fundación de cada centro, en cada ciudad, con su labor de catequesis, sus conversaciones con el Obispo diocesano, sus contactos con los organismos oficiales. Y a la vez se dedicaba, incansable, a la formación de los que ya pertenecían a la Obra: se trataba -les decía- de ganar la «batalla de la formación».

Las cartas que dirigía en aquellos años a los miembros de la Obra, las Instrucciones que iba escribiendo para encauzar aquella «batalla», dejan entrever algo del fuego que ardía en su alma. «Espera el Señor de vosotros y de mí -escribía en 1940- que, gozosamente agradecidos por la vocación que su infinita bondad ha puesto en nuestra alma, formemos un gran ejército de sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres, de manera que pronto sean innumerables las almas que puedan repetir con nosotros: cantad al Señor un cántico nuevo; sea toda la tierra un cántico de alabanza a Dios» (6). Y haciendo alusión a la parábola del convite mesiánico, en la que el Señor ordena: «Sal a los caminos y a los cercados, y obliga a entrar (compelle intrare), para que se llene mi casa» (Lc 14, 23), se lee en una carta del año 1942: «El compelle intrare, que habéis de vivir en el proselitismo, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de Dios: filiación que os llena de una serena felicidad... que los demás ven y envidian... Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del compelle intrare (7). Y un año más tarde: «Hijas e hijos queridísimos, daos cuenta de tantas cosas como el Señor, la Iglesia, la humanidad entera esperan del Opus Dei, que es todavía casi

como una semilla escondida en el surco; percataos de toda la grandeza de vuestra vocación y amadla cada día más, decididos a ser el instrumento que el Señor necesita, con optimismo, con alegría, con sentido sobrenatural. Adelante, hijos míos, que Jesús y la Iglesia esperan mucho de vosotros; pero que se os meta bien en la cabeza y en el corazón que no haremos nada si no somos santos» (8). Y otro año después: «Si pedimos en nombre de Jesucristo, el Padre nos lo concederá, estad seguros. La oración ha sido siempre el secreto -el arma poderosa- del Opus Dei: la oración es el fundamento de nuestra paz y de nuestra eficacia apostólica...; por eso os insisto en que tengáis fe en que el Señor nos concederá lo que pedimos» (9). Una carta especialmente conmovedora es la de mayo de 1945, fechada dos días antes de que se terminara la guerra en Europa: «Somos para la masa, hijos míos, para la multitud. No hay alma a la que no queramos amar y ayudar, haciéndonos todo para todos: omnibus omnia factus sum (I Cor IX, 22) (11). No me deja de interesar ninguna criatura, hijas e hijos míos: deseo llevarlas todas a Dios. ¡Me duelen las almas! A veces no entiendo cómo me aguantan el corazón y la cabeza. Éste es el espíritu nuestro: sentir el lamento de tantos corazones áridos, que parecen decirnos *hominem non babeo* (Ioann V, 7), no tengo quien me dé una mano y me acerque a la luz y al calor de Cristo... Somos nosotros otros Cristos, llamados a correderimirlí, y tampoco se puede seccionar nuestra vida de hijos de Dios en su Obra, separándola de nuestro celo apostólico» (12).

En numerosísimas ocasiones, de palabra y por escrito, el Fundador dio salida a esta fuerza motriz de todo su vivir y quehacer, una fuerza que se identifica con el sentido que tiene la vida en el Opus Dei. «Porque no tiene vocación para el Opus Dei -decía aquel que no tiene sed universal de almas. Tú y yo, hijos de Dios..., cuando vemos a la gente, tenemos que pensar en las almas: he aquí un alma -hemos de decirnos- que hay que ayudar; un alma que hay que comprender; un alma con la que hay que convivir; un alma que hay que salvar» (13). Pero esta exigencia paulina del amor universal como fundamento del apostolado universal no excluye, ni mucho menos, la prudencia e incluso el deber de tener en cuenta ciertas circunstancias. Ya en una instrucción del año 1934 había presentado algo así como un catálogo negativo de la vocación a la Obra: «No caben: los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos. Caben: los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas» (14). Y ¿qué pasa con los intelectuales, con los sabios? «Bienvenidos sean los sabios a la Obra, pero nos conformamos con que la mayoría - todos los demás- sean doctos en su profesión o en su oficio» (15). Esta cercanía a la vida, este sentido de la realidad es casi «refrescante»: espíritus grandes, personalidades importantes, los «fuera de serie»... sí, bien, muy bien..., pero lo que el Opus Dei necesita y lo que Dios quiere que haya en él son «hombres y mujeres... cultos, santos, discretos, obedientes y enérgicos, que son quienes sacarán adelante la Obra, como premio de su humildad» (16). Y en una lista que casi suena pintoresca va enumerando lo que -como dice- «interesa a Dios nuestro Señor»; le interesa que haya muchas vocaciones entre las personas que, por su profesión, están ya continuamente rodeadas de otras personas y que, enseguida, pueden ser «multiplicadores»: maestros artesanos, funcionarios, representantes, peluqueros, farmacéuticos, comadronas, carteros, camareros, vendedores de periódicos... (17). O sea: nada de elitismos; el Fundador buscaba hombres que estuvieran dispuestos a servir como fermento de Cristo en el pan divino que es la humanidad, no hombres que se empeñaran por todos los medios en ser pasa o almendra en un buen bollo. Por eso, su mirada se dirigía con perseverancia hacia aquellos que, desde un punto de vista sociológico, eran ya algo así como el fermento en la masa de la

sociedad y que tan sólo tenían que recibir el refrendo sobrenatural de su posición natural.

Con juventud y entusiasmo por Cristo

La Sección de mujeres del Opus Dei sufrió mucho durante la guerra. Mientras que en 1939 el Fundador pudo recomenzar la labor con los varones con un «equipo base» robustecido por los peligros y las aflicciones que habían superado conjuntamente, en el caso de las mujeres había que volver a empezar prácticamente desde cero. Las causas son obvias: en las condiciones de guerra que reinaban en las dos partes de España el Padre no había podido mantener contacto personal con ellas. Por eso se rompieron los lazos; durante una temporada incluso circuló el rumor de que el Fundador había muerto. Algunas de las mujeres, a las que ya no podía dirigir personalmente ni transmitir con mayor profundidad el espíritu del Opus Dei (un espíritu que hasta 1936 sólo había empezado a germinar en ellas, pero sin que pudiera echar raíces profundas), se fueron por otros camino y tomaron, en parte, formas de vida propias de las religiosas.

Nada más natural para este «segundo comienzo» (que se incoó ya en Burgos, durante la guerra) que dirigirse especialmente a los parientes de sus hijos y de cuantos participaban en las labores del Opus Dei. Era lógico, puesto que el Opus Dei no se extiende por medio de campañas y acciones de propaganda, sino mediante una siembra y germinación de persona a persona, por «contagio», de amigo a amigo o dentro de una familia. Es natural, pues, que las familias de los miembros y de los amigos de la Obra constituyeran el primer vivero de vocaciones para la Sección de mujeres. Como antes de la guerra, también ahora iban a confesarse con don Josemaría en alguna iglesia de Madrid; las meditaciones las daba en la casa de la calle Jenner, donde, con su madre y sus hermanos, ocupaba una vivienda separada de la Residencia de estudiantes. En 1940 se efectuó el traslado a Diego de León; la Sección de mujeres encontró también allí un «hueco» separado del resto de la casa, y don Josemaría se pudo ocupar de la formación espiritual, de la dirección y de la atención sacerdotal de las primeras. La labor apostólica pronto empezó a crecer visible y continuamente, de tal forma que ya en 1942 pudo abrirse el primer centro sólo para ellas.

En el capítulo anterior hemos hablado de algunos documentos de gran valor histórico que escribieron los primeros miembros varones del Opus Dei. Afortunadamente contamos también con documentos escritos por las primeras mujeres. Los recuerdos sobre el Fundador que Encarnación Ortega puso por escrito en 1978 con destino a la Causa de Beatificación abarcan más o menos el decenio comprendido entre 1942 y 1952. Están redactados con un estilo muy gráfico y se refieren a una época de gran relevancia histórica para la Obra: años de duras contradicciones para Monseñor Escrivá de Balaguer, pero años, también, en los que se produjo la fundación de la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz», el traslado a Roma, la aprobación de la Obra por parte de la Iglesia y el comienzo de la expansión del Opus Dei por todo el mundo. El valor especial del informe de Encarnación Ortega consiste en que no sólo describe el desarrollo de la Sección de mujeres en esos diez años decisivos, sino que capta también perfectamente la personalidad del Fundador, vista con ojos de mujer (18).

Encarnación Ortega trabajó en diferentes centros en España, en los organismos de dirección de aquella región y también, durante años, en la «Asesoría Central», el órgano de dirección de las tareas apostólicas de las mujeres del Opus Dei a nivel universal, con sede en Roma. Aquí, y también antes y después en España, estuvo muchas veces con el Fundador; hoy vive en España y puede suministrar información de primera mano sobre tres decenios del desarrollo de la Obra y de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer.

Cuando, el Domingo de Ramos de 1941, conoció al Fundador del Opus Dei en Valencia, Encarnación tenía quince años: don Josemaría estaba en la ciudad del Turia dando un curso de retiro para las jóvenes de Acción Católica, en la casa de ejercicios de las Operarias Doctrineras. Participaba por pura curiosidad, como dice ella misma. Un hermano suyo le había hablado de un sacerdote excepcional y había querido conocerlo.

«Entramos en la capilla. Poco después llegó nuestro Padre. Su recogimiento, lleno de naturalidad, su genuflexión ante el Sagrario y el modo de desentrañamos la oración preparatoria de la meditación, animándonos a ser conscientes de que el Señor estaba allí, y nos miraba y nos escuchaba, me hicieron olvidar inmediatamente mi deseo de escuchar a un gran orador, y se cambiaron por la necesidad de escuchar a Dios y de ser generosa con El» (19).

Tras la meditación, Encarnita pudo hablar brevemente con don Josemaría. En pocas palabras, y como de pasada («como en hipótesis», dice), el Padre le fue explicando la Obra, de la que ella hasta entonces no sabía nada, pues su hermano le había hablado de don Josemaría, pero no del Opus Dei: «Buscar la santidad en el trabajo ordinario, sin salirse de su sitio; estar en el mundo sin ser del mundo; vivir vida contemplativa sin ser religiosos, convirtiendo -sin hacer cosas raras- la calle en celda... Me habló de la filiación divina como nota que perfilaba la fisonomía de las personas que trabajaban así, y su gran importancia; de inquietud apostólica; de virtudes humanas: sinceridad, laboriosidad, valentía ...» (20). Quedó profundamente inquieta, pues sentía la llamada e internamente la rechazaba, como suele ocurrir a menudo. «Hice el propósito de no volver nunca a encontrarme, frente a frente, con el Padre. A pesar de esa decisión, no podía dormir ni casi comer. Veía que Dios necesitaba mujeres valientes para hacer su Obra en la tierra; y, no sabía por qué, yo me había enterado a través de su Fundador... Aquella idea la tenía viva constantemente» (21).

En la última meditación del curso de retiro, don Josemaría habló sobre la Pasión del Señor. El término «hablar», en este caso, es inadecuado; don Josemaría vivía la Pasión de tal manera en su interior, la hacía tan presente a los que le escuchaban, que éstos iban reviviendo en su alma los padecimientos de Cristo. De ese modo lograba vencer la indiferencia y sacar del anonimato a cada uno. En la meditación habló, con más extensión y por decirlo así- más despiadadamente, de lo que luego repetiría en el «Vía Crucis»: «Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios: ... Yo sufriendo, y tú ... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú ... negándome» (22). En aquellos ejercicios en Alacuás, don Josemaría añadió: «Sé valiente, al menos, y dile que eso que te está pidiendo ¡no te da la gana!» (23). En los treinta minutos de aquella meditación sobre la Pasión, Encarnita

tomó una decisión definitiva sobre el futuro de su vida... «Sólo quería -escribe ella misma- decir (al Padre) una cosa: que estaba dispuesta a todo» (24).

A todo aquel que quería servir a Dios, a la Iglesia y a los hombres en la Obra, el Fundador no le ocultaba lo que le esperaba y cualquiera podía entenderlo, por muy joven que fuera: tendría que llevar una vida dura, de gran pobreza; debería estar totalmente disponible, dispuesto a partir para países lejanos..., para Japón por ejemplo, aprendiendo japonés, claro... «Nada importaba ya -recuerda Encarnita-: me había arrancado una decisión plena que, apoyada en la gracia de Dios, salvaría las dificultades» (25).

Cuando algunos atacan al Opus Dei suelen decir que se anima a personas jóvenes a tomar decisiones cuyas consecuencias no pueden sospechar; decisiones para las que no estarían ni capacitadas ni autorizadas, sobre todo si sus padres no las aceptan; por lo tanto, esas decisiones podrían causar daños irreparables...

Ante este argumento parece necesario aclarar algunas cosas. Si nos fijamos en la historia de las vocaciones cristianas a través de los siglos (y vocación es la llamada divina a una entrega sin condiciones a Cristo y a la Iglesia, con la correspondiente aceptación del que es llamado), nos damos cuenta, en primer lugar, de que el Espíritu Santo, que es el que llama, no se preocupa de la partida de nacimiento, sino que escoge a las almas que quiere llamar. No hay regla fija sobre la edad mínima para que un alma pueda comprender lo que Dios espera de él, ni sobre aquella en que es capaz de seguir su voluntad: hay ancianos a los que no se les abren «las puertas de la comprensión» y hay niños a los que se «les enciende una luz».

Hace algunos años, el conocido teólogo Wilhelm Schamoni publicó un pequeño libro, titulado «Jóvenes y santos», en el que presentaba treinta y dos retratos y breves biografías de santos jóvenes y de jóvenes de vida santa. El libro habla de algunos desconocidos y de muchos santos bien conocidos: San Luis Gonzaga, Santa Teresita del Niño Jesús, San Juan Bosco, Santa María Goretti... Es un libro que deberían conocer todos los padres católicos, y especialmente aquellos que no comprenden la vocación de sus hijos a un determinado camino de santidad, pues ello hace que, casi siempre a causa de una preocupación y un cariño mal encauzados, les pongan obstáculos y les planteen dificultades. En el prólogo del libro se leen estas hermosas frases: «Los niños son como una flor que se está abriendo; los jóvenes, como la flor ya en toda su belleza. Están llenos de promesas. Y la santidad hace que esas promesas se conviertan en realidad» (26). Son palabras decisivas. Porque es una gracia muy especial el que los niños o los jóvenes sean llamados por Dios para seguir a Cristo, y que acepten la llamada. Una gracia que debiera mover a los padres a una profunda gratitud. ¿Por qué dudar de que así como hay jóvenes que son «capaces» de llevar una vida de pecado, de prostitución, de extorsión o de violencia, haya otros que también sean «capaces» de todo lo contrario, es decir, de amar a Dios, de entregarse, de vivir la pureza? No me cabe en la cabeza por qué los jóvenes, en la adolescencia, lo quieran los padres o no, han de tener derecho (por lo menos en Alemania) a dejar de asistir a las clases de Religión y no hayan de tener la posibilidad de decidirse por servir a Cristo y a su Iglesia. Esta época, la adolescencia, no es un dato arbitrario: la Iglesia sabe, por larga experiencia, que, por lo

general, un cristiano adolescente es capaz de reconocer el modo y la esencia de una vocación divina y de seguirla (27). En muchas vidas de santos jóvenes o de santos que recibieron la llamada divina cuando eran aún muy jóvenes encontramos como común denominador la lucha de los padres contra esa vocación, una lucha a veces brutal e incluso insidiosa. Parece, sobre todo (y tenemos numerosos ejemplos desde Santo Tomás de Aquino hasta nuestros días), que la decisión de los jóvenes de aceptar el celibato «por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12) provoca en algunos padres un serio rechazo y, en ocasiones, incluso aversión e ira. Los jóvenes que toman esa decisión experimentan enseguida, y además en el ambiente que les es más querido, que el seguimiento de Cristo no es un paso cómodo, sino que incluye siempre el compartir Su suerte. Qué oportunas son, por eso, unas palabras de Monseñor Escrivá, quien, en cierta ocasión, decía: «Os he de decir en primer término que los años no dan ni la sabiduría ni la santidad. En cambio, el Espíritu Santo pone en boca de los jóvenes estas palabras: *super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi* (Ps CXVII, 100); tengo más sabiduría que los viejos, más santidad que los viejos, porque he procurado seguir los mandamientos del Señor. No esperéis a la vejez para ser' santos: sería una gran equivocación» (28). En cuanto a los padres, manifestaba con toda claridad cuál es su deber: deben sentir «una especial veneración y un profundo cariño hacia la castidad perfecta que sabéis que es superior al matrimonio, y por eso os alegráis de verdad cuando alguno de vuestros hijos, por la gracia del Señor, abraza ese otro camino, que no es un sacrificio: es una elección hecha por la bondad de Dios, un motivo de santo orgullo, un servir a todos gustosamente por amor de Jesucristo» (29).

El Fundador de la Obra procuraba que sus hijas, lo mismo que sus hijos, vieran el futuro del Opus Dei como una «realidad anticipada de lo que sería»; era un «visionario» realista... y además un visionario que contagiaba. Según cuenta Encarnita Ortega, ya en noviembre del 1942 había descrito con detalle los futuros campos de acción de las mujeres del Opus Dei en todo el mundo: Escuelas agrarias para campesinas, centros de formación profesional, residencias para universitarias, actividades en el campo de la moda, bibliotecas circulantes, librerías... Todo ello como base y medio -como instrumento- para lo más importante: el apostolado personal». Realmente, hacía falta un gran optimismo sobrenatural para no dudar de que todos los planes y proyectos del Padre, incluso los más atrevidos, se harían realidad; pues la «realidad del momento» no dejaba ver ni siquiera los perfiles de la realidad futura. En 1940-41 las mujeres del Opus Dei «eran» seis jóvenes. Tres no siguieron adelante. Las otras tres fueron fieles y perseveraron. A finales de 1942 eran media docena. En 1975, cuando falleció el Fundador, había más de doscientos centros culturales en todo el mundo, sesenta y dos residencias para universitarias, numerosos Colegios mayores en diecisiete países y otras muchas actividades a cargo de las mujeres del Opus Dei (30).

En el verano de 1942, las mujeres del Opus Dei (o sea aquella media docena) se instalaron en su primer centro propio: un pequeño chalet en la calle Jorge Manrique, 19, sin muebles. Lo más necesario lo trajeron ellas mismas, lo compraron de segunda mano o lo regaló alguna persona generosa. La formación espiritual, la labor apostólica, las normas de vida propias de la Obra y la «vida de familia» eran en todo semejantes a las de los miembros varones del Opus Dei. No hace falta, me parece, explicarlo exhaustivamente: con respecto a la dignidad humana y a la filiación divina no había, para Monseñor Escrivá de Balaguer, diferencia alguna entre hombre y mujer. Esta igualdad, querida por Dios, es la que condiciona, soporta, une y da eficacia a las

diferencias propias de cada sexo, queridas también por Dios. En 1967 el Fundador del Opus Dei recordaba que, un cuarto de siglo antes, su intento de que también las mujeres de la Obra adquirieran el grado académico de Doctor en Teología había despertado incomprensión e incluso recelos (31). No pretendía con ello (es superfluo decirlo) que fueran una especie de «sacerdotisas»: quería que mejorara la preparación de las mujeres en la labor de la catequesis, en la enseñanza de la doctrina de fe dentro y fuera de los centros docentes. Las mujeres del Opus Dei asumieron también una tarea específica que sólo a ellas compete o, mejor dicho, distingue: la «administración». Este término, que parece denominar algo burocrático, designa, en la realidad del Opus Dei, todo lo contrario: la creación de un ambiente de hogar en los centros, la atención material de las casas, la colaboración en el bienestar humano de los que allí residen o están de visita..., es decir, todo lo que suele hacer una buena madre de familia. No es casualidad que el Fundador llamara a la «administración» el «apostolado de apostolados». En los primeros tiempos de la Obra, como ya dijimos, fue el Padre, con algunos de sus hijos, quien se ocupó de las labores domésticas. Luego, cuando su madre y su hermana se instalaron en casas próximas a diversos centros o residencias, las dos fueron llevando más y más estas tareas, con alegría y como la cosa más natural del mundo, hasta ocuparse de toda la atención de la casa, incluyendo, por ejemplo, el lavado de la ropa o el zurcido de los calcetines. Dolores y Carmen Escrivá fueron la primera «administración» del Opus Dei. Cuando murió doña Dolores, en 1941, toda esta labor recayó sobre Carmen. Con la expansión de la Obra y el crecimiento del número de centros, se hizo necesaria una solución definitiva. Y si se tiene en cuenta que el Opus Dei es una familia espiritual, la solución estaba clara: era natural que fueran las hijas y hermanas las que, en la familia, se ocuparan del hogar. Se abrió así, para las hijas del Fundador, un campo inmenso de apostolado, de importancia vital para el carácter familiar de la Obra; un campo de santificación en una labor profesional cuya relevancia a menudo se olvida, y un campo de apostolado en el servicio del hogar con la creación de Escuelas de formación especializadas; un apostolado, en suma, cuyas benéficas consecuencias eran entonces casi imprevisibles.

En el verano de 1943, cuando abrió sus puertas el nuevo Colegio Mayor Moncloa, el Padre, por primera vez, encomendó la administración a las mujeres de la Obra. Encarnación Ortega narra muy expresivamente los comienzos (32): eran tres mujeres jóvenes -no habían cumplido todavía los veinte años- y, por aquel entonces, totalmente inexpertas en la atención de una casa. Además, se trataba de una casa llena de complicaciones; tenían que limpiar y mantener en orden las habitaciones de unos cien estudiantes, las salas de estar, el oratorio, etc.; realizar las compras, preparar el menú de las comidas, cocinar, lavar, planchar y coser; llevar las cuentas y afrontar las dificultades económicas... Todo ello, sin descuidar las normas de la Obra: cada día, la Santa Misa, la oración, la lectura espiritual, el rezo del Rosario... ¡Dios mío!..., las pobrecillas iban de aquí para allá como pajarillos que han perdido la orientación; les parecía que estaban fracasando en toda la línea y veían cómo la marea iba creciendo... Así estaban las cosas cuando, dos días antes de la Navidad, las visitó el Padre; y su inquietud se desbordó: así no valía la pena seguir trabajando, era imposible... Y le contaron todo lo que les preocupaba. Don Josemaría permanecía silencioso y sereno, aunque apenado. Y, además -le dijeron finalmente-, con todo aquel trabajo no tenían tiempo para rezar; intentaban hacerlo «entre medias», pero sin necesidad, sin darse cuenta de que hablaban con Dios... Y, de repente, lo que en el Fundador había sido sólo preocupación se transformó en profundo dolor. ¿Es que su predicación sobre la unidad de vida, la continua presencia de Dios en una fusión constante de acción y

contemplación, la alegría permanente como consecuencia de la filiación divina -también y especialmente en las contrariedades había sido inútil? ¿Es que sus hijas en el Opus Dei no habían comprendido lo que era la esencia del Opus Dei? ¿Es que las mujeres del Opus Dei, con su cohesión tan sutil, apenas incoada y todavía no fortalecida en las tormentas, iban a volver a perderse y a desintegrarse? Y prorrumpió a llorar, con un llanto amargo. Las jóvenes se quedaron como de piedra. «Quizá -escribe Encarnación Ortega- fue el momento del trato con nuestro Padre que recuerdo con mayor viveza y siempre con gran emoción: aquella persona que había visto con tanta fortaleza en momentos de insidias y calumnias; que parecía estar siempre por encima de todas las dificultades, sabiendo darles un tono positivo y sobrenatural y tratando de no agrandarlas, se derrumbó por completo» (33). Pidió luego un papel y apuntó: «1) sin servicio; 2) con obreros; 3) sin accesos; 4) sin manteles; 5) sin despensas; 6) sin personal; 7) sin experiencia; 8) sin dividir el trabajo». Trazó una raya y escribió debajo: «1) con mucho amor de Dios; 2) con toda la confianza en Dios y en el Padre; 3) no pensar en los desastres hasta mañana durante el retiro». Y don Josemaría pidió a sus hijas que no comentaran entre sí lo que había sucedido. Luego hizo que le prometieran que habría una buena cena aquella noche, que estarían alegres y contentas. Al día siguiente el Fundador explicó a Encarnita por qué había llorado: «... porque no hacíais oración. Y para una hija de Dios en el Opus Dei el trabajo más importante, ante el que hay que posponer todo lo demás, es éste: la oración» (34).

Una de las deformaciones de la imagen del hombre que en nuestros días se da con más frecuencia, y con terribles consecuencias, nace del desprecio hacia la actitud de servicio: la sospecha de que la exigencia y la voluntad de servicio no son más que un maligno truco de los «poderosos» y una humillación para los «oprimidos», que no se dan cuenta de la trampa. Se piensa que servir es el principal obstáculo para la autorrealización, y son cada vez más los que rechazan o miran con repugnancia el servicio a otras personas. Los idealistas que trabajan en los servicios sociales, en la atención de enfermos, en la ayuda al desarrollo, no cuentan con el apoyo del espíritu de los tiempos. Tienen que superarlo muchas veces con cierto heroísmo interior; no ejercen profesiones «prestigiosas». Ya es malo que los hombres no quieran servir, porque se les ha dicho que servir es de «tontos» o algo «fascista», pero cuando también las mujeres se contagian de ese rechazo es una catástrofe. Muchas jóvenes pasan por toda clase de humillaciones con tal de trabajar en una oficina o en una fábrica, porque consideran como trabajos de menor valor y dignidad la atención de la cocina, ser empleada del hogar o cuidar de los niños. Y esto también sucede si se trata de cuidar a los propios hijos: un trabajo no remunerado, que exige a veces el abandono de la profesión, que según dicen algunas es lo único que «las realiza plenamente». Muchísimas mujeres y madres sufren un descontento crónico porque se les ha quitado la conciencia de la dignidad de su vocación específica, una vocación que corresponde a todas las épocas y llega hasta las raíces de la humanidad; a cambio, se les ha dado una brújula mal orientada. «Prefiero -me dijo una vez una joven- quedarme en paro a limpiar los zapatos de otro o ponerme a hacer camas. Eso no se me puede exigir»...

A Monseñor Escrivá de Balaguer siempre se le pudo exigir: no sólo porque Dios le exigió mucho, sino porque durante casi cincuenta años enseñó que un «serviam!» - serviré- dicho por amor a Dios y, por Dios, a los hombres es el núcleo de cualquier lucha por la santidad y, además, condición indispensable para una alegría de vivir sólida y profunda. Infinitas veces rechazó la distinción entre trabajos «elevados» y trabajos

«bajos»: el trabajo y el servicio reciben su valor sólo por la medida del amor con que se realizan. Así se hace patente que precisamente el trabajo, el «servir» en la propia familia o en otro hogar, tienen un valor eminente; pues ese amor que se concreta en mil detalles para crear un hogar agradable es algo muy natural, sobre todo para la mujer. «No hay que olvidar -decía en 1968 a una periodista- que se ha querido presentar ese trabajo como algo humillante. No es cierto... Es necesario que la persona que preste ese servicio esté capacitada, profesionalmente preparada... Toda tarea social bien hecha es un estupendo servicio: tanto la tarea de la empleada del hogar como la del profesor o la del juez... Para mí igualmente importante es el trabajo de una hija mía del Opus Dei que es empleada del hogar, que el trabajo de una hija mía que tiene un título nobiliario» (35). Partiendo de esta actitud animó desde el principio a las mujeres del Opus Dei a erigir Escuelas de Capacitación Doméstica en las que las jóvenes aprendieran a realizar el trabajo del hogar de forma íntegra y moderna, incluyendo todos los medios técnicos y los aspectos económicos, y que aprendieran también que, si realizan este trabajo con amor, están muy cerca del corazón de Dios. En todo el mundo muchas mujeres viven su vocación al Opus Dei a través de esta forma peculiar de entrega.

Grande era el cariño del Fundador por aquellas hijas suyas que trabajaban en profesiones domésticas. Ese cariño se expresaba en multitud de detalles y en una preocupación muy especial por ellas, empezando por el cuidado de su armonía interna y externa, siguiendo por el consejo de comprar una lavadora o una plancha nueva y terminando por enseñanzas dichas alguna vez en tono enérgico. Un día, al darse cuenta de que una de sus hijas vacilaba ante un trabajo molesto, tomó el cubo y empezó a trabajar. «Hija mía, no lo hago por nada, sino porque soy vuestro padre y vuestra madre -porque no habéis tenido fundadora-, y debo enseñaros. Quiero que lo tengáis todo muy limpio, ¡reluciente!, ¡que se vea la cara!» (36). Debajo de un grifo que goteaba descubrió un día un pequeño charco que había pasado inadvertido. Tomó un trapo y lo limpió: «Hija mía, esto se hace así, y después de hacerlo se dice una jaculatoria al Señor o a la Virgen: por mi hermana, por mi padre, por quien sea, pero con amor de Dios» (37).

Este amor no debe ponerse de manifiesto como un terremoto, sino con «micro-elementos» que, sumados unos a otros, superan la potencia de un terremoto. Por eso el que se descuidaran los pequeños detalles dolía especialmente a don Josemaría, por lo que suponía de falta capital contra el espíritu de la Obra. En 1946, poco antes de partir para Roma, visitando el centro de las mujeres del Opus Dei de la calle de Lagasca, observó que en una habitación que tenía cuatro armarios grandes, uno de ellos no estaba bien cerrado. «Esto no puede ser -exclamó-. ¿Dónde está la presencia de Dios?» Abrió otro, y lo encontró desordenado, por lo que, disgustado, añadió: «Tenéis que vivir todo con más responsabilidad». Pero cuando vio sobre una mesa las compras del mercado, todavía sin ordenar, indignado, alzó la voz, aunque, inmediatamente, cambió de tono y exclamó: «Señor, perdóname». Luego, dirigiéndose a la que allí estaba, dijo: «Hija mía, tú perdóname también» Y ella: «Por favor, Padre, a mí no me pida perdón, que tiene usted razón». «Sí, porque lo que estoy diciendo es verdad, pero no te lo debo decir en este tono» (38).

«Alma sacerdotal» y «mentalidad laical» (39)

En varias ocasiones hemos resaltado que Monseñor Escrivá no sólo fundó el Opus Dei, sino que él mismo fue Opus Dei, y, además, durante más de un decenio, lo fue él solo. Hasta después de la guerra no le fue posible encomendar a aquellos que ya llevaban años en el Opus Dei y que había ido preparando con su ejemplo y su doctrina, parte de la labor de formación religiosa y espiritual de los muchos que se acercaban a la Obra y de los que iban pidiendo la admisión. Isidoro Zorzano (que, para gran dolor del Fundador, falleció en 1943), Alvaro del Portillo, Ricardo Fernández Vallespín, Pedro Casciaro y otros estaban ya en condiciones de transmitir el espíritu y la naturaleza del Opus Dei y de ocupar cargos de dirección. Poco a poco fue aumentando el número, la intensidad y la calidad de los que iban ayudando, quienes, a su vez, por delegación del Padre y Fundador, participaban así de la gracia fundacional. Sin embargo, había una barrera infranqueable, que don Josemaría denominaba «el muro sacramental». Los que tenían simpatía por la Obra, los que estaban en camino de recibir la vocación y los que ya la habían aceptado, tenían que confesarse con el Padre o bien con otros sacerdotes que no eran del Opus Dei. Ahora bien, confesarse con el Padre se iba haciendo cada vez más difícil, pues la Obra crecía y se extendía sin cesar. No era éste un detalle sin importancia; tenía un relieve singular, pues los miembros de la Obra acuden al Sacramento de la Penitencia no de vez en cuando o en caso de pecado mortal o «por lo menos una vez al año, por Pascua florida», sino, normalmente, cada semana. El núcleo fundamental de la espiritualidad del Opus Dei, la búsqueda de la santidad en la vida corriente, incluye la lucha contra el pecado venial y contra las debilidades y defectos personales; incluye también -claro está- el arma más importante en esa lucha: la cercanía sacramental a Cristo en la Confesión y en la Eucaristía. Eso hacía que mientras el Fundador fuese el único sacerdote del Opus Dei, todo este sector, vital para la Obra, estaba en sus manos; sólo podía delegarlo en las de otros sacerdotes diocesanos a los que había pedido que le ayudaran.

Ni que decir tiene que cualquier católico puede recibir válidamente el Sacramento de la Penitencia de manos de cualquier sacerdote y que los consejos, amonestaciones e indicaciones de un sacerdote fiel a la doctrina de la Iglesia siempre serán de provecho. Ahora bien, la Confesión, para los miembros del Opus Dei, no es sólo un medio de obtener el perdón sacramental de los pecados, sino también un medio de formación de importancia capital para poder ir creciendo en el espíritu de la Obra y en la espiritualidad laical y secular que le es característica. Por eso un miembro del Opus Dei difícilmente puede confesarse bien con un sacerdote que sepa poco del Opus Dei, que no lo entienda o que lo ignore, pues ese sacerdote tendrá dificultades para matizar -y aconsejar debidamente al penitente- en el terreno de los pecados veniales, de las faltas pequeñas de cada día, de lo que se refiere al cumplimiento del plan de vida de la Obra, etc. Es decir, en todo lo que constituye la fidelidad a la vocación de un miembro del Opus Dei.

Dieciséis años estuvo el Fundador en esta situación. No por eso dejó nunca de confesarse, según dijo él mismo, al menos una vez por semana y a veces dos o tres... Y no porque fuera escrupuloso -decía-, sino porque sabía lo que venía bien a su alma (40).

Don Josemaría se daba perfecta cuenta de lo que significaba la ausencia de sacerdotes en el Opus Dei y buscaba una solución. Lo cual no quiere decir que no tuviera en gran estima a sus confesores (como a todos los sacerdotes), quienes, por su parte, tal vez vieran en él alguien que les animaba a su propia santificación. José María García Lahiguera, que luego sería Arzobispo de Valencia, con quien se confesó entre 1940 y 1944, escribía en 1976: «No era un alma complicada, sino sencilla, rectilínea... Para afirmar esto tengo una prueba muy clara y que para mí, como para cualquier confesor, es definitiva: que sus confesiones eran siempre breves: él me hablaba, yo le hablaba y terminábamos» (41). El Obispo constata que, en este punto, nunca cambió nada; y treinta años después aún destaca una característica de don Josemaría que supongo que le atraería especialmente: «Nunca se presentaba como víctima» (42).

El remedio era patente: el Opus Dei, para poder seguir su camino en el mundo, necesitaba sacerdotes que tuvieran el mismo espíritu de los laicos de la Obra, que procedieran de esos laicos y que unieran en su sacerdocio ministerial el «alma sacerdotal» y la «mentalidad laical» que deben caracterizar a todos los miembros del Opus Dei. Pero para poder realizar este deseo había que resolver primero un difícil problema pastoral con múltiples implicaciones humanas, teológicas y jurídicas entrelazadas entre sí. El problema consistía en que los laicos que habían recibido la vocación al Opus Dei debían ahora recibir, en él, la llamada al sacerdocio sin que por eso se lesionara o se perdiera la unidad de la vocación a la Obra; algo que sólo podía realizarse si se aclaraban algunos datos esenciales sobre la naturaleza de la existencia cristiana. Dicho con otras palabras: era preciso que se comprendiera y se aceptara que la intención divina al suscitar el Opus Dei (y el lector me perdone que lo repita tan a menudo) era «refrescar», rejuvenecer, renovar la vida cristiana siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos; es decir, hacer que en la Iglesia hubiera una familia espiritual que entendiera el mundo y la vida cotidiana tal como lo habían entendido los primeros cristianos: como materia sanctitatis et sanctificationis.

Como fruto de la gracia bautismal, todos los cristianos -casados y solteros, viudos y sacerdotes, todos- tienen «alma sacerdotal». Este sacerdocio común de los fieles es esencialmente distinto del sacerdocio ministerial, aunque tiene la misma razón de ser: la inhabitación de Cristo en el alma. El Fundador de la Obra redescubrió esta verdad, adelantándose así a una de las afirmaciones centrales y más destacadas del Concilio Vaticano II. A la vez, todos los miembros del Opus Dei tienen «mentalidad laical», lo cual es una condición indispensable para su vocación específica, ya que ésta consiste en ir por caminos de santidad y de apostolado cumpliendo con la mayor perfección posible la labor profesional y los deberes y derechos de estado en medio del mundo. Para querer alcanzar la santidad no hace falta rechazar o alterar ese estado. En otras palabras: en la Obra el laico lucha por la santidad como laico y el sacerdote como sacerdote (43).

Aquellos Numerarios que son llamados al sacerdocio (un porcentaje muy pequeño en relación a la totalidad de los miembros) no sufren, por tanto, un conflicto interior, una «crisis de identidad»; su vocación al Opus Dei permanece inalterada e íntegra. La ordenación sacerdotal, según explicaba el Fundador, en nada cambia lo esencial de la vocación a la Obra: la «mentalidad laical» de un sacerdote -qué duda cabe- consiste en ejercer con la mayor perfección posible su trabajo «profesional», o

sea, su ministerio sacerdotal. Gracias a que llevan años siendo miembros del Opus Dei y gracias a la «mentalidad laical» que han adquirido, los sacerdotes Numerarios están especialmente capacitados para una acción pastoral en el mundo. Esa mentalidad les hace totalmente inmunes contra cualquier tipo de clericalismo: no se entremeterán en cuestiones incompatibles con su labor sacerdotal, ni en sectores que competen a la responsabilidad libre y personal de los laicos.

El mismo Fundador, a lo largo de toda su vida, dio ejemplo de esta mentalidad laical, que predicó con tanta intensidad y que exigió con tanta fuerza. Fue un sacerdote que «sólo hablaba de Dios», que no quería «mangonear las almas», que no se entremetía en terreno ajeno, que respetaba la libertad de las conciencias y que abominaba de privilegios y exenciones: un sacerdote que quería, eso sí, «vivir con sotana», pero nunca «vivir de la sotana». No aceptaba ni la «capellanización» de los laicos ni la «laicización» de los sacerdotes en política, economía o ciencia profana. Los laicos dedicados a conquistar sacristías eran, en su opinión, ejemplos de un clericalismo malo y pernicioso; y los clérigos que no se ocupaban de funciones sacerdotales eran ejemplos de un laicismo no menos pernicioso. «Yo soy anticlerical -decía en 1972- porque amo al sacerdote» (44).

Su mensaje de que el mundo puede y debe ser santificado desde dentro, por los «cristianos corrientes» que viven «en medio de la calle», rompía los esquemas acostumbrados que hacían creer que la lucha por la santidad exigía la retirada de este mundo («mundo» entendido como el reino cuyo «príncipe» es el enemigo de Dios) y el paso a otro estado, al estado religioso «de almas consagradas a Dios». Para el Fundador del Opus Dei, el estado religioso era algo querido por Dios y necesario para la Iglesia - él mismo lo tenía en gran estima-, pero no el único camino para una perfecta imitación de Cristo. No olvidaba en absoluto que, durante casi mil quinientos años, las órdenes religiosas, desde su bastión de desprendimiento del mundo e incluso de segregación de él, habían influido benéficamente sobre la sociedad humana, bien con la contemplación, bien con las diversas actividades caritativas, como el cuidado de los enfermos, la educación, las misiones, etc.; es más, estaba convencido de que seguirían haciéndolo en el futuro, porque eran necesarias. Pero, por otra parte, captaba perfectamente que la transformación histórica de la convivencia humana reclamaba (más aún, exigía) que, junto a los antiguos caminos, se buscaran nuevas vías de santificación y de apostolado.

En nuestros días el apostolado de las órdenes y congregaciones encuentra, en muchos casos, infranqueables barreras, tanto por tratarse casi siempre de apostolados especializados como porque es imposible que algunas de dichas especializaciones se hagan compatibles con el estado religioso; y eso, sin tener en cuenta que la secularización de todos los sectores, que se observa en cualquier parte del mundo y también en países católicos, va limitando las posibilidades de influencia social de las órdenes y congregaciones religiosas.

Me gustaría añadir que no es casualidad, sino providencia divina, que, precisamente en este momento de la historia de la humanidad y de la Iglesia, ese entrar en «los mares de los hombres» y echar las redes «para una pesca milagrosa» se encomiende precisamente a aquellos que no pueden ser acusados de secularización, ni

segregados mediante prohibiciones o decretos, porque son cristianos corrientes que viven como ciudadanos normales en su propio ambiente. «Por ese motivo -decía Monseñor Escrivá en 1959- podemos decir, hijos míos, que pesa sobre nosotros la preocupación y la responsabilidad de toda la Iglesia Santa -sollicitudo totius Sanctae Ecclesiae Dei-, no de esta parcela concreta o de aquella otra. Secundando la responsabilidad oficial -jurídica, de iure divino- del Romano Pontífice y de los Reverendísimos Ordinarios, nosotros, con una responsabilidad no jurídica, sino espiritual, ascética, de amor, servimos a toda la Iglesia con un servicio de carácter profesional, de ciudadanos que llevan el testimonio cristiano del ejemplo y la doctrina hasta los últimos rincones de la sociedad civil» (45).

Esto, que hoy se lee sin sorpresa y se considera como algo natural y sabido, a comienzos de los años cuarenta era algo nuevo y parecía muy audaz. Ni siquiera los que tenían que ver con ello más directamente comprendieron de golpe toda la profundidad de la conexión interna y la íntima unidad que existía entre «alma sacerdotal» y «mentalidad laical». Aquellos tres que iban a ser los primeros sacerdotes del Opus Dei habían recorrido durante casi diez años un camino de entrega como laicos en el mundo, según el espíritu de la Obra; la vocación al sacerdocio ¿no les podría parecer, en un primer momento, como una contradicción respecto a su genuina vocación laical? Lo que hoy es «transparente» para cualquiera, don Josemaría entonces se lo tenía que explicar, paso a paso, a sus hijos. Se había esforzado, durante años, por encontrar la solución jurídica a un problema a todas luces difícil e incluso contradictorio, aunque esa contradicción -como luego se vería fuera sólo aparente, no real. Cuando el 25 de junio de 1944 recibieron por primera vez tres hijos suyos la ordenación sacerdotal, se sentía a la vez -lo dijo algún tiempo más tarde- muy contento y muy triste: «Amo de tal manera la condición laical de nuestra Obra, que sentía hacerlos clérigos con un verdadero dolor; Y, por otra parte, la necesidad del sacerdocio era tan clara, que tenía que ser grato a Dios Nuestro Señor que llegaran al altar esos hijos míos» (46).

La solución para el problema canónico de cómo el Opus Dei podría contar con sacerdotes procedentes de entre los laicos de la Obra se veía dificultada porque todavía no estaba aprobada como institución de la Iglesia universal; tan sólo había recibido, el 19 de marzo de 1943, la aprobación del Obispo de Madrid como «Pía Unión» para el territorio de su diócesis; el Obispo quiso defender así a la Obra de los ataques que venía recibiendo desde hacía algún tiempo.

Aunque el Fundador no sabía cómo se podría romper ese «nudo gordiano», confiaba firmemente en que, a su tiempo, con la gracia de Dios, se abriría un camino transitable. Con esta seguridad decidió que tres de sus hijos se fueran preparando para el sacerdocio: Jose María Hernández Garnica, José Luis Múzquiz y Alvaro del Portillo. Los tres tenían casi treinta años; dos de ellos pertenecían a la Obra ya desde antes de la Guerra (el tercero desde poco después); los tres habían estudiado y practicado la profesión de ingeniero. De acuerdo con el Obispo, y con su eficaz ayuda, don Josemaría Escrivá pudo reunir un excelente claustro de profesores, de gran nivel científico y teológico; también formaban parte de él media docena de religiosos, dominicos sobre todo. Se constituyó, pues, una casi-universidad privada. Las exigencias correspondían, como es natural, a las disposiciones sobre el estudio de los clérigos en España: no se les ahorró nada. Los exámenes de Latín y de Filosofía los tuvieron que hacer en el

Seminario diocesano de Madrid; los exámenes de Teología los fueron realizando en el centro de Diego de León, ante tres profesores. Las clases las tenían también en Diego de León. El Fundador no sólo acompañaba sus estudios con una constante y paternal atención, sino que también les iba grabando, por medio del trato cotidiano, la imagen del sacerdote que él mismo vivía. «La pasión dominante de los sacerdotes del Opus Dei -escribía en 1945- ha de ser predicar y confesar. Ése es su ministerio, ésa su función específica, ésa la razón de su sacerdocio» (47). Y cuando la Iglesia, un cuarto de siglo más tarde, se veía atribulada por la desorientación espiritual de algunos fenómenos en el posconcilio, escribía: «¿Sacerdotes de derecha, de izquierda, de centro? Ni de centro, ni de izquierda, ni de derecha: sacerdotes de Dios. Sólo así será sacerdote para servir a todas las almas, y sólo así sabrá defender la libertad personal responsable de cada uno, en el orden temporal y en todo lo que el Señor ha dejado a la libre elección de los hombres» (48).

Como trece años antes la fundación de la Sección de mujeres del Opus Dei, también la fundación de la «Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz» tuvo lugar durante la Santa Misa y también en un 14 de febrero: «El 14 de febrero de 1943, después de buscar y de no encontrar la solución jurídica, el Señor quiso dárme la, precisa, clara. Al acabar de celebrar la Santa Misa (...), pude hablar de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz» (49). Encarnación Ortega recuerda que después de la Misa el Padre fue a la pequeña biblioteca de la casa -un centro de la Sección de mujeres- y pidió papel y lápiz; pocos minutos después volvió a salir, visiblemente emocionado: «Mirad -nos dijo, señalándonos una cuartilla en la que había dibujado una circunferencia y una cruz inscrita de proporciones especiales-. Éste será el sello de la Obra. El sello, no el escudo -nos aclaró-: el Opus Dei no tiene escudos. Significa -nos dijo a continuación- el mundo y, metida en la entraña del mundo, la Cruz» (50). Junto con la «Rosa de Pallerols», en muchos centros y altares de la Obra se ve también este sello, que, a la vez, es la definición más breve del Opus Dei.

Esta nueva rama en el tronco del Opus Dei recibió, el 11 de octubre de 1943, el nihil obstat para la erección diocesana; era la primera aprobación canónica de la Obra por parte de la Santa Sede. Se obtuvo con ello el título adecuado para la ordenación, no sólo de los primeros tres, sino de todos los Numerarios de la Obra que seguirían ese camino: unos mil hasta la muerte del Fundador. El nombre completo de la Obra pasó a ser «Societas Sacerdotalis Sanctae Crucis et Opus Dei», hasta su erección como Prelatura personal en noviembre de 1982.

El 25 de junio de 1944 el Obispo de Madrid confirió el Sacramento del Orden a aquellos tres primeros en la capilla del palacio episcopal. Fue un momento importante en la historia del Opus Dei... en el que el Fundador no estuvo presente. Quería evitar que -sobre todo en aquel día alegre- pudieran situarle en el centro de la atención y de la admiración. «Adoptó su habitual norma de conducta -dicen los Artículos del Postulador-. Por la tarde hubo una tertulia en Diego de León, a la que asistió don Leopoldo. El Obispo, bromeando, preguntaba: "¿Dónde estaba el Padre, que no lo vimos esta mañana?" El Padre no había querido asistir a la ordenación. Durante la ceremonia celebró la Santa Misa pidiendo por los tres nuevos sacerdotes, ayudado por José María Albareda. Estaban los dos solos en el oratorio de Lagasca, rezando y dando

gracias al Señor» (51). Al día siguiente, el Fundador fue el primero en confesarse con Alvaro del Portillo, quien siguió siendo su confesor hasta el fin de sus días en la tierra.

La «secularidad» del sacerdote que no pertenece a una orden religiosa consiste en ver y realizar su labor sacerdotal como un «trabajo profesional normal»; esta frase es la clave gracias a la cual el Opus Dei quedó abierto a todos los sacerdotes seculares. En los años posteriores a la Guerra de España, muchos Obispos pedían a don Josemaría que diera ejercicios para el clero diocesano. Había llegado a ser uno de los predicadores para sacerdotes más conocidos de España. El profundo cariño que sentía por los sacerdotes le llevaba a aceptar con alegría las invitaciones de los Obispos. No había sacrificio que no hiciera para cumplirlas: por dar unos ejercicios dejó incluso a su madre enferma en Madrid -no conocía la gravedad de su mal-, donde falleció mientras él estaba ausente- (52). Mientras tanto pensaba insistentemente -casi obsesivamente- en cómo se podría conseguir que los sacerdotes seculares pertenecieran a la Obra. Llegó a tal extremo, que, en un momento determinado, a finales de los años cuarenta, se mostró dispuesto a abandonar el Opus Dei para fundar una institución que se dedicara a fomentar la santidad entre los sacerdotes diocesanos (53). No fue necesario que realizara este sacrificio casi inimaginable porque los sacerdotes encontraron un sitio en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. A partir de 1950, como consecuencia de la aprobación definitiva de la Obra como institución de derecho pontificio, fue posible que los sacerdotes pidieran la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, o sea, también en el Opus Dei. Con ello se cumplió un deseo especialmente apremiante de Monseñor Escrivá de Balaguer.

«El verdadero milagro de los años cincuenta en nuestro país -me dijo el Consiliario del Opus Dei en España- fue el crecimiento realmente explosivo de vocaciones de Sacerdotes Agregados y Supernumerarios de la Obra»- (54).

Incomprensiones

Soy historiador y, como tal, opino que, si bien estoy muy lejos de conocer «la historia», tengo una cierta visión de conjunto sobre sus principios fundamentales, en cuanto que éstos resultan de factores relativamente estables, como son la naturaleza del género humano y de sus condiciones de vida sobre la tierra; una naturaleza que constituye el eje de su comportamiento en la historia.

Uno de esos principios fundamentales es que no existe empresa humana que no sufra contradicciones muy diversas. Una actuación y un comportamiento «sin enemigos» no existen en la historia.

Oportunismo, táctica, realismo, son denominaciones distintas de un solo fenómeno que hace referencia a las personas cuyo obrar y cuyo comportamiento dependen sobre todo del «donde va la gente...», de los sondeos de opinión, de lo que escribe la prensa, del sopesar el pro y el contra en la balanza de la opinión pública y, naturalmente, del éxito. Aunque nunca debemos extrañarnos de esta actitud o creernos por encima de ella (también nuestra naturaleza es débil), hay que reconocer que existen personas que no se comportan de esa manera, sobre todo cuando están involucrados el

derecho, la moralidad, la religión, las virtudes, el bien de la familia, de la Iglesia, del Estado y la salvación del alma (¡o de las almas!). Quien adopta una actitud pasiva o sólo «rumia» opiniones ajenas, quien elude el esfuerzo personal para buscar la verdad y la justicia (un esfuerzo que, a veces, lleva aparejada la obediencia a una autoridad querida por Dios), puede, en un segundo, dejar de ser el soberano jugador de ajedrez que pensaba ser para convertirse, sobre el tablero de la historia, en un peón manipulado.

Nunca sabremos hasta dónde llegará una persona que honradamente intenta buscar la verdad y el recto juicio, pues siempre habrá que contar con la gracia (la inspiración del Espíritu Santo), que «inyecta» sentido sobrenatural a las facultades y los medios naturales. Quiero subrayar aquí que existen cosas buenas y justas que no dependen sólo de las circunstancias en las que surgen o desaparecen; existen cosas buenas y justas «a prueba de bomba», por decirlo así, y, además, es posible reconocerlas y tomarlas como pauta para el propio actuar. El «no-poder-reconocerlas» proviene, en muchas más ocasiones de las que creemos, de la comodidad, la pereza o la cobardía; por supuesto, mucho más que de la falta de inteligencia o de la mala información. La mayoría de los errores son vicios encubiertos.

Esta consideración previa puede ayudar a situar en un marco más amplio la breve exposición de la enemistad contra el Opus Dei que hacemos a continuación; nos ahorra el tener que, repetir y recapitular las tonterías que hace cuarenta años soliviantaban los ánimos en España, y que hoy, sobre todo para el lector alemán, sólo serían motivo de aburrimiento.

El Opus Dei es, en esencia, algo muy sencillo; por eso, a quienes han perdido la espontaneidad, sobre todo de cara a Dios, a quienes están acostumbrados a tener que pensar de forma analítica, complicada y «dando vueltas y revueltas», les puede parecer simple u oscuro. En ocasiones, algún amigo mío me ha dicho que las meditaciones, en la Obra, son «muy simples», que «la teología de la Obra» es poco original y que, por eso, estaba decepcionado. Nunca me han sorprendido estas opiniones, ya que sé, por experiencia propia, que es más fácil y más cómodo dejarse «animar» por controversias teológicas o estudios de sociología religiosa que tener que aceptar la enfermedad, el dolor o el insulto, como es más fácil y entretenido poner en tela de juicio la encíclica «*Humanae vitae*» que asumir lo que dice.

Por la autobiografía de Santa Teresa de Jesús sabemos que tuvo que sufrir mucho por la desconfianza, la incompreensión y la murmuración de personas que, en el fondo, eran buenas y piadosas e incluso luchaban por la santidad. Algo muy parecido le sucedió a Monseñor Escrivá de Balaguer.

Para poder explicarlo son necesarias algunas consideraciones previas: España es un país genuinamente católico. La riqueza y la profundidad de su piedad popular, la fuerza creadora de su espíritu cristiano, no encuentran casi parangón en todo el mundo. La vida de más de veinte generaciones de españoles está tan llena de iglesias y conventos, de clérigos y de frailes, de procesiones, fiestas de santos y festejos populares de carácter religioso, que, a primera vista, parecía extraño que aún hubiera alguien que se dirigiera a los laicos para animarles a tomarse en serio el seguimiento de Cristo en la

vida corriente. Los españoles eran católicos: eso estaba claro y no hacía falta reflexionar mucho sobre ello. Y, de hecho, no se reflexionaba en absoluto, sino que más de uno, sobre todo en círculos liberales e intelectuales, se comportaba de acuerdo con el lema de aquel amigo mío italiano: «Yo no creo en Dios, pero por lo demás, por supuesto, soy católico».

Hay una contestación bastante frecuente cuando, en el apostolado personal, se anima a alguien a concretar su «ser cristiano en el mundo»: «Pero ¿qué quieres? Yo ya soy católico»; contestación que tal vez en ninguna parte se oyó tantas veces como en España... Mejor dicho: no es que se oyera expresamente, sino que, en muchos casos, esta convicción cerraba las cabezas y los corazones al mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer. Pero ¿qué es lo que quiere?, se preguntaban muchos. ¿Qué es eso de la «Santificación del trabajo»? Eso suena a cosa de protestantes... Y, además, ¿no tenemos multitud de religiosos y de monjas que se han tomado ya en serio a Cristo? Además: la religión católica es la religión del Estado, y eso se refleja en todo el sistema educativo. ¿Qué más quiere usted?

Algunos hubieran comprendido (y muchos hubieran esperado) que el Opus Dei en bloque -y colaborando, claro está, con otras organizaciones católicas- hubiese luchado por una «cultura católica», por una «prensa católica» o por una «enseñanza católica»... Pero el Fundador rechazaba este tipo de «colaboración»; y lo hacía con energía, sin paliativos, aunque con amabilidad y con gran respeto por la labor de los demás; pero la rechazaba, y eso escandalizaba a muchos. Y así, por decirlo con palabras del profesor Redondo, el Opus Dei, durante ese período, quedó en España entre dos fuegos: el de los «laicistas», que querían recortar decisivamente -o anular- la influencia de la Iglesia, y el de los «católicos oficiales», que se escandalizaban por la actitud de don Josemaría y desconfiaban de él- (55). No comprendían algo muy importante, algo que pertenece a la esencia de la labor apostólica del Opus Dei: que la Obra nunca actúa «en bloque», como grupo; y que nunca, tampoco, da «normas» para la vida profesional, civil y social de sus miembros; éstos colaboran, por supuesto, con otras organizaciones o pertenecen a ellas, pero cada uno según su propio criterio: la misma naturaleza de la Obra impide que puedan formar un «grupo Opus Dei» que «intervenga» en la vida estatal, social o eclesiástica.

Tal vez por eso las primeras murmuraciones contra don Josemaría Escrivá, contra el camino del cristianismo que él esbozaba y contra los que seguían ese camino, provinieron de algunos religiosos y de algunos miembros de organizaciones católicas, adeptos a un «institucionalismo» tradicional. En esta frase hay una palabra importante: «algunos», pues en ningún momento se trató de la mayoría o de un gran número. Eran personas que, sencillamente, no estaban en condiciones de comprender el núcleo del mensaje del Fundador del Opus Dei. Lo que hoy en día, veinte años después del Concilio Vaticano II, se reconoce en todo el mundo como un fruto de éste (la responsabilidad de los laicos en la iglesia, la llamada universal de todos los bautizados a la santidad, la libertad y la responsabilidad personales de cada cristiano en las opciones temporales, la vida corriente como lugar normal de seguimiento de Cristo, con entrega total), a algunos les sonaba entonces a herejía.

Cuando el Cardenal Frings visitó España, y Portugal en el verano de 1952, se reunió en Madrid con don Leopoldo Eijo y Garay. «El Obispo de Madrid -así lo narra en sus memorias (56) me habló con gran extensión de la fundación del Opus Dei. Un buen día -así me comentó- le había visitado un jesuita, que, le dijo: "Excelencia, ya sabe que ha surgido una nueva herejía: el Opus Dei». Pero el Obispo le respondió que él había investigado el asunto, que le había parecido bien y que siempre había apoyado a la Obra». En este mismo contexto narra el Cardenal, su visita a una Residencia del Opus Dei y cita también las instituciones dirigidas por la Obra en Colonia, destacando, sobre todo, el Colegio Mayor para universitarias. «Éste lo fundó Carmen Mouriz, que durante muchos años estuvo en Alemania y que el año pasado (1972) fue a trabajar a Roma, a la dirección central. Por ella me enteré de que, al principio, habían reprochado al Fundador del Opus Dei, Monseñor Escrivá de Balaguer, que enseñara' que también el laico, por el Bautismo y la Confirmación, tenía el encargo de dar en el mundo testimonio de Cristo. Y Monseñor Escrivá de Balaguer, que aún vive, había dicho con satisfacción y alegría que el Concilio Vaticano II había recogido y formulado expresamente esas ideas suyas» (57).

En la campaña contra la Obra organizada en los años cuarenta por unos pocos (pero muy activos) enemigos, también jugaban un papel preponderante -aunque quizás nos cueste creerlo- los celos por el gran poder de atracción que el apostolado de la joven familia espiritual ejercía en toda España. De los celos a la envidia hay sólo un paso muy pequeño, el necesario para perder el equilibrio que separa la debilidad de la malicia. Existe (queramos o no) una especie de envidia espiritual que no puede soportar, sencillamente, que otras personas sean capaces de entregarse a Dios sin condiciones. Una envidia así es el vicio que con más «perfección» se puede encubrir; un vicio que -como el mismo diablo- nunca aparece de frente, llamándose por su propio nombre, pero que lleva a acciones muy diferentes entre sí, que tienen un común denominador: la malicia. Así, en las familias de los que entraban en contacto con la Obra se sembraba desconfianza y se insinuaban sospechas. En todos los casos (es importante tenerlo en cuenta) el contenido de las calumnias no era -ni es- esencial. Éste puede cambiar con facilidad. Por entonces se quemaba «Camino» y se prevenía ante los que presentaban «novedades» que -así se decía- destruirían las órdenes religiosas para sustituirlas por un nuevo estado en la Iglesia; se decía que se trataba de una rama, especialmente peligrosa, de la masonería... y muchas cosas más. Sospechas así casi servirían, en nuestros días y en nuestro país, como «recomendación» para la Obra; por eso los proyectiles calumniosos se llenan actualmente con una pólvora distinta: ahora se dice que el Opus Dei quiere ser una «iglesia dentro de la Iglesia», que sus miembros -según me comentó, lleno de preocupación, un párroco- son los «fascistas de la Iglesia», que usan tremendos «métodos de propaganda y de manipulación», sobre todo con los pobres jóvenes, todavía tan inestables, a los que les hablan (¡qué horror!) incluso de la posibilidad de vivir el celibato por amor a Jesucristo...

Las calumnias son algo muy especial. En su contenido, se adaptan perfectamente al «espíritu de los tiempos» que reina en cada momento. Ahora bien, si, por una parte, es cierto que «semper aliquid haeret» -«calumnia, que algo queda»-, por otra consiguen también el efecto contrario: a pesar de todos los ataques, la Obra fue creciendo en España en los años cuarenta y cincuenta, sin interrupción, y enraizándose en el pueblo; miles de personas -hombres y mujeres, jóvenes y viejos, intelectuales y gente sencilla- iban descubriendo, en la predicación de don Josemaría Escrivá de Balaguer, no sólo un

catolicismo vivo y ortodoxo, sino también la vocación específica de los laicos a seguir plenamente a Cristo en el mundo. Lo específico consistía, precisamente; en dejar de lado cualquier complejo de inferioridad con respecto a la propia santificación y a la de ese mundo que se les había confiado. Por eso, aunque en ciertas sacristías del país reinaba realmente una campaña de calumnias, la Obra recibió el don de un verdadero torrente de vocaciones.

Los enemigos del Opus Dei, si bien eran una minoría, no carecían de influencia. A partir de 1937, prácticamente todos los obispos y, con ellos todas las organizaciones católicas, apoyaban al régimen de Franco. Esta actitud era, dejando de lado cualquier simpatía o antipatía, un dictado de la razón, pues estaba en juego la subsistencia e incluso la supervivencia del catolicismo español. En una situación así, era inevitable que las sospechas que algunos portavoces de grupos oficialmente católicos propalaban contra la Obra fueran recogidas por algunos miembros de la Falange especialmente fieles a la línea oficial. Monseñor Escrivá de Balaguer predicaba la universalidad de la Obra, subrayaba con gran fuerza la libertad personal, rechazaba la tesis según la cual la entrega total a Cristo tuviera que estar forzosamente unida a una opción política determinada; todo lo cual resultaba sospechoso para algunos falangistas; por ejemplo, no podían comprender que amara a los judíos tanto como a cualquier otro hombre (y quizá un poco más, porque Jesús, María, José, Pedro, Pablo, Juan eran judíos) o que no pusiera su persona y su «organización» al servicio de la «nueva España»- (58). En una actitud así barruntaban «internacionalismo», «antihispanismo», «masonería»... Incomprensiones de este tipo, en una época de vivos apasionamientos nacionales y de exigencia de un «Estado fuerte», podían suponer un grave peligro.

Tuvieron que pasar muchos años para que, poco a poco, se calmaran todas estas emociones, arremolinadas antes y durante la guerra. Franco (olvidando por un momento todas sus debilidades personales y los fallos inherentes al sistema), en general, apoyó este proceso y lo llevó a buen término con la ayuda de una nueva generación, la generación de la posguerra. Pero entonces, en 1939, una de las consecuencias del «fervor por la victoria» fue el querer introducir el concepto de «un partido único en lo religioso y en lo civil» para todo el país. Ante esta actitud, que marcó muy decisivamente los primeros años de la posguerra, no cabía contradicción más patente que el concepto de libertad que Monseñor Escrivá de Balaguer propugnaba; un concepto que, en 1970, resumía con las siguientes palabras: «Si alguna vez el Opus Dei hubiera hecho política, aunque fuera durante un segundo, yo -en ese instante equivocado- me hubiera marchado de la Obra (...) De una parte, nuestros medios y nuestros fines son siempre y exclusivamente sobrenaturales; y, de otra, cada uno de los miembros tiene la más completa libertad personal, respetada por todos los demás, para sus opciones temporales, con la consiguiente responsabilidad lógicamente personal. El Opus Dei, por tanto, no es posible que se ocupe jamás de labores que no sean inmediatamente espirituales y apostólicas ...» (59). Aunque repitiera innumerables veces estas palabras y aunque vigilara para que se cumpliera estrictamente, entre las desinformaciones que se han propalado, aquella que acusa a la Obra de «franquismo», ha demostrado tener la mayor capacidad de pervivencia. La realidad es muy otra. La Obra y su Fundador, como ya dijimos, encontraron enemistad y casi fanatismo precisamente durante el primer decenio del régimen de Franco. Y la enemistad procedía no sólo de entre los enemigos de éste, sino también de algunos que ocupaban piezas claves en el nuevo sistema estatal. Y no se puede decir que las denuncias fueran inocuas. En aquellos años existía en

España el «Tribunal de Represión de la Masonería»; ante él se acusó a Monseñor Escrivá. Aunque siempre quedó claro que las acusaciones carecían de fundamento, en una situación concreta, a comienzos de los años cuarenta, en Barcelona, el Fundador corrió incluso peligro de ser detenido (60). Lo peor era, quizá, la intranquilidad y el veneno que se esparcía en muchas familias con continuos y hábiles «avisos», según los cuales los jóvenes del Opus Dei acabarían apartándose del camino de un catolicismo normal y ortodoxo, porque se les «retorcería» al separarles de sus familias. Todos los testigos de aquellos años concuerdan en que don Josemaría no sólo llevaba las calumnias con serenidad, sino que siempre rezaba por los que le calumniaban, porque, a sabiendas o no, ofendían a Dios. Y, además, prohibía a los miembros de la Obra la ira, la amargura o la «defensa» a voz en grito, así como el desánimo y la tristeza.

Fray José López Ortiz, Arzobispo titular de Grado, precisa en su testimonio para la Causa de Beatificación de Monseñor Escrivá de qué círculos partía la enemistad contra el Fundador del Opus Dei. «Hacia 1941 -escribe- empezamos a percibir los ataques de fondo. Venían de parte de algunos eclesiásticos que no veían con buenos ojos que se difundiera un apostolado con una espiritualidad que no era la suya y que se dejaban llevar de celotipias. También de un grupo de profesores universitarios que tergiversaban el apostolado entre intelectuales que realizaban algunos socios de la Obra. A ellos se sumó, ya en el año 1942, la Falange, que quería politizar a la Obra» (61).

Los grandes o pequeños ataques calumniosos a veces adoptaban formas grotescas. Un ejemplo que narra López Ortiz sirve para explicarlo: algunos miembros del Opus Dei habían fundado una asociación para dar personalidad jurídica a sus actividades culturales y apostólicas. Llevaba el nombre de SOCOIN, o sea «Sociedad de Colaboración Intelectual». Ante este hecho, un catedrático de Derecho Internacional comentó que en un diccionario hebreo había encontrado el significado secreto de aquella sigla. En el diccionario figuraba la palabra «socoim», con la que se denominaba una secta rabínica de asesinos o algo parecido. Partiendo de esta base y sin preocuparse excesivamente de cosas tan «banales» como la diferencia entre una «m» y una «n», el profesor expuso que el Opus Dei era una «secta judaica de la masonería», o, por lo menos, «una secta judaica que colaboraba con la masonería» (62). A pesar de su patente estupidez, «historias de miedo» de este tipo podían tener consecuencias peligrosas en aquella época.

Algunos de los jóvenes formados junto a don Josemaría llegaron a ocupar una excelente posición profesional, también en cátedras universitarias. Y, precisamente en este sector, toparon con las sospechas y desconfianza de aquellos grupos católicos que vigilaban celosamente para mantener una posición preponderante en la Universidad y la «presencia oficial católica». Lo que ellos mismos hacían se lo imputaron a los miembros del Opus Dei: el apoyo consciente y planeado a «los suyos». Los «acusadores», sencillamente, no conseguían comprender que el ascenso de algunos miembros de la Obra hasta la cátedra universitaria no fuera consecuencia de estratagemas o de «política personal», sino el efecto lógico de la espiritualidad del Opus Dei, que busca la santificación personal y la del mundo precisamente a través de la perfección en la labor profesional.

Sobre este tema, poco conocido para el lector alemán, ha escrito clara y brevemente el que más tarde sería el Presidente del Senado en la joven Monarquía española, Antonio Fontán (63). Por supuesto que en las Universidades españolas había, junto a representantes de las más variadas corrientes, también miembros del Opus Dei, pero eso era algo absolutamente normal. Sin embargo -así dice Fontán-, si se hablaba de ellos (y la prensa se hacía eco) «como si ejercieran colectivamente una verdadera dictadura sobre la Universidad española y como si tuvieran en sus manos las llaves de acceso a las cátedras» (64), se propalaba una mentira, cuyas causas eran el desconocimiento de los hechos, la confusión irresponsable y descuidada de rumores con información seria y, en algunos casos también, los resquemores de algunos fracasos. En España nadie ha llegado a ser catedrático de Universidad por ser miembro del Opus Dei; ahora bien, entre los que han llegado a ocupar cátedras por sus méritos científicos hay miembros del Opus Dei. Y esto es lo más natural del mundo.

Pero -se pregunta Fontán- ¿cómo se explica la persistente leyenda del poder «secreto» y «peligroso» del Opus Dei en el sector universitario? Lo aclara así: «La aparición del Opus Dei en la vida española ha sido, para muchas gentes, súbita: ... existía desde 1928 y nunca fue secreto, pero sus actividades apostólicas y las personales de sus hombres no llegaron a ser conocidas por la generalidad de las gentes hasta varios años después, cuando tomaron cuerpo en realizaciones apostólicas, educativas, profesionales, etc. Ordinariamente el hecho de que una persona concreta pertenezca al Opus Dei no rebasa el ámbito de la intimidad social o familiar, lo cual a veces resulta difícil de comprender a personas poco ilustradas» (65). En aquellos años casi nadie podía imaginarse que la Obra fuera algo distinto a las instituciones eclesiásticas existentes y conocidas hasta entonces; es decir, no se concebía que la Obra pudiese tener una estructura y un estilo de vida muy diferentes a los de las órdenes y congregaciones religiosas; y como esto superaba los conceptos al uso, muchos imaginaban «oscuras intrigas» y «procedimientos propios de las sociedades secretas».

Monseñor Laureano Castán Lacoma, Obispo de Sigüenza-Guadalajara, proporciona dos razones decisivas para comprender esta situación: por una parte -señala-, muchos, en aquella época (¡y también hoy en día!), no entendían algo que él había comprendido con gran claridad en sus conversaciones con el Fundador: que las actividades de los cristianos de buena voluntad, por muy loables que fueran, sólo podían ocupar un segundo plano con respecto a la conversión personal del alma a Dios y a su decisión de entregarse plenamente a Él en medio del mundo; es decir, que esas actividades sólo podían dar fruto si se sentaban sobre la base de una conversio ipsissima (66). Esta aseveración, para muchos «activistas» que -a menudo sin darse cuenta- hacen de su actividad una coartada o una disculpa para dejar de lado la entrega personal, tenía que parecer un reproche que, además, tocaba el nervio vital. Y esto -continúa el Obispo- estaba relacionado con dos malentendidos de capital importancia: por una parte, la gente corriente, los «buenos católicos» creían no estar «obligados» a un esfuerzo tal: eso sería cosa de los religiosos; por otra, algunos religiosos temían (y siguen temiendo) que la predicación de Monseñor Escrivá sobre la llamada universal a la santidad dañara a la Iglesia, vaciando los seminarios y noviciados, y reduciendo el número de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa (67).

Aunque tales pensamientos son muy comprensibles desde un punto de vista humano, subyace en ellos un error de fondo sobre la esencia y la diversidad de la vocación y sobre su inalienabilidad. Porque no es cierto que una persona que se casa «igualmente» podría vivir el celibato; o que una persona que pide la admisión en el Opus Dei, en «otras circunstancias» se habría hecho monje. Dios da la vocación no como quien abre un arca llena de regalos y esparce su contenido, de tal forma que cada cual escoge lo que más le gusta, pudiendo permanecer fiel a ello, cambiarlo por otra cosa o, sencillamente, tirarlo. Cristo llama a cada uno por su nombre y nunca se equivoca. A quien llama para el Opus Dei, para la Orden del Cister, para el sacerdocio secular o para el matrimonio, es llamado de una vez para siempre; si cambia su vocación, si se aparta de ella, si se escapa, si huye, se hace responsable ante Cristo y ante su propia conciencia. Sería absurdo, por eso, pensar que, si se consiguiera que el Opus Dei no creciese, se conseguiría que hubiese más vocaciones para las órdenes religiosas. Es como si se dijera: cuantos más matrimonios fracasasen, más vocaciones tendrán las órdenes religiosas...

Monseñor Escrivá de Balaguer tenía la capacidad (y algunas mentes se resisten a aceptar este hecho) de amar y de admirar también aquello en lo que no podía participar. Su corazón y su cabeza fueron capaces de albergar una objetividad desinteresada, algo que, en nuestros días, parece desaparecer paulatinamente. Tenía estima y aprecio por los agustinos, los dominicos, los carmelitas, los jesuitas, las congregaciones de fundación reciente; tenía estima por todo y por todos. Durante años se confesó con un padre jesuita, Valentín Sánchez Ruiz; y a no pocos de los que dirigió espiritualmente los preparó para una vocación religiosa, indicándoles el camino que les correspondía (68). Pero, por otra parte, insistía con tozudez en que él mismo, por Voluntad y encargo de Dios, no podía ser religioso y que la Obra no podía ser una orden ni una congregación religiosa.

Ante las organizaciones civiles -siempre que no fueran decididamente enemigas de la fe y de la Iglesia- también mostró un espíritu abierto y falto de prejuicios. Mons. López Ortiz recuerda la relación de don Josemaría con don Ángel Herrera, que llegó a ser una relevante personalidad en la vida española. Había nacido en 1886 en Santander y, después de estudiar Derecho, se destacó como periodista y en política social dentro de la «Acción Católica». En 1940 fue ordenado sacerdote, a la edad de cincuenta y cuatro años. Siete después fue nombrado Obispo de Málaga, y en 1965 Cardenal; falleció en 1968. Como Presidente de la «Asociación Católica Nacional de Propagandistas» confiaba encontrar aliados en Monseñor Escrivá y en el Opus Dei; los jóvenes de la Obra que había conocido le habían impresionado y quería ganarlos para su movimiento. Mantuvo dos o tres largas conversaciones con el Fundador. Don Ángel Herrera le comentó que era necesario colaborar para el bien de la Iglesia, que su organización y la Obra tenían los mismos ideales, por lo que sería adecuado aliarse; los jóvenes de la Obra podrían encontrar un lugar entre los «propagandistas»... No debió ser tarea fácil lograr que don Ángel comprendiera que el Opus Dei respetaba y amaba toda iniciativa apostólica, pero que era imprescindible que conservase su fisonomía, sus fines y sus características. Por otra parte, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas promovía, con afán apostólico, la Democracia Cristiana en España, y Mons. Escrivá de Balaguer le explicó que él tenía el deber de defender la libertad de opción política de los miembros de la Obra. Lo cual no era óbice para que hubiese miembros del Opus Dei que, en uso de su libertad, pertenecieran a la A.C.N. de P. o participaran en tareas

promovidas por ella, como otros católicos (lo que ocurrió, de hecho, en algunos casos) (69).

Es imposible comprender a Monseñor Escrivá y al Opus Dei, así como el evitar falsas interpretaciones, si no se han comprendido sus ideas sobre la libertad personal. Mons. López Ortiz cita en este contexto dos párrafos del Fundador que queremos recoger aquí por su fundamental importancia. «La libertad -decía don Josemaría- que cada uno tiene para elegir y decidir con respecto a su propia actividad, incluso política, es fundamental en la Obra. A los que vienen a la Obra se les exigirá mucho, pero siempre fundamentados en una espiritualidad. Lo que no sea requerido por esa responsabilidad permanece intangible- en eso, plena libertad. De manera que servirán a Dios donde quieran. Y si quieren tener una actividad política, que la tengan: yo en eso no me meteré. Si uno toma una orientación política y otro otra distinta, yo recordaré sólo que esa divergencia no debe ir en detrimento de la caridad: dentro de la diversidad de opciones políticas debe haber caridad. Y también me preocuparé de que nadie tome la opción personal de un miembro como cosa de la Obra, porque no lo es, sino cosa suya personal. Plena libertad, dentro de los criterios que la Iglesia marque para todos los católicos» (70). Y en otra ocasión recalaba: «Yo, en lo político, no puedo imponer ni recomendar una conducta a quienes se acercan a la Obra. En sus relaciones con Dios, en su espiritualidad, sí; en las preferencias políticas, no: cada cual lo que quiera. Hay una esfera de libertad temporal que, para mí, es sagrada» (71).

En ejercicio de esa libertad hubo -y hay- miembros del Opus Dei en la democracia cristiana; y, en ejercicio de la misma libertad, hubo también miembros de la Obra que fueron ministros de Franco. En ocasiones se ha citado ese dato de manera «desproporcionada», como argumento contra «el Opus Dei»; a veces incluso se ha formulado una «sospecha generalizada de fascismo».

Como se trata, entre los chismes demagógicos, de algo parecido a una de esas melodías que nunca mueren (algo que se saca a relucir una y otra vez para aterrorizar a los espíritus bondadosos que saben poco del Opus Dei), no quiero entrar de nuevo en detalles, sino indicar sólo que Franco y su sistema de gobierno no pueden ser considerados, sin más, como «fascistas»; su régimen fue más bien, por decirlo así, un intento -anacrónico en último término de erigir un estado autoritario-clerical-tecnocrático, casi en contra del reloj de la historia en Europa occidental. La situación de las democracias occidentales, el considerable número de sistemas de gobierno en todo el mundo que lesionan los derechos humanos y nuestra propia historia deberían llevarnos a los alemanes a distanciarnos de la imprudente arrogancia de querer actuar como «jueces y maestros de la democracia» con respecto a otras naciones. En este punto somos más bien comediantes de tercera.

En 1957 Franco reorganizó su gabinete ministerial con el fin de sanear la situación económica de España, especialmente con respecto a la balanza exterior de pagos; para conseguir que España se pusiera en camino hacia un sistema económico y financiero capaz de competir en el mundo moderno, nombró ministros a algunos especialistas bien cualificados, procedentes de bancos y universidades. Había entre ellos dos (y más tarde cuatro) miembros del Opus Dei: Alberto Ullastres Calvo, catedrático

de Historia de la Economía en la Universidad de Madrid, fue nombrado Ministro de Comercio; y Mariano Navarro Rubio, hasta entonces Director administrativo del Banco Popular, pasó a ocupar la cartera de Hacienda. Más tarde se les sumarían Gregorio López Bravo como Ministro de Industria y Laureano López Rodó como Ministro sin cartera y Comisario General del Plan de Desarrollo Económico. Unos años después, estos dos -en distintas épocas, desempeñaron la cartera de Asuntos Exteriores.

En las publicaciones especializadas se suele hablar de «la era tecnocrática» del régimen franquista, con lo que se insinúa que, durante algún tiempo, el acento pasó del plano ideológico al práctico. Entre los «tecnócratas» había, por supuesto, personas que no eran miembros del Opus Dei, como el joven jurista de la Universidad de Madrid Manuel Fraga Iribarne (que hizo del Ministerio de Información y Turismo algo mucho más importante de lo que el nombre sugiere), y también miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Como no pretendo escribir una «Historia de España en la época de Franco», no quiero entrar en detalles sobre la actuación de todas estas personas. Sólo diré que fue mucho lo que consiguieron, sobre todo si se tiene en cuenta que, en realidad, dispusieron de poco tiempo. Gracias a ellos, España empezó a ser un estado moderno, capaz de irse aproximando paulatinamente al mundo occidental; también (y esto lo suelen olvidar los «fiscales») se fue acercando a las democracias europeas, pues por entonces se inició el desarrollo político que España intenta realizar plenamente desde 1975 (72).

Hay un punto que queremos dejar muy claro: los miembros del Opus Dei de los que estamos hablando hacían algo a lo que tenían derecho como personas libres y como ciudadanos del Estado. La imitación de Cristo, la fidelidad a la Iglesia y el espíritu de la Obra no prohibían servir a aquel Estado español, un Estado que, a diferencia de otros ejemplos del pasado o de nuestros días, en ningún momento tuvo por qué ser genuina y necesariamente un Estado criminal (y que tampoco lo fue de hecho). Quien afirmara que un cristiano sólo puede expresarse a favor de una democracia de corte angloamericano o jacobino, porque sólo un sistema de este tipo sería compatible con el cristianismo, haría un planteamiento inaceptable de cara a la historia y (aun dejando de lado que a menudo es un planteamiento falaz) caería bajo el concepto de «hipermoral» que ya fustigara Arnold Gehlen (73). Monseñor Escrivá de Balaguer no se oponía a que sus hijos se mantuvieran a distancia del régimen autoritario de Franco o a que algunos (como el monárquico liberal Fontán o el profesor Calvo Serer, que estuvo encarcelado, y otros) trataran de conseguir una evolución o «transformación» del mismo. Tampoco se llenaba de júbilo si algún hijo suyo era nombrado ministro. Cuando, en 1957, un Cardenal se sintió obligado a felicitarle por el «honroso nombramiento» de uno de los nuevos y jóvenes ministros, don Josemaría le replicó con rotundidad: «A mí no me va ni me viene; no me importa; me da igual que sea ministro o barrendero, lo único que me interesa es que se haga santo en su trabajo» (74). Finalmente, conviene subrayar que son muy pocos, también en España, los miembros del Opus Dei cuya profesión ha sido o es la política. El que, en cualquier país, un miembro de la Obra se empeñe en política, y la forma concreta en que lo haga, depende -repetimos- solamente de su conciencia y carece de importancia para los demás miembros y para la totalidad de la familia espiritual del Opus Dei.

Al comienzo de este capítulo hablábamos del momento en el que el Fundador fue a vivir a Roma. Pues bien, pienso que de todo lo que hemos narrado hasta aquí sólo sacaría una conclusión: que él, como cabeza del Opus Dei, tenía que permanecer en Roma, cerca de la Catedral de Pedro; aquél era su lugar, allí tenía que estar el centro de la Obra. No sólo porque era necesario conseguir la aprobación definitiva y la regulación de la situación canónica (por lo menos provisional) de la Obra dentro de la Iglesia universal, sino también, sobre todo, porque, si bien el Opus Dei había nacido y crecido en España, desde el principio estaba destinado a la universalidad, a la catolicidad y a la «romanidad». Una de las convicciones fundamentales de Monseñor Escrivá de Balaguer era que el encargo misionero de Cristo, de carácter universal, estaba unido, inseparable y eternamente, a la Catedral de San Pedro. Además, parecía llegada la hora, como dijo entonces a un amigo y me confirmó hace poco en una conversación el actual Prelado de la Obra, de abandonar con naturalidad, y sin llamar la atención, una España en la que se podía atacar a la Obra más fácilmente por estar él allí, de acuerdo con las palabras de la Escritura: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas» (Mt 26, 31); una España en la que no existía la necesaria libertad, que para él era un derecho natural y una condición indispensable para poder dirigir el Opus Dei en todo el mundo. Este paso le dolía, porque amaba a su patria, pero sabía cuáles eran las exigencias de su misión, y obedecía. No fue un «emigrante» en el sentido corriente de la palabra (casi todos los años, ya lo hemos dicho, visitaba España); en un doble sentido, fue más bien un apóstol universal, al modo de un San Pablo, un San Ignacio de Loyola, un San Francisco Javier y otros que, portando el mensaje de Jesucristo, abarcaron todo el mundo; y también al modo de un San Agustín, un Santo Tomás de Aquino o un San Francisco de Sales, que consiguieron ese efecto casi exclusivamente por «ósmosis espiritual».

Romano y mariano

La revolución aprobada

Ocho semanas después de la muerte de Monseñor Escrivá de Balaguer, el Cardenal Frings -que había sido Arzobispo de Colonia desde 1942 hasta 1969- escribía una carta al Papa Pablo VI en la cual definía al Fundador del Opus Dei como un pionero de la espiritualidad laical que había reconocido con clarividencia los peligros y las necesidades de los tiempos; en la carta presagiaba para la Obra una importancia capital en el futuro de la Iglesia.

No era necesario convencer al Papa de estas cosas: las conocía bien desde hacía años; estaba profundamente convencido de la extraordinaria importancia de Mons. Escrivá de Balaguer en la historia de la Iglesia. Cuando era sustituto en la Secretaría de Estado, Monseñor Montini -con Mons. Tardini- había ayudado a aquel joven sacerdote español, recién llegado a Roma, a franquear y recorrer los a menudo tortuosos caminos de la Curia. Los dos Prelados habían conseguido que Pío XII le concediera una audiencia privada el día de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1946 (la segunda que tuvo en una gran fiesta). Los dos le habían prestado ayuda y consejo a la hora de erigir la sede central de la Obra en Roma; los dos habían apoyado, también, su nombramiento como Prelado Doméstico de Su Santidad, que tuvo lugar el 22 de abril de 1947 (1).

Da mucho que pensar la rapidez con que se sucedieron los hechos, pues deja entrever algo de la increíble tenacidad que caracterizó al Fundador. Su primera estancia en Roma duró tan sólo cinco semanas y media, desde el 23 de junio hasta el 31 de agosto en 1946. Durante el otoño permaneció en España, y el 8 de noviembre de 1946 retornó a Roma, donde ya establecería su residencia definitiva. (veintinueve años viviría en Roma, la segunda mitad de su vida...). Si se tiene en cuenta que una institución tan experimentada como la Curia romana no suele brillar por su agilidad, hay que reconocer que un período de tiempo de cuatro semanas hasta la primera audiencia papal (16 de julio de 1946), tres meses hasta el «Decretum laudis» de la Obra (24 de febrero de 1947), cinco meses hasta el nombramiento de Monseñor Escrivá como Prelado Doméstico y tres años hasta la aprobación definitiva de la Obra en el verano de 1950, constituyen realmente «un tiempo récord».

La aprobación del Opus Dei se basaba, hasta la erección como Prelatura personal el 28 de noviembre de 1982, en una nueva fórmula jurídica general que tuvo que ser creada ex profeso, como lo prueba el hecho de que la Constitución apostólica «Provida Mater Ecclesia», (2) fechada el 2 de febrero de 1947, fiesta de la Purificación, es sólo tres semanas anterior al «Decretum laudis» de aprobación canónica de la Obra.

Monseñor Escrivá sabía compaginar los sueños más atrevidos sobre un futuro lejano con un gran sentido de la realidad. Sabía urgir, pero también esperar, según lo exigiera cada situación y cada problema en particular. Por eso comprendió enseguida

que la Constitución Apostólica «Provida Mater» suponía una base suficiente para el anclaje canónico del Opus Dei en la Iglesia; además, teniendo en cuenta la novedad de los problemas espirituales y pastorales que se derivaban de la entrega total de los laicos, era lo más que se podía conseguir en aquel momento, ya que suponía un gran y atrevido paso hacia el futuro. Ahora bien, por otra parte se daba perfectamente cuenta de que su aplicación al Opus Dei -con el «Decretum laudis» y la aprobación definitiva del 16 de junio de 1950, fiesta del Sagrado Corazón- no correspondía al carisma fundacional y a la realidad viva de la Obra.

La «Provida Mater», como es bien sabido, constituye el marco jurídico para crear y regular de manera general la situación canónica de los «Institutos Seculares». El Documento consta de una introducción jurídico-histórica en trece puntos y de las «disposiciones generales para los Institutos Seculares» en diez artículos. La ordenación jurídica de cada uno de los Institutos debe adaptarse a este marco canónico. Quien, sin prevención, lee hoy en día este documento se da cuenta de que, junto a la buena voluntad de «ir con los tiempos» y de apoyar y fortalecer la búsqueda de la perfección cristiana de los laicos en medio del mundo, coexiste la actitud fundamental de ver en ello una variante moderna del ideal clásico de las órdenes religiosas. Da la impresión de que se ha tratado de «trasponer» el estado religioso a las realidades seculares de los laicos, como si la Iglesia quisiera ofrecer un sucedáneo a aquellos hijos suyos que están en el mundo y desean llegar a «más». De acuerdo con la concepción tradicional de las órdenes religiosas, se destaca el valor de los «consejos evangélicos», o sea, de los votos de pobreza, castidad y obediencia (3); además, los Institutos Seculares quedan enmarcados en la Congregación para los Religiosos (4). A pesar de todo, la «Provida Mater» permitió que, en un plazo de tres semanas a partir de su promulgación, la Obra pasara a ser una institución de derecho pontificio y que, animada por la bendición del Papa y de la jerarquía, pudiera extenderse por todo el mundo. Ya en 1948 el Fundador había enviado a algunos de sus hijos a América del Norte y del Sur para que tomaran contacto con los Obispos y prepararan los comienzos de la labor apostólica. En 1949 el Opus Dei pudo dar el primer paso allende el Atlántico, en México y los Estados Unidos; en la primavera de 1950 fueron los primeros a Chile y Argentina.

En Europa, la Obra estaba extendida ya en cinco países, además de España: en Portugal, Italia e Inglaterra, desde 1946; en Francia e Irlanda, desde 1947. Y todo se iba desarrollando siempre tal y como lo hemos descrito en el capítulo anterior al tratar del apostolado dentro de España: tres o cuatro jóvenes, sacerdote uno de ellos, llegaban al país en cuestión con un mínimo de equipaje, un poco más de dinero que el estrictamente necesario para el viaje, unos cuantos nombres y direcciones y un caudal inagotable de buen humor y de cariño a la Iglesia, al Padre y a todos los hombres. Enseguida, empezaban a ejercer su profesión o a estudiar, si eran estudiantes. En muchas ocasiones resultaba muy difícil ganarse el sustento. Por regla general, uno o dos años después, cuando ya la labor empezaba a consolidarse, llegaban las mujeres de la Obra.

Consecuencia de la fuerza persuasiva de Monseñor Escrivá de Balaguer (una persuasión que manaba de la oración y de la lucha ascética, pero también de su simpatía y de su conocimiento de la Curia romana) fue que enseguida se reconociera e hiciera posible en la práctica la unidad de la vocación al Opus Dei como principio válido para hombres y mujeres, solteros y casados, y sacerdotes seculares. Muy poco después del

«Decretum laudis» del 24 de febrero de 1947 y dieciocho años y medio después de la fundación, fue posible admitir en el Opus Dei, de acuerdo con las normas dictadas por la Santa Sede, a los casados. Es comprensible, pues, que en los años inmediatamente posteriores al 2 de octubre de 1928 y al 14 de febrero de 1930 el Fundador se concentrara, sobre todo, en formar un núcleo importante de miembros célibes, es decir, de Numerarios. Sin embargo, desde mediados de los años treinta sus esfuerzos apostólicos se dirigieron también a la formación religiosa y en el espíritu de la Obra de aquellos que en su día podrían pertenecer al Opus Dei como miembros casados, los cuales, con el tiempo (de esto estaba plenamente convencido), serían mayoría dentro de la Obra.

Si se tiene en cuenta que la sociedad humana se basa en la familia, que es su unidad menor y a la vez más fuerte y permanente (pues su existencia no depende del capricho humano, sino de la ley natural, de la Voluntad de Dios y -para los cristianos- de la Revelación), la apertura del Opus Dei a los casados tiene una enorme importancia. Puede decirse que, con ello, la Obra se anclaba en la humanidad también desde un punto de vista «biológico». La Obra está muy unida a las «familias de sangre» y, en parte, está formada por ellas. La vida cristiana adquiere así, en mi opinión, una singular plenitud, pues la «materialización» de la imitación de Cristo, que constituye el núcleo del mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer, desde 1947 no tiene que prescindir ya de un «modelo» que, en esencia, es una materialización... y debe serlo, según Voluntad de Dios, que instituyó este modelo: el matrimonio y la familia. Verdad es que también las personas que viven en celibato (los futuros Numerarios del Opus Dei, los sacerdotes y también los religiosos) nacen y crecen en una familia, pero la admisión en el Opus Dei de los casados y de aquellos que tienen vocación y voluntad de casarse ha tenido enormes y benéficas consecuencias; el número de miembros aumentó gracias a una verdadera «ola de vocaciones» de Supernumerarios, y cuando el Concilio Vaticano II promulgó y redescubrió, como parte de la Voluntad de Dios, la actividad apostólica de los laicos y la entrega total de los casados a Jesucristo, ya había en todo el mundo miles de familias que seguían este espíritu dentro del Opus Dei.

«¿Y su hijo -preguntaba un padre a otro hace poco tiempo- también es del Opus Dei?» Tras la contestación afirmativa, enseguida vino una segunda pregunta:

-Y dentro de la Obra, ¿qué es?

-Numerario...

-¡Ah! Numerario... O sea, miembro a título pleno...

No fue fácil aclarar el malentendido. Quizá contribuyeran algo los términos técnicos de «Numerario» y «Supernumerario», que podrían dar pie a la confusión de que habría miembros «ordinarios» y «extraordinarios», cuando, en realidad, todos los miembros de la Obra son iguales y tienen la misma vocación, aunque cada uno la viva según sus propias condiciones de vida. (A eso obedecen tales denominaciones, cuyo uso no tiene especial importancia.)

Aunque ya nos hemos referido al carácter plenamente secular de los Numerarios y a la necesidad de su existencia dentro de la Prelatura personal del Opus Dei, quizá haya quien se empeñe en discriminarlos de alguna manera, pues ciudadanos normales que viven el celibato en medio del mundo por amor a Cristo y a su Iglesia no son algo corriente en la historia de la Iglesia. Tal vez algunos piensen que este camino no está en consonancia con el espíritu de los tiempos en el siglo XX. Sin embargo, en la Iglesia siempre ha habido personas que han prescindido del matrimonio por amor a Cristo, aunque fuera en una forma totalmente distinta a la de los Numerarios (si exceptuamos las primeras generaciones de cristianos). Sobre este punto se puede pensar como se quiera, pero, «de algún modo», se comprende, porque, además, tiene «historia». Lo que tal vez sea más difícil de comprender es la rotunda afirmación de Monseñor Escrivá (y más tarde del Concilio) de que el matrimonio y la familia pueden ser materia y lugar de santidad; y no sólo que pueden, sino que deben serlo, pues los casados están llamados y capacitados -de igual manera que los que se obligan a vivir el celibato- a practicar en esencia, y en el mismo grado, todas las virtudes cristianas: la caridad, la esperanza y la fe, la humildad y la castidad, la justicia y la pobreza, la fortaleza, la obediencia, la sinceridad, la paciencia... Todas, todas las virtudes cristianas. A los que entienden esto se les abre un panorama de felicidad: «¡Qué ojos llenos de luz -escribía el Fundador en 1959- he visto más de una vez cuando, creyendo -ellos y 'ellas- incompatibles en su vida la entrega y un amor noble y limpio, me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!» (5). El matrimonio no es tan sólo una institución biológica, social y jurídica para asegurar la pervivencia de la humanidad, sino también un medio querido por Dios para que crezca y se extienda el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza; cada niño que nace está llamado a ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo. «El Señor -repetía Monseñor Escrivá- suele coronar a las familias cristianas con corona de hijos, os he dicho muchas veces.

Recibidlos siempre con alegría y agradecimiento, porque son regalo y bendición de Dios y una prueba de su confianza» (6).

La carta «Dei Amore», que Mons. Escrivá de Balaguer dirigió hace ya casi un cuarto de siglo a los miembros del Opus Dei, está dedicada principalmente al tema de los «Supernumerarios»; y como en todos estos años no ha perdido nada de su actualidad, tampoco en lo que se refiere el enjuiciamiento de la situación de la humanidad, quiero referirme a ella con más detalle.

Al comienzo de la carta, el Fundador habla de las tres grandes manchas que ensucian el mundo: en primer lugar, «esa mancha roja», el ateísmo marxista, «que se extiende rápida por la tierra, que lo arrasa todo, que quiere destruir hasta el más pequeño sentido sobrenatural» (7). Luego, una segunda mancha: esa ola de sensualidad desatada -de imbecilidad, se podría decir- que hace que los hombres se comporten como animales. Y finalmente, una mancha de otro color: las tendencias crecientes a negar el contenido y la importancia objetiva de Dios y de la Iglesia, reduciéndolos a un rincón de la vida privada, donde caerían bajo la protección de una «conciencia» subjetivista; es decir, la desaparición de la fe y de sus expresiones de la vida pública. Estas tres manchas son peligros permanentes, patentes y agresivos. Y el Fundador del Opus Dei se preguntaba: el progreso técnico casi increíble de muchos países, la elevación de las condiciones materiales de vida, ¿no habrían tenido que llevar a una renovación

religiosa, al agradecimiento a Dios, a alabar su gracia, que permite y regala tales frutos al hombre? «Sin embargo, no es así: tampoco ellos, a pesar de su progreso, son más humanos. No pueden serlo, porque, si falta la dimensión divina, la vida del hombre -por mucha perfección material que alcance- es vida animal» (8). Sólo cuando el hombre se abre al ámbito religioso, se aparta del animal. En cierto modo -dice- la religión es «como la más grande rebelión del hombre, que no quiere ser una bestia» (9).

El año 1959 era el umbral de una época en la que iban a ponerse en duda, una vez más, las verdades dogmáticas de la fe, no sólo en su contenido, sino en su naturaleza. Algunos veían en esas verdades tan sólo productos del espíritu humano subjetivo, determinados sociohistóricamente (una explicación que incluso han dado algunos dentro de la Iglesia). En ese año el Fundador del Opus Dei afirmaba claramente: «En el orden religioso, hijas e hijos míos, no hay progreso, no hay posibilidad de adelanto. La cumbre de ese progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin. Por eso, en la vida espiritual no hay nada que inventar; sólo cabe luchar por identificarse con Cristo, ser otros Cristos -ipse Christus-, enamorarse y vivir de Cristo, que es el mismo ayer que hoy y será el mismo siempre... ¿Comprendéis que yo os repita, una y otra vez, que no tengo otra receta que daros más que ésta: santidad personal? No hay otra cosa, hijos míos, no hay otra cosa» (10).

Tras estas consideraciones fundamentales, el Fundador del Opus Dei pasa a comentar las posibilidades y tareas específicas que corresponde a los Supernumerarios, recordando para ello dos figuras del Evangelio: Nicodemo y José de Arimatea; un sabio conocedor de la Ley, «personaje de relieve» y varias veces miembro del Sanedrín, el uno; rico y distinguido, miembro del gremio con mayor autoridad en Jerusalén, el otro. «Actuaban discreta y calladamente, firmes en la vida pública a los imperativos de su conciencia, y valientes y audaces, a cara descubierta, en la hora difícil. Siempre he pensado -y os lo he dicho- que estos dos varones comprenderían muy bien, si viviesen hoy, la vocación de los Supernumerarios del Opus Dei. Lo mismo que entre los primeros seguidores de Cristo, en nuestros Supernumerarios está presente toda la sociedad actual, y lo estará la de siempre: intelectuales y hombres de negocios; profesionales y artesanos; empresarios y obreros; gentes de la diplomacia, del comercio, del campo, de las finanzas y de las letras; periodistas, hombres del teatro, del cine y del circo, deportistas. Jóvenes y ancianos. Sanos y enfermos. Una organización desorganizada, como la vida misma, maravillosa; especialización verdadera y auténtica del apostolado, porque todas las vocaciones humanas -limpias, dignas- se hacen apostólicas, divinas» (11).

¿Qué significa esto? Significa, por ejemplo, no contentarse con cumplir las ocho horas de la jornada laboral de mala gana, poniendo el mínimo esfuerzo posible, el necesario para guardar las apariencias. Significa no concebir el trabajo más o menos como «una molesta interrupción del tiempo libre»; y no tener como único horizonte vital, en cuanto se termina la jornada, una barra de cafetería o una poltrona cómoda, para ver tranquilamente y en zapatillas la televisión. Quiere decir que el cristiano no puede encerrarse entre cuatro paredes: allí, en su profesión, con sus colegas, tiene que hacer apostolado; y su trabajo bien hecho, su simpatía humana, su disponibilidad para con todos, su lealtad intachable tienen que ser un testimonio fiel de que vive lo que enseña con sus palabras. Tendrá -en consecuencia- que formarse continuamente y

participará en las asociaciones profesionales y en las actividades sociales, culturales, políticas y (¿por qué no?) recreativas de su entorno social. En definitiva: estará allí donde los hombres se encuentran naturalmente: en la vida normal y corriente de este mundo. Y todo esto, con el espíritu de sencillez propio del Opus Dei: sin aspavientos, sin esperar aplausos ni reconocimientos públicos del mérito de su labor (12).

Está claro que, cuando escribía estas cosas, pensaba en primer lugar en los sistemas estatales y sociales que permiten o prevén la libre participación ciudadana; en ellos los cristianos que trabajen de este modo, en silencio, y se asocien a otros de forma legítima, podrán influir sobre la legislación de su país, «sobre todo en aquellos puntos que son clave en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio, sobre la moralidad pública, sobre la propiedad, etc.»(13). Se puede ver que el Fundador del Opus Dei es un «conservador» o (digámoslo con una metáfora) una «roca primigenia cristiana» o -si se quiere- «una roca primigeniamente cristiana», con una profundidad y una convicción tales que, a la vez, le convierten en el mayor «revolucionario católico» de los últimos doscientos años. Quizá suene paradójico, pero, para entenderlo, basta con definir y usar correctamente estos conceptos. Quien afirma que la Revelación, base de la Redención y de la Salvación, se cerró hace siglos; que su contenido, por la acción del Espíritu Santo, está formulado de una vez para siempre, con una validez de expresión y de conceptos tal que puede ser transmitida y aceptada por cualquier generación en cualquier lugar y tiempo; quien rechaza de plano el error fundamental de nuestros días - que va minando lentamente la firmeza y la fidelidad a la fe creer que el depósito de la fe es tan sólo una colección de definiciones de carácter histórico y cultural (de lo que se sigue que estaría continuamente en evolución, siendo susceptible de cambios), es un conservador, porque reconoce que existe algo que no se puede alterar, que hay que conservar. También el Estado queda incluido, pues, como institución de derecho divino, no puede ser «neutro», sino que debe orientarse por la ley moral, por la tradición del pueblo, por el bien individual y el bien común de sus ciudadanos, que abarca, por ejemplo, la defensa del no-nacido, la tutela moral y médica de la juventud, la protección del matrimonio, el cuidado de una cierta moralidad pública y tantas cosas más. Ahora bien, el que no se esfuerza por «conservar» estos bienes no se convierte automáticamente en un «progresista» o un «moderno», sino en un retrógrado y un anticuado, porque defiende viejas teorías del siglo XVIII y cae en herejías antiquísimas que se han demostrado como falsas, tanto en la teoría como en la práctica. Por eso, darse cuenta de que esto es así y proponer, vivir y practicar un comportamiento de signo contrario, impregnando la sociedad con un seguimiento de Cristo básico y total, es lo que, en verdad, resulta revolucionario.

En aquella carta de 1959 Monseñor Escrivá de Balaguer se dirigía también a ese reducido número de miembros del Opus Dei que trabajaban en la vida pública; aprovechaba, además, la ocasión para esbozar los derechos y los deberes de todos los cristianos (y también, claro está, los de los miembros del Opus Dei) en ese campo (14). Es evidente que los católicos tienen derecho a trabajar profesionalmente en la política y en la vida estatal. Si se les negara este derecho, sería lógico que se les denegara cualquier tipo de participación ciudadana. Por otra parte, el católico que se sintiera llamado a una actividad política y no siguiera esa llamada sería culpable de un pecado de omisión.

Tienen valor intemporal unas palabras que Monseñor Escrivá quizá escribiera pensando en primer lugar en aquellos hijos suyos que actuaban en política: «Vosotros, al cumplir vuestra misión, hacedlo con rectitud de intención -sin perder el punto de mira sobrenatural-, pero no mezcléis lo divino con lo humano. Haced las cosas como las deben hacer los hombres, sin perder de vista que los órdenes de la creación tienen sus principios y sus leyes propias, que no se pueden violentar con actitudes de angelismo. El peor elogio que puedo hacer de un hijo mío es decir que es como un ángel: nosotros no somos ángeles, somos hombres»(15). «Cumplid -así termina la carta "Dei Amore"- vuestra misión con audacia, sin miedo a comprometeros, a dar la cara, porque los hombres fácilmente tienen miedo a ejercitar la libertad. Prefieren que les den fórmulas hechas para todo: es una paradoja, pero los hombres muchas veces exigen la norma -renunciando a la libertad- por temor a arriesgarse» (16).

Cuando, en 1950, el Fundador obtuvo finalmente de la Santa Sede el permiso para admitir en la Obra a los sacerdotes diocesanos y para poder nombrar a no católicos e incluso no cristianos Cooperadores de la Obra, se «completó» la familia espiritual del Opus Dei.

Lo que para una «familia natural» son los amigos y conocidos, son los Cooperadores para la «familia sobrenatural» del Opus Dei: personas que se sienten atraídas por un ambiente cristiano de simpatía y amistad y se comprometen a prestar a la Obra una colaboración personal, obteniendo así el derecho a recibir unos medios específicos de formación espiritual (retiros y cursos de retiro, convivencias de estudios, etc.). Ya en mayo de 1935 el Fundador había previsto su existencia en aquella Instrucción a la que dio forma definitiva en 1950: los Cooperadores -se dice en ella- «constituyen -sin ser miembros de nuestra Familia- una asociación propia e inseparable de la Obra» (17).

«Colaboración personal» quiere decir tanto la oración de una persona atada a una silla de ruedas como la ayuda material o la promoción de grandes iniciativas culturales. No hay límites, por tanto, en las posibilidades de cooperar. Lo normal, sin embargo, es que entre ellas se cuente una aportación económica, sobre cuya cuantía decide cada uno. Pero lo fundamental es siempre la cercanía a la espiritualidad de la Obra y la disposición de perfeccionar la propia formación religiosa; y, si se trata de Cooperadores católicos, difundir en el propio ambiente el espíritu de una vida cristiana laical y secular con fidelidad plena a la Iglesia y al Papa. La naturaleza de este fenómeno lleva consigo que, de entre los Cooperadores, surjan vocaciones para la Obra; por eso, del número y de las actividades de los Cooperadores se puede deducir en gran parte el vigor y el empuje juvenil de la labor apostólica del Opus Dei.

Amor a Pedro

El punto 520 de «Camino» dice: «Católico, Apostólico, ¡Romano! -Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu "romería", "videre Petrum", para ver a Pedro». Hay numerosísimas expresiones de Monseñor Escrivá con idéntico o similar contenido; de ellas se deduce que no sólo consideraba el Papado como una institución legitimada por la historia, útil, importante e incluso necesaria para garantizar

la unidad y la labor eficaz de la Iglesia en el mundo (todos éstos son puntos que cualquier católico acepta, lo mismo que muchas personas que ni son católicas ni creyentes), sino que amaba al Papa como Cabeza visible de la Iglesia, instituida por el Fundador de ésta, Jesucristo; es decir, como aquel que, como hombre y en la historia, representa a Cristo.

Para que se dé este amor no son decisivas las cualidades personales de cada sucesor de Pedro, sino el hecho de que cualquiera de ellos es, en esencia, el mismo Pedro; pues Jesucristo no quiso instituir una cabeza visible para una «Iglesia» meramente humana y temporal o, menos aún, para sus primeros tres o cuatro decenios; Cristo quiso instituir un Pastor supremo para ese Pueblo de Dios que recorre los tiempos como Iglesia visible; un Pastor que fuera hermano de los Obispos, pastores también, y a la vez su regente y padre; un Pastor hermano de todos los cristianos y de todos los hombres; un Pastor, en suma, en quien la caridad, la verdad, la unidad y la autoridad de Cristo se hacen visibles.

El que se acepte este concepto del ministerio de Pedro es, en mi opinión, el núcleo central de cualquier ecumenismo, aunque parezca que hay otras cuestiones controvertidas más profundas y más difíciles de superar, como pudieran ser la doctrina sobre la justificación, sobre los Sacramentos (en especial sobre la Eucaristía), sobre la importancia de «Escritura» y «Tradicición», sobre el sacerdocio y tantas más. Esas cuestiones son muy importantes, pero el primado papal está, tanto en la teología como en la práctica, en íntima e indisoluble conexión con todas ellas. Antes de que los «hermanos separados» puedan ponerse de acuerdo sobre lo que no ven, tendrían que reconocer lo que está ante sus ojos: el sucesor de Pedro, el Papa. Este punto tiene que ser el comienzo, no el final, de un sincero ecumenismo. La naturaleza humana enseña que, por lo general, el conocimiento de la verdad, la permanencia en ella y el retorno a ella se logra con dos condiciones: obediencia y humildad; condiciones que se manifiestan en cosas concretas y reales, en el espacio y en el tiempo, en lo humano y deficiente, o sea, allí donde nos pueden resultar duras y causar dolor. La historia de la Iglesia, además, nos muestra que, si se ven las cosas con calma, hay muchas más herejías consecuentes a los cismas que al revés.

En este sentido, ser verdaderamente «romano» es ser verdaderamente «ecuménico»... y viceversa. A menudo se olvida esto en nuestros días. Ante periodistas, Mons. Escrivá comentó que, con ocasión de una audiencia, había dicho al Papa Juan XXIII: «En nuestra Obra siempre han encontrado todos los hombres, católicos o no, un lugar amable: no he aprendido el ecumenismo de Su Santidad». Este comentario, que suena quizá algo pretencioso, expresaba una idea tan importante para el Fundador que lo citó dos veces, la primera en un periódico francés, la segunda en otro español (18). Al hacerlo quería rectificar las confusas concepciones sobre el ecumenismo que proliferaron después del Concilio. Y como era hombre de criterio claro y limpia distinción, diferenciaba entre las actividades comunes de personas «de buena voluntad», que por su fe en Dios o en Cristo o por su actitud ética están dispuestas a servir al bien común, y la unidad en la fe. Entre los cristianos, ésta no puede conseguirse (un punto sobre el que no le cabía ninguna duda) por medio de negociaciones o de un compromiso en que cada parte «concede» un poco y «acepta» otro poco, sino sólo por la conversión in corde, un don del Espíritu Santo que ha de mover a los que se han marchado a retornar a

la casa del Padre común. El amor que hemos de tener a los «hermanos separados» (como a todos los hombres, cristianos o no) no puede suponer, pues, una merma del amor a la verdad, a cuyo servicio estamos llamados y de la que no podemos disponer. Siempre distinguió Monseñor Escrivá de Balaguer el error y las personas equivocadas: rechazaba el error, pero respetaba a la persona que lo sostenía. Defendía la libertad de la persona (también la libertad de equivocarse). Pero nunca permitió que se tuviera la impresión de que la Obra es, como se suele decir hoy en día, «supraconfesional»; no, la Obra es católica cien por cien; por eso precisamente tiene un espíritu abierto y ama a todos los hombres, aunque en grado diverso. «Ciertamente los miembros son católicos -decía-, y católicos que procuran ser consecuentes con su fe (...) Desde el principio de la Obra, y no sólo desde el Concilio, se ha procurado vivir un catolicismo abierto, que defiende la legítima libertad de las conciencias, que lleva a tratar con caridad fraterna a todos los hombres, sean o no católicos, y a colaborar con todos, participando de las diversas ilusiones nobles que mueven a la humanidad»(19).

Monseñor Escrivá de Balaguer dejó escritas ocho meditaciones sobre el tema de la «unidad de los cristianos» (20), para los días del octavario por la unidad en la fe, que se celebra cada año. En esos textos se recuerdan los fundamentos sobre los que se basa la unidad, aclarando así las condiciones que son decisivas para poder reconquistarla: en Jesucristo nos sabemos unidos a todas las criaturas. Él es Cabeza de la humanidad y de la Creación toda... Para poder vivir esta unidad tenemos que unirnos personalmente a Cristo y mover a los que nos rodean a que también ellos se identifiquen con Él (21). Una unidad así vivida no es ni una «mezcolanza» de sentimientos religiosos, ni un estadio determinado dentro de un desarrollo histórico-social, ni una unidad forzada por nosotros mismos; esa unidad tiene que darse en la Iglesia, comunidad instituida por Dios con las notas de catolicidad y universalidad (22); en ella encuentran sitio personas de todo tipo, con distintos puntos de vista en lo opinable (y eso también tiene que estar claramente definido: lo que es opinable y lo que no lo es), pero que, al mismo tiempo, es depositaria de una verdad de fe íntegra, que no se halla en un continuo status nascendi a lo Hegel, sino que es un depositum fidei perfectum. Un ecumenismo sincero, por lo tanto, debe combinar la firmeza con respecto a ese depositum y la bondad y comprensión para los que aún están en camino de alcanzarlo (23). La unidad interior en la fe y la fidelidad a ese depósito dentro de la Iglesia católica son el más fuerte estímulo para el retorno de los cristianos separados (24). Y la garantía segura para la conservación y para la reedificación de esa unidad que tanto anhelamos es el Papa (25).

«Para mí -decía Monseñor Escrivá de Balaguer a un periodista-, después de la Trinidad Santísima y de nuestra Madre la Virgen, en la jerarquía del amor, viene el Papa» (26). Nunca iba a la Plaza de San Pedro en Roma sin rezar un Credo pidiendo especialmente por el Papa; y recomendó a todos los miembros de la Obra que adoptaran esta costumbre. Quería que la primera visita de sus hijos en la Ciudad Eterna les llevara a San Pedro, como muestra de la fidelidad a la Iglesia Romana. Con tres Papas -Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI- mantuvo él mismo encuentros personales y una frecuente correspondencia (27). En Roma tuvo dos veces ocasión de seguir de cerca la elección de un nuevo Papa: «Cuando el Siervo de Dios vio salir el humo blanco anunciando que teníamos Papa, inmediatamente se puso de rodillas, gesto que secundaron todos los que estaban con él, y, sin saber quién era el elegido, rezó la siguiente oración: Oremus pro Beatissimo Papa nostro... » (28).

Cuando, durante los años posteriores al Concilio, la Iglesia tuvo que superar erosiones internas que se extendían como en oleadas (doctrinas falsas, rebeldías de teólogos, decadencia general de la disciplina, fuga de sacerdotes y arbitrariedades en la liturgia), el Fundador confesaba: «Sufro, ¡para qué voy a ocultarlo!; y sufro también pensando en el dolor del Papa» (29). En los últimos años de su vida, según indican los Artículos del Postulador, ofreció a diario al Señor su vida por la Iglesia y por el Papa. Pedía que Dios tomara su vida como holocausto por la Iglesia, para que se diera una nueva floración de santidad y de buena doctrina, un nuevo recomenzar como en Pentecostés... «Cuando vosotros seáis viejos -decía a sus hijos-, y yo haya rendido cuentas a Dios, vosotros diréis a vuestros hermanos cómo el Padre amaba al Papa con toda su alma, con todas sus fuerzas» (30). El mismo amor, la misma estima sentía por la Jerarquía, por los Obispos, sucesores de los Apóstoles. Precisamente por eso -y no por su categoría personal o por su popularidad- tienen derecho a veneración y respeto, es decir, a una actitud que ¡incluye la obediencia. El Fundador del Opus Dei hizo que todos los miembros rezaran cada día por el Papa y por el Obispo de sus respectivas diócesis y que, dentro y fuera del ámbito eclesiástico, les fueran leales, de palabra, por escrito y en sus hechos.

Los Papas y los Obispos correspondieron al cariño y a la entrega de Josemaría Escrivá de Balaguer con simpatía, admiración y apoyo. Quizá no entendieran todas las dimensiones del «fenómeno del Opus Dei» o no se dieran cuenta de la grandiosa personalidad del Fundador, pero en lo que respecta al fruto visible, al asentimiento de la Santa Sede y al constante aliento de la jerarquía, Mons. Escrivá de Balaguer logró realmente abrir dentro de la Iglesia un camino nuevo y renovador, tal como Dios se lo había encomendado.

Sabemos que Pablo VI utilizaba «Camino» para su meditación personal. Juan XXIII, por su parte, comentó a su secretario, el futuro Prelado de Loreto, que la Obra «é destinata ad operare nella Chiesa su inattesi orizzonti di universale apostolato», que «está destinada a abrir en la Iglesia desconocidos horizontes de apostolado universal» (31). Para los Papas Juan Pablo I y Juan Pablo II, el Opus Dei y su Fundador eran ya hechos históricos objetivos que suponían el comienzo de una nueva época del cristianismo. Todos ellos tuvieron que empuñar -y Juan Pablo II lo sigue empuñando- el timón de la «nave de Pedro» en el tormentoso mar de los años conciliares y posconciliares, años en los que el barco «rechinaba en todas las juntas».

La situación de Pío XII era muy distinta: tuvo que conducir a la Iglesia a través de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, pero la Iglesia, en su interior, parecía fuerte y sana (y lo era en su mayor parte). Su prestigio, el del Papado en general y el de Pío XII en particular, alcanzaron entre 1946 y 1958 una cima no alcanzada desde la Reforma protestante, que ya no parecía posible alcanzar (32). Fue precisamente este Papa el que, en una época en la que ningún peligro interno parecía amenazar a la Iglesia y en la que las persecuciones externas (por ejemplo en los países comunistas) acrecentaban la gloria de sus mártires, se dio cuenta de la necesidad de realizar una intensa labor apostólica en medio del mundo; y vio también, en la Obra fundada por aquel sacerdote español, un medio querido por Dios para este fin. Clarividencia que, sin duda alguna, formaba parte de un cambio de rumbo inspirado por Dios, un cambio de enorme trascendencia.

Encarnación Ortega, que a principios de diciembre de 1946 llegó a Roma con otras mujeres del Opus Dei para, en su día, ocuparse de la administración de la sede central, narra una audiencia privada que Pío XII le concedió a ella y a Carmen, la hermana del Fundador, por deseo expreso de Mons. Escrivá y gracias al empeño del Secretario General, don Alvaro del Portillo, que estaba muy bien considerado en los ambientes vaticanos. La descripción es tan conmovedora como interesante, pues transmite algo de la afabilidad humana del Papa Pacelli y también de la despreocupada candidez de sus visitantes (33). «Nos acompañó don Alvaro como introductor en el Vaticano y para estar con nosotras mientras duró la espera. Fuimos pasando distintas guardias -la suiza, la palatina, la noble- y distintos salones. En el inmediato al que nos recibió el Santo Padre, había un silencio sepulcral...» Don Alvaro -sigue comentando Encarnación Ortega- enseguida comenzó a explicar a los componentes de la guardia noble lo que era el Opus Dei. Por fin, se pidió a las dos que entraran. «Pasamos nosotras. Después de besar, con la rodilla en tierra, la mano de Pío XII, le explicamos que Carmen era la hermana de nuestro Fundador y que yo era del Opus Dei: una de las que habían llegado a Roma para comenzar la labor en Italia. Le dijimos el cariño que teníamos al Vicario de Cristo, aprendido de nuestro Fundador, y cómo nosotras queríamos que el Santo Padre encomendase la labor de la Sección femenina en la Ciudad Eterna y, especialmente, que encomendase al Padre. Entonces nos contestó que lo hacía todos los días, desde el año 1943, fecha en que lo había visitado don Alvaro del Portillo». Entonces no era sacerdote -añadió el Papa- y venía con el uniforme de gala de ingenieros. «En aquel encuentro me encargó que pidiese por el Fundador del Opus Dei. Desde entonces lo hago todos los días. Tengo en mi mesilla el ejemplar de Camino que me regaló.» El Papa pasó luego a comentar que había recibido la visita de otro socio de la Obra, José María Albareda, que le había impresionado por su talla intelectual y científica. Es de destacar la contestación de las dos mujeres: «Le comentamos cómo en la Obra cada uno se santifica con su trabajo: el investigador, investigando; la profesora, dando clases y ocupándose de sus alumnos; el ama de casa, viviendo amorosamente sus obligaciones familiares (...), y que si el trabajo era el medio de encuentro con Dios, era lógico que pusiéramos en él el mayor empeño».

Estas palabras -sobre todo si recuerdo mi propio encuentro con Pío XII en 1953- me llenan de admiración por su despreocupación. La que escribe estos recuerdos anota que contaron al Santo Padre detalles de la labor apostólica y del crecimiento de la Sección de mujeres, intercalando algunas anécdotas. Seguro que el Papa se dio cuenta del espíritu filial, completamente genuino, de las dos mujeres, atribuyéndolo -como un reflejo de la filiación divina- al mensaje del Opus Dei.

Esta estrecha unión de Mons. Escrivá de Balaguer con la Santa Sede permaneció inalterada hasta su muerte y continúa ahora bajo su sucesor.

En 1957, Monseñor Escrivá fue nombrado miembro de la Pontificia Academia de Teología y Consultor de la Congregación de Seminarios y Universidades. Ya cuatro años antes, en 1953, el Prefecto de esta Congregación, el Cardenal Pizzardo, le expresaba en un documento su reconocimiento por la erección, dirección y labor de formación del Collegium Romanum Sanctae Vía (34), de Roma, inaugurado en 1948. En 1953 entró en funcionamiento un Centro análogo para las mujeres del Opus Dei, el Collegium Romanum Sanctae Mariae.

En 1952 había abierto sus puertas, en una fase previa, lo que más tarde sería la Universidad de Navarra, de la que hablaremos más adelante, y había ya numerosos colegios en varios países en los que el Opus Dei se había hecho cargo de la dirección de las actividades formativas.

En 1957 se encomendó a un sacerdote de la Obra la Praelatura nullius de Yauyos, en Perú, un territorio inmenso y escabroso con varios picos andinos de más de cinco mil metros de altitud, poblado de indios depauperados.

En 1961, Juan XXIII nombró a Monseñor Escrivá Consultor de la Comisión para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico.

Como se ve, al Fundador del Opus Dei nunca le faltaron encargos de la Santa Sede, algunos particularmente difíciles. Y nunca eludió el deber de aclarar las cosas. En 1966 contaba que, en cierta ocasión, un Cardenal le había recordado la norma vigente en la Curia: «A veces hay que hacerse el muerto para que no le maten a uno». Y respondió que él, cuando hablaba con la Santa Sede, siempre se expresaba con claridad, sin preocuparse de que pudieran surgirle incomprensiones por confesar la verdad que llevaba en el corazón. Si consideramos su vida en general, debemos subrayar que esta aseveración suya se vio confirmada por la comprensión, cada vez más amplia y profunda, que las autoridades eclesiásticas le prestaron siempre.

Aspectos de la humildad

Está claro que cualquier Papa, que per definitionem es sucesor de Pedro, es «romano y mariano». Sin embargo, Pío XII lo fue de un modo muy especial: era romano de nacimiento y de familia, y marcó el final de una etapa del Papado que duró unos cuatrocientos años y que yo me atrevería a denominar de absolutismo regio, imperial, de gran dignidad y autoridad. Irradiaba santidad, y su bondad estaba rodeada de un aura de majestad y de distancia natural. Se le amó y veneró como a casi ningún otro Papa de la edad moderna anterior a él, y no sólo en el mundo católico: todos le miraban con gran respeto. Bajo el título de «Pastor angelicus» se rodó una película sobre su vida que llenó los cines durante meses. Nunca había sucedido nada semejante.

A pesar del automóvil, del teléfono y de la radio, durante el Pontificado del Papa Pacelli culminó el «barroco romano» -como estilo curial- y con él terminó esta forma de gobernar.

Pío XII fue también profundamente «mariano» incluso de forma absolutamente oficial: el 1.º de noviembre de 1950, fiesta de Todos los Santos, proclamó el dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo, y el año 1954 fue declarado Año Mariano, en el centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Con su profunda fe personal, el Papa se sentía íntimamente unido a la Virgen de Lourdes y de Fátima, así como a su mensaje, y puso todo su empeño en transmitir ese amor a la Virgen a toda la cristiandad.

El Fundador del Opus Dei encontró, en este clima espiritual de la Iglesia universal, una actitud muy favorable para la expansión y el crecimiento de la Obra. En aquel año mariano de 1954, Monseñor Escrivá de Balaguer escribía (35): «Nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora. Por eso son tantas las costumbres marianas que empapan la vida diaria de los hijos de Dios en esta Obra de Dios. Pensad cuál habrá sido mi alegría al ver consagrado, por el Romano Pontífice, este año 1954 a la Santísima Virgen. Nosotros responderemos a los deseos del Papa renovando con más amor -si fuera posible- nuestras prácticas de piedad a María Santísima. Y además imponiéndonos, especialmente en este año, el deber de propagar la devoción del rezo del santo rosario y haciendo, de la manera acostumbrada, tres romerías a santuarios de la Virgen, una dentro del mes de febrero, otra en mayo y la última en octubre» (36).

En un centro del Opus Dei pude leer en una ocasión esta inscripción: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam* («Todos con Pedro hacia Jesús, a través de María»). La inscripción podría ser una fórmula breve de lo que quiere expresar ese binomio tan profundamente católico de «romano» y «mariano». Un solo rebaño bajo un solo pastor, un solo camino -firme y seguro-, una sola aspiración: esto es lo que expresan esas siete palabras latinas. Sobre el *cum Petro* hemos hablado ya; del *ad Iesum* trata todo el libro; nos queda por tratar del *per Mariam*.

Monseñor Escrivá de Balaguer no creó una «nueva Mariología», como tampoco creó una nueva escuela teológica (aunque el mensaje espiritual del Opus Dei suponga, también para la teología, un enorme enriquecimiento, lleno de un dinamismo rejuvenecedor). Siempre predicó la doctrina de fe de la Iglesia Católica y Romana, la doctrina asegurada por la Tradición, la doctrina vigente para todos. Exhortó a los miembros de la Obra a mantenerse firmes en ella, con fidelidad y humildad, rechazando cualquier acrobacia interpretativa individualista y seudointelectual. Desde este punto de vista, en el Opus Dei y en su Fundador no hay nada «original» o «sensacional»: hay tan sólo fidelidad. Cuando, en los años del Concilio y del posconcilio, ciertos teólogos comenzaron a poner en tela de juicio la doctrina de fe, removiendo sus sillares (a consecuencia de lo cual también comenzó a tambalearse la piedad popular tradicional), su fidelidad y su amor a la fe y la tradición cristiana fueron realmente extraordinarias y llamativas, por la fortaleza sobrenatural y humana con las que defendió la fe de la Iglesia. No constituye ningún descubrimiento para el lector de este libro la afirmación de que desde hace veinte años cada vez quedan menos creyentes (incluyendo a muchos de los que van a Misa o frecuentan los sacramentos) que sepan en qué creemos realmente los católicos y qué verdades estamos obligados a profesar si queremos permanecer en el seno de la Iglesia. Todo esto, qué duda cabe, es fruto de la ignorancia y también de esa teoría equivocada que sostiene que, en el fondo, no existen verdades de fe absolutas e inmutables, sino tan sólo afirmaciones y teorías humanas que surgen de la corriente de la historia y vuelven a desaparecer; eso, sin olvidar a quienes, desde una perspectiva falsa, proclaman la incompatibilidad entre la ciencia y la fe. Estas tres posturas, además, suelen potenciarse mutuamente.

Conocer la fe, vivirla, irradiarla y ponerla en práctica con caridad: son puntos que debieran interesar a todos los cristianos; algo que, para los católicos, supone la cercanía a la Madre de Dios. En este punto el Fundador del Opus Dei no tuvo necesidad

de «inventar» o de «desenterrar» nada: la Iglesia ha edificado y promulgado una extensa doctrina mariana. Más de sesenta generaciones de cristianos han honrado a la Virgen y Madre de Dios con un tesoro de devociones que ha ido creciendo a lo largo de los siglos.

Las muestras de piedad mariana que encontramos a lo largo de la vida del Fundador del Opus Dei son innumerables: constituían el respirar, el latir del corazón de su vida interior, y encontró un tono muy personal, inconfundible, para hablar de María y para hablar con María. Casi todas sus meditaciones terminaban con una cariñosa alusión a la Virgen y permanecía en un continuo diálogo del corazón con Ella. Tal vez no exista otro autor espiritual del siglo XX que haya dado a la devoción mariana tanto brillo intelectual y lingüístico, que le haya dado una dimensión tan renovada (37), sacándola del ghetto de una piedad rutinaria o superficial, como mucho, que suscita la repulsa instintiva de los llamados cristianos «modernos» o «liberales». Contribuyó decisivamente a superar ese prejuicio de que la devoción mariana es tan sólo un añadido religioso, un sucedáneo para espíritus sencillos que «lo necesitan», porque no son capaces de «desarrollar intelectualmente las verdades religiosas». Para contrarrestar este error antepuso a su «Santo Rosario», del año 1934, la siguiente advertencia: «No se escriben estas líneas para mujercillas. -Se escriben para hombres muy barbados, y muy... hombres, que alguna vez, sin duda, alzaron su corazón a Dios... El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia

María Santísima. -¿Quieres amar a la Virgen? -Pues, ¡trátala! ¿Cómo? -Rezando bien el Rosario de nuestra Señora» (38).

Pienso que el lector ha podido comprobar ya, a lo largo de este libro, que el Opus Dei es importante para la vida y para el futuro de la Iglesia, de los cristianos e incluso de la humanidad; que es necesario, porque remedia necesidades; que es «operatio Dei»... Expresión que yo quisiera traducir por una vez, muy libremente, como «operación de Dios»: una intervención quirúrgica salvadora del Médico divino que quiere curar y ayudar a ponerse «en pie» (en sentido literal) a la Iglesia, Corpus mysticum Christi, Cuerpo de Cristo debilitado por la pérdida de la fe, que, a veces, camina como cojeando por el mundo moderno.

Pienso, también, que el Opus Dei no se corresponde con «el espíritu de nuestros tiempos», al que nada parece contrariar más que la humildad, el servicio, la obediencia, la abnegación, la castidad... es decir, todo aquello que caracterizó la vida de la «trinidad de la tierra», como Monseñor Escrivá solía llamar a la Sagrada Familia de Nazaret, Jesús, María y José. Ahora bien, si no conseguimos reactivar esas virtudes, ninguno de nuestros empeños tendrá éxito: ni la renovación de lo que se ha dado en llamar la sociedad posindustrial, ni un desarrollo armónico del Tercer Mundo, ni la conservación de la paz (de la que depende también nuestra existencia sobre este planeta); quien no ame esas virtudes y no intente, en una lucha personal, ir las viviendo día a día, no puede ser del Opus Dei ni perseverar en él. Y lo mismo se podría decir de cualquier otra obra de seguimiento activo de Cristo, de militia Christi. No hay duda: la filiación divina y el permanecer en ella -ambas cosas son dones de la gracia, aceptados con libertad-

constituyen el fundamento de la santidad y de la santificación, pero la humildad es el cemento necesario para edificar.

«Señor, ¡no puedo!, ¡no valgo!, ¡no sé!, ¡no tengo!, ¡no soy nada!» Monseñor Escrivá repitió constantemente estas palabras durante toda su vida, ante Dios y ante los hombres (39). Y era absolutamente fidedigno cuando lo decía, porque era absolutamente sincero.

El clérigo que se hacía pasar por humilde (cuando en realidad estaba dominado por la ambición de poder), astuto y lascivo, fue durante largo tiempo (especialmente en el Siglo de las Luces y en el «kulturkampf», o sea, durante la ofensiva del Estado bismarquiano contra la Iglesia y luego bajo Hitler) elemento imprescindible en el elenco de las diatribas contra los católicos. Caricaturas de este tipo (que surgen de un oscuro sector de la persona humana o de un impulso sentimental carente de formas concretas) han demostrado ser muy persistentes, precisamente porque escapan al control racional y pueden ser renovadas siempre que alguien tenga interés en hacerlo. Pues así como un ajetreado mariposeo puede desprestigiar la laboriosidad o una agarrotada mojigatería la castidad, una humildad pervertida (que no tiene por qué ser consciente, puede ser consecuencia de un malentendido) desprestigia la humildad verdadera.

Modestia no es dejación de derechos; humildad no es complejo de inferioridad. «A pesar de nuestras pobres miserias personales -escribía el Fundador del Opus Dei en 1931- somos portadores de esencias divinas de un valor inestimable: somos instrumentos de Dios. Y como queremos ser buenos instrumentos, cuanto más pequeños y miserables nos sintamos, con verdadera humildad, todo lo que nos falte lo pondrá Nuestro Señor» (40). Una característica casi infalible de la humildad verdadera y sana es que pasa inadvertida, que no es una humildad chillona. Bien sabemos que todas las virtudes están concatenadas entre sí, formando una red, completándose y vivificándose mutuamente. Pero hay algunas virtudes, como la fortaleza o la justicia, que, en cierto modo, pueden aparecer aisladas: pueden avanzar resueltamente, arrastrando a las demás virtudes como en su séquito. La humildad verdadera, sin embargo, siempre es ya de por sí «séquito», es la servidora entre las virtudes. Nunca puede presentarse sola, sino que siempre tiene que existir en las demás virtudes, como parte de ellas, en una simbiosis. Es como el medio de conservación espiritual de todas las virtudes, tanto de las naturales como de las sobrenaturales. Sólo la humildad garantiza que las demás virtudes no se corrompan ni siembren corrupción. La humildad verdadera no consiste en evitar los resultados brillantes, o en rechazar los ascensos, los cargos, las responsabilidades del ejercicio de los propios derechos, sino en poner todo eso en las manos de Dios, como un niño que devuelve a sus padres cuanto ha ahorrado, porque de ellos procede. Ahora bien, entrega sus ahorros, no los de sus hermanos o los de otros niños. No existe una humildad por cuenta de los demás.

Un cristiano debe saber aceptar las humillaciones; y debe hacerlo uniéndose a Cristo y considerándolas «como don divino para reparar, purificarse y llenarse de más amor al Señor» (41). A Monseñor Escrivá nunca le dejaban abatido; nunca se defendía ante acusaciones injustas, nunca hacía «un drama» de esas cosas.

La otra cara de esa misma moneda era que si se equivocaba, si había sido injusto con alguien (o si le parecía haberlo sido), de inmediato y aun estando presentes otras personas, le pedía perdón. «A mí también me hacen advertencias -decía-, y las recibo con la cabeza baja. Si alguna vez pienso que no tienen razón, rectifico, y veo que el equivocado soy yo» (42).

La humildad verdadera y una inocencia natural -ni necia ni fingida- son virtudes que van unidas y que se reconocen cuando alguien, con toda sinceridad, sabe maravillarse, y cuando no existe envidia ni egocentrismo. En cierta ocasión, en febrero de 1947, el Fundador escuchó una emisión de Radio Vaticano en la que se hablaba elogiosamente de él y de la importancia de su labor. Aunque el locutor estaba mencionando al Padre con gran admiración, éste parecía ni darse cuenta; «estaba más bien ausente -narra un testigo-; yo aseguraría que estaba rezando, sin enterarse de lo que se refería a su persona» (43). Sin embargo, en otra ocasión, contemplando un programa de televisión, le llamó la atención un anciano profesor que, candoroso, mostraba un montón de libros que había escrito, fruto de muchos años de trabajo. Al verlo -comentaría al día siguiente- se había avergonzado ante el Señor, puesto que, al cabo de tantos años de vocación, no podía presentar ninguna obra acabada; no había hecho nada, le parecía ser un niño de primeras letras, un principiante en la vida interior...(44).

En este camino de humildad y secularidad hay trampas y escollos. Mucho se podría decir sobre este tema. Fue (o por lo menos así me lo parece) el único aspecto en la vida del Fundador en el que a veces dio pasos como vacilantes, siguiendo, en ocasiones, más el parecer de sus hijos que su propia opinión, obedeciendo a su director espiritual y a su confesor más que a su propia iniciativa. Está claro que no se trataba de encontrar una «alternativa» para la humildad, sino (y es aquí donde se daban y se dan las dificultades) de vivir concreta y ejemplarmente la virtud de la humildad de acuerdo con la secularidad. Josemaría Escrivá de Balaguer, con su humildad, que iba unida a su fidelidad, a su obediencia a su misión y a su prudencia, rechazó todas las ofertas -atravesadas muchas de ellas- que le habrían ayudado a hacer una brillante carrera eclesiástica, pero que habrían dificultado o imposibilitado que siguiera su camino. Por lo tanto era lógico (y supongo que no le resultaría un sacrificio especialmente duro) que en 1928 rechazara el ser nombrado «Capellán honorario de Palacio», algo que, por entonces, era el sueño dorado de muchos clérigos (45); o que en los años treinta no aceptara el ser nombrado canónigo de la Catedral de Cuenca (46), ni el cargo de Director espiritual de la «Casa del Consiliario» de Acción Católica (47). La contestación que dio a don Angel Herrera, cuando se lo propuso, es muy significativa: «No, no. Agradecido, pero no acepto; porque yo debo seguir... el camino por el que Dios me llama. Además, no acepto por eso mismo que usted me dice: porque en esa Casa se reunirán los mejores sacerdotes de España. Y es evidente que yo no valgo para dirigirles...» (48). Palabras estas últimas que, sin querer, recuerdan otras de Santo Tomás Moro; en los oídos de un escéptico desilusionado sonarán a ironía, pero, en realidad, fueron humildes, como de un niño.

Ser humilde en la forma adecuada no siempre es tan fácil como en los casos que hemos indicado: en otras situaciones puede convertirse en un camino surcado de dudas, en un itinerario acrobático... El modelo de vida para Monseñor Escrivá de Balaguer y para todos los miembros del Opus Dei fue, es y será siempre Jesucristo, también en los

treinta años de vida oculta en Nazaret. Por eso no les gusta llamar la atención. Don Alvaro del Portillo recuerda que cuando en 1950, acompañando al Fundador, visitó Montecantini (Italia), se le acercó un alto Prelado de la Curia que empezó a hacerles preguntas sobre el número de centros y sobre otros detalles cuantitativos y de organización. El Padre, entonces, le habló de la eficacia de la oración, del espíritu de penitencia, del trabajo callado y humilde. «¿Cómo puede usted -dijo al Prelado- hacer estadísticas de todo esto, que es lo que verdaderamente cuenta?» Y, ante la cara de sorpresa del Prelado, añadió: «Lo que pasa es que hay quien trabaja por tres, y hace el ruido de trescientos. Nosotros hemos de hacer al revés: trabajar por trescientos y hacer el ruido de tres, con humildad. Hay quienes no entienden esta forma nuestra de trabajar... Y es que no se explican que no procuremos, aquí en la tierra, la alabanza personal y el honor -dicen- para la Obra» (49). Ante esta actitud, se comprende que, como ya dijimos, no le gustaran los focos, las cámaras, los micrófonos y las entrevistas, y que rechazara cualquier reportaje sobre su persona. Nunca participó en una conferencia de prensa, nunca apareció en la televisión.

Los hogares en los que se quieren vivir las virtudes que se vivían en la Casa de Nazaret (de la que el Opus Dei quiere ser un rinconcito en expresión de Mons. Escrivá de Balaguer) no han alterado el espíritu, el calor, el ambiente de aquella casa donde vivió Jesús: sólo varían -por decirlo así- los muebles. Hay teléfono, radio, televisión, periódicos..., todo lo que ha traído el inmenso desarrollo de los medios de comunicación. El que a uno le guste esto o no es cosa personal y privada. Pero, querámoslo o no, esos medios existen, actúan, ejercen una influencia grande, inevitable, sobre los hombres. Y como no es posible -ni tampoco conveniente- prescindir de ellos, hay que contribuir a darles forma y contenido. En este punto, Monseñor Escrivá de Balaguer no albergaba la más mínima duda. Sabía que tanto él como sus hijos tenían que ser apóstoles en una época tecnificada e industrializada. Ése era el marco en el que deberían cumplir el mandato divino en todo el mundo; por eso había que conseguir que los hombres tuvieran claro que Cristo pasa por el mundo de las fábricas, de las rotativas, de los omnipresentes medios de comunicación, de los aviones a reacción, de los reactores nucleares y de los microprocesadores; Cristo pasa por allí como pasó por los caminos polvorientos de Palestina; y Cristo está presente en el cine o en la televisión cuando en la pantalla aparece su representante en la tierra, el Papa...

Monseñor Escrivá de Balaguer apoyó e impulsó, con toda su energía, el apostolado en los medios de comunicación social, un apostolado que abarca un campo profesional muy amplio. No se cansaba de animar a todos los que trabajaban en él a que se comportaran de acuerdo con la gran responsabilidad apostólica que tenían, colaborando tanto por medio de su empeño personal en su puesto de trabajo como creando muy variadas iniciativas periodísticas. Así nació, como labor corporativa, la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Y de la iniciativa personal de miembros del Opus Dei, junto con un número mucho mayor de personas que no pertenecen a la Obra, surgieron empresas editoriales, periódicos y revistas. Al Fundador le urgía «envolver el mundo en papel impreso», refiriéndose, con estas palabras, a un modo apostólico de propagar la doctrina de Cristo y de la Iglesia. No está en contradicción con esto el hecho de que ni la Obra, ni sus miembros en cuanto tales, incluido el Presidente General (o, actualmente, el Prelado), suelen aparecer públicamente en los medios de comunicación social, sobre todo de forma «oficiosa» u «oficial». Si Mons. Escrivá de Balaguer permitió, después de resistirse por algún tiempo

(50), que, a partir de 1972, se filmaran sus largos viajes de catequesis, lo hizo por un solo motivo: para que Cristo «se luciera» -también bajo los focos y las cámaras- y, con Él, su Iglesia y su doctrina.

No -hace falta insistir en que don Josemaría no ansiaba ni títulos, ni medallas, ni condecoraciones de ninguna clase. No pudo rechazarlas cuando se las ofrecieron: tenía que actuar en consonancia con el espíritu secular del Opus Dei.

A principios de 1947, después de la primera aprobación de la Obra por la Santa Sede, don Alvaro del Portillo, entonces Secretario General, en nombre y por encargo del Consejo General, inició ante la Santa Sede las gestiones para el nombramiento del Padre como Prelado Doméstico de Su Santidad. Don Josemaría no sabía nada de ello, por lo que cuando, el 22 de abril, llegó el nombramiento, don Alvaro le tuvo que convencer de que lo aceptara, pues estaba firmemente dispuesto a rechazarlo. En ésta, como en muchas otras ocasiones, sus hijos pudieron comprobar que siempre estaba dispuesto a aceptar los argumentos claros y sensatos.

Cuando había motivos espirituales claros, estaba dispuesto a revisar sus propias opiniones. Conocemos algunas fotos y cuadros que le muestran con todo el ornato prelaticio, vestimenta que para él era (él mismo lo decía) «como otro cilicio» (51).

Cuando se le concedía un doctorado honoris causa, una ciudadanía de honor o una medalla, se quedaba igual de tranquilo y de agradecido como cuando le llegaban calumnias o humillaciones. En los años cincuenta se le concedió una importante condecoración estatal, y un miembro de la Obra, oficial del ejército, le felicitó al verle. El Padre le contestó sonriente: «Hijo mío, para vosotros -los militares- esto de las condecoraciones es una cosa interesante; para mí, no. A mí -y sé que a ti en el fondo también- sólo me interesa una cruz, la Santa Cruz» (52).

«Yo no gobierno solo»

Josemaría Escrivá de Balaguer, que, con la aprobación de la Obra como «Instituto Secular» en 1947, había pasado a ser «Presidente General», residía desde 1946 en Roma; no así el órgano de gobierno superior del Opus Dei, el Consejo General, que, con permiso de la Santa Sede, permanecía en Madrid. Esto, que lo podemos considerar como una separación poco natural, duró un decenio. Sólo cuando se llegue a escribir con detalle la historia de la Obra sabremos qué problemas planteó esta «bilocación» y cómo se superaron en la práctica. Lo cierto es que fue precisamente durante ese decenio cuando el Opus Dei llegó a extenderse por todo el mundo, lo que demuestra hasta qué punto su Fundador fue el motor espiritual y apostólico. El Congreso General del Opus Dei que se celebró en agosto de 1956 en Einsiedeln (Suiza) decidió, a propuesta del Presidente General, que ante la expansión de la Obra y ante las tareas de dirección que de ello se derivaban, sería conveniente que el Consejo General se trasladara a Roma. Así se hizo, después de haberlo comunicado a la Santa Sede. En este punto debemos recordar que el Opus Dei es algo así como un tronco doble; sus dos partes («Sección de varones» y «Sección de mujeres») están unidos en lo espiritual por una vocación, por un espíritu de entrega, por una labor apostólica y, naturalmente, por

una cabeza que, dentro de la Obra, es el Padre de una familia, y hacia fuera, desde el punto de vista jurídico, el Presidente General (desde 1982, el Prelado) de una institución. Al Padre y Prelado le ayuda un Director espiritual para las dos Secciones, las cuales tienen una estructura análoga. La de la Sección de varones es la siguiente: el Consejo General consta del Vicario General o Secretario General, que se podría llamar «la mano derecha» del Prelado (antes Presidente General); el Vicario para la Sección de mujeres o Sacerdote Secretario Central (53); los tres Vicesecretarios de San Miguel, San Gabriel y San Rafael (o sea, para los Numerarios y Agregados, los Supernumerarios y el apostolado entre la juventud); el Prefecto de Estudios, que se ocupa de la formación de los varones de la Obra, y el Administrador General, a quien conciernen las cuestiones económicas. Todos ellos trabajan en Roma y forman, por decirlo así, el «Gobierno», el «Gabinete» permanente, pero no el Consejo General completo, pues a él pertenecen también los representantes de las diversas Regiones del Opus Dei, los Delegados Regionales procedentes de los países en los que trabaja la Obra. Según las necesidades de cada caso, colaboran en la dirección diversos órganos asesores.

La estructura de la Sección de mujeres corresponde, como ya dijimos, a este esquema en todo, sólo que los nombres de los cargos son distintos para poder distinguirlos con más facilidad. Los representantes de las dos Secciones, procedentes de todo el mundo, son los que eligen al Prelado de por vida; el 15 de septiembre de 1975, tras la muerte del Fundador, se decidieron por don Alvaro del Portillo.

Los órganos directivos en cada país corresponden a los del gobierno central en Roma; a la cabeza está, en cada Región, el Vicario Regional o Consiliario; es siempre un sacerdote que en su Región representa al Padre y Prelado. El Padre le nombra de acuerdo con el Consejo General. En los directorios y anuarios que publica el episcopado de cada país se incluyen también los nombres de los Directores de la Obra; todo el que lo desea puede conocerlos.

Esto, que puede parecer algo complicado, se basa en dos principios sencillos y claros: descentralización y colegialidad. El principio de descentralización, que Monseñor Escrivá definió innumerables veces como «organización desorganizada», quiere decir, usando sus mismas palabras, «que se da primacía al espíritu sobre la organización, que la vida de los miembros no se encorseta en consignas, planes y reuniones. Cada uno está suelto, unido a los demás por un común espíritu y un común deseo de santidad y de apostolado ...» (54). Cada miembro de la Obra actúa por su cuenta, con independencia, en la medida en que es sensato y factible desde el punto de vista práctico. Del mismo modo, cada Centro, cada labor corporativa (ya sea un Colegio Mayor, una Escuela de capacitación agraria o de servicio doméstico) funciona con gran libertad, con iniciativa y con responsabilidades propias; como es natural, con una condición previa: permanecer fiel al espíritu del Opus Dei y transmitirlo a los demás.

Cada labor apostólica también se ocupa por cuenta propia de mantenerse en lo material y en lo económico. Esto se consigue gracias a las aportaciones procedentes de los miembros de la Obra; a los medios públicos de financiación, en el caso de labores formativas; a las pensiones de los residentes, en el caso de Colegios Mayores; a las subvenciones de Patronatos y Asociaciones de Amigos fundadas con este fin, etc. Y

cuando todo esto no basta (lo que sucede a menudo) hay que cubrir los «agujeros» por medio de donativos. Y como éstos no llegan, la preocupación urgente y constante por recabar los medios necesarios es siempre parte de las ocupaciones de un Director, que, por muy cualificado que sea en otros terrenos, también tiene que ser un «mendigo diplomado», un mendigo honoris causa, es decir, por causa del honor de Jesucristo...- (55).

En cuanto al principio de colegialidad, el Fundador lo explicaba de la siguiente manera: «La labor de dirección en el Opus Dei es siempre colegial, no personal. Detestamos la tiranía, que es contraria a la dignidad humana... Yo no gobierno solo. Las decisiones se toman en el Consejo General del Opus Dei, que tiene su sede en Roma y que está compuesto actualmente- (56) por personas de catorce países. El Consejo General se limita a su vez a dirigir en líneas fundamentales el apostolado de la Obra en todo el mundo, dejando un amplísimo margen de iniciativa a los directores de cada país» (57).

El término «director» es hoy en día una de esas palabras vacías de contenido que han devaluado la moneda de nuestro idioma. Pero en el Opus Dei este vocablo designa algo específico, característico y, por lo que sé, único en la Iglesia. El Director no sólo es responsable en sentido organizativo, jurídico o administrativo del desarrollo de las iniciativas apostólicas, del cuidado de las instalaciones y del funcionamiento de su Centro, entendido como parcela de la Obra, sino que también le compete la tarea espiritual de «dirigir» a otros miembros de la Obra, es decir, de ocuparse de su formación espiritual; los Directores casi siempre son laicos. Quiero precisarlo aún más: en el desarrollo histórico del Opus Dei llegó un momento (ya lo dijimos) en que el Fundador ya no podía transmitir personalmente a cada miembro el espíritu del Opus Dei (es decir, el modo específico de buscar la santidad en medio del mundo). Hubo un momento en que tuvo que sacrificar su cercanía paternal en la dirección y atención al personal, a cada uno, y transferirla a aquellas hijas e hijos que estaban preparados para esa tarea. En la familia espiritual del Opus Dei, la unión espiritual con el Padre común se realiza a través de la cercanía real a los hijos e hijas suyos que «en cada sitio» han recibido el encargo de hacer sus veces. Como no es posible que cada miembro de la familia esté continuamente en relación directa con el Prelado, como es imposible que el Padre le ayude en concreto y en detalle (de modo plenamente adaptado a su individualidad y personalidad) a seguir a Jesucristo de acuerdo con el espíritu del Opus Dei, otros miembros de la familia tienen que hacer sus veces, ocupándose de la labor de formación: ése es el «director».

Esto es algo nuevo y singular en la Iglesia. En otras épocas, y también en nuestros días, los que deseaban entregarse plenamente a Cristo sólo podían hacerlo con ayuda de un «director de almas», normalmente un confesor que se ocupaba además de su dirección espiritual, aunque ya desde los primeros siglos del cristianismo hubo también «dirección de almas» encomendada a laicos. Los príncipes, los gobernantes y los religiosos buscaban consejo de manos de su confesor, y a él acudían las personas normales y corrientes que querían amar a Dios y a la Iglesia y que, por eso, seguían un camino de maduración espiritual a través de un mejor aprovechamiento del Sacramento de la Penitencia y de la dirección espiritual. Pues bien, aunque los miembros del Opus Dei reciben dirección espiritual a través de la confesión frecuente, una de las cosas que,

en mi opinión, merecería la denominación de «hazaña importante en la historia de la espiritualidad y de la pastoral católica» es la enseñanza del Fundador del Opus Dei, según la cual una persona corriente, secular y laical, para poder tomarse realmente en serio la «identificación con Cristo», el «hacerse como Cristo», necesita una ayuda continua y concreta de sus iguales- (58). De esta convicción, traducida en experiencia vital, sacó consecuencias muy concretas y eficaces, enseñando a vivirlas en la práctica. Fue una verdadera «revolución pastoral» en la Iglesia de Dios, quizá la revolución más radical desde los tiempos de los primeros cristianos.

Para que en un cristiano Cristo lo sea todo; para que -siguiendo las palabras de San Pablo- pueda hacerse todo para todos; para que todo lo pueda «en aquel que le conforta» (Phil 4,13), tiene que poner todos los medios que le ayuden a alcanzarlo. Es decir: vida de oración, recepción de los Sacramentos, lectura espiritual, conocimiento detallado del Evangelio, formación en la doctrina de la fe. Y a esto se debe unir la ayuda que cada uno recibe de los demás a la hora de esforzarse por mejorar. En el Opus Dei no hay nadie que no cuente con esa ayuda, que no disponga de un director, en el sentido indicado. Los directores tienen funciones determinadas, pero no son funcionarios, sino miembros de la Obra que, de acuerdo con su espiritualidad específica, toman parte, per delegationem, en la gracia de dirección del Padre. Los directores son también conductores, en el sentido que esta palabra tiene en la Física.

Monseñor Escrivá consiguió, mediante este sistema de dirección basado sobre la colegialidad y en la dirección espiritual laical entre hermanos, unir los principios de paternidad y de fraternidad, de tal manera que cada uno de ellos permanece íntegro y, a la vez, está unido inseparablemente al otro. En una carta de 1957 podemos leer: «Tened muy en cuenta que en la Obra el gobierno funciona a base de confianza. Todos en el Opus Dei tienen con sus Directores una franqueza, fraterna y filial a la vez, sin temores ni recelos; porque saben que sería un gran mal, para sus almas y para la eficacia del apostolado, que -por un falso respeto o por la cobardía de evitarse una reprensión- admitieran un pensamiento de miedosa timidez ante los que mandan (...) Si no hay confianza, nacen pronto la inquietud, el desconcierto, la falta de serenidad y de ponderación. Desde el principio procuré formar a vuestros hermanos en ese ambiente de familia, y también a los chicos de San Rafael que trataba» (59). Y en la misma carta se lee la conocida y bella frase del Fundador: «Más os creo a cada uno de vosotros que a cien notarios unánimes que me afirmasen lo contrario » (60).

La persecución arrecia

Villa Tevere, en Roma: cabeza y corazón del Opus Dei, Centro de dirección para la Sección de varones y para la de mujeres. Un ir y venir ininterrumpido: peregrinos que, en número creciente cada año, acuden a la Cripta donde reposa el cuerpo de Monseñor Escrivá de Balaguer: visitantes del Prelado y Padre procedentes de todo el mundo: Cardenales de la Curia y Obispos; estudiantes, profesionales y padres con sus hijos pequeños; ancianos y enfermos; miembros de la Obra de los cinco continentes; parientes y amigos, también no católicos y no cristianos...

El flujo de visitantes no se interrumpe, y Villa Tevere, en algunas épocas, se desborda ante el número de personas que llegan. Por ejemplo, durante la Semana Santa se reúnen en Roma varios miles de universitarios de los cinco continentes con el fin de fortalecerse, por medio del espíritu del Opus Dei, para colaborar en la renovación ética y espiritual de la cristiandad y de todo el mundo. Pero Villa Tevere no deja nunca de ser un lugar de trabajo realizado sin nerviosismo y sin ruido: un lugar de silencio activo y de actividad silenciosa. Un lugar de lucha por la santidad en medio del mundo del trabajo; preside la casa Jesús, sacramentalmente presente. En ninguna habitación, escalera o rincón falta -como vigilando y saludando- una imagen de la Virgen, en escultura o en cuadro.

El primitivo edificio (una casa de tres pisos construida en los años veinte) fue sede de la Embajada de Hungría ante la Santa Sede. Los Prelados Tardini y Montini habían aconsejado a Monseñor Escrivá de Balaguer que buscara una sede en Roma y la encontraron a finales de 1947. Decidió comprar Villa Tevere entre grandes penurias económicas, cuya enumeración haría inacabable este relato. Basta con decir que, gracias a la oración constante de todos los miembros de la Obra, se resolvieron problemas materiales aparentemente insolubles, si se ven desde un punto de vista racional y «natural». La fuerza de la oración fue capaz de superar la falta de medios, encontrando donantes y bienhechores que había que «atraer rezando», movió muchos corazones y, lo que es más, la «prudencia comercial» de los vendedores y acreedores. En este terreno se dieron transformaciones sorprendentes. La del propietario del terreno en la calle Bruno Buozzi es una de ellas: acabó teniendo una gran estima por Monseñor Escrivá, y una gran amistad con don Alvaro del Portillo, y lo vendió por una suma relativamente aceptable y en condiciones de pago muy convenientes. Ah, eso sí: quería que se le pagara en francos suizos: «No nos importa nada -decía el Padre-, porque nosotros no tenemos ni liras ni francos suizos, y al Señor le es igual una moneda que otra» (61).

En julio de 1947, el Fundador se trasladó, con algunos de sus hijos, a la portería de la finca, que denominó «Villa Tevere». Allí vivían en condiciones muy precarias, de extrema pobreza; sobrevivían a base de pasar hambre, dormían sobre el suelo, sufrían bajo el calor y, aún más, bajo el frío por las noches; y esta situación duró hasta 1949, pues los antiguos inquilinos no acababan de abandonar la casa...

Sin tener en cuenta todo esto, el 29 de junio de 1948, fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, comenzó la labor del Colegio Romano de la Santa Cruz. En aquellas modestas habitaciones se instalaron los alumnos del primer curso, para recibir una formación intelectual y espiritual. Desde entonces, en los casi cuarenta años transcurridos, miles de personas han estudiado Filosofía y Teología en el Colegio Romano de la Santa Cruz y muchos de ellos sirven a la Iglesia en el Opus Dei como sacerdotes en la actualidad. Suelen ser jóvenes profesionales en su mayoría, que provienen de todos los países donde trabaja el Opus Dei y que han ejercido su profesión durante algún tiempo. Todo un cuarto de siglo duró la situación provisional de los locales de Villa Tevere, hasta que en 1974 los primeros estudiantes pudieron trasladarse a Cavabianca, un conjunto de edificios, de carácter universitario, situado en la Vía Flaminia. Este nuevo centro comenzó a construirse en 1971, y en 1975 todavía no habían concluido las obras, aunque habían empezado ya las actividades. Monseñor

Escrivá de Balaguer -que había denominado, en broma, a este ambicioso proyecto una de sus «últimas locuras»- no pudo contemplar en vida la terminación de Cavabianca.

Las obras de Villa Tevere duraron más de diez años. Como ya hemos dicho, el dinero y los medios materiales eran prácticamente nulos. Sin embargo, formaba parte de la «lógica divina» el que se erigiera en Roma este centro, vital para el Opus Dei; la gran aventura consistía en «transformar» y «materializar» esa «lógica» para que Villa Tevere llegara a ser una realidad que habría de tener una función muy específica para la Obra.

El Fundador seguía incansablemente el desarrollo de las obras, y revisaba los planos arquitectónicos hasta el último detalle. Todo lo preveía, coordinaba, dirigía y revisaba personalmente. Se preocupaba con esmero especial, como es lógico, de todo lo relativo a los oratorios. Era raro el día en el que no daba varios paseos por las obras.

La falta de dinero fue una fiel compañera de aquellos años. Cada sábado surgía de nuevo el problema acuciante: había que pagar los jornales de los obreros. No resulta fácil imaginarse hoy las terribles preocupaciones que pesaban sobre don Alvaro del Portillo, que era el que se encargaba de las cuestiones económicas: cada semana tenía que suceder, como decía, un pequeño «milagro». Por eso, cuando el 9 de enero de 1960 el Padre bendijo y colocó, en una pequeña ceremonia, la última piedra, pudo decir, con justicia, que los muros de la casa «parecen de piedra y son de amor» (62).

En una zona separada del complejo de «Villa Tevere» se encontraba «Villa Sacchetti», dedicada a la Sección de mujeres; albergaba también el Colegio Romano de Santa María, que había sido erigido el 12 de diciembre de 1953. El número de las que cursaban estudios allí creció con tal rapidez que, ya en 1959, el espacio con el que se contaba resultaba insuficiente. Por eso, en julio de ese mismo año, cuando Villa Tevere estaba a punto de ser terminada, el Fundador, siguiendo la «lógica divina», tuvo que emprender una nueva «aventura». La Santa Sede había puesto a disposición de las mujeres de la Obra un terreno en Castelgandolfo, muy cerca de la residencia estival del Papa. Allí, en «Villa delle Rose», comenzaron enseguida las obras (63), que durarían varios años. Y cuando, por fin, se terminaron, en febrero de 1963, comenzaron los proyectos para edificar «Cavabianca». Sin exagerar, se puede decir que el Fundador del Opus Dei vivió en Roma casi treinta años entre andamios.

Con su traslado a Roma y con la erección del centro de dirección y de los centros de formación para la Obra se ponía de manifiesto, también externamente, que la Obra era romana, lo que para él era sinónimo de universal. Las consagraciones (a la Sagrada Familia, al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María) confirmaban ante todo el mundo y ante la Iglesia universal, de manera visible, su carácter mariano.

Romano y mariano: así había venido el Opus Dei al mundo; ahora estos dos factores se hacían visibles para todos; en el futuro podrían aplicársele las palabras del Evangelio: «No puede esconderse una ciudad puesta sobre la cima de un monte» (Mt 5,14). Tal vez por eso arreciaron por entonces los ataques al Opus Dei...

Al final de los años cuarenta, en España, los ataques tendían sobre todo a intranquilizar a los padres y a las familias de los miembros, aunque «intranquilizar» es un vocablo muy suave: se trataba de que padres y madres, tíos y abuelos, se convenciesen de que los jóvenes del Opus Dei habían emprendido un mal camino y sufrirían las consecuencias, con gran daño de su alma. Es fácil suponer cuánto dolor, preocupación y angustia causarían tales desinformaciones, que se repitieron en Italia en los años cincuenta. El Padre estaba convencido de que, contra ellas, no existía otra protección y defensa eficaz que el encomendar la protección y la defensa a Dios mismo. Por eso, el 14 de mayo de 1951, el Fundador consagró, en el oratorio de la Sagrada Familia en Villa Tevere, las familias de sus hijos a la Sagrada Familia de Nazaret.

Estaba claro que la aprobación de la Obra no había disipado todas las incomprendiones y animosidades. Y precisamente a comienzos de los años cincuenta debió de haber (es lo que supongo basándome en diversos testimonios) intrigas muy graves y serias por parte de personas influyentes que querían transformar el Opus Dei, separando la Sección de mujeres, o quizá incluso liquidando la Obra entera y dejando fuera a Monseñor Escrivá de Balaguer; al parecer, estuvieron muy cerca de conseguir su propósito (64).

Diez años después, recordando aquel episodio, el Fundador escribía: «Se me negaba el diálogo, no se me concedía la posibilidad de explicar, de aclarar las cosas. Fue mucha mi amargura... Aun después de obtenida la aprobación, no cesaron las calumnias. No sabiendo a quién dirigirme aquí, en la tierra, me dirigí, como siempre, al cielo» (65). El 14 de agosto de 1951 Monseñor Escrivá de Balaguer partió hacia la pequeña ciudad italiana de Loreto (66), en la provincia de Ancona, donde, según la tradición, se encuentra la casa de la Sagrada Familia de Nazaret, alrededor de la cual se ha construido una grandiosa basílica de estilo renacentista. Celebró al día siguiente allí la Santa Misa, poniendo el Opus Dei bajo la protección de la Virgen. Era la fiesta de la Asunción.

Siguió, finalmente, la Consagración de la Obra al Corazón Sacratísimo de Jesús, que el Fundador hizo el 26 de octubre de 1952, fiesta de Cristo Rey, en el oratorio del Sagrado Corazón en Villa Tevere. Desde entonces, estas tres consagraciones se renuevan cada año en los Centros del Opus Dei de todo el mundo.

Los peligros para la existencia del Opus Dei pasaron. Sólo dentro de algún tiempo, cuando haya avanzado suficientemente el proceso de sedimentación histórica y se abran los archivos, sabremos más concretamente de qué tipo fueron los peligros y cómo se pudieron superar. La Obra salió fortalecida de esta época de persecuciones; comenzó a trabajar en 1951 en Venezuela y Colombia; en 1952, en Alemania; en 1953, en Perú y Guatemala; en 1954, en Ecuador; en 1956, en Uruguay y Suiza; en 1957, en Brasil, Austria y Canadá; en 1958, en El Salvador, Kenia y Japón; en 1959, en Costa Rica; en 1960, en Holanda; en 1962, en Paraguay; en 1963, en Australia; en 1964, en Filipinas; en 1965, en Nigeria y Bélgica; en 1969, en Puerto Rico. Y, desde entonces, la lista se sigue alargando casi de año en año.

¿Cómo era la partida hacia un país lejano? ¿Qué consejos daba el Padre a sus hijos al enviarlos a cualquier rincón del mundo?... Un ejemplo, entre muchos, lo

tenemos en las notas que tomó por escrito una de las mujeres de la Obra que, en 1952, partió de Roma para Irlanda. «No vamos a enquistarnos -le había dicho el Padre- en un país. Vamos a fundirnos. Si no, no va: porque lo nuestro no es hacer nacionalismo, es servir a Jesucristo y a su Iglesia santa» (67). Parte de ello sería el adaptarse a las costumbres del país en la comida, la bebida y el vestido y el no hacer propaganda del propio país. Monseñor Escrivá de Balaguer, al día siguiente, le escribió unos cuantos puntos, como un guión. Fueron veintinueve frases que se referían a los más diversos temas, desde el cuidado material de los Centros de varones hasta detalles de la labor apostólica. Finalmente, el Fundador le tomó el bloc de notas que tenía entre manos y escribió: «En Dublín, en Roma, en Madrid como en medio de Africa: ¡almas!» (68). El punto número 19 decía: «Finalmente, no hemos de olvidar que, poniendo todos los medios humanos que estén a nuestro alcance, hemos de poner siempre los medios sobrenaturales: la Confidencia, la Confesión con nuestros sacerdotes (siempre con completa libertad, para confesar con cualquier sacerdote que tenga licencias), estudio del Catecismo». Y también de propia mano escribía: «Comer (¡hay que comer!: es una humillación (69), pero, si no coméis, perdéis la chaveta y no podéis servir al Señor); dormir, al menos siete horas, mejor ocho; nunca más de ocho, si no manda otra cosa el médico» (70). Y, finalmente, el Padre dibujó un pato en el bloc, con el pico bien abierto: «Ésta eres tú... ¡patas a nadar!» (71). Y añadió: «Cuando te pido una cosa, hija, no me digas que es imposible, porque ya lo sé. Pero, desde que empecé la Obra, el Señor me ha pedido muchos imposibles... ¡y han ido saliendo! Por eso me gusta que seáis como las patas para echaros al agua: sin vacilaciones, sin miedos. Si Dios pide una cosa, hay que hacerla; hay que echarse adelante con valentía. ¿Veis ahora por qué les tengo simpatía a esos animales?» (72).

La vida cotidiana

En la lengua alemana existe un vocablo para designar lo que en castellano llamaríamos «un día cualquiera», uno de esos que constituyen «la vida cotidiana»; es la palabra «Alltag». Pero los buenos diccionarios nos dicen que esa palabra no es originaria, sino que se formó partiendo de conceptos referidos a la «ropa de diario». Por lo tanto, ya la etimología ha llevado a que, en el lenguaje usual, el «Alltag», el «día cualquiera», la «vida cotidiana», haya pasado a ser la contraposición al «día de fiesta» o «domingo», es decir, lo que en castellano denominaríamos «día laborable», «día de trabajo». Los mismos adjetivos que se asocian con la «vida cotidiana», con el «Alltag», con un día cualquiera, subrayan esta contraposición: es un día «gris», «uniforme», «agotador»; es el precio que se paga (un precio aceptado entre suspiros, un precio sobre el que, si se puede, se regatea) para lograr la tranquilidad del fin de la jornada laboral y de las vacaciones.

¿Por qué ha perdido la vida cotidiana su buena fama?... Si lo pensamos bien, no es por culpa del trabajo en sí, sino de su supuesta o real uniformidad, regularidad y repetición. Eso hace que, para la mayor parte de las personas, la mayoría de los días sean algo «monótono», con la monotonía de «la vida cotidiana»; y por eso, también, el que esa vida se defina como «un trabajo continuo» tiene gran importancia. La experiencia nos demuestra que quien ha desarrollado una especie de enemistad metafísica contra la vida cotidiana, también es incapaz de celebrar un día de fiesta. Pues o se está contento cada día y se encuentra cada día el sentido de la vida o no se está contento nunca con nada y se considera que todo carece de sentido.

Vistas así las cosas, la predicación de Monseñor Escrivá y el nacimiento del Opus Dei tienen también una gran importancia social, porque la consecratio de la vida cotidiana, haciendo de ella un sacrificio que Cristo mismo ofrece al Padre y que cada cristiano ofrece «por Cristo, con Él y en Él», podría (¿se nos permite decir podrá?) transformar el mundo en un sentido real, trayendo consecuencias concretas y haciendo que la vida política y social sea más humana.

Desde siempre, una de las falsedades más eficaces ha consistido en hacernos creer que el cristianismo es una teoría llena de buena voluntad y de idealismo, pero que no tiene posibilidad alguna de actuar en la sociedad, de realizarse en el mundo real que «es como es». Al «entorpecedor», como Martin Buber suele llamar al diablo, no hay cosa que más le agrade que los cristianos castrados, convencidos de que un mundo y una historia impregnados del espíritu del Evangelio son fines imposibles, «poco realistas» o «utópicos»; como consecuencia de esa capitulación, se retiran, se dejan arrinconar o aceptan la abstracta recomendación de que «cada uno se haga feliz a su manera», por decirlo con la famosa frase del rey Federico de Prusia. Frente a esta postura, Monseñor Escrivá vino a recordar que las crisis mundiales son crisis de santos... y nada más (1); de santos en la vida cotidiana.

Un día cualquiera en Roma

Visitando un Centro del Opus Dei, en una ciudad alemana, me llamó la atención la cuidada instalación y el digno (no lujoso) mobiliario de la amplia sala de estar. Y recordé que, poco antes (y no por primera vez), había escuchado ciertos comentarios críticos sobre las «señoriales» casas del Opus Dei, sobre el costoso mobiliario, sobre la falta de «pobreza evangélica»... Aunque casi siempre suelo considerar las críticas de este tipo (que a menudo provienen de personas que cada año van cinco veces de vacaciones y disponen de dos o tres casas, además de apartamentos de verano y varios automóviles) como una forma de fariseísmo social (casi siempre inconsciente), esta vez hice alusión al tema. Mis anfitriones no se sorprendieron de mis argumentos: ya los conocían. El Director me dijo que quería mostrarme todo el Centro, y así lo hizo: además del oratorio, puesto con cariño en la mejor habitación de la casa, y de la citada sala de estar, pude ver un pequeño comedor, sencillo pero acogedor, y una sala de estudio, sobria y práctica. Luego, el joven Director me acompañó a un oscuro pasillo, al que daban algunas minúsculas habitaciones con ventanas a un patio interior; en cada habitación había una cama, una mesa, una silla y un pequeño y estrecho armario ropero. Y nada más. «Éstas -dijo sonriendo- son nuestras habitaciones personales.»

El espíritu de pobreza -así lo dijo y lo vivió el Fundador del Opus Dei durante toda su vida- no consiste en ahorrar en lo que se dedica a los demás; por eso, lo mejor se reserva a la «morada» del Señor, presente en el Santísimo Sacramento, al oratorio; en segundo lugar viene lo que se destina a las personas de fuera, a los visitantes, huéspedes y amigos, que deben sentirse a gusto; lo restante -casi nada- queda para el uso propio. Y aquí también se dan prioridades. Un miembro del Opus Dei (o sea, una persona normal que se desenvuelve en medio de la sociedad, en su propio ambiente) no se presentará vestido como un vagabundo, sino con corrección; si es taxista vivirá con más sencillez que si es alcalde (por poner un ejemplo), quien, por su profesión y su situación social, tiene deberes de representación. Pero ambos tienen una cosa en común: que personalmente no se crean necesidades, que los dos practican la caridad cristiana con los ricos y con los pobres (2), con los de arriba y con los de abajo, y que procuran vivir con desprendimiento interior respecto a cualquier tipo de posesiones.

En Villa Tevere se ha materializado este espíritu de pobreza. Ese sólido edificio, tan diversificado y ramificado, es una imagen del Opus Dei. Monseñor Escrivá y sus colaboradores inmediatos fueron los últimos en disfrutar allí de una vivienda agradable y digna. Y si hoy en día un cataclismo destruyera la sede central o si se tuviera que trasladar, de seguro que se volvería a edificar una sede provisional, entre ruinas o en un barracón, y de seguro que el Padre y sus hijos volverían a dormir sobre el suelo, como hace años... Pero si, por principio, la sede central del Opus Dei se hubiera construido como un barracón, con una pobretonería llamativa..., eso no hubiera sido espíritu de pobreza, sino espíritu de mentira; pura ostentación de pobreza.

Siempre, y en todas partes, don Josemaría cuidó los principios de veracidad y de adecuación, tanto cuando era foco de atracción de las miradas de la opinión pública y del mundo, como cuando se encontraba a solas con Dios y con sus más íntimos colaboradores. Villa Tevere es un testimonio en piedra de que, como Presidente

General, como Padre, como sacerdote y como amigo, fue siempre una misma persona, pero actuando en el marco que correspondía a su función. Por eso el oratorio del Presidente General, en el que cada día ofrecía, como Fundador y sacerdote, el Santo Sacrificio, es de una belleza extraordinaria; y su dormitorio, una habitacioncita modesta y oscura, carente de toda comodidad. Por eso las salas de visita y los comedores en los que recibía a sus huéspedes de todo el mundo (a cardenales y obispos y científicos, a «personas importantes» en la vida pública) son habitaciones decoradas sin exageraciones, pero confortables y acogedoras; y el cuarto de trabajo en el que pasó la mayor parte de sus años romanos, la habitación más calurosa y asfixiante de todo aquel laberinto de piedra, situada en uno de los pisos altos y con una ventana especialmente pequeña.

Esta habitación (el «corazón de la Obra», como la llamó el actual Prelado, Mons. Del Portillo) también tiene algo especial: en realidad no iba a ser el cuarto de trabajo del Presidente General (éste estaba situado junto a su dormitorio, pero el Fundador lo utilizó sólo en contadas ocasiones), sino el del Secretario General. Sin embargo, don Josemaría solía trabajar en él con don Alvaro del Portillo, sentados a uno y otro lado de una maciza mesa cuadrada de madera marrón oscura, casi negra. Nada ha cambiado desde entonces; sólo que ahora don Alvaro ha pasado al otro lado, dejando su sitio a Javier Echevarría, el nuevo Secretario General de la Obra. Lo único que no se usa es el sillón en que solía sentarse el Fundador: está junto al de su sucesor como recuerdo, como incentivo, como una llamada a la responsabilidad; y quizá también como consuelo...

A esta mesa llegaban montones de cartas. Cartas de más de seis docenas de países, en los que el Opus Dei trabajaba ya en 1975. Cartas personales, como el torpe saludo o el agradecimiento de una campesina mexicana, la cavilosa epístola de algún indeciso o el análisis de la situación intelectual de nuestros días hecho por un sabio... (y todo lo que entre estos extremos quiera uno imaginarse). Llegaban también gran cantidad de consultas, sugerencias, comunicaciones de distintos países, etc.; es decir, la correspondencia interna propia de una tarea de dirección.

Tan numerosa como la entrada era la salida del correo, pues se contestaban todas las cartas. Naturalmente, no siempre lo hacía el Presidente General, pero, a pesar de todo, se cuentan por miles las contestaciones del mismo Fundador. Y nunca son cartas rutinarias, escritas según un modelo preestablecido, como suelen hacer las grandes empresas y oficinas estatales. «Detrás de los papeles -decía a sus colaboradores-, ved siempre almas» (3).

Un día cualquiera comenzaba para don Josemaría con el sonar del despertador, ni antes ni después. Y siempre a la misma hora, a las seis, independientemente de que hubiera dormido mucho, poco o nada. En muchas épocas de su vida pasó a menudo la noche en oración. Estaba habitualmente en presencia de Dios y se esforzaba por convertir todas las circunstancias de su vida en oración, en diálogo con Dios, un diálogo que -como confesaba- no lograba interrumpir ni el sueño, pues estaba convencido de que también el sueño podía hacerse oración. Más tarde, cuando empezó a notar el peso de los años, fue preciso persuadirle de que tenía que guardar el tiempo de descanso

durante la noche, porque, en caso contrario, por las mañanas estaba agotado y se reducía su capacidad de trabajo. En los últimos años, en los que le asaltaba más el insomnio, uno de los detalles de obediencia, por indicación concreta de uno de sus hijos, consistía en no levantarse antes de la hora prevista, aunque estuviera despierto.

Después de vestirse, pasaba media hora de meditación en el oratorio, la cual le servía también como preparación a la Santa Misa. No hay nadie que asistiera a una Misa celebrada por él y no quedara impresionado. Contamos con una ingente cantidad de testimonios sobre este punto. Para muchas personas, el haber participado en una Misa de Monseñor Escrivá de Balaguer supuso el comienzo de una nueva época de su vida, de una conversión y renovación interiores e incluso de su vocación al Opus Dei.

Y después, el desayuno, muy sencillo: una taza de café con leche sin azúcar y un poco de pan. Y ya que hablamos de las comidas... Cuando estaba solo, no eran raras las ocasiones en las que ayunaba totalmente, prescindiendo incluso de la bebida. El Fundador del Opus Dei solía decir que las mortificaciones debían mortificar a uno mismo, no a los demás (4). Es ésta una palabra -«mortificación»- que casi ha desaparecido del vocabulario de nuestros días, aunque nada menos que San Pablo la tiene en gran estima (5); pero hay a quienes no les gusta y debo reconocer que realmente no es un vocablo especialmente atractivo. Tampoco lo es su contenido, pues hace referencia al vencimiento propio y al propio sacrificio.

Sintéticamente, la doctrina del Apóstol de las gentes sobre este punto capital de la vida cristiana podría formularse de este modo: los cristianos sabemos que Cristo es el Camino: no en vano nos llamamos cristianos, discípulos de Cristo. Es un camino de unidad con Cristo que anhela la identificación total con nuestro Salvador. No es un camino inaccesible: Cristo nos da los medios para recorrerlo y alcanzar la meta. Su andadura cuesta, porque recorrer esa vía de identificación con Dios supone morir a uno mismo para que Cristo viva en el alma del cristiano. No se recorre en un momento: toda la vida es camino, esfuerzo duro, trabajo de mortificación. Si se quiere llegar al final, a la muerte del Yo para que viva Cristo, si se quiere alcanzar ese anticipo de la felicidad eterna en Dios..., hay que dar, uno tras otro, los pasos de la mortificación. Por lo tanto, la mortificación no tiene nada que ver con el masoquismo ni con las disciplinas de autocastigo. Es una actitud amorosa que lleva al desprendimiento del alma y a la liberación de las mil y una exigencias del egoísmo. Tampoco tiene nada que ver con el autodomínio, tan necesario en diversas esferas de nuestra vida. La mortificación vela, con fortaleza, guiada por el Amor, para que ni el tú de los demás ni el propio yo se anteponga al amor que se busca: el TÚ de Dios.

«Esa palabra acertada -dijo Mons. Escrivá de Balaguer-, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior» (6).

La mortificación auténtica se caracteriza por su tacto y su discreción: es un modo de tratar a Dios que no tiene nada que ver con la rudeza militar de corte espartano

o el rigidismo prusiano. Tampoco en este punto el Fundador del Opus Dei se inventó nada: fiel a las enseñanzas de Jesucristo, la ascética ha ido enseñando, a lo largo de los siglos, la necesidad de ordenar las exigencias desordenadas del propio yo y ha recordado a los cristianos de todas las épocas que el que quiera acercarse a Cristo tiene que esforzarse primero por quitar los obstáculos que impiden que El se adueñe, con su gracia, del alma. Lo novedoso es que el Fundador del Opus Dei hizo accesible ese ascetismo al «hombre de la calle», al «ciudadano corriente», proclamando que llegar a la plenitud de la vida cristiana no sólo era posible, sino necesario. Por algo llamó a la mortificación «la oración de los sentidos» y comentó que «ha de ser continua, como el latir del corazón: así tendremos el señorío sobre nosotros mismos, y sabremos vivir con los demás la caridad de Jesucristo» (7).

El Fundador del Opus Dei enseñó a vivir desde el comienzo este aspecto concreto del espíritu de familia del Opus Dei: repetía una y otra vez que no se trataba de hacer cosas extraordinarias; las mortificaciones propias de la vida de familia son las que llevan a hacer más agradable la convivencia cotidiana: pequeños detalles de servicio, hechos con naturalidad; contrariedades sin mayor importancia, aceptadas con alegría. El calor humano de la vida de familia es fruto del vencimiento personal de todos los que viven en esa casa, y se construye con esas mortificaciones que pasan inadvertidas, que llevan a vivir pendientes de los demás y a olvidarse generosamente de uno mismo.

Antes de ponerse a trabajar, Monseñor Escrivá de Balaguer rezaba el Breviario; a las doce del mediodía interrumpía unos minutos el trabajo para rezar, puesto en pie, el Ángelus o, en el Tiempo Pascual, el Regina Coeli. Las últimas horas de la mañana las solía dedicar a recibir a aquellas personas que querían mantener un encuentro con él, a menudo miembros de la Obra que estaban de paso en Roma. Estos encuentros tenían lugar casi siempre entre las 12,30 y las 13,15, en una habitación pequeña y familiar a la que el Fundador, según los casos, solía acudir acompañado por el Secretario General o por algún colaborador suyo o algunas mujeres de la Obra. Se solían sentar en un sofá y en sillones dispuestos alrededor de una mesita, y la cordialidad, llena de humor muy a menudo, del Padre impedía que surgiera la menor sombra de afectación en la conversación. Porque siempre se trataba de una conversación, nunca de un monólogo; preguntaba y hacía que le preguntaran, escuchaba y contestaba, y el visitante siempre se marchaba impresionado.

Después de comer iba al oratorio, para testimoniarle al Señor, presente en el Sagrario, su amor y su veneración; así ponía, en el centro de cada día, un acto visible de su fe en la presencia real del Señor en el Sagrario.

No conocía la siesta; nunca descansaba después de comer, excepto, quizá, en casos de enfermedad. En los días normales, después de la comida y de la breve Visita al Santísimo, solía reunirse unos treinta o cuarenta minutos con sus colaboradores más inmediatos o también con los hijos suyos que vivían en Villa Tevere -a menudo se trataba de los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz- para tener un rato de tertulia con ellos. Estos frecuentes encuentros familiares con el Padre fueron para muchos algo decisivo, lo que más se les grabó, en lo espiritual y en lo humano, durante sus años de estudio en Roma. En ellos pudieron experimentar su rica personalidad.

Poseía el carisma de atraer a los hombres, de entusiasmarlos, logrando que los corazones -incluso los que estaban secos o adormecidos- se abrieran a Dios, a Cristo, al servicio a los demás. «Hijo mío», «hija mía»: estas dos palabras, dirigidas a alguien, podían fijarse para siempre en la memoria y más de una vez bastaron para cambiar el rumbo de una vida.

Las largas horas de la tarde, desde las tres hasta las ocho aproximadamente, estaban repletas: hacía visitas a enfermos, a organismos eclesiásticos, a personalidades, a sus hijas en Castelgandolfo; recibía a personas de todo el mundo y, además, asistía a las reuniones y sesiones de trabajo necesarias para el buen gobierno de la Obra.

El Fundador siempre redactaba personalmente los documentos que fijaban las normas de la espiritualidad y del apostolado del Opus Dei en todo el mundo. Preparaba las meditaciones que daba a sus hijas e hijos; y las corregía luego, dándoles la forma literaria definitiva, para que se pudieran publicar; escribía largas cartas dirigidas a todos los miembros de la Obra, que, no pocas veces, eran dos o tres al año. Después de la cena volvía a dedicar una media hora a la conversación con sus hijos, antes de retirarse a descansar hacia las diez de la noche. Terminaba el día en un silencio profundo; con las luces del examen de conciencia repasaba lo hecho durante el día. Antes de acostarse, cada noche, postrado en el suelo, rezaba el salmo penitencial: *Miserere me Deus, secundum magnam misericordiam tuam...* «Ten, ¡oh Dios!, piedad de mí, según tu misericordia...» (Ps 50,1).

De viaje, como San Pablo

Los viajes forman parte de la vida ordinaria de Monseñor Escrivá. Si, por una parte, pasó semanas y meses casi «preso» de su trabajo, prácticamente encerrado en «Villa Tevere», por otra realizó con frecuencia una serie de viajes que, casi siempre, eran agotadores. Los veintinueve años romanos fueron a la vez veintinueve años de un apostolado viajero desde Roma; un apostolado realmente «paulino», pues lo que le movía a viajar era la universalidad de la Obra y el afán de promover su extensión por todo el mundo.

Sus viajes por Europa, a finales de los años cuarenta y en los cincuenta y sesenta, tuvieron una doble finalidad: en unos casos, estudiar en diversos países las posibilidades de que comenzara la labor del Opus Dei y preparar las primicias del apostolado; en otros, fortalecer y alentar a los miembros de la Obra establecidos en un nuevo país, puesto que casi siempre tenían que luchar con grandes dificultades materiales; a veces se abrían camino muy lentamente, las vocaciones tardaban en llegar y necesitaban la presencia vitalizante del Fundador.

Como el Consejo General permanecía en Madrid y la Región en la que había nacido el Opus Dei era cuantitativamente la mayor, fue preciso que Monseñor Escrivá viajase con frecuencia a España. Un significado especial tienen los viajes por Italia, que no faltan ni un solo año, porque allí el Fundador estaba «en su casa». Si se exceptúan las Penínsulas Ibérica y Apenina, Francia y Suiza son los países que más veces visitó el Fundador: en Francia estuvo unas veinte veces, en Suiza unas quince; en Austria, en

cambio, sólo tres. Ocho veces visitó la República Federal de Alemania; pero siete de las visitas tuvieron lugar entre 1955 y 1960; tras esta fecha no volvió a estar en Alemania.

Una pormenorización más detallada, que no es del caso, nos daría los motivos apostólicos y el sentido de cada uno de estos viajes. Le urgían las almas: por eso no había nada en estos viajes dejado al azar o concedido al capricho. Dependían de las necesidades apostólicas y de dirección de cada momento y de los planes y metas para el futuro. Le gustaba unir los viajes con una romería, a Lourdes o Fátima o Einsiedeln, por ejemplo; a veces también estaban combinados con un período de descanso durante los meses de calor agotador del verano romano. Por ejemplo, en los años 1958 a 1962 (o sea, por cinco veces consecutivas) pasó las semanas comprendidas entre finales de julio y mediados de septiembre en Inglaterra. Buscaba aquellos países en los que podía evitar los naturales compromisos de Roma, para impulsar mejor, de este modo, la labor apostólica de sus hijos en todo el mundo, y donde podía encontrar algo del necesario descanso: aunque ese término no significaba más que un cambio de escenario de trabajo y un escritorio distinto.

Casi siempre viajaba por carretera; uno de sus hijos conducía. El que recibía este encargo debía entender algo de mecánica, porque, como es sabido, los coches de segunda mano (y durante mucho tiempo el dinero no dio para más) requieren un cuidado especial, si se quiere que duren el mayor tiempo posible. Además del conductor, solían acompañar al Padre dos de sus inmediatos colaboradores; uno de ellos casi siempre era Alvaro del Portillo. Por el camino hacían la oración -unas veces cada uno por su cuenta, otras todos juntos, de la mano de un texto-, rezaban el Rosario, leían el Evangelio o un libro espiritual. Se alternaba la conversación, las bromas, los silencios... con las canciones. «Hemos llenado -decía Monseñor Escrivá a menudo- de Avemarías y de canciones los caminos del centro de Europa» (8); canciones cuyas letras a veces improvisaba. Uno de los temas preferidos de su conversación consistía en exponer los aspectos particulares del apostolado en cada país. Tenía una sensibilidad muy especial no sólo para captar cada personalidad, sino también la idiosincrasia de cada país en el que trabajaba la Obra o llegaría a trabajar en el futuro. Sabía precisar con rara agudeza sus cualidades positivas y sus debilidades. Por ejemplo, admiraba el dominio de sí de los británicos o la laboriosidad de los alemanes y veía en estas cualidades una buena base para comprender la espiritualidad laical del Opus Dei; pero tampoco olvidaba la otra cara de la moneda, es decir, la posibilidad de que ese autodomínio se convierta en coraza de egoísmo, en dureza de corazón para con Dios y con el prójimo; o de que la laboriosidad se transforme en manía carente de contenido o en idolatría de lo organizativo; entonces, lo que pudiera haber sido una buena predisposición natural para una renovación religiosa se convierte en un obstáculo.

Durante mi trabajo en la biografía de Tomás Moro (9) tuve sobre mi mesa de trabajo una fotografía muy sugerente. En ella se veía a Mons. Escrivá de Balaguer y a don Alvaro del Portillo en la iglesia de St. Dunstan, en Canterbury, ante la losa bajo la que está enterrada la cabeza del mártir inglés que había sido Canciller de Enrique VIII y que Pío XI canonizó en 1935. El Fundador del Opus Dei tenía un gran cariño por este santo, no sólo porque subió al patíbulo siguiendo la llamada de Dios en su conciencia y defendiendo así la unidad de la Iglesia Católica (esa unidad que Cristo había basado en el Papado), sino también porque lo hizo como laico, como ciudadano leal en medio del

mundo, como marido y padre de familia, como funcionario que se santificó no sólo con su muerte, sino durante toda su vida. Por este motivo, don Josemaría le nombró intercesor (10) de la Obra para todos aquellos asuntos que hacen relación al trato con las autoridades civiles. De este santo inglés solía decir que «si hubiera vivido en nuestra época, habría sido socio Supernumerario del Opus Dei» (11).

Aquella visita a St. Dunstan tuvo lugar el 3 de septiembre de 1958. Doce años antes habían llegado los primeros miembros de la Obra a Inglaterra, un país en el que hasta 1829 los católicos no pudieron volver a confesar su fe y tan sólo constituyen actualmente el diez por ciento de la población. Hay un dicho según el cual los católicos ingleses son irlandeses; en parte es así, aunque algunos son descendientes de inmigrantes católicos procedentes de Polonia o de países mediterráneos; hay pocas personas de origen británico que, durante los siglos de persecución, permanecieran fieles a la Iglesia Católica; algunos retornaron a ella dentro del movimiento de conversiones del siglo XIX, del que John Henry Newman es el representante más señero. Los católicos ingleses suelen ser pobres; desde el punto de vista social, pertenecen en su mayoría a las capas inferiores o medias de la población. Pero, como suele ocurrir en los países de minoría católica, destacan por su fidelidad a la fe y a la Iglesia. Si se exceptúan Polonia y España, seguramente habría sido Gran Bretaña el país en el que fue mayor el número de católicos -en cifras relativas- que recibió al Papa Juan Pablo II. Esta visita, en 1982, fue la primera que realizaba un Pontífice a las Islas Británicas. Las imágenes y las escenas de Gales, de Inglaterra del Norte y de Escocia son sobrecogedoras. Además, se encontró con un movimiento casi milagroso de simpatía y de admiración por parte de la población no católica, perteneciente no sólo a las confesiones anglicanas de la «High Church» y de la «Low Church», sino también por parte de muchos no creyentes o miembros de sectas muy diversas. Todo ello hizo que este viaje triunfal del Primado de la Iglesia Católica por Gran Bretaña y el encuentro amistoso entre él y la Reina tuvieran una dimensión ecuménica importantísima; los días comprendidos entre el 28 de mayo y el 2 de junio de 1982 suponen el mayor paso hacia la reconciliación entre Roma e Inglaterra dado desde hace cuatrocientos cincuenta años.

Cuando, el 5 de agosto de 1958, Monseñor Escrivá de Balaguer celebró por primera vez la Santa Misa en suelo británico, le hubiera sido muy difícil imaginar una cosa así. Había ya en Londres dos Centros del Opus Dei, uno de varones y otro de mujeres, «Netherhall House» y «Rosecroft House», respectivamente (en «Netherhall House» una lápida recuerda su inauguración por la Reina Madre), pero el número de los ingleses miembros de la Obra era muy reducido y la labor apostólica parecía más bien un campo sembrado que aún no había dado fruto. Monseñor Escrivá de Balaguer visitó el «Eton-College» y las ciudades universitarias de Oxford y Cambridge, y refiriéndose a los magníficos Colleges de recia tradición dijo: «Hay que meter a Dios en estos sitios» (12), urgiendo a sus hijos para que impulsaran el apostolado entre universitarios (empezando en Oxford) e intensificaran la labor de San Rafael entre la juventud.

Sus hijos le hablaron de la cerrazón de los ingleses en cuestiones personales y le contaron la resistencia interna de muchos ante cualquier conversación, por muy amistosa que fuera, que tocara el ámbito privado de cada uno, en especial el tema religioso. «Tenéis que meteros en la vida de los demás -replicó don Josemaría- como

Jesucristo se metió en la mía, sin pedirme permiso» (13). En su opinión -les dijo-, el verdadero obstáculo para el apostolado no consistía en que el interlocutor se cerrara, sino en que quien hablaba se dejara llevar por los respetos humanos y tuviera miedo a tratar temas espirituales; esa actitud, en el fondo, no era otra cosa que comodidad disfrazada.

El 15 de agosto de 1958, como todos los años, el Fundador renovó la Consagración de la Obra al Corazón de María, esta vez en la iglesia de Nuestra Señora de Willesden, donde se venera una antigua imagen que, para la Misa papal del 29 de mayo de 1982, se trasladó al estadio de Wembley.

Visitó también la abadía de Westminster, centro de la conciencia nacional y anglicana, donde los turistas se extrañarían, sin duda, al ver a un sacerdote católico rezando el Rosario ante una imagen de la Virgen.

Volvió a Inglaterra en otras cuatro ocasiones, a pesar de que -mejor dicho, porque- había sentido allí no sólo alegría y contento, sino también tristeza y desánimo. Esto es lo que dijo más tarde a sus hijos, en una meditación, porque no quería que le considerasen como un superhombre libre de tentaciones, sino como un hombre normal de carne y hueso, que sabe del cansancio y que conoce también la tentación de darse por vencido. La indiferencia religiosa que percibía a su alrededor le dolía en la misma medida en la que amaba a Dios, es decir, de la manera más cruel. «Al considerar ese panorama me desconcerté y me sentí incapaz, impotente: Josemaría, aquí no puedes hacer nada. Estaba en lo justo: yo solo no lograría ningún resultado; sin Dios, no alcanzaría a levantar ni una paja del suelo. Toda la pobre ineficacia mía estaba tan patente, que casi me puse triste; y eso es malo. ¿Que se entristezca un hijo de Dios? Puede estar cansado, porque tira del carro como un borrico fiel; pero triste, no. ¡Es mala cosa la tristeza! De pronto, en medio de una calle por la que iban y venían gentes de todas las partes del mundo, dentro de mí, en el fondo de mi corazón, sentí la eficacia del brazo de Dios: tú no puedes nada, pero Yo lo puedo todo; tú eres la ineptitud, pero Yo soy la Omnipotencia. Yo estaré contigo, y ¡habrá eficacia!, ¡llevaremos las almas a la felicidad, a la unidad, al camino del Señor, a la salvación! ¡También aquí sembraremos paz y alegría abundantes !» (14).

En aquel año de 1958, la primera visita a Inglaterra concluyó con la sexta estancia en Alemania. Después de pasar tres días en Holanda, el 21 de septiembre llegó a Colonia, donde estaba la sede de la dirección del Opus Dei; ese mismo día se trasladó a Bonn, porque allí se había instalado la primera Residencia alemana de la Obra. El 22 de septiembre hizo una romería al Santuario de María Laach. Tanto esta visita como las de los dos años anteriores y las de los dos posteriores fueron breves; sólo pasó dos noches en Alemania (en 1960, una) (15), para dar ánimos a los escasos miembros de la Obra y para fortalecerlos a fin de que dieran pasos atrevidos de cara al futuro. Y, realmente, en los años sesenta la labor del Opus Dei en Alemania (y en Austria y Suiza) se extendió considerablemente. Cuando el sucesor del Fundador volvió, dieciocho años después, a Alemania -donde ya había estado ocho veces al lado del Fundador- había Centros de la Obra (ya consolidados o empezando) no sólo en Colonia y Bonn, sino también en Aquisgrán, Berlín, Essen, Munich y Münster, a los que luego se han añadido

los de Düsseldorf, Jülich y Tréveris. Gracias a los viajes que se hacen con regularidad desde todos estos Centros, la labor apostólica de la Obra alcanza prácticamente todo el territorio de la República Federal y, partiendo de aquí, se ha extendido hasta los países escandinavos. Es aún muy poca cosa, sobre todo en relación con los sesenta millones de habitantes que tiene la República Federal, con veintiocho millones de católicos; también lo es si se compara con la extensión de la Obra en España, en Portugal o en la América latina, pero es esperanzador si se tiene en cuenta cuál fue el punto de partida, la «hora cero».

Cuando, en enero de 1981, tuve ocasión de estar con el Prelado del Opus Dei en Colonia, le pregunté cuál había sido la opinión del Fundador sobre los alemanes. Me contó que José Escrivá, el padre del Fundador, había sido un admirador entusiasta de Alemania. Por lo tanto, don Josemaría estaba ya «bien predisuesto»: admiraba las virtudes humanas de los alemanes y sentía que, a veces, no llegaran a cuajar o quedaran estériles, porque se separaban de la religiosidad y la orientación hacia Dios. Diligencia, orden, laboriosidad, firme resolución: actitudes todas ellas que existían en muchas personas; pero la dificultad está en la gracia..., mejor dicho, en la permeabilidad para con la gracia... Don Alvaro del Portillo comentó que el Fundador también conocía a grandes rasgos la filosofía y la vida cultural alemana, interesándose, sobre todo, por aquellos sistemas que habían influido en España, como sucedió en los años treinta con el «krausismo». Pero había una cosa que ocupaba un lugar primordialísimo de su interés: ponía grandes esperanzas en una rica cosecha apostólica en Alemania y también en la que, en su día, se podría hacer, desde la zona de habla alemana, en Europa central, en Escandinavia y en Europa oriental. Por supuesto que no podía nombrar una fecha concreta, pero nunca vaciló en su convicción de que la fidelidad a la vocación y la disposición de corresponder a ella contienen ya, por decirlo así, los frutos que un día se recogerán. Y él creía en la vocación cristiana -apostólica- de los alemanes, de los austriacos y de los suizos.

El primer viaje de Monseñor Escrivá a Europa central (16) duró trece días, desde el 22 de noviembre hasta el 4 de diciembre de 1949. De camino, durante una estancia en Milán, mandó una carta breve, pero muy característica, a sus hijos de Portugal, en la que decía: «Que Jesús me guarde a esos hijos. Queridísimos: Al entrar en Austria y Alemania por vez primera, recuerdo emocionado mi primer viaje por esas tierras benditas de Portugal. Encomendad de firme las cosas, para que el Señor no mire nuestras miserias, sino nuestra fe, y podamos pronto emprender definitivamente la labor en el centro de Europa. Un fuerte abrazo a todos. La bendición de vuestro Padre. Mariano» (17). El Fundador y sus dos acompañantes pasaron dos días en Innsbruck (29 y 30 de noviembre); y según informa uno de los que viajaban con él, le gustaron las bonitas casas campesinas tirolesas con su pintura típica, la «Lüftmalerei» (frescos en la parte exterior); aún más le gustó la piedad popular que observó; comentó que pronto se debería comenzar la labor apostólica en Austria y Alemania y que allí habría muchas vocaciones. El 30 de noviembre, por la tarde, llegaron a Munich, pasando por Garmisch. Munich en 1949 realmente no era una ciudad que invitara a presagiar por aquel entonces para la República Federal un futuro alentador. Se veían por todas partes aún las huellas de los grandes destrozos de la guerra, que había terminado cuatro años antes. «La ciudad -recordaba el Padre muchos años después- estaba medio destruida. En el hotel donde nos alojamos, para subir las escaleras había que arrimarse a la pared, porque no tenía barandillas» (18).

«Pobre, pero noble», parecía ser el lema del hotel: como postre, pidieron fruta para Monseñor Escrivá y en una gran bandeja de plata le sirvieron... una manzana.

El día 1 de diciembre, el Fundador celebró la Santa Misa en la Liebfrauenkirche (19). A continuación le recibió el Cardenal Faulhaber; mantuvieron la conversación en latín; el Cardenal se mostró muy interesado por el Opus Dei y habló también de los graves problemas pastorales que traía consigo la llegada de millares de refugiados católicos procedentes de las zonas orientales de Alemania (20). Así se enteró el Fundador, por boca de una persona bien informada, de una de las más relevantes consecuencias de la catástrofe alemana de 1945; un hecho que habría de conformar decisivamente el camino y el desarrollo de la República Federal, que entonces contaba solamente unos meses de edad.

Cuando el 4 de diciembre regresaron a Roma, habían recorrido tres mil quinientos kilómetros de carreteras invernales; Monseñor Escrivá de Balaguer había hablado con uno de los más importantes Obispos alemanes, dejando abierto un primer «surco» en lo que, el día de mañana, habría de ser un feraz campo apostólico.

Los primeros miembros del Opus Dei llegaron a Alemania en el verano de 1952 (21): cuatro jóvenes españoles (un sacerdote y tres universitarios), dos de los cuales son actualmente catedráticos en Universidades alemanas. Sabían poco alemán, no conocían a nadie, no tenían ni un céntimo y, al principio, ni siquiera un techo bajo el que cobijarse... ¿No es para maravillarse que de estos jóvenes sin medio alguno (a los que pocos años después seguirían algunas chicas que, con igual pobreza, comenzarían la labor apostólica de las mujeres del Opus Dei) partiera todo lo que, actualmente, forma parte de la Obra de la República Federal Alemana? Centros, residencias universitarias, clubs juveniles de las dos Secciones y, sobre todo, un apostolado personal intenso y extendido por todo el país... Sí, si se piensa con calma es para maravillarse... por muy modesto que siga siendo todo considerado en cifras absolutas.

Aunque aquellos años de los comienzos aparezcan ahora dorados por el recuerdo y se traigan a la memoria las anécdotas divertidas, la realidad es que fueron años sumamente duros. Aquellos jóvenes trataban de ganar algo de dinero como traductores, procuraban salir adelante pasando hambre y, a veces, no tenían de qué vivir ni dónde alojarse: «Durante los primeros meses no tuvimos éxito en nuestras pesquisas. Nos hallábamos abatidos. Nuestro Padre debió de intuir ese decaimiento, porque recibimos unas letras tuyas, que nos reanimaron. Nos decía que continuáramos la búsqueda sin desaliento, que nuestras pisadas por las calles de Bonn resonarían en el Cielo como campanillas de plata» (22).

El 1 de mayo de 1953 consiguieron encontrar una vivienda en Bonn, en una villa a la antigua usanza, que ahora permanece casi como un vestigio de épocas pasadas en medio de la zona gubernamental, y que se convertiría en la futura Residencia «Althaus». Pero tuvieron que pasar dos años todavía hasta que los primeros alemanes recibieran la vocación al Opus Dei.

Diez veces estuvo Monseñor Escrivá de Balaguer en «Althaus» (23), la primera de ellas el 1 de mayo de 1955. Encontrándose en Suiza (donde había visitado Einsiedeln, Zürich, Basilea, Lucerna, el Santuario mariano de María Stein, Berna, Friburgo y San Gall) había proyectado encaminarse directamente hacia Austria y Viena, pero finalmente venció su corazón de padre y el deseo de volver a ver a sus hijos para darles ánimos, por lo que no escatimó dar un rodeo de mil kilómetros. Al comprobar la escasez de muebles y la pobreza de las habitaciones indicó que se hicieran todos los esfuerzos posibles para mejorar sobre todo la decoración del oratorio. Sugirió también algunos detalles que se podrían cambiar enseguida. Como en tantas otras partes, recordó que los comienzos del Opus Dei en España, veinte años atrás, habían sido aún más pobres y difíciles. Habló mucho del Colegio Romano de la Santa Cruz en «Villa Tevere» y les comunicó que pronto empezaría la labor apostólica en Suiza y Austria. También les dijo que rezaran mucho para que la Sección de mujeres pudiera empezar cuanto antes la labor en Alemania (24).

Como soy un escritor alemán y he escrito este libro, en primer lugar, para lectores de habla alemana, quiero reproducir exactamente lo que dijo el Fundador del Opus Dei el año 1955, en Bonn: «Estoy muy satisfecho de encontrarme en Alemania, y con una ilusión extraordinaria en el montón de vocaciones que el Señor promoverá rápidamente. Ha llegado la hora de la cosecha. ¡Ya lo veréis! Hijo mío, ¿no te hace ilusión ver la confianza que el Señor ha puesto en nosotros? Parece como si hubiera condicionado la fecundidad de la labor a que seamos fieles. ¡Qué responsabilidad tan grande tenemos! ¡Y qué sentido de filiación divina, ante esta confianza que Dios nos ha manifestado! ¡Qué ilusión al pensar en la cosecha que se aproxima en esta tierra alemana...! La Obra huele ya a campo cuajado, a cosa hecha, a pesar de que veintisiete años no son nada para un ente moral, y menos para una familia que el Señor ha querido promover y que ha de durar mientras haya hombres sobre la tierra, para servir a la Iglesia, para extender el reinado de Cristo, para bien de las almas, para hacer dichosa a la humanidad, llevándola a Dios» (25).

En aquella misma ocasión preguntaron al Secretario General, don Alvaro del Portillo, qué era lo que hasta el momento le había impresionado más de Alemania, y él, con buen humor, contestó: «Pues hasta ahora casi no me ha impresionado nada, porque hemos venido desde Suiza, nos metimos en esa gran autostrada, y es como si hubiéramos viajado en avión. No hemos visto casi nada hasta llegar a Bonn». Luego, resumiendo lo que llevaba en el alma, añadió: «Aquí me impresiona lo que ya ha dicho el Padre: vuestra alegría, que es la de todos nuestros Centros. Y, además, me ilusiona pensar en las virtudes del pueblo alemán y por tanto en la gran cantidad de vocaciones y en el servicio a la Iglesia y a Dios Nuestro Señor que se hará desde aquí» (26).

El 3 de mayo, al atardecer, tras una desafortunada excursión por el valle del Rhin (el viejo coche «se declaró en huelga» y en vez de gozar del viaje vieron sobre todo talleres de reparación), don Josemaría y sus acompañantes llegaron a Maguncia. Al día siguiente, por la mañana, celebró Misa en la Catedral y por la tarde regresó a «Althaus». En una breve tertulia, según recuerda uno de los testigos, «insistió en que debíamos querer mucho a Alemania, manteniendo nuestro amor a la patria de origen, pero dispuestos a hacernos de otro país, si fuera conveniente» (27).

Durante el mes de diciembre del mismo año 1955 (28) volvería a visitar Colonia y Bonn. En aquella ocasión prosiguió su viaje por Munich e Innsbruck para llegar el 7 de mayo a Viena (29). Faltaban pocos días para que se firmase el tratado sobre el Estado austriaco del 15 de mayo, que entró en vigor el 27 de julio. En aquellas fechas Austria estaba dividida en cuatro zonas repartidas entre americanos, ingleses, franceses y rusos; a estas cuatro zonas correspondían los cuatro sectores de Viena, ciudad administrada conjuntamente. Algo extraño y quizá un poco sobrecogedor debió de sentir don Josemaría cuando su coche se dirigió hacia el famoso puente que separaba el sector soviético del americano y que -como recordaría más tarde- tenía «un crucifijo muy grande. Al pie había un soldado ruso. Más tarde comentó a este respecto: «A mí, que estuve año y medio bajo la dominación comunista durante la guerra civil española, y vi asesinar tanta gente y quemar tantas iglesias, me impresionó» (30). En Viena pasó también ante un -hotel, convertido en edificio oficial del ejército soviético; delante había un grupo de soldados; eran chicos simpáticos, como pudo comprobar, sobre todo los más jóvenes, que los saludaron con afecto a pesar de ir vestidos de clérigos... Hicieron noche en un modesto hotel en el sector americano, cerca de una de las estaciones, la Franz-Joseph-Bahnhof. Habían pasado casi todo el día caminando, «porque -así decía- para conocer una ciudad hay que patearla. Comprobamos que Viena es una capital de una riqueza maravillosa, con esplendores de imperio, a pesar del paso de los años y de que ha sufrido tanto» (31). Más tarde contaría también que «Viena es la única capital donde he visto un monumento a la Trinidad Beatísima» (32). Y es que en la base de la famosa «columna de la peste», coronada por una imagen de la Virgen, habían descubierto la siguiente inscripción dedicada a la Santísima Trinidad: Deo Patri Creatori - Deo Filio Redemptori - Deo Spiritui Sanctificatori. Monseñor Escrivá de Balaguer quiso que esas mismas palabras se grabaran en el altar del oratorio en el que solía celebrar la Santa Misa.

Medio año después, y también procedente de la zona del Rin, el Fundador volvió a estar en Viena, donde, como en toda Austria, habían desaparecido ya las tropas de ocupación. El 4 de diciembre celebró Misa en la Catedral de San Esteban, poniendo bajo la protección de la Virgen, ante la imagen de María Pótsch (33), la labor de la Obra en Austria: «Sancta Maria, Stella Orientis, filios tuos adiuva!»; «Santa María, Estrella del Oriente, ayuda a tus hijos»; ayúdales en Austria y, también, en su día, desde Austria... El lema de Carlos V, del «emperador universal», no envejece: Plus ultra! ¡Siempre más allá! Desde el punto de vista político (como deseo de poder) es un lema temerario, pero desde el punto de vista apostólico es un lema profundamente cristiano. Monseñor Escrivá de Balaguer había dicho que «Austria es la puerta del Oriente», y estas palabras (que durante cien años se habían referido a la política de cara a los países balcánicos) se convertían, en sus labios, en una promesa. Nunca hablaba por hablar. Con todo lo que su optimismo tenía de empuje sobrenatural, siempre se apoyaba sobre la base del realismo, evitando cualquier tipo de utopías. Cuando el 4 de mayo de 1960 estuvo por última vez en Colonia, donde visitó el nuevo Centro de la Sección de mujeres, una de las jóvenes se entusiasmó con la idea de comenzar la labor del Opus Dei en Rusia. La contestación de Mons. Escrivá, en apariencia, no hizo referencia a ese comentario, pero, para quien quiso entender, contenía una advertencia: hay que obrar con prudencia humana y sobrenatural: todo llegará a su tiempo. Se refirió a su primera visita a Viena, cuando estaba bajo la ocupación rusa, cinco años atrás, y añadió: «Hijas mías, yo pido por la unidad de este país vuestro: pido también por Berlín, es un deber de justicia. Tenéis que trabajar en todas las regiones alemanas. ¡Qué campo tan inmenso os espera!» (34).

Con los años se amplió no sólo el radio geográfico, sino también la intención de los viajes apostólicos de Monseñor Escrivá de Balaguer: cada vez se fue haciendo más patente su carácter de romería penitencial (35) y de catequesis. Desde siempre había aprovechado cualquier ocasión para ofrecer a la Madre de Dios reparación (en nombre propio y en el de todos sus hijos) por los pecados propios y por los de los demás cristianos. Esta forma de «sustitución de amor» es uno de los sillares que forman el fundamento de la religión cristiana y, por lo tanto, también del Opus Dei. Entre 1967 y 1969 hizo numerosas romerías a Santuarios marianos en Italia, Suiza, Francia y España. El 1º de abril de 1970 inició una romería penitencial por la Iglesia (por su sufrimiento interno, que siempre consiste en la infidelidad y las desviaciones de sus miembros) que le llevaría a los santuarios del Pilar, en Zaragoza, de Torreciudad y de Fátima.

En mayo de ese mismo año llevó a cabo su primer viaje trasatlántico (36). Aunque estaba movido también por un carácter penitencial y mariano (iba, como romero, a rezar ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe (37), ese viaje tuvo una nueva dimensión: el Fundador del Opus Dei habló con miles de personas y ante un público formado por miles de personas. Ya en Roma se habían celebrado encuentros internacionales, y en Pamplona habían tenido lugar grandes reuniones en el campus o en el aula magna de la Universidad (reuniones que, por su forma nada convencional de catequesis, por el diálogo que sabía encontrar en medio de la muchedumbre, impregnaba de un espíritu único), pero ahora, en los últimos años de su vida, quiso llevar esta catequesis a todo el mundo, empezando, como es natural, por aquellos países en los que la Obra había alcanzado un mayor desarrollo y ofrecía mejores perspectivas apostólicas: España, Portugal y la América latina.

En octubre y noviembre de 1972 realizó un viaje de catequesis por toda la Península Ibérica (38). Su predicación alcanzó «directamente», o sea, sin intervención de los medios de comunicación, a más de ciento cincuenta mil personas... Es decir, ciento cincuenta mil encuentros realmente personales. Nunca se dirigía a una «masa», sino a personas concretas; personas que (digámoslo así) formaban una «unidad de espacio y tiempo». Es especialmente significativo el hecho de que, para destacar la necesidad de la vida contemplativa y la estima que sentía por ella, en las ciudades españolas y portuguesas en las que estuvo también visitó conventos de monjas contemplativas, animándoles a ser fieles a su vocación específica y a su carisma fundacional. Para él existía un solo «Pueblo de Dios», cuyos miembros han de rezar los unos por los otros; cualquier tipo de celotipia entre las diversas familias de este Pueblo de Dios le resultaba totalmente incomprensible.

Como si se diera cuenta de que se le iba terminando la vida, crecía su ímpetu para llegar cada vez a más almas; parecía ese corredor de fondo que, ante el sprint final, aunque esté ya agotado, redobla una vez más sus esfuerzos y pone en juego todas las energías de que dispone. El 22 de mayo de 1974 partió, ya con setenta y dos años, para el viaje más largo y más agotador de los que había realizado hasta la fecha (39), un viaje que duró más de tres meses, hasta el 31 de agosto, y que le llevó a Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela. Un viaje durante el que visitó numerosos Centros de la Obra en estos países y se reunió con decenas de miles de personas. Un viaje en el que no sólo se desgastó en alma y cuerpo como sacerdote, apóstol y Padre, sino en el que también las condiciones climáticas, las diferencias de altitud, los viajes en avión,

supusieron una carga extrema. Durante semanas tuvo que luchar con graves indisposiciones, con una bronquitis, con infecciones febriles y con el mal de altura. La última etapa (Venezuela) la pudo superar tan sólo con un esfuerzo supremo. A Roma llegó, agotado, el 30 de septiembre, después de haber pasado varias semanas en España. Pero cuatro meses después su inquietud apostólica le volvía a llevar al otro lado del Atlántico: el 4 de febrero de 1975 llegó a Caracas, continuando su catequesis en Venezuela, allí donde la había tenido que interrumpir el verano anterior, y de Venezuela volvió a Guatemala. Aquí enfermó repentinamente, con tal gravedad que no fue posible prolongar más un viaje que, en principio, iba a tener una mayor duración. El 23 de febrero estaba ya de vuelta en Roma. ¿Presentía que con ello había terminado su último gran viaje o, mejor dicho, el penúltimo?...

A comienzos de los años setenta, como hemos dicho anteriormente, había aceptado que se filmaran sus «correrías apostólicas». Estas películas (más de cien) se han divulgado ampliamente. Son uno de los medios más eficaces para explicar y dar a conocer el espíritu del Opus Dei. Gracias a ellas, muchas personas descubren la profundidad de este espíritu de renovación cristiana que recuerda al de los primeros cristianos. Todo el que lo desee puede ver estas filmaciones, que recogen los diálogos singulares entre Mons. Escrivá de Balaguer y sus diversos interlocutores: personas de todas las edades, razas y países, de cualquier clase y condición social. Las preguntas corresponden a un espectro muy amplio; pero, en mi opinión, entre las contestaciones de Monseñor Escrivá de Balaguer en los últimos años, y especialmente durante sus viajes a América, destacan tres puntos capitales: 1) Un sí a la vida, don de Dios, y a las familias numerosas: un sí que excluye cualquier tipo de manipulación. 2) Una fidelidad a la tradicional doctrina de fe de la Iglesia, que tiene validez intemporal y que no admite transformaciones, «recortes», «enmiendas» o «reinterpretaciones». 3) Una recomendación insistente, casi suplicante: hay que acudir frecuentemente al Sacramento de la Confesión. Porque sin Confesión no hay reconciliación con Dios, y sin reconciliación con Dios no hay vida interior ni frutos...

Si no se cuidan estos tres puntos decisivos de la vida cristiana (esto lo sabía Monseñor Escrivá de Balaguer, como puede saberlo cualquier cristiano que sea sincero consigo mismo) no puede darse un encuentro personal con Cristo, ni la esperanza de que se produzca una renovación de la Iglesia y una mejora de la situación en el mundo.

Durante una tertulia celebrada en Barcelona el 26 de noviembre de 1972, una madre de diez hijos se lamentó de la incomprensión (por no decir algo peor) que encontraba en el ambiente. Monseñor Escrivá de Balaguer le respondió que la doctrina «se la saben todos y todas (40); lo que pasa es que viene el egoísmo, la brutalidad, las malas pasiones, la propaganda salvaje que se hace..., y la gente débil acaba por no tener sentido del pecado, y comete crímenes horrendos, verdaderos infanticidios » (41).

«La Iglesia de Dios y los sacerdotes de Dios -decía en 1974 en Buenos Aires-, desde hace veinte siglos, predicamos lo mismo. Por eso, si os dicen cosas que os suenen a nuevas, ¡no son de Dios!... Porque -me gusta mucho decirlo- la religión no la hemos hecho los hombres poralzada de mano, por votación... ¡Coged los catecismos viejos! Hijas mías, hijos míos: ¡son tesoros de maravilla! ¡No los tiréis!, ¡leed! Y si no,

comprad un catecismo de San Pío X... y leed con calma para conservar la fe de vuestros hijos» (42).

La fe reclama las obras. Si no, no es fe. Pero para que la fe pueda realizar las obras de la caridad (de una caridad que unas veces se expresa como fortaleza, fidelidad, justicia y otras veces como misericordia, sabiduría, temor de Dios) tiene que dar fruto en las almas, para que no se dejen llevar por las propias miserias, por las bajas pasiones o por el aburguesamiento. Tiene que iluminar los corazones, para que busquen el sentido radical de su vida, sin dejarse arrastrar por la frivolidad. Para que las montañas de basura que se van formando por nuestras debilidades y faltas de amor no crezcan excesivamente es necesario que, una y otra vez, las vayamos retirando. Y esto sucede en el Sacramento de la Penitencia, que, por la confesión de los pecados, la contrición, el propósito de la enmienda, la penitencia y el perdón, reestablece la reconciliación con Dios, no de forma «sensible» o «presumible», sino real y objetivamente, con la «garantía» de Cristo mismo. El 2 de julio de 1974, Monseñor Escrivá de Balaguer decía en Santiago de Chile: «Yo vengo desde hace años contando una anécdota que parece que no tiene importancia y para mí tiene mucha: unos hijos míos -estaba yo en Portugal, charlando con la gente, así- me trajeron una sopera... grandota, una sopera de esas de familia numerosa... Y la sopera había sido usada con mucha frecuencia por muchos años. Estaba rota, y arreglada con lañas, que son hierros que la vuelven a sujetar; y seguía sirviendo. Y yo miré a aquellos hijos y les dije: bien, buena lección me estáis dando -me daban lecciones como vosotros, y yo las aprovechaba-, porque yo soy como esta sopera: estoy todo roto y lleno de lañas, pero sigo sirviendo; sigo sirviendo gracias al Santo Sacramento de la Penitencia, donde voy cada semana a pedir perdón al Señor de mis pecados, a renovar el dolor por todo lo que le he ofendido en mi vida» (43). Y no como una amonestación, sino como una súplica, sonaban las palabras que el Fundador decía a sus oyentes en «Tabancura» -así se llamaba el colegio en el que estaban reunidos-: «¡A confesar!, ¡a confesar!, ¡a confesar!, ¡a confesar! Que Cristo ha derrochado misericordia con las criaturas. Las cosas no van porque no acudimos a Él a limpiarnos, a purificarnos, a encendernos. Mucho lavoteo y mucho deporte, ¡bien!, ¡maravilloso! ¿Y ese otro deporte del alma? ¿Y esas duchas que nos regeneran y nos limpian y nos purifican y nos encienden? ¿Por qué no vamos a recibir esa gracia de Dios? Al Sacramento de la Penitencia y a la Sagrada Comunión. ¡Id, id! Pero no os acerquéis a la Comunión si no estáis seguros de la limpieza de vuestra alma» (44).

El Opus Dei y el Concilio

Un Concilio Ecuménico es la reunión convocada por el Papa, Pastor supremo de la Iglesia católica (45), de quienes, según el «Codex iuris canonici», ejercen en todo el mundo el gobierno jerárquico de la Iglesia: los Cardenales, los Patriarcas con sede de gobierno y residencia, los Primados, Arzobispos y Obispos; los abades y prelados nullius, los Superiores generales de las órdenes clericales exentas; y, por invitación especial, también los Obispos titulares y los Superiores generales de otras órdenes y congregaciones. A todas estas personas corresponde la denominación de «padres conciliares». Los peritos, los expertos, los teólogos, los representantes y observadores de otras confesiones cristianas e incluso no cristianas, a los que se invita, acuden con un padre conciliar o han sido nombrados por el Papa o por la Curia para alguna tarea preparatoria: participan en el Concilio, pero no son Padres conciliares; pueden tener gran influencia, pero no deciden ni tienen responsabilidad por las decisiones tomadas,

excepto, en todo caso, una responsabilidad moral ante Dios, que ve y enjuicia su influencia sobre aquellos que han tomado las decisiones. El Concilio se llama «ecuménico» no porque participen representantes de todas las comunidades cristianas, sino porque participan todos los que tienen derecho por su ministerio jerárquico en la Iglesia católica.

Me he detenido en esta explicación porque suele reinar cierta confusión en este punto. Por su naturaleza, un Concilio ecuménico ejerce el poder supremo de gobierno y de magisterio en la Iglesia, pero sólo en colaboración y en unión con el Papa, nunca en solitario: sin contar con el Papa o pretendiendo dominarle. El Papa, sin embargo, puede ejercer personalmente el magisterio y el gobierno supremo de la Iglesia.

Es importante valorar estas realidades, que conciernen a una cuestión debatida durante siglos en la historia de la Iglesia, con prevalencia alternante entre las tendencias «papal» y «conciliar». Los Concilios de Basilea-Ferrara-Florenia (1431-1442) y, definitivamente, el de Trento (1545-1563) tomaron la decisión que hemos comentado. El Concilio Vaticano I la completó con el dogma de la infalibilidad papal; el Concilio Vaticano II confirmó este dogma, destacando, además, el principio de colegialidad, o sea, el principio del amor fraterno como base para la relación entre el Obispo de Roma - el Papa- y todos los demás Obispos.

Los tres Concilios ecuménicos de la Edad Moderna -el Tridentino, el Vaticano I y el Vaticano II- señalan tres crisis profundas de la Iglesia, verdaderos «maremotos» en los que parecía que la barca de Pedro se apartaba de su curso y estaba a punto de irse a pique. Como la Iglesia existe en el mundo y los cristianos también son hijos de su época, y están sometidos a condicionamientos sociales y personales, las crisis siempre tienen un carácter espiritual y mundano a la vez. Los Concilios, convocados en diversos estadios de la crisis (por decirlo en términos generales), tratan de dar a la Iglesia una nueva consistencia interna, tomando las medidas que parecen necesarias ante la nueva situación, con objeto de poder cumplir en ella el encargo santificador de Cristo en el mundo. El Concilio de Trento, por ejemplo, ante una escisión en la fe que ya era una realidad (y una catástrofe, me atrevo a decir, cuyas terribles consecuencias ya casi no somos capaces de percibir), respondió con un inventario detallado de la fe católica, definiendo lo que es de fe y lo que no lo es. En cuanto al Vaticano I, tendría una visión superficial del mismo quien (como sucede a menudo) sólo viera en él el Concilio del dogma de la infalibilidad pontificia. Fue, más bien, la primera parte de la respuesta -una respuesta muy tardía- de la Iglesia al modernismo; y como esta palabra ha sido desgastada por el uso y vaciada de contenido por la demagogia, prefiero decir que el Concilio fue el comienzo del intento de adaptarse a la nueva situación de la humanidad, una situación surgida de la Ilustración y de las revoluciones democráticas de los siglos XVIII y XIX. El dogma de la infalibilidad (que afirma que el Papa, cuando formula un dogma de fe y lo proclama solemnemente como sucesor de Pedro -es decir, ejerciendo su ministerio «ex cathedra», como Pastor Supremo-, no puede equivocarse) es sólo una parte de la respuesta global a ese «mundo moderno». En efecto: en su epístola apostólica «Aeterni Patris» (46), del 29 de junio de 1868, el Papa Pío IX hablaba claramente de los motivos y fines que le habían llevado a convocar el Concilio: salir al paso de los errores ya denunciados en el «Syllabus errorum» (47) del 8 de diciembre de 1864. Esos errores son consecuencia directa de la época de la Ilustración y de las

Revoluciones. Son errores que se escuchan todavía y que constituyen un continuo desafío para la Iglesia. El «Syllabus», en ochenta puntos, enumeraba cada uno de esos errores, cuyo denominador común era el subjetivismo y el relativismo, dos actitudes que en los ciento veinte años que han transcurrido desde entonces han ido conquistando el pensamiento moderno y que, poco a poco, se ha ido infiltrando en las cabezas de muchos cristianos de todas las confesiones (también, finalmente, de los católicos); un éxito mental, en definitiva.

Ésta era la situación que tenía que afrontar el Concilio Vaticano II. Mejor dicho: en esta situación se reunían los pastores de la Iglesia, con el Papa, para deliberar y para decidir cómo se podía seguir proclamando la verdad íntegra de la fe (el encargo de Cristo) en un mundo de orientación relativista y subjetivista. Un mundo que niega la existencia, o por lo menos la cognoscibilidad, de la verdad, que proclama un panrelativismo historicista en todos los sectores y en cualquier actividad del hombre y que, finalmente, rechaza cualquier dependencia o sumisión del sujeto a una norma absoluta, que, para el cristiano, es el designio salvífico de Dios que se realiza en la Iglesia. El Concilio tenía que decidir las medidas que se habían de tomar para que la barca de Pedro estuviera en condiciones de navegar por los mares procelosos de estos tiempos. Ahora bien, los Padres conciliares no eran «criaturas de laboratorio»: no llevaban máscaras como los cirujanos; que respiraban con toda normalidad: y el que respira, aspira también los gérmenes patógenos. El aula conciliar no era una sala de operaciones esterilizada. Los Padres conciliares debían buscar y encontrar remedios a enfermedades contra las que ellos, como individuos, de ningún modo estaban inmunizados. Esto significa que la segunda parte de la respuesta a ese «mundo moderno» (que sigue acogiendo los mismos errores fundamentales de siempre, porque son defectos de nacimiento), la tenían que dar personas mucho más propensas a contagiarse con las enfermedades que debían combatir que sus predecesores en los años sesenta y setenta del siglo XIX.

También fue nuevo (y muy diferente al Concilio anterior) el estilo conciliar. Se celebró -por decirlo así- «de cara al público», y estuvo rodeado de una publicidad directa o indirecta, pero constante. Las multitudes de expertos y «peritos» invitados no sólo facilitaban informaciones a «sus» padres conciliares, sino que, con su peso de especialistas y su autoridad como científicos, a veces abrumaban a algunos Obispos de gran sencillez intelectual, pero de genuina piedad. No siempre tuvieron en cuenta todos estos peritos este punto: la autoridad y la capacidad de decisión de los Padres conciliares no se basaban en los conocimientos de los especialistas en ciencias humanas, sino que estaban ancladas exclusivamente en el ministerio apostólico, en la sucesión apostólica y en el orden episcopal. No se comprende el Concilio Vaticano II si no se tiene en cuenta ese magno «embalaje» y la influencia de diverso signo de esos especialistas (con diversos grados de piedad e inteligencia) y de la multitud de periodistas y «elaboradores» de noticias que rodearon las aulas conciliares.

Es innegable que la inspiración del Espíritu Santo no le faltó al Concilio. Pero esto no quiere decir que cada uno de los Padres conciliares fuera, en cada momento de las cuatro sesiones, receptáculo y portavoz del Espíritu Santo, ni tampoco que todos los documentos estén inspirados por igual y de tal manera por el Espíritu Santo que no necesiten una interpretación. Una de las novedades del Concilio es que fue

eminentemente pastoral; lo cual quiere decir que la mayor parte de los documentos emanados de él no definían verdades de fe, no eran «dogmáticos». Esta novedad encerraba graves peligros y también grandes posibilidades. Los Padres conciliares, al asumir ese riesgo, hicieron gala de una confianza genuinamente cristiana en la providencia divina y en la inspiración posconciliar del Espíritu Santo en las almas de los fieles. Pero determinados enemigos de la fe aprovecharon el nuevo estilo de los textos conciliares para su propósito manipulador. Se habían sustituido las antiguas fórmulas dogmáticas rígidas y precisas, al estilo romano, redactadas como si fuesen artículos de fe, por extensas meditaciones sobre la fe, llenas de belleza, y por reflexiones sobre el catolicismo y la vida cristiana. Este «nuevo estilo» permitió a esos «destructores» de la fe una mayor manipulación del verdadero sentido de los textos y la llevaron a cabo, como es bien conocido, con indudable éxito.

Tres años después de finalizar el Concilio Vaticano II, en 1968, el entonces Arzobispo Karol Wojtyła publicó un artículo que en castellano lleva el título de «Introducción al Vaticano II: Un intento de clarificación» (48).

Antes de la conclusión se afirma: «El Concilio ve la Iglesia en el reflejo de la Revelación y, además, la pone en su lugar, la reafirma en la experiencia de la humanidad de nuestros días. Y gracias al Concilio también la Iglesia misma se reconoce bajo el punto de vista de la humanidad en nuestros días, de sus necesidades y sus problemas. De este modo, la Iglesia se abre plenamente, al reconocer su naturaleza sobrenatural y mística. Este abrirse o, mejor dicho, este "estar abierta", que realiza la Iglesia es a la vez su nueva forma de "estar cerrada", cerrada no en sí misma, sino en el contorno en el que -como escribe Pablo VI- nos ha puesto la mano de Dios» (49).

Hoy, quince años más tarde, no se pueden leer estas frases sin cierta congoja, y es posible que el Papa Juan Pablo II las relea incluso con dolor. Congoja y dolor no porque haya muerto el optimismo cristiano con respecto a los frutos del Concilio, sino porque la acción del «diabolo» (tercera fuerza motriz de la historia junto a la providencia divina y a la libertad humana), facilitada por el «carácter abierto» de un Concilio pastoral, ha sido mayor de lo que pudo imaginarse en aquel momento. Las frases del Obispo de Cracovia que hemos citado dejan claro cuál es el dilema: por una parte, la riqueza de contenido de los documentos conciliares hace que sean un buen alimento para los católicos que, llenos de buena voluntad, ya son piadosos y fieles a la Iglesia; pero, por otra, mal interpretados, pueden servir de punto de apoyo a quienes, fuera y dentro de la Iglesia, luchan por alcanzar una Iglesia católica «distinta»...

Mientras que los Concilios Tridentino y Vaticano I, en épocas de profundas conmociones espirituales, tras hechos históricos que se pueden considerar como catastróficos, pretendieron (y consiguieron) llegar a una consolidación interna en lo dogmático y en lo jurídico, proporcionando una sólida muralla defensiva formada por los sillares de definiciones y normas, el Vaticano II se ha apoyado en la persuasión, en el «querer convencer», es decir, en el «diálogo con el mundo» para «echar raíces e, i términos bajo los que cabe imaginarse cosas muy diversas. Aquellos concilios, para consolidar los muros de la fortaleza, subrayaron la importancia de las virtudes de la obediencia en la fe y de la disciplina eclesiástica; el Vaticano II -utilizando la misma

metáfora- quiso abandonar el recinto amurallado, dejar las zonas fortificadas e ir a la plaza del mercado para ofrecer la propia mercancía en régimen de libre competencia, confiando en que esa «mercancía» tiene una calidad muy superior a las demás que allí se ofrecen. Actitud que requiere el ejercicio personal de la libertad, así como el de otras «virtudes cívicas»: amabilidad, sentido común, disposición al compromiso...

Ni que decir tiene que ir al «mercado» y trabajar todo lo que se pueda con los propios «talentos» es importantísimo. Pero antes de ponerse en camino conviene asegurarse de que no se destruirá la fortaleza ni se debilitarán sus defensas, sino que se cuidarán y mantendrán en buen estado. El mercader optimista tiene que recordar de vez en cuando que el Señor del mercado (y de la fortaleza) ha prohibido que se entierren los propios talentos y ha mandado que se ganen otros con ellos, pero por medio del trabajo y de su empleo prudente, no mediante la devaluación de la moneda.

El Fundador del Opus Dei poseía una gran inteligencia, unida a una gran capacidad de análisis y comprensión de la situación del mundo, libre de ese tipo de intelectualidad engreída que no sabe aceptar ninguna limitación natural o institucional y que, si pudiera, incluso corregiría (o por lo menos asesoraría) a Dios mismo. Reconocía la autoridad y rechazaba esa moda (que también se va extendiendo en la Iglesia) que consiste en llevar ante el «tribunal» de la opinión propia cualquier frase de los pastores de la Iglesia, cualquier documento papal, promulgando después el «juicio» emitido por dicho «tribunal». Cuando el Papa Juan XXIII convocó el Concilio, el Fundador vio en ello una expresión clara de la Voluntad de Dios. No se dedicó a «cuestionarla» o a hacer conjeturas sobre la «oportunidad» o la «inoportunidad» de la convocatoria. Luego, cuando un documento conciliar -en ocasiones tras largas y difíciles luchas, deliberaciones y controversias finalmente era aprobado por la mayoría cualificada de los Padres y promulgado por el Papa, lo aceptaba sin más discusiones como un instrumento con el que se podrían conseguir cosas buenas para la Iglesia y para los hombres, aun cuando tuviera, quizá, lagunas o imprecisiones o no concordara plenamente con alguna de sus opiniones personales. Ésta fue su actitud ante todas las enseñanzas del Concilio.

No cabe duda de que Monseñor Escrivá era consciente del riesgo que la Iglesia corría al abrirse al mundo de nuestros días, sobre todo si se interpretaba mal esa «apertura» y se debilitaban las defensas. Sufrió mucho con las pruebas y aflicciones que muy pronto habría de pasar la Iglesia, porque, efectivamente, sucedió lo que temía. Ahora bien, todo esto no le hizo vacilar en su profunda convicción de que, al final de ese tiempo de prueba, surgiría una Iglesia rejuvenecida en un nuevo, ardiente y eficaz amor a Cristo.

Monseñor Escrivá de Balaguer no colaboró directamente en el Concilio. No ocupó cargo alguno en el inmenso aparato preparatorio, auxiliar o adjunto. En realidad, a Juan XXIII le hubiese gustado nombrar Consultores del Concilio tanto al Presidente General como al Secretario General del Opus Dei, pero esto hubiera supuesto una sobrecarga enorme de trabajo y una dedicación de tiempo por parte del Fundador, a quien ya se le exigía un esfuerzo que superaba casi lo humano. Por eso el Papa nombró tan sólo al Secretario General, Alvaro del Portillo, perito conciliar, puesto que, además, tres padres conciliares pertenecían a la Obra- (50).

Don Alvaro del Portillo participó desde el primer momento en la preparación del Concilio, especialmente en lo referente al tema «los laicos en la Iglesia»; más tarde fue nombrado Secretario de la Comisión conciliar De disciplina cleri et populi christiani y perito de algunas otras comisiones. De esta manera, el Opus Dei participó activa e intensamente en el Vaticano II. Por supuesto que Escrivá y Del Portillo hablaron, con la unión que les caracterizaba, de todos los problemas que se planteaban; no hubo un solo día, a lo largo de los cuatro años conciliares, en los que no se diera una «conversación a puerta cerrada» entre estos dos hombres, a los que casi podríamos llamar «alma» y «cuerpo» del Opus Dei. Pero el Fundador permanecía informado directamente sobre la marcha del Concilio no sólo a través de don Alvaro; durante las cuatro sesiones fueron «legión» los Obispos y peritos, teólogos y canonistas que visitaron a Monseñor Escrivá de Balaguer. No conocemos detalles sobre las conversaciones mantenidas por el Fundador con su Secretario General y con sus visitantes, sobre todo en lo referente a la marcha del Concilio, la elaboración de los documentos conciliares, las controversias y las crisis. Es natural que durante algún tiempo se guarde absoluta discreción sobre estos extremos. Algunas cosas, sin embargo, permiten hacerse una idea de la actitud fundamental de Monseñor Escrivá de Balaguer con respecto a los principales problemas conciliares. A un Obispo que abundaba en las ideas, en boga entonces, sobre la emancipación de los laicos, comentando que a los laicos corresponde reformar en sentido cristiano las estructuras temporales, le replicó: «¡Si tienen alma contemplativa, Excelencia! Porque si no, no transformarán nada; más bien serán ellos los transformados: y en vez de cristianizar el mundo, se mundanizarán los cristianos». Y en otra ocasión comentó: «Sí, pero primero han de estar ellos bien ordenados por dentro: siendo hombres y mujeres de profunda vida interior, almas de oración y de sacrificio. Si no, en vez de ordenar esas realidades familiares y sociales, llevarán ahí su propio desorden personal» (51). Hoy comprobamos, dolorosamente, cómo la crisis que sufre la Iglesia tiene su raíz en gran medida en que ese «proceso de maduración» no ha ido unido, o mejor, no se ha fundado, en una auténtica renovación de la piedad cristiana. Esa ausencia ha provocado un debilitamiento de la vida espiritual (por dentro y hacia fuera) y un rechazo de la Iglesia jerárquica, que es la única que custodia el misterium fidei. Y no faltan los casos en lo que se ha llegado a denominar «madurez», sorprendentemente, a esa crisis espiritual y a esa rebeldía eclesial.

La historia del Concilio a la que tenemos acceso, aunque sea todavía de modo incompleto, nos rebela la existencia de los que querían replantear la contraposición multiseular entre los Concilios y el Papa con respecto a su posición en la Iglesia y a sus derechos y competencias. El pontificado de Pablo VI estuvo caracterizado por una lucha para fortalecer la autoridad papal -constantemente atacada-, lucha que tuvo un éxito sólo relativo (52). Pues bien, Monseñor Escrivá nunca se cansó de defender esa autoridad. Desde Pío XII, los Papas saben que, en cualquier situación, pueden contar con el Opus Dei, incondicionalmente. En una carta del 14 de febrero de 1964, el Fundador amonestaba a aquellos hijos suyos teólogos o canonistas: «Que defiendan -de todo posible ataque- la autoridad del Romano Pontífice, que no puede estar condicionada más que por Dios». Y veinte meses más tarde escribía: «Estad muy cerca del Romano Pontífice...: seguid al día sus enseñanzas, meditadlas en vuestra oración, defendedlas con vuestra palabra y con vuestra pluma» (53). No eran recomendaciones abstractas. Estas palabras hay que verlas, más bien, ante un trasfondo que se iba ensombreciendo por momentos, a medida que se iba agudizando la grave crisis eclesial, una crisis de fidelidad a la fe por parte de muchos católicos (también de sacerdotes y teólogos), una

crisis de las tradiciones y una crisis también de la disciplina y de la autoridad jerárquica en general.

En la «vida cotidiana» de la Obra, el Fundador se ocupó de que se pusieran en práctica -rigurosamente- las decisiones normativas del Concilio, lo que excluía también cualquier tipo de capricho y de arbitrariedad en cuestiones de doctrina o de liturgia. En este punto no está de más recordar que los excesos en la «configuración» de las «celebraciones eucarísticas», la dejadez en la práctica de la confesión, la aceptación de una moral sexual libertina y muchas cosas más son aspectos que de ningún modo están respaldados por el Concilio, sino que contradicen frontalmente sus intenciones.

Tampoco encuentra confirmación en las declaraciones del Concilio una «nueva teología» que concibe todas- las decisiones dogmáticas del pasado como productos del «espíritu de la época», es decir, como declaraciones condicionadas históricamente que, por lo tanto, deben ser reinterpretadas una y otra vez, de acuerdo con la conciencia y los conocimientos «progresivos» de cada generación de cristianos. Ahora bien, afirmar, por ejemplo, que la concepción virginal de Jesucristo o su Resurrección no tienen carácter real (real también desde el punto de vista físico), sino que son «ideas míticas» o concepciones «mágicas» de una conciencia prerracional o precientífica, no es un tipo de «investigación» teológica iniciada por el Concilio, sino una herejía que ni siquiera es original.

Tampoco se puede defender la tesis de que la filosofía tomista esté «superada». Es cierto que sus conceptos centrales, como natura, essentia, materia, forma, persona, substantia, etc., precisan de un comentario también a la luz de los conocimientos de las ciencias naturales, pero esto no altera en nada la validez de su Metafísica. En una conversación que mantuvimos, y respondiendo a una pregunta que le hice, don Alvaro del Portillo comentó que Santo Tomás, en nuestros días, hubiera escrito de otra manera, pero con el mismo contenido; lo cual es tanto como decir que Santo Tomás descubrió y formuló verdades imperecederas. El Concilio Vaticano II es el único Concilio en la historia de la Iglesia que expresamente recomienda a los teólogos y sacerdotes la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Se sitúa con ello en una tradición de continuidad de más de seis siglos, pues desde la canonización del Aquinate por el Papa Juan XXII en 1323, la Iglesia ha recomendado siempre al «Doctor Angélico» como guía insustituible en la interpretación auténtica de verdades de fe. Con especial intensidad lo hizo el Papa Pío X en el Motu proprio «Doctoris Angelici», al que Monseñor Escrivá de Balaguer se refería en su última gran carta del 14 de febrero de 1974: «Se deben conservar -dice en ella, citando palabras de ese documento- santa e inviolablemente los principios filosóficos establecidos por Santo Tomás, a partir de los cuales se aprende la ciencia de las cosas creadas de manera congruente con la Fe, se refutan los errores de cualquier época, se puede distinguir con certeza lo que sólo a Dios pertenece y no se puede atribuir a nadie más, se ilustra con toda claridad la diversidad y la analogía existente entre Dios y sus obras... ». Y en otro lugar de esa misma carta reproduce estos otros párrafos del Motu proprio de San Pío X: «Los puntos más importantes de la filosofía de Santo Tomás no deben ser considerados como algo opinable, que se pueda discutir, sino que son como los fundamentos en los que se asienta toda la ciencia de lo natural y lo divino. Si se rechazan estos fundamentos o se los pervierte, se seguirá necesariamente que quienes estudian las ciencias sagradas ni siquiera podrán captar el

significado de las palabras, con las que el Magisterio de la Iglesia expone los dogmas revelados por Dios. Por eso quisimos advertir a quienes se dedican a enseñar la filosofía y la sagrada teología, que si se apartan de las huellas de Santo Tomás, principalmente en cuestiones de metafísica, será con gran detrimento».

Todas estas afirmaciones, recordadas insistentemente por el Fundador del Opus Dei, se sitúan en la línea del Concilio; lo mismo que el ruego que hacía a los miembros de la Obra al escribir: «Pido ahora a mis hijas y a mis hijos, precisamente en este año en el que se conmemora el VII centenario de la muerte del Doctor Angélico, que sigan delicadamente esas indicaciones de la Iglesia en el estudio y en la enseñanza de la doctrina filosófica y teológica».

Mons. Escrivá de Balaguer sufría -si se me permite utilizar esta expresión- por las oscuras sombras que se cernían sobre el rostro de la «esposa de Jesucristo», de la Iglesia; pero de ninguna manera veía la época posconciliar como una noche inextricable. Muy al contrario: precisamente para el Opus Dei el Concilio supuso un imponente refrendo. Lo que, por la gracia de Dios, había redescubierto el joven y desconocido sacerdote aragonés tres decenios antes -la llamada universal a la santidad-, el Concilio lo elevaba a norma para el futuro. Las palabras de Cristo a sus oyentes cobraban así nueva actualidad en la historia de la Iglesia: «Pues no hay nada encubierto que no se descubra, ni nada escondido que no se dé a conocer. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día, y lo que escucháis al oído, pregonadlo desde las azoteas» (Mt 10,26-27). Desde la atalaya del Concilio se habían proclamado y confirmado lo que eran como piedras angulares en la predicación y en la práctica de Monseñor Escrivá y de sus hijos desde 1928:

- La unidad de vida, que consiste en que la vocación universal de todos los cristianos a la santidad debe estar en armonía con su vida cotidiana y se ha de realizar precisamente en ella.

- El trabajo profesional como medio de santificación en medio del mundo y base del apostolado de los laicos.

- La libertad, como consecuencia de que los cristianos que buscan la santidad en su trabajo son libres. Sin olvidar que el recto ejercicio de esa libertad debe llevarles a colaborar en la santificación de las cosas temporales según las leyes propias. Su libertad termina allí donde comienza el mandato de amor de Cristo, que la Iglesia custodia e interpreta auténticamente; en apariencia, esa libertad desaparece donde entra en conflicto con las leyes del mundo.

- La Santa Misa, como centro y raíz de toda la vida interior; toda la «vida cotidiana» se ordena hacia ella y de ella surge toda la fuerza para la vida ordinaria del cristiano.

El Fundador del Opus Dei, después de muchos años de incomprendimientos, tuvo la satisfacción de que destacados Padres conciliares, como los Cardenales Frings (Colonia), König (Viena), Lercaro (Bolonia) y otros, le reconocieran como un verdadero precursor del Vaticano II, sobre todo respecto a aquellos puntos capitales que, para el Concilio, marcaban el camino a seguir en el futuro (54).

En todas las encíclicas y alocuciones del Papa Juan Pablo II se entrevé, como hilo conductor, la exhortación, e incluso la urgente súplica, a poner en práctica el «espíritu del Concilio». La voluntad de renovar por medio de este espíritu el cuerpo de la Iglesia es el más importante móvil de su pontificado. Pero, a la vez, esto significa que ese espíritu todavía no ha «tomado cuerpo» o, por lo menos, no lo ha hecho en modo suficiente. La encíclica «Redemptor hominis» (55), primera de su pontificado -que también puede considerarse como la «Carta magna» del mismo-, vino a ser como la respuesta del pontífice polaco -quien como arzobispo de Cracovia colaboró decisivamente en las tareas del Concilio- a la pregunta de cuál sería realmente el espíritu del Vaticano II.

Dada la riqueza de su contenido, es difícil entresacar frases claves de esa encíclica. No obstante, quiero citar algunas que considero especialmente representativas: «El Concilio Vaticano II, en diversos pasajes de sus documentos -dice-, ha expresado esta solicitud fundamental de la Iglesia, a fin de que "la vida en el mundo (sea) más conforme a la eminente dignidad del hombre" (56), en todos sus aspectos, para hacerla "cada vez más humana" (57). Ésta es la solicitud del mismo Cristo, el buen Pastor de todos los hombres. En nombre de tal solicitud, como leemos en la Constitución pastoral del Concilio -sigue diciendo el Papa-, "la Iglesia, que por razón de su ministerio y de su competencia de ninguna manera se confunde con la comunidad política y no está vinculada a ningún sistema político, es al mismo tiempo el signo y la salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana"» (58).

Un poco más adelante sigue diciendo la «Redemptor hominis»: «Tal solicitud afecta al hombre entero y está centrada sobre él de manera del todo particular. El objeto de esta premura es el hombre en su única e irreplicable realidad humana, en la que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo (cfr. Gen 1,27). El Concilio indica esto precisamente cuando, hablando de tal semejanza, recuerda que "el hombre es en la tierra la única creatura que Dios ha querido por sí misma" (59). El hombre tal como ha sido "querido" por Dios, tal como Él lo ha "elegido" eternamente, llamado, destinado a la gracia y a la gloria, tal es precisamente "cada" hombre, el hombre "más concreto", el "más real"; éste es el hombre, en toda la plenitud del misterio, del que se ha hecho partícipe en Jesucristo, misterio del cual se hace partícipe cada uno de los cuatro mil millones de hombres vivientes sobre nuestro planeta, desde el momento en que es concebido en el seno de la madre» (60).

Pero para que esta participación en el misterio de la Redención alcance a cada uno de los cuatro mil (y, pronto, de los cinco o seis mil) millones de personas que pueblan la tierra, cada cristiano -y la totalidad de los cristianos, desperdigados por el mundo como las semillas por el campo- tiene que intentar realmente que Cristo se haga vida en su vida, de tal modo que el que lo conozca, advierta en él el buen olor de Cristo,

fruto de su lucha por la santidad. El Vaticano II ha planteado esta exigencia con un énfasis extraordinario. Y la ha planteado a la totalidad del pueblo cristiano, a la «masa» de los cristianos: porque todos están llamados a la santidad. Esta llamada universal a la santidad es la llamada fundamental del Concilio, y constituye un requerimiento constante en la predicación del Papa en los cinco continentes.

Así pues, se ve claramente que no es casualidad que el Opus Dei haya nacido en el primer tercio del siglo xx. La Obra supone un nuevo despertar en la Iglesia y de los cristianos en el mundo; es un impulso de renovación cristiana, cuya validez universal de cara al futuro quedó claro gracias al Concilio Vaticano II. Algunos han pretendido ver una contraposición entre un supuesto espíritu «conservador» de la Obra y el espíritu «progresista» del Concilio. Aparte de que la Obra no asume ningún espíritu conservador, la única contraposición que existe -a veces un verdadero abismo- es la que se da entre la interpretación y aplicación ortodoxa de los textos y decisiones del Concilio (una interpretación que corresponde al Magisterio de la Iglesia y especialmente al Papa) y la que, de manera arbitraria y a menudo herética, hacen algunas personas no autorizadas para ello. Todo el pontificado de Pablo VI estuvo marcado por esa contraposición, por ese abismo; en algunos momentos, la «contestación» llegó a tomar formas amenazadoras que socavaban la vida interior de la Iglesia y producían una desoladora confusión en las almas de muchos fieles. En este sentido puede decirse que el Papa Montini fue un verdadero mártir: hasta su último aliento explicó y defendió el Concilio como un hecho situado plenamente dentro de la tradición ininterrumpida de la Iglesia, desde Pedro hasta la fecha; por eso se le escarneció y ridiculizó e insultó; tuvo que soportar una ola de desobediencia desconocida desde hace siglos y, en los últimos años, tuvo que sufrir la soledad y el desmayo de Cristo en el Huerto de los Olivos. Sólo si uno tiene clara esta situación puede entender bien las palabras que Monseñor Escrivá pronunció en 1970, ante el Consejo General de la Obra: «Sufro muchísimo, hijos míos. Estamos viviendo un momento de locura. Las almas, a millones, se sienten confundidas. Hay peligro grande de que en la práctica se vacíen de contenido los Sacramentos -todos, hasta el Bautismo-, y los mismos Mandamientos de la Ley de Dios pierdan su sentido en las conciencias» (61).

Trabajo y santidad

Joaquín Mestre Palacios, canónigo de la Catedral de Valencia (62), cuenta que un día pidió a su buen amigo Josemaría, a quien conocía ya desde noviembre de 1940, un retrato suyo. «Sí, hombre, sí -respondió-; con mucho gusto. Ahora mismo te lo doy.» Entró en una habitación contigua y volvió con un pequeño borrico forjado en tosco hierro: «Toma, ahí tienes un retrato mío». Como don Joaquín le mirara pasmado, añadió: «Sí, hombre, sí; eso soy yo: un borriquito. Ojalá sea siempre borriquito de Dios, instrumento suyo de carga y de paz».

Sabemos que al Fundador del Opus Dei le gustaban también los patos, porque se tiran audazmente al agua y empiezan a nadar en su elemento, con calma y tenacidad... Quería que así fueran las mujeres en la Obra, a las que, como recuerdo y estímulo, les solía regalar patos de madera, cristal o metal. Y le gustaban esos borricos grises, a menudo cubiertos de sarna, mal alimentados, que sufren con paciencia los malos tratos, porque consumen su vida trabajando, sin exigir nada a cambio, pacientes y humildes;

porque, aunque no son imprescindibles, trabajan hasta que no pueden ya más y se mueren... Así le gustaba ver a los miembros de la Obra, así quería que fueran... ¿No es algo incomprensible?... Sí, parece absurdo: en pleno siglo xx, en el que el trabajo es considerado como una mercancía o como un castigo divino, en una época en que muchos hombres sufren tanto por falta de trabajo como por exceso, llega un sacerdote español, Josemaría Escrivá de Balaguer, y proclama una nueva «teología del trabajo», en la que «currrelar» (63) es un medio imprescindible de santificación para el cristiano corriente. ¿No es esto una provocación? ¿O sólo se trata de una «locura»?

La triple «fórmula»: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo», es una de las autodefiniciones que más se citan cuando se trata de describir el Opus Dei, una fórmula que no falta nunca ni siquiera en la más escueta contestación a la pregunta sobre la esencia del Opus Dei, sobre qué es realmente y qué pretende la Obra; y, sin embargo, sabemos por experiencia que es uno de los puntos más difíciles de entender. La dificultad no es ficticia, ni tampoco consecuencia de la superficialidad o del no querer entender, sino que tiene aspectos objetivos, pues toca problemas fundamentales del hombre, sobre todo en nuestra época, con su civilización técnica global (64).

Como es imposible entender el Opus Dei sin comprender esa triple fórmula, que expresa la relación, o mejor dicho, el entroncamiento mutuo del trabajo y la santidad, pido al lector un poquito de paciencia por lo que sigue. Me he servido intencionadamente del vocablo «currrelar» para designar el trabajo porque expresa una actitud negativa, despectiva y resignada con respecto al mismo. Sobre la definición de «santidad» hemos hablado ya largo y tendido en este libro; si ahora queremos ponerla en relación con el trabajo -puesto que esta relación constituye la esencia del Opus Dei- no tenemos más remedio que hablar de ese trabajo, del trabajo humano (65). Y esto incluye también el que dirijamos nuestras miradas a algunos factores que lo determinan esencialmente.

«Tomó Yahveh Dios al hombre -dice el libro del Génesis (2, 15)- y lo puso en el vergel del Edén, para que lo cultivara y guardase.» Así pues, para alimentarse, vestirse y alojarse (o sea, para poder vivir) el hombre tiene que trabajar; el trabajo es para él un mandato absoluto, irrenunciable, una exigencia de su condición de creatura. Y, sin embargo, el trabajo es también algo más: el Creador, que hizo la tierra, y al hombre dentro de ella, le dio el trabajo como fin, pero no sólo para que asegurara su existencia, sino también para que cultivara la tierra. Por tanto, Dios es su único patrono. Lo cual quiere decir que el trabajo no es ni consecuencia del pecado ni un castigo. Es la forma en que Dios quiso que el hombre participara de su Providencia amorosa para con el mundo. Ahora bien, con el pecado original el cómo de esta participación sufrió una alteración: «Maldita será la tierra por tu causa -dice el Génesis (3, 17-19)-; con fatigas te alimentarás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te germinará y comerás hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás pan, hasta que tornes a la tierra, pues de ella fuiste tomado; ya que eres polvo, tornarás al polvo». Han cambiado las circunstancias, y el modo de trabajar ahora se diferencia del modo apacible y placentero en que se hubiese trabajado antes de la caída, como se diferencia el hombre en su inocencia primera del hombre tras la expulsión del Paraíso. Con todo, permanece

inalterado el hecho de que el trabajo está relacionado con Dios y tiene por fin el colaborar en sus planes de salvación.

Aunque el trabajo implique esfuerzo, cueste sudor, agote, sea duro e incluso «insoportable», no han sido éstos los factores por los que se ha llegado a considerar el trabajo como un castigo, una mercancía o un «instrumento de opresión»; ha sido el modo como el trabajo se ha integrado en la vida personal y social, un modo que casi ha prostituido totalmente su naturaleza. Durante largas épocas, y en muchas partes del mundo, el trabajo -sobre todo el que implicaba un esfuerzo físico- ha estado unido a la pérdida de libertad personal y social: esclavitud, servidumbre feudal, proletariado, etc. Además, trabajos especialmente duros, como el de las minas, el de las canteras o el de las galerías, eran un castigo. Si bien el avance político y social ha traído también un progreso en este punto (aunque nuestro siglo ha establecido nuevos récords en lo que a «trabajos forzados» se refiere), han aparecido nuevos condicionamientos, pues el mundo del trabajo técnico-industrial limita de manera extrema el campo de libertad personal dentro del trabajo e incluso lo elimina totalmente.

Un problema especialmente conflictivo -que se presenta tanto desde un punto de vista material y concreto como desde una perspectiva psicológica y social- es la relación entre trabajo y justicia. En lo material y concreto, quiere decir que el trabajo que se realiza y el jornal que se percibe a menudo no guardan la debida proporción. Salarios injustamente altos conviven con salarios injustamente bajos. El hambre y la miseria de los que trabajan e incluso el paro forzoso -con culpa propia o sin ella- coexisten con la abundancia y el lujo de los que no trabajan, porque poseen algo o porque viven del trabajo de los demás.

Esta situación de injusticia tiene unas raíces psíquicas y sociales muy profundas: durante mucho tiempo se despreció el trabajo material como medio de ganarse la vida, considerándolo como algo envilecedor o sin valor. Era algo para la misera plebs, que tenía que vivir de lo que ganaba con sus manos. Los caballeros, los héroes, los oficiales del ejército, los nobles, los clérigos, no «trabajaban». Algunas veces era realmente así, pero otras llevaban a cabo actividades que eran trabajo, a veces muy duro. Sin embargo, ni ellos mismos ni su entorno social consideraban su quehacer como un trabajo. Administrar grandes posesiones o dirigir una fábrica, un banco, una casa comercial; capitanear un ejército, combatir en batallas o salir a los mares; gobernar un estado, una diócesis o un convento no eran actividades consideradas como trabajo en sentido estricto. Y así, el contenido del concepto de trabajo se fue reduciendo peligrosamente, se fue estrechando más y más hasta tomar el significado de «mal necesario», de algo negativo, propio tan sólo de todos aquellos que no tenían «otras» posibilidades o no habían nacido o no estaban capacitados para «algo mejor». Porque -eso estaba claro- los señores, los príncipes, los sabios, los artistas, los escritores, los dramaturgos no «trabajaban»: «gobernaban», «investigaban», «creaban»... El «trabajo»: algo penoso, bajo, deprimente... Ante esta perspectiva, Adam Smith y Karl Marx pudieron desarrollar una mentalidad de libertadores (y así se les consideró) al elevar el trabajo al rango de «mercancía» (Smith) o de «poder» (Marx).

Sin embargo, el trabajo -cualquier clase de trabajo- tiene una finalidad y un sentido. Lo que pasa es que, a veces, resulta difícil descubrirlo. Cuando un labrador siembra, combate la cizaña y los animales dañinos, siega y vuelve a roturar la tierra, lo hace para lograr una buena cosecha. La cosecha tiene como fin alimentarle a él y a otros, y por eso trilla, muele, transporta, vende la mercancía; explota la tierra, por decirlo brevemente. El sentido de su vida como agricultor consiste en cosechar y, si además es ganadero, en criar ganado, pero no sólo para alimentarse a sí mismo o para colaborar al alimento de los demás, sino también para concretar el sentido de su vida como campesino; y, si es cristiano, para materializar su cristianismo, realizando así el encargo divino de servir al mundo y al prójimo por amor. Esto es válido para cualquier clase de profesión y oficio.

Es fácil darse cuenta de ello y aceptarlo mientras la conexión entre los dos factores (trabajo y fin de la vida) es clara y patente. La cosa se pone más difícil cuando el fin del trabajo y el sentido de la vida parecen dissociarse: el condenado a galeras bien sabe que rema con el fin de mover un barco, pero para reconocer que esto da sentido a su existencia, tendría que profundizar en el significado que el dolor y el castigo tienen para un cristiano; es decir, tendría que ver su situación como una posibilidad de identificarse con Cristo. Ahora bien, si por ignorancia o por desprecio no lo logra, llegará a odiar su «trabajo». Un efecto similar puede darse cuando el fruto o el resultado del trabajo (no su retribución económica, sino lo que se ha «trabajado», «elaborado» o «hecho») se pierde en una lejanía de la que casi no se tiene noticia. Me refiero al conocido problema del trabajo en una cadena de producción o del trabajo mecánico, «siempre igual», que se da en muchos sistemas industriales; y también a esos «sentimientos de destrucción de la persona», que se originan cuando se pasa a ser la ruedecilla mínima de una inmensa organización.

El artesano puede decir: «esta mesa la he hecho yo»; y eso le proporciona placer y satisfacción. Pero la empleada en las oficinas del departamento de administración de envases de una gran empresa o el trabajador que durante ocho horas al día tiene que controlar un cuadro de mandos por si se enciende una lamparilla roja que indica algún trastorno, no es fácil que sienta placer o satisfacción, ni la «impresión de tener éxito», en su quehacer o no-quehacer; por lo que más o menos conscientemente irán perdiendo la alegría y pensando en categorías de «horas libres», «bajas por enfermedad» y años que les quedan para la jubilación. En sus vidas, el acento se va desplazando en dirección a ese tiempo de no-trabajo, a ese tiempo de ocio, que empieza a ser ya uno de los problemas mayores y más difíciles de nuestra sociedad, un problema del que más adelante hablaremos.

En la predicación de Monseñor Escrivá de Balaguer «el tema del trabajo» tiene una importancia capital. A nadie le debería extrañar, pues el trabajo es para un cristiano un medio insustituible para tender a lo que es el fin de su existencia (y en el Opus Dei, además, hacia la realización de su vocación): la santidad. El trabajo le convierte en colaborador de Jesucristo, no en sentido «alegórico» o «figurado», sino en un sentido estrictamente literal. Esto supone que su cooperación también es «vía crucis» y apostolado. Es precisamente este carácter del trabajo ordinario como «corredención» lo que Dios le hizo ver como núcleo del Opus Dei. Con una luz poderosa que Dios le concedió el 7 de agosto de 1931, Mons. Escrivá de Balaguer vio confirmado, aún con

mayor claridad, que el Señor había querido suscitar el Opus Dei para que hubiera, en todas las profesiones y oficios de este mundo, hombres y mujeres "identificados con Cristo en la Cruz", santificando la ocupación concreta de cada instante. Aquel mismo día el Fundador del Opus Dei escribió (66):

«Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. -Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la ex-Corte (Madrid) (...) y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma.) Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme -acababa de hacer in mente la ofrenda al Amor misericordioso-, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.

Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el ne timeas!, soy yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana (...) Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas».

El trabajo, entendido en su doble sentido del «hacer» y de algo «hecho» (67), es un elemento constituyente y esencial de la existencia humana: la semejanza del hombre con respecto a Dios se expresa también en el hecho de que el hombre «crea y produce frutos visibles. «De este modo -escribía Monseñor Escrivá de Balaguer en 1932, explicando cómo el trabajo adquiere valor santificante- se hace sobrenatural el trabajo, porque su fin es Dios, y' el trabajo se hace pensando en Él, como un acto de obediencia» (68). En innumerables ocasiones, de palabra y por escrito, el Fundador destacó que un trabajo honrado es un servicio a Dios; por ello elaboró las bases, criterios y directrices que deben presidir un trabajo bien hecho, así como la manera de comportarse en él; por ejemplo, la laboriosidad, la buena formación profesional, el cuidado de los detalles y la calidad del trabajo realizado. Especialmente interesante, en este sentido, es una carta del año 1948, en la que escribe: «El trabajo no puede ser nunca para vosotros un juego, que no se toma en serio; ni tampoco cosa de "dilettanti" o de aficionados. Qué me importa a mí que me digan de uno de mis hijos que es, por ejemplo, un mal maestro y un buen hijo mío: si no es un buen maestro, ¿de qué me sirve? Porque, en realidad, no es un buen hijo mío, si no ha puesto los medios para mejorar en su profesión (...) Un hombre sin ilusión profesional no me sirve» (69). La ilusión y el ansia de trabajar son dos aspectos que se corresponden: «En la Obra no puede haber holgazanes. Si alguno viniera a la Obra y no trabajara, si no remediara esa inclinación a la holganza, a los pocos días comprenderá que no sirve (...) Nuestra vocación pide que se nos aplique aquella frase del Evangelio: omni habenti dabitur (Luc XIX, 26), al que ya tiene trabajo, se le dará más; el que puede hacer como diez, tiene que hacer como quince» (70).

A veces, las exigencias de Monseñor Escrivá de Balaguer suenan muy duras. Treinta y cinco años después de que recordara algunas de ellas por escrito resultan casi una provocación para una sociedad y una época que desprecian el esfuerzo y el

rendimiento en el trabajo, que lo penalizan con impuestos e intentan reducirlo: «No entiendo que un hijo mío esté mano sobre mano, matando el tiempo, como suele decirse. ¡Qué pena matar el tiempo, que es un tesoro de Dios! Si un hijo mío, si una hija mía, dijera que le sobra tiempo, es que no cumple con su deber. A mí, siempre me quedan cosas para el día siguiente (...) Hemos de llegar a la noche cargados, como borriquillos de Dios» (71).

Nada tiene de extraño que todo esto despierte resistencias e incomprensiones, sobre todo si se separa de la alegría y del amor: de la alegría que se desprende del amor del trabajo cara a Dios, a Cristo, a los demás hombres y, también, al objeto de su trabajo. Por muy profundamente (sin duda por una «inspiración») que Josemaría Escrivá de Balaguer viera, predicara y viviera que la unidad de vida se fundamenta en la unidad entre trabajo y contemplación, que se alimentan y se compenentran mutuamente; por muy verdaderas que sean sus bellas palabras: «llega un momento en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios -sin rarezas-: endiosamiento» (72); por mucho que todos estos aspectos sean capaces de entusiasmar y de animar, todo esto no basta; hay que explicar también que las enseñanzas y el ejemplo del Fundador del Opus Dei dan respuestas profundas y soluciones «vivibles» a los urgentes y a menudo complejos problemas que se desprenden del trabajo en la vida personal y social. «En la espiritualidad del Opus Dei -decía en cierta ocasión- el trabajo es fundamental, porque toda la Obra se apoya, como la puerta en el quicio, en el ejercicio de un oficio o trabajo en medio del mundo; de tal manera que a cualquiera que excluya un trabajo humano honesto -importante o humilde-, afirmando que no puede ser santificado y santificante, podemos decirle con seguridad que Dios no le ha llamado a su Obra» (73). Palabras inequívocas, casi implacables, esculpidas en la primera piedra del Opus Dei. Con ellas volvía a las reflexiones que ya había expresado idénticamente en 1932 (74). Y dieciséis años más tarde escribía: «No hay incompatibilidad entre la moral cristiana, entre la perfección cristiana, y cualquier profesión lícita, intelectual o manual, de esas que la gente califica como importantes o de esas que considera humildes» (75).

Precisamente por ser tan categóricas estas afirmaciones de Monseñor Escrivá, es necesario explicarlas, pues no se puede creer que sean tan sencillas como pueden parecer a primera vista; se refieren al núcleo más central del Opus Dei y desvelan una característica totalmente irrenunciable de la vocación a la Obra. Por eso tenemos que volver a referirnos al mismo concepto de «trabajo», a la expresión «trabajo honrado» y al concepto de «santificación»; y debemos hacerlo no en un tono abstracto y definitorio, sino teniendo en cuenta la situación del mundo a finales del siglo XX.

Cuando Josemaría Escrivá de Balaguer empezó, en 1928, a hablar del carácter santificador del trabajo, redescubriendo así que es camino y medio para que los laicos sigan a Cristo, se sirvió del concepto de «trabajo» entonces en uso; un concepto que veía el trabajo como una realidad «compacta», sin más definiciones ni análisis: el trabajo como actividad humana -corporal, intelectual o «mixta»-, pero no necesariamente visible por sus resultados concretos; un trabajo concebido como medio que utiliza cualquier persona corriente para tener con qué vivir uno mismo y los demás -directamente de los frutos del trabajo o, indirectamente, del dinero que producen esos

frutos-. Ahora bien, si profundizamos un poco, nos damos cuenta de que este criterio no es aplicable siempre al trabajo, pues, sin duda, un pintor, por ejemplo, que no vende sus cuadros (porque nadie le comprende, como le sucedió a Rembrandt en su vejez) también trabaja. ¿Es que Mons. Escrivá no reparó en ello?...

Indudablemente, el Fundador del Opus Dei también fue hijo de su época, en el sentido de que, como cualquier otro, se expresaba de acuerdo con lo que veía a su alrededor. No conocía lógicamente todo lo que, con el correr de los tiempos, iba a suceder en el mundo del trabajo; ahora bien, como Fundador del Opus Dei sabía - porque el Señor le dio luces para comprenderlo- que, en cualquier circunstancia de lugar y de tiempo, sería posible y también necesario trabajar y santificar el trabajo.

Ni que decir tiene que ya en su época, y en España, se daba el no-trabajo como ociosidad y el no-trabajo como consecuencia del paro. Dos problemas relacionados con el trabajo, sí, pero completamente distintos, pues el paro es un problema económico y social que se refiere al trabajo como trabajo retribuido, pero el ocio no, pues siempre sigue siendo posible «trabajar» fuera del proceso económico de la remuneración. La miseria material y moral que se deduce de la exclusión del gran torrente circulatorio del trabajo (una miseria que en ocasiones puede ser tremenda) lleva siempre, si no se palia, a una degradación social: éste es un problema; otro problema distinto es el del ocio, porque incluso quien (hablando en términos sociológicos y económicos) está «en paro» puede y debe hacer «algo», por su propio bien. Seguro que el Fundador del Opus Dei nunca hubiera aceptado la conclusión de que quien ha perdido su puesto de trabajo tenga, por eso, que entregarse a la pereza. La pérdida de un puesto de trabajo es algo que puede ocurrir, pero nunca desaparecerá el deber de «trabajar». Ante Dios, ante los hombres y ante uno mismo, ese deber subsiste.

Vistas así las cosas, la discusión sobre la semana laboral de cuarenta, de treinta y cinco o, un buen día, de veinte horas, o sobre una jubilación más temprana, pierde su importancia: se puede regular, qué duda cabe, cuántas horas, días o años debe trabajar el señor X de cara a su patrono (el estado, la empresa, otra persona, etc.), pero no se puede regular cuánto quiere trabajar una persona por Jesucristo, por el prójimo y por sí mismo. Monseñor Escrivá supo mostrar -con los hechos- que este campo es inmensamente grande y no conoce el desempleo, por lo que un cristiano nunca puede estar en «paro forzoso».

Él mismo (y éste es un rasgo dominante de su personalidad y de su vida) fue un trabajador incansable. Trabajaba con inmensa intensidad y concentración. Y no sólo vivió y predicó la virtud de la laboriosidad, sino que también le dio contenido. Supo despertar las virtudes humanas bien dispuestas, pero algo adormecidas a veces, de las personas con las que se encontraba, elevándolas al plano sobrenatural de la santificación. Esto lo conseguía de manera especialmente convincente en el campo del trabajo. No sólo movilizó la buena disposición hacia el trabajo de muchas personas ofreció metas y abrió caminos tan diversos como las tareas a realizar en la vida cotidiana en medio del mundo; lo único que tenían en común era el encargo santificador encomendado por Jesucristo.

Una de las características de la solidaridad cristiana y humana consiste en no amontonar riquezas, y en hacerlas productivas. En el trabajo, eso se traduce en no ser egoísta ni exclusivista, pues es un bien que también ha de ser comunicado y repartido. El Fundador del Opus Dei practicó generosamente esta obra de misericordia. Su capacidad de poner en marcha iniciativas en todo el mundo, con profundo conocimiento de la situación y con mentalidad profesional, alcanza límites insospechados. Esas iniciativas podían consistir en un taller de costura, una escuela de idiomas, una cooperativa agrícola, una universidad o cualquier otra cosa, y eso tanto en Italia como en España, en Japón como en México... No se conformaba con sugerir esas iniciativas en líneas vagas e imprecisas: las impulsaba, las ponía en marcha, prestando atención a todos los detalles, grandes y pequeños, sin limitar la responsabilidad personal y la libertad de los encargados de sacarlas adelante. Fue el impulsor de innumerables trabajos en los que participaron los miembros de la Obra y todos los que estaban dispuestos a colaborar. Con frecuencia, personas ya jubiladas o profesionales con un trabajo absorbente volcaban su experiencia o gastaban sus mejores energías en esas iniciativas.

Siempre recomendaba a sus hijos que' permanecieran «en su sitio». Con ello no quería cortar la sana ambición y la voluntad de ascender y conseguir un status mejor, sino que quería refrenar esa intranquilidad descontenta, llena de deseos de notoriedad y de complejos, que, como una enfermedad colectiva, mueve a tantas personas en nuestros días. Realmente no es fácil comprender los motivos por los que (dejando de lado las excepciones de una verdadera vocación), de repente, las enfermeras acuden a cursos de formación para maestras, los funcionarios de hacienda quieren ser dentistas y los sacristanes ingenieros. Se puede atribuir esta tendencia a un mayor desarrollo de la «libertad personal», pero también al desarrollo técnico y económico de los últimos decenios, que ha traído consigo una creciente necesidad subjetiva -e incluso objetiva- de aprender una nueva profesión, de «empezar de nuevo» en otro puesto; en nuestra civilización industrial son cada vez menos los que desempeñan una sola profesión durante toda la vida. Y a esta situación corresponde la advertencia de Monseñor Escrivá, poniendo en guardia contra una inestabilidad nerviosa y egoísta en la vida profesional y laboral; por eso solía hablar de «mística ojalatera» refiriéndose a la tendencia a querer ser, hacer o tener otra cosa a la que se es, se hace o se tiene actualmente: «Ojalá» hubiera hecho esto o lo otro... Lo cual no quiere decir que no estuviera a favor de toda la variada dinámica del cambio profesional sensato y por buenos motivos; era ésta una tendencia que, para él, pertenecía al terreno de la «materia» de un trabajo santificable.

«Al llegar a la Obra -escribía en 1948- se os dijo que no se os sacaba de vuestro sitio, de vuestra ocupación profesional. Sabéis bien que eso no quiere decir que no podáis cambiar de trabajo: quiere decir que, por el hecho de vuestra vocación divina, no abandonáis el mundo, sino que permanecéis en él con todo lo que eso trae consigo» (76).

La profesión es normalmente el lugar para la vocación, pero no su timón. También la profesión tiene que servir y es parte de la entrega total a Cristo. Y esto en ocasiones puede suponer abandonar la profesión, cambiar, recomenzar. Un miembro del Opus Dei, en este caso, tiene el derecho y el deber de orientar su trabajo tanto de

acuerdo con lo que es conveniente para su familia espiritual como con lo que exige su posición social y sus posibilidades de actuación en el mundo, pues no vive como en dos vías paralelas, sino como un cristiano corriente y apostólico en medio de la vida cotidiana, con un solo cuerpo, una sola inteligencia, un solo corazón para amar a Dios y a los hombres y para trabajar por ellos. «Hijas e hijos míos -escribe el Fundador-, con vosotros sucede igual: sois uno más -iguales a vuestros colegas del mundo-, y vuestra vida está sometida a las mismas reglas que las de los otros. Y es esa vida, con todos los cambios que puedan traer consigo las diversas circunstancias en las que os encontréis, la que habéis de santificar» (77).

Del mismo modo que vivía y predicaba la necesidad de la constancia y, a la vez, de la flexibilidad al trabajar *in statu et loco laboris professionalis*, también vivía y predicaba la alegría y la Cruz, que, inseparables entre sí, pertenecen al trabajo mismo y acompañan durante toda la vida al que trabaja. Ahora bien, bajo el concepto de «alegría en el trabajo» no hay que ver sólo el gusto por el trabajo en general, sino también por la actividad concreta que uno desarrolla. A este respecto conviene recordar lo que ya hemos dicho: que una alegría de este tipo, un gusto por el «quehacer», por el qué y el cómo del trabajo se está viendo profundamente amenazado por la extremada división de un trabajo extraviado en los laberintos inmensos de la producción o de la administración, y también por la merma constante del volumen personal de trabajo. Me estoy refiriendo con ello a la revolución técnica que se avecina (su símbolo son los «microprocesadores»). Es una revolución cuyas consecuencias todavía no es posible calibrar plenamente. Hay un número creciente de fábricas en las que se puede caminar durante horas por grandes pabellones sin ver a una sola persona, si se exceptúa la media docena que controla las inmensas instalaciones de mando. En el mundo industrial, el «trabajo» va decreciendo en términos absolutos: eso quiere decir que en todos los sectores de nuestra sociedad (tanto en el hogar como en la mayor planta de producción o en el aparato estatal) cada vez hacen falta menos personas (¡muchas menos!) que realicen un «trabajo» concreto, entendiendo esta palabra en el sentido tradicional de los últimos milenios. Y como no es imaginable que, en el futuro, un ochenta por ciento de la humanidad se dedique a vagabundear o a permanecer cruzada de brazos (eso, además, se convertiría en un tormento), el hecho que hemos descrito significa, nada más y nada menos, que es necesario profundizar en el concepto de trabajo, repensándolo y replanteándolo.

Una persona que va a su trabajo haciéndose ilusiones falsas corre el peligro de malograr toda su vida, lo mismo que si tiene de él una visión negativa. Estas actitudes pueden adquirir matices diversos: unos quieren hacer sólo lo que en ese momento les «gusta» o les parece «adecuado» o «apto»; otros ven en el trabajo un mal necesario para poder sobrevivir y, en el trabajo suplementario, tan sólo una palanca instrumental para conseguir y financiar la prosperidad, el placer o el lujo; otros trabajaban con rigor, casi con fanatismo, para poder satisfacer su ambición de poder, su necesidad de prestigio, su sensualidad, sus ambiciones personales; y no faltan los que, pervirtiendo una ambición que en sí es sana e incluso necesaria, dedican toda su capacidad de trabajo a «erigirse un monumento a sí mismos». Todas estas motivaciones tienen un común denominador: el egocentrismo, un egocentrismo no compensado ni integrado. Una integración, e incluso, una sublimación, que se hacen imprescindibles si se quiere evitar que aquel que trabaja y toda la sociedad sean infelices; si se quiere, en suma, que la persona y la sociedad

avancen por el camino de una laboriosidad verdaderamente humana, término medio entre la brutal competencia y la floja poltronería o el parasitismo.

Y ¿en qué consiste esa integración, esa sublimación? Precisamente en lo que Monseñor Escrivá denominaba la santificación del trabajo, que, a su vez, consiste en ver el trabajo -y en realizarlo- como un seguimiento de Cristo y, por eso, en realizarlo con alegría; es más, en amarlo. Como el seguimiento de Cristo siempre supone el cargar con la Cruz, el trabajo -ya lo dijimos siempre incluye la Cruz. El Fundador del Opus Dei repitió innumerables veces que la mayoría de las cosas que tenía que hacer, las hacía «a contrapelo». Quería decir que las hacía contrariando las naturales tendencias e inclinaciones, que casi nunca suelen sentirse atraídas por los pesados, agotadores y secos deberes del trabajo cotidiano.

Por muchos cambios y transformaciones que se den en el mundo del trabajo, el cristiano siempre será un rebelde frente a una visión del trabajo en la que falta la trascendencia, una visión de espaldas a la Cruz. De manera realmente conmovedora, Josemaría Escrivá de Balaguer proclamó incansablemente que un día sin Cruz es un día sin Cristo y, por tanto, un día sin alegría, pues la alegría cristiana «tiene sus raíces en forma de Cruz» (78); se trata, por eso, de acoger y de abrazar las fatigas y las penas de un trabajo cotidiano en medio del mundo, que nunca faltan, tal como Jesucristo acogió y abrazó la Cruz. Esta es una realidad fundamental en la vocación al Opus Dei. Ya en 1934 escribía el Fundador que en lo alto de todas las actividades humanas tenía que haber hombres y mujeres con la Cruz de Cristo en sus vidas y en sus obras,alzada, visible, reparadora, redentora; símbolo de la paz, de la alegría; símbolo de la Redención, de la unidad del género humano, del amor que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la Trinidad Beatísima, ha tenido y sigue teniendo a los hombres.

«Carísimos: Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a Sí todas las cosas» (79). Y doce años después, poco antes de irse a vivir a Roma, subrayaba una vez más este encargo divino: «De nosotros especialmente espera este servicio, esta cooperación, para hacer que sean en la tierra más abundantes aún los frutos de la Redención, que es la única y verdadera libertad para el hombre» (80).

Si antes hablé de una «triple fórmula» («santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo») y comenté que es como una «autodefinición» del Opus Dei, ahora me parece que esa denominación no es del todo exacta, pues esas tres cosas que Monseñor Escrivá vio por la gracia de Dios, para recordarlas al mundo, constituyen una unidad que yo llamaría de carácter «trinitario»: no hay en ellas «nada anterior o posterior, nada mayor o menor». Las tres son simultáneas e igualmente importantes. El Fundador ha enseñado, con palabras y con su vida misma, a vivir la unidad de los tres elementos: en eso consiste el Opus Dei. «Santificar el trabajo» quiere decir convertirlo en trabajo de Cristo y realizarlo como trabajo de Cristo, como Él lo hizo o lo hubiera hecho sobre la tierra y como lo sigue haciendo en cada momento a través de los miembros de Su Cuerpo: da igual que el trabajo consista en pintar una valla o proyectar un rascacielos. Esto supone -como condición, fenómeno concomitante y consecuencia- el identificarse con Cristo o, con

otra palabras, el querer santificarse con la ayuda de Dios y por Amor. Y esto, a su vez, no es un hecho aislado referido sólo a un individuo, sino que es la plataforma y la práctica concreta del apostolado. El apostolado, en realidad, no es otra cosa que ese «contagiar» a los demás el amor, la doctrina y la persona de Jesucristo, ese conducirlos hacia Él. Y esta «transmisión» maravillosa se da a través de los millones y millones de hilillos de la red del trabajo santificado, una red que van tejiendo los hombres y las mujeres que se santifican en esa labor. Quien haya comprendido esta «fórmula trinitaria» de la santidad y del trabajo ha comprendido casi toda la esencia del Opus Dei.

«Unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario - escribía el Fundador en 1940-, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres. Así simplemente, trabajando y amando a Dios en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio, la misma que hacíamos cuando El nos ha venido a buscar, cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo» (81).

Si antes decíamos que, por el desarrollo de las nuevas tecnologías, probablemente (nadie lo sabe con seguridad) la cantidad de trabajo irá decreciendo en números absolutos, debemos añadir ahora que esto se refiere sólo al trabajo instrumental, no al trabajo creador o caritativo. Es posible, quizá probable, que en un futuro más o menos lejano no haya secretarías, adoquinadores o revisores en los trenes, porque su actividad haya sido sustituida por máquinas; pero probablemente surgirán, por ese mismo motivo, nuevas profesiones y se extenderán en cantidad y en intensidad todos los sectores que, por naturaleza, no son «maquinables», como el arte, la ciencia, la ayuda al vecino, el cuidado a los enfermos, el trabajo en la casa o el jardín, la educación de los niños y muchas cosas más. En el futuro los redactores seguirán escribiendo artículos, las madres cambiando los pañales a los bebés, los jardineros cortando las rosas... y ni los ordenadores ni los microprocesadores podrán hacer las camas, consolar a los que sufren, limpiar los mosquitos o visitar a quien está solo... Es decir: nunca desaparecerá el trabajo y nunca cambiará su naturaleza -quizá cambie su «fenotipo»-, convertida en medio de santificación. Es por esto por lo que al Opus Dei nunca le afectarán los cambios estructurales del mundo del trabajo, cualesquiera que sean. Su misión y la posibilidad fundamental de realizarla permanecen inamovibles; son «un mar sin orillas», como gustaba decir al Fundador. El día mantendrá sus veinticuatro horas, la semana sus siete días y el año sus trescientos sesenta y cinco... Y aprovechar ese tiempo hasta el fondo -dejándose de discusiones sobre microprocesadores o sobre la duración de la jornada laboral- para que Cristo se haga presente en el mundo por medio de los hombres, será siempre la vocación invariable de los cristianos y, en especial, de cada miembro de la Obra; un «trabajo» que abarca las veinticuatro horas al día: también el sueño puede ser «trabajo» y «oración». Y eso hasta exhalar el último aliento...

La única condición (indispensable, por supuesto) para que el trabajo sea labor santificante y santificadora es que sea un trabajo honesto y honrado. Para tener en cuenta esta exigencia hay que saber qué trabajos no son honestos ni honrados; algo que

en una sociedad caracterizada por una civilización cada vez más compleja puede llegar a convertirse en un problema; incluso cuando el trabajo sea en sí mismo honrado, puede llegar a ser difícil distinguir entre el bien y el mal dentro de una actuación y un comportamiento concretos que siempre están integrados en un contexto social. La dificultad mayor consiste en darse cuenta de la colaboración indirecta que uno puede prestar a lo que moralmente no está permitido. La Iglesia siempre ha tenido en cuenta este problema en su doctrina sobre la conciencia errónea, culpable o no culpable; guiada por el Espíritu Santo para interpretar la doctrina y los mandamientos de Cristo, ha dado normas concretas y suficientes para la actuación y el comportamiento de cada uno. En nuestros días, quien realmente quiere enterarse, aceptando la autoridad de la Iglesia que procede de Cristo, puede extraer de la moral constante de ésta -una moral que siempre permite aplicación a los problemas de cada día y de cada época- lo que puede y lo que no puede hacer. Hay que decir, claro está, que para eso necesita unos conocimientos fundamentales de la doctrina y de la moral católicas y una formación permanente de la conciencia.

Como en la sociedad «neopagana» de Europa y América los conocimientos de la fe cristiana se han atrofiado y en parte se han olvidado totalmente, hace falta que haya hombres que en su tarea cotidiana, y como condición y parte de la santificación radical de esa vida cotidiana, «reaviven» y transmitan esos conocimientos. «Tres son las pasiones dominantes -decía Monseñor Escrivá de los hijos de Dios en el Opus Dei: dar doctrina, dirigir de un modo o de otro las almas que se acercan al calor de nuestros apostolados y amar la unidad de nuestra Obra» (82) ... «Una santidad sin alegría no es la santidad del Opus Dei; una santidad sin doctrina no es la santidad del Opus Dei» (83). Uno de los aliados más poderosos y más peligrosos del demonio (era éste un punto que siempre tenía presente) es la ignorancia, la ignorancia en general y especialmente la ignorancia religiosa, que hoy en día gusta presentarse en la «deshabillée» de una semierudición adornada con dejes pseudocientíficos. Quería que la Obra (que es trabajo santificador y santificante) fuera siempre como una gran catequesis que abarcara todo el mundo.

Una y otra vez, el Fundador trató de inculcar a los miembros de la Obra, y a todos los cristianos, que sólo un trabajo bien hecho puede ser un servicio a Cristo. La calidad del trabajo es expresión y consecuencia natural del amor a Dios y al prójimo: a ninguno de los dos se les puede ofrecer una chapuza. En 1940 escribía: «Difícilmente podrá ser santificado el trabajo, si no se hace con perfección también humana; y, sin esa perfección humana, difícilmente -por no decir de ningún modo- se podrá alcanzar el prestigio profesional necesario, la cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana» (84).

Es fácil comprobar si un zapatero hace un zapato «de calidad» o si un pastelero prepara un buen pastel. Mucho más complicada es la cuestión con respecto a un artista o un profesor; no es fácil definir en estos campos lo que es calidad; las opiniones sobre baja, media y alta calidad difieren ampliamente y puede suceder que sobre este punto el juicio de Dios sea muy diferente al juicio de los hombres, sean éstos expertos, colegas, espectadores o alumnos.

Monseñor Escrivá fue consciente de esta problemática. En la labor profesional se trataba (y se trata) de conseguir la conexión entre la calidad de lo que se hace y la ética del que lo hace. Un ama de casa, por ejemplo, que cocinara excelentemente, que lo mantuviera todo en perfecto orden y que fuera un modelo de laboriosidad, sería, a pesar de todo, una mala ama de casa si estuviera continuamente descontenta con su sino (aunque sólo fuera en su interior) porque en realidad le gustaría haber sido secretaria o maestra. Los hombres la alabarían, pero su trabajo sería un trabajo no santificado. Para esa «conexión» de la que hablábamos más arriba, Monseñor Escrivá utilizaba el término de «cultura». En ese sentido, la «cultura» de un periodista consistiría en escribir rápido, claro y bien, en documentarse a conciencia, en poner todo de su parte para decir la verdad y no mentir. Es patente que una actitud así puede suponer grandes sacrificios en el camino profesional e incluso puede llevar a prescindir de una buena posición, y en ocasiones del puesto de trabajo. El Fundador comenta que cada tarea profesional tiene su «cultura» específica: «No ha de ser igual, por ejemplo, la cultura de un ama de casa que la de un profesor universitario; ni un oficinista ha de tener la misma cultura que un campesino (...) Yo doy tanta importancia a la cultura profesional de un peluquero como a la de un investigador; a la de un estudiante universitario como a la de una empleada del hogar. Se trata de tener la cultura del propio oficio, correspondiente a la vocación profesional de cada uno ...» (85). Siempre será una parte de la vida cotidiana del Opus Dei el ayudar a sus miembros y a todos los hombres a alcanzar esa cultura.

Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar el ambiente con el trabajo: esta característica específica del Opus Dei, que podríamos llamar «triangular» y que está grabada como un sello en cada vocación, quiere decir tomar ante el trabajo la misma postura que Cristo; una exigencia que nunca podremos cumplir a la perfección, porque a ella se opone la parte más «oscura» de nuestra conditio humana: la debilidad, las limitaciones, el pecado. Ante cualquier situación y, por supuesto, ante cualquier problema que pueda surgir en el trabajo, el cristiano ha de tener la audacia de preguntarse con sencillez e ingenuidad infantil: ¿Cómo actuaría Cristo, aquí y ahora, si estuviera en mi lugar? Es decir, ¿cómo quiere El que actúe yo? Ya en los párrafos anteriores hemos reunido algunos criterios para poder entender mejor Sus respuestas y Sus exigencias:

- El trabajo no es sólo el trabajo remunerado o pagado, una labor profesional; es también cualquier servicio a Dios y a los hombres. Por eso «trabaja» el poeta cuyas poesías quizá no se publiquen nunca; trabaja el obrero en paro que saca a pasear a un inválido en su silla de ruedas; y, en cierto sentido, trabaja también quien examina su conciencia, se supera en algún punto, hace un acto de contrición... No en vano decimos de alguien que «labora en su interior». Vistas así las cosas, no hay ni «paro laboral» ni «tiempo libre», sino tan sólo diversas modalidades del trabajo, algunas de las cuales pueden tener el carácter de descanso.

- Puede suceder que, en algún caso, no se vean las implicaciones morales y religiosas de un trabajo y que, a veces, con enorme empeño y gran idealismo, por causa de una conciencia errónea, se vaya por un camino equivocado. Para cumplir el mandato de santificarse es decisivo que se hagan todos los esfuerzos necesarios para aclarar las dudas y para, en cualquier caso, trabajar con rectitud de intención. No nos engañemos a nosotros mismos. Aun en nuestros días, y en las situaciones laborales y profesionales más variadas, es posible distinguir entre lo que «éticamente está permitido» y lo que

«éticamente no está permitido»; y siempre es posible encontrar una respuesta a la pregunta: «¿Cómo actuaría Jesucristo?».

- El «cómo» del trabajo no siempre produce, de «modo natural», alegría. Siempre habrá situaciones en las que faltarán las ganas de trabajar o se notará la resistencia al trabajo: esto no es otra cosa que una expresión de nuestras debilidades y una reacción ante las fatigas del trabajo. ¿Hay alguien que trabaje «a gusto» en una cantera? Una persona que durante ocho horas diarias ha de supervisar cientos de lamparitas, ¿se sentirá muy contenta?... En estos, como en otros muchos casos, la «alegría» sólo puede surgir de una estrecha unión interior con Cristo; trabajar quiere decir siempre ocupar el lugar del Cirineo, ayudar a llevar la Cruz...

Éste es un punto que Mons. Escrivá de Balaguer tiene en cuenta (y quizá especialmente) cuando escribe: «Por el gran valor humano y social que tiene el trabajo, pero principalmente por su acción instrumental en la economía de la Redención (86), obligación nuestra es adquirir -y en grado eminente- la debida preparación profesional» (87)... «Realizad, pues, vuestro trabajo sabiendo que Dios lo contempla (...) Ha de ser la nuestra, por tanto, tarea santa y digna de Él: no sólo acabada hasta el detalle, sino llevada a cabo con rectitud moral, con hombría de bien, con nobleza, con lealtad, con justicia» (88).

Esto es posible siempre y bajo cualquier condición. «No es tarde, ni todo está perdido... -leemos en su meditación sobre la quinta estación del Vía Crucis, "Simón ayuda a llevar la Cruz de Jesús"- Aunque te lo parezca. Aunque lo repitan mil voces agoreras. Aunque te asedien miradas burlonas e incrédulas... Has llegado en un buen momento para cargar con la Cruz: la Redención se está haciendo -¡ahora!-, y Jesús necesita muchos cirineos.»

Al escribir esto, no se atrevía a considerarse ni siquiera un cirineo. Se veía sólo como un borriquito, un pobre «burrito sarnoso». Ya en sus apuntes espirituales de los años 1931-32 encontramos esta expresión. A veces, incluso firmaba con las letras «b.s.», «burrito sarnoso» (89); y el adjetivo «sarnoso» no era una frase hermosa, pero vacía, sino humildad sincera y alegre. Vida cotidiana. Vida cotidiana de trabajo. Durante cincuenta años. Cuando, en mayo de 1975, consagró el altar de la nueva iglesia del Santuario mariano de Torreciudad, le llamó la atención el relieve de un burro; le dio un beso diciendo en voz baja: «¡Hola, hermano!» (90).

Retrato

No existe el retrato de una persona: existen imágenes de la niñez, de la juventud, de la vejez; imágenes de los diversos momentos y etapas «biológicas»: el niño pequeño en la cuna, el muerto en la capilla ardiente; y todo lo que cabe entre medias: Pepito al terminar el bachillerato; Isabelita, de novia; Napoleón a los veintisiete años en la batalla de Arcole; Goethe a los sesenta tomando baños en Karlsruhe... «Éste soy yo -decimos cuando hojeamos el álbum de fotografías- el día de mi Primera Comunión...» «Como soldado...» «Cuando me nombraron alcalde...» Y no es posible superponer, por decirlo así, todos los retratos de una persona y fundirlos en una sola imagen; reconocemos en su sucesión y en su totalidad un individuo que mantiene su identidad entre la concepción y la muerte. Y aún más allá, para toda la eternidad.

Esta identidad puede ser difícil de captar desde fuera: entre el retrato del joven Rembrandt y el del Rembrandt viejo casi no advertimos semejanza alguna; se dan a veces cambios de tal magnitud, que la identidad no puede ser comprobada con medios humanos, como es el caso de la desdichada «Gran Duquesa Anastasia» de Rusia (1). Por el contrario, Monseñor Escrivá ofrece un ejemplo de sorprendente similitud en todas sus fotografías y retratos a lo largo de siete decenios; si se prescinde del proceso natural de envejecimiento, no existen diferencias esenciales entre el Escrivá de diecisiete y el de setenta años. Su rostro conservó hasta el final una expresión juvenil, casi de chico joven, debido, tal vez, al perfil relativamente suave, al mentón redondeado, a las mejillas algo regordetas, a la exacta raya del corto pelo, que empezó a cubrirse de canas relativamente tarde, y, sobre todo, a aquella sonrisa que muy a menudo surgía alrededor de los ojos y de la boca; una sonrisa que, de modo inconfundible, reunía en sí calor, picardía y libertad de espíritu (e imperturbabilidad) en sus diagnósticos. Era un rostro sin huella alguna de flojera, de amargura, de cerrazón; un rostro que nunca era una máscara, que siempre acudía «sin defensas». Los dolores y luchas interiores o el ascetismo no habían «marcado» su rostro; no proporcionaba información alguna sobre preocupaciones, congojas y apuros, inspiraciones sobrenaturales y tentaciones; no era un escenario. Y, por lo tanto, no era «interesante», como puede serlo el rostro de Beethoven o el de Einstein. En su cara se refleja lo que significa la filiación divina: tranquilidad, paz, serenidad y alegría; esto es lo que irradia. Un Fundador del Opus Dei en cuya expresión hubiera predominado el desgarramiento interior o la congoja, la inquietud o el éxtasis, hubiera sido un testimonio en contra suya y en contra del espíritu del Opus Dei.

Todas las fotografías suyas de que disponemos (cientos se han publicado y miles no se han publicado o no están archivadas) tienen algo en común: siempre muestran a un Escrivá totalmente natural. Nunca «tenía vergüenza», no se «pavoneaba», no hacía gestos estudiados, no ponía una mirada «interesante» o «de sufrimiento» o de «estar ausente», ocupado por pensamientos importantes. No adoptaba una actitud de «cercanía al pueblo» o de «academicismo». Siempre era él mismo: auténtico y veraz en cada situación. Para poder ser, como dice San Pablo (1 Cor 9, 22); «todo para todos», hace falta saber y sentir lo que cada uno y todos juntos (hoy, ahora y aquí) necesitan más urgentemente y lo que están en condiciones de entender. Y éste fue un don que poseyó el Fundador del Opus Dei; poseía como unos «rayos X espirituales» que le ayudaban a

leer en los corazones..., rayos del Amor de Cristo, rayos que no hieren ni fuerzan la voluntad, sino que sanan y atraen.

Gozaba de una gran seguridad, que observamos en las películas y que confirman todos los que le conocieron; pero no porque estuviera seguro de sí mismo como lo suele estar cualquier poderoso (grande o pequeño) de la tierra, que parece «deberse a sí mismo». Empleamos el término seguridad en el sentido de «asegurado»; asegurado por la presencia de Dios en él y a su alrededor, una presencia que, en la vida de don Josemaría, fue adquiriendo mayor densidad e intensidad, hasta llegar a empapar y envolver todas las demás realidades. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que veía las cosas «con visión sobrenatural»: veía el mundo y los hombres, lo grande y lo pequeño, bajo la luz de la presencia de Dios. Y ésta es la razón por la que -excepto cuando se le alababa o se le agasajaba en público- nunca se sentía confundido; es inimaginable que enrojeciera, empezara a tartamudear, perdiera la naturalidad y la espontaneidad sólo por estar ante una persona de posición «superior», fuera quien fuese. Cuando Monseñor Escrivá de Balaguer, en los años cuarenta, dirigió unos días de retiro espiritual al jefe del Estado y a su familia, consideró que no le vendría mal una meditación sobre la muerte. El jefe del Estado escuchó con atención sus consideraciones espirituales sobre este punto y dijo que, desde luego, había pensado alguna vez en este asunto, y que tenía tomadas las medidas oportunas. Se ve que en aquel momento la muerte para él significaba fundamentalmente un problema político... Más tarde, cuando el Obispo de Madrid tuvo conocimiento del hecho, le comentó en la primera ocasión en la que coincidieron: «Después de ésta, en España nunca será Obispo...» «Me basta -contestó el Fundador del Opus Dei- ser sacerdote.» También en Franco veía, antes que nada, un alma: nunca se le habría ocurrido aprovechar su predicación para ejercer cualquier tipo de influencia terrena.

Como su porte exterior, también el desarrollo de su personalidad estuvo determinado por una coherencia interior y una continuidad inalterables. No hubo rupturas, cambios repentinos ni transformaciones inesperadas. Para los psicólogos, detectives privados y novelistas no plantea un tema con «suspense». Este tipo de personas busca figuras complicadas, incluso trágicas si es posible. Lo santo y los santos les resultan extraños, poco interesantes, aburridos... Y santidad es lo que buscaba Monseñor Escrivá, nada más y nada menos; una santidad que no era otra cosa que el amor a Dios vivido realmente. Y aunque casi no podamos imaginárnoslo, amaba a Dios, amaba a Cristo, con más pasión que Romeo a su Julieta, que Stauffenberg a su patria (2)... Y por eso no tenía más remedio que amar apasionadamente todo lo que ha salido y sale de las manos de Dios: el mundo y los hombres, cada hombre con el que entraba en contacto; y, además, quería contagiar a muchos ese amor, poniéndoselo ante los ojos como algo que se puede vivir, como algo realizable.

Todo esto, en su origen (o sea, como primer y supremo mandamiento divino) es muy sencillo, aunque por nuestra naturaleza debilitada sea bastante difícil llevarlo a la práctica; en cualquier caso, hay una cosa que no es: complicado. No deja sitio a la tragedia. Lo trágico siempre tiene que ver con complicaciones egocéntricas, con fracasos intramundanos y con culpabilidades subjetivas determinadas por factores externos que siempre parecen inevitables. Un «tragicismo cristiano» es una contradicción in se (3). La muerte de Cristo en la Cruz no fue trágica: superó la tragedia; el sacrificio

del Amor perfecto arrancó las raíces de lo trágico, o sea la superbia vitae. «Nosotros no fracasamos nunca» (4). ¡Cuántas veces solía decir Monseñor Escrivá que Dios no pierde batallas! Incluso en aquellos momentos en los que tuvo que contar con la posibilidad real de no sobrevivir a la Guerra Civil, tampoco lo veía como un hecho trágico, sino que se limitaba a preguntar a cada uno de sus (aún pocos) hijos: «Si a mí me mataran o me muriese ahora, ¿tú seguirías adelante con la Obra?»... (5). Un «sí» firme le bastaba. En dos ocasiones, en 1933 y luego en 1941, cuando arreciaba la persecución a la Obra, Dios permitió que se quedase a oscuras y que el demonio le tentara con el pensamiento de que al fundar la Obra quizá se hubiera buscado a sí mismo. «¡Señor, si el Opus Dei no es para servir a la Iglesia -fue su respuesta inmediata-, destrúyelo ahora mismo!» (6). Y si hubiera sido así, tampoco se hubiera considerado un «héroe trágico», sino tan sólo un pecador que vuelve a Dios, pues de sí mismo decía que cada día volvía muchas veces como el hijo pródigo a casa de su padre.

Cuando la Iglesia Católica beatifica o canoniza a una persona, lo que da a entender y proclama es que, de acuerdo con las normas y las exigencias previstas por la autoridad eclesiástica, se ha demostrado el grado heroico de las virtudes con las que el Siervo de Dios ha procurado la imitación de Cristo. Por supuesto que sólo Dios conoce cada alma en su totalidad; sólo Él sabe cuál es su «grado» de santidad, es decir, de Amor a Dios y a los hombres. Por eso desconocemos el número de los «santos». Por la gracia de Dios, seguro que es mucho mayor del que encontramos en el santoral. La no-canonización no significa, pues, no-santidad; pero, al revés, la canonización certifica con seguridad la santidad de este cristiano concreto, conocido e «investigado» en todas sus particularidades biográficas. Y es muy lógico que sea así: parte de la vida interior e histórica del Cuerpo Místico de Cristo, de la Iglesia, consiste en que siempre haya miembros suyos que se identifiquen plenamente con Cristo (en cuanto que esto es posible al hombre); y también es lógico que este hecho sea visible para la totalidad de la Iglesia, de los cristianos, de todo el mundo. El Fundador de la Iglesia ha querido fortalecernos y animarnos al darnos la posibilidad de apoyarnos en hermanos y hermanas especialmente fuertes y agraciados, por cuyo ejemplo sabemos que Dios no exige nada imposible, puesto que ellos han podido recorrer el camino. Una parte de la «pedagogía del Amor de Dios» consiste en mostrarnos de cuando en cuando, con absoluta claridad (por no decir «con toda dureza»), este hecho: es posible ser cristiano.

Los conceptos de «demostración», «causa» y «efecto» son correctos e importantes, pues no se puede prescindir de la capacidad y competencia del espíritu humano para conocer la realidad, también la que se refiere a la vida sobrenatural. En el caso de una Canonización, que es una de las más importantes decisiones de la autoridad magisterial de la Iglesia, sería absurdo pensar que al final se obtuviera un resultado falso: la Iglesia no es la última instancia; bajo la luz del Espíritu Santo, sus juicios cobran un valor definitivo.

La santidad -canonizada o no- se hace patente-a su alrededor porque da testimonio de sí misma. Y ese testimonio no es otra cosa que el amor vivido a Dios y a los hombres; y vivirlo consiste en concretarlo en virtudes, tanto las que nos son dadas por la gracia (fe, esperanza y caridad) como las que son «naturales»: templanza, prudencia, fortaleza, justicia, temor de Dios... Para que conduzca a una canonización, esa concreción (por la que se esfuerzan muchos cristianos y muchos hombres en

general, sin que la pueda medir nadie más que Dios) ha de ser visible y reconocida como algo extraordinario o, en el lenguaje eclesial, heroico. Lo cual significa que ha de traducirse en una lucha abnegada, sacrificada y, sobre todo, constante, por la perfección, sabiendo a la vez, con toda claridad, que ésta es inalcanzable en la tierra; lo cual, a su vez, quiere decir que el único motivo de esa lucha es el amor.

El retrato de Josemaría Escrivá de Balaguer contiene los rasgos de las «virtudes heroicas», en plural, pues como es sabido -y la práctica demuestra- ninguna virtud puede subsistir por sí sola; todas están concatenadas y se condicionan mutuamente, aunque no todas lleguen a alcanzar, al final de la vida, el mismo grado de «perfección imperfecta». En esto influyen mucho las condiciones naturales y las circunstancias personales de cada uno. Por otra parte, el heroísmo no consiste, en realidad, en aumentar lo que ya se tiene, sino en satisfacer las «deudas» y transformarlas en «capital». Amamos (e imagino que Dios también ama) la valentía de un Tomás Moro, porque por naturaleza era temeroso; y la dulzura de un Francisco de Sales, porque tendía a la cólera; y la pureza de un Luis Gonzaga, porque tenía que vivir en un ambiente de corrupción...

¿Qué significa la expresión «murió con fama de santidad»? La fama es algo así como el «promedio» o, como dicen los matemáticos, la «media aritmética» de todas las afirmaciones que corren sobre una persona, aquella imagen de una persona que predomina a su alrededor. Aunque la fama no es un hecho objetivo y se pueden dar falsificaciones enormes e incluso trágicas, la experiencia y las reglas de la probabilidad indican que una fama decididamente buena o decididamente mala suele ser reflejo verdadero de la personalidad de un individuo; en la mayoría de los casos, la fama suele corresponder a la realidad. Sin embargo, hay posibilidades de error; y como la mala fama es algo que casi no se puede erradicar, mientras que la buena fama es fácilmente vulnerable, aquélla suele ser una fatídica hipoteca y ésta un enorme bien. El daño injusto de la fama de una persona es, por eso, una de las acciones más viles que se pueden dar en la comunidad humana. La «fama de santidad» es mucho más que la «buena fama»: significa que existe la convicción extendida, constante y fundada de que alguien ha imitado a Jesucristo de manera excepcional. Aunque no todos los que tuvieron que ver con Josemaría Escrivá de Balaguer le apreciaron, le entendieron o le llegaron a considerar como un sacerdote de vida santa, la fama de su santidad surgió bastante pronto (durante los años treinta); una fama que no sólo se fundaba en encuentros, vivencias personales u opiniones sobre su persona, sino también en su obra, el Opus Dei, pues también los miembros de la Obra daban, con su propia vida, un ejemplo convincente y eficaz de la santidad de su Padre.

El Papa Pío XII comentó a un Obispo australiano que Monseñor Escrivá «é un vero santo, un uomo mandato da Dio per i nostri tempi» (7); que «es un verdadero santo, un hombre enviado por Dios para nuestros tiempos»; y el Papa Pablo VI veía en él una de las personas que había recibido más carismas y que había correspondido con más generosidad a esos dones que lo que suele ser corriente (8). Uno de los testimonios más tempranos por parte de la jerarquía procede de Leopoldo Eijo y Garay. Tiene especial peso porque se trata de palabras dichas en 1942, en los años de mayores ataques contra la Obra y contra su Fundador, palabras que también toman postura ante la acusación de «secreto», habitual por aquel entonces: «Creer que don Josemaría

Escrivá es capaz de crear una cosa secreta es absurdo -decía el Obispo-; es no conocerle. ¡Si es un hombre abierto, franco, como un niño! Don Josemaría -y por favor que esto no llegue a sus oídos- es un hombre bueno, es un santo verdadero. ¡Y qué patriota es! Pero, sobre todo, es un hombre santo. Estamos acostumbrados a venerar a los santos sólo en los altares y no nos acordamos que fueron hombres y anduvieron como nosotros por la tierra. Don Josemaría Escrivá, no le quepa a usted duda, es un santo al que veremos canonizado en los altares» (9).

Casi desde hacía tantos años como don Leopoldo, conocía al Fundador del Opus Dei don Marcelino Olaechea: desde 1930 (10). Por aquel entonces era Inspector Provincial de los Salesianos; más tarde fue director del colegio de los Salesianos en Madrid. En él, el Fundador del Opus Dei reconoció de inmediato una de las figuras que habrían de destacar en la Iglesia en España. Este sacerdote, culto, piadoso y muy preocupado por lo social, se dedicó desde el principio a la cura de almas y a la difusión de la doctrina católica entre los trabajadores jóvenes y entre los componentes de la clase media en toda España. En 1935 fue nombrado Obispo de Pamplona. Como ya comentamos, fue él quien, en diciembre de 1937, dio todas las garantías necesarias para que don Josemaría, que venía huyendo, pudiera entrar en la llamada «zona nacional»; además, en el primer momento le acogió en su palacio episcopal. Olaechea es, sin duda, uno de los Obispos que ha jugado un papel preponderante dentro del episcopado español... y también en la biografía del Fundador. Cuando fue nombrado Arzobispo de Valencia y Mons. Escrivá de Balaguer se fue a vivir a Roma, no pudieron verse ya con tanta frecuencia, pero siguieron manteniendo una relación estrecha, que forma también parte de la prehistoria de la Universidad de Navarra. «Yo le tengo -decía a su secretario- por un verdadero escogido, por un verdadero santo... Yo siento tener que morir antes que él y no poder testimoniar en su Proceso de Canonización. Testimonia tú en mi nombre, y haz presente en tu testimonio este mi encarecido ruego.» Comparaba a Escrivá con don Bosco o San Vicente de Paúl. No es casualidad que la preocupación por la formación intelectual y científica de los jóvenes en y fuera de España reuniera a estas dos personalidades y les llevara a emprender un empeño común.

Toda su vida y virtudes están pendientes ahora de la revisión y juicio de la Iglesia. No es posible ni conveniente adelantar resultados; pero es legítimo y natural que entretanto, en un período que, como muestra la historia de las beatificaciones, puede ser muy largo (11), nos ocupemos de una figura que, en cualquier caso, siempre será una de las grandes figuras cristianas de la historia.

«Heroísmo», «heroico»: vocablos que ya no gozan de gran renombre... Este libro está lleno de palabras de ese tipo. Expresan contenidos que, al parecer, ya no tienen derecho a existir. ¿A quién le gustaría en nuestros días caer bajo la sospecha de «heroísmo», de actuar «heroicamente» o, peor aún, de sufrir «heroicamente»? Y, sin embargo, se trata precisamente de eso; pero hay que entenderlo bien, y para ello hay que superar también el envenenamiento semántico de las palabras.

¿Qué significa «heroico»? La gente ríe, o piensa: una locura. O quizá: fascismo puro... Monseñor Escrivá explicó el verdadero significado: heroísmo es la lucha constante contra la propia maldad, contra la tendencia al pecado y contra las malas

inclinaciones, contra la debilidad de la voluntad y contra cualquier forma de pereza; una lucha cuyas armas son la oración, el sacrificio, el servicio y -lo subrayamos una vez más- la alegría: «Este es nuestro destino en la tierra -solía decir-: luchar por amor hasta el último instante. Deo gratias!» (12). En Villa Tevere y en muchos centros de la Obra se puede leer la inscripción «Vale la pena». Quiere decir: vale la pena luchar, porque en la lucha se encuentra la felicidad. Pero de esto es de lo que muchos cristianos ya no están convencidos. Profundamente inseguros, indiferentes o con miedo, han olvidado, reprimido o reinterpretado el sentido y la misión inherentes a su vocación. De los «hijos de este mundo», que, según nos dice el Evangelio, son en sus asuntos más astutos que los hijos de la luz (Lc 16, S), podrían aprender... para su vergüenza. En octubre de 1963 el Fundador descubrió en un muro romano un cartel en el que se podía leer: «Rinnova la tua tessera e porta un altro compagno», «Renueva tu carnet y trae a otro compañero» (13). Con estas palabras -que, originariamente, se referían a un partido político, quizá incluso a los «sembradores impuros del odio» (14)-, ¿no quedaba dicho todo lo que necesitan los cristianos, siempre y en todo lugar y especialmente en estos momentos? ¿No querían decir: «renueva tu fe y atrae a otro que quiera servir a Cristo y a Su Iglesia»?

Más fe, un apostolado más intenso: no hubo un solo día en el que Monseñor Escrivá no sintiera esta llamada en su alma; la sentía cada vez con más intensidad y la transmitía a los demás cada vez con más urgencia. El Opus Dei -decía- es «una gran catequesis». El «afán por dar doctrina» había de ser una «pasión dominante» de cada miembro de la Obra (15)-'. Está claro que la fe, como la esperanza y la caridad, es una gracia, una «virtud infusa»; pero la fe comienza con el conocimiento y su enemigo mortal es la ignorancia religiosa. ¿Cuál es la mayor enfermedad de la Iglesia posconciliar sino una ignorancia creciente que se va generalizando cada vez más y de la que casi podemos decir que ya es endémica? Una generación sin catequesis (y «catequesis» no es la proclamación de teorías de teólogos y de opiniones personales de laicos o clérigos, sino el adoctrinamiento en el tesoro de la fe de la Iglesia, inalterable y fundamental) y las consecuencias son fatales: el edificio se agrieta, se hunde por un lado, revienta por otro, millones de almas se ven arrastradas por torrentes de errores. Y ¿dónde están los indicadores?... O se han tirado, o contienen indicaciones falsas; los que se tambalean en el torbellino ya no pueden reconocerlos entre las nieblas de los subjetivismos; no pueden leerlos porque están ciegos por la soberbia: son analfabetos del espíritu. Miles de veces pidió don Josemaría: «Aduge nobis fidem, spem, caritatem» (cfr. Lc 17, 5); «Aumentanos la fe, la esperanza, la caridad», sabiendo que el aumento presupone, en primer lugar, el alimento. Hasta su último día alimentó su vida interior, su oración, su trabajo cotidiano de dirigir la Obra, con la lectura de la Sagrada Escritura, con el estudio de los Padres de la Iglesia y de los grandes doctores, como un Santo Tomás de Aquino o una Santa Teresa de Jesús, y de libros teológicos que merecieran este nombre. Y para hacerlo, siempre se tomaba el tiempo que fuera necesario. Nunca se le hubiera ocurrido decir: ¿Para qué todo eso? Yo ya sé de qué va, y, en vez de leer y estudiar, puedo hacer otras cosas más importantes y necesarias... Porque siempre había en su vida cosas importantes y necesarias, pero nada era tan importante y tan necesario como el cumplimiento de las «normas» de piedad, la práctica diaria de la filiación divina; una práctica que presupone esfuerzo, continuidad y orden, para que no decaiga; algo que sabemos por experiencia y a lo que estamos obligados por amor.

Fe, esperanza, caridad: estas tres virtudes deben ser inseparables en la vida de cualquier cristiano y por supuesto lo fueron en la de Monseñor Escrivá. Esta «tríada» impregnaba su vida, dando a todas sus acciones esa forma excepcional de autenticidad que fue uno de los secretos de su atractivo. Siendo sacerdote, en Madrid, se enteró de que un joven estaba enfermo de muerte en casa de su hermana: una casa de prostitución. Don Josemaría pidió permiso al Vicario general, y, acompañado por un amigo de edad avanzada, fue a hablar con ella: «Sé que sucede esto y quiero que este hombre muera con los Santos Sacramentos (...) Volveré mañana, pero les pido un favor: que, por amor de Dios, no se ofenda mañana al Señor en esta casa». La pobre mujer tenía fe y aseguró que se cumpliría la condición. Al día siguiente regresó y el moribundo se confesó, recibió la absolución y la Extremaunción y comulgó. Don Josemaría le asistió hasta el final (16).

A menudo el Fundador del Opus Dei decía que tenía un solo corazón para amar; y este corazón no sentía de otra manera (de una manera, por ejemplo, más «abstracta», «teórica» o «esotérica») ante Cristo que ante los hombres, por los que el Hijo de Dios se había encarnado. Si uno de sus hijos fallecía en un accidente, lloraba como llora cualquier padre. Pero igualmente, o quizá con mayor intensidad, le dolía lo que podía sucederle a Jesucristo. Cuando, en 1974, estuvo en Perú, le mostraron fotos de un corrimiento de tierras sucedido tres años antes: parte de un pueblo -y la iglesia con su Sagrario y el Santísimo- habían quedado enterrados. El pensar en Jesucristo, presente en el Pan, encerrado en su Sagrario muchos metros bajo tierra, hasta que un buen día fuera consumido por la materia que Él mismo había creado, le impresionó de tal manera que pasó toda la noche en vela, adorando al Señor en el Santísimo Sacramento (17).

Su piedad se expresaba a través de una amplia gama de matices que iba desde el revivir interior de la Pasión hasta una «ocurrencia» despreocupada, casi pueril. En esto se parecía a Francisco de Sales o a Felipe Neri. Cuando, en 1944, surgieron problemas económicos especialmente graves, solía decir: «Pedidle al Señor que nos dé dinero, que nos hace mucha falta, pero pedidle millones, porque si todo es suyo, lo mismo da pedir cinco que cinco mil millones y, puestos a pedir ...» (18).

Saber reírse de uno mismo, con naturalidad y sinceridad, es el comienzo del buen humor. Monseñor Escrivá sabía que ni siquiera la contrición y la penitencia tienen que ser sombrías. Sobre el dolor verdadero se puede tender una sonrisa verdadera. En una ocasión, ante cierta contrariedad, «explotó». «Me enfadé... -cuenta- y después me enfadé por haberme enfadado.» En esta situación, yendo por las calles de Madrid, pasó por delante de una máquina automática que hacía fotografías. En ese momento el Señor quiso darle una lección sobre humildad y alegría: se hizo unas fotografías y se quedó con una de ellas: «¡Estaba divertidísimo con la cara de enfado! La llevé en la cartera durante un mes. De vez en cuando la miraba, para ver la cara de enfado, humillarme ante el Señor y reírme de mí mismo: ¡por tonto!, me decía» (19).

Monseñor Escrivá de Balaguer solía decir que «el Dolor es la piedra de toque del Amor» (20). Con estas palabras quería expresar algo que es totalmente normal para un cristiano: el valor sobrenatural del sufrimiento. Es estremecedor darse cuenta de hasta qué punto este núcleo de la religión cristiana, este misterio central de la Redención, ha

caído en el olvido, se malentiende o incluso se rechaza, y a veces con gran fuerza. No es otra la causa de la enfermedad espiritual de la cristiandad, de la que los católicos, sobre todo en la civilización de consumo del mundo occidental, tampoco están libres. Hace poco me comentaba un amigo que, gracias a los esfuerzos que se realizan a nivel mundial por superar el sufrimiento y el dolor y por desterrarlos de la vida individual y social, pronto se habría superado toda esa «teología de la Cruz». Aunque, añadía, hay que reconocer que la concepción cristiana tradicional de la miseria humana es de gran «astucia psicológica pues realmente ayuda a soportar mejor la desgracia en sus diversas formas... Como tantas otras veces, con esa ceguera se expresaba algo muy bien «visto»: si la aceptación y el ofrecimiento del dolor no tienen su fundamento en las virtudes infusas -fe, esperanza, caridad-, esos comportamientos quedan reducidos a conductas más o menos extrañas que hoy en día pertenecen al ámbito «científico», a la Psicología, mientras que en el pasado pertenecían más bien a un ámbito «ético», a la Filosofía, sea al estoicismo o al idealismo. Sin embargo, podemos constatar fácilmente que la superación del dolor partiendo de la filosofía, de la ética o de la psicología tiene los pies de barro y fracasa con frecuencia. Hay un síntoma claro de este hecho: el número de suicidios entre las personas que, real o supuestamente, sufren males incurables crece continuamente...

Querer vivir una virtud -cualquiera que sea- «heroicamente», pero sin sufrir, es imposible; sería incluso un contrasentido. La diferencia entre alguien que quiere ser una «buena persona» y alguien que aspira a la santidad, con el «heroísmo» que ésta supone, estriba precisamente en cómo se enfrenta con el dolor: las «buenas personas» lo rechazan, pero el que aspira a la santidad lo acepta e incluso lo busca por Amor. Ahora bien, la medida del heroísmo no se deduce de la magnitud objetiva del sufrimiento, sino de la intensidad subjetiva de la entrega a Cristo crucificado. Por eso, el Fundador del Opus Dei quería que su redescubrimiento de la «grandeza santificadora de las cosas pequeñas» se aplicara también a ese soportar los sufrimientos y la Cruz cotidiana de los cristianos.

Una Cruz absoluta, en su enormidad suprema, no suele ser lo normal, y, si llegara, tendríamos que confiar en que Dios nos concediera gracias extraordinarias para soportarla. Tampoco es fácil sentir en la piel los «alfilerazos» de las «astillas» de la Cruz y soportarlos durante toda una vida con buen humor, viendo en ello muchos regalos pequeños y grandes de Dios, nuestro Amigo; no, esto tampoco es fácil; es más, sería imposible sin ayuda de la gracia. Monseñor Escrivá de Balaguer fue recibiendo constantemente, a lo largo de su vida, esos «regalos». Al que ama la corona de espinas del Señor, Dios le suele regalar algunas espinas. Solía decir que el dolor es una «caricia de Nuestro Padre-Dios a sus hijos mimados» (21). Y, en este sentido, Dios le mimó bastante. Dolor por la muerte de personas queridas, dolor por las incomprendiones que tuvo que sufrir la Obra, dolor por las vocaciones perdidas, por las almas en peligro; dolor por el pecado, por el desprecio de Cristo, por las heridas de la Iglesia: todo esto formaba parte de la normalidad de su vida y de su trabajo. Y a esa misma normalidad pertenecía la enfermedad. No sólo en forma pasajera, sino constante. Durante diez años, entre 1944 y 1954, sufrió una grave diabetes con todo lo que supone: cansancio, trastornos de la vista, dieta, inyecciones. La curación extraordinaria de la diabetes, después de sufrir un gravísimo shock anafiláctico, no supuso tampoco que gozara desde entonces de una buena salud. A partir de 1966 surgió una insuficiencia renal e hipertensión arterial.

Nunca había tenido buena vista, pero en los últimos años empeoró alarmantemente. Sin la ayuda de unas gafas de alta graduación se quedaba prácticamente ciego; pero (con la excepción de Alvaro del Portillo y de alguno de sus más íntimos colaboradores) casi nadie lo sabía ni se daba cuenta. «Señor, ya no puedo más -ésta era su oración el 19 de marzo de 1975, fiesta de San José-, y sin embargo he de ser fortaleza para mis hijos; ya no _veo a tres metros de distancia y tengo que atisbar el futuro, para señalar el camino a mis hijos: ayúdame Tú: ¡que vea con tus ojos, Cristo mío!» (22).

Esta oración, a la edad de setenta y tres años, ya al final del camino, completa y perfecciona aquel «ut videam» del joven Josemaría. Las dos peticiones de luz fueron escuchadas: Dios le mostró cuál era su misión: fundar el Opus Dei y ser Opus Dei; y, para poder hacerlo, Cristo, digámoslo así, le prestó sus propios ojos. Realmente, la capacidad de don Josemaría para ver «con los ojos de Cristo» el mundo y las personas, los problemas y las tareas que debía cumplir en el presente y en el futuro, y la marcha del Opus Dei a través de los tiempos, fueron creciendo continuamente a partir de aquel 2 de octubre de 1928.

¿Qué significa ver con los ojos de Cristo?... Ver las cosas como las vio El. ¿Y cómo vio Jesús de Nazaret las cosas durante su vida sobre la tierra?... Con infinita misericordia y comprensión, suavidad y cariño; y, a la vez, casi en aparente contradicción, con inmensa claridad, justicia y exigencia. Ve a la adúltera y la perdona; ve la higuera y la maldice, aunque «no era tiempo de higos» (Mt 21,9; Mc 11,13; 20,21). A Jesucristo no le agradaba la dominación romana de su tierra, pero ordena cumplir los deberes cívicos con respecto a la autoridad estatal (Mt 22,17); ve en las almas de los fariseos, pero no rechaza el pago de los impuestos del Templo (Mt 17, 24-27). Su mirada siempre es plenitud de amor, de un amor que se convierte en hechos concretos, visibles e imitables para los hombres; un amor que actúa concretamente, de acuerdo con la situación, y específicamente: como indicación moral e incluso jurídica a determinadas personas en determinadas situaciones; como perdón de los pecados (actuando así como Sumo y Eterno Sacerdote); como salud para los enfermos; como alimento para la muchedumbre... El amor como misericordia y justicia, como perdón y castigo, como obediencia y mandato: es un único Amor divino que, en la tierra, se tiene que hacer presente en muchas y diversas aplicaciones parciales entre los hombres. Cualquier otra cosa sería imposible.

A Mons. Escrivá de Balaguer se le concedió esta visión de las cosas; la hizo realidad precisamente por medio de las «virtudes vividas en grado heroico». Pongamos un ejemplo: cuando a comienzos de los años treinta se inició en España la persecución religiosa, las Agustinas de Santa Isabel tuvieron que abandonar su convento en Madrid. Habían previsto sacar de allí las valiosas obras de arte que albergaban el convento y la iglesia para salvarlas así de la profanación y devastación. Pero esas obras de arte no pertenecían a la comunidad, sino que eran préstamos del patrimonio estatal. Tal como estaba la situación en España, y teniendo en cuenta concretamente la posición de la Iglesia, es natural que la tentación de «olvidar» este extremo fuera grande. Pero don Josemaría, a la sazón Rector del Patronato de Santa Isabel, lo prohibió expresamente, argumentando como sacerdote, como abogado y también por motivos de prudencia humana: en principio se debe respetar la autoridad civil del Estado; los objetos no

pertenecían a las Agustinas, sino al Estado español; estaban, pues, legítimamente bajo la administración estatal. Por lo tanto, para disponer de ellos habría que pedir permiso al Estado, pues no existían motivos que hubieran podido justificar un uso ilegal contra la voluntad del propietario. Y, además, había que evitar todo lo que pudiera prestar nuevos argumentos a la enemistad del Estado contra la Iglesia, proporcionándole así más excusas para continuar la persecución. Pero había un argumento aún más importante: Monseñor Escrivá recordó el principio de que moral y legalmente no es lícito «prevenir» una injusticia o desgracia posible en el futuro por medio de una infracción legal, real y actual (23). Para él no eran válidos ni el «pecado preventivo» ni la «ética de situación» (24). Además, tampoco le parecía bien provocar innecesariamente al poder ni aplicar la mentalidad del «todo o nada» en cuestiones secundarias. En este punto se le puede comparar a Tomás Moro.

Casi cuarenta años después del episodio de Santa Isabel, el 22 de junio de 1972, fiesta del santo Obispo John Fisher y del Canciller inglés, el Fundador confió a algunos miembros de la Obra: «Esta mañana lo veía con claridad en la Misa de Santo Tomás Moro: hasta el final de su vida fue ejemplarmente fiel al Rey, pero sin ceder ni un milímetro en lo que no podía ceder. Desde antes de que Dios quisiera la Obra en el tiempo, he visto con claridad los dos campos: deberes y derechos de ciudadano; deberes y derechos de cristiano: y he sido consecuente» (25). Permítasenos añadir: claridad en lo que se refiere a su diferenciación, a su respeto mutuo y a su conexión interna; en todo.

Normalmente, no tendrían por qué colisionar los deberes y los derechos del ciudadano y los del cristiano; ésta sería la mejor garantía para un Estado sano. Pues allí donde los ciudadanos realmente pueden vivir y actuar como cristianos, los no cristianos pueden estar seguros de que se respetarán sus derechos y se defenderá su dignidad de ciudadanos. Pero hay que decir que, en nuestros días, esta «normalidad» es rara en el mundo. En todas partes (también en los estados de corte democrático) un ciudadano que no quiera ser cristiano sólo de forma nominal, que no quiera verse arrinconado en las catacumbas de una comunidad cristiana cerrada o de un cristianismo de sacristía, sino que quiera poner en práctica un cristianismo activo y apostólico, enseguida entrará en confrontación con el Estado. No porque el Estado sea un Estado «neutro» desde un punto de vista religioso y confesional, un Estado que no impone determinadas manifestaciones externas de religiosidad (que de todo ha habido: recordemos las disposiciones estatales que obligaban a adherirse a una confesión determinada, la obligación estatal de asistir a oficios eclesiásticos, la intromisión del Estado en las formas litúrgicas, el «decreto de genuflexión» bávaro aún en pleno siglo XIX (26) y tantas cosas más), sino porque activamente, obrando (y de ese obrar también forma parte la legislación), o pasivamente, permitiendo situaciones injustas, el Estado puede lesionar -y de hecho a menudo lesiona- los derechos de la persona (de los que también forman parte los derechos no escritos) y la ley moral natural (cuya existencia quizá ni siquiera reconoce). Piénsese, por ejemplo, en las leyes que permiten el aborto, el divorcio, la pornografía, las prácticas homosexuales, la prostitución, etc.

La Iglesia Católica (y también otras comunidades cristianas), desde hace unos doscientos años se encuentra enfrentada con las autoridades civiles en cuestiones que han dado en llamarse «mixtas», es decir, en aquellos aspectos de la vida humana y de

una convivencia orgánica entre los hombres para cuya ordenación tanto la Iglesia como el Estado tienen sus derechos y sus responsabilidades. Unos derechos y unas responsabilidades que, desgraciadamente, a menudo entran en colisión... La lucha se refiere, sobre todo, a la familia y a la educación, dos temas que, en esencia, están muy ligados entre sí. El problema abarca distintos aspectos, en los cuales no podemos profundizar aquí. Sólo diremos que, independientemente de los límites concretos de las competencias estatales y eclesiásticas en estas cuestiones mixtas, hay unas cuantas cuestiones que, para el cristiano, son absolutamente intocables e inalienables; es necesario subrayar también que la Iglesia y los cristianos, en estos temas, defienden posiciones que no son sólo cristianas o confesionales, sino que se refieren a la persona humana y al derecho natural en general, cuestiones en las que no se puede ceder. Si el Estado ya no garantiza la protección legal de la familia; si no sólo permite que se vacíe y se destruya su estructura, una estructura que descansa sobre el matrimonio y la paternidad y la responsabilidad de los padres para con sus hijos; si no sólo permite la destrucción, sino que la fomenta, por ejemplo, a través de la implantación del divorcio, de la legalización del aborto, del sofocamiento de la libertad de enseñanza, de la creación artificial de conflictos entre padres e hijos, de medidas fiscales..., entonces no estamos tan sólo ante un Estado «neutral» o no-cristiano, sino ante un Estado injusto. Y, en este caso, la resistencia es un deber ciudadano y un deber cristiano.

Uno de los mayores anhelos de la Iglesia es que la familia cristiana (o sea, la familia que quiere estar cimentada en Cristo y vivir consecuentemente) recobre y mantenga su vigor, por lo que a nadie puede extrañar que este tema ocupe un lugar central en la predicación de Monseñor Escrivá de Balaguer y en la vida y la actuación de todos los miembros de la Obra. Uno de los derechos inalienables de la familia es la participación activa y responsable en todos los campos de la educación; visto desde la otra cara de la moneda, esto quiere decir que de la existencia y de la eficacia de centros de formación, de educación y de orientación cristiana depende en buena medida la posibilidad de que surjan en número suficiente familias normales y sanas. El apostolado de la educación en todo el mundo es una de las tareas fundamentales de la Iglesia en general y de los cristianos del Opus Dei en particular. En este tema, Monseñor Escrivá, desde el principio, pensó en todos los niveles educativos y formativos.

En 1962 se comenzó a construir, en el barrio romano del Tiburtino, zona de predominio comunista, un centro para la formación de trabajadores, encomendado a la Obra. Se terminó de edificar en 1965 y fue inaugurado personalmente por el Papa Pablo VI. Yo pude visitarlo en la primavera de 1976. Entre los grandes bloques de viviendas de aquel «barrio proletario» se alza una residencia para doscientos trabajadores jóvenes o, para ser más precisos, para jóvenes italianos procedentes algunos también de las capas más bajas. Allí se les proporciona formación para que lleguen a ser obreros cualificados. Es recristianización singular del mundo del trabajo: sólo vi personas que regresaban de trabajar con rostro satisfecho. El centro comprende una escuela media para niños de once a catorce años, un centro de formación profesional para chicos de catorce a diecisiete, talleres para el aprendizaje de diseñadores, mecánicos, electricistas, etc. Los chicos viven en la residencia o, cuando es posible, con sus padres. Las habitaciones de la residencia son amplias, con mucha luz, sencillas; casi todas, previstas para tres o cuatro personas; cuando las visité estaban limpias y ordenadas; cada una tenía un Crucifijo y una imagen de la Virgen. Hay muchas habitaciones comunes, duchas y zonas deportivas, muy cuidadas y en buen estado. No es extraño: en el tablón

de anuncios se puede leer: «Giovanni: jardín norte; Paolo: jardín sur; Francesco se ocupa de los arreglos de electricidad; Luigi: fontanería; Roberto pinta los marcos de las ventanas de la planta baja izquierda; Emilio se ocupa de arreglar el buzón...» Junto al centro está la parroquia del barrio, encomendada a sacerdotes de la Obra. Cada edificio de este complejo tiene un oratorio propio, su centro espiritual. El trabajo, la formación, el tiempo libre, la vida religiosa constituyen -como debe ser- una unidad. A nadie se le obliga a vivir así, y a nadie se le cuentan «las veces que va a la iglesia». Pero no se puede evitar que las chispas se transmitan y que en las almas despierte el deseo de conseguir esa unidad de vida. Cuando estuve allí comí con los residentes. A mi alrededor se notaba una despreocupada alegría. Los jóvenes con los que estuve hablando se comportaban con total naturalidad, sin miramientos y sin envaramiento: ni serviles ni insolentes. El director me estuvo contando que cuando llegaron al barrio -en 1962- la gente les escupía y les amenazaba; incluso les habían destrozado los cristales a pedradas... Hoy, el Centro ELIS (Educazione-Lavoro-Istruzione-Sport) es el corazón del Tiburtino. «Yo creo en el Partido Comunista y en el Opus Dei», me dijo un viejo trabajador. También esta frase aporta una pincelada al retrato de Monseñor Escrivá de Balaguer.

La Universidad de Navarra, con sede en Pamplona, ha alcanzado renombre universal por el nivel de su actividad docente y de investigación científica, y por su formación universitaria de inspiración cristiana. Era querida con muy particular cariño por el Fundador del Opus Dei, que había rezado por ella desde muchos años antes de su comienzo y en la que tenía puesto su corazón.

La creación de una Universidad por la iniciativa privada era una idea antigua en España. El mismo don Joaquín Mestre, que fue Secretario de Mons. Marcelino Olaechea (27), cuenta que cuando éste era aún Obispo de Pamplona y Presidente de la Comisión episcopal de Seminarios, tenía ya muy clara la idea de que debía hacerse en España una Universidad del estilo de la de Sacro Cuore, de Milán.

Para lograr este objetivo, tuvo varias conversaciones con las autoridades españolas y con el Papa Pío XII. Don Joaquín Mestre dice que el Papa «no sólo acogió (la idea) benévolamente, sino que, con reiteradas palabras magisteriales y paternas, acució más y más al Prelado a no dejar de trabajar hasta ver realizada aquella gran empresa, si bien dejándole entrever y atestiguando las graves dificultades económicas, profesionales, sociales, políticas y de todo orden por las que iba navegando la Universidad de Milán, y que él temía, sin reserva, para la futura Universidad ...» (28).

Don Josemaría conocía, por supuesto, las gestiones de su amigo, que en 1947 había sido nombrado Arzobispo de Valencia, pero, aunque compartía plenamente las intenciones del Obispo, su idea sobre la Universidad que había de ser creada y dirigida por los miembros del Opus Dei no correspondía plenamente al proyecto de una Universidad Católica, tal como la veía Mons. Olaechea. Es consecuente al espíritu del Opus Dei que cualquier iniciativa apostólica creada por los miembros de la Obra, es decir, por ciudadanos católicos, sea una institución civil sin carácter confesional.

Así, cuando en 1952 la futura Universidad (entonces Estudio General de Navarra) abrió sus puertas con una Escuela de Derecho en la Cámara de Comptos Reales (un pequeño y muy bello edificio de finales de la Edad Media situado en el casco viejo de Pamplona), lo hizo como institución civil vinculada a la Universidad estatal de Zaragoza.

Si ocho años después la Santa Sede erigió el «Estudio General de Navarra» como Universidad de la Iglesia fue, sobre todo, porque era éste el único camino que abría la posibilidad de que el Estado llegara a otorgarle su reconocimiento y diera plena validez a sus enseñanzas, algo en lo que el Fundador tenía especial interés. Y así fue: después de casi dos años de prolijas gestiones se firmó el Convenio de 5 de abril de 1962 entre la Santa Sede y el Estado español (29); pocos meses más tarde, el Estado reconocía oficialmente a la Universidad de Navarra y daba plena validez pública a sus estudios y grados.

El Convenio mencionado tiene gran importancia histórica, ya que supuso la ruptura del monopolio estatal en el sector universitario (30). En este contexto, es digno de mención que las condiciones que el Convenio fija para la plena validez civil de los estudios cursados en las Universidades de la Iglesia son en extremo exigentes y requieren que una elevada proporción del profesorado tenga el título de Catedrático de Universidad estatal. Esta exigencia no le importó demasiado a Mons. Escrivá de Balaguer, Gran Canciller de la Universidad de Navarra: quería una Universidad que realizara su trabajo con el mejor nivel que fuera posible y en estrecha cooperación con las demás.

Los treinta años de historia de la joven Alma Mater hablan por sí mismos: la Universidad de Navarra goza hoy de un gran prestigio entre las más famosas Universidades de España y del mundo, sean públicas o privadas, por su alto nivel científico y por la entrega de todo su profesorado, en colaboración viva y abierta, a la investigación y a la docencia. Cuenta con todas las Facultades de una Universidad clásica: Derecho, Medicina, Filosofía y Letras, Ciencias, Farmacia y, además, Ciencias de la Información, Arquitectura, Económicas, Ingeniería (en San Sebastián) y una «Business School» en relación con Harvard (en Barcelona); posee también Facultades de Derecho Canónico y Teología, así como otros diversos Centros. El número total de alumnos supera los diez mil, a los que atienden más de 800 docentes, de los que un centenar son Catedráticos numerarios procedentes de Universidades del Estado. Sólo una pequeña parte de la comunidad universitaria pertenece a la Obra.

¿Qué tiene de especial la Universidad de Navarra para que un biógrafo de Mons. Escrivá de Balaguer pueda ver en ella un retrato materializado del Fundador del Opus Dei, uno entre los muchos retratos posibles, desde luego, pero muy importante, muy característico? La respuesta la dio él mismo en una entrevista que concedió en el año 1967 al director de la revista «Gaceta Universitaria» y ha sido incluida en el libro «Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer». Allí puede leerla quien quiera (31) La Universidad de Navarra es un «retrato» del Fundador del Opus Dei porque procura hacer suya al pie de la letra la misión del Fundador de ayudar a crear o a redescubrir, en el Opus Dei y por el Opus Dei, la unidad de vida; en este caso, en el

ámbito de la ciencia y de la educación superior. La reinstauración y refundamentación de la unidad orgánica, vital, entre ciencia y fe, entre estudio y configuración de la personalidad, entre profesión y responsabilidad, entre educación y religión, unidad que el Fundador predicó y vivió durante medio siglo, es la norma seguida en la Universidad de Navarra: para eso se fundó. En 1951, un año antes de que empezara como Estudio General, Mons. Escrivá de Balaguer había escrito: «La herejía y la impiedad suelen ahora provenir, más que de controversias directamente teológicas, de errores propugnados por las ciencias profanas: no porque las ciencias profanas puedan por sí mismas oponerse a la verdad sobrenatural -la luz de la razón, que proviene de Dios, no puede contradecir la luz de la revelación divina-, sino porque los hombres, movidos por las mismas pasiones que en otros tiempos, tratan ahora de encontrar el fundamento del ateísmo o de la herejía especialmente en las llamadas ciencias experimentales?» (32). Éstas son, en esencia, las mismas consideraciones que, treinta años más tarde, expresaría el Papa Juan Pablo II en su alocución a los científicos y universitarios en la Catedral de Colonia (33).

Cuando tuve ocasión de hablar sobre este tema con Francisco Ponz, un biólogo y fisiólogo que entre 1966 y 1979 fue Rector de la Universidad de Navarra, me comentó: «Lo que más interesaba a Mons. Escrivá de Balaguer eran las almas, la santidad personal, la labor de formación de la entera personalidad de cada uno con sentido cristiano. Quería estar con las personas y no visitar edificios; solía decir: "No me interesan las jaulas, sino los pájaros" » (34) Sabía que no es el cambio de las estructuras lo que puede divinizar este mundo y conducir al hombre hacia su felicidad eterna, sino que es el hombre interiormente renovado el que puede transformar las estructuras y hacerlas, quizá, más adecuadas para la lucha por un vivir humano a lo divino. Me decía Ponz que el Fundador inculcaba la necesidad de que tanto los especialistas en las ciencias del hombre y de la naturaleza, como los dedicados a las ciencias del espíritu, adquirieran -con delicado respeto a la libertad de las conciencias- una buena formación cristiana, con el conocimiento profundo de la fe, y que pusieran sincero esfuerzo por vivir en congruencia, mediante la oración, la frecuencia de sacramentos y la lucha personal. Sólo así se encontraría verdadera felicidad en el trabajo, y el quehacer académico cobraría su más pleno y recto sentido, evitando el riesgo de caer en los errores, a veces monstruosos, de un cientifismo desatado.

En el campus de la Universidad de Navarra, Cristo está presente en muchos lugares y en formas diversas. Cada uno de los edificios docentes, también el de Ciencias Naturales, tiene un oratorio con el Santísimo Sacramento, que nunca está solo; nunca falta un visitante, joven o de edad, profesor, estudiante o empleado, que acude, aunque sólo sea por un momento, para rezar una oración. Está presente en las imágenes que ornamentan los distintos locales, en la ermita de la Madre del Amor Hermoso y lo está también en un número no manifiesto, pero grande, de personas que estudian, enseñan, investigan, cuidan del mantenimiento y limpieza de jardines y edificios o hacen cualquier otro trabajo según el espíritu del Opus Dei, con esmero, como un servicio a Dios y a los hombres plenamente secular y profesional, con unidad de vida llena de naturalidad. Por otra parte, la Universidad de Navarra no es un ghetto católico, ni un reducto defensivo: está abierta a toda clase de personas, sin ningún tipo de discriminación.

Monseñor Escrivá de Balaguer quería que la Universidad de Navarra fuera un ejemplo vivo de que poseer un alto nivel científico en una disciplina y ser cristiano consecuente no sólo no se excluyen ni se sitúan en planos separados, sino que se apoyan mutuamente y deben darse fundidos en la misma persona; propugnaba que el cultivo de la Teología se integrara con el de las ciencias humanas para alcanzar la síntesis de los saberes a la luz de la fe: con el retorno de la Teología a la Universidad Literaria, ésta se lograría reconstituir, recobrando su plenitud como Universitas Scientiarum. Buen conocedor del modo de ser de los hombres, en especial de los de su patria, a la que tanto amaba, el Fundador del Opus Dei quería también que la nueva Alma Mater Navarrensis contribuyera a formar a todos en el amor a la libertad, en el respeto y mutua comprensión, en el espíritu de convivencia y de concordia, de serenidad y de paz, en un país no exento de reacciones desbordadas y particularismos (35).

El cumplimiento de estos grandes ideales de servicio contó enseguida con la colaboración activa de amplios sectores de la sociedad, de Navarra y de toda España. A finales de los años cincuenta, con el estímulo del Fundador, algunos miembros del Opus Dei y otras personas dieron vida a la «Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra», que se extendió rápidamente; hoy cuenta con muchos millares de socios y contribuye con su gestión a una parte importante del presupuesto de la Universidad. Entre los «Amigos» figuran personas de las más diversas capas sociales, de España y de otros países, algunas incluso no cristianas, que prestan a la Universidad su apoyo espiritual, moral y económico. La participación de la Asociación en el común empeño de sacar adelante la Universidad de Navarra viene a ser un despertador de la responsabilidad social de los ciudadanos, un cauce para la movilización de los recursos de la sociedad en favor de una obra de servicio que, aun cuando de alcance universal, tiene su sede distante de los grandes centros urbanos y lejos de donde reside la gran mayoría de los «Amigos». La gestión de la Asociación de Amigos da además ocasión para un trato personal, con entraña apostólica, que también -y esto no puede faltar- acerca muchas veces a Dios. De este modo, los Amigos de la Universidad de Navarra vienen a ser (36), con imagen que en otro contexto utilizaba Mons. Escrivá de Balaguer, «una inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad».

En los años 1964, 1967 y 1972, la Asociación de Amigos celebró sus Asambleas generales en Pamplona; a cada una de ellas asistió Monseñor Escrivá, quien predicó para los asistentes y se reunió con grupos pequeños en docenas de tertulias (37). En la que se celebró en noviembre de 1964, ofició la Santa Misa en la Catedral de Pamplona; en la homilía dijo a los miles de personas que asistían: «Nuestro amor, Señor, para el Pontífice Romano; nuestro amor para todas las almas: católicas o no, cristianas o no cristianas. No somos anti nada; somos afirmación, una afirmación de cariño: queremos para todos la libertad. Yo no tengo más misión que la espiritual y sacerdotal; hablo del alma, mis hijos, hermanos y hermanas mías; hablo del alma. Libertad para que las almas, para que las conciencias se manifiesten honrada, honestamente, y esto lo queremos lograr con un medio más, con esta Universidad de Navarra que vosotros sostenéis con vuestra oración, con vuestros sacrificios, con vuestro cariño, con vuestra aportación económica... ¡Ayudadnos, Amigos de la Universidad de Navarra!, porque si hemos de dar doctrina, la hemos de dar teniendo don de lenguas, los modos de expresión convenientes para hacernos entender. La Universidad está en vuestras manos; vuestras manos, que se divinizan porque proporcionan al Señor un medio soberano de apertura, un medio soberano de siembra...» (38).

A continuación, el Fundador recibió a los periodistas; el corresponsal del periódico francés «Le Figaro» le preguntó cuál creía que había sido su principal victoria. «¿Victoria? -respondió don Josemaría-. Ninguna, no he tenido ninguna, porque nunca he peleado. Mi esperanza es que mi única victoria se produzca en el momento de mi muerte» (39). El Director de la agencia «France Press» quiso saber qué explicación tenía para el desarrollo del Opus Dei en todo el mundo. «¿Usted se lo explica? -le devolvió Mons. Escrivá la pregunta-. Yo, no. Humanamente no tiene explicación. Es Obra de Dios y sólo Él podría satisfacer su curiosidad.» El Gran Canciller de la Universidad, después de agradecer a los periodistas su asistencia, se despidió de ellos diciendo: «No quiero saber lo que van ustedes a escribir. Si es la verdad, que Dios se lo premie; si no fuese así, yo rezaría por ustedes, con lo que, de todas formas, saldrán ustedes ganando. Confío en su hombría de bien» (40).

Estas frases caracterizan a Josemaría Escrivá de Balaguer como un sacerdote que irradiaba cordialidad y dignidad y que disponía de una inagotable escala de tonos medios, síntoma seguro de un «eros pedagogicus» que casi siempre suele estar unido al buen humor.

«Eros pedagogicus»: con estas palabras hemos definido una característica fundamental y específica de la personalidad de Monseñor Escrivá de Balaguer. Se podría (y se debería) hablar también de un «carisma pedagógico», pero la denominación «eros» expresa que transmitía la gracia a través de la naturaleza. Contagiaba a los hombres esa enfermedad tan sana que consiste en querer servir, y se la contagiaba sencillamente porque sobre todo era, sin más, simpático. Tenemos miles de testimonios sobre este punto. Y, dicho sea en la época de la imagen, tenemos también el testimonio de miles de fotografías. «Si una persona -escribe un conocido experto en cuestiones relacionadas con las Causas de Canonización- ha sido fotografiada docenas de veces, con o sin su consentimiento, estas fotografías constituyen una fuente de gran valor para conocer la historia de esta persona...» (41).

Por eso, el autor de estas líneas supone que en las futuras Causas de Beatificación el interés se dirigirá no sólo hacia el material escrito o hablado, sino también hacia el material fotográfico o filmico. Si quien esto escribe tuviera razón, quienes contemplen y deban enjuiciar las fotografías del Fundador del Opus Dei comprobarán que es posible ver su irradiación, el impacto de su personalidad (que es algo más que el influjo de sus palabras) en las caras, las miradas, los gestos y las reacciones de los que le rodean. En muchas imágenes se ve que se le amó y veneró. Es éste un punto sobre el que, si se quiere, se pueden verter comentarios maliciosos. Y hay quien lo hace, pues no cabe protección contra ellos. Pero una cosa es segura: este cariño y esta veneración, si bien tenían quizá su origen en una simpatía natural y se expresaban en primer lugar en un cariño humano, casi siempre conducían a la entrega a Cristo, a la iglesia, a los hombres; y puesto que es así, no sólo no es lícito dudar de su rectitud, sino que tampoco cabe plantear objeciones a esa «pedagogía» santa de quien sabe despertar esas simpatías y dirigirlas hacia Dios. No hay nadie capaz de «educar» a otro para la santidad. La vida cristiana es una vocación, y como el Opus Dei es la vocación a tomarse en serio la vocación cristiana de un modo específico, cualquier «pedagogía» tiene unos límites: los de la gracia. Esto está claro. Pero, aun así, la «pedagogía» tiene trabajo más que suficiente. Muchas veces escuchamos quejas sobre el desgaste de los

consejos pedagógicos... Me atrevo a formular uno que, por muy viejo que sea, todavía está sin desgastar: consiste en crear un clima de piedad, de libertad, en el que las disposiciones naturales del hombre se abran más y perciban con mayor madurez la gracia vocacional. Esa pedagogía ayuda a desarrollar la totalidad de sus aptitudes de manera que pueda -si libremente lo desea- corresponder con intensidad cada vez mayor a la gracia de la vocación.

Para poder realizar todo esto es necesario saber qué aptitudes conviene fomentar, y esto no resulta excesivamente difícil. Lo difícil es lo que hemos denominado «labor de santificación», o sea, ese poner cada día en práctica aquello que en teoría sabemos, que hemos reconocido con claridad. La grandeza de Monseñor Escrivá de Balaguer, como pedagogo, consistió precisamente en que la discrepancia entre el deber, el querer y el poder (esa discrepancia que resulta de la debilidad de nuestra naturaleza y especialmente del entumecimiento de nuestra voluntad) en su caso fue tan pequeña que casi no se apreciaba. Lo que enseñaba, corregía y hacía llevar el sello de la autenticidad y, en consecuencia, de la credibilidad. «Se le creía», porque «llegaba al corazón de la gente», como se suele decir. Se acercaba a los hombres, llegaba a ellos como un amigo de Jesucristo que está buscando más amigos para su Amigo. Y traía los regalos que su Amigo le había dado: dones grandes, pequeños o diminutos, y también la Cruz. Ya hemos hablado de ello en este libro. Y los hombres (primero pocos y luego cada vez más) fueron tomando de sus manos los regalos, a veces titubeando, como un labrador desconfiado a quien se le quiere vender algo nuevo; y a veces resueltamente y sin preguntar, como alguien que está pasando hambre y se le ofrece pan.

La pedagogía de Mons. Escrivá de Balaguer nacía del respeto, con total naturalidad y sin artificio alguno, de la singularidad y la libertad de cada persona, y del designio salvífico para cada uno; un designio fundado desde la eternidad por el sacrificio redentor de Cristo. De esta actitud fundamental se derivaban sus diferentes actitudes con los hombres que encontraba en su camino. Esos encuentros podían terminar de muy diversas maneras, pero, por lo que sabemos, hay algo que nunca sucedió: que alguien se sintiera humillado por él. Tampoco sabemos de nadie a quien encumbrara en una posición que no le correspondía. El Fundador del Opus Dei conocía el verdadero arte de la educación, ese arte que consiste en conducir al educando a través del escollo de las ideas equivocadas que cada uno tiene sobre su propia persona (ideas que a veces suelen reforzar pedagogos prepotentes o ansiosos de ganarse las simpatías del «pupilo»), ayudándole a encontrarse realmente a sí mismo. Nunca rebajó a ninguna persona con la que se encontró, pero tampoco permitió que alguien se equivocara al enjuiciarse a sí mismo. Puesto que las personas se daban cuenta de su amor y de su cariño, aceptaban también un reproche, un consejo exigente o una indicación costosa.

La Obra tiene muchas facetas; entre ellas, también la de una tarea pedagógica. Una vez que se ha dicho «sí», hay que ir aprendiendo y practicando el servicio a Dios, a la Iglesia y a los hombres tal como Dios lo ha previsto para el Opus Dei. Esto es natural: quien quiere ser médico tiene que estudiar Medicina y trabajar en un hospital. El jefe de un departamento que no corrigiera a los que están empezando o el colega que no dijera a los demás qué faltas han cometido, actuaría sin conciencia profesional. Y esto ¿no vale aún más cuando se trata de la más alta meta «profesional» que puede existir, la meta que

contiene en sí todas las demás, la santidad? Toda educación ha de consistir en enseñar y animar, pero también en corregir y, si es necesario, incluso en reprender. «Me he propuesto -decía-, como mortificación fija, no acostarme ningún día sin reprender todo lo que vea que debe reprenderse» (42). Y lo cumplió.

«Las lágrimas -decía- hay que reservarlas para cuando hayamos ofendido a Dios. Si lloraseis ante una reprensión -añadíame quitaríais a mí, o a quien haga cabeza, la confianza para deciros las cosas» (43). Y este «decir las cosas» a veces suponía una seria exigencia. En el otoño de 1952, según cuenta Encarnación Ortega (44), el Padre empezó a comentar que convendría separar de la sede central de la Sección de mujeres en Villa Sacchetti la dirección de la Región italiana de esa Sección, que aún estaba allí. Así se había hecho algún tiempo antes con la Sección de varones. Y como las que se tenían que ocupar de ello lo hacían con cierta parsimonia, una tarde las llamó y les dijo que si querían que la Región se desarrollara al paso de Dios deberían salir de inmediato de Villa Sacchetti y, en general, apresurar algo más sus pasos. Y mirando a la Directora de la Región de Italia le dijo: «Yo, en tu lugar, ya no dormiría aquí». Y así fue: unas horas más tarde salían de allí para vivir en la zona de la administración del villino de Vía Orsini. Poco después comentaba el Padre: «Se me rompía el alma, pero era necesario, ya que de no hacerlo así no lo hubiéramos hecho en mucho tiempo y estábamos anquilosando la labor».

Tampoco él mismo quería quedar dispensado de las correcciones; es más, las había previsto como algo firme e inconvencible, para sí y para sus sucesores: dos Numerarios encargados expresamente de ello tienen el deber de corregir al Padre, con sencillez y claridad, con respeto y cariño, pero sin miedos y sin reservas, en todo lo que se refiere a su tarea de dirigir el Opus Dei, de darle cuerpo en su propia vida. Monseñor Escrivá de Balaguer sabía que para una persona que ama es más difícil corregir que aceptar una corrección. Y aun esto es difícil para una persona normal, pues una parte de su normalidad consiste precisamente en su soberbia, que, como decía el Fundador, muere veinticuatro horas más tarde que la propia persona. No se exceptuaba a sí mismo, sino que confesaba que también a él le costaba aceptar sinceramente una amonestación, sobre todo en los casos en los que era patente que tenía fundamento. Cuando después estaba solo y sentía que crecía la resistencia interior ante la corrección, decía en voz alta para sí: «¡Siempre tienen razón...! ¡Siempre tienen razón ... !» (45).

«Lucha», «luchar» ... No es casualidad que estas dos palabras se repitan innumerables veces en el curso de la vida de don Josemaría, casi tantas como «creer», «amar», «ser niño ante Dios», «apostolado» y «perseverancia». En realidad, esto es muy lógico, pues el «seguir muy de cerca al Señor» y querer que hable en cada palabra, que se le vea en cada mirada, que se haga presente en todo quehacer y en todo sufrir, o, dicho brevemente, el querer amar a Dios y a los hombres con Su propio amor, o, más brevemente aún, querer ser santo, significa desbrozar el camino, intentar superar todo lo que se le opone; significa luchar. Y, si somos sinceros, sabemos muy bien qué es lo que se opone a ese deseo; en general no suelen ser perversidades descomunales, no suele ser ese «odio abismal» contra Dios que algunos incluso llaman «heroico», sino que suelen ser (y permítaseme los neologismos) los «minidefectos» y las «minimaldades» que, como la sarna, contagian nuestra naturaleza, debilitada por el pecado, y llenan el camino de la santidad de raigones y zarzales. Los pequeños desplantes que hacemos a Dios, las

pequeñas faltas de amor y las faltas de caridad con los demás, cuando son habituales, obstaculizan o impiden la imitación de Cristo si no se lucha continua e incansablemente contra ello; cuando no se repara en ellas, no permiten que se comience a edificar o destruyen todo cuanto se ha comenzado.

Mons. Escrivá de Balaguer recordó la grandeza de lo pequeño que se desprende de la doctrina de Jesucristo, y destacó su importancia tanto en lo positivo como en lo negativo. Creó una verdadera «teología de las cosas pequeñas» alabando su valor y su fuerza santificadora. Enseñaba que esos pequeños sacrificios que se ofrecen con perseverancia pueden crecer hasta convertirse en una montaña de Amor, y los pequeños sufrimientos que se soportan con perseverancia hacen que la Cruz del Calvario esté continuamente presente en medio del mundo, mostrando que es el único camino de salvación, un camino para el que no existen alternativas. Por otra parte, también las pequeñas maldades y vilezas, si se repiten con frecuencia, hacen que el infierno se haga presente en la historia de la humanidad. No darles importancia y no luchar contra ellas equivaldría a abrir la despensa e invitar al diablo a comer: y ya se sabe cómo suelen terminar esos banquetes... Esto es algo de lo que vio Monseñor Escrivá, de lo que Dios le hizo ver el 2 de octubre de 1928 y transmitió a los demás. Por eso aborrecía el «pecado venial», que forma la madeja con la que se teje la tibieza, esa tibieza que acaba convirtiéndose en una especie de manto aislante para la acción del Espíritu Santo y de la gracia. «Eres tibio -escribe- (...) si no piensas más que en ti y en tu comodidad (lo que, por cierto, puede ir unido a una actividad sin tregua); (...) si no aborreces el pecado venial ...» (46).

Luchar por vivir «heroicamente» las virtudes significa, en primer lugar, aborrecer sin paliativos el pecado venial, y luchar sin desfallecer, cada vez con más intensidad y eficacia, contra los pequeños roedores que quieren destruir las raíces de la santidad (pero, eso sí, sin una ira encarnizada y carente de humor incapaz de «perdonarse» a sí mismo un resbalón, lo cual sería algo así como un afán de autoperfeccionamiento ético), significa luchar por «vivir heroicamente las virtudes». Y ¿cómo terminan tales batallas? Con victorias y con derrotas. Lo que no hay es treguas, porque «el demonio no se toma vacaciones», como solía decir Monseñor Escrivá, y porque nuestra naturaleza es como es: siempre expuesta a las mismas tentaciones. Sin embargo, esta lucha no es un afán absurdo, como el de Sísifo transportando interminablemente su carga (47) hasta la cima, o las Danaidas llenando sin cesar un tonel vacío (48). Ese esfuerzo cuenta con la gracia de la vocación y con la ayuda de la fe, la esperanza y la caridad. Sísifo, las Danaidas, estaban condenados, y su condena consistía, precisamente, en que su trabajo era eternamente inútil. Pero los cristianos sabemos que nuestra lucha no es inútil porque hemos sido redimidos (49): todo lo que hacemos, todo lo que sufrimos, permanece, es eficaz cara a nuestra salvación. El que ama a Jesucristo e intenta seguirle de cerca no se perderá (Cristo ha dicho que Él es el Camino): fiel a ese camino se irá acercando, de Su mano, hacia la cima del Gólgota... Al cristiano que se esfuerza en esa lucha ascética no le importa el grado de santidad alcanzado: no es un montañero obsesionado con coronar la cima más alta y más difícil. Eso indicaría muy poco sentido sobrenatural: pero se da cuenta, naturalmente, si avanza o retrocede. No tiene seguridad alguna de alcanzar la meta (o sea, la vida eterna en Dios), pero guarda la esperanza, que, como virtud teologal, también es una garantía de la fidelidad de Dios. Si contemplamos a Cristo como la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, nos asomamos al abismo del Dios que habita en una «luz

inaccesible» incluso para la persona más santa (para la que, sin embargo, esta experiencia no supone un tormento, sino un motivo de felicidad), pero si nos fijamos en Jesucristo, perfecto hombre, entonces tenemos posibilidades de acercarnos a El. Si no fuera así, todo el cristianismo (la Iglesia, el Opus Dei y este libro) sería absurdo.

No se trata, pues, de una contradicción que Mons. Escrivá de Balaguer se considerase (y lo repitió hasta el final de sus días, con absoluta sinceridad) un pecador, como lo hizo el día de sus bodas de oro sacerdotales, el Viernes Santo de 1975. Le pedía perdón a Dios, encarecidamente, profundamente convencido de que necesitaba de su benevolencia. Por otra parte, y con la misma sinceridad, se sabía un pecador al que Jesucristo acogía misericordiosamente. Y así, en aquel 28 de marzo de 1975, decía a algunas mujeres del Opus Dei, en Roma, que aquel día, después de haber trazado una raya debajo de estos cincuenta años, había hecho la suma y le había salido una carcajada: «una carcajada en la que perdono todo y pido perdón a Dios» (50).

Con estas últimas palabras -y esto no es más que una mera suposición mía- el Fundador del Opus Dei tocaba, quizá, un punto en el que había sufrido especiales tentaciones y en el que, finalmente, había salido vencedor. Mons. Escrivá de Balaguer no fue un hombre abstracto, casi flotante en un espacio internacional. Fue un aragonés tozudo y un español consciente del valor del honor. El honor, para la mayoría de los españoles, ha constituido históricamente el más alto valor social, una parte esencial de la existencia y un factor de capital importancia, tema central de la literatura española en la época de su apogeo. La conservación y la pérdida, la ofensa y la recuperación del honor constituye un tema crucial en innumerables poemas, narraciones y obras de teatro de la literatura española, sobre todo durante el Siglo de Oro. La más pequeña herida en este punto del alma, siempre hipersensible, puede conducir a tragedias sangrientas.

El Fundador del Opus Dei -y contamos con muchos testimonios suyos- sufrió calumnias graves, sobre todo durante los años cuarenta. Dijo en Buenos Aires, en 1974, que le trataron como si fuese «un trapo» (51); tanto, que una noche fue a arrodillarse ante el Sagrario, en el oratorio de Diego de León, en Madrid, a decirle al Señor: «Señor (...), si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?» (52). Esta frase expresa el desprendimiento interior de uno de los «bienes» más valiosos y más importantes, sobre todo para un hombre formado en este sentido del honor. Probablemente supuso una gran renuncia, porque con él se liberaba de la última y muy pequeña reserva de algo propio que tal vez pudiera albergarse en algún rincón de su corazón. Al dejar toda «su» honra en manos de Dios, la posibilidad de ser ofendido se desprendió de su alma como si fuera un caparazón. Por eso podía decir con toda verdad treinta años después que nunca se había sentido «ofendido» por nadie, es decir, herido en su honra.

Mons. Escrivá de Balaguer nunca permitió que una característica determinada de su personalidad, aunque fuera tan sagrada como el español sentido del honor o el orgullo aragonés, erigiera o mantuviera en su alma una especie de reino propio, arrebatando así una parcela, por muy pequeña que fuese, al reino exclusivo de Cristo. Tampoco permitió que cobraran importancia ciertas inclinaciones personales o ciertos talentos innegables, como podrían ser su gusto por la arquitectura o sus cualidades literarias... Sabía aprovechar esos talentos allí donde podían ser útiles a los fines de su

misión, pero no les concedía ningún derecho «exclusivo». También en este punto (por lo menos así me lo parece) tuvo que luchar tenazmente. Quizá con una lucha especialmente dolorosa, porque no se dirigía contra defectos, sino contra dones; mejor dicho, contra el uso de esos dones según le viniera en gana y para deleite propio.

Pienso que escribir era, por decirlo así, su «pasión dominante», y estoy convencido de que hubiera podido escribir cuentos y novelas llenos de fuerza, de profundidad y de belleza. Poseía la forma de ver las cosas de un poeta...: basta recordar la descripción que hacía de aquel pobre pastorcillo de Perdiguera para quien la riqueza no era imaginable más que bajo el concepto de «sopas con vino» (53); o la de aquel joven sencillez que entra cada mañana en la iglesia, le dice al Señor en el Sagrario «aquí está Juan el lechero» y sigue su camino ... (54); o la viveza con que retrataba a aquel pobre mendigo que, en su pobreza, le deslumbraba el brillo oscuro de su cuchara de peltre, lo único que poseía ... (55). Sí, Josemaría Escrivá de Balaguer veía las cosas con ojos de artista; y hubiera sido un gran artista si no hubiera preferido ver las cosas con los ojos de Jesucristo... Tenía un idioma lleno de poesía (esto se advierte mucho más cuando se le puede leer en el original) y en cada una de sus meditaciones era capaz de «revivir» cualquier aspecto del drama de la Redención metiendo a los oyentes o a los lectores de lleno en los sucesos; su «Santo Rosario» y su «Vía Crucis» están llenos de elementos que recuerdan los «misterios» medievales; son como secuencias poéticas que entran por los ojos, que se «ven», más que se leen...

A la edad de veintinueve años, en el verano de 1931, había escrito: «A pesar de sentirme vacío de virtud y de ciencia (la humildad es la verdad..., sin garabato), querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y su calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey» (56). Así escribe sólo un poeta; pero un poeta que no se busca a sí mismo, sino que escribe por encargo de quien, a la vez, es su «editor»: Dios mismo.

El deseo de aquel joven sacerdote se ha hecho realidad. Sus libros son conocidos en el mundo entero, sobre todo «Camino», que es como un autorretrato del Fundador del Opus Dei y, a la vez, un libro con el que todos los cristianos pueden identificarse y en el que pueden reconocerse. Un libro que, a mi modo de ver, se ha abierto paso a contrapelo de los tiempos que corren, porque es una obra «inconformista». Comparada con ella, las «Consideraciones intempestivas» de Nietzsche (57) (que, por cierto, en contra de lo que el título sugiere, eran muy conformes a los tiempos) son casi inofensivas e ingenuas. Por eso, tal vez, «Camino» ha podido llegar a ser uno de los libros más leídos en nuestro siglo, uno de los libros que más necesitaba. Si Hugo von Hofmannsthal hubiera conocido «Camino» (que aún no se había publicado) no hubiera escrito su «Jedermann» («Un hombre cualquiera») o lo hubiera escrito de forma muy distinta (58). Pues a ese «hombre cualquiera» es a quien se le abren esas novecientas noventa y nueve «puertas» de la imitación de Jesucristo que son los 999 puntos de «Camino». A él es a quien se incita -casi diríamos mejor que se le impelea recorrer esos novecientos noventa y nueve hitos que marcan el sendero de una vida cristiana corriente. El «Jedermann» que siga ese sendero vivirá más feliz, morirá mejor y llegará menos descompuesto al final del camino que aquel personaje de Hofmannsthal. «No te contaré nada nuevo»..., se afirma ya en el prólogo; el autor lo dice con claridad, para no

llamar a engaño a los intelectuales y a los beatos que, como creen conocer ya lo «viejo», están deseosos de «novedades»... «Voy a remover en tus recuerdos, para que se alcance algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio.»

Lo primero que hay que hacer si se quiere leer este libro con provecho es no indignarse a causa de las exigencias del autor, sino aceptarlas y seguir leyendo; tampoco conviene escandalizarse, asustarse o llamarse a engaño, pues algunos de sus puntos son duros, aparentemente «banales» e incluso incomprensibles a primera vista. Un conocido mío pasó por la tentación de tirar el libro a causa del punto 592, que reza: «No olvides que eres... el depósito de la basura. -Por eso, si acaso el jardinero divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso. -Humíllate: ¿no sabes que eres el cacharro de los desperdicios?» Realmente, a aquel amigo no le faltaba razón. Porque, ¿no es esto demasiado fuerte? ¿No resulta «inaguantable»? ¿No es una ofensa, un desprecio?... Al querer tirar el libro, se había dado cuenta de algo que era verdad: estas palabras tan radicales, tan «brutales» incluso, dan en la diana de la soberbia de nuestros tiempos (y tal vez de toda la edad moderna), hieren al corazón humano en su centro, alcanzan el núcleo de la locura de la «emancipación» del hombre actual. Ante el aullido acusador o el llanto lastimero, ante el «Dios ha muerto», aquí hay quien da la única respuesta: si eso es verdad, tal es tu situación... aunque no quieras.

Incluso desde un punto de vista formal, «Camino» busca estar cerca del lector (y algunas personas «sensibles» dirán que con una cercanía excesiva), pues la mayoría de las frases, de las «confidencias» están escritas en un «tú» lleno de confianza. Realmente, ¿no estamos ante otra «intromisión»?... En toda la historia de la humanidad no ha habido, es cierto, una época más indiscreta y más entrometida que la nuestra, con dos excepciones: la relación personal con Dios y la cartera. Éstos son dos puntos realmente neurálgicos, rodeados de toda clase de sistemas de defensa y de «contraataque». Quien se acerca a ellos, quien quiere penetrar en ellos, ya sabe a lo que se arriesga. Lo cual no es de extrañar, pues por estos dos puntos ha de comenzar esa «mejora de la vida» que propone el autor; en ellos se concreta y se realiza la entrega; por eso exigen esfuerzo y... provocan dolor...

El «secreto» de «Camino» consiste en que, a primera vista, los novecientos noventa y nueve puntos pueden parecer máximas de calendario, pero profundizando un poco más se advierte que son reglas de vida llenas de prudencia. Al leerlos por primera vez se piensa: «Bueno, esta frase y aquella otra son especialmente acertadas, esta otra no tanto, aquélla no me incumbe y esa otra sólo en parte...» Eso hace que tanto una mente sencilla como una cabeza complicada, una inteligencia poco culta como otra muy sabia puedan «interesarse» por el libro, hasta verse fascinados y acabar reconociendo - cada cual por su cuenta y a su manera que cada uno de los novecientos noventa y nueve puntos se asemeja a un profundo aljibe que «la plomada» de nuestro reflexionar casi nunca llega a «sondear» totalmente. «Camino» tiene una cosa en común con las obras maestras de la literatura y del arte: se adecua plenamente a cualquier capacidad intelectual. Al que no le diga «absolutamente nada», seguramente es porque no tiene nada que decirse a sí mismo.

En el punto 120 de «Camino» (incluido ya en la primera edición, aparecida en 1934 con el título de «Consideraciones espirituales») el autor escribía: «Os prometo un libro -si Dios me ayuda- que podrá llevar este título: "Celibato, Matrimonio y Pureza"». Y tres decenios después, en 1967, durante un encuentro con universitarios en Pamplona, anunciaba un libro sobre problemas de la Universidad. Cuando unos meses más tarde le preguntaron por él, contestó: «Confío en que el libro saldrá y en que podrá servir a profesores y alumnos (...) Quizá tarde todavía un poco, pero llegará» (59). Si se tiene en cuenta que Monseñor Escrivá nunca hablaba por hablar, como sus dos anuncios se quedaron sin cumplir, lo más probable es que tuviera que sacrificar esos dos proyectos por falta de tiempo para realizarlos (60).

No sólo escritor, sino también arquitecto hubiera podido ser Monseñor Escrivá de Balaguer. Si Dios no le hubiera elegido para ser sacerdote y Fundador del Opus Dei, España seguramente hubiera contado con un importante arquitecto más. Ya hemos hablado de su participación constante y activa en los muchos edificios con cuya construcción tuvo que ver directamente. Muchos testimonian su capacidad para prever proyectos generosos y de gran belleza estética, funcionales y prácticos, pensados hasta el último detalle concreto. Tenía un agudo sentido de las proporciones, y sabía dónde había que colocar un grifo o un enchufe. Los obreros de la construcción le tenían un gran respeto, porque enseguida descubría un muro mal rellenado o una cornisa revocada de mala manera. El santuario mariano de Torreciudad (61), situado cerca de Barbastro, debe a la iniciativa de don Josemaría no sólo su redescubrimiento, su reconstrucción y su revitalización, sino también la genial idea arquitectónica de edificar un nuevo santuario «con los brazos abiertos», aunque en ningún momento recortó la libertad del arquitecto responsable, Heliodoro Dols.

El último viaje de su vida le llevó precisamente a Torreciudad, es decir, a su patria chica, a los escenarios de su juventud, muy cerca de Barbastro. Llegó allí al mediodía del 23 de mayo de 1975. En la alta torre de la nueva iglesia (que con toda propiedad se puede decir que se había terminado de construir un día antes) sonaban las campanas. Fuera, el Fundador rezó el Regina Coeli. Y luego se dirigió inmediatamente hacia la pequeña y vieja ermita de la Virgen de Torreciudad, que, cercana al Santuario, sigue testimoniando la fidelidad en la fe de más de veinte generaciones. En el mismo lugar en el que ahora rezaba la Salve, setenta y un años antes sus padres le habían llevado para dar gracias a la Virgen por su curación de una grave enfermedad y para ponerle bajo su protección. Una protección que, desde entonces, no le había faltado ni una sola hora, ni un solo minuto, en ninguna situación de su vida.

Don Josemaría había vivido amparado por ella como por una coraza invisible. En aquel momento de profunda emoción quizá recordara a sus padres, a su hermana Carmen; a Isidoro Zorzano, a José María Hernández Garnica; a aquel desconocido que, en la guerra, habían ahorcado por error; a su hija Montserrat Grases, que había muerto en 1959 a los dieciocho años y cuya Causa de Beatificación se había abierto en 1962... Y también estarían presentes en su pensamiento todos sus amigos y especialmente sus hijas e hijos en la Obra: los que ya le habían precedido, los que aún vivían y trabajaban y los que vendrían en el futuro a trabajar en la viña del Señor contratados «por un denario»... Sí, quizá con todas estas imágenes ante los ojos del alma se dirigiría ahora a su protectora con las palabras «Madre de misericordia». Ponía en ellas no sólo el

agradecimiento cotidiano que ya le había mostrado miles y miles de veces. Eran un resumen de aquella gran alabanza que había predicado con palabras y realizado con obras desde hacía cincuenta años: «Alabad a Yahveh todos los pueblos, y todas las naciones le celebren, pues perenne es su gracia con nosotros y de Dios la verdad que dura por siempre» (Ps 116). «Madre de misericordia»: ésta era su alabanza en honor de Aquella gracias a la cual la Divina Misericordia se hizo Hombre y vino al mundo para quedarse en él para siempre...

Luego, cuando unas horas más tarde, penetró por primera vez en el nuevo Santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad, al encontrarse en aquel extenso espacio, bañado en una luz de color ambarino, y al contemplar el retablo, sintió una alegría indescriptible y exclamó: «Sólo los locos del Opus Dei hacemos esto, y estamos muy contentos de ser locos (...) Lo habéis hecho muy bien. Habéis puesto tanto amor aquí (...) pero hay que llegar hasta el final (...) ¡Qué bien se va a rezar aquí!» (62).

Sí: oración... y confesión. Torreciudad no es un centro turístico que invita a una «parada» piadosa, sino un centro de peregrinaciones en el que muchas personas han iniciado su conversión o su «reconversión». El arquitecto había previsto veinte confesonarios... «Cuarenta», dijo Monseñor Escrivá. Miraba hacia el futuro y sabía que no estarían desocupados. En uno de ellos se confesó él mismo, el primero, con don Alvaro, su hijo, su amigo, su gran ayuda, su alter ego y, pronto, también su sucesor...

El 26 de mayo regresó a Roma, a la vida normal de trabajo cotidiano. Todavía viviría treinta y un días. Muchos testimonian que poseía el don sobrenatural de prever acontecimientos futuros, tanto respecto a personas individuales como a tendencias y desarrollos de la época y del ambiente. Desconocemos si también tuvo esta facultad con respecto a su propia muerte, pero si lo supiéramos, no tendría demasiada importancia. Su voluntad se había fundido de tal manera con la Voluntad de Dios que, sin soberbia, podría haberse apropiado de las palabras del Señor: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Un 4,34). Había hecho lo que Dios le había exigido: siempre y en todo. Nunca había hecho oídos sordos, nunca había hecho como si no entendiera; siempre había obedecido, con rapidez y plenitud, especialmente en todo aquello que realmente no entendía... ¿Qué quedaba por hacer? El Opus Dei podía servir como ejemplo de la parábola del grano de mostaza (Mt 13, 31-32): la diminuta semilla se había convertido en un gran árbol, «hasta el punto de que los pájaros del cielo acuden a anidar en sus ramas». Y este árbol, ¿qué era sino un nuevo tallo, sano y pujante en el viejo tronco de la Iglesia siempre joven?

¿Sentía algún temor al considerar la situación en que se encontraba la Iglesia? No, porque era y sería siempre indestructible. Su Fundador y Cabeza lo había prometido: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»; y el Señor había rezado por Pedro, «para que no vacile tu fe», y le había dicho: «Tú, vuélvete y fortalece a tus hermanos». No, no tenía miedo al considerar la situación de la Iglesia, pero sufría por ella, porque la amaba y veía que ella sufría: por la desobediencia, por el rechazo, por la frialdad de sus propios hijos... «Todos los días -decía aún en la mañana del 26 de junio, después de la Misa (había celebrado la Misa votiva de la Virgen)-, desde hace

años, ofrezco la Santa Misa por la Iglesia y por el Papa (...) Me (...) habéis oído decir muchas veces, que he ofrecido al Señor mi vida por el Papa, cualquiera que sea»" (63).

Aquella mañana, acompañado por Alvaro del Portillo y otros dos hijos suyos, se dirigió a Castelgandolfo para visitar a las chicas que tomaban parte en un curso en el Centro de estudios de «Villa delle Rose», sede del Collegium Romanum Sanctae Mariae. También aquí sus palabras -las últimas que pronunció como Padre entre sus hijos, palabras que han pasado a ser una herencia de gran valor- se refirieron a la Iglesia y al Papa. Pidió a sus hijas que cumplieran a conciencia y con fidelidad aquellos deberes que se refieren al espíritu de la Obra. Les pidió que tomaran todo, absolutamente todo, como una ocasión para vivir realmente la intimidad continua con Dios, con Su Madre, con San José, con los Santos Angeles, «para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo, en estos momentos» (64). Y por segunda vez en aquella mañana, hora y media antes de que su voz callara para siempre, les exhortó de manera casi imperiosa: «Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa, cualquiera que sea. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio para su Iglesia y para el Santo Padre» (65).

De pronto se sintió mal; interrumpió la conversación, reposó unos minutos en «Villa delle Rose» y regresó a Roma. Poco después, al filo de las doce se desplomaba en la habitación del Secretario General, donde solía trabajar. El corazón le había fallado, pero aún respiraba. Alvaro del Portillo pudo administrarle la absolución y también la Unción de los Enfermos (siempre, al hablar de su muerte, había pedido que no le dejaran morir sin este tesoro). Todos los intentos de reanimación y toda la ciencia médica resultaron inútiles (66): el corazón había dejado de latir definitivamente. Había terminado la vida de un gran hombre; con ella se había abierto un nuevo capítulo en la historia de la Iglesia, y finalizaba la primera parte de la historia del Opus Dei: la época fundacional.

En la última piedra de Villa Tevere, que Monseñor Escrivá de Balaguer había bendecido y colocado el 9 de enero de 1962, había mandado grabar estas palabras del Eclesiastés (67):

MELIOR EST FINIS QUAM PRINCIPIUM*

Cinco palabras tan sólo, que, sin que él lo supiera, reflejaban lo que había sido toda su vida.

Notas

I. TRADICIÓN Y PROGRESO EN LA VIDA DE LA IGLESIA. UN EJEMPLO: EL Opus Dei.

1. Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, 14ª edición. Madrid, 1985, n. 55 (se cita como: Conversaciones).

2. *Ibíd.*

3. Las distintas partes de la Iglesia oriental se diferencian, más que por criterios territoriales, por su rito.

4. Mientras el Opus Dei tuvo la figura jurídica de un «Instituto Secular», o sea hasta el 28-XI-1982, su Director recibía el nombre de Presidente General. La posibilidad de ordenar sus sacerdotes y de incardinarlos la tenía el Opus Dei ya desde su aprobación como Instituto Secular de Derecho Pontificio, o sea desde 1947; como Prelatura personal conserva este derecho, anclado ahora en una estructura del derecho común de la Iglesia. Como destaca la Declaración de la Congregación para los Obispos del 23-VIII-1982, no se quita ningún sacerdote o diácono o seminarista a las diócesis, pues los sacerdotes que pertenecen al clero de la Prelatura, ya antes de su ordenación habían pertenecido durante años al Opus Dei ejerciendo una profesión; al ser admitidos en la Obra no tenían intención de llegar a ser sacerdotes.

II. HUELLAS EN LA NIEVE

Vocación

1. RHF 20164, p. 222.

Orígenes

2. Los abuelos de Josemaría Escrivá, José Escrivá Zaydín y Pascual Albás, murieron en 1894 y 1886, antes del nacimiento de su nieto. Su abuela por parte paterna, Constanca, vivió hasta 1912; la abuela por parte materna hasta 1925.

Niñez en Barbastro

3. RHF 8202.

4. Romana. Postulación de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote, Fundador del Opus Dei. Artículos del Postulador. Roma 1979: 7 (se cita como: Artículos).

5. Artículos, 3.

6. Se trata del P. Enrique Labrador. Los Escolapios fueron fundados en 1617 por el sacerdote aragonés S. José de Calasanz. El nombre completo de la Orden es: «Ordo Clericorum Regularium Pauperum Matris Dei scholarum piarum».

7. RHF 20760, p. 760.

8. RHF 21839.

9. RHF 20164, p. 358.

10. Carta, 15-VIII-1953.

11. RHF 20148, pp. 15-16.

12. Georg von Rauch: Lenin. En Grandes biografías, volumen II. Bilbao, 1976,p.13.

13. RHF 5080.

14. Josemaría Escrivá de Balaguer: Camino, 41.1 ed. Madrid, 1984, n. 439 (se cita como: Camino).

15. Josemaría Escrivá de Balaguer: Amigos de Dios. Homilías. Madrid, 9.' ed., 1984, n. 301 (se cita como: Amigos de Dios).

16 RHF 3270.

17. Artículos, 12.

El sí al sacerdocio

18. Carta, 28-111-1971.

19. Artículos, 17.

20. Paul Claudel, quien más tarde sería un gran poeta, tuvo el 25 de diciembre de 1886, durante las Vísperas de Nót-re-Dame, una vivencia sobrenatural que produjo su conversión interior a la fe católica.

21. Algo parecido le sucedió al escritor André Frossard, que había crecido y se había formado en un ambiente ateísta, en el año 1935. Cfr. a este respecto: André Frossard: Dios existe: Yo me lo encontré. Madrid, 1969.

22. RHF 5379.

23. Desde 1975 es Secretario General del Opus Dei. Con la erección de la Obra como Prelatura personal ha pasado a ser Vicario General.

24. Artículos, 12.

25. La Orden Carmelita se desarrolló a partir de una colonia de eremitas fundada por el cruzado Bertoldo de Calabria en 1155 en el Monte Carmelo; en 1238 sus miembros retornaron a Occidente. San Simón Stock, en 1247, dio a la comunidad las formas de una orden mendicante. El «Ordo fratrum Beatae Mariae Virginis de Monte Carmelo» comprende la rama de las y los Carmelitas calzados y la de las y los Carmelitas descalzos; estos últimos tienen su origen en la reforma de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Esta orden contemplativa también desarrolla su labor en tierras de misión. Se llaman «descalzos» porque, por humildad, no llevan calzado o tan sólo unas sandalias ligeras y abiertas. Éstas eran el signo externo de la reforma teresiana, que numerosos «calzados» no aceptaron durante siglos.

26. Artículos, 251.

27. *Ibíd.*, 18.

28. RHF 20166, p. 74.

29. RHF 20770, p. 467.

30. RHF 21801.

31. RHF 20775, p. 425.

32. RHF 20165, p. 944.

III. LA ORACIÓN EN LA NOCHE

Seminarista en Zaragoza

1. En los pisos altos -3.- y 4.- del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos Borromeo, una institución de sacerdotes que colaboraba con el Obispo en tareas especiales, estaba el Seminario de San Francisco de Paula, en el que residió Josemaría

Escrivá los años de sus estudios eclesiásticos en Zaragoza (desde septiembre de 1920 a marzo de 1925).

2. RHF 3254, pp. 5-6.

3. RHF 2864.

4. Ha habido y hay (en este punto nada cambia) vocaciones específicas a una entrega total e incondicionada, también como decisiones instantáneas; igualmente se han dado decisiones de emprender una vida cristiana más intensa, pero sin una vocación específica, y conversiones a la fe o la vuelta a ella; y, finalmente, el apartamiento. Éstas son las posibilidades de la libertad personal que ha de soportar cada decisión y que nunca puede ser mermada.

5. Camino, 20.

6. *Ibíd.*

7. RHF 2865.

Muerte de un Prelado

8. No me ha sido posible obtener información de si Josemaría, en alguna ocasión, siguió estas invitaciones.

9. Las órdenes menores (ostiario, lector, exorcista y acólito) las recibió Josemaría Escrivá, de manos del Cardenal Soldevilla, el 17 de diciembre de 1922.

10. La tonsura (el corte de pelo como signo de entrega a Dios) aparece primero en el monacato oriental; para el clero diocesano se adoptó en el siglo V y se prescribió de manera general en el siglo XIII. En la Iglesia latina la tonsura menor siguió vigente hasta la derogación por el Papa Pablo VI en 1972.

11. Cfr. Diccionario de Historia Eclesiástica de España. Tomo IV. Madrid, 1975, p. 2499.

12. Conversación con el Prelado del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, en Colonia, 24 de enero de 1981.

13. *Ibíd.*

¿Cuál es la identidad del sacerdote?

14. Artículos, 29.

15. *Ibíd.*

16. PS. 6 Paenitentiales, n. 2.

17. *In dimissionem Chananaeae*, 10.

18. Cfr. RHF 20091, p. 11.

19. *Ibíd.*, p. 12.

20. Josemaría Escrivá de Balaguer: Sacerdote para la eternidad (Homilía, 13-IV-1973). Madrid, 4ª ed., 1977, p. 19.

21. *Ibíd.*, p. 23.

22. *Ibíd.*, pp. 27 ss.

23. *Amigos de Dios*, n. 177.

24. *Ibíd.*, n. 184.

25. RHF 20082, p. 44.

Párroco de pueblo

26. RHF 3273.

27. Artículos, 35.

28. RHF 20770, p. 413.

29. RHF 20164, pp. 223-224.

La carrera de Derecho en Zaragoza

30. RHF 20164, p. 222.

31. Conversación con Juan Antonio Cremades Royo en Zaragoza (19-VI-1981). Cremades, durante un tiempo Gobernador Civil en Lérida, permaneció unido durante toda su vida a Mons. Escrivá con lazos de amistad personal y familiar.

32. «Alfa-Beta». Revista mensual. Órgano del Instituto Amado, Zaragoza, Tomo 1, n. 3, marzo de 1927, pp. 10-12.

33. *Ibid.*, p. 12.

34. RHF 3870.

35. Primera edición: Madrid, 1944; segunda edición: Madrid, 1974. Teniendo en cuenta todos los documentos y la literatura especializada (también bastantes publicaciones en lengua alemana), el libro expone los orígenes y el desarrollo del monasterio de Las Huelgas, fundado al filo de los siglos xii y Xiii junto a Burgos. Estudia especialmente la jurisdicción y la práctica de gobierno de las Abadesas, que supieron mantener una posición de casi-autonomía. Se trata de una colaboración notoria e interesante a la historia del derecho canónico español, un libro que abarca el desarrollo durante más de medio milenio. De especial interés es el capítulo XI, en el que se trazan

comparaciones con otras abadías reales en Europa como Quedlimburg en Alemania o Fontevrault en Francia.

36. Camino, 983.

IV. LAS CAMPANAS

Un hermano de los pobres en Madrid

1. Es necesario distinguir en este punto entre las denominaciones que son correctas desde un punto de vista jurídico y las que responden a la situación fáctica. Desde el 19-XII-1931 hasta el 26-VII-1947. España fue constitucionalmente una República; desde entonces, una Monarquía. De hecho, durante la Guerra Civil existió una «zona roja» y una «zona nacional» (la cual ya durante la contienda fue derivando hacia un Estado autoritario).

2. Artículos, 44.

3. RHF 20164, pp. 358-359.

4. RHF 20119, p. 12.

5. RHF 21504, n. 302.

6. RHF 20119, p. 13.

7. *Ibidem*.

8. Cfr. Malcolm Muggeridge: Mutter Teresa. Ein Leben für die Ausgestossenen. Friburgo de Brisgovia, 1978. A la pregunta del periodista: «En realidad, ¿usted qué hace por esos moribundos?», la Madre Teresa responde: «En primer lugar queremos darles la sensación de que se les quiere, queremos que se den cuenta de que hay personas que realmente les aman y quieren tenerles cerca, por lo menos durante esas pocas horas de vida que les quedan, para que así conozcan el amor humano y el divino. Que también

ellos se den cuenta de que son hijos de Dios y de que no se les ha olvidado...» (pp. 73 ss.).

9. Camino, 194.

El nacimiento del Opus Dei

10. Según una costumbre secular de la Iglesia Católica se denominan Siervos de Dios a quienes tienen iniciada la Causa de Beatificación.

11. En 1625 San Vicente de Paúl fundó una congregación de sacerdotes seculares (Congregación de la Misión, con las siglas CM), que se dedica a la misión en el propio país y en el extranjero. Además de la denominación de PP. Paúles se les conoce también bajo la de «Lazaristas», por haber tenido su origen en el priorato de San Lázaro, en París.

12. Artículos, 45.

13. Amigos de Dios, n. 197.

14. RHF 21500, nota 9.

15. RHF 20165, pp. 912-913.

16. RHF 21500, nota 9.

17. RHF 4678.

18. Catecismo Romano (Catecismo para los párrocos según el decreto del Concilio de Trento, mandado publicar por San Pío V y Clemente XIII), Madrid, 1971.

19. *Ibíd.*, 26.

20. *Ibíd.*, 387.

21. *Ibíd.*

22. Tobías 5, 6; 12, 17.

23. Hechos de los Apóstoles 12, 7-9; 5, 19.

24. Amigos de Dios, n. 315.

25. Carta, 24-III-1930.

26. Carta, 9-I-1932.

27. Desde la aprobación de Opus Dei como institución en la Iglesia Católica, a su director se le denominaba “Presidente General”; con la erección de la Prelatura personal ha pasado a ser Prelado. Dado el carácter de familia espiritual de la Obra, el Presidente General antes y Prelado ahora es para los miembros de la Obra “el Padre”.

28. RHF 20166, p. 1101.

29. RHF 20755, p. 298.

30 Artículos, 48.

31. Carta, 28-I-1975.

32. RHF 20755, p. 293.

33. RHF 20164, p. 792.

34. Conversación con el profesor Dr. Amadeo de Fuenmayor en Pamplona, el 21 de junio de 1981.

35. *Ibíd.*

36. *Ibíd.*

Invisible a los ojos de los hombres

37. Artículos, 45.

38. RHF 20165, p. 1024.

39. Conversaciones, n. 68.

40. Carta, 9-I-1932.

41. Carta, 11-III-1940.

42. Conversaciones, n. 66.

43. Sin embargo, es importante dejar claro que Josemaría Escrivá inmediatamente informó al Obispo de Madrid de lo que se sucedió el 2 de octubre de 1928.

44. RHF 4393.

45. RHF 4678.

46. Boletín trimestral de la Obra Apostólica del Patronato de Enfermos.

Madrid, enero del 1928.

47. Hoja informativa, n. 2; cfr. RHF 3283.

48. Salvador Bernal: Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, 6ª ed. Madrid, 1980, pp. 120 y ss.

49. RHF 4393.

50. RHF 4678

Dios quiere que haya mujeres en el Opus Dei

51. RHF 20754, p. 116.

52. *Ibíd.*, p. 117.

53. *Ibíd.*

54. Era la madre de la fundadora de las Damas Apostólicas, Luz Rodríguez Casanova.

55. Carta, 29-VII-1965.

56. RHF 21076, p. 12.

57. *Ibíd.*

58. RHF 20754, pp. 358-359.

59. RHF 20755, p. 298.

60. 14 de febrero de 1930: fundación de la sección de mujeres del Opus Dei; 14 de febrero de 1943: fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, unida inseparablemente al Opus Dei.

61. RHF 20754, p. 126.

62. RHF 21128, p. 22.

63. Conversaciones (“la mujer en la vida del mundo y de la Iglesia”; entrevista a la revista “Telva”, Madrid, 1-II-1968)

64. *Ibíd.*, n. 87.

La obediencia, sello de autenticidad

65. RHF 20170, p. 161.

66. RHF 20771, pp. 399-400.

67. Carta, 24-111-1930.

68. RHF 4197.

69. RHF 159.

70. Carta, 31-V-1954.

71. Carta, 6-V-1945.

72. Además el Fundador siempre se aseguró de que los Ordinarios de las diócesis en las que trabaja el Opus Dei estuvieran de acuerdo con esa labor.

73. RHF 20754, p. 117.

74. Friedrich Schiller: «Das Lied von der Glocke» del año 1779. Esta poesía de Schiller canta a una campana; las palabras latinas recogen el lema de dicha campana. Era usual que en el borde inferior de las campanas figurara un triple lema, fundido en el bronce al tiempo de hacerlas. La tercera parte de este lema («fulgura frango») se refiere a una creencia de antaño según la cual, cuando había tormentas con gran aparato eléctrico, al echar las campanas al vuelo, su badajeo rompía los rayos, impidiéndoles caer.

La primera carta

75. Carta, 24-111-1930.

76. Ibíd

77. Ibíd.

78. *Ibíd.*.

79. *Ibíd.*

40. *Ibíd.*

81. Véase nota³⁴

82. Con esta expresión, el Fundador se refería al cumplimiento minuciosamente puntual de los deberes previstos en el plan de vida; como ejemplo solía citar el levantarse por la mañana: en cuanto suene el despertador...

83. Carta, 24-111-1930.

84. *Ibíd.*

La última carta

85. Se trata de la «Constitución Dogmática sobre la Iglesia» (que se suele citar por las dos primeras palabras «Lumen gentium»); texto latino en *Acta Apostolicae Sedis* 57 (1965), pp. 5-75; «Decreto sobre el apostolado de los laicos» («Apostolicam Actuositatem»), en *AAS* 58 (1966), pp. 837-864; «Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy» («Gaudium et spes»), en *AAS* 58 (1966), pp. 1025-1115.

V. CONQUISTADORES Y GRANOS DE TRIGO

1. *Praktisches Bidelhandbuch, Wortkonkordanz*. Stuttgart, 9ª edición, 1968. Cristóbal Colón y Josemaría Escrivá

2. Carta, 9-1-1932.

3. Conversaciones, n. 114.

4. *Ibíd.*, n. 113.

5. *Ibíd.*, n. 114.

6. Vivió entre 1567 y 1622; fue Obispo de Ginebra y uno de los pilares de la reforma católica en Francia, tras las guerras de religión. Junto a Santa Juana Francisca de Chantal fundó la Orden de la Visitación (Salesas). Es uno de los mayores teólogos, predicadores y escritores religiosos de toda la historia de la Iglesia. Su obra más conocida, «La introducción a la vida devota», es una escuela de la vida interior y, a la vez, una ayuda para que los laicos realicen la perfección cristiana en la familia y en la profesión, en medio que los quehaceres del mundo. San Francisco de Sales es Doctor de la Iglesia, Patrón de los periodistas y escritores.

7. Vivió entre 1795 y 1850. Wilhelm Schamoni escribe sobre este sacerdote romano: «Tras la miseria religiosa de la época napoleónica y en los decenios de efervescencia anteriores a 1848, Palotti se convirtió en el alma de la "reconstrucción" vista no como restauración de lo que fue, sino como preparación de un nuevo futuro. Su celo ardiente por el Reino de Dios soñaba con una gigantesca idea, con una renovación de la Iglesia y de toda la sociedad por medio de un movimiento apostólico, a despertar entre los sacerdotes y los seglares para que, con las armas de la oración, de la penitencia, de las actividades caritativas y de la verdad, volvieran a llevar el espíritu de Cristo a todos los sectores de la vida. Así vino a ser un antecesor de la Acción Católica» («Das wahre Gesicht der Heiligen». WürzburgHildesheim-Nue.'a York. 5' edición, 1966).

8. John Henry Newmann vivió entre 1801 y 1890. Como pastor y teólogo protestante fue una de las personalidades más destacadas del «movimiento de Oxford», cuyo fin consistía en dar nueva vitalidad a la herencia católica en Inglaterra. En 1845 se convirtió al catolicismo; en 1847 fue ordenado sacerdote en Roma; en Birmingham fundó el primer Oratorio de San Felipe Neri. Supo unir una crítica muy personal en lo que queda a la libre discusión con una fidelidad incondicionada a la fe de la Iglesia Católica tal como se ha formulado en los dogmas. En 1879 el Papa León XIII le nombró Cardenal.

9. Cfr. los documentos reunidos en «Die kirchlichen Urkunben für die Weltgemeinschaften (Instituta Saecularia)». Ensiedeln, 1963.

«Fundamentos de piedra de granitos

10. RHF 20755, p. 320.

11. RHF 20156, pp. 492-493.

12. Carta, 24-X-1942.

13. Ibíd.

14. Ibíd.

15. El Prelado del Opus Dei puso el texto a mi disposición para que pudiera consultarlo.

16. Montero Moreno, A., Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939). Madrid, 1959, pp. 594-595.

17. Véase nota 15.

18. RHF 3381-7.

19. RHF 3381-5.

20. Véase nota 15.

21. Alonso de Orozco (1500-1591) fue fraile agustino; en 1554 pasó a ser Predicador del Emperador Carlos I. Con su predicación y su atención de los pobres y los encarcelados desarrolló una amplia actividad pastoral en Madrid. En sus escritos supo unir la profundidad mística con un estilo popular.

22. Artículos, 70.

23. Carta, 9-1-1959.

24. Ibíd.

25. Artículos, 72.

26. Josemaria Escrivá de Balaguer: Vía Crucis, 8.ª edición. Madrid, 1984.

27. Ibíd.

28. Ibíd.

29. RHF 20107, p. 11. El Opus Dei es familia

30. Es la imagen de la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, colocada en el lugar donde, según la tradición, fue encontrada: en la Cuesta de la Vega, en el lugar donde ahora se construye la catedral de Madrid.

31. Carta, 6-V-1945.

32. RHF 20095, p. 7.

33. Palabras tomadas de la oración para la devoción privada al Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer.

34. RHF 20750, p. 274.

35. *Ibíd.*

36. RHF 20056, p. 6.

37. RHF 20102, p. 55.

38. RHF 21503, nota 179.

39. *Ibíd.*, n. 18.

40. *Ibíd.*, nota 24.

41. Cfr. RHF 20754, pp. 263-267.

42. Cfr. Carta, 24-111-31.

43. Storti, Rosa María: «Isidoro Zorzano. La vida y el trabajo de un ingeniero». En *Cristianos corrientes. Textos sobre el Opus Dei*. Madrid, 1970, p. 144.

44. *Ibíd.*, p. 146.

45. *Ibíd.*

46. Vivió entre 1815 y 1888. Fue ordenado sacerdote en 1841 y, con toda razón, se le llama «apóstol de la juventud». Acogió sobre todo a los jóvenes más pobres, a los abandonados y marginados. Es el Fundador de los Salesianos, una Congregación de más de veinte mil miembros extendida por todo el mundo. Para atender a la juventud femenina fundó la Congregación de las Hermanas de María Auxiliadora.

47. Storti, o. c., pp. 147 ss.

48. Conversación con Juan Jiménez Vargas en Pamplona, 20 de junio de 1981.

49. RHF 4152.

50. RHF 4152 y 2750.

50a. A este respecto, Juan Jiménez Vargas precisa: «En enero de 1933 unos grupos de anarcosindicalistas, en el pueblo de "Casas Viejas", después de asesinar a varios guardias civiles, proclamaron la «Revolución Libertaria». Algunos de éstos fueron llevados a la Cárcel Modelo. Los hacían bajar al mismo patio donde jugaban al fútbol los del 10 de agosto, que mantenían una agresiva distancia frente a los nuevos vecinos. José Antonio Palacios, en el locutorio, se desahogó contándole a don Josemaría lo que ocurría, sin sospechar que iba a recibir una contundente contestación. Aquel sacerdote, que por encima de todo era sacerdote, le dijo muy seriamente que tenían que ser comprensivos y que pensaran que aquéllos probablemente no habían tenido unos padres cristianos, y habían vivido en un mal ambiente. Les recomendó aprovechar toda ocasión para charlar con ellos hasta llegar a repasar el catecismo y pocos días después les llevó a la cárcel unos ejemplares del catecismo. Los del 10 de agosto hicieron caso a estos consejos, que tanto les impresionaron, y en el patio todo cambió, hasta el punto de organizar partidos de fútbol en los que en cada equipo podían verse mezclados individuos de los dos bandos». (Véase nota 48.)

50b. Así me lo comentó Juan Jiménez Vargas: «En aquellos críticos comienzos de los años 30, por la fuerte presión que coaccionaba a los católicos, empujándoles a una determinada actuación política con la pretensión de formar un partido católico único, muchos, fanáticamente, habían llegado a creerse que seguir esa línea política era una obligación de conciencia, lo que había desatado toda una campaña en contra, y así los católicos quedaban divididos. Es fácil imaginar el impacto que hacía entre los de la Modelo -activistas de pocos años que se resistían a aquella imposición- la actitud de don Josemaría, que, sin hacer política y hablando de amor a la Iglesia y fidelidad al Magisterio, daba una diáfana visión de la libertad política de los católicos». (Ibíd.).

50c. Es interesante a este respecto el comentario del profesor Jiménez Vargas: «En la explicación que el Fundador del Opus Dei daba sobre la santificación del trabajo ordinario dirigida a estudiantes universitarios, trascendía la inspiración sobrenatural. Pero además se veía que era un hombre conocedor de la universidad como cosa vivida.

En el ambiente universitario de aquellos años había grupos reducidos, que se sentían como los únicos "intelectuales", para los que lo religioso carecía de valor. Para éstos la ciencia y la investigación instrumentalizadas no eran más que un medio de tener prestigio y poder, y por eso con éstos jugaban las fuerzas políticas. Otros grupitos se caracterizaban por sus alardes de catolicismo y se les podría llamar "católicos oficiales". Se sentían obligados a aspirar a ocupar cargos, a asaltar puestos, a encaramarse en las cátedras como un servicio a la Iglesia. No era raro que algunos se dejaran arrastrar por esta corriente como un medio de medrar. Cualquier estudiante mínimamente conocedor de estas tendencias, cuando escuchaba al Fundador del Opus Dei, descubría un panorama inesperado porque su enfoque de la actividad profesional de los universitarios era radicalmente distinto como se veía con toda evidencia cuando lo situaba dentro de la santificación del trabajo ordinario. Baste recordar que cuando lo exponía hablaba siempre de los primeros cristianos, con lo cual el estudio y el trabajo quedaban centrados con todo su valor humano en la vida de un cristiano corriente».

50d. Así recuerda Jiménez Vargas la génesis de aquella conversación: «Los detenidos políticos recibían a diario muchas visitas, que abarrotaban el locutorio, y para don Josemaría eran también un atractivo de apostolado, aunque por el barullo resultara difícil llegar a conversaciones personales. También yo acudía todas las mañanas a la cárcel, a visitar a mis amigos. Don Josemaría, que se interesaba por todos aquellos que más o menos indirectamente conocía, trató de localizarme sin conseguirlo, y me mandó un expeditivo aviso, pero yo fui dando largas, y así aguanté, dejando pasar un mes tras otro. Por fin, a principios de 1933, el 8 de enero, tuve que escuchar una extensa explicación».

51. Cfr. RHF 4152.

Las obras de los Arcángeles

52. Sobre lo que sigue, cfr. RHF 20790, pp. 246-253.

53. Carta, 16-VII-1933.

54. *Ibíd.*

54^a. En la conversación que mantuvimos (véase nota 48), Juan Jiménez Vargas lo narró así: «A principios de 1933, en un primer plano de la actividad del Fundador del Opus Dei, estaba la labor con universitarios, aunque no dejaba de procurar la amistad de todo tipo de personas. Los estudiantes que más le trataban en aquella época tenían la impresión de que el Fundador de la Obra, después de una larga temporada de

encomendar el modo concreto de empezar la realización de actividades propias o específicas de la Obra, "vio» claro que la Voluntad de Dios era empezar a fondo la labor con estudiantes».

55. RHF 20157, p. 881.

56. RHF 20755, p. 338; no se dice aquí expresamente, pero se sobreentiende, que siempre se añade el amplio campo del apostolado con los adultos, con los casados, la «labor de San Gabriel».

57. *Ibíd.*, p. 341.

58. RHF 21500, n. 20.

59. RHF 21504, nota 25.

La semilla va creciendo

60. RHF 751.

61. *Ibíd.*

62. RHF 4391.

63. *Ibíd.*

64. RHF 20167, p. 151.

65. RHF 20165, p. 151.

66. RHF 20167, p. 146.

67 RHF 162.

68. Diccionario de Historia Eclesiástica de España. Madrid, 1972, tomo II, p. 1388.

69. Don Leopoldo Eijo y Garay, entre otras cosas, fue Presidente del Instituto de España y de la «Comisión de Educación Nacional de las Cortes Españolas»; Consejero del Reino; Director del Instituto «Francisco Suárez» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Académico de la Real Academia de la Lengua y de la de Ciencias Morales y Políticas.

70. RHF 20760, p. 170.

71. Amigos de Dios, nn. 42-43.

72. Carta, 6-V-1945.

73. RHF 20167, pp. 1229-1231.

74. RHF 20166, p. 1125.

VI. GUERRA EN ESPAÑA

La prehistoria de la guerra

1. Cfr. a este respecto: Richard Konetzke: «Die iberischen Staaten von 1875 bis zum 1. Weltkrieg (1875-1917)». En Handbuch der europäischen Geschichte. Editado por Theodor Schieder. Tomo VI: Europa im Zeitalter der Nationalstaaten und europäische Weltpolitik bis zum Ersten Weltkrieg. Stuttgart, 1968, pp. 503- 533. Cfr., además: Ramón Menéndez Pidal: Los españoles en la historia, 2.1 edición. Madrid, 1971.

2. Cfr. a este respecto y sobre lo que sigue: Richard Konetzke: «Die iberischen Staaten vom Ende des 1. Weltkriegs bis zur Ara der autoritären Regimen (1917-1960)».

En Handbuch der europdischen Geschicbte. Tomo VII: Europa in Zeitalter der Weltmächte. Stuttgart, 1979, parte 1 .1, pp. 651-693. Cfr., además: Vicente Rodríguez Casado: Conversaciones de Historia de España, tomo XIII. Barcelona, 1965.

3. Konetzke: Handbuch der europáischen Geschicbte. Tomo VII, parte 1', pp. 671 y ss.

4. *Ibíd.*, p. 676.

5. *Ibíd.*, p. 677 y ss.

6. Cfr. Hellmuth Günther Dahms: Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939. Tubinga, 1962. Por su empeño de objetividad y justicia este libro es una de las mejores exposiciones del complejo tema por parte de un autor alemán. Se cita como Dahms.

7. Conversación con el profesor Dr. Vicente Rodríguez Casado, Catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Madrid; Madrid, 17 de junio de 1981. Durante la conversación, el historiador me comentó, entre otras cosas: «España, que no había conocido las guerras de religión, las "recuperó" con las guerras carlistas del siglo xix, que fueron contiendas entre católicos conservadores y liberales católicos. Sin embargo, la Monarquía española y el pueblo siempre se sometieron a la idea de la unidad religiosa. España es un país que, a la vez que un veneno, hace surgir su antídoto o, al revés: a cada cosa positiva añade su parte negativa, y siempre de forma radical. España es un país en el que nada permanece en el reino de las ideas, todo se pone inmediata y radicalmente en práctica... La Segunda República significaba un camino hacia el comunismo, a pesar de que el número de comunistas era exiguo. Pero éste es un factor que no les impidió conquistar el poder; al contrario, lo facilitó; además, tenían el apoyo de los socialistas de muy diversos matices, de los anarquistas y sindicalistas. La persecución de los católicos y de la Iglesia fue, ya mucho antes de que comenzara la Guerra, un programa y un hecho de la Segunda República».

8. Konetzke, o. c., tomo VII, parte 1ª, p. 685.

Sin fanatismos y sin neutralismos

9. Carta, 24-X-1965.

10. Carta, 16-VI-1960.

11. Se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas por ley del 24 de noviembre de 1939.

12. Enrique Gutiérrez Ros: José María Albareda. Una época de la cultura española. Madrid, 1970. Se cita como Gutiérrez Ríos.

13. *Ibíd.*, p. 75.

14. *Ibíd.*, p. 81.

15. *Ibíd.*, p. 82.

16. *Ibíd.*

17. *Ibíd.*, p. 83.

18. *Ibíd.*

19. Albareda, José María: Consideraciones sobre la investigación científica. Madrid, 1951, p. 425.

20. *Ibíd.*, pp. 433-434.

21. Gutiérrez Ríos, p. 97.

22. RHF 4152.

23. *Ibíd.*

Vivir en peligro

24. Dahms, 76.

25. Dahms, 69. («El 6 de junio el Partido Comunista hizo llegar a todos sus funcionarios "órdenes y consignas" para la lucha, muy detalladas. En ellas se regulaba la manera de armar a las milicias, su forma de actuar, la colaboración de las células rojas, organizadas dentro de los cuarteles, entre sí, y los locales que habían de ser tomados; además, indicaban [de acuerdo con el anexo B de la circular] qué personas habían de ser fusiladas entre los miembros del gobierno, gobernadores civiles, funcionarios de las fuerzas de seguridad, oficiales del ejército, miembros de partidos políticos y de la burguesía acomodada y, en todos esos casos, se decretaba el fusilamiento "también de sus familiares, sin excepción de ningún tipo».»)

26. Dahms, 81 y ss.

27. RHF 4152.

28. RHF 20165, pp. 882-883.

29. Cfr. RHF 4152.

30. *Ibíd.*

31. *Ibíd.*

32. RHF 4197.

33. RHF 3637.

34. Cfr. RHF 4152.

35. RHF 20165, p. 883.

36. *Ibíd.*, p. 885.

37. Cfr. RHF 20165, p. 349. El actual Prelado del Opus Dei contó que un día la clínica psiquiátrica fue registrada para buscar a posibles refugiados. Esta vez, sin embargo, no ocurrió nada, porque uno de los enfermos, que estaba loco de verdad, se acercó a un miliciano, le cogió el arma, y le preguntó: «¿Este es un instrumento de aire o de cuerda?» «Se ve -comentó don Alvaro del Portillo- que era de Dios, porque los comunistas dijeron: "Éstos están locos de atar". Y se fueron».

38. RHF 4152.

39. Gutiérrez Ríos, p. 112.

40. Cfr. RHF 4152.

41. RHF 4152.

42. RHF 4197.

43. *Ibíd.*

La huida de España a España

44. RHF 4152.

45. RHF 4197.

46. Una descripción detallada del paso de los Pirineos se encuentra en RHF 20593 y 20594.

47. Gutiérrez Ríos, p. 118.

48. RHF 20593, p. 17.

49. Desde la salida de Barcelona, Mons. Escrivá siempre celebraba la Misa votiva de la Virgen María. Los textos los había copiado en pequeñas hojas. Llevaba consigo todos los utensilios que eran absolutamente imprescindibles para celebrar la Santa Misa.

50. RHF 4197.

51. RHF 4152.

52. Gutiérrez Ríos, pp. 123-134.

53. Gutiérrez Ríos, p. 126.

54. RHF 20593, p. 432.

55. *Ibíd.*, p. 540.

Burgos o la preparación para tiempos de paz

56. RHF 159 y 4197.

57. RHF 4197.

58. *Ibíd.*

59. *Ibíd.*

60. *Ibíd.*

61. Camino, 976.

62. RHF 4197.

63. Este pensamiento se expresa en el punto 811 de Camino, escrito en Burgos: «¿Te acuerdas? -Hacíamos tú y yo nuestra oración, cuando caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. -Y, en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo. Besaste el Crucifijo, sin recatarte, y le pediste ser apóstol de apóstoles».

64. RHF 4197.

65. Este mismo pensamiento se expresa en el punto 962 de Camino: «Unidad.

-Unidad y sujeción. ¿Para qué quiero yo las piezas sueltas de un reloj, aunque sean primorosas, si no me dan la hora?».

66. RHF 4197.

67. *Ibíd.*

68. Los últimos centros republicanos que cayeron fueron: Jaén, Ciudad Real y Albacete, el 29 de marzo; Sagunto y Valencia, el 30 de marzo, y Almería, Cartagena y Murcia, el 31 de marzo de 1939.

VII. LA PESCA MILAGROSA

«Somos para la masa»

1. RHF 20084, p. 44.

2. RHF 20164, p. 52.

3. RHF 21145, p. 3.

4. RHF 20165, pp. 454-455.

5. RHF 20113, p. 5.

6. Carta, 11-111-1940.

7. Carta, 24-X-1942.

8. Carta, 31-V-1943.

9. Carta, 14-II-1944.

10. Carta, 6-V-1945.

11. Los términos «corredención», «corredentor», pueden inducir a falsas interpretaciones. Está claro que sólo Jesucristo es el Redentor, y que la Redención se realizó de una vez para siempre. Pero como la Redención no supuso a la vez el fin de la historia del mundo, del camino de la humanidad sobre la tierra, sino que, aun -cuando sucedió, sucede también cada día en la realización del Amor de Jesucristo y de los miembros de su Cuerpo, los cristianos, se puede hablar en este sentido de la colaboración diaria en la Redención, de la «corredención». Es decir, los redimidos no han de ser personas que esperan pasivamente, sino enviados para actuar en Cristo y por Cristo, es decir, apóstoles. «Un cristiano ---escribe Alvaro del Portillo en el prólogo al "Vía Crucis" de Mons. Escrivá de Balaguer- madura y se hace fuerte junto a la Cruz, donde también encuentra a María, su Madre.» En efecto, el hombre descubre allí, por obra del Espíritu Santo, esa cita personal para incorporarse a la gran epopeya de la Redención, participando en los dolores de Cristo, en medio de su vida ordinaria de trabajo... Todo hombre, estando convocado a unirse con Cristo en la Cruz, se hace corredentor, ya que participa en las gracias del misterio redentor.

12. Carta, 6-V-1945.

13. RHF 20128, p. 69.

14. RHF 21501, n. 65.

15. RHF 21502, n. 109.

16. RHF 21501, n. 68.

17. *Ibíd.*

Con juventud y entusiasmo por Cristo

18. Cfr. RHF 5074.

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*

21. *Ibíd.*

22. «Vía Crucis», XI estación.

23. RHF 5074.

24. *Ibíd.*

25. *Ibíd.*

26. Wilhelm Schamoni: Jung und heilig. Wahre Bildnisse. St Augustin, 1980, p. 5.

27. Ni que decir tiene que el Opus Dei, con respecto a la edad mínima necesaria para unirse temporal o definitivamente a la Obra, siempre se ha atendido a las normas canónicas al respecto.

28. RHF 20750, pp. 273-274.

29. Carta, 9-1-1959, n. 53.

30. RHF 5074.

31. Conversaciones, n. 14.

32. RHF 5074.

33. *Ibíd.*

34. RHF 20165, pp. 1249-1251.

35. Conversaciones, n. 109.

36. RHF 5007.

37. *Ibíd.*

38. RHF 4913.

«Alma sacerdotal» y mentalidad laical»

39. Sobre el tema de todo este capítulo, cfr. Alvaro del Portillo, Fieles y laicos en la Iglesia. Pamplona, 1969.

40. Cfr. RHF 21162, p. 589. «Amad el Santo Sacramento de la Penitencia. Preparad vuestra Confesión semanal, y hacedla con mucha delicadeza. A mí me da tanta alegría acudir a este medio de gracia, porque sé que el Señor me perdona y me llena de fortaleza. Y estoy persuadido de que, con la práctica piadosa de la Confesión sacramental, se aprende a tener más dolor y, por tanto, más amor.»

41. RHF 4390.

42. *Ibíd.*

43. La unidad de la vocación al Opus Dei (que comprende a laicos y a sacerdotes, a personas casadas y a otras que viven en celibato, a hombres y a mujeres) es una absoluta novedad en la Iglesia. «El Opus Dei -escribía el Fundador-, en la Iglesia de Dios, ha presentado y ha resuelto muchos problemas jurídicos y teológicos -lo digo con humildad, porque la humildad es la verdad-, que parecen sencillos cuando están solucionados: entre ellos, este de que no haya más que una sola clase, aunque esté formada por clérigos y laicos.» (Carta, 8-VIII-1956).

44. En Madrid, 19 de octubre; RHF 21741.

45. Carta, 9-1-1959

46. RHF 20754, p. 456.

47. Carta, 2-11-1945.

48. RHF 21158, p. 303.

49. RHF 20754, p. 109.

50. RHF 5074.

51. Artículos, 995.

52. La madre del Fundador falleció el 22 de abril de 1941, en Madrid, en la casa de Diego de León, 14, como consecuencia de una bronconeumonía.

53. En RHF 21502, nota 103. Sobre este tema existe un comentario de don Alvaro del Portillo según el cual Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer hubiera estado dispuesto, si hubiera sido necesario, a dejar el Opus Dei en manos de otras personas para fundar una nueva institución para sacerdotes diocesanos: «Dios permitió que nuestro Fundador hiciese el sacrificio como lo hizo Abraham: el Padre aceptó hacer ese sacrificio, y enseguida el Señor le dio la solución. Como cada miembro de la Obra ha de buscar la santificación santificando su propio trabajo profesional, en su propio estado, era evidente que en la Obra cabían también los sacerdotes seculares».

54. Conversación con don Florencio Sánchez Bella en Madrid, 17 de junio de 1981.

Incomprensiones

55. Conversación con el profesor Dr. Gonzalo Redondo en Pamplona, 20 de junio de 1981.

56. Für die Menschen bestellt. Erinnerungen des Alterzbischofs von Köln, Colonia, 1973, pp. 149 y ss.

57. *Ibíd.*

58. Sobre todo este tema, cfr. Rafael Gómez Pérez: Política y religión en el régimen de Franco. Barcelona, 1976. Véase sobre todo pp. 250-267.

59. RHF 21159, p. 1025.

60. La enemistad contra la Obra y su Fundador alcanzó la mayor virulencia en Barcelona. Allí, en un convento se realizó un verdadero «auto de fe» con Camino. Por consejo del Nuncio Cicognani, el futuro Cardenal, don Josemaría utilizó para un viaje billetes de avión a nombre de E. de Balaguer, pues el viajar bajo el nombre de «Escrivá» hubiera sido excesivamente peligroso. Cfr. Artículos, 129 y también 126 y 127.

61. RHF 3870. Sobre todo este tema, cfr. Antonio Fontán: Los católicos en la Universidad española actual. Madrid, 1961. En adelante se cita como Fontán.

62. RHF 3870.

63. Fontán, pp. 60-65.

64. Ibíd. p. 64.

65. Ibíd. p. 65.

66. RHF 751.

67. Ibíd.: «La realidad de la predicación y la verdad de la doctrina de Monseñor Escrivá, solemnemente hecha suya por la Iglesia en el último Concilio Vaticano, han demostrado y aun ahora -en medio de la crisis que la Iglesia atraviesa- demuestran precisamente lo contrario. Dondequiera que trabajan los hijos y las hijas de Mons. Escrivá, en todo el mundo, surgen vocaciones para todos: y Mons. Escrivá, por medio de sus hijos incardinados en las diócesis, está salvando muchos seminarios diocesanos, y haciéndolos fructificar».

68. RHF 3870. Mons. López Ortiz escribe: «Y me consta que Josemaría les envió vocaciones, que fueron surgiendo para el estado religioso, como fruto de su dirección espiritual».

69. RHF 3870.

70. Ibíd.

71. Ibíd.

72. Cfr. la biografía del historiador inglés Brian Crozier, a destacar por su excelente objetividad: Franco. Munich-Esslingen, en 1967. En especial, pp. 425-432. 73

73. Cfr. Arnold Gehlen: Moral und Hypermoral. Eine pluralistische Ethik.

Francfort-Bonn, 1969.

74. Artículos, 802.

VIII. ROMANO Y MARIANO

La revolución aprobada

1. AAS 39 (1947), p. 245.
2. Texto en AAS 39 (1947), pp. 114-124.
3. *Ibíd.*, Artículo III, pár. 2, 1-3, p. 121.
4. *Ibíd.*, Artículo IV, pár. 1, p. 122.
5. Carta, 9-I-1959.
6. *Ibíd.*
7. *Ibíd.*, pár. 2.
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*
12. *Ibíd.*

13. Ibíd.

14. Ibíd.

15. Ibíd.

16. Ibíd.

17. RHF 21503, n. 148.

Amor a Pedro

18. Conversaciones, n. 46: entrevista con Jacques Guillemé-Brúlon, en «Le Figaro», París, 16-V-1966. También en Conversaciones, n. 22: entrevista con Pedro Rodríguez, en «Palabra», Madrid, octubre de 1967.

19. Conversaciones: entrevista con Peter Forbath en «Times», Nueva York, 15-IV-1967.

20. RHF 20754, nn. 380-384,

21. Ibíd., n. 380.

22. Hoy en día, en ocasiones, se suele propugnar la tesis de que los conceptos «universal» y «católico» tendrían el mismo contenido y se diferenciarían tan sólo por su procedencia: latina la una, griega la otra. Sin embargo, esto no es plenamente exacto: el «principio de universalidad» es un principio intramundano; además, no está fijado su contenido, sino que indica tan sólo una intención general en lugar y tiempo, por ejemplo en locuciones como «historia universal», etc. El principio de catolicidad», sin embargo, es el principio de la exigencia universal de la verdad, o más concretamente de la Verdad de Cristo; y seguiría estando vigente aun cuando tan sólo hubiera un par de personas en un rincón del mundo que lo defendieran.

23. Cfr. RHF 20754, n. 385.

24. Ibíd., n. 387.

25. *Ibíd.*, n. 382.

26. Conversaciones: entrevista con Jacques Guillemé-Brúlon, en «Le Figaro», París 16-V-1966.

27. Estos Papas concedieron importantes audiencias privadas a Mons. Escrivá de Balaguer: Pío XII, el 8-XII-1946 y el 28-1-1949; Juan XXIII, el 5-III-1960 y el 27-VI-1962; Pablo VI, el 10-X-1964 y el 15-VII-1967.

28. Artículos, 645.

29. *Ibíd.*, 648.

30. *Ibíd.*, 649 y 650.

31. Carta de Mons. Loris Capovilla, Arzobispo titular de Mesembria, Prelado de Loreto, al Papa VI, 24-V-1978.

32. Cfr. Peter Berglar: «Pius XII». En *Personen und Stationen. Essays*. Bonn, 1966, en especial, pp. 171-179.

33. RHF 5074.

34. Carta del Cardenal Pizzardo, Prefecto de la S. C. de Seminarios y Universidades, al Siervo de Dios, del 24-IX-1953.

Aspectos de la humildad

35. RHF 20000, p. 3.

36. El mes de febrero es un mes en el que la Obra ha recibido gracias especiales, pues el 14-11-1930 se fundó la Sección de mujeres y el 14-11-1943 la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz; mayo es el mes que tradicionalmente se dedica a la Virgen, un mes en el que las romerías y otros actos de piedad mariana forman parte de la tradicional devoción popular. Octubre es el mes del Rosario desde que el Papa Gregorio XIII introdujo en la Iglesia universal la fiesta de Nuestra Señora del Rosario (1573),

fijando la fecha del 7 de octubre; lo hizo como acto de gratitud permanente por la victoria sobre los turcos en la batalla naval de Lepanto (7 de octubre de 1571), una victoria que S. Pío V atribuía al rezo del Rosario.

37. Cfr. en especial las homilías «Por María hacia Jesús» y «La Virgen Santa, causa de nuestra alegría», en «Es Cristo que pasa», nn. 139-149 y 171-178. Cfr. también la homilía «Madre de Dios, Madre nuestra», en «Amigos de Dios», nn. 274-293

38. Josemaría Escrivá de Balaguer: Santo Rosario, Prólogo.

39. RHF 20770, p. 64.

40. Carta, 24-III-1931..

41. Artículos, 1031.

42. *Ibíd.*, 1058.

43. RHF 7918.

44. RHF 7015.

45. RHF 20165, p. 975.

46. La propuesta partió de don Cruz Laplana, Obispo de Cuenca hasta 1936, pariente de don Josemaría. Cfr. Artículos, 1015.

47. *Ibíd.*, 1015.

48. *Ibíd.*

49. *Ibíd.*, 1002.

50. El entonces Secretario General del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, ayudó a superar las resistencias convenciendo a Mons. Escrivá de Balaguer de que un apóstol tiene que aprovechar todos los medios de su época y que también los que vendrían más tarde tendrían derecho a ver y a oír a su Fundador y Padre en un modo que, en realidad y dejando de lado todas las posibilidades de usarlo mal, es un regalo de Dios a la capacidad de invención del hombre. Mons. Escrivá de Balaguer aceptó los

argumentos y «se adaptó a ello», pero una cierta resistencia interna -que a menudo se expresaba en comentarios llenos de humor- permaneció siempre.

51. Artículos, n. 1016.

52. *Ibíd.*, 1017.

«Yo no gobierno solo»

53. Aunque la Sección de mujeres del Opus Dei trabaja con total independencia, es absolutamente natural que la atención sacramental y también una parte de la formación espiritual corra a cargo de los sacerdotes de la Obra.

54. Conversaciones, n. 63.

55. *Cfr. Ibíd.*

56. El texto data de 1966; hoy en día pertenecen al Consejo General personas de 34 países.

57. Conversaciones, n. 53.

58. *Cfr.* los puntos 59, 60 y 63 de Camino.

59. Carta, 29-IX-1957.

60. *Ibíd.*

La persecución arrecia

61. RHF 20162, p.. 836.

62. RHF 20162, pp. 585-586.

63 Mons. Escrivá de Balaguer consagró el altar en el oratorio de Villa delle Rose el 14 de febrero de 1963.

64. Para todo el contexto al que aludimos aquí es de especial importancia el testimonio que don Juan Udaondo, sacerdote del Opus Dei, redactó para la Causa de Beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer (RHF 3360). Estos recuerdos, que recogen hechos vividos personalmente, son absolutamente fidedignos y constituyen un documento histórico de gran valor documental. Con gran claridad ilustran el comportamiento del Fundador en una situación que, por lo que parece, era muy peligrosa para la supervivencia del Opus Dei.

En diciembre de 1949, con permiso del Arzobispo de Milán, el Cardenal Schuster, había comenzado la labor apostólica del primer centro de la Obra en Milán. Este Arzobispo milanés, Ildefonso Cardenal Schuster, un benedictino, tenía una profunda comprensión y un gran cariño por el Opus Dei. En los años 1950-54 Udaondo pudo estar en muchas ocasiones con el Prelado, que siempre habló de Mons. Escrivá de Balaguer con profunda admiración y veneración. Le consideraba, así dijo el Cardenal, como uno de los hombres que el Espíritu Santo promueve de cuando en cuando en la Iglesia y que dejan una impronta indeleble. «Yo soy monje -añadía- y mi espiritualidad es distinta a la del Opus Dei. Vosotros tenéis que seguir las enseñanzas de vuestro Fundador. Yo no quiero poner barreras al Espíritu Santo.» Udaondo cuenta que tras haber regalado al Cardenal un ejemplar de Camino preciosamente encuadernado, éste le hizo saber que lo había leído y que lo utilizaba en su meditación personal. Udaondo recuerda también haber oído comentar al Cardenal Schuster, a finales de septiembre de 1951, que le habían contado «in alto loco», una persona importantísima, ciertas cosas sobre la Obra... «Yo no las creo, yo no las creo -repetía-, yo estoy muy contento de que el Opus Dei trabaje en mi diócesis.»

El Fundador pidió a Udaondo que informaran al Cardenal y le explicaran cómo eran realmente las cosas, lo cual sirvió para que no sólo se mantuviera, sino que aumentara su cariño al Opus Dei.

Ya en enero de 1952, en otra conversación con Udaondo y su acompañante, Juan Masiá, el Cardenal dejó caer aquella advertencia que demostró tener una importancia realmente histórica: les dijo que, de su parte, dijeran al Padre que se acordara de San José de Calasanz y también de San Alfonso María de Liguori y que tuviera cuidado. Los dos santos, fundadores ambos de congregaciones religiosas, tuvieron que sufrir duras aflicciones dentro de la Iglesia; el primero de ellos incluso fue expulsado de su propia fundación... Lleno de preocupación, Udaondo enseguida había comunicado por escrito a

Mons. Escrivá de Balaguer el contenido de dicha conversación y pocos días después se encontró con él en Roma. Era el día de la fiesta de la Virgen de Lourdes, 11 de febrero. Udaondo comenta que el Padre irradiaba serenidad y fortaleza, lo cual no quitaba que estuviera profundamente preocupado. Había ya terminado de celebrar la Santa Misa, recuerda Udaondo, cuando entró el Padre en el Oratorio. Allí, ante el Santísimo Sacramento presente en el Sagrario, le dijo algunas cosas que, para siempre, se han quedado grabadas en su mente y en su corazón. No son literales sus palabras, pero, más o menos, lo que le dijo fue: «Hijo mío, cuántas veces me has oído decir que me gustaría no ser de la Obra, para pedir inmediatamente la admisión (...) y obedecer a todos. Yo no he querido ser fundador de nada, pero Dios así lo ha querido. Has visto cómo quieren destruir la Obra y cómo me atacan: "golpead al pastor y se dispersarán las ovejas"». Al Padre se le humedecieron los ojos mientras le decía: «Hijo mío, si me echan, me matan, si me echan, me asesinan».

En aquellos momentos, Mons. Escrivá de Balaguer, así dice el testigo, tuvo que soportar prácticamente solo esta dura Cruz, el peligro continuo de la destrucción de la Obra. Y no sólo lo hizo con alegría, sino que evitó todo lo que pudiera transferir esa carga a los que le rodeaban. La única excepción era Alvaro del Portillo: «Sobre mis espaldas y las de este hijo mío -decía el Fundador- está todo el peso de la Obra en estos momentos». 65. Carta, 254-1961.

66. El Fundador del Opus Dei ya había hecho una romería a Loreto entre el 3 y 6 de enero de 1948.

67. RHF 21026, p. 47.

68. RHF 20168, p. 725.

69. Este comentario quiere decir que el hombre está sometido a su condición de criatura con todo lo que ello lleva consigo: una situación que no ha de rechazar, y menos con violencia. Ha de aceptar esos condicionamientos con la humilde conciencia de su dependencia y caducidad y, a la vez, sin convertirse en esclavo de ellos.

70. RHF 20168, pp. 726-727.

71. *Ibíd.*, pp. 728-729.

72. RHF 21257, pp. 652-653.

IX. LA VIDA COTIDIANA

1. Cfr. Camino, 301: «Un secreto.-Un secreto a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. -Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. -Después... "pax Christi in regno Christi" -la paz de Cristo es el reino de Cristo.»

Un día cualquiera en Roma

2. Es una perversión del espíritu cristiano tratar con caridad sólo a «los pobres», pues «los ricos», como sabemos por el Evangelio, necesitan especialmente la gracia de Dios para salvarse. Y también la caridad de sus prójimos.

3. RHF 7823.

4. Cfr. Camino, 179: «Busca mortificaciones que no mortifiquen a los demás».

5. Cfr. Rom. 8,13; II Cor. 4,10 o Col. 3,5.

6. Camino, 173.

7. RHF 20039.

De viaje, como San Pablo

8. RHF 20016, p. 72.

9. Die Stunde des Thomas Morus. Einer gegen die Macht. Friburgo de Brisgovia, 1978, 3.1 edición, 1981.

10. En los primeros años de la historia de la Obra, el Fundador puso determinados aspectos bajo la intercesión especial de algún santo, que en vida tuvo que ver especialmente con ellos. Por ejemplo, Santo Tomás Moro es intercesor de la Obra en todos los asuntos que tienen que ver con las relaciones con las autoridades civiles; San Pío X, en aquellos que se refieren a las relaciones con la Santa Sede; San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, en las relaciones con los Ordinarios; San Nicolás de Bari, en las necesidades económicas, y Santa Catalina de Siena, en todas las cuestiones relacionadas con la información pública.

11. Carta del Prelado del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, al autor de este libro, 8 de junio de 1977. En Villa Tevere se venera una reliquia del santo.

12. RHF 20170, p. 347.

13. *Ibíd.* p. 348.

14. *Ibíd.* pp. 350-351.

15. En 1956, viniendo de Bélgica, Mons. Escrivá de Balaguer estuvo en Colonia y Bonn entre el 1 y 3 de julio; en 1957 pasó también ahí los días del 22 al 24 de agosto, procedente de Suiza; en 1959 estuvo entre el 15 y el 17 de septiembre, y en 1960, los días 4 y 5 de mayo.

16. RHF 20169, pp. 1364-1373.

17. Carta del 25-XI-1949.

18. RHF 20169, p. 1373.

19. También pudo ser la «Dreifaltigkeitskirche»; esto ya no se puede comprobar.

20. Estas conversaciones eran muy importantes para ir preparando: la labor de la Obra en estas ciudades o diócesis y para contar con la aprobación del Ordinario del lugar. Era una muestra de la prudencia y de la lealtad del Fundador del Opus Dei.

21. Cfr. RHF 20168, pp. 943-952.

22. *Ibíd.*, p. 944.

23. El 1, 2 y 4 de mayo, el 30 de noviembre, el 1 y el 7 de diciembre de 1955, el 2 de julio de 1956, el 23 de agosto de 1957, el 22 de septiembre de 1958 y el 16 de septiembre de 1959. El número de estancias en Colonia durante estos viajes a la zona del Rin fue aún mayor.

24. Sucedería en 1956. El primer Centro de la Sección de mujeres en Alemania se instaló en Colonia. El Fundador estuvo allí el 23 de agosto de 1957.

25. RHF 20168, pp. 948-949.

26. *Ibíd.*, p. 949.

27. *Ibíd.*, p. 952.

28. Para que el lector se pueda hacer una idea de la intensidad de los viajes de Mons. Escrivá de Balaguer escojo al azar un año, el 1960. Según los datos que he podido reunir son:

- 5 de abril: Roma-Perugia-Asís-Spoleto-Roma.

- 25 de abril: parte de Roma en dirección a Italia del norte; 27 a 29 de abril: pasando por Marsella y bordeando la frontera franco-española se dirige a San Sebastián; 30 de abril: Burdeos; 1 y 2 de mayo: París; 4 y 5 de mayo: Colonia; 8 de mayo: Loreto; 9 de mayo: llegada a Roma.

- 6 de julio: parte de nuevo en dirección al norte de Italia; 7 de julio: Marsella; 8 de julio: viaje por el sur de Francia; 9 de julio: Lourdes y Bayona; 10 de julio: entra en España por Irún; 11 de julio: Molínoviejo (Casa de retiros cercana a Segovia); 12 de julio: Francia (pasando por Irún y Hendaya); 13 a 15 de julio: por Francia, pasa por París y llega a Boulogne; 16 de julio: Boulogne-Dover-Londres; 17 de julio a 3 de septiembre: tercera estancia en Inglaterra; 4 de septiembre: Londres-Southend-Calais; 5 de septiembre: viaje a través de Francia; 6 de septiembre: Biarritz y desde ahí va a San Sebastián, Bilbao y Pamplona, donde está hasta el 9 de septiembre; 10 de septiembre: Molinoviejo; 11 de septiembre: La Pililla (Casa de retiros en la provincia de Avila); 12 de septiembre: La Pililla; 13 de septiembre, La Pililla-Los Rosales (Casa de retiros cercana a Madrid)-Francia (por Irún-Hendaya); 19 a 21 de septiembre: Castello di Urió (Casa de retiros junto al lago Como, en Italia); 22 de septiembre: llegada a Roma.

-10 de octubre: parte de Roma en dirección al norte de Italia; 11 al 13 de octubre: a través de Francia, llega a España; 14 de octubre: Madrid; 20 de octubre: Madrid-Zaragoza; 22 de octubre: Zaragoza-Pamplona; 24 de octubre: Pamplona-Biarritz-Pamplona; 27 de octubre: Pamplona-Francia; 28 a 31 de octubre: viaja por Francia y pasa por París; 1 de noviembre: Lyon-Ars-Milán; 2 de noviembre: llega a Roma.

- 4 de diciembre: viaje a Milán; 7 de diciembre: regresa a Roma.

29. Cfr. RHF 20170, pp. 816-827.

30. *Ibíd.*, p. 818.

31. *Ibíd.*

32. *Ibíd.*, p. 823.

33. La imagen de María Pótsch es de 1676; está en la última de las capillas laterales bajo un baldaquino de comienzos del siglo XVI.

34. RHF 21077, p. 48.

35. El católico hace penitencia no sólo por sus pecados personales,, de los que, tras un examen de conciencia y con una sincera contrición, se acusa en el Sacramento de la Penitencia, sino también por los pecados de los demás. Una parte de esta «sustitución», que nos hace semejantes a Cristo, consiste en que los cristianos debemos hacer penitencia por los defectos de los demás, especialmente por los pecados más extendidos, como el aborto, la discriminación de las minorías, los actos terroristas, etc. Las obras de penitencia pueden ser muy diversas. Una de ellas es una romería. Durante toda la Edad Media este tipo de romerías fue una de las principales formas de penitencia.

36. Cfr. RHF 20159, pp. 882-1049.

37. Guadalupe, antes una población independiente, es ahora el barrio nororiental de México-City. En ese lugar, en 1531, se apareció la Virgen al indio Juan Diego. La imagen de la Virgen de Guadalupe fue venerada hasta 1976 en la Colegiata construida en 1709. En 1976 se trasladó a la nueva Basílica, en la que el Papa Juan Pablo II rezó en 1979.

38. Cfr. RHF 20760-1.

39. Cfr. RHF 20770-1 y 20775-6.

40. Cabe dudar de que hoy realmente siga siendo así. La ignorancia sobre la moral de la Iglesia es grande y sigue creciendo, pero aún crece más el no querer saber, el ignorar conscientemente las declaraciones del Magisterio de la Iglesia.

41. RHF 20760, p. 779.

42. RHF 20770, p. 498.

43. RHF 21784.

44. RHF 20771, p. 214.

El Opus Dei y el Concilio

45. El Papa no tiene únicamente una primacía de honor en el Colegio Apostólico, sino que es verdadera Cabeza de la Iglesia universal. Está dotado con todos los poderes espirituales y de jurisdicción.

46. MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*. Reimpresión y continuación por J. B. Martin y L. Petit. París, 1901 ss. Tomo L, col. 193-198.

47. Cfr. Denzinger E.: *El Magisterio de la Iglesia*. Barcelona, 1963, nn. 1700-1780.

48. Karol Wojtyła: *Von der Kiinigswürde des Menschen*. Stuttgart, 1980, pp. 155-176.

49. *Ibíd.* 176.

50. Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea, entonces Prelado de Yauyos (Perú) y hoy Obispo de Chiclayo (Perú); Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira, entonces Obispo auxiliar de Chiclayo y hoy Prelado de Yauyos; Monseñor Alberto Cosme do Amaraj, entonces Obispo auxiliar de Oporto (Portugal) y hoy Obispo de Leiria (Portugal).

51. Artículos, nn. 212-213.

52. Por muy diversas que sean las posibilidades de fundamentar, definir o concretar la «autoridad», siempre forma parte de ella el que sea aceptada. La autoridad

es el legítimo término de la obediencia. Si se rechaza ésta, la autoridad está vulnerada y quizá incluso rota.

53. Carta, 24-X-1965.

54. Cfr. Franz Cardenal König, Arzobispo de Viena: Il significato dell'Opus Dei, en «Corriere della Sera», Milán, 9-XI-75; el Cardenal Giacomo Lercaro, Arzobispo de Bolonia: Significato della presenza dei cristiani nel mondo, en «Corriere della Sera», Milán, 25-VI-76; el Cardenal Joseph Frings: Für die Menschen bestellt. Colonia, 1973, pp. 149 y ss.

55. Encíclica «Redemptor hominis» del Papa Juan Pablo II, del 4 de marzo de 1979. Sobre todo el capítulo III: «El hombre redimido y su situación en el mundo contemporáneo».

56. Concilio Vaticano II: Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual. «Gaudium et spes», n. 91; en AAS, 58 (1966), p. 1113.

57. *Ibid.*, n. 38; en AAS,

58. (1966), p. 1056. 58 *Ibid.*, n. 76; en AAS, 58 (1966), p. 1099.

59. *Ibid.*, n. 24; en AAS, 58 (1966), p. 1045.

60. Encíclica «Redemptor hominis» del Papa Juan Pablo II, del 4 de marzo de 1979, n. 13.

61. Artículos, n. 217.

Trabajo y santidad

62. Don Joaquín Mestre Palacios fue secretario del difunto Arzobispo de Valencia, Mons. Marcelino Olaechea. Cfr. RHF 181.

63. En el original, el autor utiliza el término «Maloche», originario de la cuenca del Ruhr y en especial del lenguaje de los mineros. Este término no tiene una expresión

exacta en castellano. Con él se designa al obrero dedicado a un trabajo singularmente duro y monótono.

64. Cfr. la Encíclica «Laborem exercens» del Papa Juan Pablo II, del 14 de septiembre de 1981. Puede verse también: J. L. Illanes, «La santificación del trabajo ordinario», 6ª ed. Madrid, 1980.

65. Si se considera el trabajo únicamente como el medio para cumplir un fin, puede decirse que también los animales «trabajan»: los caballos, los bueyes, los elefantes. También las aves o las hormigas cuando hacen sus nidos o sus refugios. En este sentido también «trabajan» las máquinas.

66. RHF 20587, p. 400.

67. No todo lo que se hace es un trabajo. Por una parte, una actividad invisible, meramente interior -la contrición, el rezar o un dolor-, puede ser un trabajo. Sin embargo, por otra parte, un hecho que puede acarrear grandes consecuencias -como es, p. ej., una declaración de guerra-, puede no ser trabajo.

68. Carta, 9-1-1932.

69. Carta, 15-X-1948.

70. Ibídem.

71. Ibídem.

72. Carta, 6-V-1945.

73. RHF 20751, p. 26.

74. Carta, 9-I-1932, en la que se puede leer: «Hay un paréntesis de siglos, inexplicable y muy largo, en el que sonaba y suena esta doctrina a cosa nueva: buscar la perfección cristiana, por la santificación del trabajo ordinario, cada uno a través de la profesión y en su propio estado. Durante muchos siglos, se había tenido el trabajo como una cosa vil; se le había considerado, incluso por personas de gran capacidad teológica, como un estorbo para la santidad de los hombres. Ya os dije, hijas e hijos míos, que a cualquiera que excluya un trabajo humano honesto -importante o humilde-, afirmando que no puede ser santificador y santificarte, podéis decirle con seguridad que Dios no le ha llamado a su Obra. Habrá que rezar, tendremos que rezar, tendremos que sufrir, para quitar de la mente de las personas buenas ese error. Pero llegará el momento en el cual, a base del trabajo humano en todas las categorías tanto intelectuales como manuales, se

alzará en una sola voz el clamor de los cristianos diciendo: cantate Domino canticum novum: cantare Domino omnis terra (Ps. 95, 1); cantad al Señor un cantar nuevo: que alabe al Señor toda la tierra».

75. Carta, 9-1-1932.

76. Carta, 15-X-1948.

77. *Ibíd.*

78. RHF 20158, p. 955.

79. RHF 21501, n. 1.

80. Carta, 30-IV-1946.

81. Carta, 11-11-1940.

82. RHF 21948, p. 3.

83. RHF 20109, p. 5.

84. Carta, 11-11-1940.

85. RHF 20750, pp. 510-511.

86. Con esta expresión se designa aquí el plan redentor de Dios que supera nuestro entendimiento y que hace posible la salvación de los hombres: que se encaminen al Cielo. En este plan redentor, querido por la insondable Sabiduría divina, el trabajo humano adquiere una función decisiva de cooperación.

87. Carta, 14-II-1950.

88. Carta, 15-X-1948.

89. RHF 20166, pp. 71-72.

90. Artículos, n. 976.

X. RETRATO

1. Anastasia, nacida en 1904, era la más joven de las cuatro hijas del último Zar ruso, Nicolás II, y de su esposa Alejandra. Aunque, según opinión general, el 16 de julio de 1918 se asesinó a toda la familia del Zar, en 1922 apareció en Berlín una mujer joven que decía ser Anastasia. En todo el mundo se hizo famosa con el nombre de Anna Anderson. Durante decenios luchó ante los tribunales para ser reconocida como hija del Zar. Sobre este caso ha surgido una gran cantidad de literatura. Nunca pudo probar su pretendida identidad, con absoluta seguridad. Pero tampoco se pudieron rechazar irrefutablemente sus pretensiones.

2. Claus Schenk Graf von Stauffenberg (1907-1944), Coronel en el ejército alemán. Uno de los oficiales que, por motivos patrióticos -y, en su caso, también religiosos-, organizaron la sublevación contra Hitler. El 22 de julio de 1944 fue quien se ocupó de colocar la cartera con los explosivos en la cercanía de Hitler. El atentado debía ser la ocasión para que el ejército, debidamente alertado, tomara el poder en Berlín, derrocando a los nacionalsocialistas. Al fallar el atentado, la sublevación no prosperó. Stauffenberg fue fusilado por orden de Hitler.

3. Del problema de si existe una «tragedia cristiana» se han ocupado especialmente Paul Claudel y Reinhold Schneider. Éste creía reconocer en el curso de la historia una incompatibilidad entre un consecuente seguimiento de Cristo y el actuar político: la historia sería, según él, una permanente crucifixión de Cristo. Pero, aun en el caso de que eso fuera cierto, ¿tendríamos motivos para hablar de «tragedia»? Sólo se podría hablar de «tragedia» si al final no estuviera la Resurrección.

4. Camino, 404.

5. RHF 20164, p. 1624.

6. RHF 20165, p. 200.

7. Testimonio de Mons. Thomas Muldoon, Obispo auxiliar de Sidney (Australia), del 21-IX-75. Cfr. RHF 4261.

8. Audiencia concedida a Mons. Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei, el 5-III-76. Cfr. RHF 20165, p. 282.

9. RHF 4695.

10. Cfr. Testimonio de don Joaquín Mestre Palacio, Canónigo de la S. I. C. de Valencia, que fue Secretario de Mons. Marcelino Olaechea, Arzobispo de Valencia y fallecido en 1972. Cfr. RHF 181.

11. Mientras que en el caso de Santo Tomás Moro el espacio transcurrido desde la muerte (1535) y la Canonización (1935) fue de cuatrocientos años, la distancia entre las dos fechas en el caso de San Pío X, fallecido en 1914, fue sólo de cuarenta años.

12. Artículos, n. 243.

13. Artículos, n. 273.

14. Camino, 1.

15. Cfr. RHF 20502, n. 130.

16. RHF 20165, pp. 973-974.

17. *Ibíd.*, p. 639.

18. Artículos, n. 470.

19. *Ibíd.*, n. 483.

20. Camino, 439.

21. Artículos, n. 525.

22. RHF 20165, p. 350.

23. Cfr. RHF 4982.

24. Tanto en el actuar individual como en el social o histórico el problema de los límites de la «prevención» de un mal es una de las cuestiones más complejas que puede darse, por los siguientes motivos:

a) el diagnóstico y el pronóstico de un mal puede ser erróneo. Entonces la

medida que debía «prevenir el presunto mal» puede convertirse en una

actuación injusta;

b) por otra parte, la responsabilidad del hombre exige que no espere inactivo hasta que surja el mal, sino que luche tratando de evitarlo;

c) el pastor fiel debe proteger el rebaño contra el lobo. Ahora bien: ¿le es lícito matar al lobo antes de que ataque al rebaño?; ¿no hay la posibilidad de confundirse y de que el lobo no sea tal, o de que se trate de un lobo pacífico?

d) cualquier actitud preventiva puede tomar como segura una cosa que no lo es en absoluto.

La cuestión de que si es justa la defensa preventiva ha causado muchos quebraderos de cabeza a los historiadores y a los juristas. Los moralistas tratan de buscar soluciones: por una parte niegan que sea lícito evitar un mal causando otro, pero tienen que conceder el derecho a una justa defensa.

Sin embargo, el «defender» y el «prevenir» no se pueden separar absolutamente y hay que reconocer que, en el ámbito político y social, es muy difícil defenderse eficazmente sin ensuciarse las manos.

25. RHF 1176.

26. El 14 de agosto de 1838 el Rey Luis I de Baviera dictó un decreto por el que se ordenaba a todos los soldados bávaros, también a los protestantes, no sólo asistir a la Santa Misa, sino también hacer la genuflexión ante el Santísimo. Este decreto estuvo en vigor hasta diciembre de 1845.

27. Cfr. Testimonio de don Joaquín Mestre Palacio, canónigo de la S. I. C. de Valencia, que fue Secretario de Mons. Marcelino Olaechea, Arzobispo de Valencia, fallecido en 1972. Cfr. RHF 181.

28. *Ibíd.*

29. «Convenio entre la Santa Sede y el Estado español sobre el reconocimiento, a efectos civiles, de los estudios de ciencias no eclesiásticas en España en Universidades erigidas por la Iglesia.» Véase a este respecto: Amadeo Fuenmayor, *El convenio entre la Santa Sede y España sobre Universidades de estudios civiles*, Pamplona, 1966.

30. De acuerdo con este convenio, en años posteriores el Estado reconoció otras Universidades de la Iglesia.

31. Entrevista con Andrés Garrigó, publicada en «Gaceta Universitaria», Madrid, 5 de octubre de 1967. En *Conversaciones*, nn. 73-86.

32. Carta, 9-I-1951.

33. Traducción castellana en «L'Osservatore Romano», ed. en español, 23 de noviembre de 1980 (recogida también en «Folletos Mundo Cristiano», n. 319: *El Papa nos habla desde Alemania*).

34. Conversación con el profesor Dr. Francisco Ponz el 20 de junio de 1981, en Pamplona.

35. *Ibíd.*

36. *Ibíd.*

37. «Redacción» (*Revista de la Universidad de Navarra*), Pamplona, noviembre de 1976. Número extraordinario con motivo del IX Consejo de delegados de la Asociación de Amigos.

38. *Ibíd.*, p. 20.

39. *Ibíd.*, p. 21.

40. *Ibíd.*

41. Wilhelm Schamoni: *El verdadero rostro de los santos*. Barcelona, 1951, p.29.

42. RHF 5074.

43. *Ibíd.*

44. *Ibíd.*

45. *Ibíd.*

46. Camino, 331.

47. Cuenta la leyenda que Sísifo fue el fundador y primer rey de Corinto. Puesto que intentó burlarse de los dioses, en el hades se le condenó a arrastrar un pesado bloque de mármol hasta la cima de un monte. Pero, cada vez que estaba próximo a alcanzarla, el bloque rodaba de nuevo hacia el abismo y tenía que recomenzar. Cfr. Homero: *Odisea*, canto 11, 598.

48. Las Danaidas, las hijas del Rey Danaos, en su noche de bodas asesinaron a sus maridos, en castigo de lo cual en el hades tenían que echar agua en un tonel agujereado hasta que se llenara, lo que era imposible.

49. Por el Bautismo el hombre, es decir el «cristiano», queda involucrado en la reconciliación de Dios con el género humano, en la reinstauración de la primitiva unión de Amor, en la reconciliación instaurada por Jesucristo. El hombre queda así redimido. Pero esta salvación no es «irreversible», sino que se puede destruir por la libertad de aquel hombre que se decide a apartarse de Dios y permanecer apartado de Él.

50. RHF 21164, p. 747.

51. RHF 20770, p. 642.

52. *Ibíd.*

53. RHF 20164, pp. 223-224.

54. RHF 4987.

55. RHF 20760, pp. 609-610.

56. RHF 20587, p. 400.

57. Las «Unzeitgemáse Betrachtungen», que en castellano se conocen como «Consideraciones intempestivas» o «Meditaciones intempestivas», recogen una serie de ensayos polémicos escritos entre 1873 y 1876.

58. Recogiendo motivos medievales, Hofmannsthal escribió entre 1903 y 1911 su *Jedermann*, una obra que en castellano se ha traducido bajo el título de *Cualquiera, Cada cual y Cada hombre*. Hofmannsthal definió su obra también como «auto de la muerte del hombre rico», que renueva el tema de la caducidad de las riquezas, bienes temporales y amistades terrenas. Abandonado de todo ello, el hombre rico llega, solo y maltrecho, al final del camino, al Juicio divino, en el que se salva al aceptar la visión de la Fe.

59. *Conversaciones*, n. 85.

60. Entre los papeles de Mons. Escrivá de Balaguer se encuentran más de mil aforismos, de forma análoga a los de *Camino y Surco*, que se publicarán en breve con el título de *Forja*.

61. En 1956 los miembros de la Comisión regional del Opus Dei en España recibieron de Roma una fotografía de la Virgen de Torreciudad. En el reverso, Mons. Escrivá de Balaguer había escrito que, hacia 1904, sus padres le habían llevado a aquella ermita para ponerle bajo la protección de Nuestra Señora. Al intentar averiguar más datos comprobaron que no se señalaba en ningún mapa. La encontraron finalmente en un plano del siglo xviii. Cuando algunos miembros de la Obra fueron a Torreciudad el día 2 de octubre de 1956, encontraron la familia del sacristán que cuidaba de la ermita del siglo xii. Les contaron que durante la guerra civil se había escondido la imagen para que no fuese destruida y que la devoción a Nuestra Señora de Torreciudad no se había interrumpido nunca en la comarca. También recordaban que, en 1908, una recomendación del Obispo sobre diversos Santuarios marianos nombró al de Torreciudad y aquel año acudieron más de mil romeros.

En 1962, el Obispo de la diócesis encomendó la atención del Santuario al Opus Dei. Desde este momento se comenzaron a hacer planes generosos a largo plazo para dar nueva forma al Santuario. Más de diez años duró la fase de proyecto y construcción que sólo pudo ser terminada gracias a un extraordinario esfuerzo de la Región española de la Obra.

62. RHF 20164, pp. 821-822.

63. RHF 20164, p. 666.

64. RHF 21164, p. 602.

65. *Ibíd.*

66. Cfr. la carta «Nuestro Padre en el Cielo», que el Secretario General del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo, dirigió a los miembros de la Obra el 29 de junio de 1975. De la carta se deduce que durante hora y media estuvieron luchando por la vida

del Fundador, aun cuando la muerte probablemente le sobrevendría poco después del colapso. RHF 20164, pp. 639-666.

67. «Mejor es el terminar que el comenzar.» En la nueva traducción de la neovulgata, este pasaje del Eclesiastés (7,8), en su forma completa, dice: *melior est finis negotii quam principium*: «mejor es la terminación de un trabajo que su comienzo».

Bibliografía

Müller, Beat. **Datos informativos sobre el Opus Dei.** Oficina de información del Opus Dei, Madrid, 2005.

Berglar, P. **Opus Dei.** Rialp, Madrid, 1988

Rodríguez, P.; Ocáriz, F.; Illanes, J.L. **El Opus Dei en la Iglesia.** Rialp, Madrid, 1993.

Fuenmayor, A.; Gómez Iglesias, V.; Illanes, J.L. **El itinerario jurídico del Opus Dei.** Eunsa, Pamplona, 1989.

Urbano, P. **El hombre de Villa Tevere.** Plaza & Janés, Barcelona, 1995.

Le Tourneau, D. **El Opus Dei.** Oikos Tau, Barcelona, 1986.

West, W.J. **Opus Dei. Ficción o realidad.** Rialp, 1989

Gómez Pérez, R. **El Opus Dei, una explicación.** Rialp. 1992.

Coverdale, J. F. **La fundación del Opus Dei.** Ariel, Barcelona, 2002.

Ocáriz, F.; Rodríguez, P.; Illanes, J.L. **El Opus Dei en la Iglesia.** Rialp. 1993

Mateo-Seco, L. **Sacerdotes en el Opus Dei.** EUNSA. 1994

Messori V., **Opus Dei. Una investigación.** EIUNSA. 1994

Cejas, J. M. **Josemaría Escrivá, un sembrador de paz.** Monte Carmelo, Madrid.

Vázquez de Prada, A. **El Fundador del Opus Dei.** Rialp, Madrid, 1997.

Bernal, S. **Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei.** Rialp, Madrid, 1980.